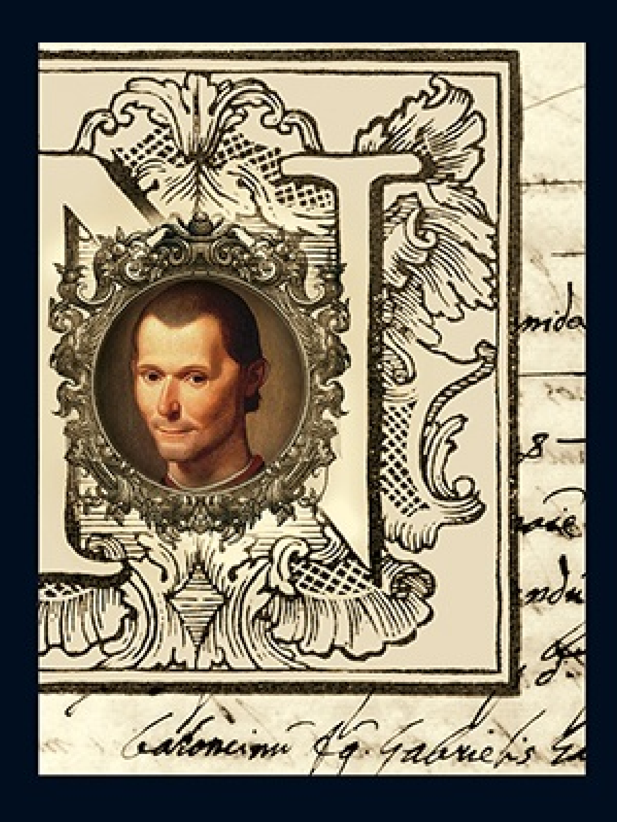


Epistolario 1512-1527

NICOLÁS MAQUIAVELO

Traducción, edición y notas de Stella Mastrangelo



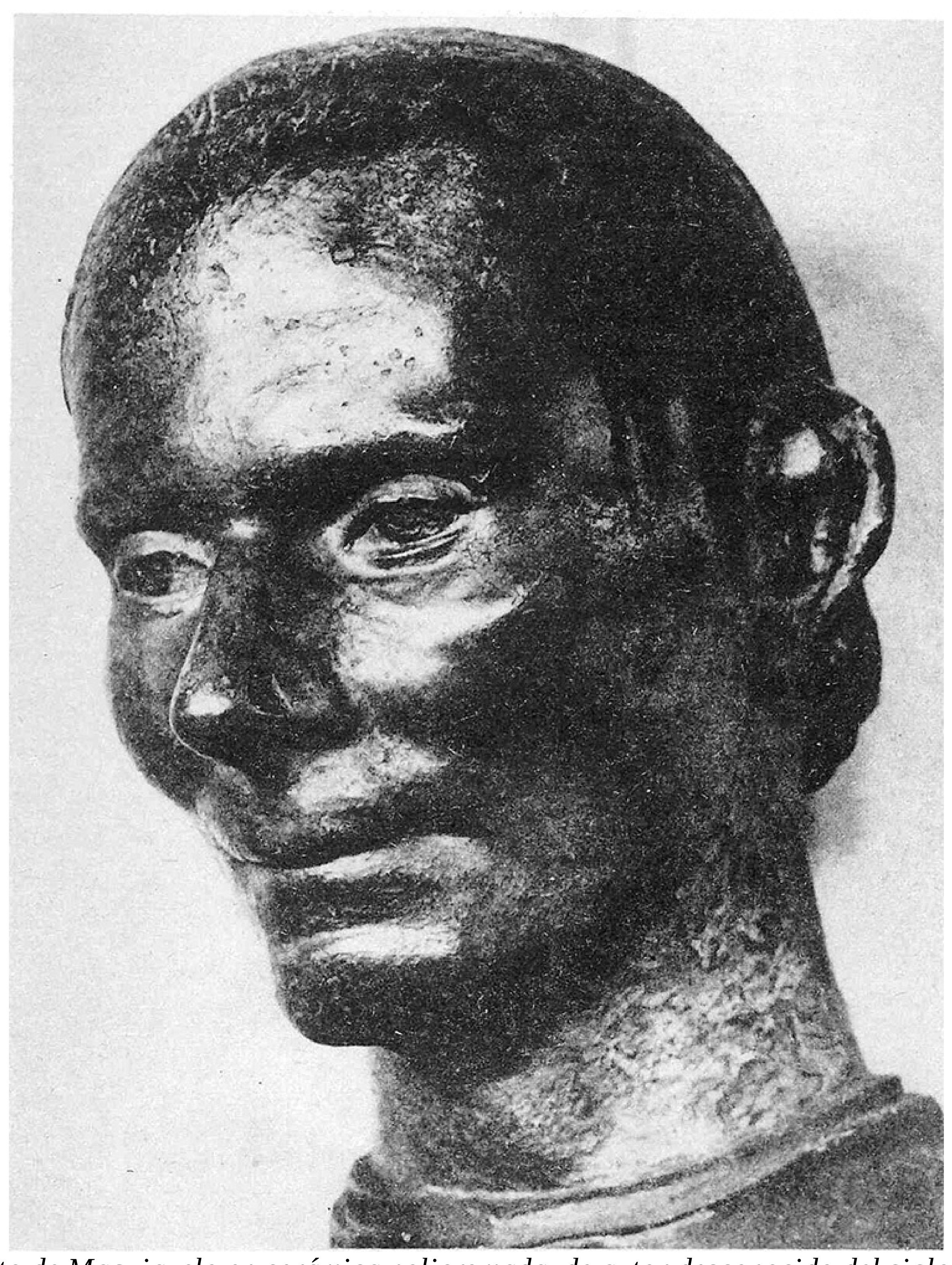




HISTORIA

SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

EPISTOLARIO 1512-1527



Busto de Maquiavelo en cerámica policromada, de autor desconocido del siglo XVI*,*
Soprintendenza alle Gallerie, Florencia.

NICOLÁS MAQUIAVELO

EPISTOLARIO 1512-1527

Introducción, edición y notas de
STELLA MASTRANGELO



Primera edición, 1990
Segunda edición, 2013
Primera edición electrónica, 2015

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

ISBN 978-607-16-3211-1 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

PRÓLOGO

A 500 años de El príncipe

El 7 de noviembre de 1512 el nuevo gobierno de los Médicis, establecido meses antes como resultado de la derrota del gobierno republicano, confirmaba la anulación de los cargos públicos de Nicolás Maquiavelo. La eficacia y la fidelidad con las que Maquiavelo había servido a la República florentina durante 14 años como secretario de la Segunda Cancillería hacían de él una persona sospechosa y peligrosa para el nuevo despotismo que estaba implantándose. Los temores de los Médicis encontraron motivos para encarcelar, torturar y finalmente desterrar a Maquiavelo a raíz de una conspiración republicana en la que éste se vio involucrado. Condenado a vivir por un año fuera de la ciudad, sin trabajo, el ex secretario de la República se refugió en una casa de campo que tenía en las afueras de Florencia. Ahí, hace 500 años, en el exilio y en la pobreza, Maquiavelo escribió "una obrita" —así también podría traducirse lo que, en esta edición, Stella Mastrangelo volcó al español como *opúsculo*— que habría de trascender universalmente como uno de los más importantes libros del pensamiento político: *El príncipe*.

Maquiavelo la escribió durante 1513. Para entonces había iniciado ya la redacción de una obra más extensa, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, pero suspendió la escritura de ésta para dar prioridad a la composición de *El príncipe*. Aunque la concluyó en diciembre de 1513, no se publicó sino hasta después de su muerte, acaecida en 1527. En una emotiva y bella carta dirigida a su amigo Francisco Vettori, Maquiavelo narra cómo escribió esta gran obra con el ánimo de sobreponerse a la tristeza de su exilio, a la pobreza y al desprecio que padecía, pero también como una alternativa para sacar a Italia de la triste situación en la que se hallaba inmersa:

> Cuando llega la noche, regreso a casa y entro en mi escritorio, y en el umbral me quito la ropa cotidiana cubierta de fango y de mugre, me visto paños reales y curiales, y apropiadamente revestido entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres donde, recibido por ellos amorosamente, me nutro de ese alimento que *sólo* es el mío, y que yo nací para él: donde no me avergüenzo de hablar con ellos y preguntarles por la razón de sus acciones, y ellos por su humanidad me responden; y no siento por cuatro horas de tiempo molestia alguna, olvido todo afán, no temo a la pobreza, no me asusta la muerte: todo me transfiero a ellos. Y como dice Dante que no hay ciencia sin el retener lo que se ha entendido, he anotado todo aquello de que por la conversación con ellos he hecho capital, y he compuesto un opúsculo: *De prineipatibus*.[1]

Maquiavelo dialoga con los antiguos como si estuvieran presentes, les hace preguntas y juntos deliberan para elucidar las alternativas de transformación del presente a fin de volver a instaurar la libertad y la grandeza de la antigua República romana. Las preguntas que formula Maquiavelo no son las de un anticuario historiador que busca meramente restaurar el significado original de la obra que el tiempo ha escondido o deformado, sino que están guiadas por una motivación política fundamental: encontrar ejemplos, modelos en los grandes legisladores, ciudadanos, capitanes o reyes, para proponer soluciones a los problemas del

tiempo que vive Maquiavelo. En este sentido, conjunta el oficio del historiador con el del filósofo comprometido con la transformación de su realidad. Con ello Maquiavelo se distingue de la mayoría de los artistas y humanistas del Renacimiento italiano, que no tienen un compromiso político y recurren al pasado con preocupaciones y motivos meramente académicos o artísticos, lo cual Nicolás deplora profundamente:

> Cuando considero la honra que a la Antigüedad se tributa, y cómo muchas veces, prescindiendo de otros ejemplos, se compra por gran precio un fragmento de estatua antigua para adorno y lujo de la casa propia y para que sirva de modelo a los artistas, quienes con grande afán procuran imitarlo, y cuando, por otra parte, veo los famosos hechos que nos ofrece la historia realizados en los reinos y las repúblicas antiguas por reyes, capitanes, ciudadanos, legisladores, y cuantos al servicio de su patria dedicaban sus esfuerzos, ser más admirados que imitados o de tal manera preferidos por todos, no puedo menos que maravillarme y dolerme.[2]

El compromiso patriótico y republicano que Maquiavelo mantuvo con congruencia durante toda su vida imprime un sentido político de enorme trascendencia al amplio saber humanístico que posee, pues no se contenta con interpretar al hombre como un artífice de sí mismo, a la manera de Pico della Mirandola, o como un ser capaz de recrear y rivalizar con la naturaleza, en los términos de Leonardo, sino que, radicalizando el espíritu humanista del Renacimiento italiano, Maquiavelo se preocupa por dar a su pensamiento una fuerza pragmática capaz de liberar a la patria italiana de la triste situación de sometimiento a las potencias de aquel entonces, especialmente Francia y España, ya constituidas en naciones-Estado. Sólo logrando la unificación de las principales ciudades-Estado italianas sería posible tal emancipación. Por ello Maquiavelo sostiene un criterio a la vez humanista y pragmático de verdad: *verità effettuale*, que expone en el capítulo XV de *El príncipe*, apartándose de los criterios de los demás:

> Pero como mi intención es escribir algo útil para quien lo entiende, me ha parecido más conveniente ir detrás de la *verità effettuale* de las cosas que de la imaginación de ellas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que jamás se han visto ni conocido en la realidad, porque de cómo se vive a cómo se debiera vivir hay tanta distancia, que quien deja lo que se hace por lo que debiera hacerse, aprende antes su ruina que su preservación.

Éste y otros pasajes semejantes han dado pie a la interpretación “maquiavélica” del pensamiento de Maquiavelo, que elimina toda consideración ética y lo sumerge en un craso realismo político sin escrúpulos valorativos, lo que se resume en el dicho jamás pronunciado por Nicolás: “el fin justifica los medios”. Lejos de renunciar a toda valoración ética, Maquiavelo innova una ética fundada en valores republicanos y en un criterio consecuencialista afín a su criterio de verdad efectiva, lo cual se integra en lo que podemos llamar un republicanismo realista. La ética política republicana que propone Maquiavelo tiene como valor principal la libertad política del pueblo frente a los déspotas y de la patria italiana frente a las potencias invasoras, los nuevos bárbaros, como él llama a España, Francia y Alemania. Este ideal patriota y republicano constituye el capítulo concluyente de *El príncipe:* “Exhortación para liberar a Italia de los bárbaros”.

La comprensión propiamente maquiaveliana, que no maquiavélica, de *El príncipe* y en general del pensamiento político de Maquiavelo requiere ciertamente de una lectura dialógica de sus obras, de manera análoga a la manera en que Nicolás conversaba con los sabios

antiguos. Requiere también de la comprensión de su experiencia vital, de sus ideales humanistas y compromisos políticos, de sus decepciones y esperanzas; en suma, de los motivos profundos que guiaron su pensamiento y acción como excepcional hombre del Renacimiento. Buena parte de esa experiencia vital y esa fuerza anímica la expresó el propio Maquiavelo en su correspondencia personal. Por ello resulta un muy pertinente homenaje que el Fondo de Cultura Económica imprima de nuevo sus cartas personales con motivo de los 500 años de la escritura del *El príncipe*, con el fin de invitarnos a una lectura más personal y auténtica de esa obra clásica del pensamiento político, cuya publicación no pudo ver en vida Nicolás Maquiavelo.

AMBROSIO VELASCO GÓMEZ

---

[1] Véase carta 23, p. 134.

[2] Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en *Maquiavelo*, Gredos, Madrid, 2011, pp. 249-250.

INTRODUCCIÓN

Los textos incluidos en este libro se publicaron por primera vez entre mediados del siglo XVIII —en la *Collectio Veterum Aliquot Monumentorum* de A. M. Bandini, Arezzo, 1752— y 1969, fecha de la edición de Sergio Bertelli (véase la nota bibliográfica) que amplió bastante el epistolario conocido. Sin embargo, ni la más sucinta historia de la publicación de las cartas de Maquiavelo, el Secretario Florentino, puede pasar por alto dos momentos anteriores.

"De nuevo he vuelto a descuidar el orden del ir copiando escrituras pertenecientes a historias, por haber recibido de casa de los herederos de Francisco Vettori las propias cartas que por Maquiavelo fueron escritas al dicho Vettori en varios tiempos, las cuales yo copiaré todas sin alterar nada, y si a alguien pareciese que hay alguna que tiene algo de licencioso, o lascivo, que la pase y lea las otras en que él maravillosamente discurre de las cosas del mundo, y excúseme a mí que quizá engañado por la mucha afición que tengo a la memoria de este hombre me dejo transportar a escribir todo lo de él que encuentro, sea como quiera", anotaba Giuliano de' Ricci en el folio 141 del manuscrito conocido como "Apógrafo Ricci" y conservado en la Biblioteca Nacional de Florencia. En el manuscrito, dos nietos del Secretario, el propio Giuliano (hijo de la Baccina que en 1527 andaba trastornada por la cadenilla que su padre le había comprado) y el canónigo llamado, igual que su abuelo, Niccolò Machiavelli (hijo de Bernardo, el que hacia el final de este libro se desempeñaba como ayudante de su padre en la cancillería de los Cinco Procuradores de los Muros), copiaron todos los escritos inéditos de Maquiavelo que pudieron encontrar, en un esfuerzo de más de 20 años relacionado con la lapidaria condena que (junto con buena parte de la aureola de diabolismo que hasta hoy lo circunda) cayó sobre toda la obra del Secretario desde la publicación, en 1559, del primer Índice de libros prohibidos de la Iglesia católica, y con la (vana) esperanza de lograr su suspensión o atenuación.

El otro momento es anterior todavía, y sólo lo conocemos por conjetura. El propio Apógrafo incluye una cantidad considerable de documentos y cartas oficiales sacados de los archivos de Palazzo Vecchio y en buena parte, al parecer, por el propio Maquiavelo, presumiblemente con la intención de preparar alguna publicación sobre el régimen que pasó a la historia como "la república de Soderini". La conjetura es de Bertelli y se basa en el hecho de que los originales de esos documentos (conservados en la Biblioteca Nacional o en el Archivo de Estado de Florencia) tienen dos dobleces perpendiculares superpuestos a los pliegues originales, y títulos puestos por la mano del Secretario en un único momento, evidentemente posterior a los variados momentos de redacción, que correspondería al de una primera clasificación del material.

Que esa intención posible —y harto presumible, considerando el uso que hizo de la escritura nuestro autor— no se haya realizado es de veras deplorable, sobre todo porque en

esta época de exploración de esa cara oculta de la luna representada por todos los procesos reprimidos u orillados a la clandestinidad, la disimulación y el silencio, la república en que tan altos cargos desempeñó Maquiavelo constituye un misterio cuyo atractivo aumenta a medida que vamos descubriendo la densidad y las implicaciones de la cortina de silencio que cayó sobre ella desde su brusco fin.

La presente edición se aparta de la costumbre de separar la correspondencia oficial de las cartas más o menos privadas, para acoger todos los documentos de tipo epistolar escritos por Maquiavelo o dirigidos a él (e incluso algunos sólo referentes a él, como el breve dirigido por Clemente VII a Guicciardini, que constituye el apéndice 28) en todo el periodo comprendido entre la caída de la República en septiembre de 1512 y la muerte del Secretario en 1527, incluyendo algún texto publicado habitualmente entre los llamados escritos políticos menores, como el memorial a Rafael Girólami, cuya índole epistolar es patente.

La selección obedece ante todo a una razón práctica. Toda la correspondencia de Maquiavelo ocupa más de 2 500 páginas en la última edición de Bertelli (sin notas), volumen que desbordaba ampliamente mi proyecto. Sin embargo, la solución de publicar sólo las familiares tiene el inconveniente de excluir casi por completo la información referente al último e importantísimo periodo de su vida, contenido en misivas oficiales. De este volumen, en concreto, desaparecerían 40 cartas —números 65, 68, 75, 98, 99, 112, 113, 116, 120-123, 140-163 y 166-169. Por esa razón elegí el corte cronológico, por el momento que visiblemente dividió la vida de Nicolás Maquiavelo en dos partes muy distintas —y si en la primera discutió con papas y monarcas, fue en la segunda cuando escribió casi toda la obra por la que lo conocemos hoy—.

Con el fin de proporcionar al lector los antecedentes necesarios, he agregado una cronología que incluye un sucinto relato de las actividades conocidas del protagonista desde su nacimiento hasta 1512, con 25 apéndices, en el marco de un panorama general de la situación de Florencia y de Europa. De 1512 en adelante la cronología reúne la información general necesaria para la comprensión de las cartas e intenta colmar en lo posible las grandes lagunas existentes.

En la traducción he intentado ser fiel hasta el servilismo. Esto quiere decir que donde se lee “alienar” o “administración”, eso es literalmente lo que dice el original —pero también donde dice “hicieron acelerar al papa” o “las broncas”. La obra de Maquiavelo fue, entre muchas otras cosas, un hito en el muy concientizado y debatido proceso de evolución de la lengua italiana (que para él era la vulgar toscana, o florentina), y es significativo comprobar que la prosa familiar de las cartas no es más popular que la de las obras: en ocasiones lo es menos. En unas y otras, se trata del habla de una comunidad altamente culta y sofisticada, orgullosa tanto de su pasado como de su presente y en particular de su patrimonio lingüístico: pero en las cartas escribe siempre *volpe* para designar al zorro, tan frecuente personaje de sus ejemplos, que cuando se dirige al príncipe es siempre *golpe* —aproximadamente, como si escribiera “güey”—. Y desde luego, la facilidad con que desliza en la correspondencia, a menudo con variaciones más o menos significativas, citas de Livio, Ovidio y Virgilio, de Dante, Petrarca y Boccaccio y muchos otros, forma un contraste interesante con la ausencia de

referencias a autoridades que ha sido señalada como característica significativa de *El príncipe*. En los corresponsales, por otra parte, encontramos toda una gama, desde la erudición y la profundidad de las cartas de Vettori y Guicciardini hasta la trabajosa sintaxis del infortunado *ser* Vincenzo, excomulgado por una carga de trigo.

La publicación de este epistolario solía justificarse con el argumento de que el conocimiento de la vida de Maquiavelo ayuda a la comprensión de su obra, y no cabe duda de que de estas páginas surge, entre un rico cuadro de la vida renacentista florentina —con su gusto por la conversación ingeniosa, la deducción vivaz y la polémica encendida, siempre atenta a las mínimas oscilaciones de la polis—, la figura del protagonista Nicolás Maquiavelo como un hombre, como diría él, "entero y verdadero". Es igualmente indiscutible que contienen mucha información interesante relacionada con el surgimiento y desarrollo de cuestiones importantes: por ejemplo, en las "divagaciones" que escribió a Pier Soderini durante el triste invierno de 1512-1513, el tema del fin y los medios aparece formulado en forma significativamente distinta de la que la tradición popular asocia con el Secretario. Y cuando con su típico humor amargo relata a Francisco Vettori las palabras pronunciadas por la Riccia "fingiendo hablar con la sirvienta" sobre la falibilidad de los sabios en la práctica, ciertamente parece estar refiriéndose a una larga línea de críticos, que con seguridad ya se había iniciado.

Sin embargo, es preciso advertir que sería un error suponer que tenemos aquí un cuadro fiel y completo de los últimos 15 años de la vida de Maquiavelo. En primer lugar porque faltan muchas cartas: según Bertelli, muchas podrían encontrarse todavía en bibliotecas y archivos públicos y privados de Italia y del extranjero. En segundo, porque las cartas no son un registro sistemático de los acontecimientos sino que responden a necesidades concretas y puntuales de comunicación, y en general sustituyen una expresión oral momentáneamente imposible. La intensa relación con Vettori, que hace que durante años se escriban incluso varias cartas por semana, y cartas de muchas páginas, no termina cuando éste regresa a Florencia; más bien podemos suponer que aumenta, ahora que pueden desarrollar sus largos diálogos paseando por las calles de la ciudad, como añoraba Vettori desde su embajada romana. Pero del epistolario desaparece por un buen tiempo. Por la misma razón no aparecen, o sólo aparecen fugazmente, los que —al menos a juzgar por las dedicatorias de las obras— fueron los mejores amigos del Secretario. De Luigi Alamanni no hay ninguna carta, y sólo por una conocemos el grave acento de Zanobi Buondelmonti, que merecía ser príncipe. El relato de la conversación sostenida con Lorenzo Strozzi sobre el proyecto de casar a un hijo suyo con una hija de Guicciardini es muy divertido y arroja una luz interesante sobre las costumbres matrimoniales de la época, pero para nada nos explica por qué le fue dedicado el *Arte de la guerra*. Y podemos leer todas las cartas sin enterarnos de la existencia de los Orti Oricellari, que tanta importancia tuvieron, sin embargo, para la vida y la obra de Nicolás Maquiavelo.

Hay incluso ausencias que evocan el hecho de que la palabra "secretario" viene de secreto, y que el propio Maquiavelo advierte en los *Discursos* (en el capítulo sobre las conjuras) que "del escribir cualquiera debe guardarse como de un escollo". Mencionaré la que más me intriga: quien entregó a los editores, después de la muerte del autor, los originales de

El príncipe, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y las *Historias florentinas* fue Giovanni di Taddeo Gaddi, florentino nacido en 1493 y muerto en 1542, que fue clérigo de cámara apostólica, rico, humanista, mecenas y poseedor de una espléndida biblioteca. A él están dedicadas las primeras ediciones de esas obras, y en la dedicatoria de los *Discursos* dice el editor Antonio Blado:

> Y con tanto más gusto se la dedico, cuanto más me parece que la excelencia de esta materia está conforme a la altura de su espíritu; y cuanto Vuestra Señoría tiene en esta obra mucho mayor parte que yo, habiendo sido tan amigo, a lo que entiendo, del autor de ella, y tan aficionado a sus cosas, y además siendo este libro salido de su casa, y por hombres suyos dado a luz, y con gran diligencia corregido.

Es asombrosamente escasa la información que existe sobre Gaddi ("se deleitaba muchísimo de la virtud, a pesar de que en él ninguna había", dice Benvenuto Cellini en su *Vida*), pero lo que me intriga es que, aparte de esas dedicatorias, ni una sola vez aparece su nombre asociado con el de Maquiavelo.

Sin embargo, los enigmas, las paradojas y las ambigüedades son características constantes de todo lo relacionado con el Secretario (el propio catálogo de sus obras está todavía en discusión), y felizmente este libro admite, o más bien impone, otra lectura. Este conjunto armado por el azar de las cartas perdidas y encontradas se puede leer "como una novela": una gran novela histórica sobre el fin del Renacimiento italiano, protagonizada por un ser humano excepcional, de inteligencia, sensibilidad y cultura muy superiores a lo común y ubicado en un punto importante de esa época convulsa que fue el siglo XVI. Maquiavelo no vivió para experimentar las consecuencias del contacto con el mundo al otro lado del océano, pero el proceso de definición de los Estados europeos modernos y de reorganización de las relaciones entre el poder espiritual y el temporal, o entre el emperador y el papa o entre Dios y el César, lo vivió participando intensamente, lo analizó con la razón y con la pasión. En este libro los motivos más variados, los personajes más dispares y episodios de toda índole se dibujan contra la gran trama de fondo que es el proceso político que se estaba desarrollando en Europa y que a lo largo del epistolario se comenta, analiza, discute, en forma particularmente dramática porque Maquiavelo está viendo —estaba viendo desde sus tiempos de Secretario— la tremenda amenaza, representada por los grandes Estados ya constituidos en otras regiones de Europa, que se cernía sobre los pequeños Estados italianos y que se concretaría con el triunfo imperial. El saqueo de Roma por los ejércitos de Carlos V, que tan enorme valor simbólico tuvo para pueblos en que el conflicto entre la autoridad religiosa y la civil era quemante actualidad, se produjo todavía en vida de Maquiavelo, menos de dos meses antes de su muerte. Y el triunfo militar de Carlos V, su posterior acuerdo con Clemente VII (que en 1530 lo coronó en Bolonia repitiendo minuciosamente, por exigencia del emperador, la ceremonia de coronación de Carlomagno) y después el desenlace del Concilio de Trento marcaron la victoria del movimiento que con justicia ha sido llamado Antirrenacimiento — para la península italiana el comienzo de dos siglos largos de ocupación militar extranjera y rigurosa vigilancia inquisitorial—, y en la cultura de lo que Croce llamó "la edad barroca", con el tacitismo, el nicodemismo y demás formas de la disimulación.

Maquiavelo, igual que Leonardo y Miguel Ángel, es una de las máximas encarnaciones del espíritu del Renacimiento italiano. La intensidad emotiva, la profundidad intelectual, la pasión estética y la alegría de vivir que asociamos con el arte de ese periodo desbordan de estas páginas. Espero haber logrado transmitirlas al lector.

AGRADECIMIENTOS

Todas las traducciones del latín son obra de los doctores Giuseppe Palmieri y Mariapia Lamberti, del Instituto de Cultura de la Embajada de Italia en México, quienes además ayudaron a resolver innumerables dudas. Sería demasiado larga la lista de los empleados de la Biblioteca Nacional de México que colaboraron en alguna forma con mi trabajo, de modo que mencionaré solamente a Arturo Gómez por su aporte tan variado como valioso. Todavía no encuentro la palabra que designe cumplidamente la función que desempeñó en el proceso Ludka de Gortari Krauss, por lo que la agradezco sin declararla. Por último, es un hecho que este libro no existiría sin la confianza y el estímulo del Fondo de Cultura Económica y en particular de Adolfo Castañón, y tampoco sin el impulso inicial y el ejemplo que agradezco a mi maestra Luce Fabbri y a mi padre Víctor Mastrangelo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La bibliografía sobre Maquiavelo y sobre el Renacimiento italiano es interminable (un buen resumen puede encontrarse en Armando Saitta, *Guía crítica a la historia medieval*); aquí se indican sólo las obras citadas en las notas (véase mi reseña de la bibliografía de Sergio Bertelli en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, México, UNAM, 2ª época, núm. 4, 1990). Del siglo XVI, la *Storia d'Italia* de Francisco Guicciardini, las *Istorie della città di Firenze* de Jacopo Nardi y la *Storia fiorentina* de Benedetto Varchi, que incluye las cartas de Giovambattista Busini (de todas hay diversas ediciones); más cerca de nuestro tiempo, Jacob Burckhardt, *La civiltà del Rinascimento in Italia* (desconozco la traducción española), la *Vita di Niccolò Machiavelli* de Roberto Ridolfi (Roma, Belardetti, 1954), *Escritos sobre Maquiavelo* y *La idea de nación* de Federico Chabod (ambos publicados en español por el Fondo de Cultura Económica, en 1984 y 1987, respectivamente), y sobre todo la vasta obra de Sergio Bertelli, franciscana o maquiavélicamente dispersa en las innumerables notas introductorias, notas bibliográficas, notas al texto y notas a pie de página de las dos ediciones de las obras completas de Maquiavelo que ha dirigido: *Opere complete*, Milán, Universale Economica Feltrinelli, 8 volúmenes, de 1960 en adelante (con Franco Gaeta); y la en muchos sentidos extraordinaria edición conmemorativa del quinto centenario del nacimiento de Maquiavelo publicada en Milán por Salerno en 11 volúmenes a partir de 1969, con el título general de *Opere*.

ADVERTENCIA

Horario. Las 24 horas se contaban a partir del Ave María de la tarde, anunciado (hasta hoy) por las campanas media hora después de la puesta del sol.

Calendario. Florencia seguía un calendario *ab Incarnatione*, para el cual el año empezaba en la fiesta de la Encarnación, el 25 de marzo. Al mismo tiempo, Roma utilizaba un calendario *a Nativitate*, por lo que allí el primer día del año era el 25 de diciembre. A esto se deben las diferencias observables en las fechas originales de muchas cartas.

Moneda. En Italia, a la multiplicidad de estados correspondía una multiplicidad de emisores[1] y la consiguiente diversidad de medidas de peso y criterios sobre la ley de los metales. Agréguese el hecho de que todas esas monedas habían ido sustituyendo gradualmente a la moneda única del Imperio romano conservando en muchos casos sus denominaciones, y se podrá conjeturar la babélica confusión que reinaba en este aspecto. Contribuía a agravarla, además, la evolución de amistades y enemistades políticas, y así, en su "Nota para uno que va de embajador a Francia", Maquiavelo advierte: "Desde Bolonia y por todo el Milanés se gastan con ventaja los cuartos de Milán", y más adelante: "En Asti y en el Milanés, guardaos de aceptar monedas de Saluzzo". Por otra parte, las mismas monedas veían modificado su valor por el desgaste y los recortes, y es por esto que, por ejemplo, Agustín del Nero protesta, en su carta del 21 de julio de 1526: "quisiera que estuvieseis […] cuando se cuenten […] porque de semejantes cosas no haría yo negocio […] que me avergonzaría de no mandar los mismos ducados que me mandan. Y si es posible quisiera que llevaseis a la señoría del lugarteniente para que vea con sus propios ojos qué clase de oro es".

La moneda fraccionaria se llamaba generalmente *soldo* (del *solidus* romano), pero detrás de ese nombre podía haber prácticamente cualquier cosa. Otras se llamaban *quattrini* (a veces *quattrini bianchi*) y *grossi* (pero también se llamaba *grosso* un florín de plata). De la libra (pesa) de plata que fue la base del sistema monetario de Carlomagno tomó su nombre la *lira*, que fue una moneda solamente ideal o de contabilidad hasta mediados del siglo XV, cuando surgió una variedad de monedas circulantes con ese nombre (por ejemplo, la *lira di denari piccoli* y la *lira di denari grossi*). El primer florín de plata acuñado por Florencia en 1235 equivalía originalmente a una lira de plata. Entre las monedas de oro, las principales eran en el siglo XVI el florín de oro emitido por Florencia desde 1252; el ducado de Venecia inaugurado en 1284 y el *genovino* acuñado desde poco después por Génova y comúnmente llamado también ducado. En 1501 la Señoría de Florencia, frente a esta situación, decretó que todas las cuentas debían ser estipuladas en "florines de oro efectivos": de ahí el nuevo nombre de "florín grande" (*fiorino largo*) o "de oro en oro" (*d'oro in oro*). Había además un florín

“pequeño” o “de estudio”, de valor oscilante entre la mitad y dos tercios del grande. Pero todas éstas son sólo observaciones generales, por lo dicho al principio.

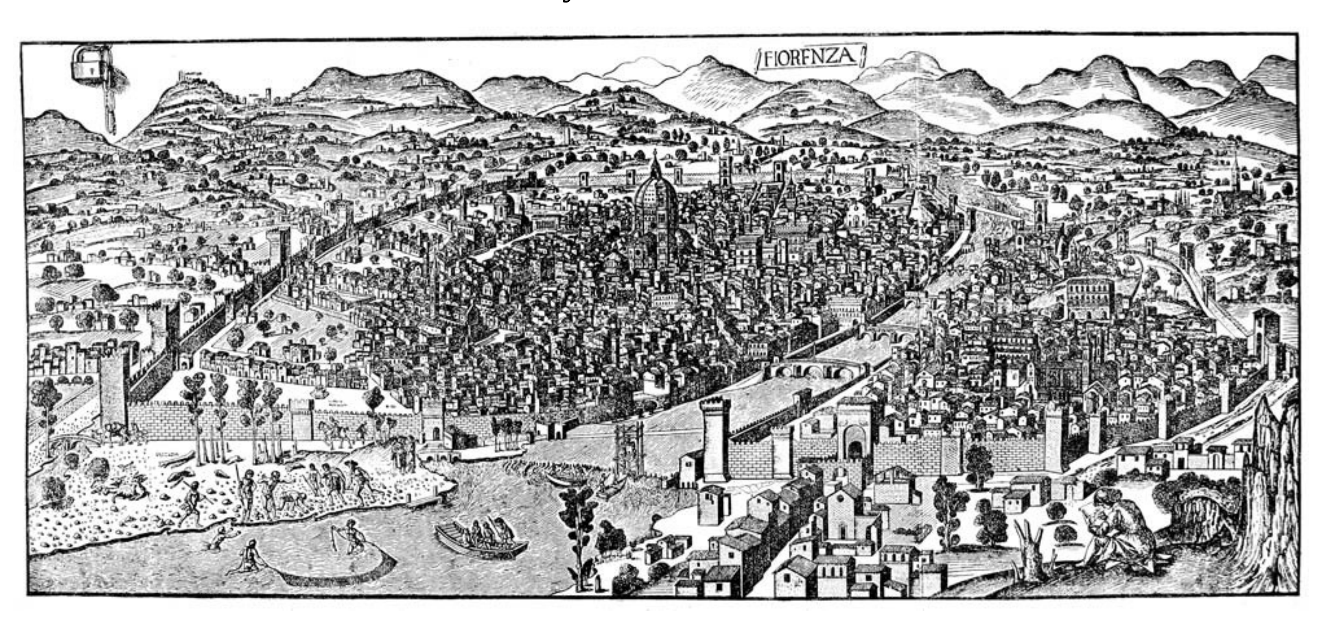
---

[1] Véase mapa 1, p. 61.

CRONOLOGÍA DE NICOLÁS MAQUIAVELO

1469

Nace en Florencia el 3 de mayo, hijo de Bernardo de Nicolás Maquiavelo y de Bartolomea Nelli. Es el primer varón, después de dos niñas, Primavera y Margarita, en una antigua familia originaria del Valle de Pesa que, aunque no era de las grandes o magnaticias, tampoco era del *popolo minuto* y poseía un escudo gentilicio: una cruz de plata en campo azul con cuatro clavos en las esquinas y uno en el centro, los *mali clavelli* ("clavitos malos") del apellido.[1] En el medio siglo anterior se había terminado en la ciudad la cúpula de Santa María del Fiore, donde en 1468 el eminente físico y astrónomo Paolo del Pozzo Toscanelli había instalado su famoso gnomon —primer instrumento astronómico utilizado en Europa— con el que realizó importantes observaciones del movimiento aparente del sol y la oblicuidad de la eclíptica, mucho más exactas que todas las anteriores; se habían construido además las iglesias de San Lorenzo, la Annunziata y Santo Spírito; el palacio proyectado por Brunelleschi para Luca Pitti llevaba décadas detenido a media construcción y al otro lado del Arno destacaba el palacio Rucellai, obra de Leon Battista Alberti. El poder se encontraba "informalmente" en manos de Piero de Médicis "el Gotoso", cuyo hijo Lorenzo —el futuro Magnífico, que tenía entonces 20 años— se casó el 4 de junio con Clarisa Orsini, elevándose con ello por encima de la clase burguesa a que pertenecía su familia (véase el árbol genealógico). El 2 de diciembre muere Piero y dos días después los más ilustres ciudadanos "de parte medicea" invitan a Lorenzo y Juliano a asumir el cuidado de la ciudad y del Estado.



Florence in the days of Lorenzo the Magnificent, ca. *1490, Berlin Museum, Berlín. Vista de Florencia hecha en la década de 1460. El este arriba.*

1471

Aparecen los primeros libros impresos en Florencia, *Mesue*, *Phalaris* y tres obritas de Leon Battista Alberti, mientras el orfebre Bernardo Cennini estaba fundiendo los delicados tipos romanos con que compuso el magnífico in-folio con el comentario de Servio a la obra de Virgilio. De ahí en adelante la imprenta se desarrollará rápidamente en la ciudad.

1473

En este año decidió hacerse sacerdote Marsilio Ficino (1433-1499), quien tras comprender temprano que la filosofía peripatética era “no *scientia* sino *malitia*” se había dedicado al platonismo y desde 1458 había sido protegido por los Médicis, había estudiado griego y traducido himnos y obras de varios autores (entre ellos Hesíodo y Hermes Trismegisto) antes de emprender la traducción de los diálogos de Platón; además explicaba el platonismo tanto en el Estudio florentino como en la iglesia y en su casa, donde se originó la Academia Platónica de Florencia patrocinada por el magnífico Lorenzo. Se hizo sacerdote, en parte por consejo de Lorenzo, convencido de que *ex pagano Christi miles factus* (“convertido de pagano en soldado de Cristo”) estaría en mejores condiciones para completar la tarea que se había propuesto de conciliar el platonismo con el cristianismo, con base en su concepto de la perfecta identidad entre filosofía y religión.

1474

Paolo del Pozzo Toscanelli fecha el 25 de junio su célebre carta al rey don Alfonso V de Portugal sobre las dimensiones de la mar océano.

1475

Jerónimo Savonarola (1452-1498) ingresa al convento de Santo Domingo de Bolonia. Ya había estudiado las doctrinas humanistas (su abuelo fue famoso como médico y como maestro), lógica y filosofía, interesándose especialmente por santo Tomás de Aquino. Ya había escrito además dos canciones tituladas *De ruina mundi* y *De ruina Ecclesiae*. En Florencia nace Totto, único hermano varón de Nicolás Maquiavelo.

1476

En Florencia, Maquiavelo empieza a estudiar latín con cierto maestro Mateo y después con *ser* Bautista Poppi. En Bolonia, fray Jerónimo Savonarola pronuncia los votos solemnes.

1478

Juliano de Médicis es asesinado, en la llamada “conjura de los Pazzi”, por aristócratas descontentos con la concentración del poder en manos de su familia. La reacción popular es causa de que se fortalezca el gobierno del sobreviviente Lorenzo. Sandro Botticelli pintó en la fachada del palacio del Bargello (jefe de policía) a los principales conjurados tal como fueron ajusticiados. El fracaso de la conspiración, fraguada con el apoyo del papa Sixto IV, determina una guerra entre el papa (apoyado por el rey de Nápoles y la república de Siena) y Lorenzo (aliado con Milán y Venecia).

1479

Savonarola es enviado por sus superiores a su natal Ferrara para proseguir sus estudios en la facultad de teología de esa ciudad. En diciembre, Lorenzo viaja a Nápoles para entrevistarse personalmente con el rey de Nápoles (Ferdinando I de Aragón), a quien consigue apartar del papa, lo que pone fin a la guerra.

1482

Estalla la “guerra de Ferrara”: Sixto IV y Venecia (codiciosos de territorios de la familia Este, gobernante de Ferrara) contra Milán, Florencia y Nápoles. Los dominicos de Ferrara desocupan su convento y Savonarola llega por primera vez al convento de San Marcos de Florencia, donde es designado “lector” e impresiona a sus cofrades exponiendo apasionadamente la Biblia y en particular aplicando las profecías a la situación presente. Hacia el final del año predica por primera vez en el convento *delle Murate*, sin mayor éxito.

1483

Aparece en Florencia la primera edición del *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, impresa por el monasterio de Rípoli.

1484

La guerra termina con la paz de Bagnolo, con un modesto beneficio para Venecia. Giovanni Pico della Mirandola, conde de Concordia (1463-1494) —quien ya había estudiado derecho canónico, letras, filosofía y griego en Bolonia, Ferrara, Padua y Pavía— llega a Florencia y de inmediato se hace amigo de Lorenzo, de Marsilio y de Poliziano y colabora activamente en la Academia Platónica.

1485

Savonarola, enviado a San Gimignano, expone por primera vez desde el púlpito las tres proposiciones fundamentales de su mensaje: la Iglesia debe ser castigada, después renovada, y ello es inminente.

1486

De regreso de un viaje a Francia, Giovanni Pico emprende estudios orientales con el averroísta judío Elías del Medigo y compone sus 900 tesis con las que pretende presentarse a Roma para sostener una disputa pública sobre los principales problemas filosóficos y religiosos. Hacia el final del año las tesis impresas circulaban en Roma y en muchas universidades italianas, pero la comisión papal resolvió censurarlas.

1487

El 31 de marzo, Giovanni Pico tiene que firmar una declaración renunciando a 13 conclusiones declaradas sospechosas de herejía, pero el 31 de mayo publica la *Apologia*, a la que responde Inocencio VIII con la bula del 4 de agosto. Por entonces Savonarola vuelve a Ferrara a continuar sus estudios.

1488

A principios de año Giovanni Pico, que se dirigía a París para tratar de defender sus tesis en la Sorbona, es apresado cerca de Lyon y encarcelado en Vincennes por obra de la curia romana. En Florencia, Bartolomé di Libri imprime la edición príncipe de Homero, preparada por el ilustre humanista Demetrio Calcóndila (Atenas, 1424-Milán, 1511), quien invitado por Lorenzo enseñó griego en Florencia de 1472 a fines de 1492, teniendo alumnos tan distinguidos como Ángel Poliziano y Gian Giorgio Trissino; además fue uno de los revisores de la versión latina de Platón hecha por Marsilio Ficino. De regreso en Italia, Pico se refugia en Florencia donde permanecerá hasta su temprana muerte.

1489

Pasa a residir en casa de Lorenzo de Médicis Miguel Ángel de Luis Buonarroti, quien tenía entonces 14 años; había ingresado el año anterior al taller de Domenico Ghirlandajo y ya se había hecho notar.

1490

Regresa a Florencia Savonarola, en parte a pedido de Lorenzo de Médicis, y el 1° de agosto inicia su predicación en San Marcos, exponiendo el Apocalipsis durante un año entero y retomando sus temas de San Gimignano. Del día de Todos los Santos al de Reyes pronunció los 19 sermones sobre la 1ª Epístola de san Juan, atacando violentamente el vicio predominante en la ciudad.

1491

Durante la cuaresma, el fraile predica en Santa María del Fiore sobre las lamentaciones de Jeremías, profetizando tribulaciones inminentes. En julio se convierte en prior de San Marcos. En estos años germinó en la cabeza de Giovanni Pico —quien como casi todos los humanistas y neoplatónicos fue inicialmente atraído por la predicación místico-política del dominico— la idea de ingresar en la orden dominicana; además emprende su proyecto filosófico de conciliación del platonismo con el aristotelismo y del cristianismo con ambas cosas, la magia y la cábala, ligado a la idea de los neoplatónicos florentinos de que la religión cristiana constituía una derivación de una filosofía-religión conservada en las doctrinas caldeas y la cábala hebraica. Probablemente fue en este año que Colón escribió a Toscanelli, quien le respondió alentándolo y enviándole además una copia de su carta anterior.

1492

Muere (el 9 de abril) Lorenzo el Magnífico, cuya política exterior inteligente y hábil había sido hasta ahí lo único que mantenía el precario equilibrio de los Estados italianos, y es sucedido por su hijo Piero, de 20 años, quien se gana de inmediato la enemistad general. El 11 de agosto, en Roma, Rodrigo Borja o Borgia es elegido papa con el nombre de Alejandro VI. En su sermón de adviento, Savonarola anuncia la inminencia del huracán que debía subvertir y regenerar a Italia y habla del “nuevo Ciro” que vendría del otro lado de los Alpes para realizar la venganza divina. En este año se publica su *Trattato dello amore di Iesù Cristo* y otro que reúne varios escritos sobre lógica y filosofía. Desde principio de año había concebido el plan de restaurar en su convento la regla de Santo Domingo en todo su rigor: defendió ese plan en dos capítulos de la congregación lombarda, a la que pertenecían los dominicos de Florencia, y la oposición que encontró lo indujo a promover la separación, idea que fue entusiastamente respaldada —por motivos políticos— por Piero y Juan de Médicis.

1493

El 22 de mayo, un breve papal sanciona la separación de los dominicos florentinos de la congregación lombarda. Carlos VIII de Francia concluye los tratados de Barcelona y Senlis, asegurándose mediante considerables concesiones territoriales la neutralidad de España y el Imperio para su proyecto de conquista del reino de Nápoles.

1494

Carlos VIII cruza los Alpes con un ejército en actitud hostil hacia Florencia, aliada con los aragoneses. Tras las primeras derrotas, los florentinos enviaron al rey de Francia una embajada de ocho notables, entre los que iba Piero de Médicis como *primus inter pares* (recuérdese que todavía los Médicis tenían el poder de hecho, pero no de derecho); sin embargo Piero prefirió negociar por cuenta propia y en secreto acordó con el rey pagarle 200 000 ducados y entregarle de inmediato, en prenda de ese pago, Sarzana, Sarzanello, Pisa, Livorno y Librafratta. Los florentinos, al enterarse, lo consideraron traición y en seguida estallaron los tumultos que pronto provocaron la huida de todos los Médicis y la proclamación de la república, cuya principal y más significativa novedad fue la creación (sobre el modelo veneciano) del *Consiglio Grande* o *Maggiore* (el número de sus miembros varió entre 500 y 2 500) agregado a la Señoría y al Gonfalonero de Justicia en lo que aproximadamente sería el poder ejecutivo. La creación del Consejo Grande fue acompañada por una considerable ampliación del padrón electoral, con admisión en gran escala de elementos no aristocráticos; además se encomendó al célebre arquitecto Simone del Pollaiuolo (llamado el Crónaca) la construcción de una sala especial, llamada hoy Salón de los 500. Mientras tanto, el 7 de noviembre los pisanos reciben dentro de sus muros a Carlos VIII y el 11 le juran fidelidad, prefiriendo entregarse a Francia antes que seguir dependiendo de Florencia; el mismo día, tumultos populares destruyen todas las insignias florentinas de la ciudad. De aquí arranca la prolongada “guerra de Pisa” que tanto preocupará a Maquiavelo. A partir de septiembre Savonarola pronuncia 45 sermones sobre el Génesis. El 1° de noviembre inicia su predicación sobre los Salmos y los profetas, cuando Piero se hallaba en el campo de Carlos VIII. Al llegar la noticia de la entrega de las fortalezas por éste, la Señoría envía al rey una embajada de la que forma parte el fraile, quien habla con Carlos VIII en Pisa y le pide que libere a Toscana del dominio de los Médicis sin obtener ninguna respuesta concreta. El 30 de noviembre reinicia su predicación en Florencia, donde el 17 había muerto, posiblemente envenenado, Giovanni Pico.

1495

El 6 de enero, Savonarola inicia su predicación sobre los Salmos, en que propugna la institución de un consejo de 80 o de 100 miembros, sacados del Consejo Grande, el cual podría recibir apelaciones contra las condenas de la Señoría, cosa que hubiera sido una

limitación importante de su poder. La oposición *arrabbiata* lo obliga a interrumpir su predicación y marcharse a Lucca, de donde regresa pronto gracias a la acción de sus partidarios y los *palleschi*. Mientras tanto, el 22 de febrero Carlos VIII había entrado triunfalmente en Nápoles casi sin combatir, pero sus aliados ya lo estaban abandonando: el 31 de marzo se firma en Venecia la Liga Itálica (por 25 años) promovida por la Serenísima República de Venecia con adhesión de los Sforza de Milán, el rey de Nápoles y el papa; Florencia no adhiere —manteniéndose fiel a Francia en parte por los argumentos míticos de Savonarola y en parte por la esperanza de recuperar las fortalezas— pero sí el emperador Maximiliano y Fernando de Aragón, quien envía a Italia a su gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. Ante los preparativos bélicos generales, Carlos VIII emprende el regreso y por Siena y Florencia llega al Apenino; el 6 de julio está a punto de ser destrozado en Fornovo, pero logra llegar a Asti. Savonarola publica *La semplicità della vita cristiana*. La Liga empieza inmediatamente a desmembrarse. El 21 de julio el papa envía un breve a Savonarola ordenándole ir a Roma a explicar su predicación en contra de la Liga. El dominico responde el 31 explicando que le es imposible, y el 18 de agosto publica su *Compendio di revelatione*. El 8 de septiembre un nuevo breve papal ordena someter a juicio a Savonarola y que San Marcos vuelva a unirse a la congregación lombarda, pero debido a nuevas justificaciones del fraile y a la intercesión de la Señoría florentina y varios cardenales, Alejandro VI revoca esa decisión y con un breve del 16 de octubre se limita a prohibirle predicar hasta que vaya a Roma. El 18 y el 25 Savonarola pronuncia sus últimos sermones, antes de callar por obediencia. Florencia termina el año en el desaliento y la irritación.

1496

Dentro de la república florentina se enfrentan con violencia tres facciones: los partidarios del gobierno “amplio” o democrático (a escala de la época), que apoyaban a Savonarola y eran conocidos como *frateschi* (“frailescos”) o *piagnoni* (“llorones”); los *magnati* u *ottimati*, según ellos mismos, conocidos popularmente como *arrabbiati* (“furiosos”), defensores del gobierno *ristretto* (“restringido”, es decir, de pocos), y los filomediceos, llamados *bigi* (“grises”) o *palleschi* (de *palle*, “bolas”, por las que figuraban en el escudo de los Médicis (véase la figura 12, p. 186).

El 11 de febrero (que para ellos era todavía de 1495) la Señoría, después de insistir en vano ante el papa, ordena a Savonarola reanudar sus actividades, y éste pronuncia el primero de sus 17 sermones sobre Amós, iniciando la crítica de la jerarquía eclesiástica; el papa le manda una nueva prohibición e inicia contra él un proceso papal, pero después lo suspende a trueque de que el dominico modere su lenguaje y se olvide de la política. El 1° de marzo inicia su predicación sobre Job. El 18 se aprueba el derecho a apelar contra la Señoría, pero dejando la competencia al Consejo Grande. Los partidarios del fraile son cada vez más numerosos y más fanáticos: éstos son los tiempos en que, según sus opositores, la ciudad parecía un inmenso monasterio en que actuaban las bandas de niños espías y se quemaban en

la plaza las “vanidades”. La rendición francesa provoca un momentáneo predominio optimate y el 3 de julio se prohíbe a Savonarola predicar. Mientras tanto penetra en Italia el emperador Maximiliano I de Habsburgo, llamado por el duque de Milán Ludovico el Moro, y se intenta pasarle el problema declarando a Pisa territorio imperial, pero después de un intento fallido el emperador desiste y se retira. Esto devuelve la supremacía en Florencia a Savonarola, quien vuelve a subir al púlpito el 28 de octubre. El 7 de noviembre el papa crea la congregación romano-toscana, a la que San Marcos debe unirse so pena de excomunión, y con ello Savonarola pierde su cargo de vicario general. El 27 de noviembre inicia los sermones sobre Ezequiel, que continúan hasta el 4 de mayo del año siguiente. En diciembre es elegido gonfalonero Francisco Valori, lo que equivale a la aparición formal de los partidarios del fraile como facción política.



Ilustración procedente del Códice Ricciardiano *C/92c9 y dice representar una escena de la guerra de Troya, pero las ropas, las armas y sobre todo los edificios (el de la izquierda es sin duda posible el palacio Médici-Ricciardi) indican más bien alguno de los tumultos florentinos de esta época.*

En este año Maquiavelo viajó a Roma enviado por su familia en procura de algún beneficio eclesiástico, llevando una carta de recomendación para el cardenal Francisco Todeschini Piccolómini (el futuro Pío III) de uno de los más acérrimos enemigos de Savonarola, Pietro Dolfin, general de la orden camaldulense. El 12 de octubre es enterrada su madre. En años recientes se descubrió, en el códice vaticano *Rossiano 884*, una copia de *De rerum natura* de Lucrecio de mano de Nicolás y hecha en estos años; el descubrimiento es importante porque lo ubica en el ámbito de un grupo lucreciano epicúreo que operaba en Florencia por entonces, alrededor de Michele Marullo y Alessandra Scala, no lejos del círculo político de Giovanni y Pierfrancesco de Médicis, de la otra rama de la familia y ya opositores de Piero, en contra del cual y como muestra de su amor por la “libertad” (gobierno amplio) habían tomado el sobrenombre de *Popolani*. También estaba activo en esos años el grupo de *giovani gaudenti* (“jóvenes gozadores”) llamados los *compagnacci* (“malos compañeros” o “chicos malos”), enemigos naturales de quien predicaba contra las “vanidades” (que incluían particularmente el estudio de la Antigüedad clásica). Los cronistas

de la época concuerdan en que los *compagnacci* se reunían periódicamente en solemnes banquetes, que bien podrían haber sido simposios epicúreos. A los *compagnacci* pertenecía Tommaso di Paolantonio Soderini, y a su pariente Piero, siendo gonfalonero de Florencia, le fue dedicado un poema latino en cuatro libros que desde el título —*De rerum primordiis*— evoca a Lucrecio. El jefe de los *compagnacci* era un cierto Doffo (pero a veces Dosso) Spini, de quien todo lo que se sabe es que solía pasar mucho tiempo en el taller de Sandro Botticelli (quien como es sabido fue siempre ardiente *pallesco*) y que durante la república fue comisario en Valdiniévole (1504) y capitán de Campiglia (1505). Sólo se conocen los nombres de algunos miembros del grupo que se vieron implicados en un proceso, y todos esos nombres aparecen durante la república en diversos cargos públicos menores. No hay nada que documente la pertenencia de Nicolás Maquiavelo a este grupo, pero es imposible no sospecharla, y es indudable que, como escribe Bertelli, de parte del fraile no estaba.

1497

Carlos VIII pacta una tregua con la Liga que provoca en Florencia un nuevo momento de predominio magnaticio, en que estallan violentos tumultos. Savonarola publica su *Trattato circa il reggimento e governo della città di Firenze*. El 13 de mayo el papa lo excomulga. La excomunión fue publicada el 17 de junio, pero el dominico no la tomó en cuenta. Francia firma un armisticio separado con España, en detrimento de los italianos. En agosto se descubrió en Florencia una conjura para el regreso de los Médicis y varios nobles fueron condenados y ajusticiados, negándoseles la apelación propugnada por Savonarola con el silencio cómplice de éste. Era el triunfo de Francisco Valori y los *piagnoni*, pero hizo que el número de los partidarios del fraile se redujera mucho. El 13 de octubre, Savonarola escribe al papa pidiéndole perdón, pero sin acatar el decreto del 7 de noviembre anterior. Mientras tanto, la situación financiera del gobierno florentino es cada vez peor y se ve obligado a decretar un empréstito forzoso que no le gana amigos. En Navidad y luego en la Epifanía, Savonarola oficia y administra la comunión en ceremonias en que interviene oficialmente la Señoría.

1498

En febrero el papa exige a la Señoría que le entregue a fray Jerónimo, y Maquiavelo es propuesto por la oposición para el cargo de segundo secretario y derrotado por el candidato de los *piagnoni*. En marzo Maquiavelo escribe la carta al embajador florentino Ricciardo Becchi sobre la predicación del dominico (véase el apéndice 1). Poco después la turbulencia llega al máximo cuando se intenta someter a Savonarola a un “juicio de Dios” por el fuego, que tiene un fin incierto debido a una inesperada lluvia, en la que los *piagnoni* desde luego ven una intervención divina; su fervor llega al máximo al conocerse al día siguiente la noticia de la muerte de Carlos VIII, quien según ellos había abandonado al fraile, pero al mismo

tiempo su número llega al mínimo. El 9 de abril un tumulto popular encabezado por los *compagnacci* saca a Savonarola del convento de San Marcos y lo entrega a la Señoría. Durante los meses de abril y mayo Savonarola es procesado y torturado, y el 23 de mayo se ejecuta la sentencia dictada contra él, siendo ahorcado y quemado. El 28 del mismo mes Maquiavelo es nombrado por el *Consiglio dei Richiesti* segundo canciller. Más adelante (15-18 de junio) es nombrado secretario de la segunda cancillería, derrotando a otros dos candidatos. Finalmente, el 14 de julio es nombrado secretario de los Diez de Libertad y Paz; con la acumulación de esos cargos se convierte en el funcionario más importante del gobierno.

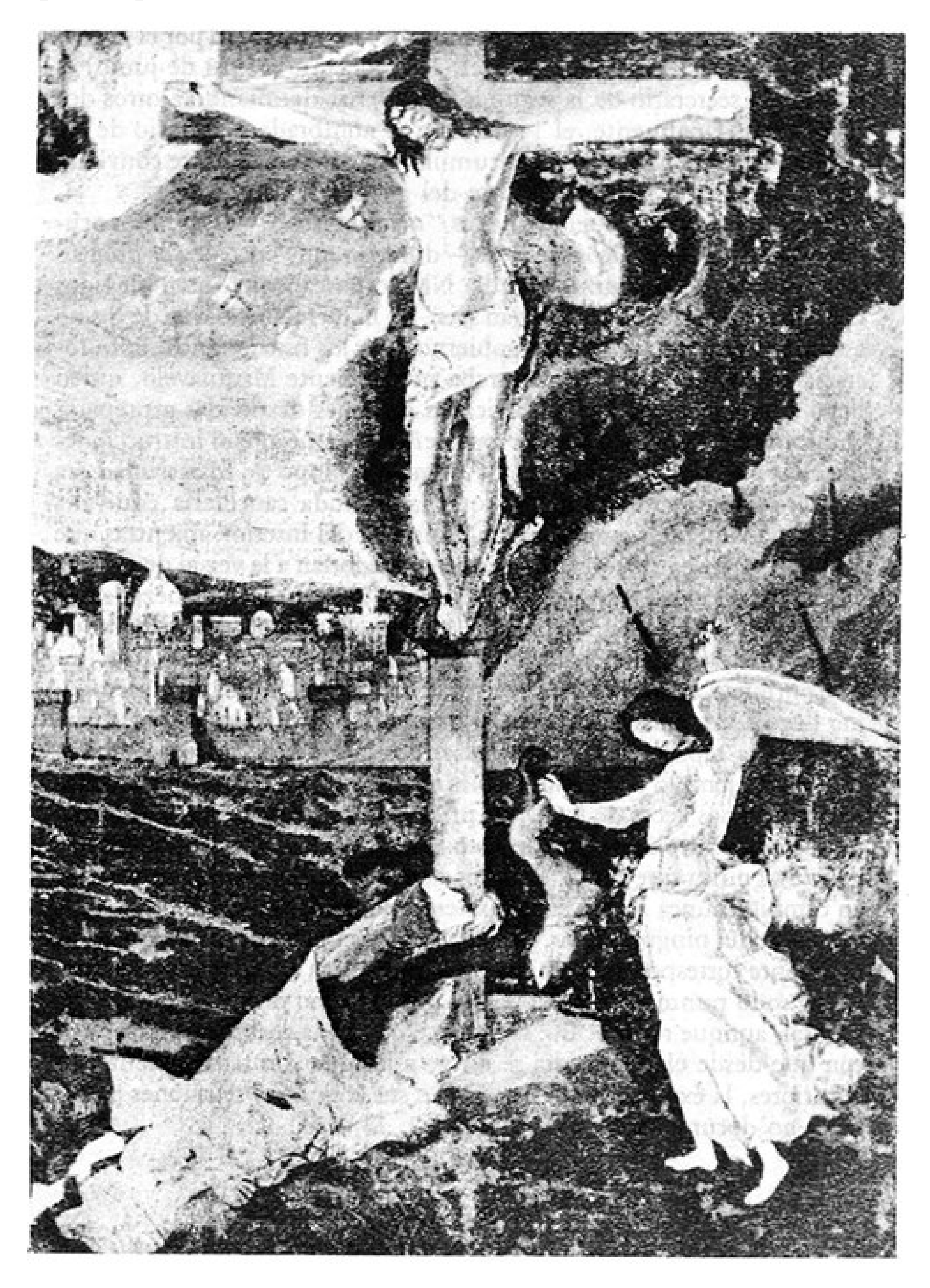
Es preciso tener en cuenta que los “magistrados” —es decir, los ocupantes de cargos políticos electivos— duraban muy poco en sus puestos (los Señores, de quienes dependía Maquiavelo como canciller, eran elegidos cada dos meses; los Diez duraban seis), de manera que lo que de hecho aseguraba la continuidad del gobierno eran los funcionarios, la burocracia en cuyo vértice se encontraba precisamente Maquiavelo, quien llegó a partir en una de sus delicadas misiones destinadas a preparar el camino para el envío de una representación oficial con instrucciones dictadas y escritas por él mismo. Además, el campo de su actividad era extraordinariamente amplio porque la segunda cancillería equivalía aproximadamente a un moderno Ministerio del Interior, mientras que los Diez, para seguir con el símil, corresponderían a la vez al de Guerra y al de Relaciones Exteriores, en tanto que la primera cancillería, encabezada por el humanista Marcello Virgilio de Adriano Berti, sólo desempeñó en esos años funciones mercantiles y judiciales.

Continúan envueltos en el misterio dos puntos fundamentales: cómo llegó a tan altos puestos y por qué nunca obtuvo los honores visibles que la rápida rotación en los cargos ponía al alcance de tantos, como por ejemplo su primo Nicolás de Alejandro, que en los mismos años fue varias veces de los Diez, prior y embajador. En los documentos oficiales, Nicolás de Bernardo aparece siempre como “ciudadano”, lo que significa que tenía todos los derechos civiles, activos y pasivos; en cambio, nunca recibe el tratamiento de *messer* o *ser*, lo que indica que no tenía ningún título, pese a lo cual ocupaba un cargo que normalmente correspondía a un notario y que ya era antiguo y prestigioso. El segundo punto podría explicarse por el hecho de ser su padre hijo natural, aunque reconocido. Del primero, y de la manifiesta autoridad con que desde el primer día se dirige a los que son técnicamente sus superiores, la explicación debe estar en sus acciones y relaciones personales no documentadas (véanse los apéndices 12, 13 y 14).

1499

Parte en sus primeras misiones diplomáticas, ante Jácopo d’Appiano, señor de Piombino (marzo) y ante Caterina Sforza Riario, regente de Ímola y Forlí (julio), ambas relacionadas con la contratación de tropas para la guerra de Pisa. De este año es su primer escrito político conservado, el “Discurso sobre las cosas de Pisa”, que empieza diciendo: “Que recuperar Pisa es necesario para mantener la libertad, nadie lo duda” (pero “libertad” es el gobierno

“amplio”). Poco después el ejército se retira inexplicablemente del sitio de Pisa y los florentinos ejecutan al *condottiero* Pablo Vitelli, acusándolo de traición (septiembre-octubre). Luis XII conquista Milán (octubre) y César Borgia, ya convertido en duque Valentino, conquista Ímola (diciembre) como primer paso de su plan para constituirse “un estado” en Romaña (es decir, al lado de Toscana; véase el mapa 2, p. 62), cosa que provoca en Florencia la comprensible preocupación.



Sandro Botticelli (1445-1510), Crucifixión, ca. *1500, Harvard Art Museum/Fogg Museum, Cambridge.*

El Valentino conquista Cesena y Forli. Ludovico el Moro recupera Milán después de una insurrección urbana contra los franceses (febrero), pero a continuación es apresado por Luis XII en Novara. El 10 de mayo muere Bernardo, padre de Nicolás Maquiavelo. Durante los meses de junio y julio pasa bastante tiempo "en el campo" de las tropas que asedian Pisa, donde asiste a la sublevación de los mercenarios gascones y suizos. En julio parte en su primera legación a la corte de Francia (véanse los apéndices 2, 3 y 4) acompañado por Francisco della Casa; salieron de Florencia el 18 de julio y llegaron el 26 a Lyon, de donde partieron el 30 siguiendo a la corte, que se desplazaba al azar de la peste, hacia Saint Pierre le Montier, Montargis, Melun, Blois, Nantes y Tours, en un prolongado e inconcluyente diálogo de sordos, durante el cual muchas veces pidió a la Señoría licencia para regresar (en septiembre amenazó incluso con regresar sin permiso). Finalmente es autorizado a regresar el 12 de diciembre y llega de vuelta a Florencia el 14 de enero de 1501. En noviembre, Francia y España celebran el acuerdo secreto de Granada para repartirse el reino de Nápoles. En esta época pintó Botticelli dos de sus últimos cuadros y más intensas alegorías religiosas: la *Natividad* (que se encuentra en la Galería Nacional de Londres, en cuyo reverso escribió, en lengua italiana pero con letras griegas: "esta pintura, al final del año 1500, durante los turbiones de Italia, yo, Alessandro, pinté en el medio año después del primer año de los años tres y medio de la liberación del demonio, según el cumplimiento de la visión de san Juan en el XI capítulo del Apocalipsis: el demonio será encadenado, y se verá, como en esta pintura, arrojado hacia abajo, verificándose lo dicho por el Evangelista en el capítulo XII") y la *Crucifixión* (conocida como Aynard, que se encuentra en el Museo Fogg de Cambridge), en que la cruz se eleva sobre Florencia, mientras "el turbión" avanza sobre la ciudad y del cielo, donde aparece el Padre Eterno, caen escuditos con cruces rojas, emblema del *Comune* florentino.

1501

Nicolás Maquiavelo viaja a Pistoia, a Cascina y a Siena con encargos de la república. Faenza se rinde al Valentino, quien ya amenaza directamente a Toscana y es nombrado duque de Romaña por Alejandro VI, de cuya corte hay una interesante descripción en carta de Agustín Vespucci (véase el apéndice 5). En agosto, los franceses ocupan Nápoles. Probablemente en agosto, Maquiavelo se casa con Marietta de Luigi Corsini. Miguel Ángel regresa a Florencia y de inmediato recibe importantes encargos, entre ellos el del gran David de mármol, comisionado por el Arte de la Lana. Pese a la merecida fama de mecenas de Lorenzo el Magnífico, el máximo arte renacentista florentino se produjo durante la república de Soderini (1500-1512).

1502

En abril, Maquiavelo escribe el “Resumen de lo hecho por la república florentina para aquietar a las partes de Pistoia” (de este uso de “parte” viene el uso actual de “partido”). En junio Arezzo y los pueblos del Valle de Chiana se rebelan contra Florencia, al tiempo que César Borgia ocupa arteramente Urbino, justo antes de que lo visite Maquiavelo, enviado por la república en compañía del obispo Francisco Soderini (véanse los apéndices 6 y 7). En agosto el ejército francés devuelve Arezzo a Florencia y el 25 Pier Soderini es elegido *gonfaloniere perpetuo* o *a vita* (vitalicio), con el apoyo del partido optimate, o aristócrata, que evidentemente aspiraba a instituir un funcionario con más autoridad que el *Consiglio Maggiore*, eligiendo un “príncipe” en el seno de la oligarquía. Sin embargo, Soderini aplicó desde el primer momento una política totalmente personal y trató de apoyarse en el propio Consejo Grande (con un éxito muy relativo, como lo demuestra el célebre ejemplo de la *decima scalata*, o impuesto a la renta progresivo, proyecto favorito que el gonfalonero presentó al consejo 106 veces y vio rechazado otras tantas); de ahí el rápido paso a la oposición de los mismos jefes de la oligarquía —en particular Alamanno Salviati y Giovambattista Ridolfi—, que habían luchado por la institución del gonfalonerato perpetuo y sólo después comprendieron que habían creado un poder superior a ellos mismos y que no compartía sus objetivos.

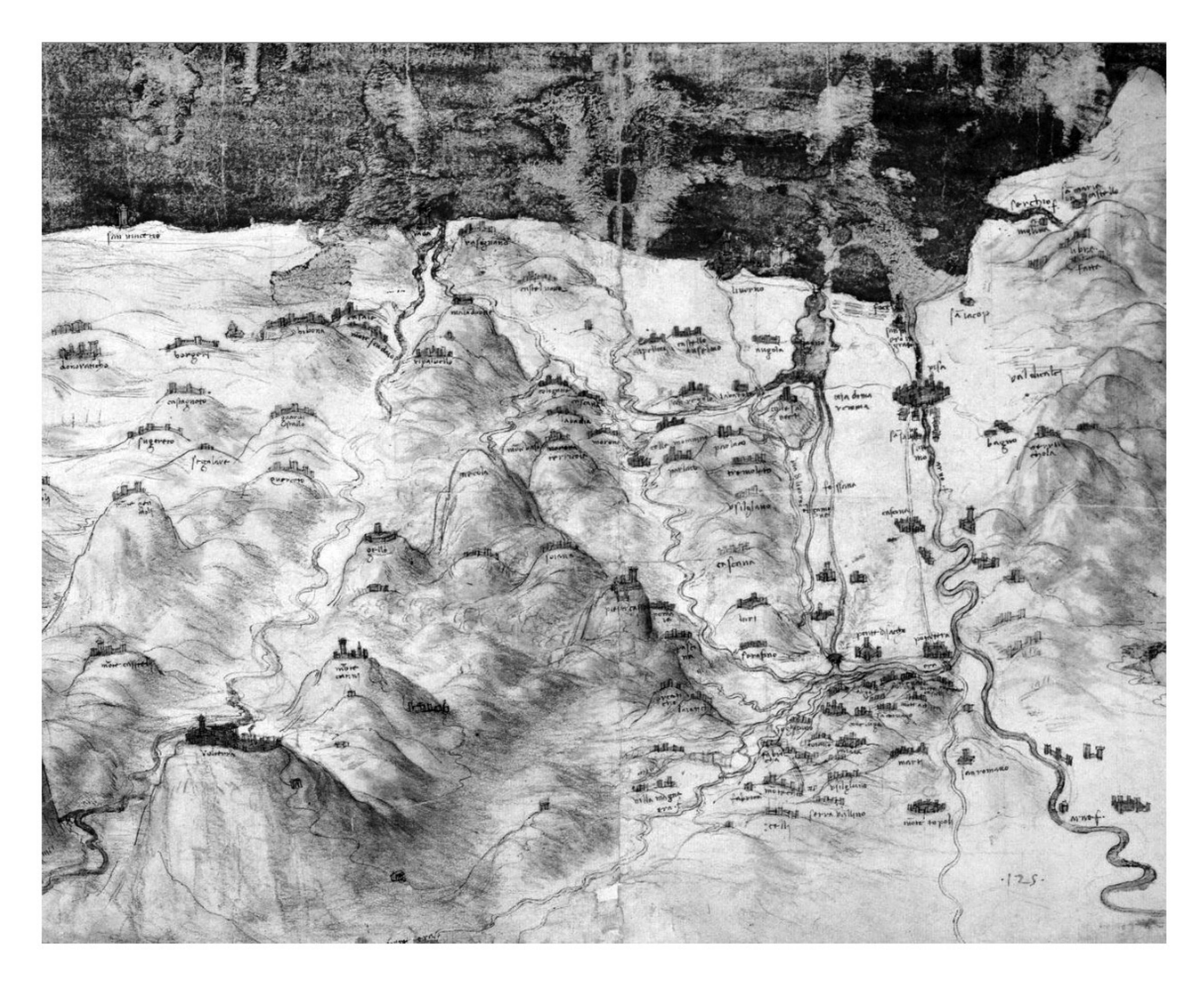
En octubre se reúne en el castillo de la Magione, sobre el lago Trasimeno, la “dieta” contra César Borgia, al tiempo que Maquiavelo se encuentra por segunda vez con el duque en Ímola, ahora para acompañarlo hasta enero de 1503. En esa ocasión seguramente estaba con el Valentino otro ilustre florentino, Leonardo da Vinci, quien estuvo a su servicio como ingeniero.

1503

Empieza el año con el apogeo de los Borgia: Maquiavelo asiste a la “masacre de Senigallia” (véase el apéndice 8). De vuelta en Florencia, entre junio y agosto escribe “Del modo de tratar a los pueblos rebelados del Valle de Chiana”. El 18 de agosto muere súbitamente Alejandro VI en momentos en que su hijo César se encuentra enfermo. El cardenal Todeschini Piccolómini es elegido papa con el nombre de Pío III y muere a su vez el 18 de octubre. Maquiavelo es enviado a Roma en misión diplomática (27 de octubre-16 de diciembre) y llega precisamente cuando se inaugura el cónclave que elegirá a Julio II (véase el apéndice 9). Desaparecido el Valentino, ya se perfila en Romaña la amenaza de Venecia, que se apresta a apoderarse de Rímini y Faenza, mientras los florentinos, tratando de precaverse, apoyan el regreso a Forli de Antonio María Ordelaffi. Nace su primer hijo varón, Bernardo (después de una niña cuyo nombre y fecha de nacimiento ignoramos; véanse los apéndices 10 y 11). En el reino de Nápoles, el 29 de diciembre los españoles derrotan a los franceses sobre el río Garigliano. En la batalla muere Piero de Médicis.

1504

En enero parte a su segunda legación al rey de Francia (19 de enero a comienzos de marzo), en un viaje de urgencia surgido de la preocupación de la república florentina por la situación de su único aliado, Luis XII. Encontró a la corte en Lyon el 27 de enero, y un par de días después habló “vivamente, como era necesario” con Georges d’Amboise, cardenal de Rouen, a quien llegó a decirle que si no recibían ayuda de los amigos tendrían que pactar con los enemigos. Tregua por tres años entre Francia y España. Legación a Piombino el 2 de abril. En este año inicia su campaña por la creación de la milicia florentina, según lo testimonia una carta del ahora cardenal Francisco Soderini (29 de mayo), quien desde Roma lo incita a proseguir por el camino emprendido porque, dice “no se puede sospechar de una fuerza que no se prepara para utilidad privada sino pública”. En Florencia, en efecto, la iniciativa había encontrado la oposición de la fracción optimate encabezada por Alamanno Salviati, que clamaba que crear una milicia civil equivalía a armar a Pier Soderini. Por esa razón Maquiavelo, el 9 de noviembre, dedica al mismo Alamanno su *Decennale*, relato en verso de los acontecimientos de los últimos 10 años de la historia de Florencia, escrito con declarada intención de justificar el proyecto. De abril a septiembre dedica mucho tiempo, además, a una vasta empresa hidráulica, la desviación del Arno, en que colaboró estrechamente con Leonardo. Éste había hecho desde muchos años antes varios ambiciosos proyectos para reorganizar la geografía (y la economía) de Toscana, incluyendo un gran lago interior navegable. La versión en que trabajó Maquiavelo estaba en relación directa con sus afanes bélicos —intentaba aislar definitivamente a Pisa, que aunque sitiada por el ejército de los florentinos, recibía provisiones por barco—, pero además incluía una salida al mar propia para Florencia, que hubiera tenido importantes repercusiones económicas. Las crecientes del otoño los obligaron a desistir. Mientras tanto, Leonardo había recibido de la Señoría el encargo de decorar con una escena de la guerra de Pisa uno de los muros de la sala del Consejo Grande, y en esta misma época dio su parecer sobre la ubicación del David grande de Miguel Ángel, que fue colocado en la escalera delante del Palacio de la Señoría. Poco después se encomendó a Miguel Ángel la decoración del otro muro con otra escena de la misma guerra, y ése fue el origen de los célebres “cartones de la guerra de Pisa” (los murales no llegaron a terminarse). En octubre el cardenal Soderini le escribe desde Roma felicitándolo por el nacimiento de otro hijo, probablemente Ludovico. Hacia el final del año Rafael llega a Florencia, quien pasará allí la mayor parte del tiempo durante los cinco años siguientes, pintando y aprendiendo de Leonardo y de Miguel Ángel.



Leonardo da Vinci (1445-1519), A bird’s-eye map of western Tuscany, ca. *1503-1504, The Royal Collection/Windsor Castle. Mapa de una parte de Toscana, en la parte superior (este) el mar Tirreno.*

1505

El 27 de marzo los florentinos sufren una derrota humillante a manos de los pisanos en Cappellese. En abril, Maquiavelo va en misión diplomática a Giampaolo Baglioni, señor de Perugia, quien había estado a sueldo de la república y no quería renovar su contrato (la *condotta*): lo encuentra en Castiglione del Lago y lo amonesta en vano. En mayo va a Mantua para tratar de contratar al marqués, y nuevamente fracasa. En julio va a Siena a sondear la intención de Pandolfo Petrucci, que como lo preveía resulta demasiado ambiciosa. A fines de este año sale por primera vez a reclutar infantes, amparado por la autoridad personal de Pier Soderini pero sin mandato oficial. Mientras tanto, en Florencia, Leonardo hace experimentos de vuelo y pinta retratos, entre ellos el conocido como la Mona Lisa.



Leonardo da Vinci, Recto: A scheme for a canal to bypass the Arno. Verso: A sketch of machinery, ca. *1503-1504, The Royal Collection/Windsor Castle. Mapa de una parte de Toscana. El norte arriba; en el ángulo sureste Florencia.*

1506

Fue un año rico en grandes acontecimientos. El 15 de febrero, "día de carnaval", los infantes de la Ordenanza hacen su primer alarde en la plaza de la Señoría: son 400 campesinos de Mugello "reducidos a ordenanza al modo suizo" y provocan el entusiasmo de unos y la desconfianza de otros. También en febrero aparece su primera obra impresa fechable, el *Decennale* (llamado después *primo*), suprimida la dedicatoria a Alamanno Salviati y precedido en cambio por una carta del editor, Agustín Vespucci, "a los florentinos". Sólo sabemos de esa primera edición por la carta de Vespucci del 14 de marzo (apéndice 12) referente a una edición pirata aparecida inmediatamente después, lo que presumiblemente indica que la obra tenía éxito. El 2 de junio se realiza el segundo alarde de las tropas de la Ordenanza. El 12 de junio escribe a Juan Ridolfi (apéndice 13) comentando la situación general europea. El 14 de junio muere un hijo suyo de pocos meses. Miguel Ángel decide ir a ofrecer sus servicios al Turco pero Pier Soderini lo disuade. Julio II pide ayuda a Florencia para tomar Bolonia: que le preste al *condottiero* Marco Antonio Colonna con su compañía de

100 hombres, que estaban al servicio de la república en Pisa. Los florentinos, que no quieren ni comprometerse ni enemistarse con el papa, mandan a Maquiavelo a que lo entretenga con palabras. Parte el 25 de agosto y el 27 es recibido por el papa en Nepi; de ahí lo sigue a Perugia, donde asiste al hecho que relatará en el capítulo 27 del Libro 1 de los *Discursos*: “Rarísimamente saben los hombres ser del todo buenos o del todo malos”. El viaje prosigue por Gubbio, Urbino, Cesena, etcétera. Regresa a Florencia para Todos los Santos. A fines de noviembre hay un tercer alarde de la milicia en Florencia: para entonces cuenta con casi 5 000 hombres armados (una carta de la misma fecha indica que Marietta está a punto de dar a luz). El 6 de diciembre se aprueba la Ordenanza y se crea la magistratura de “los Nueve de la Ordenanza Florentina”, de la que Nicolás pasa a ser canciller.

En este año tuvo que exiliarse Bernardo Rucellai —en cuyos famosos huertos, llamados *Orti Oricellari*, se reunía desde varios años antes un grupo de aristócratas opositores al gobierno— por haber colaborado para el casamiento de Felipe Strozzi con Clarisa de Médicis, hija de Piero, en contra de varias advertencias y prohibiciones de Pier Soderini. El 30 de mayo Leonardo se había ido a Milán con tres meses de licencia, y el 9 de septiembre Pier Soderini escribe indignado al señor de Chaumont, gobernador francés de Milán, exigiendo su regreso. En septiembre Miguel Ángel sale de Florencia con plan de reunirse con Julio II y le encargan que le lleve dinero a Nicolás, pero pocos días después está de regreso en la ciudad y devuelve el dinero a Biagio Buonaccorsi. Maquiavelo escribe el “Discurso sobre el ordenar el estado de Florencia a las armas”.

1507

Gran actividad militar de Maquiavelo; está en todas partes organizando el reclutamiento, el adiestramiento y los alardes de los infantes de la Ordenanza florentina; escribe centenares de cartas a condestables, comisarios y capitanes cuidando cada detalle, sin olvidar el frente de Pisa, donde la lucha continúa, y tampoco el frente interno: a medida que crece la milicia crece también la oposición de todos los no adictos a Soderini. En febrero Maquiavelo contrata a Miguel de Corella, “don Micheletto”, ex sicario de César Borgia de siniestra fama (se decía que había sido el ejecutor de los muertos de Senigallia, entre muchos otros): Maquiavelo deseaba tenerlo a su servicio porque recordaba con admiración cómo había dado organización militar a los campesinos de Romaña durante el breve gobierno del Valentino, pero el escándalo general impidió a Soderini nombrarlo, como era su intención inicial, *bargello* —con facultades policiales—, obligándolo en cambio a presentar la propuesta de su nombramiento en el Consejo de los Ochenta, donde tenía mayoría, esquivando al Consejo Grande y a los Diez. Por la misma razón se instituyó un complicadísimo sistema de rotación mensual de los hombres en todos los cargos con mando, que si bien protegía a las magistraturas republicanas (como era su intención), también reducía la eficacia de la milicia (sobre esto se extenderá Maquiavelo en el *Arte de la guerra*).

Mientras tanto se produjo en Génova una sublevación que fue sofocada por los franceses; Luis XII y Fernando el Católico se entrevistaron en Savona y los rumores sobre la venida del emperador adquirieron mayor seriedad después que la dieta de Constanza le concedió una enorme cantidad de soldados y dinero para ir a Italia a expulsar a Francia de Lombardía y recibir la corona imperial. El gobierno florentino decidió enviar un emisario a que averiguara sus intenciones y Soderini propuso a Maquiavelo, pero éste ya era una figura muy discutida y la oposición lo impidió: se envió en cambio a Francisco Vettori, quien partió el 27 de junio. A esto se refiere la carta de Filippo Casavecchia del 30 de julio (apéndice 14). El 9 de agosto Maquiavelo viaja a Siena para observar al representante enviado por el papa al emperador, cardenal de Carvajal, y el tratamiento que le dan los seneses; regresa en el mismo mes. En septiembre Leonardo vuelve a Florencia y colabora con Juan Francisco Rústici en el vaciado de las puertas de bronce del Baptisterio. Una carta del embajador florentino Roberto Acciaiuoli, fechada en Roma el 4 de diciembre, da cuenta de sus esfuerzos infructuosos para encontrar un sustituto para Miguel de Corella, contra el cual llueven las quejas, en particular por la conducta pendenciera de sus soldados. El 17 de diciembre Maquiavelo parte hacia Alemania (en realidad Suiza), enviado por Pier Soderini con la excusa de complementar las instrucciones dadas a Vettori. El 22 escribe a los Diez desde Aiguebelle. El 25 estaba en Ginebra y esperaba llegar a Constanza en siete días.

1508

El 11 de enero llegó por fin a Bolzano, en el Tirol, donde se encuentran el emperador, la corte y Francisco Vettori. Ignoramos qué relación existía entre los dos emisarios florentinos antes de esa fecha; desde el principio de la misión parecen llevarse muy bien. El 17, seis días después de su llegada, Maquiavelo escribe a Florencia una extensa relación que es casi el preludio de su posterior *Rapporto sulle cose della Magna*. En la pequeña ciudad tirolesa se estaban reuniendo las tropas destinadas a la expedición a Italia, y en los cinco meses de esta embajada fue donde observó Maquiavelo a los con-federados (con-jurados) gozando la “ruda libertad” de su “república dispersa” *(divulsa)*, que será en sus obras mayores la constante contrapartida del reino de Francia, paradigma del Estado centralizado. El 24 de enero tuvo su primera entrevista con el emperador, con quien Vettori ya había entablado pláticas, y los dos prosiguieron un interminable regateo —complicado por la distancia que alargaba el tiempo necesario para las comunicaciones con Florencia—, a la vez que acompañaban a la corte en una serie de desplazamientos entre Bolzano, Trento (donde Maximiliano asumió el 4 de febrero el título de emperador romano electo, a reserva de ser coronado por el papa más adelante), Merano e Innsbruck. El 10 de junio, aduciendo “mal de piedra”, emprende desde Trento el regreso a Florencia, adonde llega el 16, para volver a salir casi de inmediato a reclutar infantes. El 21 de agosto estaba “en el campo” de las tropas florentinas frente a Pisa, cuando la república se apresta a emprender el último esfuerzo, ahora utilizando aquí por primera vez las tropas de la nueva Ordenanza. Hasta el fin de este año dedicará lo mejor de su

energía al esfuerzo militar, que incluía aspectos de lo más variado, como ilustran los apéndices 15 y 16.

La otra preocupación importante de esta época es Venecia; ya el 6 de noviembre de 1503 había escrito desde Roma a los Diez que “el Papa se convertirá en capellán de los venecianos si se hacen mayores de lo que son”, en los mismos días en que los Diez decían en otra carta que se veía claro que la Serenísima apuntaba a “la monarquía de Italia”. En esas preocupaciones señala Chabod un antecedente importante de la Liga de Cambray que se concreta en el mes de diciembre de 1508 entre Julio II y el emperador Maximiliano.

1509

A fines de enero Maquiavelo estrecha el cerco de Pisa, consiguiendo bloquear la navegación del Arno y sus canales. El 15 de febrero los Diez le escriben: “Hemos dejado bajo tu absoluta responsabilidad todo este asunto”, y en su *Historia de Italia* Guicciardini dirá: “el único responsable que se hallaba en el campo era Nicolás Maquiavelo”. El 4 de marzo viaja a Lucca a recordar a esa república su compromiso de no ayudar a los sitiados. En este mes fueron enviados a asistirlo Alamanno Salviati y Antonio da Filicaia; el 14 tuvo que ir a Piombino, cuyo señor había avisado a la Señoría de Florencia que los pisanos habían solicitado su intermediación para buscar un acuerdo. Se entrevistó con Jacopo d’Appiano y los emisarios de Pisa y, como escribió a los Señores, “dije que no respondía nada porque ellos tampoco habían dicho nada, de manera que si querían que les respondiese algo, que me dijeran algo ellos”. De allí se dirigió a Florencia, pero el 16 de abril ya estaba de vuelta en el campo.

El 14 de mayo el ejército veneciano, comandado por Bartolomé d’Alviano y Nicolás Orsini, sufrió una derrota aplastante en la batalla de Agnadello o Vailà (Vailate) frente a las fuerzas de la Liga de Cambray (pero en realidad del rey de Francia, que al igual que Fernando el Católico había adherido a la coalición a comienzos del año). Fue una de las batallas más grandes que se recordaban: en ella inició su carrera militar el condestable de Borbón; duró cuatro días y se habló de 16 000-20 000 muertos. Maquiavelo alude a ella varias veces, en particular en el texto (de fecha incierta) titulado *Ritratto delle cose di Francia*, donde dice que “los venecianos […] no habrían perdido la batalla de Vailà si hubieran ido secundando a los franceses por lo menos diez días, pero el furor de Bartolomé d’Alviano encontró un furor mayor”.

También a mediados de mayo Maquiavelo hizo un rápido viaje a Pistoia, en relación con el aprovisionamiento de su ejército, y el 20 ya está de regreso en el frente, cuando es inminente la capitulación de Pisa. El acta de rendición se firmó el 4 de junio (véanse los apéndices 17, 18 y 19).

Mientras tanto el emperador, que llegó con retraso a participar en las operaciones de la Liga de Cambray, en seguida reclamó a Florencia el pago del tributo que tanto se había discutido el año anterior, y la república envió a Maquiavelo con 10 000 florines de oro, tanto para apaciguarlo como para observar sus movimientos y averiguar sus intenciones.

Maquiavelo llegó el 15 de noviembre de Mantua, donde no estaba el marqués y fue recibido en cambio por su esposa, la famosa Isabella d'Este; el 21 arribó a Verona, donde esperó en vano al emperador; el 11 de diciembre regresó a Mantua y solicitó licencia para regresar a Florencia, donde mientras tanto la oposición no descansaba (véase el apéndice 20). Llegó a la ciudad alrededor del 2 de enero de 1510.

1510

El 5 de enero Totto Maquiavelo, hermano menor de Nicolás, se convierte de clérigo en sacerdote y renuncia a todos sus derechos sobre la mitad de los bienes paternos, consistentes en una casa en Florencia y una pequeña propiedad rural en San Andrés de Percussina. Hasta junio Maquiavelo permanece en territorio florentino, ocupado en las tareas de sus varios cargos, mientras la Liga de Cambray se desmorona: en particular, Julio II se aproxima a Venecia y se vuelve contra Luis XII, empezando por atacar a su aliado Alfonso d'Este, duque de Ferrara, mandando tropas contra sus posesiones y además excomulgándolo. El rey pide a Florencia que socorra al duque y la república se ve en una situación muy difícil, porque no puede renunciar a la alianza con Francia, pero tampoco enfrentarse al papa. Para explicar todo eso, el 24 de junio Maquiavelo parte en su tercera legación a Francia. El 24 de julio encuentra a la corte en Blois; la indignación del rey ha aumentado porque Florencia, presionada por Julio II, ha permitido el paso por sus territorios al *condottiero* Marco Antonio Colonna con su compañía, enviado por el papa hacia Génova —que por entonces estaba en manos de los franceses— para tratar de provocar una sublevación (apéndice 21). Nicolás Maquiavelo permanece en Francia dos meses, "piensa, repiensa y después no se hace nada" (apéndice 22). Luis XII reúne en Tours el Concilio Galicano, con intención expresa de deponer al papa, y desde el principio planea trasladarlo a Pisa. Maquiavelo llega de regreso a Florencia el 19 de octubre, convencido de que la guerra entre el rey y el papa es inevitable y tendrá graves consecuencias para su república. El 7 de noviembre se le encarga oficialmente el reclutamiento de hombres para constituir una caballería ligera, y a eso dedica los últimos meses del año. Felipe Strozzi denuncia una conspiración para asesinar a Pier Soderini, la "conjura de Prinzivalle della Stufa": éste declara haber sido instigado por los Médicis.

1511

En relación con la conjura, el 3 de enero los Ocho de la Práctica emanan un bando declarando rebelde a quien hable con cualquiera de los Médicis o entre en su casa; la generosa hospitalidad del cardenal Juan de Médicis, en Roma, contribuía a aumentar los problemas de Florencia, donde la agitación crecía paralelamente a las complicaciones exteriores y los *palleschi*, revividos por el apoyo militante del papa, eran el sector más revoltoso. En Romaña se enfrentaban tropas francesas y pontificias, y en las calles de las propias ciudades de la

Iglesia se fijaban carteles anunciando el concilio para el 1° de septiembre en Pisa e invitando a Julio II a comparecer para ser depuesto. A fines de marzo la caballería de la Ordenanza hace su primer alarde en Florencia. En abril, el papa convoca el concilio universal para el mes siguiente, en Roma. El 5 de mayo Maquiavelo parte hacia Mónaco para tratar con Luciano Grimaldi; a comienzos de junio está de regreso en Florencia, donde pasa los meses siguientes revisando fortificaciones y atendiendo a la Ordenanza. El 10 de septiembre parte nuevamente hacia Francia: a poco de salir de Florencia se encuentra con cuatro cardenales cismáticos que se dirigían a la ciudad en camino hacia Pisa y los convence de que sigan por otra ruta. El 22 de septiembre llega a Blois y al día siguiente, junto con el embajador Roberto Acciaiuoli, expone a Luis XII las dificultades de la situación. El 5 de octubre el papa hace público su pacto con Fernando el Católico que constituye la llamada Liga Santa. A mediados de octubre Maquiavelo emprende el regreso a Florencia, adonde llega el 2 de noviembre. Al día siguiente parte hacia Pisa, donde ya estaban reunidos los cardenales cismáticos, entre la hostilidad del clero local y tumultos populares, para tratar de convencerlos de que trasladen el concilio a otra parte. El 11 de noviembre regresa a Florencia, y el 12 los cardenales suspenden el concilio, que se reanudará en Milán. Maquiavelo pasa los últimos meses del año dedicado a los preparativos bélicos. El 22 de noviembre hace testamento (véase el apéndice 23).

1512

En los primeros días del año parte hacia España Francisco Guicciardini, enviado por la república para obtener información sobre Fernando el Católico y mejorar las relaciones en lo posible. El 19 de febrero la caballería de la Ordenanza hace otro alarde en la plaza de la Señoría. El 30 de marzo se aprueba la Ordenanza de la Caballería, redactada también por Maquiavelo. El 6 de mayo va a Pisa a reorganizar el presidio de la fortaleza; de ahí corre a Siena a dar el pésame oficial por la muerte de Pandolfo Petrucci. El 11 de abril se libra la batalla de Ravena, de la que dirá en el *Ritratto delle cose di Francia*: “fue el conflicto grande, y mayor hubiera sido si el nervio de las fuerzas de uno y otro hubiera sido de la misma suerte. Pero el ejército francés era gallardo en las gentes de armas [los típicos caballeros medievales con armadura pesada, gran lanza y séquito de arqueros] y el español en las infanterías, y por eso no fue tan grande la matanza”. Los franceses triunfaron al precio de quedar deshechos. En la batalla fue hecho prisionero el cardenal Juan de Médicis (el futuro León X), que acompañaba al ejército español como legado pontificio. Inmediatamente después de Ravena, los franceses empiezan a retirarse y en poco tiempo abandonan Italia por completo, mientras las fuerzas de la Liga, a la que ahora adhiere también el emperador, crecen constantemente y ocupan Parma, Plasencia y todas las plazas de Romaña, culminando con Bolonia. Tratando de ahorrarse otro saqueo, las autoridades comunales de Milán obtienen de los franceses (que llevan consigo al retirarse los restos del concilio) una declaración oficial de que no han tenido nada que ver en su expulsión y por lo tanto pueden entregarse al próximo conquistador sin hacerse reos de felonía. Julio II envía un emisario a Florencia a solicitar su

adhesión a la Liga. La república trata de ganar tiempo; los aliados se reúnen en Mantua y adoptan las resoluciones relatadas por Maquiavelo en la carta número 1. En agosto penetra en Toscana el ejército español mandado por el virrey de Nápoles, Raimundo Folch de Cardona, de nuevo acompañado por el cardenal Juan de Médicis, que había escapado cuando lo llevaban prisionero a Francia. Cardona envió a Florencia otro emisario pidiendo el retiro de Pier Soderini y que se autorizara el regreso de los Médicis “como ciudadanos particulares”, pero tanto el gonfalonero como las instituciones rehusaron. “Y mientras el enemigo se acercaba, varias veces se enviaron embajadores al virrey para llegar a un acuerdo, [pero él] siempre estuvo firme en el mismo sentir de querer quitar el estado al presente gonfalonero, por amigo de los franceses” (Nardi). Al final del mes atacó Prato, y en honor de las tropas de la Ordenanza hay que decir que el primer asalto fue rechazado en tal forma que al otro día el virrey ofreció retirarse por 1 000 cargas de pan, sin más condiciones. Pero esa propuesta también fue rechazada y al día siguiente los españoles consiguieron penetrar en la ciudad. Mientras tanto, en Florencia, un grupo de jóvenes nobles, entre los que se contaban los hermanos Francisco y Pablo Vettori, convencieron al gonfalonero de que se alejara para evitar mayores males. Pier Soderini partió de inmediato anunciando su intención de dirigirse a Roma con el salvoconducto de Julio II que le había conseguido su hermano el cardenal Francisco Soderini, pero en cambio se trasladó en secreto a la costa y se embarcó rumbo a Ragusa (la actual Dubrovnik), que por entonces era una república de forma y tradición latina y celosa defensora del derecho de asilo. En Florencia, el 1° de septiembre se eligió a Juan Bautista Ridolfi gonfalonero en sustitución de Pier Soderini; el 7 se abolió el gonfalonierato perpetuo, reduciéndolo a un año, y se reforzó el poder del Consejo de los Ochenta, medidas ambas claramente favorables al partido optimate. El tumultuoso “parlamento” del 16 procedió a crear una *balía:* con esa palabra (que corresponde con bastante exactitud a “arbitrio”) se designaba en Florencia cualquier magistratura extraordinaria que se considerara oportuna: en este caso fueron 46 ciudadanos “de parte medicea”, que se arrogaron todas las funciones de gobierno más la tarea de preparar una nueva constitución. El 18 de septiembre fueron cesados los Nueve de la Ordenanza, y el 7 de noviembre Maquiavelo fue destituido como canciller y secretario de los Diez. El 10 de noviembre fue condenado a permanecer un año confinado en el dominio florentino, y el 17 del mismo mes se le prohibió, también por un año, entrar al palacio. Los únicos rastros de sus actividades en este confuso periodo son las cartas 1 y 2 y el escrito conocido como *Ai palleschi* (“A los partidarios de los Médicis”), ninguno de los cuales tiene una fecha segura. Fuera de Florencia, el 19 de noviembre Maximiliano se alió con Julio II, dejando a Luis XII completamente aislado. Génova expulsó a los franceses y Andrea Doria colaboró para reponer en el gobierno a los Fregoso. El 29 de diciembre Maximiliano Sforza tomó nuevamente posesión como duque de Milán. En Roma, Rafael terminó los frescos de la *Stanza della Segnatura* y Miguel Ángel los de la Capilla Sixtina.

1513

El 20 de febrero Maquiavelo es encarcelado por su presunta participación en la conjura de Pietro Paolo Boscoli y Agostino Capponi. El 21 de febrero muere Julio II. El 23 de febrero son ejecutados Capponi y Boscoli. El 11 de marzo el cardenal Juan de Médicis es elegido papa con el nombre de León X. El 13 de marzo, Maquiavelo es puesto en libertad. El 1° de abril Francia y España pactan una tregua por un año, que Luis XII aprovecha para hacer otro intento de conquistar Milán. Lo logra fácilmente, pero lo vuelve a perder en seguida cuando se mueve contra él toda la coalición: los suizos desbaratan a su ejército en Novara mientras Enrique VIII de Inglaterra desembarca en Calais y Maximiliano ataca por Flandes. Los franceses son expulsados por segunda vez de Génova, adonde habían regresado llamados por los Fieschi. En Ferrara, Ariosto lee cantos del *Orlando furioso*. Los suizos invaden Borgoña y llegan hasta Dijon. El 27 de junio León X perdona a los cardenales cismáticos. En agosto Lorenzo de Piero de Médicis se hace cargo del gobierno de Florencia, con instrucciones de León X que delinean una Señoría moderada. En septiembre el obispo Julio de Médicis (el futuro Clemente VII) es ascendido a cardenal. El 22 de noviembre se publica la nueva constitución del gobierno de Florencia, que en esencia es un regreso a antes de 1494: el poder de una élite sistematizado en una serie de organismos que se eligen unos a otros. El Consejo Grande es abolido y se crea el Consejo de los Setenta como Senado permanente; la mayor novedad es el mantenimiento de la *balía*, con todos sus poderes, como institución permanente. El cardenal Jacobo Sadoleto es nombrado Secretario de Breves de León X. Baltasar Castiglione recibe del duque de Urbino el título y condado de Novellara. Maquiavelo escribe *El príncipe*. Al terminar el año, Bramante, Luca Pacioli, Rafael y Leonardo, entre muchos otros ya estaban trabajando para el papa en Roma. El 13 de diciembre Luis XII reconoce el Concilio de Letrán y somete sus diferencias con la Liga al arbitraje del papa.

1514

En febrero, Lorenzo de Médicis decide reconstituir la Ordenanza: probablemente Maquiavelo se entera y concibe esperanzas, que lo impulsan a escribir su *Scritto sul modo di ricostituire l'Ordinanza*. En marzo, Francia y España renuevan la tregua por otro año. El 18 de mayo se celebra la boda de Francisco de Angulema con Claudia, hija de Luis XII y heredera del ducado de Bretaña. El 19 de mayo se aprueba en Florencia la nueva Ordenanza de la milicia. El 13 de septiembre, Bonifacio de Zanobi dei Marinai es nombrado por Lorenzo para el antiguo cargo de Maquiavelo al frente de la milicia florentina. En octubre, Maximiliano I se casa por tercera vez, ahora con María de Inglaterra. En el mismo mes se representa en el Vaticano la *Calandria* de Bernardo Dovizi da Bibbiena, en presencia de León X y la marquesa de Mantua, Isabella d'Este. En este año el emperador conquistó y volvió a perder varias veces zonas limítrofes entre Austria y Venecia. El 31 de diciembre muere Luis XII.

1515

Coronación de Francisco I, quien de inmediato nombra condestable de Francia a Carlos de Borbón. El 23 de mayo, Lorenzo de Médicis es nombrado Capitán General de las Armas Florentinas, con 500 “hombres de armas” a su mando. Juliano de Médicis se casa con Filiberta de Saboya, tía de Francisco I, y recibe el título de duque de Nemours. En agosto, León X nombra “prefecto de las antigüedades” de Roma a Rafael. El rey de Francia penetra en Italia con un ejército. León X adhiere a la liga antifrancesa. El duque de Urbino se niega a participar y el papa lo declara cesante en sus estados (era feudatario de la Iglesia). El 13-14 de septiembre se libra la batalla de Marignano (cerca de Pavía) en que Francisco I reconquista Milán para Francia. Apogeo de Bartolomé d’Alviano, quien morirá un mes después. Para la entrada triunfal de Francisco I en Pavía, Leonardo hizo un león mecánico que daba varios pasos y después se abría el pecho, mostrando un grupo de flores de lis. En octubre el papa celebra un tratado preliminar con el rey de Francia y en diciembre (11-14) se entrevista con él en Bolonia y acuerda renunciar a Parma y Plasencia, devolver a la familia Este las ciudades de Módena y Reggio (cosa que nunca cumplió) y dar al propio Francisco I la investidura del reino de Nápoles apenas muriera Fernando el Católico, a cambio de la protección francesa para el dominio de los Médicis en Florencia y la aprobación de su conquista de Urbino.

1516

El 23 de enero muere Fernando el Católico y su nieto Carlos hereda el gobierno de Castilla y Aragón, que confía a su antiguo preceptor Adriano de Utrecht, asociado al cardenal Ximénez. El 17 de marzo muere Juliano de Médicis. En abril aparece en Ferrara la primera edición del *Orlando furioso*. Entre mayo y junio las tropas pontificias conquistan Urbino: en esa campaña hace sus primeras armas el joven Juan de Médicis que después sería conocido como “de las Bandas Negras”. El 31 de agosto Carlos de Habsburgo y Francisco I celebran el tratado de Noyon. El 16 de agosto, Lorenzo de Médicis el Joven es nombrado por su tío León X duque de Urbino (a cuyo territorio se habrían agregado Pésaro y Senigallia). En diciembre, Maximiliano I adhiere a la paz de Noyon con el tratado de Bruselas y devuelve a Venecia la ciudad de Verona y una serie de plazas en la zona fronteriza.

Fue probablemente en este año que Maquiavelo, rechazado por los Médicis, se acercó a un cenáculo literario que ya antes había servido de refugio a los desterrados de la vida política de Florencia, patrocinado por la familia Rucellai. En la dedicatoria de sus *Discursos* a su anfitrión Cosme Rucellai (y a su amigo Zanobi Buondelmonti, otro asiduo concurrente a los huertos de los Rucellai u *Orti Oricellari)*, Maquiavelo dice claramente que no quiere repetir el error de dedicar su obra a un príncipe, prefiriendo en cambio a “aquellos que por sus infinitas partes buenas merecerían serlo; no a los que podrían llenarme de títulos, honores y riquezas, sino a los que no pudiendo quisieran hacerlo”. Esta segunda versión de los *Discursos* no conservaba el carácter de oposición política que había tenido hasta 1506 la primera. Dice Jacopo Nardi, quien fue también miembro del grupo, que

> el Diaccetino [Jacopo da Diacceto] Zanobi Buondelmonti y Luis Alamanni habían sido muy asiduos amigos y compañeros de Cosme, llamado Cosimino porque había nacido póstumo, después de la muerte de Cosme el hijo mayor de Bernardo Rucellai; y con dicho Cosimino conversaban casi continuamente en el mismo huerto de los Rucellai junto con los otros Diaccetos antes mencionados, como hacían muchos otros hombres doctos. Porque aquel lugar era un común refugio y entretenimiento de tales personas, tanto forasteros como florentinos, por la humanidad y cortesía y amorosa acogida que usaba con ellos el dicho Bernardo y sus hijos. Este Cosimino por su mala suerte en su primera adolescencia había enfermado y al medicarse quedó aquejado del mal francés, de suerte que yacía a guisa de inválido en una cuna o pequeño lecho fácilmente transportable de un lado a otro, y a su alrededor eran como compañeros o amigos oficiosos con mucha frecuencia los jóvenes antes nombrados, máximamente Zanobi Buondelmonti y Luis Alamanni, y para ese Cósimo y los otros compañeros escribió y dedicó Nicolás Maquiavelo sus *Discursos*, obra cierto de tema nuevo, y nunca más intentada (que yo sepa) por ninguna otra persona. Por lo cual el dicho Nicolás era amado grandemente por ellos, y también por cortesía socorrido, según yo supe, con algún emolumento; y de su conversación deleitábanse maravillosamente, teniendo en grandísimo aprecio todas sus obras, a tal punto que de los pensamientos y acciones de esos jóvenes no dejó Nicolás de tener alguna responsabilidad (Libro VII).

En los Huertos y en el verano de 1516 ubica Maquiavelo los diálogos del *Arte de la guerra*, dedicados a Lorenzo Strozzi y en que participan Cósimo Rucellai, Luis Alamanni, Zanobi Buondelmonti y Bautista della Palla, en diálogo con el célebre *condottiero* Fabrizio Colonna, quien efectivamente estuvo en Florencia por esas fechas. Felipe de Nerli, que también frecuentó los Huertos, escribió (mucho más tarde) que “se ejercitaban mucho, mediante las letras, en la lección de las historias”, y dice que fue a instancias de esos jóvenes que Maquiavelo compuso “aquel libro suyo de discursos sobre Tito Livio, y también aquellos tratados y razonamientos sobre la milicia”, afirmación que no parece ser literalmente exacta en relación con los *Discursos* (que es más probable que ya hubiera comenzado antes), aunque sí podría serlo en un sentido más profundo si es cierto que podemos aplicar al propio Maquiavelo las palabras de Fabricio Colonna al cerrar los diálogos del *Arte:*

> Duélome de la naturaleza, la cual no debió hacerme conocedor de esto, o bien debió haberme dado facultad de poder realizarlo [poner en práctica todo lo dicho sobre la milicia, y en particular sobre la milicia como escuela de ciudadanía]. Y ya no creo hoy, por ser viejo, que pueda llegar a tener ocasión de ello, y por eso he sido generoso con vosotros que, siendo jóvenes y calificados, podréis, si os agradan las cosas dichas por mí, a su debido tiempo apoyarlas y aconsejarlas en favor de vuestros príncipes.

1517

En enero, el duque Francisco María della Róvere recupera Urbino. A continuación León X emprende contra él una costosísima guerra en que emplea los servicios de Juan de Médicis, quien en este año se casa con María Salviati.

El 11 de marzo se firma el tratado de Cambray, en que Maximiliano, Carlos (por ahora I de España) y Francisco I de Francia se reparten Italia. En septiembre, León X llega a un acuerdo con el duque de Urbino, Francisco della Róvere, por el cual se queda con el ducado a cambio de pagar los sueldos al ejército del duque, quien además es autorizado a llevarse sus artillerías y su valiosísima biblioteca.

En Florencia, Maquiavelo continúa frecuentando los huertos de los Rucellai y leyendo y componiendo sus *Discursos*, según puede deducirse de indicios como el del capítulo 24 del

Libro II, donde se alude a la recuperación de Urbino por Francisco María “en los últimos tiempos”.

1518

En este año León X encargó a Miguel Ángel la fachada de la iglesia de San Lorenzo de Florencia. Además se publicó en Venecia el *Tractatus de immortalitate animae contra Pomponatium*, escrito por Agustín Nifo por encargo de León X.

Por una alusión de Juliano Brancacci en una carta a Francisco Vettori sabemos que Maquiavelo viajó en marzo-abril a Génova por cuenta de varios comerciantes florentinos que tenían un litigio pendiente en esa ciudad. Lorenzo de Médicis se casó con Magdalena de la Tour d’Auvergne y la llegada de la pareja a Florencia fue celebrada con grandes fiestas en que según Roberto Ridolfi se produjo el estreno de *La mandrágora*, cuya primera edición, que utiliza viejos caracteres del siglo XV, no tiene ninguna indicación que permita ubicarla en el tiempo ni en el espacio.

1519

En enero muere el emperador Maximiliano y su nieto Carlos —a los 19 años— hereda Austria y las posesiones de Borgoña que habían sido de su abuela (Flandes, los Países Bajos, Artois y Brabante). En Florencia, el 13 de abril nace Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, quien a los pocos días pierde a la madre y el 4 de mayo al padre. La niña es confiada a su abuela Alfonsina Orsini y poco después es trasladada a Roma junto a León X. La inesperada muerte de Lorenzo causó considerable fermentación política en Florencia, porque no había otro miembro de la familia en posición de “heredar” el poder, pero poco después llegó a la ciudad el cardenal Julio y logró afirmarse y restablecer el orden. En este año murió Cosimino Rucellai y cesaron las reuniones de doctos en los Huertos.

1520

En marzo, Maquiavelo fue presentado al cardenal Julio de Médicis, presumiblemente por Lorenzo Strozzi.

En junio se entrevistan Carlos V y Francisco I, quienes intercambian reclamaciones; poco después se reinician las hostilidades y Francia pierde Milán, Parma y Plasencia. De julio a septiembre, Maquiavelo viaja a Lucca con varios encargos: de este viaje saldrán el *Sumario de las cosas de la ciudad de Lucca* y la *Vida de Castruccio Castracani*. En Florencia el *Arte de la guerra* circulaba ya en manuscrito, como sabemos por una anotación del amigo y ex asistente de Maquiavelo Blas Buonaccorsi, propietario de un prestigioso “escritorio” donde

ya su padre había producido muchas copias de los trabajos de los grandes humanistas de la corte de Lorenzo el Magnífico, en especial Marsilio Ficino y Juan Pico. El 8 de septiembre, Buonaccorsi registra haber entregado a un tal Marcos “el libro de Maquiavelo *De re militari*, escrito en hojas, que son cinco quinternos a 5 *grossi* cada uno”. En octubre, Maquiavelo firma un contrato con el Estudio de Florencia para escribir las *Historias florentinas*. El 23 de octubre Carlos V es coronado en Aquisgrán. En este año el señor de Perugia, Giampaolo Baglioni, quien “no temía ser públicamente incestuoso y parricida” (*Discorsi*, I, XXVII) es atraído a Roma con engañosos halagos y hecho decapitar por León X. Mientras tanto, el Papa había solicitado a muchos florentinos pareceres sobre el futuro del Estado, y fue seguramente en este año que Maquiavelo escribió el que tituló *Discursus florentinarum rerum post mortem iunioriis Laurentii Medices* (“Discurso sobre el reordenamiento del estado de Florencia después de la muerte del duque Lorenzo”).

1521

En este año León X encomendó a Miguel Ángel la sacristía nueva de la iglesia de San Lorenzo en Florencia, destinada a albergar las tumbas de los Médicis. El 13 de abril, Pier Soderini escribe a Maquiavelo proponiéndole el puesto de secretario de Próspero Colonna: antes le había ofrecido el de canciller de la república de Ragusa, pero sobre esto no hay más información, y sólo sabemos que le fue ofrecido y lo rechazó, como también rechazó éste. En mayo, en cambio, aceptó partir en su legación al capítulo de los franciscanos reunido en Carpi, visitando de paso a Guicciardini en Módena. El 8 de mayo el papa León X, en un viraje quizá explicable por la rápida difusión de la reforma luterana, concluye con Carlos V una alianza perpetua contra los turcos, los herejes, los franceses y los venecianos a cambio de Parma, Plasencia, Ferrara y garantías para el dominio de los Médicis en Florencia, además del apoyo imperial contra los luteranos. El 16 de agosto se terminó de imprimir en Florencia, por los herederos de Felipe Giunta, la primera edición del *De re militari* o *Arte de la guerra*, que tuvo éxito inmediato. El 1° de diciembre muere repentinamente León X, y el 9 se reúnen en Roma los cardenales en un cónclave sumamente borrascoso.

1522

El 9 de enero Adriano de Utrecht es elegido (en ausencia) papa, al término de un cónclave en que se enfrentaron violentamente dos candidatos florentinos, los cardenales Julio de Médicis y Francisco Soderini, este último apoyado abiertamente por la Iglesia y el embajador de Francia. Mientras tanto, apenas muerto León X los duques de Urbino y de Ferrara se apresuraron a recuperar sus posesiones, ante el desmembramiento del ejército pontificio, al tiempo que los franceses, reanimados, atacaron Parma, cuya exitosa defensa fue organizada y dirigida por Francisco Guicciardini. En el carnaval de Venecia se representó *La mandrágora*,

con tanto éxito que la noche del estreno la representación fue suspendida por exceso de público. En abril el ejército de Francisco I, que había reiniciado la lucha en Lombardía con tropas propias, suizas y venecianas, fue destrozado por los imperiales en la Bicocca. Aquí se inicia la defección del condestable Carlos de Borbón. Mientras tanto, en Florencia, la muerte de León había debilitado bastante la posición de los Médicis y ocasionado un nuevo periodo de fermentación política en diversos tonos, en cuyo marco, según relata Nardi:

> sucedió que fue detenido y preso en Florencia un cierto correo francés […] el cual siendo examinado secretamente por el magistrado de los Ocho, y después por algunos particulares instrumentos y enviados del cardenal [de Médicis], confesó haber hablado y tenido comercio con un ciudadano florentino, del cual no sabiendo el apellido, sino sólo el nombre, que era Jacobo, lo pintaba (como se dice) en las demás partes por pelos y señales, añadiendo ser persona literata, y decía que ese Jacobo había ido a verlo a Lucca y le había dado cartas […] para llevar a Francia a algunos exiliados que estaban allá que tenían relación con los Soderini […] Fue por lo tanto apresado en Florencia el dicho Jacobo, el cual, por ser persona de buenas letras, era muy amado por el cardenal, y había obtenido por eso una lección en el Estudio de Florencia […] a ese joven tocaba el nombre particular de Diaccetino, y él y Zanobi Buondelmonti y Luis Alamanni habían sido muy frecuentes amigos y compañeros de Cósimo Rucellai […] Fue detenido el dicho Jacobo alrededor de los 22 días del mes de mayo, y enterado de ello cierto Antonio Brúcioli […] muy amigo y familiar de Luis [de Piero] Alamanni, al cerrarse las puertas salió de Florencia y fue a buscarlo adonde estaba, en San Cerbone sobre Fighine, en la quinta de Juan Serristori cuya hermana era su esposa. Y él, al saber la desgracia del Diaccetino, proveyó con la fuga lo necesario para su salvación, pasando por la vía del Borgo San Sepolcro a las tierras del duque de Urbino. Y aquí hay que decir que tan grandes fueron el temor y el susto y la prisa suyos, que lo hicieron olvidarse de la salvación de Luis de Tomás Alamanni, quien estaba enterado de toda la misma trama, el cual Luis se encontraba como soldado en la guarnición de Arezzo. Por lo cual fue súbitamente detenido por un tal *ser* Francisco da Puliga, conducido a Florencia y después decapitado junto con el Diaccetino. Por otra parte Zanobi Buondelmonti, al enterarse de la prisión del dicho Jacobo, regresó a su casa escaso de consejo y dudoso en tomar una decisión para salvarse y quiso encerrarse y esconderse en un lugar o escondrijo secreto de los que para tales necesidades suelen fabricarse en las casas grandes; pero su mujer, verdaderamente de ánimo más generoso y viril que mujeril, casi a la fuerza, asustándolo, lo echó de la casa y dándole cuantos dineros pudo lo exhortó a proveer a su salvación […] Zanobi al salir por la puerta de Pinti se encontró con el cardenal Julio que regresaba de paseo [y] para evitarlo se metió […] en la casa de un escultor muy señalado […] Y esperando ahí [la noche], por diversos trayectos y largos caminos se dirigió a Lucca, y de ahí a […] Castelnuovo en tierras de Ferrara, donde era *podestà* Ludovico Ariosto, hoy poeta celebrado, de quien el dicho Zanobi siempre había sido generosísimo y humanísimo anfitrión cuando le acontecía visitar Florencia.

Poco después ambos, Luis y Zanobi, se reunieron y marcharon a Francia. En junio murieron Pier Soderini y Totto Maquiavelo, hermano menor de Nicolás. En noviembre estalló en la ciudad una violenta peste (que ya asolaba muchas otras ciudades de Italia), y Maquiavelo dictó su segundo y último testamento (véase el apéndice 24). En ese mismo mes corrió por la ciudad la noticia de que Zanobi Buondelmonti y Luis Alamanni habían sido arrestados cuando regresaban de Francia a Italia y puestos en libertad poco después.

1523

El 26 de marzo se terminó de imprimir en Nápoles *De regnandi peritia* de Agustín Nifo, dedicado a Carlos V y unánimemente considerado como un plagio (“corregido”) de *El príncipe*. Mientras tanto el cardenal Soderini, desde su derrota en el concilio del año anterior, de acuerdo con diversos descontentos de los Médicis (los duques de Ferrara y de Urbino, los hijos de Gianpaolo Baglioni, grupos republicanos de Florencia) y con apoyo oficial francés,

organizaba en tierras de Siena un ejército, cuyo mando fue confiado a Renzo da Ceri, para “mudar el estado” de Florencia. Esos manejos fueron denunciados por el cardenal Julio de Médicis a Adriano a la llegada de éste a Italia, y fue aparentemente en relación con esto que el 17 de abril el cardenal de Médicis salió de Florencia hacia Roma con un cortejo verdaderamente triunfal, escoltado por soldados armados y acompañado por la embajada de obediencia, que había demorado su partida todo ese tiempo con diversos pretextos. El 27 de abril, en Roma, el cardenal Soderini fue apresado y encerrado en el castillo de San Ángel. En julio, el condestable de Borbón concluyó un acuerdo con Carlos V. El 3 de agosto Adriano VI desistió de su política de neutralidad y adhirió a la liga hecha entre Carlos V; Enrique VIII; el archiduque Fernando I; Francisco Sforza, duque de Milán, las repúblicas de Siena y Lucca y el cardenal de Médicis en nombre de Florencia. El 14 de septiembre muere Adriano VI y tras un largo cónclave en que se enfrentaron las candidaturas de Julio de Médicis y Pompeyo Colonna, el primero fue elegido papa el 18 de noviembre, tomando el nombre de Clemente. Mientras tanto Maquiavelo, entre Florencia y la quinta de San Andrés, continuaba escribiendo las *Historias*.

1524

En enero, Carlos de Borbón es nombrado generalísimo y lugarteniente general del Imperio y pasa a dirigir las operaciones del ejército imperial en Lombardía. En Florencia, Maquiavelo ha empezado a frecuentar la quinta de Jacopo Falconetti “el Hornero” y mantiene una relación amorosa con Bárbara “la Barbera” Salutati. El pontificado de Julio de Médicis encontró en la ciudad una respuesta muy distinta a la dispensada 12 años antes a su primo Juan, a pesar del nombre escogido y de su reconciliación con Pompeyo Colonna y con el propio cardenal Soderini, a quien hizo poner en libertad de inmediato. Por de pronto surgió el problema de su sucesión en el gobierno de Florencia, y ya al recibir la embajada que la Señoría envió para felicitarlo por su elección, “después de discurrir con muchas y bien aderezadas palabras sobre el estado y condición de Florencia, y mostrarles con cuánta dificultad y peligros se mantenía aquel regimiento, insinuando —aunque en forma encubierta y de lejos— que era necesario pensar en un nuevo modo de gobernarla y hallar nuevos órdenes para la seguridad de los ciudadanos y salvación de la ciudad, los exhortó humanamente y rogó que lo aconsejaran y declarasen libremente su opinión sobre el asunto”, a lo que, después de un discurso puramente cortesano del arzobispo de Torre, Francisco de Tomás Minerbetti, “se levantó Jacopo Salviati quien, como era de otra mente, así habló en otro tono, con mucha prudencia y gravedad, mostrando que los gastos, las dificultades y los peligros no procedían de las magistraturas sino de los hombres a quienes estaban encomendadas, y que todos esos desórdenes se podían remediar fácilmente sin alterar en parte alguna, no digamos mudar del todo, los antiguos órdenes y el presente gobierno de la ciudad” (Varchi). Esa opinión fue apoyada por Francisco Vettori y Lorenzo Strozzi, pero no la atendió Clemente, quien poco después envió a Florencia al cardenal de Cortona, Silvio Passerini, como tutor y regente de Alejandro e Hipólito de

Médicis, que tenían 14 y 13 años respectivamente. En la primavera, el ejército imperial al mando del condestable de Borbón derrotó a los franceses en Lombardía y los persiguió hasta Marsella, saqueando toda la Provenza. En Florencia, Miguel Ángel inicia la construcción de la Biblioteca Laurenziana, por encargo de Clemente VII. La *Compagnia della Cazzuola* organiza una fastuosa representación de *La mandrágora* en casa de Bernardino di Giordano, con escenografías pintadas por Andrea del Sarto y Aristóteles di Sangallo. En octubre, Francisco I cruza los Alpes con un gran ejército, toma Milán sin luchar y decide poner sitio a Pavía. En Florencia "estaban las cosas a tal punto reducidas, que no sólo los frailes desde los púlpitos sino muchos ermitaños andaban por las plazas, anunciando no sólo la ruina de Italia sino el fin del mundo, con altísimos gritos y muchas amenazas; y no faltaban los que, convencidos de que no era posible llegar a peores términos que los presentes, afirmaban que el papa Clemente era el Anticristo" (Varchi).

1525

El 13 de enero se estrenó en la quinta de Jacopo Falconetti, en el marco de una fiesta memorable, la comedia *Clizia* de Maquiavelo, con intervención de la Barbera y de Hipólito de Médicis. Hacia el final del mes el joven Juan de Médicis, que militaba al servicio de Carlos V en el ejército que defendía Pavía, tuvo que retirarse a Plasencia herido e "indignado con el emperador, porque ni antes en la empresa de Marsella ni después en la de Pavía había recogido de él reconocimiento […] con honorabilísimas condiciones y con la orden de San Miguel volvió al servicio del Cristianísimo [rey de Francia], el cual por las muchas y admirables pruebas por él dadas contra sus propias tropas maravillosamente lo deseaba y pedía" (Varchi). El 24 de febrero, con la llegada de nuevas tropas al mando del condestable de Borbón, se libra en Pavía la batalla decisiva en que Francisco I es derrotado y hecho prisionero por los imperiales. A fines de mayo, Maquiavelo viaja a Roma a presentar a Clemente VII las *Historias florentinas*, y de ahí es enviado por el papa a Faenza a tratar con Guicciardini su proyecto de creación de una milicia en Romaña, que en definitiva se abandona (véanse los apéndices 25, 26 y 29b). En agosto va a Venecia a tratar la devolución de una nave mercante florentina embargada, por cuenta de un grupo de comerciantes (véanse los apéndices 27, 28 y 29); permanece en Venecia durante agosto y septiembre. Mientras tanto, la Señoría lo declara nuevamente apto para ocupar cualquier cargo público.

1526

En enero, el tratado de Madrid devuelve la libertad a Francisco I, quien de inmediato piensa en reanudar la guerra. En marzo, por encargo de Clemente, Maquiavelo revisa las fortificaciones de Florencia con el conde Pedro Navarro y escribe su "Relación de una visita hecha para fortificar Florencia". En abril viaja a Roma a informar al papa; a fin de mes está de

regreso en Florencia para hacerse cargo de la cancillería de los Cinco Procuradores o Provisores de las Murallas. En mayo se concluye la Liga de Cognac entre el rey de Francia, el papa (que tenía un pacto en vigor con el emperador y absolvió formalmente a Francisco I de su juramento de Madrid), Venecia, Florencia y el duque de Milán, más la adhesión distante de Enrique VIII. El papa nombra su lugarteniente general a Francisco Guicciardini y confía el mando del ejército a Francisco María della Róvere, el mismo duque de Urbino antes despojado por León X. De julio a septiembre, Maquiavelo está junto a Guicciardini siguiendo al ejército de la Liga en una serie de fracasos. En septiembre penetraron en Roma los ejércitos de los Colonna, instigados —según Varchi— por "el cardenal Pompeyo quien, parte por la amistad y servidumbre que tenía con el emperador, y parte por la envidia y el odio que sentía por el papa, había decidido, siguiendo el ejemplo de Sciarra,[2] atacarlo y apresarlo en su propio palacio, tanto más porque entre sí imaginaba y tenía firmísima opinión de que, muerto o depuesto Clemente, con el favor del emperador él sería elegido Sumo Pontífice", y saquearon la urbe casa por casa y "también, con inaudita avaricia e impiedad, despojaron de todos los paramentos y arneses eclesiásticos la sacristía y el augustísimo templo de San Pedro, cosa que nunca hasta ese día había ocurrido, ni siquiera en el tiempo de los godos y los longobardos". Clemente se refugió en el castillo, donde no había víveres para tres días, y recurrió a don Hugo de Moncada, el ex lugarteniente de César Borgia que desde hacía tiempo servía a Carlos V en Nápoles: "mandándole como rehenes a los cardenales Cibo y Ridolfi" consiguió que fuera a hablar con él y "corrompiéndolo con dinero" logró que ordenara a las tropas retirarse a cambio de perdonar a todos los implicados y por los cuatro meses siguientes retirar su ejército de Lombardía y su flota (mandada por Andrea Doria) de Génova y no hacer cosa alguna contra la Majestad Cesárea. "Para seguridad de la observancia de las cuales cosas, aunque no tenía ánimo de querer observarlas, el Papa entregó en rehén a Felipe Strozzi, y además prometió a uno de los hijos de Jacopo Salviati." Maquiavelo regresa a Florencia. Guicciardini propone al papa devolver San Leo y Montefeltro al duque de Urbino —cuya lealtad era muy dudosa— y Módena y Reggio al duque de Ferrara —que era oficialmente neutral pero en secreto colaboraba con los imperiales— para ganárselos, pero el papa se niega. Mientras tanto, Carlos V prepara una flota en España y Frundsberg en Alemania recluta mercenarios luteranos prometiendo públicamente saquear Roma. En Florencia "eran tan grandes el miedo y la desconfianza en que se vivía, que no sólo no se creían las nuevas fingidas que con mucho estudio inventaban los oficiales para alimentar al pueblo, sino que las verdaderas, si llegaba alguna mínimamente buena, se convertían en malas al ser siniestramente interpretadas por los que odiaban al estado [por lo que] los Ocho de la Práctica, más por ésa que por otra causa, enviaron al campo de la Liga, junto a *messer* Francisco Guicciardini, a Nicolás Maquiavelo para que desde allí avisara diariamente de los sucesos de la guerra". "Estaba ya en grandísimo desorden, e inundada por tanto diluvio de tan extrañas gentes estaba casi por sumergirse toda Italia cuando, no para reordenarla sino para darle el último empujón, apareció en la región de Verona Jorge Frundsberg […] con más de quince mil infantes alemanes y buen número de caballeros" (todas las citas son de Varchi). A fines de noviembre muere Juan de Médicis. En diciembre Maquiavelo regresa a Florencia.

1527

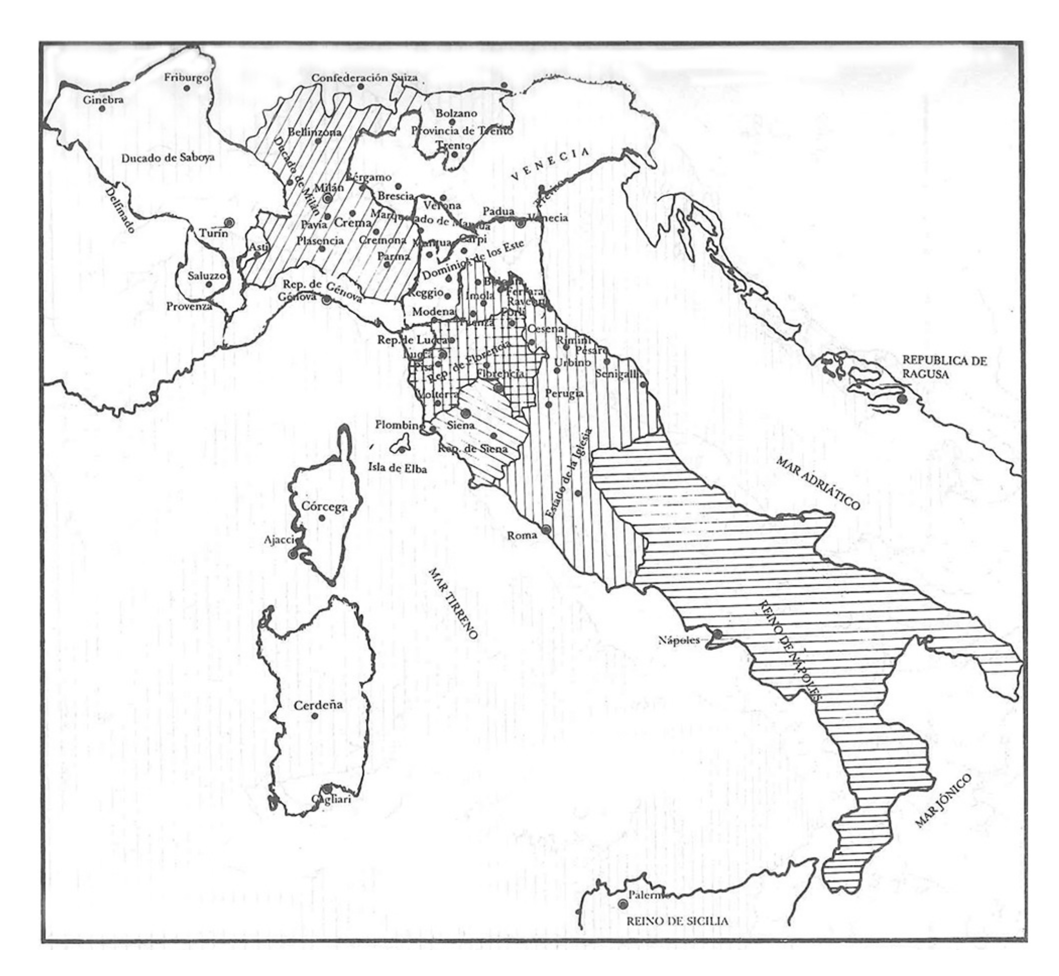
En enero, Clemente VII concede a Enrique VIII el título de "Defensor de la fe". El 7 de febrero Maquiavelo vuelve a encontrarse con Guicciardini en Módena. Al mismo tiempo, los lansquenetes de Frundsberg se reúnen con las tropas al mando de Carlos de Borbón en un gran ejército hambriento y revoltoso: a comienzos del año se habían levantado en huelga los españoles, reclamando el pago de sueldos atrasados, y en marzo se amotinan los lansquenetes por motivos similares. Maquiavelo comparte con Guicciardini las angustias de la situación, tratando de seguir los movimientos del ejército imperial y a la vez enfrentando, por un lado, las discordias y la insubordinación de sus propios capitanes (que llegan a parecerse mucho a la traición en el caso del duque de Urbino) y, por el otro, la presión de las instituciones de gobierno local de las propias ciudades pontificias, que al ver acercarse la amenaza piensan en la conveniencia de rendirse o incluso aliarse con los imperiales para evitarse el ataque y el saqueo. Tampoco en Florencia escaseaban los que eran de esta misma opinión, y según Varchi

> el primero que se movió fue Zanobi Buondelmonti, el cual de Siena, donde se encontraba rebelde, se trasladó con Bautista della Palla a Nápoles [y] hablando los dos con Felipe Strozzi (que estaba prisionero en el castillo) sobre lo que había de hacerse para que la ciudad no fuera presa de los bárbaros por la obstinación y negligencia de Clemente, con secreto consentimiento de Francisco Vettori y algunos otros ciudadanos, de los que era como jefe Nicolás Valori, mostraron a don Hugo [de Moncada] que, si querían aplacar la furia del Papa, no había mejor camino ni modo que quitar a Florencia de su poder, volviéndola a la libertad, y que él hiciera alianza con ella en nombre de César.

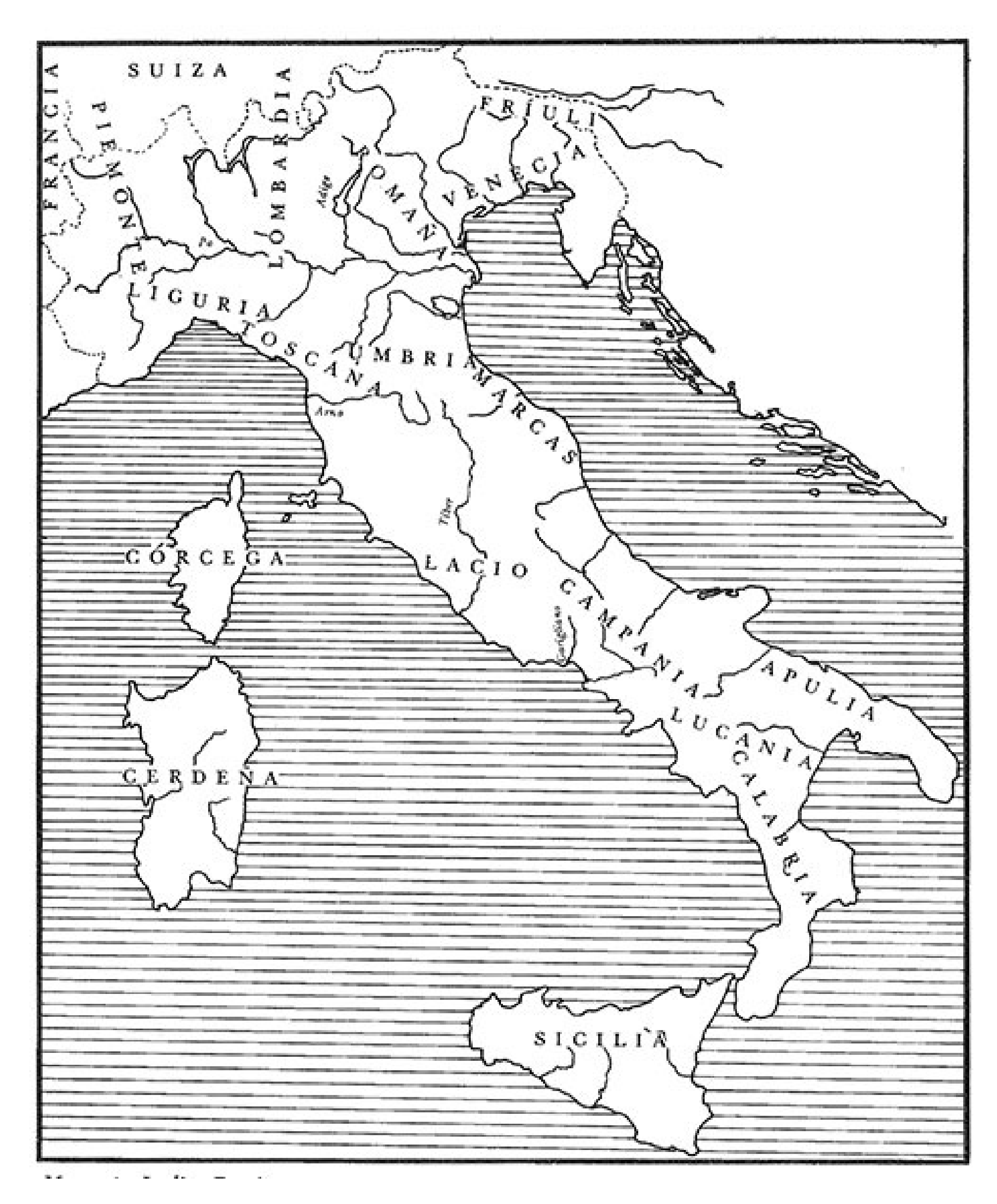
A fines de marzo, Clemente pacta una "paz" con don Hugo y el virrey de Nápoles, Carlos de Lannoy (por la cual Felipe Strozzi recobra la libertad), y de nuevo licencia sus tropas, pero el Borbón, posiblemente apremiado por sus soldados, no la respeta y penetra en Toscana, donde recibe toda clase de ayuda de las repúblicas de Siena y Lucca. Guicciardini lleva todo el ejército a Florencia en previsión de un ataque contra la ciudad, a la que encuentra casi en rebelión, al punto que el lugarteniente escribió de inmediato a Roma que, "aun en el caso de que se defienda la ciudad, no es posible defender el estado" (es decir, el gobierno de los Médicis). El 26 de abril hay un intento tumultuoso de "mudar el estado" (con una sonada batalla en que los opositores, atrincherados en el Palacio de la Señoría, arrojan piedras desde el techo), pero el ejército restablece el orden. Poco después el Borbón, que se encontraba ya muy cerca de Florencia, cambió de rumbo repentinamente emprendiendo una marcha acelerada hacia Roma. Guicciardini salió en su persecución con el ejército el 2 de mayo (pero no pudo llegar a tiempo para impedir el saqueo que se inició el 6), y presumiblemente lo acompañó Maquiavelo, de quien no hay en adelante más noticia cierta que la fecha de la carta 174, que lo ubica el 22 de mayo en Civitavecchia, cerca de Roma, y las que pueden deducirse del apéndice 36. El ejército imperial penetró en la urbe casi sin combatir (pese a lo cual el Borbón pereció al subir por una escalera de asalto, derribado por un tiro de arcabuz que Benvenuto Cellini afirmaba haber disparado) y se entregó al célebre saqueo, que duró ocho días durante los cuales el papa estuvo encerrado en el castillo de San Ángel. Al conocerse la noticia en Florencia estallaron nuevos tumultos, y el 16 de mayo se produjo un golpe de Estado "pacífico", con destacada intervención de *monna* Clarisa de Médicis Strozzi (la hermana de Lorenzo duque de Urbino casada con Felipe Strozzi, quien con su sobrina Catalina

en brazos clama la injusticia de que la representación oficial de la familia quede en manos de hijos ilegítimos) y Francisco del Nero (según Busini, el cardenal de Cortona afirmaba que éste era el responsable, pues como depositario se había negado a pagar a la guardia, afirmando no tener dinero, “y él lo confesaba, pero [decía que] había sido impulsado a decir eso y a no dar dinero por Felipe [Strozzi]”); los Médicis son persuadidos de marcharse y se instaura un nuevo gobierno en que predomina el grupo aristocrático de Vettori, Strozzi y Nicolás Capponi, quien será el primer gonfalonero. El 22 de mayo, Maquiavelo fecha en Civitavecchia su última carta conocida, y presumiblemente regresa de inmediato a Florencia. Luis Alamanni y Zanobi Buondelmonti presentaron y defendieron con calor su candidatura para su antiguo puesto de secretario de los Diez, pero el 10 de junio fue elegido en cambio Francisco Tarugi. Sobre la muerte de Maquiavelo han circulado versiones contradictorias que no hay motivo para consignar aquí. Desde hace más de dos siglos se incluye en la correspondencia maquiaveliana una carta (apéndice 25) que dice relatar sus últimos momentos, pero Bertelli ha demostrado (*Epistolario*, pp. 490 y ss) que se trata de una burda falsificación, probablemente no anterior al siglo XVIII. Lo único documentado (en el registro eclesiástico) es que fue “enterrado el día 22 [de junio] en Santa Croce”.

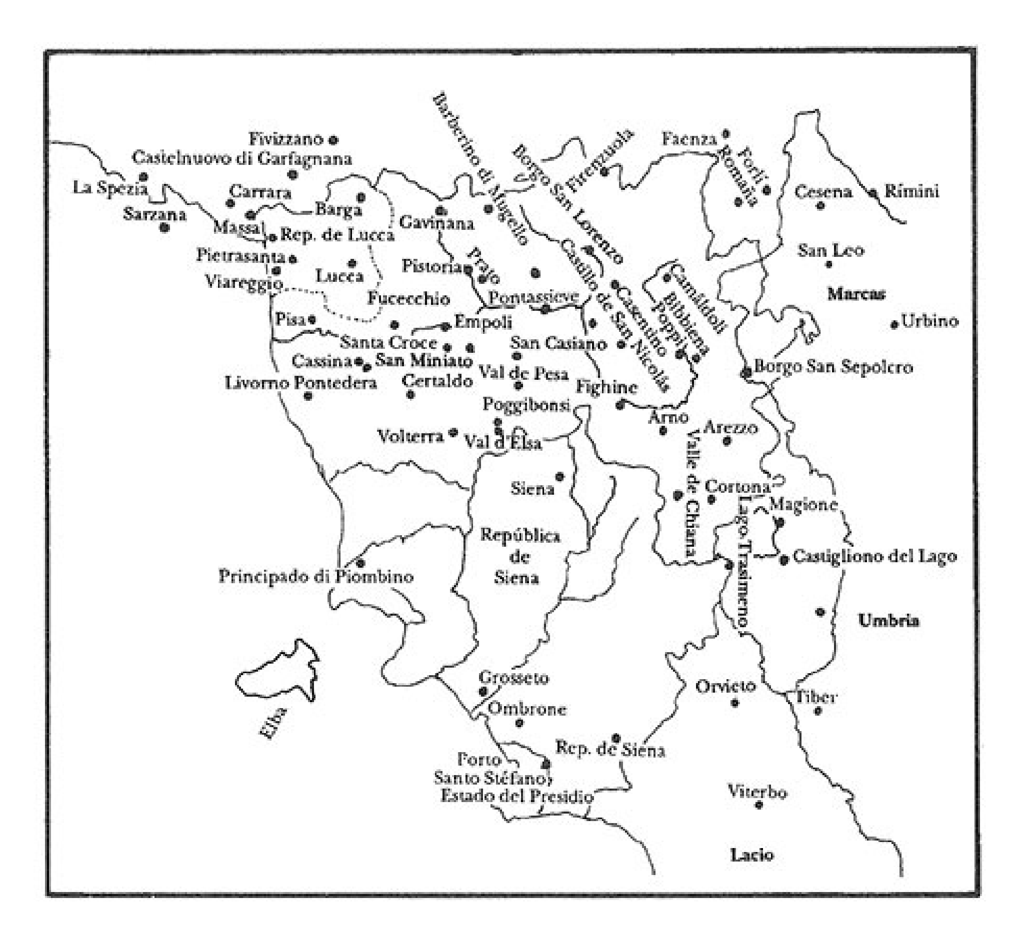
La república nacida en tan difíciles momentos restauró de inmediato la magistratura de los Nueve de la Milicia y Ordenanza Florentina “en el modo y con la autoridad que antes en el [1500] doce tenían”. Bajo el gonfalonero Nicolás Capponi —elegido en junio de 1527 y reelegido al año siguiente— el gobierno moderado contó con el apoyo de los numerosos savonarolianos y también de los filomediceos, pero la presión de la situación general, a medida que el papa iba cediendo y el poder imperial se afirmaba en Italia, polarizó la oposición entre partidarios y adversarios de los Médicis, que condujo a la sustitución “por vías extraordinarias” de Nicolás Capponi por el antimediceo Francisco Carducci en abril de 1529. Ya un mes antes los florentinos, temiendo el inminente acuerdo entre el papa (es decir, los Médicis) y el emperador, nombraron por un año “gobernador y capitán general de la fortificación y reparos de la ciudad” a Miguel Ángel de Luis Buonarroti, quien vino así a suceder directamente a Maquiavelo. También por entonces los herederos de Filippo Giunta publicaban en Florencia las *Provvidenze della militia e ordinanza fiorentina* y la segunda edición del *Arte de la guerra*, al mismo tiempo que *Dell’amore di Iesù* de fray Jerónimo Savonarola y el *Libro della vita civile* del viejo Mateo Palmieri. En julio Clemente VII y Carlos V llegan al acuerdo de Barcelona, por el cual el emperador se compromete a reponer a los Médicis en Florencia. El radicalismo apocalíptico del último gobierno —encabezado por el gonfalonero Raffaello Girólami—, la valentía indomable de Francisco Ferrucci, el heroísmo de las milicias y de las Bandas Negras, los padecimientos de la población y la gran ruina y destrucción ocurridas durante el Gran Sitio —que duró más de 10 meses— conforman uno de los momentos más intensos de la larga historia de Florencia, pero por fin tuvo que capitular en agosto de 1530 y aceptar el gobierno de Alejandro de Médicis, quien en 1532 se convertirá, por decreto imperial, en duque de Toscana.



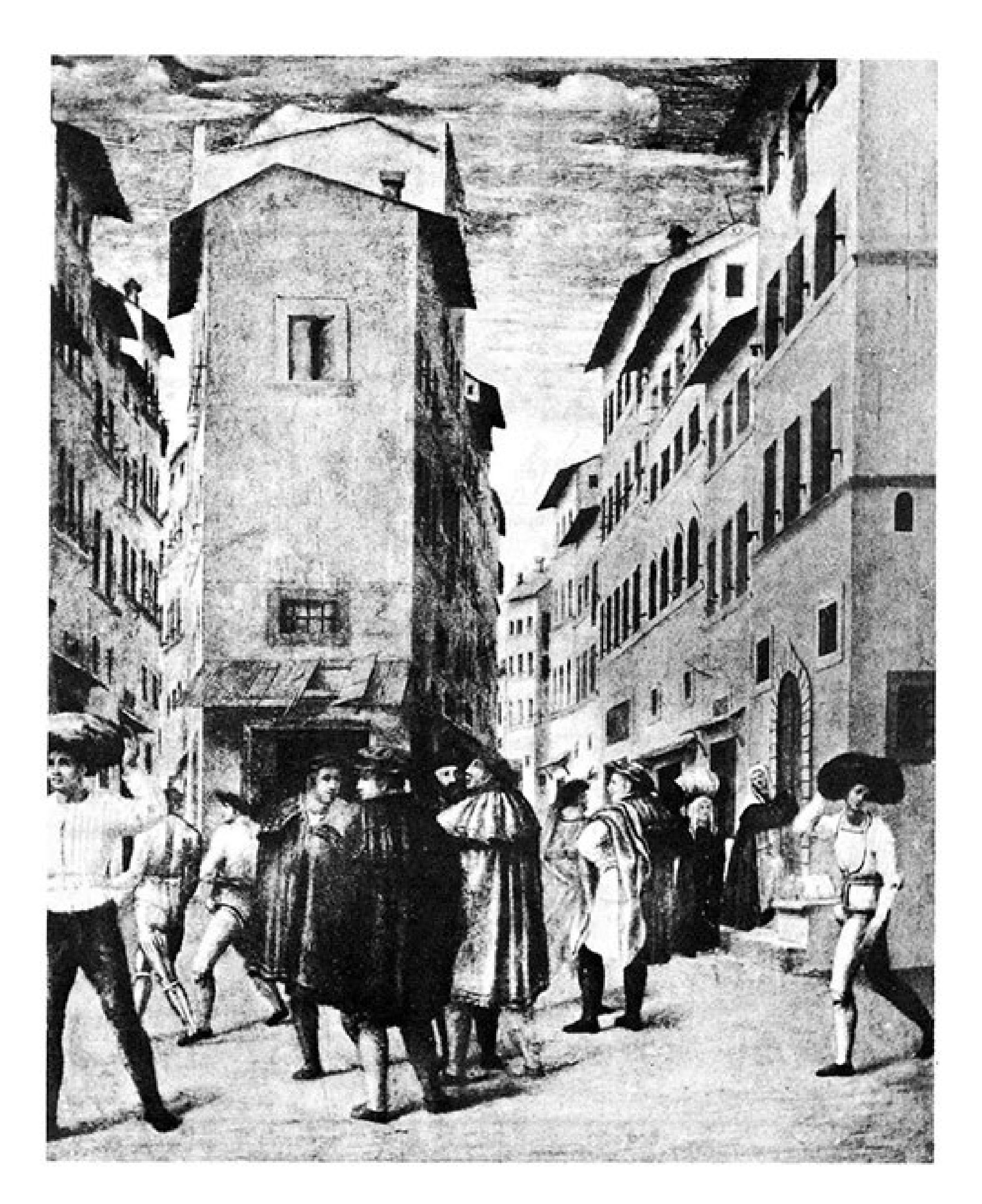
MAPA 1. *Italia en 1454.*



MAPA 2. *Italia. Regiones.*



MAPA 3. *Toscana en 1500.*



Una calle de Florencia. Anónimo florentino del siglo XVI.

---

[1] La forma actual de ese apellido en italiano es plural, Machiavelli; en la época esa forma (escrita de varios modos, incluso por él mismo) se empleaba para indicar la familia (el conjunto de los Maquiavelos), como en el caso de escribir el nombre completo: Niccolò Machiavelli: Nicolás (de los) Maquiavelos. Además, generalmente se añadía el nombre del padre, porque en las familias numerosas abundaban los homónimos: nuestro Nicolás (hijo) de Bernardo tenía un primo llamado Nicolás de Alejandro Maquiavelo. Para un solo individuo solía usarse el singular, y así Guicciardini le escribe *"Carissimo Machiavello"* y Casavecchia *"Machiavel mio"*.

[2] Sciarra Colona, que en 1303 apresó a Bonifacio VIII. Véase la nota 2 de la carta de Nicolás Maquiavelo a Francisco Guicciardini, después del 21 de octubre de 1525.

1. NICOLÁS MAQUIAVELO A UNA DAMA NOBLE

Florencia, después del 16 de septiembre de 1512[1]

PUESTO que vuestra señoría desea, ilustrísima señora, conocer estas novedades nuestras de Toscana acaecidas en los últimos días, yo se las narraré de buen grado, tanto para satisfacerla como porque el desenlace de ellas ha honrado a los amigos de vuestra señoría ilustrísima y señores míos, las cuales dos razones borran todos los otros disgustos sufridos, como en el orden de la materia vuestra señoría entenderá.

Concluido que se hubo en la dieta de Mantua reponer a los Médicis en Florencia, y partido el virrey[2] para regresarse a Módena, mucho se temió en Florencia que el ejército español no fuese hacia Toscana; sin embargo, no habiendo otra certeza, por haber gobernado la dieta las cosas secretamente, y no pudiendo muchos creer que el papa[3] quisiera que el ejército español turbase aquella provincia, entendiéndose además por cartas de Roma que no había entre los españoles y el papa gran confianza, estuvimos con el ánimo suspendido sin hacer otra preparación hasta que de Bolonia nos vino la certeza del todo. Y estando ya las tropas enemigas a una jornada de los confines nuestros, turbóse de repente por ese ataque súbito y casi inesperado toda la ciudad; y discutiéndose lo que se debía hacer, se decidió, no siendo posible llegar a tiempo a guardar los pasos en las montañas, mandar con la mayor presteza posible a Firenzuola, castillo en los confines entre Florencia y Bolonia, 2 000 infantes, a fin de que los españoles, para no dejar a sus espaldas una banda tan grande, se dirigiesen a la expugnación de ese lugar y nos diesen a nosotros tiempo de aumentar las tropas y poder resistir con más fuerza a sus ataques; estas tropas se pensó primero no ponerlas en campaña, por no juzgarlas capaces de resistir a los enemigos, sino oponer resistencia con ellas en Prato, castillo grande y ubicado en la raíz de los montes que bajan del Mugello, y a distancia de 10 millas de Florencia, juzgando que ese lugar era suficiente para dar cabida al ejército, que allí podría estar seguro, y por estar cerca de Florencia sería posible socorrerlo en caso de que los españoles fueran por ahí. Tomada esta decisión, moviéronse todas las fuerzas para conducirlas a los lugares planeados, pero el virrey, cuya intención no era asaltar plazas fuertes sino venir a Florencia para mudar el estado, esperando poder hacerlo fácilmente con ayuda de los partidarios,[4] dejó atrás Firenzuola, y tras pasar los Apeninos bajó a Barberino de Mugello, castillo situado a 18 millas de Florencia, donde sin oposición todos los castillos de esa región, que estaban abandonados de todo presidio, recibieron sus órdenes, y proveían al ejército de vituallas según sus facultades. Mientras tanto se había trasladado a Florencia gran cantidad de gente, y reunidos los capitanes de las gentes de armas y deliberándose con ellos sobre la defensa contra ese ataque, aconsejaron que no se debía oponer resistencia en Prato, sino en Florencia, porque juzgaban no poder resistir, encerrándose en ese castillo, al virrey, porque no conociendo sus fuerzas, ciertamente podían creer que cuando tan animosamente

venía a esta provincia, serían tales que el ejército de ellos no podría resistirlas, y por eso estimaban más seguro regresar a Florencia, donde con la ayuda del pueblo eran suficientes para defender esa ciudad, y con ese orden tratar de mantener Prato, dejando allí un presidio de 3 000 personas. Agradó esta decisión, y en especial al gonfalonero, por juzgarse más seguro y más fuerte contra los partidarios cuanto más fuerzas tuviese adentro junto a él. Y hallándose las cosas en estos términos, mandó el virrey a Florencia sus embajadores, los cuales expusieron a la Señoría que no venían a esta provincia como enemigos, ni querían alterar la libertad de la ciudad ni el estado de ella, sino que sólo querían asegurarse de que dejara la parte francesa y adhiriese a la Liga, la cual no juzgaba poder estar segura de esta ciudad, ni de cuanto se le prometiese, mientras Piero Soderini fuese gonfalonero pues lo había conocido partidario de los franceses, y por eso quería que depusiera ese grado, y que el pueblo de Florencia eligiera otro como le pareciese. A lo cual respondió el gonfalonero que no había llegado a ese cargo ni con engaños ni por la fuerza, sino que había sido puesto en él por el pueblo, y por eso aunque todos los reyes del mundo reunidos le ordenaran que lo depusiese, jamás lo depondría, pero que si el pueblo quería que él lo dejase, lo haría tan de buen grado como de buen grado lo aceptó, cuando sin ambición suya le fue concedido. Y para tantear el ánimo del universal, apenas se fue el embajador reunió a todo el consejo y les notificó la propuesta hecha, y ofreció que cuando al pueblo pluguiese, y juzgase que de su partida había de nacer la paz, él estaba dispuesto a irse a su casa. Lo cual unánimemente fuele por todos negado, ofreciéndose todos a dar hasta la vida por defenderlo.

Sucedió mientras tanto que el ejército español se había presentado en Prato, lanzando un gran ataque; y no pudiendo expugnarlo, comenzó su excelencia a tratar del acuerdo con el embajador florentino, y lo mandó a Florencia con uno suyo, ofreciendo contentarse con cierta suma de dinero, y que la causa de los Médicis se remitiese a la católica majestad, que pudiese rogar y no forzar a los florentinos a recibirlos. Llegados los embajadores con esta propuesta, y refiriendo las cosas de los españoles débiles, añadiendo que se morían de hambre, y que Prato se podía conservar, inspiró tanta confianza en el gonfalonero y en la multitud, con la cual él se gobernaba, que aun cuando aquella paz fuese aconsejada por los sabios, sin embargo el gonfalonero la fue dilatando, tanto que al otro día después vino la nueva de que se había perdido Prato, y de cómo los españoles, tras de romper un trozo de la muralla, empezaron a forzar a los defensores y a atemorizarlos, tanto que después de no mucha resistencia todos huyeron, y los españoles, ocupada la plaza, la saquearon y mataron a los hombres de ella con mísero espectáculo de calamidades. Y no referiré los detalles a vuestra señoría para no darle esa molestia de ánimo; diré solamente que murieron allí más de 4 000 hombres, y los demás quedaron presos y por diversos modos obligados a rescatarse; y no perdonaron a las vírgenes encerradas en los lugares sagrados, los cuales todos se llenaron de estupros y de sacrilegios.

Esta nueva dio gran perturbación a la ciudad, pero sin embargo el gonfalonero no se asustó, confiado en ciertas vanas opiniones suyas. Pensaba mantener Florencia y llegar a un acuerdo con los españoles por cualquier suma de dinero, con tal que se excluyera a los Médicis. Pero una vez que su comisión fue y volvió con la respuesta de que era necesario recibir a los Médicis o esperar la guerra, empezaron todos a temer el saqueo, por la vileza que

se había visto en nuestros soldados en Prato; ese temor empezó a ser estimulado por la nobleza, que deseaba mudar el estado, tanto que el lunes 30 de agosto a las dos horas de la noche[5] se dio a nuestros embajadores el encargo de llegar a un acuerdo con el virrey de cualquier modo. Y tanto creció el temor de todos que el palacio y las guardias que habitualmente hacen los hombres de ese estado quedaron abandonados, y al quedar privada de guardia fue obligada la Señoría a poner en libertad a muchos ciudadanos los cuales, por ser juzgados sospechosos y amigos de los Médicis, habían sido retenidos muchos días en el palacio con buena guardia; éstos, junto con otros muchos ciudadanos de los más nobles de esta ciudad, que deseaban recobrar su reputación, cobraron ánimos, y tanto, que el martes de mañana fueron al palacio armados, y ocupados todos los lugares para forzar al gonfalonero a irse, fueron persuadidos por algún ciudadano de no hacer violencia alguna, sino dejarlo partir por acuerdo. Y así el gonfalonero acompañado por ellos mismos se volvió a casa, y a la noche siguiente con buena compañía y consentimiento de los señores[6] se trasladó a Siena.

A los magníficos Médicis, enterados de lo sucedido, no les pareció bien venir a Florencia sin antes componer las cosas de la ciudad con el virrey, con el cual después de alguna dificultad llegaron a un acuerdo; y entrados en Florencia, han sido recibidos por todo este pueblo con grandísimo honor.

Como mientras tanto habíase hecho en Florencia cierto nuevo orden de gobierno,[7] en el cual no parecía al virrey que estuviese la seguridad de la casa de los Médicis ni de la Liga, significó a los señores que era necesario volver todo al modo que estaba cuando vivía el magnífico Lorenzo; los nobles deseaban satisfacerlo en eso, pero temían que no conviniese en ello la multitud; y estando en esa disputa de cómo habían de tratarse esas cosas, entró en Florencia el legado papal,[8] y con su señoría venían muchos soldados, y además italianos; y el día 16, los señores habían reunido en el palacio muchos ciudadanos, con los que estaba el magnífico Juliano,[9] y estaban razonando de la reforma del gobierno cuando se alzó de pronto cierto clamor en la plaza, por el cual Ramazzotto[10] con sus soldados y otros tomaron el palacio, gritando “bolas bolas”.[11] Y pronto toda la ciudad estuvo en armas, y por todas partes de la ciudad resonaba aquel grito, tanto que los señores se vieron obligados a llamar al pueblo a asamblea, la que nosotros llamamos parlamento, donde fue promulgada una ley por la cual los magníficos Médicis fueron reintegrados a todos los honores y grados de sus antepasados. Y la ciudad quedó tranquilísima, esperando vivir no menos honrada con la ayuda de ellos que vivió en los tiempos pasados, cuando gobernaba la felicísima memoria del magnífico Lorenzo su padre.

Tenéis pues, ilustrísima señora, el relato en detalle de los casos nuestros, en el cual no he querido incluir las cosas que pudieran ofenderos como míseras y poco necesarias: en las otras me he extendido cuanto lo permite la estrechez de una carta. Si os he satisfecho, quedaré contentísimo; si no, ruego me tenga por excusado vuestra señoría ilustrísima, *que viva feliz por mucho tiempo*.[12]

[1] El 16 de septiembre de 1512 volvieron al gobierno de Florencia los Médicis. Se han propuesto diversas hipótesis sobre la identidad de esta *gentildonna*, que en definitiva permanece en el misterio, pero es aceptable la suposición más general de que se trata de Alfonsina Orsini, viuda de Piero de Médicis.

[2] El virrey de Sicilia Ramón Folch de Cardona, representante de Fernando de Aragón, “la católica majestad”.

[3] Julio II, organizador de la Liga contra Francia, de quien Florencia era aliada.

[4] De los Médicis.

[5] Es decir, dos horas después de la puesta del sol. Véase, la Advertencia, p. 17.

[6] La Señoría, constituida principalmente por el Consejo de los Diez señores.

[7] Las reformas más importantes habían sido indudablemente favorables al partido magnaticio u optimate, uno de cuyos jefes —Juan Bautista Ridolfi— había sido elegido gonfalonero.

[8] El cardenal Juan de Médicis —futuro León X— que seguía al ejército español.

[9] Juliano de Médicis, futuro duque de Nemours.

[10] Melchor Ramazzotti, capitán al servicio de los Médicis.

[11] *Palle palle*. Era el grito de los partidarios de los Médicis, en cuyo escudo de armas figuraban cinco círculos (véase la figura *Las “bolas”*).

[12] En latín en el original: *quae diu et foelix valeat*.

2. NICOLÁS MAQUIAVELO A PIERO SODERINI

Florencia, invierno de 1512-1513[1]

UNA CARTA vuestra se me presentó enmascarada, sin embargo a las 10 palabras la reconocí. Creo la frecuencia de Piombino por conoceros, y de las dificultades vuestras y de Felipe[2] estoy seguro, porque sé que al uno lo ofende la poca luz y al otro la excesiva. Enero no me inquieta, con tal que febrero me tenga en sus manos. Duélome de la sospecha de Felipe, y en suspenso espero su final. [El que no sabe esgrima arrolla al buen esgrimista.][3] Fue vuestra carta breve y yo releyéndola la hice larga. Fuéme grata, porque me dio ocasión de hacer lo que yo temía hacer y vos me recordáis que no haga,[4] y sólo esta parte he reconocido en ella sin propósito. De lo cual me maravillaría, si mi suerte no me hubiera mostrado tantas cosas y tan variadas, que por fuerza debo maravillarme poco, o confesar no haber conocido ni por lecturas ni en la práctica las acciones de los hombres y sus modos de proceder.

Os conozco a vos y la brújula de la navegación vuestra; y si fuera posible condenarla, que no lo es, yo no la condenaría, viendo a qué puertos os ha guiado [con qué cargos os ha honrado] y con qué esperanzas puede nutriros. De lo cual yo deduzco, no por el espejo vuestro donde no se ve sino prudencia, sino por el de los más, que débese en las cosas juzgar el fin que tienen, y no los medios con que se hacen. [Cada uno según su fantasía se gobierna.] Y veo cómo con varios gobiernos se consigue una misma cosa, cómo por varios caminos se llega al mismo sitio, y lo que faltaba a esta opinión, las acciones de este pontífice y sus efectos lo han añadido. [No aconsejar a nadie ni tomar consejo de nadie, excepto un consejo general: que cada uno haga lo que le dicte su ánimo, y con audacia.] Aníbal y Escipión, además de la disciplina militar, que en uno y otro igualmente sobresalía, el uno con la crueldad, la perfidia y la irreligión mantuvo sus ejércitos unidos en Italia y se hizo admirar por los pueblos, que por seguirlo se rebelaban contra los romanos; el otro con la piedad, la fe y la religión obtuvo en España el mismo seguimiento de aquellos pueblos, y uno y otro obtuvieron infinitas victorias. Pero como no se usa alegar los romanos, Lorenzo de Médicis desarmó al pueblo para conservar Florencia; *messer* Juan Bentivoglio para conservar Bolonia lo armó; los Vitelli en Castello y este duque de Urbino en su estado deshicieron las fortalezas para conservar esos estados; el conde Francisco y muchos otros las edificaron para asegurarse en sus estados. [Tantear la fortuna, que es amiga de los jóvenes, y mudar según la encuentres. Pero no se puede tener fortalezas y no tenerlas, ser cruel y piadoso.] El emperador Tito, el día que no beneficiaba a alguien, creía perder el estado; algún otro creería perderlo el día que agradase a alguien. A muchos, ponderando y midiéndolo todo, les resultan sus planes. [Cuando la fortuna se agota, ahí se pierde todo. La familia, la ciudad, todos tienen su fortuna basada en su modo de proceder, y todas ellas se agotan, y cuando se ha agotado hay que volver a adquirirla de otro modo. Comparación del caballo y el freno sobre las fortalezas.] Este papa, que no tiene

en casa balanza ni vara, al azar consigue y desarmado lo que con el orden y con las armas difícilmente podía conseguir. Se ha visto y se ve a todos los mencionados, e infinitos otros que en materia similar podrían citarse, adquirir reinos o dominios o caer, según los accidentes; y a veces el modo de proceder que en el adquirir era alabado, en el perder es vituperado; y a veces después de una larga prosperidad, al perder, no se echa la culpa a ninguna cosa propia, sino que se acusa al cielo y las disposiciones del hado. Pero de dónde nace que las diversas operaciones algunas veces aprovechen o igualmente perjudiquen, yo no lo sé, aunque bien desearía saberlo; sin embargo, para conocer vuestra opinión, tendré la presunción de deciros la mía.

Creo que así como la naturaleza ha hecho a los hombres diversos rostros, también les ha dado diversos ingenios y diversa fantasía. De esto nace que cada uno según su ingenio y fantasía se gobierna. Y como por el otro lado los tiempos son varios y los órdenes de las cosas son diversos, ve cumplírsele al punto sus deseos y feliz es aquel que hace concordar su modo de proceder con el tiempo, y por el contrario es infeliz aquel que con sus acciones diverge del tiempo y del orden de las cosas. Por lo cual bien puede ser que dos, obrando diversamente, tengan el mismo fin, porque cada uno de ellos puede conformarse a lo que le ha tocado, porque hay tantos órdenes de cosas como provincias y estados. Pero como los tiempos y las cosas, universal y particularmente, mudan con frecuencia, y los hombres no mudan sus fantasías ni sus modos de proceder, sucede que uno tiene un tiempo buena fortuna y un tiempo mala. Y verdaderamente quien fuese tan sabio que conociese los tiempos y el orden de las cosas y se acomodase a ellas, tendría siempre buena fortuna, o se guardaría siempre de la mala, y vendría a ser verdad que el sabio manda en las estrellas y en los hados. Pero como de estos sabios no se encuentran, primero por tener los hombres la vista corta, y después por no poder gobernar su naturaleza, sucede que la fortuna muda y gobierna a los hombres, y los tiene bajo su yugo. Y para verificar esta opinión quiero que me basten los ejemplos antes escritos, sobre los cuales la he fundado, y así deseo que uno sostenga al otro. Sirve para dar reputación a un dominador nuevo la crueldad, la perfidia y la irreligión en una provincia donde la humanidad, la fe y la religión han abundado por largo tiempo, del mismo modo que sirven la humanidad, la fe y la religión donde por un tiempo han reinado la crueldad, la perfidia y la irreligión; porque, así como las cosas amargas perturban el gusto y las dulces lo empalagan, así los hombres se hastían del bien, y del mal se duelen. Estas razones, entre otras, abrieron Italia a Aníbal y España a Escipión, y así cada uno se conformó al tiempo y las cosas según el orden de su proceder. Y en aquel mismo tiempo no hubiera tenido tanto éxito en Italia uno similar a Escipión, ni uno similar a Aníbal en España, como tuvieron uno y otro en sus provincias.

NICOLÁS MAQUIAVELO

[1] Después de salir de Florencia, Piero Soderini había recibido un salvoconducto y el ofrecimiento de asilo en Roma de Julio II, pero prefirió huir y refugiarse en Ragusa (Dubrovnik) en la costa dálmata, donde estaba en su apogeo una república marinera de estilo latino. La fecha es conjetural.

[2] Felipe Casavecchia.

[3] Se insertan entre corchetes las adiciones marginales, colocándolas al final de la frase a cuyo lado se encuentran en el manuscrito.

[4] Es decir, escribirle.

3. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 13 de marzo de 1513

Al magnífico señor Francisco Vettori, dignísimo embajador florentino ante el sumo pontífice

En Roma[1]

MAGNÍFICO señor. Como por Pablo Vettori[2] habréis sabido, he salido de la prisión[3] con alegría universal de esta ciudad, pese a que por obra de Pablo y vuestra yo esperaba eso mismo, por lo cual os agradezco. No os repetiré la larga historia de esta desgracia mía, sino que os diré solamente que la suerte ha hecho de todo por hacerme esta injuria; sin embargo, por la gracia de Dios, ha pasado. Espero no incurrir otra vez, tanto porque seré más cauto como porque los tiempos serán más liberales, y no tan desconfiados.

Ya sabéis en qué situación se halla *messer* Totto nuestro.[4] Lo encomiendo a vos y a Pablo en general. Él y yo deseamos sólo este particular: que sea colocado entre los servidores del papa, e inscrito en su rollo, y tener de ello la patente, cosa que os rogamos.

Tenedme, si es posible, presente en la memoria de nuestra santidad, que si fuese posible comenzase a emplearme en algo, él o los suyos, creo que sería de honor para vos y de utilidad para mí. Día 13 de marzo de 1512.[5]

Vuestro, NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Todo lo escrito en cursivas está en latín en el original.

[2] Hermano de Francisco.

[3] El pasaje del palacio a la cárcel fue gradual: la milicia y su organismo rector, del que Nicolás Maquiavelo era secretario, fueron disueltos el 28 de septiembre, pero apenas el 7 de noviembre fue destituido de sus otros dos cargos, secretario de los Diez y jefe de la segunda cancillería. El 10 de noviembre fue condenado a permanecer confinado en el dominio de Florencia durante un año y pagar una multa de 1 000 florines de oro (que pagaron tres amigos cuyo nombre ignoramos). El 17 de noviembre otro decreto de la Señoría le prohibió expresamente poner los pies en el palacio por un año, pero al mismo tiempo se le ordenó rendir cuenta de las grandes sumas que había manejado en relación con la milicia, para lo cual se le extendía una autorización especial cada vez que debía presentarse. Mientras tanto se descubrió un vago proyecto para asesinar a uno o varios Médicis (en rigor, una lista de nombres en que el de Nicolás Maquiavelo aparecía en séptimo lugar), de tinte humanista y savonaroliano, encabezado por Pietro Paolo Bóscoli y Agostino Capponi (Burckhardt resume la confesión de Bóscoli en el último capítulo de la parte VI de su obra clásica, *La cultura del Renacimiento en Italia*, como ejemplo de la "confusión" existente en la religiosidad florentina de la época. El principal problema de Bóscoli era quitarse de la cabeza a Bruto para poder morir como cristiano). Maquiavelo fue encarcelado y torturado, tocándole seis *tratti di corda* ("tirones de cuerda": había diversos instrumentos para estimular la confesión en que la tensión de una cuerda provocaba sufrimiento y eventualmente la

muerte del reo). En la cárcel escribió por lo menos dos poemas a Juliano de Médicis, cuya intensidad ha provocado en los estudiosos muy variadas reacciones. Bóscoli y Capponi fueron ejecutados el 23 de febrero. En Roma, mientras tanto, el 21 de febrero murió Julio II y el 11 de marzo fue elegido para sucederlo Juan de Médicis (1476-1521), quien pasó a ser León X; la noticia desencadenó en Florencia un enorme entusiasmo y fue ocasión de que los partidarios de la familia se multiplicaran prodigiosamente.

[4] Su hermano seis años más joven.

[5] En Florencia el año empezaba el 25 de marzo. Véase, la Advertencia, p. 17.

4. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 15 de marzo de 1513

A mi querido compadre Nicolás de M. Bernardo Maquiavelo

En Florencia

ESTIMADO compadre. De ocho meses acá he tenido los mayores dolores que jamás tuve en el tiempo de mi vida, y además de los que vos no sabéis; sin embargo, no lo tuve mayor que cuando supe que habíais sido preso, porque de inmediato juzgué que sin error ni causa habíais de padecer tortura, como ocurrió. Duéleme no haber podido ayudaros como merecía la fe que en mí teníais, y gran disgusto tuve cuando vuestro Totto me mandó el aviso, y no pude serviros en nada. Lo hice apenas fue elegido el nuevo pontífice, y no le pedí otra cosa que vuestra liberación, la cual en mucho tengo que se haya producido antes. Ahora, compadre, lo que por ésta tengo que deciros es que hagáis fuerte el corazón a esta persecución, como lo hicisteis a otras que contra vos se han hecho, y esperéis que, una vez que las cosas se han aquietado y que la fortuna de ellos[1] supera toda fantasía y discurso, no tendréis que estar siempre en el llano y después seréis libre de todo confinamiento. Si yo tengo que quedarme aquí, que no lo sé, quiero que vengáis a estar aquí a vuestro placer, el tiempo que queráis. Os escribiré, cuando tenga el ánimo más tranquilo, si habré de quedarme, cosa que dudo, porque creo que habrá hombres de otra calidad que la mía que quieran estar aquí, y yo me avendré a todo.

Nuestro Felipe[2] ha llegado aquí hoy, que ha venido por las postas desde Poggibonsi en cuatro días, agotado, roto, deshecho, y esta tarde no ha sido posible que entrara a ver al papa porque *messer* Juan Cavalcanti no lo permitió. Y no tengo más que decir, sino encomendarme a vos.

FRANCISCO

De Roma, el día 15 de marzo de 1512[3]

---

[1] De los Médicis.

[2] Felipe Casavecchia.

[3] En latín en el original. Sigue el uso florentino de iniciar el año el 25 de marzo.

5. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 18 de marzo de 1513

Al magnífico señor Francisco Vettori, embajador florentino ante el sumo pontífice

En Roma

MAGNÍFICO embajador. Vuestra carta tan amorosa me ha hecho olvidar todos los afanes pasados, y bien que estuviese yo más que seguro del amor que me tenéis, esta carta me ha sido gratísima. Os agradezco cuanto puedo, y ruego a Dios que con vuestra utilidad y bien me dé facultad de podéroslo agradecer, porque puedo decir que todo lo que me queda de vida reconozco deberlo al magnífico Juliano y a vuestro Pablo.[1] En cuanto a volver la cara a la fortuna, quiero que tengáis de estos afanes míos este gusto: que los he soportado tan francamente que yo mismo me quiero por ello, y paréceme que soy mejor de lo que creía; y si place a estos patrones nuestros no dejarme por tierra, yo lo estimaré en mucho, y creo conducirme de modo que también ellos tendrán motivo para tenerlo por bien; y si no les place, viviré como nací, que nací pobre, y aprendí antes a pasar trabajos que a gozar. Y si os quedáis allí, yo iré a pasar algún tiempo con vos, puesto que me lo aconsejáis. Y para no alargarme más, me encomiendo a vos y a Pablo, al cual no le escribo por no saber qué otra cosa decir.

Comuniqué la parte de Felipe a ciertos amigos comunes, los cuales se alegraron de que hubiera llegado allí sano y salvo. Duélense sí de la poca estimación y cuenta que con él tuvo *messer* Juan Cavalcanti; y pensando de dónde pudiera nacer eso han hallado que Brancacci[2] le dijo a *messer* Juan que Felipe tenía comisión de su hermano de recomendar a la Santidad del papa a Juan el de *ser* Antonio,[3] y por eso no lo quiso admitir, y criticaron mucho a Juliano por haber armado ese escándalo, si no era verdad; y si lo era, culpan a Felipe por haber abrazado una causa desesperada: así que advertidle que otra vez sea más cauto. Y decidle a Felipe que Nicolás degli Agli habla mal de él por toda Florencia, y no sé de dónde nace ello, pero sin miramiento y sin perdonar nada lo pone de tal modo que no hay hombre que no se maraville. Así que advertid a Felipe que, si sabe las razones de esa enemistad, la cure de algún modo; todavía ayer lo encontré, y traía en la mano una lista donde estaban anotadas todas las malas lenguas de Florencia, y me dijo que las andaba contratando para que dijesen mal de Felipe, para vengarse. Yo he querido advertiros para que le aviséis y me encomendéis a él.

Toda la compañía se os encomienda, empezando por Tomás del Bene y yendo hasta nuestro Donato,[4] y todos los días vamos a la casa de alguna muchacha para recuperar las fuerzas, y aun ayer estuvimos viendo pasar la procesión en casa de Sandra de Pero. Así vamos pasando el tiempo entre estas universales felicidades,[5] gozando este resto de vida, que me parece soñarla. *Adiós*. En Florencia, a los 18 días de marzo de 1512.

---

[1] Juliano de Médicis y Pablo Vettori.

[2] Juliano Brancacci.

[3] Juan Folchi, uno de los principales implicados en la conjura de Bóscoli, condenado a dos años de prisión en la fortaleza de Volterra.

[4] Donato del Corno.

[5] El ascenso de los Médicis fue celebrado en Florencia con un prolongado y suntuoso carnaval, a pesar de que en realidad ya estaban en cuaresma. Probablemente fue para esas fiestas que Nicolás Maquiavelo escribió su canto *Degli spiriti beati*.

6. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 30 de marzo de 1513

MI QUERIDO compadre. Desde que fue coronado este nuevo pontífice he recibido dos cartas vuestras y dos de vuestro *messer* Totto, el cual me pregunta por lo que vos me habíais solicitado por la primera vuestra: que hiciese yo que él fuera inscrito en el rollo entre los servidores del papa, la cual cosa de su santidad hemos obtenido, pero por el gran número que había tomado, ni él ni infinitos otros fueron aprobados por la Cámara, porque dicen los clérigos que se deterioran los cargos, porque tan gran número de servidores, todos los cuales pueden expedir los beneficios sin pago, hace que los cargos no rindan. Sin embargo, pasada esta furia del principio lo intentaré de nuevo y haré lo que me sea posible. Estoy seguro, compadre, de que para vos mismo os diréis que me he debatido mucho, si hallándome además por ventura como embajador en la elección de un papa florentino, no tengo calor suficiente para hacer inscribir a un servidor. Lo cual confesaré ser cierto y proceder en gran parte de mí, que no sé ser importuno de modo que produzca utilidad para mí y para los demás. Esta embajada mía empezó a tener infortunio en la puerta, donde vos estuvisteis presente. Por el camino siempre estuve temiendo que el papa Julio se muriese y a mí me tocara ser preso y robado. Llegué aquí y lo encontré en términos que era imposible hablarle, porque él no quería. Murió, y fue elegido papa León, cosa que para la ciudad en lo público, y en particular para los ciudadanos de ella, debería ser honrosa y útil. Sin embargo para mí será seguramente costosa, y creo que cuando esté por rehacerme quedará otro en este lugar. Así yo habré invertido en ello honor y 500 ducados de capital. Sin embargo, como sabéis, a todo me acomodo, y siempre me esforzaré por hacer bien a todo hombre, y sea después lo que quiera; que aun cuando yo no aprendí de joven a pasar pobreza, de viejo me acomodaré a lo que pueda. Yo soy de los que, aunque os exhortaba a volver la cara a la fortuna, sé mejor aconsejarlo a otros que a mí mismo, porque en la próspera fortuna no me elevo, pero en la adversa me acobardo y de todo temo, y si os hablase creería posible haceros temer con razón. A mí me parece que de este pontificado la ciudad ha sacado esto: que deberá estar segura adentro y afuera. Y así me he metido este grillo en el cerebro; y como os he dicho alguna otra vez, no quiero ya seguir discurriendo con razones, porque a menudo me he visto engañado, y más que nunca ahora en la elección de este papa nuestro, en la cual iba yo discurriendo, cardenal por cardenal, quién debía votarlo, y hallaba tan pocos que me parecía imposible pensar que pudiera salir. Además de eso, joven, pobre, con muchos parientes, me parecía que España[1] había de querer un papa más débil, y el emperador lo mismo. Consideraba que Julio había sido elegido por dineros, aunque vil y con pocos parientes; Siena[2] por vejez no había querido en aquel tiempo; Nápoles[3] aunque fuese viejo, porque tenía demasiados parientes. Sin embargo todos estos discursos y razonamientos míos me fallaron. Fue elegido papa él con el consenso de todos los cardenales,

con aprobación del embajador cesáreo, el español y el veneciano, los cuales mostraban alegrarse de corazón; con alegría universal de todo el pueblo romano; con unión y buena gracia de los Orsini y los Colonna; y cuatro días después de la elección, para culminar su felicidad, le caen en la mano santa Croce y santo Severino, cabezas del Concilio,[4] y además de esto se entera, por carta de Roberto,[5] de que el Cristianísimo[6] se ha alegrado grandemente y ha dicho que la elección de este papa bueno sería causa de que las cosas se aquietasen, y que él por su parte no faltaría en nada. Así que, Nicolás mío, ved lo que hace la buena suerte, y que quien carece de ella, como yo, tiene que hacer pocas empresas, o mejor dicho ninguna; la cual regla yo solía seguir, pero alguna vez me veo obligado a hacer por otros lo que por mí mismo evitaría. Espero no tardar mucho en volver a veros, y pienso pasar este resto de tiempo que me queda en la quinta, de la cual confieso haber estado alejado en el pasado, pero ahora he dispuesto hacer lo contrario. Y dondequiera que esté, en la quinta o en Florencia o aquí, seré como he sido, siempre vuestro. Duéleme poder ofreceros poco, porque no puedo ni jamás pensé llegar a poder mucho. Vuestro caballo os lo pagaré a mi regreso, que creo que se ordenará en cualquier momento.

Encomendadme a todos los amigos, especialmente a Juan Maquiavelo y a Donato, y por ésta nada más. A vos me encomiendo.

FRANCISCO, embajador

En Roma, el 30 de marzo de 1513

---

[1] Fernando el Católico. Era uso corriente emplear el nombre del país para designar al rey.

[2] Juan Piccolómini, cardenal de Siena.

[3] Oliviero Carafa, cardenal de Nápoles.

[4] Bernardino Carvajal, cardenal de Santa Croce, y Federico Sanseverino. El concilio al que alude es el convocado por Luis XII.

[5] Roberto Acciaiuoli, embajador de los florentinos en la corte francesa.

[6] “El Cristianísimo” es el rey de Francia.

7. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Florencia, 9 de abril de 1513

Al magnífico embajador ante el sumo pontífice Francisco Vettori

Magnífico señor embajador

> *Et io che del color mi fui accorto*
> *Dissi: Come verrò se tu paventi*
> *Che suoli al mio dubbiare esser conforto?*[1]

ESTA carta vuestra me ha asustado más que la cuerda, y duélome de cualquier opinión que tengáis que me altere, no por mí, que me he hecho ya a no volver a desear cosa alguna con pasión, sino por vos. Os ruego que imitéis a los demás, que con importunidad y astucia, más que con ingenio y prudencia, se hacen un lugar; y en cuanto a aquel asunto de Totto, apéname si os apena. Por lo demás, no pienso en eso, y si no se puede enrollar, que se revuelva;[2] y siempre os digo que de todas las cosas que llegase a pediros, no os deis trabajo alguno, porque yo, no obteniéndolas, no padeceré por ello.

Si ha llegado a hastiaros el discurrir las cosas por ver que muchas veces suceden los casos fuera de los discursos y conceptos que se hacen, tenéis razón, porque lo mismo me ha ocurrido a mí. Sin embargo, si pudiera hablaros no podría evitar llenaros la cabeza de castillejos, porque la fortuna ha hecho que, como no sé discurrir ni del arte de la seda ni del arte de la lana, ni de las ganancias ni de las pérdidas, me toca razonar del estado, y necesariamente tengo que hacer voto de quedarme callado o hablar de eso. Si pudiera salir del dominio iría también yo hasta ahí a preguntar si el papa está en casa, pero entre tantas gracias, la mía por descuido quedó por tierra. Esperaré a septiembre.

He oído que el cardenal Soderini[3] anda mucho con el pontífice. Quisiera que me aconsejaseis si os parecería adecuado que le escriba una carta para que me recomiende a su santidad, o si sería mejor que vos hicieseis de viva voz ese oficio por parte mía con el cardenal, o bien si es el caso de no hacer ni una cosa ni otra, de lo cual me daréis alguna respuesta.

En cuanto al caballo, me hacéis reír al recordármelo, porque habréis de pagármelo cuando os lo recuerde yo, y no de otro modo.

Nuestro arzobispo[4] debe haber muerto a estas horas; que Dios tenga su alma y la de todos los suyos. *Adiós*. En Florencia, a los 9 días de abril de 1513.

NICOLÁS MAQUIAVELO, ex secretario

[1] "Yo, que había advertido su palidez, le respondí: —¿Cómo he de ir yo, si tú, que sueles desvanecer mis incertidumbres, te atemorizas?"; son palabras de Dante a Virgilio, *Inferno*, IV, 16-18.

[2] Claro juego de palabras. La lista en que Totto deseaba ser inscrito se llama "rollo".

[3] Francisco Soderini, cardenal de Volterra y hermano de Piero. Había compartido con Nicolás Maquiavelo las vicisitudes de varias embajadas y era padrino de uno de sus hijos.

[4] Cosme dei Pazzi, quien como "todos los suyos" era un símbolo de la oposición a los Médicis.

8. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 9 de abril de 1513

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

NICOLÁS, mi querido compadre. En ocho días he recibido dos vuestras, y aun cuando yo había dicho que no quería ya fantasear, ni discurrir con razones, sin embargo estos nuevos accidentes me han hecho mudar de propósito, pero no puedo hacerlo esta vez porque me apremian, que este mensajero quiere partir; me reservo para hacerlo en otra. Sólo os diré esto, que si es verdadera la tregua entre Francia y España,[1] es preciso y necesario llegar a la conclusión de que el rey católico no es el hombre que se dice en cuanto a astucia y prudencia, o bien que hay allí gato encerrado, y que lo que se ha dicho varias veces les ha entrado a estos príncipes en el cerebro, y que España, Francia y el emperador planean dividirse esta mísera Italia. Y si alguno desmenuzando las cosas dijera que no puede ser, no le creería, y antes me pondría del lado de quien mide más por lo grueso, la cual medida se ha visto en nuestros días acertar muchas veces.

Si no pensase yo en los casos vuestros, no pensaría en los míos, y quiero que os persuadáis de esto: que si os viese aumentado en honor y utilidad, no lo tendría en menos que si a mí mismo me viniese tal beneficio. Y anduve revolviendo entre mí si estará bien hablar de vos al cardenal de Volterra,[2] y resuelvo que no, porque aun cuando él se esfuerza mucho, y goza de la confianza del papa por lo que de afuera se ve, sin embargo tiene a muchos florentinos en su contra, y si hablase por vos no sé si os convendría; y tampoco sé si él lo haría de buen grado, que ya sabéis con cuánta cautela procede. Además de esto, no sé cómo podría yo ser instrumento apto entre vos y él, porque me ha dado alguna buena muestra de amor, pero no como yo habría esperado; y me parece que con haber defendido a Piero Soderini[3] he adquirido con una parte mala gracia y con la otra poco agradecimiento; sin embargo, a mí me basta con haber satisfecho a la ciudad y la amistad que tenía con él, y a mí mismo.

Si yo tengo que permanecer aquí, Pablo será de los Ocho:[4] podréis obtener licencia para venir, y veremos si podemos esforzarnos tanto que podamos llegar a algo; y si no nos resulta, no dejaremos de encontrar a una muchacha que tengo cerca de la casa, y pasar el tiempo con ella; y éste me parece el modo que se ha de tener, y pronto estaremos claros.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

A los 9 días de abril de 1513

---

[1] "El rey de Francia, derrotado al otro lado de los Alpes por ingleses y españoles y expulsado de cuanto tenía en Italia salvo unas pocas fortalezas, teniendo además por enemigo al Emperador, a los suizos y a los venecianos, estaba a punto de ser arrollado por el enorme alud que le había arrojado encima la ira de Julio II, cuando se supo que acababa de firmar [el 1° de abril de 1513] una tregua con España. Fue un suceso de enorme trascendencia y casi increíble: era desatarle las manos para que pudiera asestar sus golpes de este lado de los montes. Poco después se estipuló una alianza entre los venecianos y los franceses, los cuales quedaron así en condiciones de volver a penetrar en Italia para reconquistar el ducado de Milán, que los confederados habían puesto bajo el dominio nominal de Maximiliano Sforza, aunque de hecho eran los suizos los que dominaban en él, puesto que eran sus soldados los que lo ocupaban" (Ridolfi, *Vida*).

[2] Francisco Soderini (véase carta 7).

[3] La intervención de los hermanos Francisco y Pablo Vettori en la mudanza del estado de Florencia en 1512 fue tan destacada como confusa.

[4] Los Ocho de la Guardia, magistratura de Florencia. Como la mayoría de los órganos del gobierno florentino, se nombraba por el número de sus miembros.

9. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Florencia, 16 de abril de 1513

Al magnífico señor Francisco Vettori, embajador florentino ante el sumo pontífice, su protector y benefactor

En Roma

MAGNÍFICO embajador. El sábado pasado os escribí, y bien que no tengo nada que deciros ni que escribiros, no he querido que pase este sábado sin que os escriba.

La brigada, ya sabéis cuál, anda como perdida, porque no hay palomar que nos acoja, y todas las cabezas de ella han tenido un hervor. Tomás[1] se ha puesto raro, huraño, fastidioso, mezquino, tanto que a vuestro regreso os parecerá encontrar otro hombre; y quiero deciros lo que me ha pasado. La semana pasada compró siete libras de ternera, y la mandó a casa de Marione. Después, pareciéndole que había gastado demasiado, y queriendo hallar quien concurriese en el gasto, andaba limosneando quien fuese a comer con él. Por lo tanto, movido por la compasión, fui con otros dos, los cuales además le conseguí yo. Comimos, y viniendo a hacer la cuenta tocaron 14 céntimos a cada uno. Yo no tenía conmigo más que 10: le quedaron cuatro céntimos por recibir de mí, y todos los días me los pide, y aun anoche hizo cuestión conmigo sobre ello en el Ponte Vecchio. No sé si os parecerá que está errado, pero esto es una fábula al lado de las demás cosas que hace.

A Jerónimo del Guanto se le murió la mujer, y estuvo dos o tres días como un pez extraviado; después se ha repuesto, y quiere tomar otra mujer, y todas las tardes nos pasamos en el banco de los Capponi hablando de ese matrimonio. El conde Orlando fue arruinado de nuevo por un muchacho artero y no se consigue una copia. Donato[2] ha abierto otra tienda del cuerno donde hacen palomas, y todo el día está yendo y viniendo de la vieja a la nueva y anda como idiotizado, y se va ya con Vicente, ya con Pedro, ya con ese mozo suyo, ya con otro; sin embargo nunca he visto que esté enojado con el Riccio. No sé ya de dónde viene esto; hay quien cree que para él sería más apropiado otro que la suerte; yo por mí no sabría hallarle explicación. Felipe de Banco ha vuelto a Florencia y se queja terriblemente del Brancaccino,[3] pero en general, y por ahora no ha venido a ningún particular; si llega os avisaré, a fin de que podáis advertirlo.

Però se alcuna volta io rido o canto
Follo perché non ho se non quest'una
Via da sfogare il mio acerbo pianto.[4]

Si es verdad que Jacobo Salviati y Mateo Strozzi[5] han obtenido su licencia, vos quedaréis ahí como persona pública; y puesto que Jacobo no queda ahí, no veo quién pueda quedar, para

mandaros a vos; de modo que yo supongo que os quedaréis ahí cuanto queráis. La magnificencia de Juliano[6] irá allí, y la hallaréis naturalmente dispuesta a complacerme, y al cardenal de Volterra lo mismo; de modo que no puedo creer que, manejándose mi caso con cierta destreza, no logre yo ser empleado en algo, si no por cuenta de Florencia, al menos por cuenta de Roma y el papado, en cuyo caso debería ser yo menos sospechoso; y si sé que vos quedáis ahí, y si os parece bien, pues de otro modo no me movería, y de poder hacerlo sin que me perjudique aquí, yo me iría para allá; y no puedo creer, si la santidad de nuestro señor empezase a emplearme, que no hiciese yo bien a mí mismo, y utilidad y honor a todos mis amigos.

No os escribo esto porque desee yo demasiado las cosas, ni porque quiera que os toméis por amor mío una carga, ni una incomodidad, ni un gasto, ni padecimiento alguno, sino para que conozcáis mi ánimo, y de poder ayudarme sepáis que todo bien mío será siempre vuestro y de vuestra casa, de la cual reconozco proceder todo lo que me ha quedado. A los 16 días de abril de 1513.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Tomás del Bene. Del 21 de marzo al 21 de abril Nicolás Maquiavelo estuvo explicando a los nuevos oficiales su manejo de los fondos de la Ordenanza. En julio de 1513 las autoridades reconocerán haberle cargado 79 florines de más por estas fechas.

[2] Donato del Corno. Lo que sigue son juegos de palabras y alusiones hoy incomprensibles.

[3] Felipe Casavecchia y Juliano Brancacci.

[4] “Pero si alguna vez yo río o canto, lo hago porque no tengo sino esa vía para desahogar mi amargo llanto”: Petrarca, *Rime*, son. 81, V. 12-14. Nicolás Maquiavelo cita generalmente de memoria y a menudo con alteraciones; el último verso dice en realidad *via da celare il mio angoscioso pianto*: “vía para ocultar mi angustioso llanto”.

[5] Los predecesores de Vettori en la embajada romana.

[6] Juliano de Médicis.

10. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 21 de abril de 1513

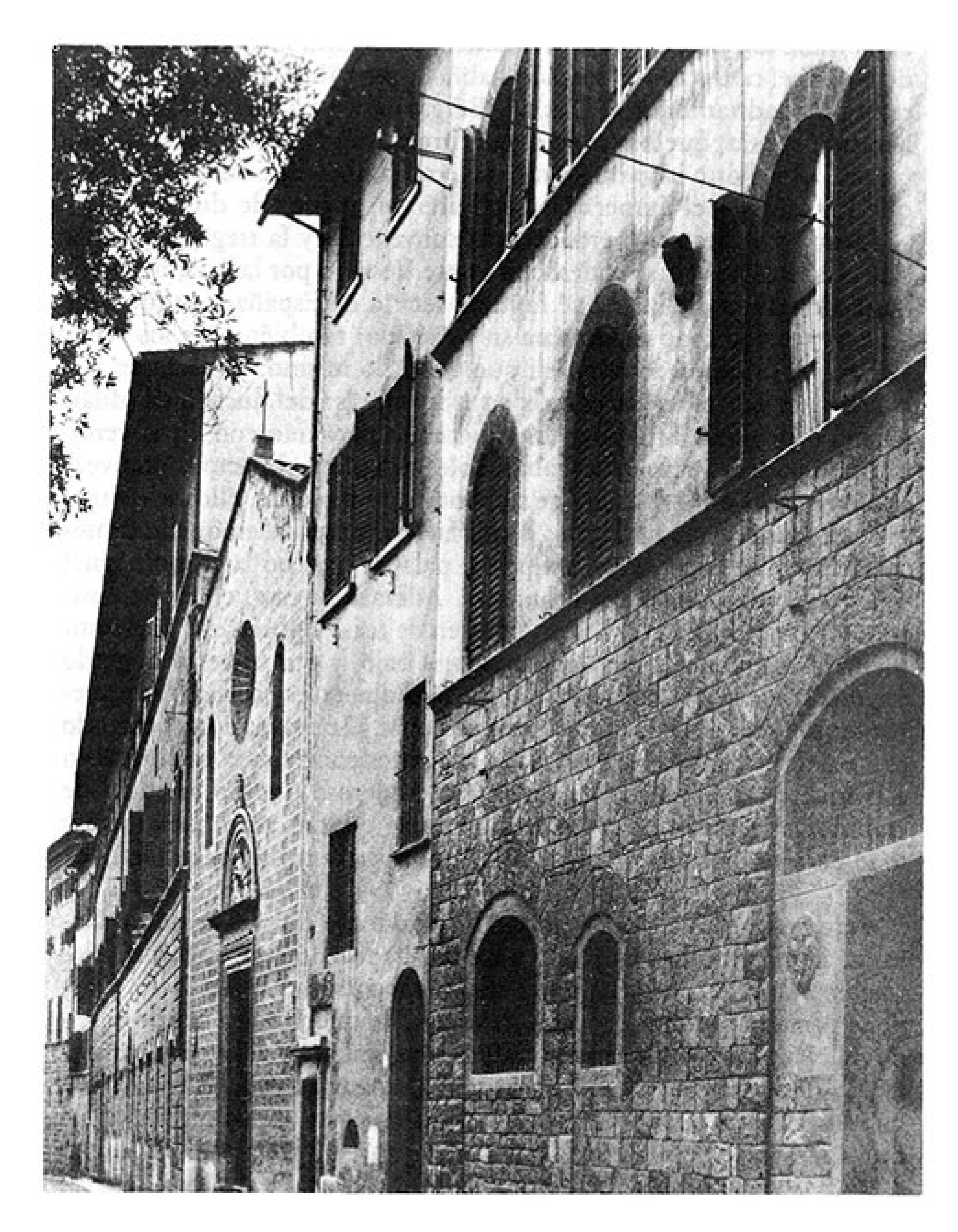
Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

DESPERTÉ esta mañana a buena hora, e inmediatamente comencé a pensar que nos han asignado cuatro florines[1] de impuesto a mis hermanos y a mí, y otros cuatro a nuestro Bernardo, que son demasiados, máxime considerando los impuestos fijados a mayores riquezas cuán bajos son; y examinando mi estado quedo en esto confundido. No hago comercio de ninguna clase, las entradas que tengo apenas bastan para mi sustento, tengo hijas mujeres que necesitan dote, en el estado no he actuado de modo que haya sacado algo, no muestro ni en el vestir ni en otra cosa suntuosidad evidente, sino más bien modestia; tampoco puede decirse que sea yo avaro de modo que por esa vía pueda reunir dinero, porque si tengo que pagarle a alguien, no quiero que tenga que pedírmelo; si compro algo, siempre lo compro por más que los demás. Se me podría decir que los han impuesto con base en la opinión de que Bernardo es rico y sin hijos, y por los negocios que ven hacer a mis hermanos. Esto por cierto no debería perjudicarme a mí, y si tenían esa fantasía, debían repartir mejor los impuestos. Yo nunca ofendí a nadie ni de hecho ni de palabra, ni en público ni en privado, y en estos oficiales especialmente tenía tanta confianza, que en todo me habría remitido a su juicio. Y me resuelvo en esto: que el haberse empeñado Pablo con buen resultado en sacar al *gonfaloniere* del palacio, y yo por salvarlo en cuanto pude,[2] nos perjudica grandemente, porque todos los que eran amigos de aquel estado quieren mal a Pablo, en lo que si se entiende bien la verdad están equivocados; todos los que son amigos de éste me quieren mal a mí, pareciéndoles que si Piero Soderini hubiera muerto no les podría causar molestia alguna; y pensando así, suponía que habían de maltratarme en los impuestos y en todo, de modo que me aparté de ese pensamiento. Y entré en esta gran girándula de acuerdos y treguas que en estos días han sucedido, y no podía ordenármelas en el cerebro, partiendo de estas dos premisas: la primera, que los venecianos habían hecho acuerdo con Francia de estar prontos a mediados de mayo con 1 000 lanzas y 1 200 caballos ligeros, y 10 000 infantes, y en ese momento el rey debía mandar a Italia 1 000 lanzas y 10 000 infantes, para hacer la guerra al estado de Milán, el cual una vez tomado había de ser para Francia, y los venecianos obtendrían Brescia, Crema y Bérgamo, y a cambio de Cremona, Mantua; la otra, que hay una tregua firme entre Francia y España, por un solo año al otro lado de los montes, con promesa hecha por España, que Inglaterra y el emperador ratificarán en menos de dos meses.

Dando por firmes y verdaderas la convención y la tregua, quisiera que pudiéramos ir juntos desde el Ponte Vecchio por la calle de Bardi hasta Cestello y discurrir qué fantasía será la de España, porque para Francia veo casi todo fijado para su beneficio; también para los

venecianos, reducidos al término en que están, lo mismo; y bien que podría decirse que el rey de Francia en esta empresa del ducado de Milán ganará o perderá: si pierde, los venecianos perderán con él, si vence quedará poderosísimo, y no habiéndoles cumplido el pacto la otra vez, hará lo mismo ésta. A lo cual se responde que si pierde, ellos se reducirán a defender Padua y Treviso como suelen, y presumen que lo conseguirán; si vence, quizá les cumpla su palabra, y si no la cumple igual defenderán Padua y Treviso contra él. Además de esto, ellos se consumen y, como decimos nosotros, mueren de tisis, y quien está acostumbrado a ser grande, mal puede quedarse bajo, y por volver a su grado se pone en peligro. De este modo será fácil que en pocos días readquieran tanto los estados perdidos como el honor y la reputación; y estando con esa fiebre, como han estado ya tres años continuos,[3] se conducen a la muerte. Y si el rey llega a ser tan poderoso que no se cuida de cumplirles lo pactado, es de presumir que estarán acompañados por todo el resto de Italia, y esa común miseria hará más soportable la de ellos.

Pero vengamos a España, el cual[4] ha tomado todo el reino de Navarra, ha defendido Pamplona y ha mostrado antes ser superior a los franceses que lo contrario; entró en guerra contra ellos en Italia fuera de lo pactado por temor, según ha dicho, de que Francia ocupe el reino de Nápoles y después toda Italia, y sin embargo después hace una tregua donde no hay para él más que daño, aun cuando es tenido por hombre experto y astuto. Y como nosotros no sabemos bien, por las cartas raras e inciertos avisos que nos llegan, si al presente está débil o gallardo, se puede decir que si está gallardo no juega racionalmente al dejar crecer al enemigo, cuando lo ha reducido a término de poder imponerle condiciones; si está débil, no puede sostener la guerra, e Inglaterra y el emperador le fallan, debía aceptar un acuerdo por todo y darle el estado de Milán, que por el ejército que tiene allí se puede decir que está en sus manos, y Francia habría reconocido debérselo a él y no necesitaba hacer un acuerdo con los venecianos, ni mandar a Lombardía un ejército que mete miedo al resto de Italia, ni hacía falta que gastara, y le daba fe de no proceder más allá. Pero de este modo conduce un ejército a Italia, toma el estado por la fuerza, se vuelve por la victoria insolente, no tiene obligación con él, se acuerda de las injurias, no le ha dado fe ninguna, y terminada la tregua podrá razonablemente ofenderlo, vengarse, privarlo del reino de Nápoles y después del de Castilla.



La calle de Bardi, hoy como en 1513.

Dirá alguno: el rey de España ha adquirido en esta guerra el reino de Navarra, cosa que mucho deseaba, y que le defiende toda España, y mientras que antes todo el día estaba temiendo que los franceses con esa adhesión no le saltaran encima fácilmente, ahora los franceses deben temer que él a su placer no pueda atacar Francia; y considerando que no es él tan poderoso que pueda atender a los gastos de un ejército en Francia y otro en Italia, ha querido con esta tregua librarse de la guerra de casa, y todo lo que necesitaba gastar en dos partes lo hará en una, de modo que el ejército suyo en Italia será gallardo. Además de esto, el duque de Milán,[5] los suizos, el papa con sus adherentes, considerando el peligro que corren si Francia triunfa en Lombardía, todos ayudarán a su ejército, con dinero y con gente, de modo que Francia quedará con vergüenza, y él mientras tanto habrá consolidado el reino de Navarra y después llegará a alguna composición.

Si el rey católico lo entendiese así, os confieso que no lo estimaría de la prudencia que lo he juzgado hasta ahora, porque bien puede haber entendido por la experiencia del año pasado que su ejército no es para dar batalla a los franceses, máxime teniendo a sueldo muchos infantes alemanes, como tiene; puede saber también que el estado de Milán ha sido recorrido, arruinado, quemado y saqueado por los suizos y por el ejército de él; puede presumir que los hombres de allí están muy descontentos y desean un cambio; puede creer que en ese estado hay poquísimo dinero por las razones dichas, y que ese poco no lo puede obtener el duque por ser joven, y en el estado nuevo y débil. Los suizos no se moverán si no les dan dinero. El papa y otros ligados a él, sabiendo de esta tregua y no sabiendo la causa por que ha sido hecha, estarán en suspenso y tendrán poca fe en su majestad, y buscarán más bien el acuerdo con Francia. Los venecianos atacarán ese estado por su cuenta; las fortalezas buenas las tienen partidarios de Francia; Génova está descontenta; de modo que puede estimarse que cuando Francia vuelva los ojos hacia Italia, al puro ruido el ejército español se marchará inmediatamente, y todas las plazas fuertes de Lombardía se sublevarán y el nuevo duque huirá. Tampoco puede fundamentarse que el emperador haya de temer a los venecianos, porque ha dado de sí signos tan evidentes, que no sólo el rey de España que es tenido por tan sagaz, sino cualquier ingenio obtuso debería ver claro lo que su majestad puede hacer. Y por eso, compadre, es necesario que aquí haya por debajo algo que no se ve; y yo me quedé en cama dos horas más de lo acostumbrado para averiguar qué podría ser, y finalmente no me resolví por nada. Me levanté y escribí, para que cuando os venga bien me digáis cuál creéis vos que haya sido la fantasía de España sobre esta tregua, y yo aprobaré vuestro juicio porque, para deciros la verdad sin adulación, lo he hallado en estas cosas más firme que el de ningún otro hombre con quien haya hablado; y a vos me encomiendo.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

El día 21 de abril de 1513

P. S. Esta carta no la copié por no cansarme, y sé que leéis tan bien que la entenderéis.

---

[1] Sobre las monedas, véase la Advertencia, pp. 17-18.

[2] De nuevo se refiere a los hechos de septiembre de 1512.

[3] Desde la batalla de Agnadello (14 de mayo de 1509), en que la Serenísima (después de haberse extendido rápidamente en los años anteriores) fue derrotada por una coalición organizada por el papa Julio II y formada por el emperador, los reyes de Francia, Inglaterra, España y Hungría, y los señores de Ferrara, Urbino y Mantua.

[4] Fernando el Católico. Usa el nombre del país para designar al rey.

[5] Maximiliano Sforza (1493-1530).

11. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 29 de abril de 1513

Jesús María

Magnífico embajador, el más respetable de los hombres. Yo en medio de todas mis felicidades no tuve nunca cosa que me deleitase tanto como vuestros razonamientos, porque de ellos siempre aprendía algo; pensad pues, hallándome ahora alejado de todos los demás bienes, cuán grata me habrá sido vuestra carta, a la cual no le faltaba otra cosa que la presencia vuestra y el sonido de la viva voz; y mientras la leía, que la leí varias veces, siempre olvidaba las infelices condiciones mías, y parecíame haber vuelto a aquellos ejercicios en que en vano soporté tantas fatigas y gasté tanto tiempo. Y bien que haya hecho voto de no pensar más en cosas de estado ni hablar de ellas, de lo que da fe el haberme venido a la quinta y huir de toda conversación humana, sin embargo para responder a vuestras preguntas me veo forzado a romper todos los votos, porque creo estar más obligado a la antigua amistad que tengo con vos, que a ninguna otra obligación que hubiese contraído con persona alguna, máxime haciéndome vos tanto honor como al final de esa carta me hacéis que, a decir verdad, me ha causado un poco de vanagloria, si es cierto que *no es poca cosa ser alabado por un hombre alabado*. Mucho me temo que mis cosas han de pareceros de sabor antiguo, lo que quiero me excuséis por haber abandonado mi pensamiento estas prácticas del todo, y luego por no conocer algunos detalles de las cosas que corren. Ya sabéis cuán bien se pueden juzgar a oscuras las cosas, y máxime éstas; con todo, lo que os diré se fundará, o en el fundamento de vuestro discurso, o en suposiciones mías, las cuales si son falsas pido que se me excuse por la razón dicha.

Vos quisierais saber qué creo yo que movió al rey de España a hacer esa tregua con Francia, pues no os parece que haya de beneficiarlo, considerando la cosa en todos los aspectos; de modo que, juzgando por un lado sabio al rey, pareciéndoos por el otro que ha cometido un error, os veis forzado a creer que esconde algo grande, que por ahora ni vos ni nadie más conocéis. Y verdaderamente vuestro discurso no podría ser ni más minucioso ni más prudente, y no creo que en esta materia se pueda decir más. Con todo, para parecer vivo y obedeceros, diré lo que se me ocurre. A mí me parece que nada os tiene tan en suspenso como la suposición previa que hacéis de la prudencia de España. A lo cual yo os respondo que a mí España siempre me pareció más astuto y afortunado que sabio y prudente. No quiero volver a repetir extensamente sus cosas, sino pasar a esta empresa hecha contra Francia en Italia, antes que Inglaterra se moviese o él supiese con certeza que se iba a mover,[1] en cuya empresa me pareció y me parece, aun cuando tuvo el fin contrario, que ponía en peligro sus estados sin necesidad, lo cual es gran temeridad en un príncipe. Digo sin necesidad, porque él había visto

los signos del año anterior; que después de tantas injurias que el papa había hecho a Francia, como atacar a sus amigos, haber tratado de hacer que se le rebelase Génova y eso, después de tantas provocaciones que él le había hecho a Francia, como mandar sus tropas con las de la Iglesia en perjuicio de sus recomendados, sin embargo al quedar Francia con la victoria, que había hecho huir al papa y le había quitado todos sus ejércitos, y podía expulsarlo de Roma, y a España de Nápoles, no quiso hacerlo, y volvió en cambio el ánimo al acuerdo; por lo cual España no podía temer a Francia; y no es sabia la razón que se alega por él, de que lo hizo para asegurarse el reino,[2] viendo que Francia no había vuelto su ánimo a él por ser débil y lleno de escrúpulos. Y si España dijese: Francia no se adelantó entonces porque tuvo tal y cual temor, que otra vez no los habría tenido, respondo que todos los temores que tuvo entonces eran para tenerlos siempre, porque siempre debía el papa no querer que Nápoles volviese a Francia, y siempre debía Francia temer que el papa y las demás potencias no fuesen a unirse al verlo a él ambicioso. Y si alguien dijese: España temía que si no se unía al papa para hacerle la guerra a Francia, el papa de rabia se uniese con Francia para hacerle la guerra a él, siendo el papa el hombre impetuoso y endiablado que era, y por eso se vio forzado a tomar ese partido, a eso respondería que Francia siempre se habría puesto de acuerdo antes con España que con el papa, en caso de que en aquellos tiempos hubiera podido ponerse de acuerdo con uno o con otro, tanto porque por entonces Francia se sentía sumamente agraviado por el papa,[3] y por satisfacer a su iglesia con el Concilio[4] siempre habría abandonado al papa; de modo que a mí me parece que en aquellos tiempos España podía ser o mediador de una paz firme, o compositor de un acuerdo seguro para él. Sin embargo dejó de lado todos esos partidos y escogió la guerra, por la cual podía temer que en una batalla se fueran sus estados todos, como lo temió cuando la perdió en Ravena, que inmediatamente después de la nueva de la derrota ordenó mandar a Consalvo[5] a Nápoles, que para él ese reino estaba como perdido, y el estado de Castilla le temblaba bajo los pies. Y no debe haber pensado nunca que los suizos habían de vengarlo y asegurarlo, y devolverle la reputación perdida, como sucedió; de modo que si consideráis toda aquella acción y los manejos de aquellas cosas, veréis en el rey de España astucia y buena fortuna, antes que saber o prudencia; y yo cuando veo que alguien comete un error, supongo que comete mil; y nunca creeré que bajo este partido tomado ahora por él pueda haber otra cosa que lo que se ve, porque no bebo nombres, ni quiero que en estas cosas me mueva ninguna autoridad sin razón. Por lo tanto yo quiero concluir que España puede haber errado, y haber entendido mal y resuelto peor.

Pero dejemos esta parte y hagámoslo prudente, y discurramos este partido como de un sabio. Me parece que para hacer tal suposición y descubrir rectamente la verdad de la cosa, se necesitaría saber si esta tregua se hizo después de la muerte del pontífice y asunción del nuevo o antes, porque quizá haría alguna diferencia. Pero como no lo sé, supondré que se hizo antes. Si preguntase pues qué querríais vos que hubiese hecho España, hallándose en los términos en que se hallaba, me responderíais lo que escribís: es decir, que hubiese hecho en todo la paz con Francia, devolviéndole Lombardía, para tenerlo obligado con él y para quitarle razón de conducir armas a Italia, y por esa vía asegurarse de él. A lo cual yo respondo que si se discurre bien esto, se debe notar que España hizo esa empresa contra Francia por la esperanza

que tenía de derrotarlo, poniendo en el papa, en Inglaterra y en el emperador más confianza de lo que después en los hechos se vio que podía: porque del papa suponía sacar mucho dinero; creía que el emperador haría una gallarda ofensiva contra Borgoña, y que Inglaterra, siendo joven y lleno de dinero, y razonablemente codicioso de gloria, en cuanto él se embarcase debía venir con gran fuerza, de tal modo que Francia, tanto en Italia como en su casa, tendría que aceptar las condiciones de él; de las cuales cosas no le resultó ninguna, porque al papa le sacó dinero al principio y con dificultad, y en estos últimos tiempos no sólo no le daba dinero sino que todos los días trataba de arruinarlo, y obraba cosas contra él; del emperador no salió otra cosa que los viajes de monseñor de Gurck y evasivas, incumplimientos y rabietas; de Inglaterra, gente débil incompatible con la suya. De modo que, si no fuera por la adquisición de Navarra, que se hizo antes que Francia estuviese en campaña, uno y otro de aquellos ejércitos habrían quedado muy mal, pues no sacaron sino vergüenza, porque uno no salió nunca de los bosques de Fuenterrabía, el otro se retiró a Pamplona y con dificultad la defendió; de modo que, hallándose España débil en medio de esa confusión de amigos, de los cuales no podía esperar nada mejor, antes debía temer cada día algo peor, porque todos tenían todos los días estrechas pláticas de acuerdo con Francia, y viendo por otra parte que Francia soportaba el gasto, había pactado con los venecianos y tenía esperanzas en los suizos, juzgó que era mejor llegar él a un acuerdo con el rey del modo que pudiera, que estar en tanta incertidumbre y confusión, y en un gasto para él insoportable, porque he oído de buena fuente que alguien que está en España[6] escribe que allá no hay dineros ni orden para haberlos, y que el ejército suyo tiene solamente forzados, los cuales además empiezan a no obedecerle. Y creo que lo que planeaba con esta tregua era o hacer conocer a los aliados su error, y que quedaran más dispuestos a la guerra, habiendo prometido la ratificación, etcétera, o quitarse la guerra de casa y salir de tanto gasto y peligro: que si a su tiempo lo de Pamplona hubiera resultado[7] él perdía Castilla de todos modos. Y en cuanto a las cosas de Italia, España podría, quizá más de lo razonable, confiar en su gente; pero no creo ya que confíe ni en los suizos, ni en el papa, ni en el emperador más de lo necesario, ni que piense que acá el comer enseña a beber a él y a los demás italianos. Y creo que no hizo con Francia acuerdo más estrecho de darle el ducado, primero por no haberlo encontrado dispuesto, y también por no haberlo juzgado partido útil para él; yo creo que Francia no lo habría hecho por no confiar en él ni en sus armas, porque habría creído que España lo hacía, no por hacer un acuerdo con él, sino para arruinarle sus acuerdos con los otros.

En cuanto a España, por ahora no veo para él, en la paz, ninguna utilidad, porque Francia se hacía poderosa en Italia de todos modos, como quiera que le corriesen las cosas en Lombardía. Y si para adquirirla podían bastarle las armas españolas, para mantenerla tenía que mandar las suyas, y en gran cantidad, las cuales podían provocar en los italianos y en España las mismas sospechas que darán a quienes viniesen a adquirirla por la fuerza; y de la fe y de las obligaciones hoy no se hace caso, así que España por esa razón no veía en ello seguridad, y por otra parte veía pérdida, porque o hacía esa paz con Francia con el consenso de los confederados, o no: de querer hacerla con el consenso, la juzgaba imposible, por ser imposible poner de acuerdo al papa, Francia, los venecianos y el emperador. Teniendo pues

que hacerla contra el consenso de ellos, veía para él pérdida manifiesta, porque se habría asociado, haciéndolo poderoso, a un rey que cada vez que tuviera ocasión se acordaría más de las viejas injurias que de los beneficios nuevos, y habría irritado contra él a todos los poderosos de Italia y de fuera, porque, habiendo sido él solo el provocador de todos contra Francia, dejarlos después habría sido injuria demasiado grande. Por lo cual de esa paz hecha como vos quisierais él veía surgir la grandeza de Francia cierta, la furia de los confederados contra él cierta, y la lealtad de Francia dudosa: y ésta era lo único que tenía para apoyarse, pues tras haber hecho poderoso a Francia irritando a los demás, por fuerza tenía que quedarse con él, y los hombres sabios no se entregan nunca, salvo por necesidad, a discreción de otro. Por lo cual yo concluyo que tomó el partido más seguro al hacer la tregua, porque con ella demuestra a los aliados su error; hace que no puedan quejarse, dándoles tiempo para ratificarla; se quita la guerra de casa; pone en disputa y en confusión de nuevo las cosas de Italia, donde ve que todavía hay materia por deshacer y hueso por roer. Y como dije antes, ¿espera que el comer enseñe a beber a todos? Pues ha de creer que al papa, al emperador y a los suizos les tiene que desagradar la grandeza de los venecianos y de Francia en Italia, y si no son bastantes para contenerlos que no ocupen la Lombardía, juzga que con él serán bastantes para contenerlos que no vayan más allá, y cree que por eso el papa habrá de arrojársele al regazo, porque puede presumir que el papa no puede hacer acuerdo con los venecianos ni con sus adherentes sobre las cosas de Romaña.[8] Y así con esta tregua él ve dudosa la victoria de Francia, no tiene que fiarse de él, y no tiene que temer los cambios de opinión de los confederados, porque el emperador e Inglaterra la ratificarán o no: si la ratifican, pensarán que esta tregua beneficiará a todos; si no la ratifican, deberían quedar mejor dispuestos para la guerra, y con otras fuerzas que el año pasado atacar a Francia, y en cualquiera de esos dos casos España logra su intento. Digo de nuevo, pues, que el fin de España fue ése: o bien obligar al emperador y a Inglaterra a hacer la guerra de verdad, o con la reputación de ellos, por otros medios que las armas, tornar la situación ventajosa para él; y en cualquier otro partido veía más peligro, siguiendo la guerra o haciendo la paz, y por eso tomó una vía de en medio, de la cual podía nacer o guerra o paz.

Si habéis observado los consejos y los progresos de este católico rey os maravillaréis menos de esta tregua. Este rey, como sabéis, de escasa y débil fortuna ha venido a esta grandeza, y siempre ha tenido que combatir con estados nuevos y súbditos dudosos, y uno de los modos con que los estados nuevos se mantienen, y los ánimos dudosos o se afirman o se mantienen suspensos e irresolutos, es dar de sí gran expectativa, teniendo siempre a los hombres con el ánimo elevado considerando el fin que habrán de tener los partidos y las empresas nuevas. Esa necesidad este rey la ha conocido y la ha usado bien; de ahí surgieron los ataques a África, la división del reino,[9] y todas esas otras varias empresas cuyo fin no se ve, porque el fin de él no es tanto esto o aquello, o aquella victoria, como el darse reputación en los pueblos, y tenerlos suspensos con la multiplicidad de los principios. Y por eso él ha sido siempre animoso dador de principios, a los cuales después da el fin que la suerte le pone delante o que la necesidad le enseña: y hasta aquí no ha podido dolerse ni de la suerte ni del ánimo. Pruebo esta opinión mía con la división que hizo con Francia del reino de Nápoles, de

la cual tenía que creer cierto que había de nacer una guerra entre él y Francia, sin ver su fin ni a mil millas, y no podía creer que había de derrotarlo en Apulia, en Calabria y en el Garigliano, pero a él le bastó empezar, para darse esa reputación, esperando salir adelante o con fortuna o con arte, y siempre, mientras viva, irá de trabajo en trabajo, sin considerar de otro modo el fin.

Todas las cosas dichas las he discurrido presuponiendo la vida de Julio; pero en caso de que hubiera sabido la muerte de uno y vida del otro, creo que habría hecho lo mismo; porque si en Julio no podía confiar por ser inestable, precipitado, furioso y mezquino, en éste no puede poner esperanzas extraordinarias por ser sabio. Y si España tiene prudencia, no han de moverlo los compromisos contraídos *antes de ser papa*, porque entonces él obedecía, mientras que ahora manda; jugaba lo de otros, ahora juega lo suyo; lo beneficiaba la guerra, ahora lo sirve la paz. Y debe creer España que la santidad de nuestra señoría no quiera mezclar *entre cristianos* sus armas, *a no ser forzado*, y no creo que ninguno se atreva a forzarlo.

Yo sé que esta carta ha de pareceros una pastinaca,[10] y no del sabor que creíais. Excúseme el estar yo con el ánimo ajeno a todas estas pláticas, como lo prueba el haberme venido a la quinta y alejado de todo rostro humano, y el no saber las cosas que suceden alrededor, de modo que tengo que discurrir a oscuras, y he fundado todo en los avisos que vos me dais. Por eso os ruego me tengáis por excusado; y encomendadme a todos por allá, y en especial a vuestro Pablo, si no ha partido todavía.

Vuestro compadre N. M.

De Florencia, el día 29 de abril de 1513

---

[1] Inglaterra entrará en la guerra en junio de 1513. Con esta carta estamos ya de lleno en el ambiente y el tono de *El príncipe*. Véase al respecto el notable estudio de Federico Chabod “Sobre la composición de *El príncipe*”, en *Escritos sobre Maquiavelo*.

[2] El reino de Nápoles.

[3] Por el viraje de Julio II y la formación de la Liga antifrancesa.

[4] El Concilio de Pisa, que también respondió a ciertas aspiraciones autonomistas del clero francés.

[5] Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado en Italia Consalvo Ferrante.

[6] Presumiblemente Francisco Guicciardini, quien había sido enviado como embajador de Florencia a Fernando en los primeros días de 1512.

[7] La ofensiva francesa.

[8] A la muerte de César Borgia, Venecia se había apresurado a ocupar varias ciudades que Alejandro VI había dado a su hijo; Julio II trataba desde entonces de recuperarlas.

[9] La división del reino de Nápoles pactada con Luis XII en 1501.

[10] La pastinaca es un pez con fama de ser igual por ambos extremos, es decir, sin pies ni cabeza.

12. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 20 de junio de 1513

Al magnífico embajador ante el sumo pontífice Francisco Vettori

En Roma

MAGNÍFICO embajador. Os escribí hace varias semanas en respuesta a un discurso vuestro sobre la tregua hecha entre Francia y España. No he tenido después carta vuestra, ni yo os he escrito, porque sabiendo que estabais por volver, esperaba a hablaros personalmente. Pero enterándome ahora de que vuestro regreso se ha postergado, y por ventura tendréis que permanecer algunos días más por allá, he pensado revisitaros con esta carta, y discurrir en ella todas las cosas que discurriría si estuvieseis aquí. Y si bien tengo que imaginar, por estar alejado de los secretos y de los asuntos, no creo que alguna opinión que tenga de las cosas pueda hacer daño, ni a mí por decírosla ni a vos por oírmela.

Habéis visto qué desenlace ha tenido por ahora la empresa que Francia ha hecho en Italia,[1] el cual ha sido contrario a todo lo que se esperaba, o más bien se temía, por los más; y puédese este evento inscribir entre las otras grandes felicidades que ha tenido la Santidad del papa y esa magnífica casa. Y como creo que el oficio de un prudente es en todo momento pensar en lo que pudiera perjudicarlo y prever las cosas de lejos, y favorecer el bien y al mal oponerse a buena hora, me he puesto en la persona del papa y he examinado minuciosamente lo que podría yo temer ahora, y qué remedios le pondría, los cuales os escribiré, remitiéndome al discurso de quienes pueden hacerlo mejor que yo, por conocer las cosas más a punto.

A mí me parecería, si yo fuese el pontífice, estar totalmente basado en la fortuna, hasta tanto no se hubiese hecho un acuerdo por el cual hubiesen de dejarse las armas, del todo o en la mayor parte. Y no me parecería estar seguro de los españoles, mientras tuvieran en Italia menos temores de los que tienen ahora; ni seguro de los suizos, mientras no tuviesen que tener respeto a Francia o a España; ni de ningún otro que fuese demasiado poderoso en Italia. Así, por el contrario, no temería a Francia, mientras se quede del otro lado de los montes, o si volviese a Lombardía de acuerdo conmigo. Y pensando en el presente en qué punto están las cosas, me parecería tan dudoso un nuevo acuerdo como una nueva guerra. En cuanto a la guerra que me hiciese volver aquellas aprensiones en que estábamos hace unos días, por ahora no hay otro temor que el de que Francia obtuviese una gran victoria sobre los ingleses. En cuanto al acuerdo, sería el de que Francia pactase con Inglaterra o con España sin mí. Y pensando si el acuerdo con Inglaterra es fácil o no, e igualmente el acuerdo con España, juzgo que si el de Inglaterra es difícil, el de España es posible y razonable; y si no se pone atención, mucho temo no le caiga encima a alguien, como cayó la tregua entre ellos. Las razones que me mueven son éstas. Yo creí siempre y creo que a España le agradaba y le agrada ver al rey de

Francia fuera de Italia, pero siempre que con sus armas y con reputación suya propia pudiera expulsarlo, y no creo que la victoria que el año pasado tuvieron los suizos sobre Francia le supiese nada bien. Esta opinión mía se funda en algo razonable, porque quedan el papa y los suizos demasiado potentes en Italia, y por alguna relación me he enterado de que España se quejó incluso del papa, pareciéndole que había dado a los suizos demasiada autoridad, y entre las razones que le hicieron hacer la tregua con Francia creo que estuvo ésa. Ahora, si aquella primera victoria le disgustó, esta segunda que han tenido los suizos creo que le gustará menos, porque ve que él en Italia está solo, ve allí a los suizos con gran reputación, ve un papa joven, rico y razonablemente deseoso de gloria y de no dar de sí menos prueba que han dado sus antecesores, lo ve con hermanos y sobrinos sin estado. Debe por lo tanto razonablemente temer de él, no se acerque a los suizos y le quiten lo suyo; y no puede ver que haya muchos obstáculos para ello, si el papa quisiese hacerlo. Y él no puede proveer más seguramente que haciendo un acuerdo con Francia, donde fácilmente se ganaría Navarra, y daría a Francia un estado difícil de conservar por la proximidad de los suizos;[2] y a los suizos les quitaría el pasaje para entrar fácilmente a Italia, y al papa la comodidad de poder valerse de ellos; el cual acuerdo, hallándose Francia en los términos en que se halla, debería ser no rechazado sino buscado por él.

Por lo tanto, si yo fuese el pontífice, juzgando que esto pudiese acontecer, yo querría o impedirlo o estar a la cabeza; y me parece a mí que las cosas se encuentran en término en que fácilmente se podría concluir una paz entre Francia y España, el papa y los venecianos. No incluyo a los suizos, ni al emperador ni a Inglaterra, porque juzgo que Inglaterra seguirá la opinión de España, y no veo cómo el emperador podría estar de acuerdo con los venecianos, ni cómo podría Francia convenir con los suizos; por eso los dejo de lado, y me ocupo de aquellos entre los cuales el acuerdo puede ser más soportable. Y me parecería que tal acuerdo les convendría mucho a esos cuatro: porque a los venecianos debería bastarles con gozar de Verona, Vicenza, Padua y Treviso; al rey de Francia, la Lombardía; al papa lo suyo, y a España el Reino. Y haciendo esto se agraviaría solamente a un duque de Milán postizo, y a los suizos y al emperador, los cuales se lanzarían sobre Francia, y él, para cuidarse de ellos, tendría que tener siempre la coraza puesta, con lo cual todos estarían seguros de él, y los demás se vigilarían uno al otro. Por lo tanto yo veo en este acuerdo seguridad grande y facilidad, porque entre ellos habría un miedo común a los alemanes, que sería el cemento que los mantendría unidos, y no habría entre ellos causa de querellas, salvo en los venecianos, que tendrían que resignarse.

Pero mirándolo de otro modo, yo no veo seguridad ninguna, porque soy de opinión, y no creo engañarme, que en cuanto el rey de Francia muera él pensará en la empresa de Lombardía, y eso será siempre causa de tener las armas en puño; sin lo cual, creo que España de todos modos cederá ante estos otros, y si la primera victoria de los suizos le hizo hacer una tregua, esta segunda le hará hacer la paz, y no estimo pláticas que tenga, ni cosas que diga, ni promesas que haga; la cual paz, si la hiciese, sería peligrosísima, de hacerla sin participación de otros. *Adiós. De Florencia, el día 20 de junio de 1513.*

---

[1] Las hostilidades se habían reanudado poco después con el paso a Italia de Luis XII, quien reconquistó Milán y de inmediato lo volvió a perder. El 6 de junio de 1513 los franceses sufrieron una aplastante derrota cerca de Novara, por obra de los suizos.

[2] Milán.

13. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI

Florencia, 26 de junio de 1513

Al señor Juan de Francisco Vernacci[1]

En Constantinopla

QUERIDÍSIMO Juan. He recibido varias cartas tuyas, y últimamente una de abril pasado, por la cual y por las otras te quejas de no recibir cartas mías; a lo cual te respondo que después de tu partida tuve tantos problemas, que no es maravilla que no te haya escrito, antes más bien es un milagro que esté yo vivo, porque me han quitado el cargo y he estado por perder la vida, la cual Dios y mi inocencia me han salvado; todos los demás males, de prisión y otros, los he soportado; con todo estoy, con la gracia de Dios, bien, y voy viviendo como puedo, y así me ingeniaré de hacerlo, hasta que los cielos se muestren más benignos.

Tú me has escrito varias veces que yo vea de arreglar los impuestos de tu propiedad; a lo cual te digo que es necesario que estés tú aquí y no se pasa el tiempo de nada que haya que hacer, porque siempre estarás a tiempo. Marieta[2] y todos nosotros estamos sanos, y tú atiende a estar sano a fin de que yo pueda ayudarte en algo. Lorenzo Maquiavelo se queja de ti, dice que no le escribes claro, porque la mitad de los paños que te quedan en las manos, tú dices que los has vendido en la posta y acreditado a no sé quién, y no le escribes los precios, y ése a quien dices haberlos acreditado dice que no es cierto; por lo tanto, yo te ruego que escribas las cosas claras: y abunda más bien en el escribir demasiado que en lo poco, para que no puedan con razón quejarse de ti.

Saluda al cónsul de mi parte y dile que recibí su carta, y que estoy vivo y sano. Y de bueno no tengo nada más. Cristo te guarde. A los 26 días de junio de 1526.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Se trata del hijo de su hermana mayor Primavera, muerta en 1500, cuando tenía 13 años este joven, que terminó de criarse en casa de Nicolás. Varios miembros de la familia se dedicaban a la fabricación y el comercio de los paños que junto con los bancos habían llevado a Florencia al puesto de capital económica de Occidente.

[2] La esposa de Nicolás Maquiavelo, Marieta Corsini.

14. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 27 de junio de 1513

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

COMPADRE queridísimo. No respondí a una vuestra que recibí hace cerca de un mes y medio porque esperaba partir de semana en semana, y poder hablar con vos a mi regreso, de ella y de muchas otras cosas que deseaba. Todavía estoy en ese suspenso, y conoceréis que no me engañaba en lo que os escribí al principio de ser coronado este papa. Me he acordado de vos varias veces, de cuando hablábamos de un amigo nuestro y vos me exhortabais a no tener fe en él, y mantenerme lo más alejado posible, que quizá hubiera sido mejor para mí haberlo hecho. Sin embargo, como sabéis y habéis experimentado en vos mismo, es difícil mudar de naturaleza. A mí me sería imposible hacerle mal a nadie, y que sea lo que quiera.

Yo me quedaré aquí hasta que el papa quiera, y cuando quiera, con más gusto regresaré. Y hasta que Jacobo[1] dijo que quería irse, no pasó una semana sin que yo pidiera licencia al papa. Ahora que él dice que no quiere quedarse, aun cuando no se va, a mí se me ha cortado el camino para seguirla pidiendo, de modo que estoy sin negocio ninguno, y atendemos, el Brancaccio[2] y yo, a hacer lo que hacíamos en Trento,[3] y sólo me duele que no estéis vos, que este buen tiempo no nos lo sacarían del cuerpo, y después que gane cualquiera, franceses o suizos, y si no basta eso, que venga el Turco con toda Asia, y que se cumplan de una vez todas las profecías, que a decir verdad yo quisiera que lo que ha de ser fuese pronto, y además de lo que he visto, de buen grado vería más allá.

Pero para volver de una vez a vuestra carta vieja, y después a esta nueva, yo confieso que en aquella vos acertasteis, y yo me engañé; porque yo estaba persuadido de que España no había hecho una tregua tan simple, y de que tenía que haber algo oculto, y sin embargo no era cierto, como la experiencia lo ha mostrado, conforme a lo que decíais. Por eso la carta vuestra me gustó entonces, y mucho más me gusta ahora, y la apruebo. Reconozco también que discurrís muy bien por esta última, y aprobaría en todo vuestra opinión, si no estimase en tanto a los suizos, los cuales en esta última batalla[4] han ganado tanto conmigo, que no sé qué ejército pueda oponérseles. Reconozco ser cierto lo que decís, que el acuerdo entre España y Francia será más fácil ahora, porque como Francia tiene una sed increíble de Lombardía, y España un temor grandísimo de perder el Reino, y como les parece que los suizos se han vuelto demasiado potentes, y temen a la grandeza del papa unida a la de ellos, no habrá acuerdo entre ellos mismos al que no lleguen. Pero cuando vos agrupáis al papa, Francia, España y los venecianos, primero, veo al papa vacilante por lo de tener que confiar en Francia, y dejar a los suizos, porque ellos indignados con él, que según creen está obligado con ellos, podrían arrojarse con todo a Francia; y él [Francia] sin preocuparse de la palabra

dada, como hacen los franceses, podría pensar adquirir por medio de ellos no sólo Lombardía sino toda Italia. Pero pongamos que no haya que dudar de la palabra: ¿no os parece necesario sacar al duque de aquel estado?[5] Para eso no se necesitan ejércitos, y en cuanto lo entiendan los suizos, bajarán y lo defenderán contra todos. Agrego todavía que yo no veo tan fácil, aunque se haga el acuerdo entre Francia y España, el de Inglaterra, ni estoy persuadido de que España pueda decidir tanto. Y tampoco el del emperador y los venecianos seguiría tan pronto, porque él está allá entre aquellos montes, y como no teme por sí mismo, siempre amenaza a los demás, y de sus acuerdos se preocupa poco. Y si me preguntaseis: ¿Qué querrías tú que hiciera ahora el papa?, os respondería: todo lo contrario de lo que hace; porque no para de gastar, y yo quisiera que no dejara de acumular por todas las vías y de todas partes; quisiera tener bien contentos a los suizos con hechos, y a los demás con palabras, porque con todos quisiera usar buenos términos y tantas buenas palabras como fuera posible; si temiese un acuerdo entre Francia y España, me esforzaría por romperlo; y, en fin, no quisiera intervenir en ningún acuerdo que no fuese general, y no creo que fuese eso muy difícil porque, suponiendo que Francia no pueda contentarse sin la Lombardía, que lo creo seguro, se le podría conceder, y que diese una pensión a los suizos, que podéis pensar que ya que han comenzado a recibir tributo de ese estado, no querrán avenirse a no recibirlo; y no pensarán que Francia esté tan grande que no cumpla lo que prometa, porque han cobrado tanto ánimo, y tanto confían en sus fuerzas, que piensan poder derrotar a cualquier suerte de hombres y a cualquier príncipe, y de ello se ha visto experiencia de tal calidad, que yo nunca aconsejaría al papa que hiciera un acuerdo sin ellos.

Pero, mi querido compadre, nosotros andamos dando vueltas entre cristianos y dejamos de lado al Turco,[6] y ése es el que, mientras estos príncipes tratan acuerdos, hará algo en que ahora pocos piensan. Él tiene que ser hombre de guerra y capitán por excelencia: se ve que ha puesto el fin suyo en reinar, la fortuna le es favorable, tiene consigo hombres de guerra en ejercicio continuo, tiene mucho dinero, tiene un país grandísimo, no tiene impedimento alguno, está aliado con el Tártaro, de modo que no me maravillaría de que antes que pase un año le dé a esta Italia una gran paliza, y haga perder el paso a estos curas, sobre lo cual no quiero decir más por ahora.

Tengo esperanzas de que no pasarán 15 días antes que podamos hablar juntos de esto y de muchas otras cosas; y como ni vos ni yo tendremos negocios, creo que no nos disgustará hablar.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

A los 27 días de junio de 1513

---

[1] Jacobo Salviati, antecesor de Vettori en la embajada en Roma.

[2] Juliano Brancacci.

[3] En 1507, durante la embajada al emperador.

[4] De Novara.

[5] El duque de Milán, Maximiliano Sforza.

[6] Selim I, que había sucedido a Bayaceto II en mayo de 1512.

15. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 12 de julio de 1513

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

MI QUERIDO compadre. Aunque, como os he escrito, a menudo me parece que las cosas no proceden con razón, y por esto juzgo superfluo el hablar de ellas y discurrir y disputar, sin embargo quien se ha acostumbrado a un modo hasta los 40 años, mal puede retraerse y reducirse a otras costumbres, a otros razonamientos y pensamientos; y por eso por todas las causas, y mayormente por ésta, desearía estar con vos, y ver si podríamos arreglar el mundo, y si no el mundo, al menos esta parte de aquí, lo cual me parece muy difícil de arreglar en la fantasía, de manera que si hubiéramos de pasar a los hechos lo creería imposible.

Nosotros tenemos que pensar que cada uno de estos príncipes nuestros tiene un fin, y como a nosotros nos es imposible conocer el secreto de ellos, tenemos que estimarlo por las palabras, por las demostraciones, y alguna parte tenemos que imaginarla. Y empezando por el papa, diremos que su fin es mantener a la Iglesia en la reputación en que la halló, no querer que disminuya en estado, a menos que lo que disminuyese lo entregase a los de él, es decir a Juliano y Lorenzo,[1] a quienes de cualquier modo piensa darles estados. Este juicio de que quiere mantener a la Iglesia en sus estados y preeminencias lo hago con base en las palabras que le he oído decir, y lo hago también con base en las demostraciones que ha hecho; porque habiendo ocupado Julio[2] Parma y Plasencia sin ningún justo título, y habiéndolas retomado, mientras estaba vacante el pontificado, el duque de Milán, en nada pensó el papa antes que en recobrarlas; y según el juicio mío iba a perder, como le dije alguna vez, y me parecía haberlo considerado bien: porque habiendo sido ocupadas esas plazas mientras estaba la sede vacante, no había sido vergüenza para él, pero gran vergüenza sería para él retomarlas y después tener que devolverlas o por la fuerza o por acuerdo, como veía probable que sucediera. Y le decía: o la tregua entre Francia y España es sólo al otro lado de los montes,[3] como entendemos nosotros, o bien es acuerdo y convención en todo. Si es convención, no puede ser de otro modo sino que Francia recupere el ducado de Milán; y si España ha consentido en ello sin vuestra participación, tiene que haberle consentido también Parma y Plasencia, y por eso si vienen los franceses, o por fuerza o por amor tendréis que dárselas, porque España lo querrá así. Si la tregua es sólo más allá de los montes, cuando vengan los franceses España querrá defender Milán y los enfrentará. Al enfrentarse, o perderán o vencerán; si vencen, querrán de vuelta esas plazas de cualquier modo, y estarán descontentos de vos, diciendo que cuando el duque estaba por ahogarse le pusisteis el pie en la garganta, quisisteis recobrar esas plazas y le quitasteis la reputación ante el pueblo; si pierden, las querrá el rey. Si las entregáis de

conformidad, es vergüenza; si queréis defenderlas, entráis en guerra con Francia, que hay que creer que no podréis resistir.

Él oía estas razones, pero seguía en su propósito. Que quiere dar estado a sus parientes lo demuestra el que así han hecho los papas pasados Calixto, Pío, Sixto, Inocencio, Alejandro y Julio,[4] y quien no lo hizo fue por no poder. Además de esto, se ve que los suyos en Florencia piensan poco, señal de que tienen su fantasía en estados que sean estables, y donde no tengan que pensar continuamente en tener tranquilos a los hombres. No quiero entrar en consideraciones sobre cuál estado planea, porque en eso mudará de propósito según la ocasión.

Después del papa, pasemos al emperador, el cual, aunque nunca ha mostrado tener gran fuerza, sin embargo tiene tanta reputación entre todos los príncipes, que yo en este caso necesito dar prisión a mi cerebro para juzgar lo mismo que los demás. Diré pues que la fantasía de éste y el fin suyo ha sido esforzarse y entrar en guerra tras guerra, y estar hoy de acuerdo con uno y mañana con otro; favorecer el Concilio, desfavorecerlo,[5] con tal que él, por alguna vía que aun no tiene determinada, alcance su designio de poseer Roma, y todo lo que posee la Iglesia, como verdadero y legítimo emperador. Y esto juzgo por sus palabras, las que ha dicho estando yo presente y también a otros, y también por sus demostraciones, porque se ve que varias veces ha tanteado al rey de Francia sobre esto; porque él favoreció el Concilio y después, por temor de que Francia se hiciera un papa a su modo, mudó consejo y se acercó al papa Julio. Así que me parece que de ese fin suyo se puede dar juicio absoluto.

Sobre el fin que tiene el rey de España creo que pocos pueden engañarse, porque piensa mantenerse en el gobierno de Castilla, y asegurarse de que no se le pueda quitar el reino de Nápoles; y como una y otra cosa no pueden hacerse sin dinero, piensa ser tan temido y estimado en Italia que de todos los poderosos de ella pueda obtener dinero para ese designio suyo.

De Inglaterra diré además que el fin que lo ha inducido a hacer la guerra a Francia ha sido el temor de que se vuelva demasiado grande; y ya que lo ha ofendido una vez, quisiera disminuirlo tanto que no tuviese que temerle en ningún momento, y si fuera posible quisiera quitarle la Normandía.

Los suizos, a los cuales estimo superiores a todos los reyes, tienen por fin suyo el poder venir a Italia cuando les plazca, que el duque de Milán esté casi con ellos y sacarle todos los años una buena pensión, y no tener vecinos que deban temer, pues antes prefieren ser temidos ellos por los vecinos; y la reputación y la gloria los mueven mucho. Y no me extenderé en mostrar las razones que me llevan a creer que España, Inglaterra y los suizos tienen la intención que más arriba digo, porque es cosa tan clara que hablar de ello sería superfluo.

Los venecianos, Ferrara, Mantua, los florentinos, los seneses, los luqueses y similares tienen un fin casi evidente: quisieran conservar lo que tienen y readquirir lo que han perdido; pero en concreto lo que pueden hacer es poco.

Ahora, compadre, quisiera que, admitidas todas estas cosas, vos me arreglaseis con la pluma una paz; y bien sé que si cada uno de estos príncipes quisiera estarse firme en lo que digo más arriba, entre ellos no arregla un acuerdo más que Dios. Pero si alguno cediese en

algo, y el otro en otra cosa, se podría quizás hallar algún modo, sobre el cual estoy indeciso, por eso os pregunto vuestro parecer. Y como podría ser que vos presupusieseis el fin de estos príncipes de otro modo que lo hago yo, tendré en mucho que me digáis vuestra opinión sobre ello; y si os pareciese fatigoso responder de una vez, responded en dos o tres, porque siempre veré con gusto vuestras cartas, y con ellas me pasaré el tiempo; porque tenéis que pensar que el mayor quehacer que tengo es quedarme aquí, porque el leer ha llegado a darme fastidio, pues desde que llegué he leído todos los libros que tenía un papelero muy bien provisto, que me los ha ido prestando de uno en uno.

Ordinariamente ahora habrá aquí poco trabajo para un embajador, porque antes había que atender a muchos cardenales, y ahora no será necesario, porque por el papa se sabrá lo que quiera decir. Además de esto, ha habido tantos embajadores, y todavía hay, que a mí, siendo el más joven, me toca ver lo que se hace; y ordinariamente sabéis que rehúyo las ceremonias cuanto puedo.

FRANCISCO VETTORI, embajador

A los 12 días de julio de 1513

---

[1] Su hermano menor Juliano y su sobrino Lorenzo, quienes después llegarían a ser duques, respectivamente, de Nemours y de Urbino.

[2] Julio II.

[3] Limitada a las operaciones al otro lado de los Alpes.

[4] Calixto III (1455-1458), Pío II (1458-1464), Sixto IV (1471-1484), Inocencio VIII (1484-1492), Alejandro VI (1492-1503), Julio II (1503-febrero de 1513).

[5] El Concilio Cismático convocado por Luis XII, que Maximiliano inicialmente apoyó, con la idea de sustituir él a Julio II como pontífice sin dejar la corona imperial, reuniendo así, en otra forma, los poderes espiritual y temporal.

16. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI

Florencia, 4 de agosto de 1513

Señor Juan de Francisco Vernacci

En Levante

QUERIDÍSIMO Juan. Yo te escribí hace cerca de un mes y te dije cuanto debía y en particular la causa por que no te había escrito antes. Creo que la habrás recibido, y por ésta no te lo explicaré más.

Después recibí una carta tuya del 26 de marzo, a la cual no necesito decirte sino que estamos todos sanos: Marieta tuvo una niña, la cual se murió pasados tres días. Marieta está bien.

Por otra te escribí que Lorenzo Maquiavelo no estaba satisfecho de ti, y en particular de tus avisos, pues dice que le habías escrito raramente y con vaguedad, que de tus cartas no sacaba nada claro. Te exhorto por lo tanto a que escribas a aquellos con quienes tienes negocios, de modo tan claro que cuando reciban una carta tuya les parezca estar allá, tan detalladamente les escribes las cosas. Y en cuanto a mandarte algo, me ha dicho que si no resuelve este asunto en todo y se reduce al neto, no quiere emprender más nada.

Ha ido allá un tal Neri del Benino, cuñado de Juan Maquiavelo, a quien Juan le dio paños; por eso no es probable que lo haga con otro. Y Felipe quiere venderlos a la vista.

Atiende a estar sano, y pon atención a los negocios, que sé que si estás sano y haces lo que debes, no te ha de faltar nada. Yo estoy bien del cuerpo, pero de todas las demás cosas mal. Y no queda otra esperanza sino que Dios me ayude, y hasta aquí no me ha abandonado en nada.

Encomiéndame al recordado cónsul Juliano Lapi mil veces, y dile que estoy vivo. Y no me queda más. Cristo te guarde.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

A los 4 días de agosto de 1513

17. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 5 de agosto de 1513

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

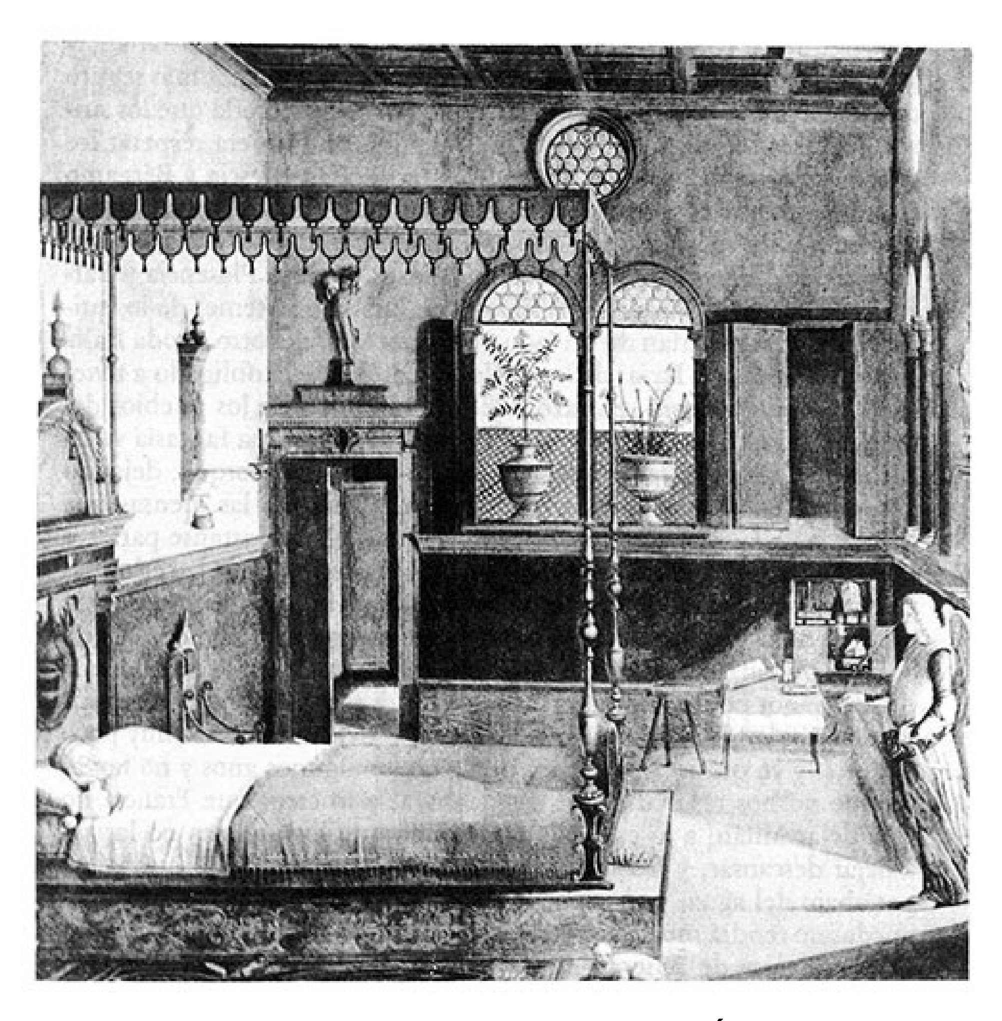
SI YO guardase copia de las cartas que escribo, mi querido compadre, apenas recibida la vuestra[1] habría ido a mirar la copia, y me habría maravillado de haber sido tan desmemoriado, que la principal cosa que debía escribir me ha faltado; y recuerdo haber tenido claro en el cerebro el fin de todos estos príncipes cristianos que tanto se esfuerzan, y haber atribuido a Francia el mismo que vos, y haber puesto en claro la razón de que varias veces que ha podido a su placer ocupar toda Italia, no lo ha hecho. Y por lo que quiera que haya sido, por mala fortuna de él, o por mala diligencia mía, o por poco cerebro, creo no habéroslo escrito; y estamos de acuerdo en que el fin de él es recobrar Lombardía y después parar. Y en verdad los discursos vuestros son tan ordenados y tan discretos como es posible; y el acuerdo que decís me complacería mucho, y creo que podría concluirse entre el papa, Francia y España, e incluso los venecianos. Pero veo gran dificultad en Inglaterra, y no puedo creer que un rey joven, animoso, rico, haya hecho una empresa tan grande, haya conducido tanta gente a este lado del mar,[2] haya gastado en soldados y navíos gran suma de dinero, y después por las persuasiones del papa y del rey de España se vaya a retirar con vergüenza con una pensión. Sí creería que si España le hiciera entender en serio, con muestras, que si no se retira habrá de serle enemigo, entonces cedería. Pero no creo que España vaya a hacer eso, porque habiendo habido tantas enemistades graves entre España y Francia, nunca querrá el Católico distanciarse del todo de Inglaterra, porque no se fiará de Francia, ni confiará en que la potencia y autoridad del papa sean bastantes para defenderlo de la potencia de Francia, máxime agregando que podría caerle en la cabeza alguna sospecha de que el papa aspira al reino,[3] y piensa conseguirlo con el favor de Francia. Y considerando bien esta materia, no encuentro quien pueda hacer retirar a los ingleses, los cuales tienen modo de seguir la campaña todo este año y el otro, y después el otro, a no ser los suizos, y ellos creo que estarían por descubrirse en favor de Francia siempre que él quisiera dejar Lombardía; porque a ellos no les conviene destruir del todo un reino de Francia del cual tanto beneficio han sacado y piensan sacar. Y si estuviesen de acuerdo el papa, Francia, España y los suizos, España podría no descubrirse contra Inglaterra, porque los suizos solos bastarían; y además estando en compañía de los suizos le parecería estar más seguro con respecto a Francia y también al papa, porque parecería que los suizos deberían ser entre ellos el freno de quien no quisiera respetar los términos pactados. Y los venecianos, si recobrasen Brescia y Bérgamo estarían más que contentos. Al emperador le quedaría Verona, y viéndose solo y sin tener adónde arrojarse, tendría que tener paciencia. El duque de Milán recuperaría todas sus plazas,

incluso Plasencia y Parma, y lo mismo el duque de Ferrara; y no habría que temer de los suizos, los cuales tendrían de un lado a los franceses, del otro a toda Italia y los españoles que haya, de los cuales el Católico está obligado a tener siempre buen número, en razón de la volubilidad de los pueblos del reino. Y no hay que temer lo que me escribe Casa,[4] esa fantasía vuestra de que los suizos se unan al resto de los alemanes, porque, dejando de lado la enemistad que hay entre ellos, olvidando las ofensas que han hecho a la Casa de Austria, ellos tienen cerebro bastante para conocer la grandeza del emperador, y jamás consentirán en hacerlo más grande; tampoco es de temer que vayan a poner colonias, porque su número no es bastante para hacerlo, como sabéis; a ellos les basta con dar una rastrillada, tocar dineros y volverse a casa. Y si vos me dijeseis: el emperador podría mudar de opinión, y los suizos aprender a expensas de otros, os lo reconocería; pero las cosas del mundo son muy poco estables, y yo quisiera pensar en una paz por algunos años y no larga, porque no nos resultaría. Me diréis ahora, y lo creo, que Francia no va a dejar Milán; a lo cual yo os respondo que los ingleses no lo van a dejar descansar, y los suizos lo mismo, y también España trabajará por abajo del agua, y el papa, aunque haga todo lo que buenamente pueda, no tendrá modo de remediarlo. Y en conclusión, si el cristianísimo estuviese de acuerdo en dejar Lombardía, veo a toda Italia en paz, y a la muerte del rey católico pasar el reino a un hijo del rey Federico,[5] y reducirse Italia a los términos anteriores; salvo este modo, no veo manera de que Francia e Italia no padezcan mucho, y temo no quiera Dios castigarnos a nosotros míseros cristianos, y mientras que nuestros príncipes están todos irritados el uno contra el otro y ningún modo se ve de componerlos, no nos caiga encima este nuevo señor Turco[6] por tierra y por mar, y saque a estos curas de sus melindres y a los demás hombres de las delicias; y cuanto antes fuese, tanto mejor, que no podríais creer cuán mal me acomodo al fastidio que me causan estos curas, no digo el papa, que si no fuese cura sería un gran príncipe.

No quiero decir más por ésta, sino encomendarme a vos y rogaros que me escribáis, que cualquier palabreja vuestra me satisfará. Dios os ayude.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

Día 5 de agosto de 1513



*Vittore Carpaccio (*ca. *1460*-ca. *1525)*, El sueño de santa Úrsula *(Historias de la vida de santa Úrsula), 1495, Galería de la Academia, Venecia.*

---

[1] Evidentemente, la respuesta de Nicolás Maquiavelo a su carta del 12 de julio, que se ha perdido.

[2] Los ingleses habían desembarcado en Calais el 1° de junio.

[3] De Nápoles.

[4] Felipe Casavecchia.

[5] Federico III de Aragón, rey de Nápoles (1496) depuesto en 1501 por la alianza de su pariente Fernando el Católico y Luis XII.

[6] Selim I. Véase la nota 6 a la carta del 27 de junio de 1513 (p. 104).

18. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

San Andrés de Percussina, 10 de agosto de 1513

Al magnífico embajador ante el sumo pontífice Francisco Vettori, su protector

SEÑOR embajador. Vos no queréis que este pobre rey de Francia recupere Lombardía, y yo lo quisiera. Dudo que vuestro no querer y mi querer no tengan el mismo fundamento en un natural afecto o pasión, que os hace a vos decir que no y a mí que sí. Vos cohonestáis vuestro no demostrando que hay más dificultad para lograr la paz si el rey ha de volver a Lombardía; yo he demostrado, para cohonestar mi sí, que no es así en verdad, y además que la paz hecha por la vía que yo digo será más segura y más firme.

Y pasando de nuevo a los detalles, para responder a la vuestra del 5, digo que estoy de acuerdo con vos en que a Inglaterra siempre habrá de parecerle raro haber venido a Francia con tanto aparato y tener que retirarse: es preciso, por lo tanto, que esa retirada se funde en alguna necesidad. Yo juzgaba que era necesidad bastante la que podían imponerle España y el papa, y juzgaba y juzgo que si Inglaterra por un lado hallaba la empresa difícil, y por el otro veía la voluntad de ellos, fácilmente se convencería, y si quedaba descontento me parecía beneficioso, porque tanto más vendría a quedar débil el rey de Francia, el cual, hallándose entre los ingleses y los suizos, enemigos o sospechosos, no podría pensar en ocupar lo de otros, antes tendría que pensar en que los otros le respetaran lo suyo; y en ese caso el rey de España habría logrado su intención, porque creo que además de asegurarse sus estados, ha pensado que sus armas pueden quedar como el gallo de Italia, y así quedarían, porque no pudiendo Francia, debido a las sospechas de Inglaterra y la enemistad de los alemanes, mandar un gran ejército a Lombardía, le convendría en todo sentido utilizar las armas españolas. Y no veo por qué los suizos son los únicos que pueden obligar a los ingleses a ceder, porque no creo ni que puedan ni que quieran servir a Francia, salvo como mercenarios; y como son pobres y no confinan con Inglaterra, Francia tendría que pagarles y mucho; pero puede contratar lansquenetes y obtener la misma utilidad, e Inglaterra habrá de temerlos igual. Y si me dijeseis que Inglaterra puede hacer que los suizos ataquen a Francia en Borgoña, respondo que ése es un modo que ofende a Francia, mas si se quiere que Inglaterra ceda, es preciso hallar un modo que ofenda a Inglaterra. Y no quiero ya que España y el papa muevan guerra contra él, sino que lo abandonen por un lado y por el otro le hagan ver que la razón por la que se hacía guerra a Francia era respecto a la Iglesia, y ahora que está por desistir de ofenderla, no lo van a ofender a él; y en todo creería que sin medicina más fuerte él estaría por retirarse, máxime porque, como he dicho varias veces, hallaba y halla dudosa la empresa de Francia; e Inglaterra tiene que pensar que si llega a una batalla campal y la pierde, es posible que pierda su reino, además de Francia. Y si me dijeseis: él mandará mucho dinero a los

alemanes y hará que ataquen a Francia por otro lado, respondo a eso con la opinión que siempre he tenido, de que querrá, por soberbia y por gloria, gastar su dinero en su gente; y además el que mandase al emperador sería perdido, y los suizos pedirían demasiado. Creo también que la confianza entre España y Francia puede nacer fácilmente, porque a España no le conviene que el rey de Francia sea arruinado por esa vía, y de eso Francia ya ha visto una prueba, porque en medio de sus mayores peligros él depuso las armas; y tanto más confiaría Francia cuando por obra suya se viese restituido en Lombardía, pues los beneficios nuevos suelen hacer olvidar las injurias viejas. Por otra parte, nada tendría que temer España de un rey viejo, débil, enfermizo, colocado entre los ingleses y los alemanes, sospechosos los unos y enemigos los otros; y no necesitaría que la autoridad del papa lo defendiera, porque le bastaría con tener alimentada esa enemistad. Por lo tanto yo no veo, si se quiere conducir esta paz por la vía que os escribí, mayores dificultades que por la vía que queréis vos; antes, si hay ventaja, veo ventaja en la mía. Por otro lado, no veo en vuestra parte ninguna seguridad, mientras que en la mía alguna se ve, aunque es de las que pueden encontrarse en estos tiempos.

Quien quiere ver si una paz es duradera o segura, debe entre otras cosas examinar quiénes quedan por ella descontentos y qué es lo que puede nacer de ese descontento de ellos. Considerando por lo tanto la paz vuestra, veo quedar en ella descontentos Inglaterra, Francia y el emperador, porque ninguno de ellos ha logrado su fin. En la mía queda descontento Inglaterra, los suizos y el emperador por las mismas razones. Los descontentos de la vuestra pueden causar fácilmente la ruina de Italia y de España; porque apenas hecha esta paz, no obstante que Francia la haya aprobado y que Inglaterra no la haya rechazado, uno y otro mudarán fin y fantasía, y donde Francia sólo quería volver a Italia y el otro derrotar a Francia, se volverán a la venganza contra Italia y contra España, y la razón quiere que hagan otro acuerdo entre ellos, con el cual no tendrán ninguna dificultad para nada que quieran hacer, si Francia quiere descubrirse, porque el emperador con el favor de Francia y de Inglaterra salta al otro día a Castilla, pasa a Italia cuando le plazca y hace volver a ella a Francia; y así en un momento estos tres juntos pueden perturbar y arruinar todo. Y ni las armas españolas y suizas ni el dinero del papa son suficientes para detener esa creciente, porque esos tres tendrían demasiado dinero y demasiadas armas. Y es razonable que España vea estos peligros, y que quiera evitarlos como sea; porque Francia en esta paz no tiene ninguna razón para amarlo, y sí ocasión grande de ofenderlo; la cual ocasión Francia no dejaría escapar en modo alguno. Y por eso, si España tiene el mínimo ojo para ver las cosas de lejos, no ha de consentirla ni practicarla, pues vendría a ser una paz que suscitaría una guerra mayor y más peligrosa. Pero si se hace una paz como yo os escribí, que queden descontentos Inglaterra, el emperador y los suizos, no podrían esos descontentos, ni unidos ni de por sí, ofender a los otros aliados con facilidad, porque Francia, a ambos lados de los Alpes, quedaría como una barrera, y haría, con el favor de los otros, tal oposición, que los aliados quedarían seguros, y los otros no se pondrían a hacer empresa alguna viendo tanta dificultad; y no quedaría nada por lo cual los aliados tuviesen que dudar uno del otro, por haber logrado cada uno de ellos su intención, como os he escrito varias veces, y ser los enemigos tan potentes y tan peligrosos que los tendrían encadenados entre ellos.

Se ve en vuestra paz otro peligro gravísimo para Italia, el cual es que si se deja en Milán un duque débil, Lombardía no será de ese duque sino de los suizos. Y aunque mil veces aquellos tres descontentos de la paz vuestra no se moviesen, me parece que esa cercanía de los suizos es demasiado importante y merece más consideración. Y no creo, como decís vos, que no vayan a moverse por respeto a Francia, porque tendrían al resto de Italia en contra y porque les basta con dar una rastrillada e irse: primero porque Francia, como ya dije, tendrá deseo de vengarse, y habiendo recibido injuria de toda Italia, le agradará verla arruinada, y antes bajo la capa les dará dinero y alimentará ese fuego, que lo contrario. En cuanto a la unión de los demás italianos, vos me hacéis reír: primero, porque nunca habrá unión alguna para hacer el bien; y aun cuando estuviesen unidos los principales, no será suficiente, porque no hay armas que valgan un cobre, fuera de los españoles, y ésos por ser pocos no pueden ser bastantes; segundo, por no estar unidas las colas con las cabezas, que esta raza no dará un paso por ningún accidente que sobrevenga, antes correrán a unírseles.

En cuanto al bastarles con dar una rastrillada e irse, os digo que jamás descanséis ni aconsejéis a nadie que descanse sobre opiniones semejantes, y os ruego que consideréis cómo crecen las cosas, como el ser creído y la potencia en el mundo, en los hombres y máxime en las repúblicas; y veréis que a los hombres primero les basta con poder defenderse a sí mismos y no ser dominados por otros, y de esto ascienden después a ofender y querer dominar a otros. A los suizos les bastó primero con defenderse de los duques de Austria, la cual defensa empezó a hacerlos respetar en su casa; después les bastó con defenderse del duque Carlos,[1] lo cual les dio nombre fuera de su casa; después les bastó con recibir sueldo de otros, para mantener a su juventud lista para la guerra y honrarse. Esto les ha dado más nombre, los ha hecho más audaces por haber considerado y conocido diversas provincias y más hombres, y además les ha puesto en el ánimo un espíritu ambicioso y una voluntad de querer militar para sí. Y Pellegrino Lorini me dijo que cuando vinieron con Beaumont a Pisa[2] a menudo tenían con él razonamientos acerca de la virtud de la milicia de ellos, y cómo era similar a la de los romanos, y por qué no podían ellos hacer algún día lo mismo que los romanos; jactábanse de haber dado a Francia todas las victorias que había ganado hasta ese día, y decían que no sabían por qué no habían de combatir algún día por ellos mismos. Ahora ha llegado esa ocasión y ellos la han aprovechado, que entraron en Lombardía con el pretexto de reponer al duque, y ahora el duque son ellos. A la primera ocasión se adueñarán de todo, eliminando el linaje ducal y a toda la nobleza de aquel estado; a la segunda correrán toda Italia para sí, haciendo el mismo efecto. Por lo tanto, yo concluyo que no les bastará con dar una rastrillada e irse, antes hay que temerles extraordinariamente.

Yo sé que a esta opinión mía es contrario un natural defecto de los hombres; primero, el de querer vivir día por día, y luego el de no creer que pueda ser lo que no ha sido; otro, estimar que cada uno es siempre del mismo modo. Por esto no habrá nadie que aconseje sacar a los suizos de Lombardía para reponer en ella a Francia, porque no querrán correr los peligros presentes que se correrían de intentarlo, ni creerán en los futuros males, ni pensarán poder fiarse de Francia. Compadre, este río alemán es tan grande que para contenerlo hace falta un gran muro. Si Francia no hubiera estado nunca en Italia, y si vosotros no tuvierais fresco el

recuerdo de la insolencia, la insaciabilidad y los impuestos de los franceses, que es lo que os dificulta esta decisión, ya hubierais corrido a Francia a rogarle que viniese a Lombardía; porque los remedios para esta creciente hay que ponerlos ahora, antes que se arraiguen en este estado y que empiecen a gustar la dulzura del dominar. Y si se arraigan, barren con toda Italia, porque todos los descontentos los favorecerán y harán escaleras para la grandeza de ellos y la ruina de los otros; y yo tengo miedo de ellos solos, y no de ellos y el emperador, como os escribió Casa,[3] aunque sería fácil que se unieran, porque así como el emperador se avino a que saqueasen Lombardía y se enseñoreasen de Milán, lo que de ningún modo parecía razonable, por las mismas razones que me escribís, también a pesar de ellas los suizos podrían aceptar que el emperador hiciese en Italia algún progreso.

Señor embajador, yo os escribo más por satisfaceros que porque sepa lo que digo, y os ruego que por la próxima vuestra me deis alguna noticia de cómo anda este mundo, y de lo que se practica y de lo que se espera y lo que se teme, si queréis que en estas materias graves pueda razonar con fundamento; de lo contrario, recibiréis un testamento de asno, o alguna cosa similar a las del Biancaccino. A vos me encomiendo. A los 10 días de agosto de 1513.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en la quinta

---

[1] Carlos el Temerario, duque de Borgoña, derrotado por los suizos en 1477.

[2] En 1500. Beaumont fue enviado por Luis XII a ayudar a los florentinos en la guerra de Pisa.

[3] Felipe Casavecchia.

19. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 20 de agosto de 1513

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

MI QUERIDO compadre. Aun cuando de cualquier materia que me escribáis siempre me deleitaré, sea grave o jocosa, sin embargo para complaceros empezaré a responder por la última parte de vuestra carta, en la que me pedís que os escriba cómo anda este mundo, lo que se practica, lo que se espera y lo que se teme; y os diré cómo están actualmente las cosas, aunque si ahora que estáis en la quinta vais alguna vez a San Casiano[1] debéis enteraros allí. Os diré hasta donde sé lo que se practica: lo que se espera o se teme lo dejaré de lado, porque una cosa temo o espero yo, otra vos, otra Felipe, y creo que lo mismo hacen los príncipes, y que sobre eso no se puede dar juicio firme.

Empezaremos pues por el papa, y diremos lo que él hace y practica. El oficio suyo es no enredarse en guerras, sino meterse en medio y componer y calmar las que han nacido entre los príncipes, y esto lo ha hecho desde el principio que fue elegido papa hasta ahora; y si Francia hubiera querido hacer con las palabras lo que ha hecho con las obras, el papa, por lo menos, hubiera procedido con censuras contra quien hubiese querido ofenderlo. Pero Francia mandó aquí por la expedición de los beneficios; por otro lado, jamás ha buscado la absolución, ni dicho que quiera renunciar al Concilio Pisano y acercarse al Lateranense,[2] de modo que cada vez que el papa ha querido hablar con él, todos estos cardenales, todos estos embajadores han reclamado y dicho que mientras el rey sea cismático no es conveniente que se trate nada en su favor, y que ellos han tomado la defensa de la Iglesia y merecen recibir ayuda si se quiere dar un ejemplo para que, si ocurre otra vez, encuentre quien quiera defenderla. El papa a esto no ha querido replicar, y ahora no hace otra cosa con este embajador que está aquí sino apremiarlo para que este efecto siga, a fin de poder ayudar para que aquel negocio no salga al revés. Además ha trabajado y trabaja para que los venecianos hagan una tregua con el emperador, a fin de que en Italia se detengan las armas, y que el duque de Milán, estando seguro por ahora de los franceses y no temiendo a los venecianos por la tregua, pueda permitir a los españoles regresar al reino; pero este efecto todavía no lo ha conseguido, y no ha hecho ninguna alianza ni inteligencia salvo que, viendo a los suizos tan potentes, sigue dándoles 20 000 ducados por año, como hacía el papa Julio.

El rey de España, después de la tregua hecha con Francia, por un lado ha tenido miedo de que Francia se haga grande en Italia; por el otro de que Inglaterra y los suizos hagan una tregua con Francia, y no poder estar seguro de ellos por haberlos abandonado en lo importante. Y por esta causa no sacó a los españoles de Lombardía cuando venía el ejército francés, y ha dicho siempre que quería romper guerra con Francia, porque la tregua no dura, porque Francia ha

sido el primero en romperla;[3] y si las cosas de los franceses van para abajo, será posible que emprenda alguna pequeña cosa para volver a merecer confianza, especialmente de Inglaterra.

El rey de Francia tiene contra él un ejército de 40 000 ingleses, los cuales sitian Thérouanne, y él no tiene modo de socorrerla, porque no tiene de gente junta un tercio que los ingleses, y no quiere jugar un reino a la fortuna, y confía en el tiempo. Por otro lado los suizos, el 20 de este mes, salen en número de 20 000 para atacar o Borgoña o Lyon; tienen mucha artillería y 1 000 caballos del emperador. Francia busca un acuerdo con ellos prometiéndoles las fortalezas de Milán, pero por ahora no quieren saber de nada. Confía en dejarlos saquear los campos y defender las plazas, porque gente para enfrentarlos no tiene. Los dineros con que se pagan salen del emperador, el cual ha recibido este año de Inglaterra, en una alianza que hicieron,[4] 135 000 ducados por conseguir que hagan guerra a Francia.

Inglaterra no perdona gastos ni esfuerzos; está personalmente en Thérouanne y no se ocupa de otra cosa que de ver de destruir a Francia.

Los suizos han decapitado a unos 14 que defendían la parte de Francia, y unos 30 escaparon, a los cuales les quemaron las casas y confiscaron los bienes; y se ve que como han tomado Italia quieren tomar también parte de Francia. Tienen de pensión ordinaria 60 000 ducados de Milán y 20 000 del papa.

El emperador hace lo que suele, de guerra en guerra y de plática en plática. Ahora quiere recuperar Borgoña y manda sus tropas contra Francia. Quería además tomar Padua, donde, como sabéis, estuvieron algunos días por acampar monseñor de Gurck y el virrey,[5] y viendo la dificultad no lo hicieron, y es posible que dejen allí algún pelo, pero se apartan y piensan detenerse por algún tiempo en Vicenza. Trata sin embargo de acuerdo con Francia y con los venecianos y, como os digo, es su costumbre emprender una guerra e iniciar con el enemigo pláticas de acuerdo y amistad.

El duque de Milán, si tiene algo de cerebro, creo que le parecerá ser como nuestros reyes de las fiestas, que saben que a la noche volverán a ser los hombres que antes eran. Sin embargo, se deja llevar por esta fortuna suya a los saltos, y espera lo que hagan los demás. El duque de Ferrara piensa recuperar Reggio del papa; los florentinos Pietrasanta de los luqueses; y en torno a estas cosas todos se afanan, platican y se exprimen el cerebro. Esto es todo lo que yo sé, y si en algo fallase, súplalo el ingenio vuestro, que estoy seguro de que me habéis preguntado esto, no porque no sepáis lo mismo, sino para ver si concuerda.

Después de esto, compadre, quiero responderos a la primera parte de la carta, en la cual mostráis dudar que un natural afecto o pasión pueda hacer que nos engañemos vos o yo. A lo cual respondo que no tengo ningún afecto por la parte contraria a Francia, ni pasión alguna que me mueva; y sabed que antes que se hablase del Concilio de Pisa, yo siempre defendía la parte francesa, porque creía que con ella debía irle mejor a Italia y nuestra ciudad tendría reposo; lo cual siempre he antepuesto a todo lo demás, porque soy hombre tranquilo, de mis placeres y de mis fantasías, y entre los placeres que tengo el mayor es ése: ver que nuestra ciudad está bien. Amo en general a todos los hombres de ella, las leyes, las costumbres, los muros, las casas, las calles, las iglesias y el condado, y no puedo tener mayor disgusto que pensar que ella tenga que sufrir y que las cosas que he dicho tengan que caer en la ruina. Y por eso viendo

además qué mal nos gobernamos en aquel asunto del Concilio,[6] y cuán insatisfechos se fueron los franceses, empecé a temer que la victoria de ellos no fuera a ser la ruina nuestra, y que no pensasen tratarnos a nosotros como otra Brescia;[7] y el señor de Foix,[8] joven y cruel, era el que más miedo me daba, y por eso me di vuelta.[9] Sin embargo siempre que se hablaba de hacer un acuerdo con ellos, lo consentía y lo aconsejaba porque me parecía que nos asegurábamos contra ese peligro. Después las cosas sucedieron como sabéis, y podría mostraros un escrito que hice al papa León pocos días después de ser elegido, en el cual concluía que la mayor seguridad que pudiese tener Italia, y la paz más cierta, era dejar que los franceses retomaran el estado de Milán, y lo exhortaba a hacer todo lo posible por ello. Así que no creo que la opinión mía esté fundada en pasiones, ni tampoco creo que lo esté la vuestra, porque siempre os he visto no obstinaros, sino ceder a la fortuna, ceder a las razones. Y si me dijeseis: si has estado cuatro meses en una opinión, ¿por qué después has cambiado? Os diría que entonces no había visto a los suizos resueltos a defender a toda costa aquel estado, no había visto a Inglaterra mover guerra a Francia con tanto ejército y tanto gasto como lo ha hecho, y así muchas otras cosas que han sucedido: y no me parecía posible entonces unir los estados de Italia, y veía en aquel partido menos mal; así todavía no creo con mi paz haber conseguido ordenar del todo estas cosas nuestras, pero me parece afirmarlas un poco.

Y para venir a vuestras razones, vos decís creer que Inglaterra cedería a la autoridad del papa y de España si le mostrasen que es lo que conviene; lo cual yo admitiría si en la guerra que está haciendo a Francia tuviera ayuda de alguno de ellos, pero haciéndola solo, ¿por qué queréis que la autoridad de ellos lo haga desistir de la empresa? Un príncipe que hace una guerra puede desistir de dos modos: primero, cuando los compañeros lo abandonan; segundo, cuando no sólo lo dejan sino que se le vuelven en contra, y quieren estar en favor de su enemigo. Inglaterra no tiene por compañeros en esta guerra a España ni al papa, sino al emperador y a los suizos; y por eso si los suizos lo dejasen su empresa se haría difícil, y por eso podría desistir de ella; y si no sólo lo dejasen sino que se le volviesen en contra, se vería forzado a retirarse a la isla. Y por esto Francia obtendría de los suizos otro fruto que de los lansquenetes, porque además de tener soldados le quitaría compañeros al enemigo. No admito, sin embargo, que pueda obtener tantos alemanes como vos creéis, porque el emperador lo prohíbe, de modo que los señores de Alemania, y también las ciudades libres, se guardan de dejar ir a sus hombres. Tan cierto es esto, que en tantas sospechas y hechos que ha tenido Francia, que creedme que quería gastar, no pudo reunir más que 10 000 infantes, y de ellos poquísimos son alemanes, y esos pocos no son de las tierras bajas y no tienen los mismos órdenes y las mismas fuerzas que los lansquenetes. Y creedme que este rey joven, que cree mover una guerra justa, no se retraerá de esa empresa por palabras; ha cobrado tanto ánimo que en estos días, cuando vino de Calais para reunirse con su ejército en Thérouanne, acompañado por 8 000 infantes y 1 900 caballos, pasó a tres millas del ejército francés, que era de 10 000 infantes y 1 500 lanzas,[10] y lo mandó invitar a batalla, y ellos rehusaron; porque, como sabéis, no es poca cosa tener la guerra en casa, y cada pequeño movimiento te hace perder el ánimo y te acobarda, como la experiencia muestra todos los días. Y si bien, como decís, una batalla campal podría poner en peligro su reino, él estima que lo mismo podría

hacerle adquirir gran parte del de Francia, aunque en eso tal vez se engañe; sin embargo se ve que está en esa obstinación, y por eso no perdona dineros y se está en la soberbia de querer gastar lo suyo en los suyos, y después de ellos ofrece dar a los suizos lo de otros. Y no me parece que España pueda en modo alguno fiarse de Francia, y quedarse solo diciendo: —Yo le he hecho beneficios, de suerte que las injurias pasadas deben ser olvidadas; porque si pudiera hacerle beneficios sin ofender a otros, yo convendría con vos, porque tendría por amigos a él y a los otros, pero con reponerlo en Lombardía ofenderá a Inglaterra, a los suizos y al emperador, y no veo modo de que tenga ninguna seguridad. A Francia, aun cuando no lo ofendiese, no le molestaría que fuera ofendido por otro y le agradaría que se debilitase para poder recuperar Nápoles, que creedme que le duele, y aun no vería mal que se le desordenase Castilla.

Soy de la misma opinión que vos en que quien quiere ver si una paz es duradera y segura debe examinar, entre las primeras cosas, quién queda de ella descontento, y considerar lo que pueda seguirse de su descontento. A mí me parece que en la paz que proyectaba yo podían quedar menos descontentos que en la vuestra, y podían hacer menos alteración, porque aun cuando Inglaterra no hubiera logrado su fin por entero, sin embargo lo obtenía en parte; y a un joven que estima mucho en su primera expedición la gloria le habría parecido cosa egregia que se dijese que había obligado a Francia a ceder Lombardía, la cual mostraba estimar tanto como París; y por esto estoy persuadido de que jamás habría podido llegar a un acuerdo con Francia, porque, además de no estar descontento, si hubiera algún bien en ello no sería para él, porque estando colocado allá afuera del mundo, sabe bien que el unirse con Francia no sería otra cosa que engrandecerlo, y a él no podría tocarle parte alguna; y aun cuando lo quisiera, no se lo tolerarían los suyos, por la enemistad natural entre una y otra nación; el año pasado hemos visto que no podían llevarse bien con los españoles, con los cuales no tienen tanta enemistad. Y por esto se puede suponer cómo se llevarían con los franceses.

Quedan pues descontentos en esta paz mía sólo el rey de Francia y el emperador. El rey, si no viejo, enfermo y por la adversa fortuna acobardado; el emperador inestable, sin dinero y con poca reputación; y si bien tiene esa fantasía de la parte temporal de la Iglesia, sin embargo no le será tan fácil realizarla que pueda asustar mucho, aun cuando Francia quisiera ayudarlo; y hay que pensar que éste ha gastado tanto, que tendría dificultad para proveer los dineros que necesita el emperador para esa empresa. Estarían además los suizos, los españoles, este resto de italianos que, si bien en el pasado se han portado mal, todavía podrían portarse bien, porque esas cosas no están fijas: que hemos visto a las tropas francesas en Italia, tan atrevidas e invictas, y sin embargo en esta última derrota huyeron sin combatir[11] y ahora temen a los ingleses, que no han tenido una guerra en 25 años, y ellos han estado 20 años sobre las armas. Están ahora [en Italia] Ferrara, Mantua, Bartolomé d'Alviano, estos Colonna, y estos italianos no son para considerarlos del todo inservibles. Hay que considerar bien la cosa de los suizos, si dejarían el ducado de Milán por dinero, en caso de que se lo dieran, lo cual a mi juicio no ocurrirá, por mucho que quisieran poner diques a la inundación de ellos, considerando y viendo a los franceses tan descuidados, tan maltratadores de los pueblos, que cuando estaban en su mayor grandeza fueron expulsados de aquel estado por 20 000 suizos sin dinero.

Yo soy de los que temen grandemente a los suizos, pero no creo ya que puedan llegar a ser otros romanos, como hablaban con Pellegrino, porque si leéis bien la *Política*[12] y las repúblicas que ha habido, no hallaréis que una república dispersa como ésa pueda hacer progresos; y me parece que de ellos se ha visto la muestra en que ahora que fácilmente podían apoderarse de toda la Lombardía, no lo han hecho, porque dicen que no les conviene porque, como veis, a los que han tomado hasta ahora los han hecho compañeros y no súbditos. Compañeros no quieren más, porque no quieren tener que dividir las pensiones en más partes; súbditos no les sirve tener, porque estarían en discordia sobre el gobernarlos, y además de eso tendrían que guardarlos con gastos, y por eso prefieren tributo. Se ve además que entre ellos ha surgido desunión, como antes escribí. Sin embargo, compadre, esto no quiere decir que yo no les tema mucho, porque las cosas no salen según la razón, sino que no sé ya ver el remedio, si el tiempo no lo trae consigo; y muchas veces ocurre que una república cuando es pequeña está unida, y después, al crecer, ya no es la misma.

Y para concluir, todo lo que os escribo, lo hago para que tengáis causa de responderme; y me duele no poder hablaros en persona, como desearía; y no tengo más que decir, salvo encomendarme a vos.

FRANCISCO VETTORI, embajador

A los 20 días de agosto de 1513

---

[1] San Casiano está a pocas millas de San Andrés de Percussina.

[2] El Concilio de Pisa era el Cismático convocado por Luis XII contra Julio II; el Lateranense se reunió el 3 de mayo de 1512, convocado por Julio II.

[3] En mayo de 1513.

[4] En Melchen, el 5 de abril de 1513.

[5] Monseñor de Gurck, representante del emperador Maximiliano, y el virrey español.

[6] El Concilio Cismático de Pisa (véase la Cronología, 1510-1511).

[7] Brescia fue cruelmente saqueada por los franceses en febrero de 1512.

[8] Gastón de Foix, comandante del ejército francés contra Julio II y la Liga Santa, triunfador y muerto en la batalla de Ravena.

[9] Referencia a su enigmática participación en la caída del régimen de Soderini.

[10] La “lanza francesa” era una formación militar consistente en un caballero a caballo con armadura completa y lanza y varios arqueros que avanzaban protegidos por él.

[11] En Novara.

[12] La *Política* de Aristóteles.

20. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 25 de agosto de 1513

Al magnífico embajador florentino ante el sumo pontífice Francisco Vettori

MAGNÍFICO embajador. Porque sé cuánto amáis vos a nuestro Donato del Corno, y también él lo sabe, juntos hemos decidido con seguridad daros algún trabajo, para ver si por medio del señor Juliano[1] sería posible satisfacerlo en este embolsamiento que se ha de hacer para el escrutinio.[2] Vos sabéis con cuánto favor fue habilitado Donato por el dicho señor Juliano de lo que necesitaba para obtener lo que deseaba, que fue causa de la admiración de todos, y eso tiene que haber nacido del gran afecto que Juliano le tiene, o de un gran mérito; y sobre ese mérito sé yo algo, y fue de suerte que con tranquilidad se le puede recordar a su señoría, vos o cualquier otro, la causa de Donato. Y como no se hace nada si no se ordena que sea embolsado y después visto, nos parece por ahora que estando los acopladores en el embolsamiento, hay que tratar de que Donato sea embolsado. Y por eso Donato escribe la adjunta a su señoría y le recuerda simplemente su sentir, remitiéndose a lo que vos habléis: así que os rogamos tengáis a bien dar a su señoría de vuestra mano la carta adjunta, y después pedirle que escriba y encargue a uno o dos acopladores que embolsen a Donato entre los primeros. Yo decía dos para que se entendiese ser más firme su voluntad, pero de cualquier modo que escriba, es preciso que la carta diga expresamente que él lo quiere así, porque ya sabéis la gente melindrosa que hay: y si no es calurosa nos perderemos en réplicas, y Donato quedaría con vergüenza y daño. Y como Donato confía en M. Francisco Pepi, podréis ordenar que uno de los dos a quienes escribe sea *messer* Francisco; y la carta la enviaréis a Donato, para que él la use como sea más conveniente.

Si yo no supiese cuán atento y afectuoso con los amigos sois, tendría dificultad para suplicaros, y lo mismo Donato. Baste deciros que él reconoce recibir este beneficio en su mayor parte de vos. Estoy a vuestras órdenes. A los 25 días de agosto de 1513.

Vuestro NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Juliano de Médicis.

[2] En el complejo sistema de elección para los cargos públicos de Florencia, los nombres de los candidatos eran escritos en papeles que se metían en una bolsa: “ser embolsado” significaba ser admitido como candidato. Los que introducían (o no) los nombres en la bolsa eran los acopladores, tradicional instrumento de los Médicis, como recuerda Nicolás Maquiavelo en su parecer a León X (de 1520) “Sobre el modo de reordenar las cosas de Florencia después de la muerte del duque Lorenzo”. El “escrutinio” era la elección misma, hecha en parte al azar.

21. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 26 de agosto de 1513

Al magnífico señor Francisco Vettori, embajador en Roma ante el sumo pontífice.

SEÑOR embajador. Esta vuestra del 20 me intimidó, porque el orden de ella, la multitud de los razonamientos y todas sus otras cualidades me implicaron de tal modo, que al principio quedé extraviado y confuso; y si no me hubiera tranquilizado un poco al releerla, me iba al mazo y os respondía a alguna otra cosa. Pero releyéndola me sucedió como al zorro cuando vio al león, que la primera vez casi se muere de miedo, la segunda se detuvo a mirarlo desde atrás de una mata y la tercera le habló; y así yo, tranquilizado al releerla, os responderé.

Sobre el estado de las cosas del mundo saco yo esta conclusión: que nosotros estamos gobernados por tales príncipes, que tienen, por naturaleza o por accidente, tales cualidades: tenemos un papa sabio, y por eso grave y cauteloso; un emperador inestable y tornadizo; un rey de Francia irritable y temeroso; un rey de España tacaño y avaro; un rey de Inglaterra ferozmente rico y ávido de gloria; los suizos bestiales, victoriosos e insolentes; nosotros de Italia pobres, ambiciosos y viles; a los demás reyes no los conozco. De modo que, considerando estas cualidades con las cosas que al presente ocurren, creo al fraile[1] que decía *Paz, paz, y no hay paz*: y os concedo que cualquier paz es difícil, tanto la vuestra como la mía. Y si vos queréis que en la mía haya más dificultad, lo admito, pero quiero que escuchéis con paciencia dónde pienso yo que os engañáis, y dónde creo estar seguro de que os engañáis. Donde temo es, primero, en que vos descartáis a este rey de Francia demasiado rápido, y hacéis del rey de Inglaterra una gran cosa. A mí no me parece razonable que Francia no tenga más que 10 000 infantes, porque de su país, aunque no tuviera alemanes, puede sacar muchos. Y si no son tan hábiles como los alemanes, serán tan hábiles como los ingleses. Lo que me hace creerlo es que veo que este rey de Inglaterra, con tanta furia, con tanto ejército, con tantas ganas de echarlo por tierra, como dicen los seneses, ni siquiera ha tomado Thérouanne, un castillo que es como Émpoli, al primer asalto, y en tiempos en que las gentes proceden con tanta furia esto solo me basta para no temer tanto a Inglaterra, y no tener en tan poco a Francia. Y pienso yo que este proceder lento de Francia es por elección y no por miedo, porque él espera que, si Inglaterra no hace pie en aquel estado y llega el invierno, se verá forzado a volverse a la isla, o a quedarse en Francia con peligro. Oigo que aquellos lugares son pantanosos y sin un árbol, de modo que ya deben estar padeciendo mucho, y por eso pensaba que no sería tan difícil para el papa y España disponer a Inglaterra. Y el no haber querido Francia renunciar al Concilio me hace mantenerme en la opinión antes dicha, porque si estuviese tan afligido tendría necesidad de todos, y querría estar bien con todos.

De los dineros que Inglaterra ha mandado a los suizos, yo lo creo, pero de que haya sido por las manos del emperador me maravillo, porque yo hubiera pensado que él los gastaría en los suyos, y no en los suizos. Y no puedo meterme en la cabeza que este emperador sea tan poco considerado, o el resto de Alemania tan descuidado, que puedan sufrir que los suizos adquieran tanta reputación. Y cuando veo que en efecto así es, tiemblo de juzgar algo, porque esto ocurre en contra de cualquier juicio que pudiera formular un hombre. Tampoco sé cómo puede ser que los suizos hayan podido obtener el castillo de Milán y no lo hayan querido, porque me parece que teniéndolo habrían alcanzado su intención, y que antes deberían hacer eso que ir a tomar Borgoña para el emperador. En lo que creo que os engañáis por completo es en el caso de los suizos, sobre el temerlos más o menos. Porque yo juzgo que hay que temerlos excesivamente, y Casa[2] y muchos amigos míos, con los que suelo razonar de estas cosas, saben cuán poco estimaba yo a los venecianos, aun en su mayor grandeza, porque a mí me parecía siempre mayor milagro que hubieran adquirido ese imperio y lo conservasen, que que lo perdiesen. Pero la ruina de ellos fue demasiado honorable, porque lo que hizo un rey de Francia lo habría hecho un duque Valentino, o cualquier capitán respetable que hubiera surgido en Italia y hubiera tenido 15 000 personas a su mando. Lo que me movía era el modo de proceder de ellos, sin capitanes ni soldados propios. Ahora, las razones que me hacían no temerlos a ellos me hacen temer a los suizos. Y no sé lo que dice Aristóteles sobre las repúblicas dispersas, pero pienso lo que razonablemente podría ser, lo que es y lo que ha sido, y recuerdo haber leído que los lucumones[3] dominaron toda Italia hasta los Alpes hasta que fueron expulsados de la Lombardía por los galos. Y si los etolios y los aqueos[4] no hicieron progresos, nació más de los tiempos que de ellos, porque siempre tuvieron encima a un rey de Macedonia poderosísimo que no los dejó salir del nido, y después de él a los romanos; así que fue más la fuerza de otros que el orden de ellos lo que no los dejó crecer. Ahora no quieren ellos tener súbditos, porque no ven en ello su interés; así lo dicen ahora, porque no lo ven ahora; pero como os dije en la otra, las cosas proceden por grados, y a menudo los hombres son inducidos por la necesidad a hacer lo que no estaba en su ánimo hacer, y es costumbre de los pueblos ir despacio. Considerando cómo se encuentra la cosa, ellos ya tienen en Italia como tributarios al ducado de Milán y al papa; ellos cuentan con esos tributos como entrada, y no querrán que les falten, y cuando llegue el momento en que les falte uno, lo considerarán rebelión y recurrirán a las picas, y si vencen en la lid pensarán en asegurarse, y para hacerlo pondrán alguna brida más al que hayan dominado, y así poco a poco entrará todo.

Y no os fiéis para nada de las armas que decís vos que en Italia podrían algún día dar fruto, porque eso es imposible; primero respecto a ellos, porque serían varias cabezas y desunidas, y no se ve quién podría ser la cabeza que los mantuviese unidos; segundo, respecto a los suizos. Y tenéis que entender esto, que los mejores ejércitos que hay son los pueblos armados, y a ellos no pueden oponerse más que ejércitos similares. Recordad los ejemplos mencionados; encontraréis los romanos, los lacedemonios, los atenienses, los etolios, los aqueos, enjambres de ultramontanos, y encontraréis que quienes hicieron hechos grandes armaron a sus pueblos, como Nino a los asirios, Ciro a los persas, Alejandro a los macedonios. En los ejemplos sólo encuentro a Aníbal y a Pirro que con ejércitos recolectados

hicieron cosas grandes. Lo cual nació de la excesiva virtud de los jefes, que era de tanta reputación que ponía en aquellos ejércitos mixtos el mismo espíritu y orden que se encuentra en los pueblos. Y si consideráis las pérdidas de Francia y las victorias suyas, veréis que venció mientras tuvo que combatir con italianos y españoles, que fueron ejércitos similares a los suyos; pero ahora que tiene que combatir con pueblos armados, como son los suizos y los ingleses, ha perdido y corre peligro de perder más. Y esta ruina de Francia los hombres entendidos siempre la han visto, juzgando que le viene de no tener infantería suya propia y de haber desarmado a todos sus pueblos: lo cual fue contrario a toda acción y a todo instituto de quienes han sido considerados prudentes y grandes. Pero esto no ha sido defecto de los reyes pasados, sino del rey Luis, y de él para acá. Así que no os fundéis en las armas italianas, ya sean simples como las de ellos, o mixtas que formen un cuerpo como el de ellos.

En cuanto a las divisiones o desuniones que vos decís,[5] no penséis que hagan efecto alguno mientras observen sus leyes, y las observarán por mucho tiempo; porque allí no puede surgir cabeza que tenga cola, y las cabezas sin cola se extinguen pronto y hacen escaso efecto. Y los que han matado habrá sido alguno que en una magistratura o de otra manera habrá querido favorecer de modos extraordinarios a las partes francesas, que habrán sido descubiertos y muertos, y eso no tiene allá más importancia que cuando aquí se cuelga a varios por ladrones. Ya no creo yo que hagan un imperio como los romanos, pero sí creo que pueden llegar a ser árbitros de Italia por la proximidad y por los desórdenes y malas condiciones nuestras; y porque eso me espanta, quisiera remediarlo, y si no basta Francia, no veo para ello otro remedio, y quiero comenzar ahora a llorar con vos la ruina y servidumbre nuestra, la cual, si no es hoy ni mañana, será en nuestros días, e Italia tendrá esa deuda con el papa Julio y con los que no remedian, si es posible remediarlo ahora. Adiós. A los 26 días de agosto de 1513, en Florencia.

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Savonarola. Sobre la cita, véase Ezequiel, XIII, 10.

[2] Felipe Casavecchia.

[3] Los etruscos, que eran otra república *divulsa*.

[4] La Liga Etolia y la Liga Aquea.

[5] Las que habrían surgido entre los suizos.

22. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 23 de noviembre de 1513

Al respetable señor Nicolás de messer *Bernardo Maquiavelo*

En Florencia

MI QUERIDO compadre. Yo he usado con vos de tanta sobriedad con el cálamo, como dice Cristóbal Sernigi, que no tengo presente dónde estaba. Bien me parece recordar que la última vuestra que recibí comenzaba con la historia del león y el zorro; ésta la he buscado un poco entre mis cartas y al no encontrarla pronto he pensado no buscarla más. Porque en verdad yo no os respondí entonces porque temí no nos ocurriese a vos y a mí como nos ha sucedido a veces a mí y al Panzano, que hemos comenzado a jugar con cartas viejas y malas y mandado por otras nuevas, y cuando volvió el mandadero con ellas a uno de los dos se le acabó el dinero. Así nosotros hablábamos de componer a los príncipes, y ellos de continuo jugaban; de modo que temí que, mientras nosotros gastábamos las cartas en componerlos, no se quedara alguno de ellos sin dinero. Y desde que paramos de escribir se ha visto algo de eso, y aun cuando la fiesta no ha terminado, parece haberse calmado un poco, y creo que estará bien, mientras no termine, no hablar de ella.

Por esta carta he pensado escribiros cómo es mi vida en Roma. Y me parece conveniente haceros saber, primeramente, dónde vivo, porque me he mudado, y ya no estoy cerca de tantas cortesanas como estaba este verano. Mi residencia se llama San Michele in Borgo, está muy cerca del palacio y de la Plaza de San Pedro, pero está en un lugar un poco solitario, porque está hacia el monte llamado por los antiguos el Janículo. La casa es muy buena y tiene muchas habitaciones, aunque pequeñas, y mira al viento del norte, de modo que hay un aire perfecto.

De la casa se entra a la iglesia, lo cual, por ser yo religioso como sabéis, me resulta muy conveniente. Es cierto que la iglesia se usa más para pasear que para otra cosa, porque allí no se dice nunca misa ni otro oficio divino, salvo una vez en todo el año. De la iglesia se entra en un huerto que solía estar cuidado y bello, pero ahora está en gran parte arruinado; sin embargo de continuo se va ordenando. Del huerto se sube al monte Janículo, donde se puede andar por senderos y viñas solazándose sin ser visto por nadie; en este lugar, según los antiguos, estaban los baños de Nerón, de lo cual se ven vestigios. En esta casa estoy con nuevos servidores, y además de ellos el Brancaccio,[1] un capellán y un escribiente, y siete caballos, y gasto ampliamente todo el salario que tengo. Al principio, cuando vine, empecé queriendo vivir como generoso y delicado, invitando extranjeros, sirviendo tres o cuatro platos, comiendo en plata y cosas similares; observé después que gastaba demasiado y no vivía mejor en nada, de modo que resolví no invitar a nadie y vivir como bueno ordinario: las platas las restituí a quien me las había prestado, tanto para no tener que cuidarlas como porque seguido me pedían

que hablara a nuestra señoría por alguna necesidad de ellos: lo hacía y no eran servidos; de modo que determiné descargarme de ese asunto y no dar molestia ni carga a nadie, para que no me la den a mí.

Por la mañana, en este tiempo, me levanto a las 16 horas,[2] y una vez vestido voy hasta el palacio, pero no todas las mañanas, sino cada dos o tres, una. Allí, algunas veces, hablo 20 palabras con el papa, 10 con el cardenal de Médicis, seis con el magnífico Juliano;[3] y si no puedo hablar con él, hablo con Piero Ardinghelli;[4] después con algún embajador que se encuentra por aquellas cámaras, y escucho algo, aunque de poca importancia. Hecho esto, me regreso a casa, excepto que algunas veces almuerzo con el cardenal de Médicis. De vuelta, como con los míos, y alguna vez con un forastero o dos que vienen por ellos, como *ser* Sano o aquel *ser* Tomás que estaba en Trento, Juan Rucellai o Juan Girólami. Después de comer jugaría si tuviera con quién, pero no teniéndolo, paseo por la iglesia y por el huerto. Después cabalgo un poquito fuera de Roma, cuando el tiempo es bueno. A la noche vuelvo a casa, y he procurado tener muchas historias, especialmente de los romanos, por ejemplo Livio con el epítome de Lucio Floro, Salustio, Plutarco, Apiano Alexandrino, Cornelio Tácito, Suetonio, Lampridio y Espartiano, y los otros que escriben de los emperadores, Herodiano, Amiano Marcelino y Procopio; y con ellos paso el tiempo y considero qué emperadores ha soportado esta Roma que antaño hizo temblar al mundo, y que no es maravilla que haya tolerado también dos pontífices de la calidad que fueron los pasados. Escribo, una vez cada cuatro días, una carta a los señores Diez,[5] y cuento alguna noticia vieja y poco digna de nota, porque no tengo otra cosa que escribir, por las causas que vos mismo conocéis. Después me voy a dormir, tras de cenar y platicar alguna nuevecilla con el Brancaccio y con Juan Bautista Nasi, el cual a menudo me acompaña. Los días de fiesta oigo misa, y no hago como vos que a veces la dejáis de lado. Si me preguntáis si tengo alguna cortesana, os digo que al principio de mi venida aquí las tuve como os escribí; después por temor al aire del verano, me contuve. Sin embargo me había acostumbrado a una, de modo que a menudo viene por sí misma, la cual es de muy razonable belleza, y en el hablar agradable. Tengo también en este lugar, aunque es solitario, una vecina que no os desagradaría, y aunque es de parentela noble hace algunos negocios.

Mi querido Nicolás, a esta vida os invito, y si venís me daréis gusto y después regresaremos allá juntos. Aquí no tendréis vos otro negocio que ir viendo, y después volveros a casa a burlaros y reír. No quiero que penséis que yo vivo como embajador, porque siempre me ha gustado ser libre. Visto a veces de largo y otras de corto, cabalgo solo, con los sirvientes a pie, y a veces con ellos a caballo. A casa de los cardenales no voy nunca, porque no tengo para visitar más que al de Médicis, y a veces a Bibbiena,[6] cuando está sano. Y diga cada quien lo que quiera, y si no los satisfago que me revoquen, porque en conclusión yo quiero regresar ahí dentro de un año, y quedar en mi capital, una vez vendidas las ropas y los caballos; quisiera no poner de lo mío, si fuera posible. Y quiero que me creáis una cosa, que la digo sin adulación: aun cuando me he esforzado poco, aquí la concurrencia es tan grande que es imposible no platicar mucho; hombres en realidad a mí me satisfacen pocos, y no he hallado hombre de mejor juicio que vos. *Pero el destino nos arrastra:* pues, cuando hablo largamente con algunos, cuando leo sus cartas, quedo entre mí admirado de que hayan llegado

a grado alguno, pues no son sino ceremonias, mentiras y fábulas, y pocos hay que se salgan de lo ordinario. Bernardo de Bibbiena, ahora cardenal, en verdad tiene sutil ingenio, y es hombre alegre y discreto que en sus días ha soportado grandes dificultades; sin embargo ahora está enfermo; ha estado así tres meses, y no sé si volverá a ser el que solía. Y así muchas veces nos esforzamos por descansar, sin lograrlo; por lo tanto, estemos alegres, y sea lo que quiera. Recordad que estoy a vuestras órdenes, y que me encomiendo a vos, a Felipe y a Juan Maquiavelo, a Donato, a *messer* Cayo. Nada más. Cristo os guarde.

FRANCISCO VETTORI, embajador

Día 23 de noviembre de 1513, en Roma

---

[1] Juliano Brancacci.

[2] Aproximadamente las 9 de la mañana.

[3] León X, antes Juan de Médicis, el cardenal Julio de Médicis (futuro Clemente VII) y Juliano de Médicis, futuro duque de Nemours.

[4] Secretario pontificio.

[5] El Consejo de los Diez, una de las principales magistraturas de Florencia. “Las causas que vos mismo conocéis” eran que el verdadero gobierno de Florencia era el grupo de la nota 3 *supra*, y se comunicaba con los organismos directamente.

[6] Bernardo Dovizi da Bibbiena.

23. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 10 de diciembre de 1513

Al magnífico embajador florentino ante el sumo pontífice y benefactor suyo Francisco Vettori

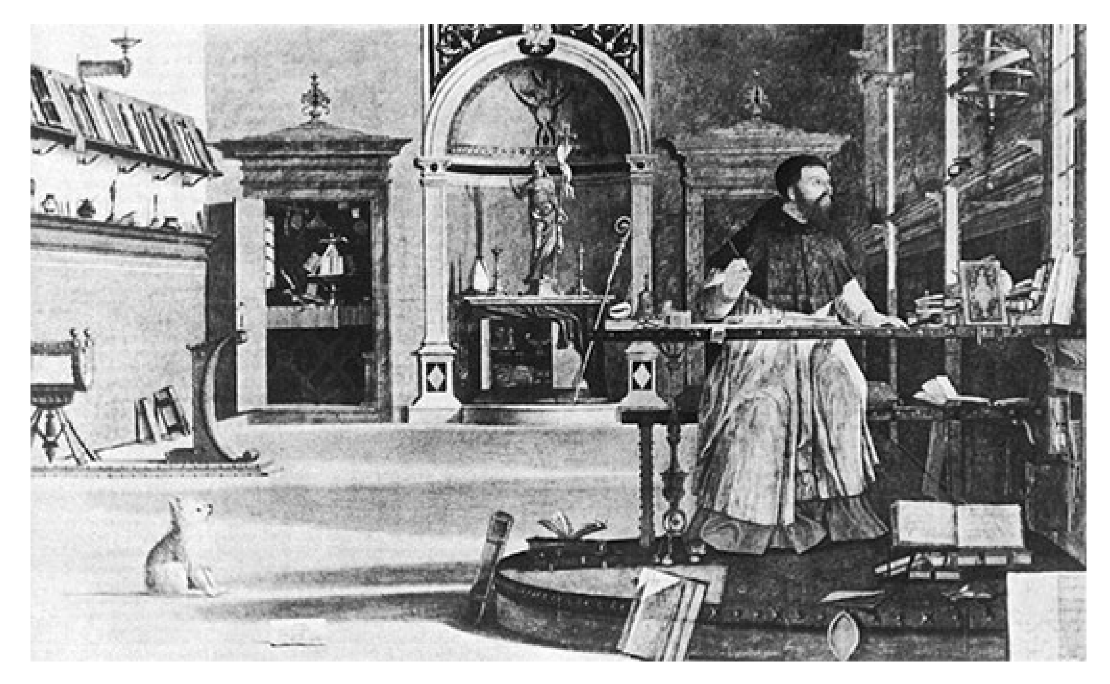
En Roma

MAGNÍFICO embajador. Tardas nunca serán gracias divinas.[1] Digo esto porque me parecía haber no perdido, sino extraviado vuestra gracia, pues habéis pasado mucho tiempo sin escribirme, y dudaba de dónde pudiera nacer la causa de ello. Y de todas las que me venían a la mente hacía poca cuenta, salvo de aquélla cuando dudaba no hubieseis dejado de escribirme porque os hubieran escrito que no era yo buen administrador de vuestras cartas; y yo sabía que, fuera de Felipe y Pablo,[2] por cuenta mía nadie más las había visto. Me he recuperado con la vuestra del 23 del mes pasado, que me deja contentísimo por ver cuán ordenada y serenamente ejercéis vos ese cargo público, y yo os exhorto a continuar así, porque quien deja su comodidad por la de otros, pierde la suya y los demás no le agradecen nada. Y ya que la fortuna quiere hacerlo todo, se impone dejarla hacer, estarse quieto y no darle batalla, y esperar el tiempo en que deje a los hombres hacer algo; y entonces a vos tocará soportar mayores trabajos, y a mí salir de mi quinta y decir: heme aquí. No puedo por lo tanto, deseando devolveros gracias pares, deciros en esta carta otra cosa que lo que es mi vida, y si juzgáis que sea para trocarla por la vuestra, yo estaría contento del cambio.

Yo me estoy en la quinta, y desde que terminaron aquellos últimos casos míos no he estado, sumándolos todos, 20 días en Florencia. Primero me ocupaba en cazar tordos con mis propias manos. Me levantaba antes del día, armaba las trampas y salía con una sarta de jaulas a la espalda, que parecía el Geta cuando volvía del puerto cargado con todos los libros de Anfitrión;[3] cazaba a lo menos dos, a lo más seis tordos. Así pasé todo septiembre;[4] después este entretenimiento, aunque extraño y despechado, cesó con disgusto mío, y os diré cuál es mi vida. Me levanto a la mañana con el sol y me voy a cierto bosque de mi propiedad que estoy haciendo cortar, donde me quedo dos horas revisando el trabajo del día anterior y pasando el rato con esos leñadores, que siempre traen algún pleito entre manos, entre ellos o con los vecinos. Sobre este bosque tendría para contaros mil cosas raras que me han ocurrido, con Frosino da Panzano y con otros que querían madera de ésa. Frosino en particular mandó por varias cargas sin decirme nada, y en el pago me quería retener 10 liras, que dice que yo debía haberle pagado hace cuatro años, que me las ganó a la *cricca* en casa de Antonio Guicciardini. Yo me puse hecho el diablo, quería denunciar al carretero que había ido a buscarlas por ladrón, hasta que Juan Maquiavelo intervino y nos puso de acuerdo. Bautista Guicciardini, Felipe Ginori, Tomás del Bene y varios ciudadanos más, cuando soplaban aquellos vientos,

pidieron una carga cada uno. Yo prometí a todos, y le mandé una a Tomás, la cual se vendió en Florencia por la mitad, porque en la venta intervinieron él, su mujer y sus hijos, que parecían el Gaburra un jueves matando a palos a uno de sus bueyes con sus mozos. De suerte que, viendo para quién era la ganancia, dije a los demás que no tengo más leña, y todos se resintieron, en especial Bautista, que agregó ésta a la lista de las desgracias de Prato.[5]

Abandonado el bosque, me voy a una fuente, y de ahí a un terreno donde tengo tendidas mis redes para pájaros. Llevo un libro conmigo, Dante o Petrarca o alguno de esos poetas menores, como Tibulo, Ovidio y otros: leo sus pasiones amorosas y sus amores, me acuerdo de los míos, y me deleito un buen rato en esos pensamientos. Me traslado después a la vera del camino de la hostería, hablo con los que pasan, les pido noticias de sus pueblos, oigo diversas cosas y noto diversas fantasías de los hombres. Llega en esto la hora de comer, en que con mi brigada me nutro con los manjares que esta pobre quinta y este parco patrimonio comportan. Después de comer regreso a la hostería: ahí está el hostero, y habitualmente un carnicero, un molinero, dos panaderos. Con éstos me encanallo todo el día jugando *cricca, trictrac* y *poi,* de lo cual nacen mil conflictos e infinitos incidentes de palabras injuriosas, que las más de las veces se apuesta un cobre y sin embargo los gritos se oyen desde San Casiano. Así revuelto entre estos piojos saco el cerebro del moho, y desahogo la malignidad de esta suerte mía, y me alegro de que me pisotee de esta manera, por ver si no se avergüenza.



Vittore Carpaccio, La visión de san Agustín, *1502, Escuela de San Giorghio degli Schiavoni, Venecia.*

Cuando llega la noche, regreso a casa y entro en mi escritorio, y en el umbral me quito la ropa cotidiana, llena de fango y de mugre, me visto paños reales y curiales, y apropiadamente revestido entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres donde, recibido por ellos amorosamente, me nutro de ese alimento que *sólo* es el mío, y que yo nací para él: donde no me avergüenzo de hablar con ellos y preguntarles por la razón de sus acciones, y ellos por su humanidad me responden; y no siento por cuatro horas de tiempo molestia alguna, olvido todo

afán, no temo a la pobreza, no me asusta la muerte: todo me transfiero a ellos. Y como dice Dante que no hay ciencia sin el retener lo que se ha entendido,[6] he anotado todo aquello de que por la conversación con ellos he hecho capital, y he compuesto un opúsculo *De principatibus*,[7] donde profundizo todo lo que puedo en las meditaciones sobre este tema, disputando qué es principado, de cuáles especies son, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden. Y si alguna vez os agradó alguno de mis garabatos, éste no debería desagradaros; y para un príncipe, y especialmente para un príncipe nuevo, debería resultar aceptable, por eso lo encamino hacia la magnificencia de Juliano.[8] Felipe Casavecchia lo ha visto: podrá informaros en parte sobre la cosa en sí y sobre las conversaciones que he tenido con él, aunque todavía lo estoy aumentando y puliendo.

Desearíais, magnífico embajador, que yo dejara esta vida y fuera a gozar con vos de la vuestra. Yo lo haré de cualquier modo, pero lo que me detiene ahora son algunos negocios míos que en seis semanas estarán terminados. Lo que me hace estar en duda es que están ahí los Soderini,[9] y yo estaría obligado, si fuese allí, a visitarlos y hablarles. Y temo que a mi regreso no creyese desembarcar en casa y desembarcase en la cárcel, porque aun cuando este estado tiene grandísimo fundamento y gran seguridad, sin embargo es nuevo, y por eso suspicaz, y tampoco faltan los sabios que, por parecerse a Pablo Bertini, meterían a los demás en la cárcel y me dejarían la preocupación a mí. Os ruego que me resolváis este temor, y después en el tiempo dicho iré a visitaros de todos modos.

He hablado con Felipe sobre este opúsculo mío, si le parecía mejor dedicarlo o no dedicarlo, y si estaba bien dedicarlo, si sería mejor que yo lo llevase o que lo mandase. El no dedicarlo me hacía temer que Juliano no lo leyese siquiera, y que el tal Ardinghelli se adornase con este último esfuerzo mío. A dedicarlo me impulsaba la necesidad que me oprime, porque yo me consumo inútil, y no puedo estar así mucho tiempo sin volverme por la pobreza despreciable, además del deseo que siento de que estos señores Médicis empiecen a emplearme, aunque empezaran por hacerme dar vuelta una piedra; porque si después no me los gano me daría lástima a mí mismo; y por esta cosa, después de leerla, se vería que los 15 años que dediqué al estudio del arte del Estado no los pasé durmiendo ni jugando; y a cualquiera debería resultarle agradable servirse de alguien que a expensas de otros estuviera lleno de experiencia. Y de mi lealtad no debería haber duda porque yo, que siempre he mantenido mi palabra, no voy a aprender ahora a romperla, y quien ha sido fiel y bueno por 43 años, como yo tengo, no debe poder cambiar de naturaleza, y de la lealtad y bondad mías da testimonio mi pobreza.

Desearía entonces que vos me escribierais todavía cuanto os parezca sobre este asunto, y a vos me encomiendo. *Sed feliz*. Día 10 de diciembre de 1513.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] *Cf*. Petrarca, *Trionfo della dininità*, 13; como suele, modifica ligeramente el original, probablemente por citar de memoria.

[2] Felipe Casavecchia y Pablo Vettori, hermano de Francisco.

[3] Alude a una comedia popular del siglo XV, *Geta e Birria*.

[4] Debe ser noviembre, según el convincente razonamiento de Ridolfi. De esta carta, la más famosa de la literatura italiana, no se conserva el original, pero sí varias copias antiguas que dicen todas "septiembre", lo que hace pensar que el desliz es del propio Nicolás Maquiavelo.

[5] La principal desgracia de Prato fue la de agosto-septiembre de 1512.

[6] *Cf*. *Paradiso*, V, 41-42.

[7] *El príncipe*.

[8] Juliano murió en 1516 y *El príncipe*, como es sabido, fue dedicado finalmente a su sucesor Lorenzo.

[9] El cardenal Francisco y su hermano Piero, que poco antes había obtenido autorización de León X para residir en Roma.

24. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Florencia, 19 de diciembre de 1513

Al magnífico embajador de la República Florentina ante el sumo pontífice Francisco Vettori

MAGNÍFICO embajador. Yo os escribí hace ocho o 10 días en respuesta a la vuestra del 23 del mes pasado, y os dije, sobre el ir yo allá, lo que me tenía en suspenso. Espero vuestra opinión y después seguiré lo que me aconsejéis.

La presente os la escribo por cuenta de nuestro Donato del Corno. Ya sabéis sus cosas como están, y la carta que al principio obtuvo de la magnificencia de Juliano al magnífico Lorenzo. Murió después M. Francisco Pepi, que había tomado en sus manos esa causa, por lo que quedó Donato casi sin esperanza. Sin embargo, por no abandonar, fuimos Donato y yo a ver a Jacobo Gianfigliazzi, el cual gallardamente nos ha prometido no dejar nada por hacer; y todavía no hace dos días, con la carta que vos le escribís, volvimos a hablarle de ese asunto, y él nos prometió más que antes, y nos concluyó que de aquí a mediados de enero no se pensaría en ello, por tener que hacerse primero los otros embolsamientos. Y preguntándole nosotros si le parecían que se obtuviesen de nuevo cartas de Juliano, dijo que no haría sino bien, pero que convenía demorarse hasta lo último para tenerla al momento, porque si la tuviésemos de ahora entonces sería vieja, y habría que volver a hacer todo de nuevo. Por lo tanto habrá que hacer por tener al momento esa carta, y si no habéis obtenido aquélla de que escribisteis últimamente a Donato, podéis dejarla pasar. Si ya la hubieseis obtenido, habrá que pensar después en el momento lo que se habrá de hacer.

A nosotros nos parece, fundados en la experiencia de lo que se obtuvo antes, que una carta, si no hay quien insista, es un favor muerto. Por eso considerábamos necesario que se consiguiese allí, si fuera posible, que *ser* Nicolás Michelozzi tuviera esa comisión de Juliano aquí, de recordárselo a Lorenzo, o por carta que Juliano le escribiese o por carta que le escribiese Piero Ardinghelli en nombre de Juliano; porque cualquier excusa que tuviera *ser* Nicolás, se le haría recordar en el momento debido esta materia. Y porque pensamos que para Piero Ardinghelli será fácil conseguir esto, os pedimos que lo intereséis, prometiéndole lo que juzguéis que es preciso ofrecerle, que Donato honrará vuestra palabra. Y para esto no faltará modo, porque él sabe cómo la magnificencia de Juliano ha hecho favorecer a maestro Manente y a algún otro que Juliano quiere que sea servido; y así es preciso que nazcan los favores de Donato; y si Piero quiere, creo que se podrá obtener todo. Por lo tanto, nos parece que se use esta medicina de Piero, y que todos los favores que han de venir vengan del 8 al 15 de enero, para que Piero esté atento, por las causas dichas. Y para que sepáis vos todo y veáis si Donato merece ser colocado en el número de los amantes servidores de la ilustrísima Casa de los Médicis, sabed que cosa de un día después que volvieron a Florencia, Donato le llevó a la

Magnificencia de Juliano 500 ducados (se los prestaba *gratis*, y sin que se lo pidiesen), de los cuales todavía es acreedor. Esto no se os dice para que vos lo digáis a nadie, sino para que, sabiéndolo, toméis esta empresa con más ánimo.

Donato y yo no vacilamos en molestaros y volveros a molestar con esto, porque sabiendo cuán oficioso amigo sois, creemos daros gusto al volver a solicitároslo, y por ello él a la vez se os encomienda y se excusa si fuere necesario, y lo que se os escribe se os dirá por opinión nuestra, pero siempre se aprobarán todos los modos que adoptéis vos como más prudentes.

Aquellos cuatro versos que escribís vos del Riccio al principio de la carta de Donato nosotros se los dijimos de memoria a Juan Maquiavelo, y en lugar de Maquiavelo y Pera le dimos a entender que se hablaba de Juan Maquiavelo. El armó gran escándalo, y dice que no sabe de dónde habéis sacado eso, y que quiere escribiros sobre ello de todos modos, y por algún tiempo Felipe y yo nos divertimos mucho con ello.

Se encuentra en esta ciudad, imán de todos los charlatanes del mundo, un fraile de San Francisco que es medio ermitaño,[1] el cual, para tener más crédito para sus predicciones, hace profesión de profeta; y ayer de mañana en Santa Cruz, donde predica, dijo *muchas cosas grandes y admirables*. Que antes que pasase mucho tiempo, que quien tiene 90 años podrá verlo, habrá un papa injusto, nombrado contra un papa justo, y tendrá consigo falsos profetas, y hará cardenales y dividirá la Iglesia. *Asimismo*, que el rey de Francia será aniquilado, y que uno de la casa de Aragón dominará Italia. La ciudad nuestra padecerá fuego y saqueo, las iglesias serán abandonadas y arruinadas, los sacerdotes dispersos y por tres años no habrá oficio divino. Habrá mortandad y hambre grandísima; en la ciudad no quedarán 10 hombres, en las quintas no quedarán dos. Estuvo 18 años un diablo en un cuerpo humano, y dijo misa. Que más de 10 millones de diablos están desencadenados para ser ministros de lo dicho, y que entran en muchos cuerpos que mueren, y no dejan pudrir ese cuerpo, a fin de que falsos profetas y religiosos puedan hacer resucitar muertos y ser creídos. Estas cosas me espantaron ayer tanto, que esta mañana debía yo ir a estarme con la Riccia, y no fui; aunque no sé, si me hubiera tocado ir a estarme con el Riccio, si me habría fijado en eso. El sermón yo no lo oí, porque no uso tales prácticas, pero lo he oído recitar así a toda Florencia.

A vos me encomiendo, que saludéis al Casa[2] de mi parte, y decidle que si no usa de otros modos que los que usaba aquí perderá el crédito con aquellos mozos, como lo ha perdido con éstos. Adiós. A los 19 días de diciembre de 1513.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Fray Francisco de Montepulciano.

[2] Felipe Casavecchia.

25. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 24 de diciembre de 1513

Al respetable señor Nicolás de messer *Bernardo Maquiavelo*

En Florencia

†A los 24 días de diciembre de 1513

MI QUERIDO compadre. Si no respondí inmediatamente a la vuestra del 10, y quizá no respondo ahora tan a propósito, la causa son el Casavecchia y el Brancaccio que todos los días me perturban la mente recordándome la dignidad de la ciudad y lo que conviene a mi cargo. Vos sabéis que yo me complazco en la compañía de las mujeres y más por estar burlando con ellas que a otro efecto, porque ahora ya estoy tan allá que poco más que hablar puedo hacer; sabéis también cuán ajeno a ellas está el ánimo de Felipe. Y antes que él viniese, como mi residencia está algo alejada, a menudo venía alguna cortesana a visitarme para ver la iglesia y el huerto pegados a la casa en que vivo. No caí en la cuenta, cuando Felipe llegó, de mandar a significarles que no tuvieran la osadía de aparecerse, de modo que dos días después de su llegada, justo a la hora de la comida, se nos presentó una en la cámara, que los sirvientes, según la costumbre, habían dejado pasar libremente, y llegando allí tomó asiento como si estuviera en su casa, de modo que no supe despedirla ni disimular la cosa con Felipe, el cual abrió sobre ella un par de ojos admirados y furiosos. Nos sentamos a la mesa y ella en su lugar. Comimos, hablamos y después de comer ella, según su costumbre, se fue a pasear por el huerto. Quedamos Felipe y yo, y él quiso empezar a hacerme un sermón con todas sus partes, y de este modo abrió la boca: "Vos no tendréis a mal, magnífico embajador, que siendo yo desde la infancia…"; pero yo, conociendo que el sermón iba a ser largo y viendo lo que quería decir, lo interrumpí diciendo que en esas pocas palabras había entendido su intención, y que no quería justificarme ni oír la corrección de él, porque había vivido hasta aquí libre y sin respeto alguno, y así quería seguir haciéndolo este resto de tiempo que tengo por vivir. De modo que, aunque mal de su grado, consintió en que las mujeres vengan cuando les plazca.

Pero ahora quiero contaros la perturbación que me ha dado el Brancaccio. Creo que sabéis cuán amigo mío es Jacobo Gianfigliazzi, y por muchos respectos tengo motivo no sólo para amarlo sino para querer complacerlo. Cuando él estuvo aquí como embajador, me encomendó cierta causa suya, la cual no es menester deciros: estimando quizá que tendría más negocios de los que tengo, encargó a *ser* Sano que me la recordase. Por esta razón, él ha venido casi cada semana para hablarme de esta materia, y algunas veces come conmigo. Juliano desde que lo vio venir, una y dos y tres veces me ha empezado a decir que *ser* Sano es hombre infame y que en Banchi le ha preguntado algún mercader de buena reputación qué trato tenía yo con él, y que debería guardarme de semejantes tratos; de modo que yo, queriendo excusarme, me vi forzado

a narrarle por su orden toda la trama entre Jacobo Gianfigliazzi y él. Así que, mi compadre, ya veis dónde me encuentro y cómo tengo que dar razón de lo que hablo y de cada hombre que viene a hablarme: y quiero que me digáis vuestra opinión, quién os parece que me reprende con más razón, Felipe o Juliano, a los cuales tengo cariño; pero con todas sus amonestaciones y reprimendas no conseguirán que deje de hacer lo que me dé la gana.

Vos me escribís, y también Felipe me lo ha dicho, que habéis compuesto cierta obra sobre los principados. Si me la mandáis lo estimaré en mucho, y aun cuando no estoy muy al tanto, juzgo que es conveniente que juzgue la cosa vuestra: sin embargo, donde falten la suficiencia y el juicio suplirá el amor y la lealtad; y cuando la haya visto diré mi opinión sobre el presentarla al magnífico Juliano o no, según me parezca.

El reparo que tenéis para venir aquí me parece fácil de resolver, porque si vais una vez a ver al cardenal Soderini nadie se cuidará de ello. Piero ha afirmado su ánimo, y no creo que le agradase ser visitado por vos, y si no lo visitáis no creo que pudieran tacharos de ingrato, porque he estado examinando y no encuentro que ni él ni los suyos os hayan hecho tanto beneficio que debáis estar obligado con ellos más que lo ordinario. El cargo no lo recibisteis de ellos, pues empezasteis a ser empleado tres años antes que él fuera *gonfaloniere:* en lo que os empleó después lo servisteis con lealtad y por ello no recibisteis otro premio que el sueldo. Y por eso cuando hayáis de venir, no quiero que ese miramiento os detenga, porque por una simple visita no seréis culpado, y si os abstuvieseis no seréis reputado ingrato por nadie.

Por la carta vuestra y por Felipe entiendo que vos, estando habituado a los negocios y a ganar, con dificultad os reducís a estar quieto y agotar vuestras pocas entradas, porque también todavía tenéis algún deseo, como yo; hemos ido examinando y aquí en Roma no encontramos cosa alguna que os convenga. Se ha hablado algo de que el cardenal de Médicis sea nombrado embajador pontificio en Francia, sobre lo cual he pensado, si lo nombran, hablarle, por haber estado vos allá y tener alguna práctica de aquella corte y noticia de las costumbres de ellos. Si sale, sea en el nombre de Dios; si no sale, no habremos perdido nada.

Cuando vos me hayáis mandado aquel tratado os diré si me parece que vengáis a presentarlo.

Vengamos ahora a Donato, el cual mucho deseo que sea complacido, y esto no creo tener dificultad para hacéroslo creer a vos y a él. Como os escribí, le pedí una carta fuera de las generales a Juliano para él, y me la prometió con largueza: y como Piero[1] no es muy rápido para escribir por las muchas ocupaciones que tiene, mandé a uno que se estuvo ahí hasta que la escribió; y como despachaba un correo, hice hacer un sobrescrito para Donato en mi nombre y le ordené que se la dejase a Piero para que la mandase; me sorprende que no haya llegado; le hablaré de nuevo a Juliano y entraré con Piero en el modo que me decís, pero no quisiera que para Donato se sumase un daño a otro, es decir, que tuviera que dar y no recibiese, porque no sé de qué modo habremos de asegurarnos de que ha sido embolsado.

Dadme noticia de cómo está la cosa de maestro Manente a fin de que pueda solicitar a Juliano y Piero un modo similar, y pensad que no he de dejar de hacer cosa alguna, con tal de poder servirlo.

Encomendadme a Felipe y Juan Maquiavelo, y dad alguna excusa por mí, que alguna vez, por ajustar un verso, se aparta uno algo de la verdad, y que no creí que hubiera de llegar a sus oídos, y si lo he ofendido le pido perdón.

El Casa está aquí en su provincia, y creo que obtendrá alguna utilidad para la escarcela y también para el cuerpo, porque con tres cobres hará cosas buenas: a menudo surgen diferencias entre él y el Brancaccio, y yo tengo que meterme en medio a componerlas.

Del ermitaño no quiero responder porque, como decís, Florencia está fundada bajo tal planeta que los hombres como ése corren a ella, y allí son escuchados de buen grado. Y no tengo más que decir por ésta, salvo encomendarme a vos. Cristo os guarde.

FRANCISCO VETTORI, embajador

---

[1] Piero Ardinghelli.

26. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Florencia, 5 de enero de 1514

Al magnífico embajador florentino Francisco Vettori, su venerable benefactor

MAGNÍFICO embajador. Gran cosa es por cierto considerar cuán ciegos son los hombres a las cosas en que pecan, y cuán acérrimos perseguidores son de los vicios que no tienen. Yo podría aduciros como ejemplo cosas griegas, latinas, hebraicas, caldeas, e irme hasta el país del Sofi y el del preste Juan, y lo haría si los ejemplos domésticos y frescos no bastasen. Yo creo que *ser* Sano habría podido estarse en vuestra casa de un jubileo al otro, y jamás Felipe hubiera pensado que ello os diese culpa alguna, más bien le habría parecido que pensabais usar de él, y que era justamente práctica conforme a un embajador, el cual, estando obligado a infinitas continencias, es necesario que tenga deportes y esparcimientos, y éste de *ser* Sano le habría parecido que cuadraba perfectamente, y con todos habría alabado vuestra prudencia, y os elevaría hasta el cielo por tal elección. Por otro lado, creo que si todo el burdel de Valencia hubiera pasado por vuestra casa, jamás habría sido posible que el Brancaccio os reprendiese por ello, antes os habría ensalzado más que si hubieseis hablado ante el papa mejor que Demóstenes.

Y si hubieseis querido ver la prueba de esta razón, era preciso, sin que ellos supiesen cada uno de las advertencias del otro, que hubieseis dado muestras de creerles y de querer observar sus preceptos. Y cerrada la puerta a las putas, y expulsado *ser* Sano, y retirado vos a la gravedad, y manteniéndoos cerrado y meditabundo, en modo alguno habrían pasado cuatro días antes que Felipe empezara a decir: ¿Qué es de *ser* Sano? ¿Qué significa que ya no viene? Está mal que no venga, a mí me parece hombre de bien; no sé lo que chismorrean estas brigadas, mas me parece que él conoce muy bien los términos de esta corte y que es una amistad útil. Deberíais, embajador, mandar por él. El Brancaccio no os digo si se habría dolido y maravillado de la ausencia de las damas, y si no os lo hubiera dicho estando con el culo al fuego, como lo habría hecho Felipe, os lo habría dicho en la cámara solos los dos. Y para aclararlo mejor, era preciso que en esa vuestra disposición austera hubiese llegado allí yo, que me ocupo y entiendo de mujeres; apenas vista la cosa, yo habría dicho: embajador, enfermaréis; me parece que no tenéis solaz alguno; aquí no hay muchacho, aquí no hay mujeres, ¿qué casa de mierda es ésta?

Magnífico embajador, no hay más que locos; y los pocos que conocen este mundo saben que quien quiere conformar a los demás no hace nunca nada, porque no se encuentran dos hombres del mismo parecer. No saben ellos que quien es tenido por sabio de día, jamás será tenido por loco de noche, y que a quien es estimado por hombre de bien y de valía, lo que hace para ensanchar el ánimo y vivir contento le trae honor y no culpa, y en lugar de llamarlo

bujarrón y putañero, se dice que es universal, llano y buen compañero. No saben tampoco que da de lo suyo y no toma de lo de otros, y que hace como el mosto cuando hierve, que da de su sabor a las vasijas que saben a moho y no toma el moho de las vasijas.

Por lo tanto, señor embajador, no tengáis miedo del moho de *ser* Sano, ni de las humedades de *monna* Smeria, y seguid con vuestras instituciones y dejad hablar al Brancaccio, que no se da cuenta de que él es como uno de esos pajarillos que son los primeros en chillar y alborotar y después, cuando viene la lechuza, son los primeros cazados. Y nuestro Felipe es como un buitre que, cuando no hay carroña en la comarca, vuela 100 millas para encontrar una, y una vez que se ha llenado el buche se está encima de un pino y se ríe de las águilas, los azores, los halcones y otros semejantes, que por alimentarse de cosas delicadas se mueren de hambre la mitad del año. Así que, magnífico embajador, dejad que alborote el uno y que el otro se llene el buche, y vos atended a vuestros asuntos a vuestro modo.

NICOLÁS MAQUIAVELO

En Florencia, a los 5 días de enero de 1513[1]

---

[1] Véase Advertencia.

27. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 18 de enero de 1514

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

En Florencia

QUERIDÍSIMO compadre. Yo siempre alabé vuestro ingenio y aprobé vuestro juicio tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, pero el discurso que me hacéis en esta última carta sobre Felipe y el Brancaccio me salió verdadero en pocos días, porque como vos me conocéis, yo creo más a los otros que a mí mismo, y siempre quiero antes contentar a cualquier otro que a mí mismo. Y por esto, movido por las persuasiones que me hacían, como os escribí en mi carta, me dispuse a creerlas e hice entender con buen modo a *ser* Sano que cuando Jacobo Gianfigliazzi me escribiese alguna cosa yo mandaría por él, y que no se molestase en venir a visitarme, de modo que él, que en estas cosas es muy astuto, entendió muy bien lo que quería decir. También ordené a dos mujeres que solían venir con frecuencia que no viniesen si no las mandaba llamar, porque había venido un pariente mío al cual debía reverencia y no quería que las viese.

Estuve de este modo cerca de ocho días que no aparecía por aquí más que alguno por sus asuntos y cierto Donato Bossi, de profesión gramático, de rostro austero y extraño; y jamás hablé de otra cosa, sino de dónde deriva un vocablo y de dónde se forma un nombre y si el verbo se debe poner al principio de la cláusula o al final, y cosas similares de poca importancia y que dan fastidio a quien las escucha: y no hacía yo otra cosa que preguntarle sobre esas fábulas, para que tuviese causa de hablarme más libremente; y aun cuando tal vida deplorase, la soportaba lo mejor que podía, para que Felipe y Juliano se dieran cuenta de su error. Lo cual sucedió muy pronto, porque una noche, estando junto al fuego, empezó Juliano a decir que debería invitar a cierta vecina que tengo aquí y que el no invitarla una noche a cenar denotaba salvajismo, el cual muchos interpretan en mal sentido, y que los hombres que viven avaramente son tenidos por extraños y salvajes.

Pero es necesario que os narre la condición de esta mujer, para que podáis considerar con qué fin uno y otro de ellos me exhortaban a invitarla. Como otra vez os escribí, mi residencia, aunque está muy cerca del palacio, está un poco fuera de mano y en una calle no muy frecuentada y con vecinos de baja clase: sin embargo, junto a ella, en una casa muy conveniente, vive una mujer viuda romana y de buena familia, que ha sido y es buena compañera, y bien que está pasada de edad, tiene una hija de como 20 años que es bella por excelencia, y ha hecho y hace algunos negocios; tiene también un hijo de edad de 14 años, amable y gentil, pero de buenas costumbres y honesto como conviene a esa edad. Y como las casas están próximas y los huertos lindan uno con otro, no he podido evitar entrar en alguna

plática con dicha mujer aunque de lejos, y con frecuencia ha venido a pedirme algún favor con el papa o con el gobernador, y yo en lo que he podido la he ayudado, porque con las viudas y los huérfanos estamos obligados. A esta viuda pues me persuadía Juliano que debía invitar a cenar, y Felipe en relación con el mocito hacía lo mismo, alegando el ejemplo de Alejandro Nasi, que otra vez que estuvo en Roma lo visitaba con frecuencia y siempre por la noche en invierno lo encontraba acompañado por algún vecino, y muchas otras razones, como sabéis que acostumbra. Tanto supieron decirme él y Juliano, que yo consentí en que hicieran lo que les pareciese.

Eran, cuando hacíamos juntos ese razonamiento, cerca de las dos horas de la noche,[1] por lo que no creí que llamasen a casa estos vecinos, y así, cuando ellos se separaron de mí, me puse a escribir una carta a los señores Diez, y estaba en la fantasía de ordenarla de modo de no descubrirles a ellos todos los designios de nuestra señoría, porque no sabía si le agradaría, y tampoco quería que fuera tan seca que ellos juzgasen que yo aquí era poco diligente o de ingenio escaso, o bien que no los tengo en la consideración que corresponde, máxime siendo ellos por toda cualidad los primeros hombres de nuestra ciudad. Y mientras estaba en ese garabateo, apareció la vecina con la hija y el hijo y además un hermano de ella que venía casi como guardia de la brigada. Apenas los vi, los recibí con el modo más agradable que me concede la naturaleza, que ya podéis haber notado que tales recepciones alegres y palabras adulatorias no van conmigo: con todo, me esforcé y terminé la carta en breve conclusión, diciendo que para emitir juicio había que esperar la resolución de los suizos en la dieta de la epifanía.

Así, Juliano con la hija mujer se puso a conversar, y Felipe con el varón, y yo para darles más comodidad llamé a la viuda y el hermano a un lado y empecé a preguntarles por cierto litigio que tienen, a fin de que, ocupados en esa conversación, les diesen tiempo a ellos, y también hasta que llegase la hora de la cena. No podía sin embargo evitar tender alguna vez la oreja a lo que decía Juliano a la Constancia, que así se llama, y eran las más suaves palabras que jamás habéis oído, alabándola por su nobleza, su belleza, su hablar y todas las partes que se pueden alabar en una mujer. Felipe también con el varón estaba en palabras muy bien acomodadas, preguntándole si estudiaba, si tenía maestro y, para entrar más adentro, le preguntaba si dormía con él, de modo que el vergonzoso muchacho bajaba la cara sin responderle. Llegó el momento de la cena, la cual hicimos alegremente; después de ella nos pusimos al fuego, donde pasamos el tiempo en contar cuentos, en hacer proyectos, en decir destrabalenguas y en pláticas varias. Pero os hubierais reído porque, para interrumpir no digo nuestra tranquilidad sino la de ellos, apareció Piero del Bene,[2] el cual yo hubiera querido que no entrase a la cámara, pero no sé desagradar ni disimular, de modo que entró, aunque dándose cuenta de que Felipe y Juliano lo recibían con mala cara, poco tardó en marcharse. Pasamos esa noche dulcemente, y cerca de medianoche las vecinas se fueron y los que quedamos nos fuimos a dormir.



Vittore Carpaccio, Las dos cortesanas, *1490-1495, Museo Correr, Venecia.*

Pero, mi querido Nicolás, no puedo dejar de lamentarme con vos, que por querer contentar a los amigos me he vuelto casi prisionero de esa Constancia. Antes venía una vez una mujer y otra vez otra y yo no les cobraba afición, pero con ellas calmaba las fantasías. Vino ésta que osaré decir que jamás visteis con vuestros ojos mujer más hermosa, ni más galante; y bien que la había visto antes, aunque de lejos, pero desde que se ha acercado me ha gustado tanto que no puedo pensar en otra que ella; y como os he visto a vos alguna vez enamorado y sé cuánta pasión habéis padecido, hago cuanta resistencia puedo en este principio: no sé si seré bastante fuerte y temo que no, y sobre lo que suceda en este caso os escribiré.

He visto los capítulos de vuestra obra[3] y me agradan enormemente, pero si no tengo el resto no puedo daros juicio seguro.

A Donato le escribí la semana pasada cuanto tenía que decir sobre el caso de él: sin embargo, si necesita otra cosa, no fallaré. Bien cierto es que el caso de maestro Manente era más fácil, porque él ganó en el escrutinio y eso es seguro.

Felipe no aprueba que digáis que él se lanza sobre la carroña, porque dice haber querido siempre cosas perfectas, y que sois vos el que se pone delante cualquier cosa sin distinción.

Había pensado hacer más larga esta carta, pero por la prisa la he abreviado, que leo vuestras cartas con tanto gusto que me parece cada día mil días para responderos y recibir cartas de vos, a quien me encomiendo. Cristo os guarde.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

A los 18 días de enero de 1513[4]

---

[1] Es decir, dos horas después de ponerse el sol.

[2] Hombre de negocios florentino residente en Roma.

[3] *El príncipe*.

[4] Según el uso florentino (véase Advertencia).

28. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 4 de febrero de 1514

Al magnífico embajador florentino ante el sumo pontífice, Francisco Vettori su benefactor

MAGNÍFICO embajador. Yo volví ayer de la quinta y vuestro Pablo me dio una carta vuestra del pasado 18, que respondía a una mía de no sé cuándo, de lo cual tuve sumo placer, viendo cuán amorosa se ha mostrado con vos la fortuna y que ha sabido hacerlo tan bien que Felipe y el Brancaccio han llegado a ser con vos un alma en dos cuerpos, o bien dos almas en un cuerpo, para no errar. Y cuando pienso del principio al fin en esta historia de ellos y vuestra, en verdad que si no hubiera perdido mis apuntes la habría insertado entre los recuerdos de las cosas modernas, y me parece que es tan digna de relatarla a un príncipe como cualquier cosa que haya oído este año. Me parece ver al Brancaccio encogido en una silla baja para considerar mejor el rostro de Constancia, y con palabras y con gestos, y con actos y con risas, y movimientos de boca y de ojos y de baba, exprimirse todo, todo consumirse y estar todo pendiente de las palabras, del hálito, de la mirada y del olor y de los suaves modos y la femenina recepción de Constancia.

Volsimi da man destra, e vidi il Casa
che a quel garzone era piú presso al segno,
in gote un poco, e con la zucca rasa.[1]

Lo veo gesticular y moverse ya a un lado, ya al otro, lo veo a veces sacudir la cabeza ante las truncas y vergonzosas respuestas del joven; lo veo, hablándole, hacer ya el oficio del padre, ya el del preceptor, ya el del enamorado, y al pobre mozo estar ambiguo sobre el fin al que quiere conducirlo: y ya duda de su honor, ya confía en la gravedad del hombre, ya siente reverencia por la noble y madura presencia de él. Os veo a vos, señor embajador, a las manos con la viuda y el hermano y con un ojo puesto en el muchacho, pero el derecho, y el otro en la niña, y una oreja a las palabras de la viuda y la otra al Casa y el Brancaccio; os veo responderles a ellos en general y a las últimas palabras, como Eco, y finalmente interrumpir los razonamientos y correr al fuego con pasitos rápidos y largos, un poco inclinado y la mano apoyada en la cintura. Veo, a vuestra llegada, que Felipe, el Brancaccio, el muchacho, la niña se levantan y vos decís: “Sentaos, estad quietos, seguid con vuestros razonamientos”, y tras muchas ceremonias algo domésticas y cómicas todos vuelven a sentarse y entran en alguna plática agradable. Pero sobre todo me parece ver a Felipe cuando llegó Piero del Bene, y si yo supiera pintar os lo mandaría pintado, porque ciertos actos familiares suyos, ciertas miradas de través, ciertas poses irritadas no se pueden escribir. Os veo a la mesa, veo traer el pan, las copas, la mesa y los trípodes, y a todos exhalar, o por mejor decir destilar contento y finalmente desbordar todos en un diluvio de alegrías. Veo por fin a Júpiter encadenado al

carro, os veo a vos enamorado, y así como el fuego cuando se enciende en la leña verde es más potente, así la llama ha de ser en vos mayor, porque ha hallado mayor resistencia. Aquí seríame lícito exclamar con aquel terenciano:[2] *Oh cielo, oh tierra, oh mares de Neptuno*. Os veo combatir por dentro, *y como no están bien juntos, no moran en la misma sede la majestad y el amor*, quisierais convertiros ya en cisne para ponerle un huevo en el regazo, ya en oro para que os llevase en el bolsillo con ella, ya en un animal, ya en otro, con tal de no apartaros de ella.

Y como os espantáis con el ejemplo mío, recordando lo que me han hecho las flechas de Amor, me veo obligado a deciros cómo me he gobernado con él. En verdad, yo lo he dejado hacer y lo he seguido por valles, bosques, barrancos y llanos, y he encontrado que me ha mostrado más predilección que si lo hubiera maltratado. Quitad pues la albarda, quitadle el freno, cerrad los ojos y decid: Haz tú, Amor, guíame tú, condúceme tú: si salgo bien, tuyas sean las alabanzas; si mal, tuyo sea el vituperio: yo soy tu siervo: no puedes ganar nada más con maltratarme, antes pierdes, maltratando lo tuyo. Y con tales y similares palabras, que traspasarían un muro, podréis volverlo piadoso. Así que, patrón mío, vivid contento: no temáis, volved la cara a la fortuna y seguid las cosas que las vueltas del cielo, las condiciones de la tierra y de los hombres os ponen delante, y no dudéis de que romperéis todos los lazos y superaréis todas las dificultades. Y si quisieseis darle una serenata, yo me ofrezco a ir allí con algún hallazgo eficaz para hacerla enamorar.

Esto es lo que tenía que decir en respuesta a la vuestra. De acá no hay nada que contaros, salvo profecías y anuncios de desgracias: que Dios, si dicen mentira, los aniquile, y si dicen verdades las convierta en bien. Yo cuando estoy en Florencia me lo paso entre la tienda de Donato del Corno y la Riccia, y me parece haber llegado a hastiarlos a ambos, porque el uno me llama estorbatiendas y la otra estorbacasas. Sin embargo con el uno y la otra me hago valer como hombre de consejo, y hasta aquí me ha servido tanto esta reputación que Donato me ha permitido calentarme a su brasero, y la otra me deja besarla de vez en cuando, aunque sea a la pasada. Creo que este favor me durará poco, porque he dado al uno y a la otra ciertos consejos, y en nada acerté, de modo que todavía hoy la Riccia me dijo, en ciertos razonamientos que simulaba tener con su sirvienta: "Estos sabios, estos sabios, yo no sé dónde viven; a mí me parece que todos entienden las cosas al revés".

Embajador magnífico, ya véis dónde diablos me encuentro. Bien quisiera conservarlos a ellos, pero para mí no tengo remedio: si a vos, o a Felipe o al Brancaccio se le ocurriera alguno, le agradecería me lo escribiese. Adiós. A los 4 días de febrero de 1513.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] "Me volví a la derecha, y vi al Casa, que del mozo acercábase ya al blanco, con las mejillas hundidas y la cabeza rapada."

[2] *Cf.* Terencio, *Adelphoe*, 790.

29. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 9 de febrero de 1514

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

†A los 9 días de febrero de 1513

MI QUERIDO compadre. No responderé en este principio a la última que recibí de vos, sino que seguiré de donde dejé, que creo que era en el oponerme al amor en cuanto pudiese. Y no creáis que pensase que *no están bien juntos la majestad y el amor*, porque a mí me parece tener más majestad cuando soy Francisco en Florencia que ahora aquí siendo embajador. Pero consideraba que tengo 40 años, tengo mujer, tengo hijas casadas y casaderas; que no tengo bienes para tirar; que sería razonable que todo lo que pudiese ahorrar lo guardase para mis hijas, y cuán vil cosa es dejarse vencer por la voluptuosidad, y que ella es vecina de aquí, y que por ella gastaría y tendría todos los días mil fastidios; y además de esto, por ser bella y joven y galante, tenía que pensar que como me gustaba a mí gustaría también a otros y de otras cualidades que las mías, de modo que podría gozarla poco y estaría en unos celos continuos; y así dando vueltas a estos pensamientos en la cabeza, hice firme propósito de quitármela del todo del ánimo; y en esa fantasía estuve dos días, y ya me parecía estar afirmado de modo que nada me movería de esa opinión. Mas sucedió que al tercer día la madre vino a hablarme, a la noche, y trajo consigo a la hija; y yo que habría jurado defenderme de un hombre cubierto de todas sus armas, con palabras y actos fui amarrado. La madre habló de sus asuntos, después se salió de la estancia y me la dejó sola junto al fuego, y yo no pude evitar hablar con ella y tocarle las manos y el cuello: y me pareció tan hermosa y tan agradable que todos los propósitos que había hecho se me salieron de la cabeza, y deliberé darme preso a ella, y que me gobernase y guiase como le pareciera. Y no quiero deciros lo que sucedió después: baste con que he tenido fastidios y celos más de lo que esperaba. Es cierto que hasta aquí el gasto ha sido menor, pero el ánimo ha estado siempre oprimido. Y cuanto más le hablo, más quisiera hablarle, y cuanto más la veo más la quisiera ver. Sin embargo, fue una suerte que Pedro, mi sobrino, haya venido, porque antes venía a cenar a mi casa cuando le parecía, ahora no viene más, y todavía podríase apagar el fuego, porque no creo que esté ardiendo de modo que esta agua no pueda extinguirlo. Pero, mi querido Nicolás, nunca habéis visto con los ojos cosa más bella: grande, bien proporcionada, más bien gorda que flaca, con un color vivo, un rostro no sé si afilado o redondo, sólo que me agrada; galante, agradable, juguetona, siempre riendo, poco preocupada de su persona, sin aguas ni manchas en la cara: de las otras partes nada quiero decir, porque no las he experimentado cuanto desearía.

No creáis, sin embargo, que no he recibido por esto alguna reprimenda de Felipe y Juliano, o digamos amorosa amonestación; y les he respondido lo que me parece ser la

verdad: que jamás se debe reprender a alguien cuando crees que él conoce que yerra, porque no es otra cosa que acrecentarle la pasión, y no por ello se retrae o aparta del error. Justamente ocurrió que Felipe cayó en lo que reprendía en mí, pero el suyo es el factor de un orfebre, que a su juicio nunca se ha visto cosa igual, pero está marcado para el dueño de la casa, o sea, para el maestro del taller; sin embargo Felipe fue tanteando los pozos y buscando el vado. Yo, que sé lo que son estos romanos, me esforcé, antes que adelantara mucho, por hacerlo retroceder, y no pude, hasta que el maestro lo amenazó y lo hubiera lastimado si no fuera porque él, atemorizado, no sólo ya no mira al muchacho sino que apenas pasa por Banchi donde está su tienda. Tendrá por fuerza que poner asedio a una plaza más débil y que tenga menos guardia, y por eso anda de continuo a las manos con *ser* Sano, de manera que Juliano, que tiene horror de eso, se guarda de andar con él por Roma, y cuando están en casa siempre tienen palabras entre ellos y eligen por árbitro a un escribano mío de la estatura de Piero Ardinghelli, pero no muy entrado en semejantes prácticas, porque ha atendido antes a ejercitar la mano que a otra cosa, que es lo primero que se busca en un escribano.

A quien vive le ocurren diversos casos, y así no me maravillo de que la Riccia en un momento de ira haya denostado el consejo de los sabios, pero no por eso creo que no os tenga amor, ni que no os abra cuando queráis, porque la reputaría ingrata, mientras que hasta ahora la he juzgado humana y gentil. Y estoy seguro de que no la ha vuelto soberbia Antón Francisco, quien mandó aquí por un beneficio a un hermano suyo que me dijo que él ya no duerme en su casa, sino en un huerto cerca de la casa de Bernardo Rucellai que se llama la Riccia, y que lo hace por tener más comodidad para estudiar; pero si la Riccia os cerrase la puerta en la cara, os atendréis al Riccio de Donato, el cual no muda con la fortuna, sino que tiene nervio y espalda y sigue a los amigos bajos antes que a los altos.

Y hablando del Riccio, no quiero olvidar a Donato. Yo siempre he sido más ahorrativo con el dinero ajeno que con el mío, y por eso no he usado su comisión. Quisiera yo que Donato averiguase de Jacobo Gianfigliazzi si cree que Lorenzo lo hará embolsar como me lo prometió: si lo cree, no entremos a gastar más de lo que se ha gastado hasta ahora; si no lo cree, usaremos los remedios que él me escribe. Y en cuanto esté embolsado pensaremos en hacerlo sacar, y creo que nos saldrá, así que pensad si os agrada este modo, porque yo haré lo que vosotros queráis. Y no tengo más que decir por ésta. Cristo os guarde.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

30. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Florencia, 25 de febrero de 1514

Al magnífico embajador florentino Francisco Vettori ante el sumo pontífice de mi mayor respeto

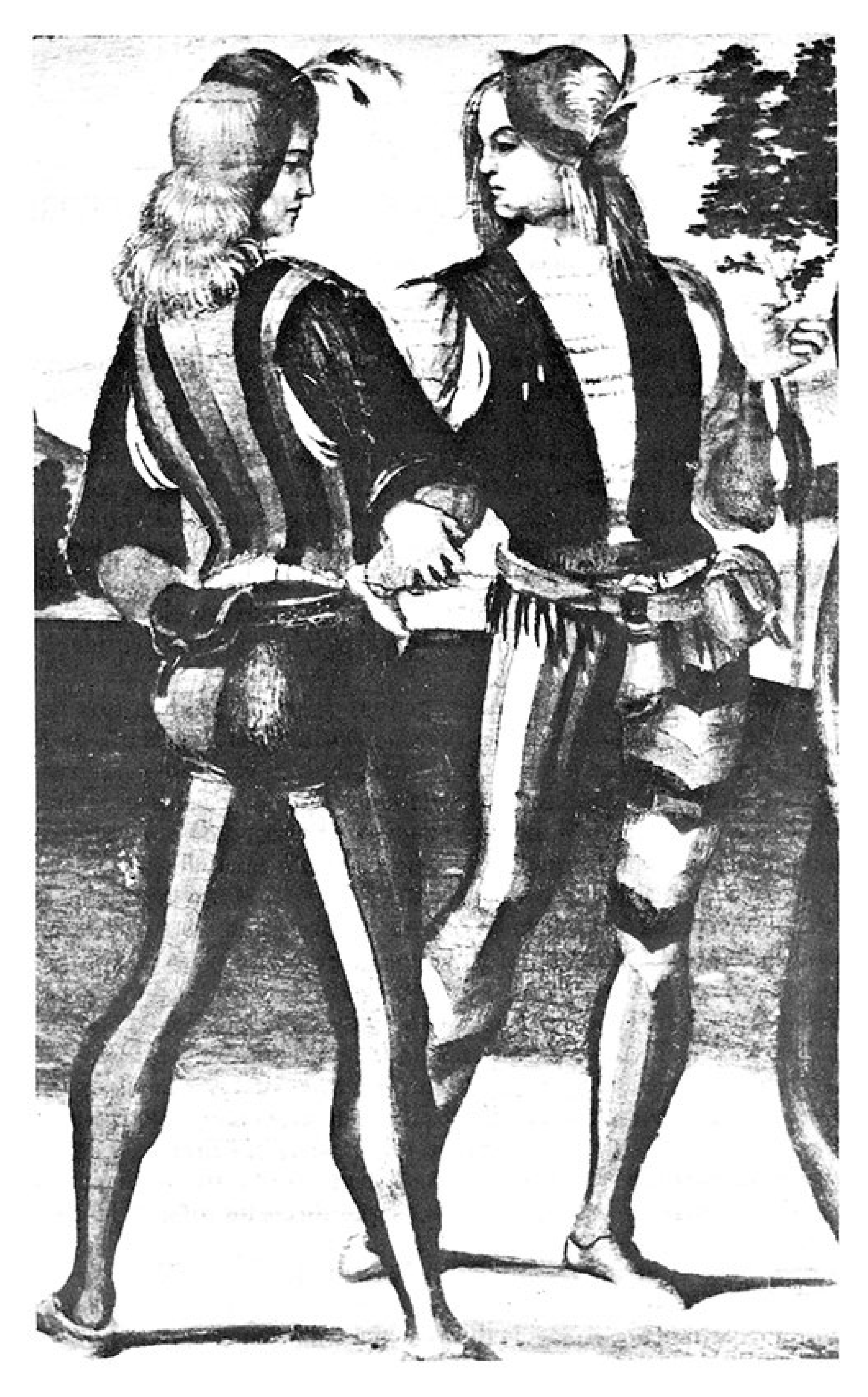
En Roma

MAGNÍFICO embajador. Recibí una carta vuestra de la otra semana, y me he demorado hasta ahora en responderos, porque deseaba conocer la verdad de una nueva que os escribiré aquí en seguida: después responderé a las partes de la vuestra convenientemente. Ha ocurrido una cosa gentil, o bien, para llamarla por su recto nombre, una metamorfosis ridícula y digna de ser anotada en los antiguos papeles. Y como no quiero que nadie pueda dolerse de mí, os la narraré por ocultas parábolas.

Giuliano Brancacci, verbigracia, ganoso de irse al bosque, una noche entre las otras de la semana pasada, después del Ave María de la tarde, viendo que el tiempo estaba oscuro, soplaba el viento y lloviznaba un poco (señales todas que es de creer que los pájaros esperan), volvió a su casa, se calzó un par de zapatos gruesos, ciñóse un morral, tomó un farol, una campanilla al brazo y una buena albanega, pasó el puente de la Carraia, y por la calle del Canto dei Mozzi llegó a Santa Trinita, y entrando al barrio del Santo Apóstol, anduvo un rato serpenteando por esas callejuelas que tiene en el medio, y no encontrando pájaros que lo esperasen, se volvió hacia vuestro batihoja y por debajo de la Parte Güelfa atravesó el Mercado, y por Calimala Francisca llegó bajo el Techo de los Pisanos, donde hurgando detenidamente por todos esos recovecos encontró un tordito, el cual con la albanega, la luz y la campanilla fue por él cazado y con arte conducido al fondo del barranco bajo la casona en ruinas donde vivía el Panzano, y entreteniéndolo y hallándole la vena ancha, y besándolo varias veces, le rescató dos plumas de la cola y por fin, según dicen los más, se lo echó al morral.

Pero pues el temporal me fuerza a salir de bajo cubierta, y las parábolas no bastan, y esta metáfora ya no me sirve, quiso saber el Brancaccio quién era él, y él le dijo, verbigracia, que era Miguel, nieto de Consiglio Costi. Dijo entonces el Brancaccio: “Sea en buena hora, tú eres hijo de un hombre de bien, y si eres sabio, has hallado tu ventura. Sabe que soy Felipe Casavecchia, y tengo tienda en tal sitio; y como no tengo dinero conmigo, ven tú o manda mañana a la tienda, y yo te satisfaré”. Llegada la mañana, Miguel, que era más malo que apocado, envió un mandadero a Felipe con una nota pidiéndole lo adeudado y recordándole su obligación, al cual Felipe le puso mala cara, diciendo: “¿Y éste quién es, o qué quiere? Yo no tengo nada con él; dile que venga aquí”. A lo cual, vuelto el mensajero a Miguel y relatada la cosa, no se atemorizó el niño, sino que animosamente fue a buscar a Felipe, le enrostró los

beneficios recibidos y concluyó diciéndole que puesto que él no tenía reparo en engañarlo, él no tendría reparo en avergonzarlo; a lo cual Felipe, pareciéndole verse trabado, se lo llevó adentro y le dijo: “Miguel, a ti te han engañado; yo soy un hombre muy formal y no me ocupo de esas maldades, así que es mejor pensar cómo se habrá de descubrir este engaño, y que quien ha recibido placer de ti te recompense, que entrar por esa vía y que tú me avergüences sin ganar nada. Para eso harás como yo te diga: vete a tu casa y vuelve conmigo mañana, y yo te diré lo que haya pensado”. Partióse el muchacho todo confundido; con todo, como le había dicho que volviera, se resignó. Y al quedarse solo Felipe, angustiado por la novedad de la cosa y escaso de partidos, fluctuaba como el mar de Pisa cuando le sopla la galerna en el trasero. Porque decía: si me quedo callado y contento a Miguel con un florín, paso a ser la viña de él, me convierto en su deudor, confieso el pecado, y de inocente me vuelvo malvado; si niego sin descubrir la verdad de la cosa, tengo que justificarme con los demás; todas las culpas serán mías. Si trato de descubrir la verdad, tendré que acusar a alguien, podría no acertar, me haré esa enemistad y con eso no quedaré justificado.



Luca Signorelli (1445-1523), Adoración *(detalle), Galleria degli Uffizi, Florencia*.

Y estando en esa ansiedad, por partido menos malo tomó el último, y tan favorable le fue la fortuna, que la primera mira que puso la puso en el centro mismo, y pensó que Brancaccio le había hecho esa villanía, pensando que él era aficionado al bosque y que ya otras veces le había hecho bromas, como cuando lo prometió en el convento de los Siervos. Y sobre esto fue a ver, verbigracia, a Alberto Lotti, y le relató el caso, le dijo su opinión y le rogó que hiciera

venir a Miguel, que era pariente suyo, a ver si podía averiguar la cosa. Juzgó Alberto, como práctico y entendido, que Felipe tenía buen ojo, y tras prometerle francamente su ayuda, mandó por Miguel y sondeándolo un poco vino a esta conclusión: "¿Te daría el corazón, si oyeras hablar al que dijo ser Felipe, para reconocerlo por la voz?" A lo cual respondiendo el muchacho que sí, lo llevó consigo a San Hilario, donde él sabía que se refugiaba el Brancaccio, y poniéndose a sus espaldas, tras de haber visto que el Brancaccio se sentaba entre un montón de brigadas a contar cuentos, hizo que el niño se le acercara tanto que lo oyó hablar; después le dio la vuelta y al verlo el Brancaccio todo demudado se le quitó de delante, con lo que la cosa pareció clara, de modo que Felipe ha quedado en todo exculpado, y el Brancaccio avergonzado. Y en Florencia este carnaval no se decía otra cosa que: "¿Tú eres el Brancaccio, o eres el Casa?", *que fue la fábula celebradísima en todo el cielo*.[1] Yo creo que esta noticia la habréis tenido por otras manos, pero he querido decírosla más en particular porque me parece ser mi obligación.

A la vuestra nada tengo que decir, sino que sigáis el amor *con todas vuestras fuerzas*, y que el placer que tengáis hoy no lo tendréis mañana, y si la cosa está como me habéis escrito, os envidio más a vos que al rey de Inglaterra. Os ruego que sigáis a vuestra estrella, y no dejéis perder la mínima cosa por nada del mundo, porque yo creo, creí y creeré siempre que es verdad lo que dice Boccaccio: que es mejor hacer y arrepentirse, que no hacer y arrepentirse.

A los 25 días de febrero

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 189 (se refiere a la captura de Venus y Marte en una red fabricada por Vulcano).

31. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, febrero-marzo de 1514[1]

NO QUIERO dejar de lado el daros noticia del modo de proceder del magnífico Lorenzo, el cual ha sido hasta ahora de manera que ha llenado de buena esperanza a toda esta ciudad; y parece que todos empiezan a reconocer en él a la feliz memoria de su antepasado. Porque su magnificencia es solícita en los negocios, liberal y grato en la audiencia, tardo y grave en la respuesta. El modo de su conversar es de suerte que se aparta de los demás lo justo para que no se conozca en él soberbia, y no se mezcla de modo que por demasiada familiaridad genere poca reputación. Con los jóvenes igual que él tiene tal estilo, que ni los aliena de sí ni tampoco les da ánimo de hacer alguna juvenil insolencia. Se hace, en suma, amar y reverenciar antes que temer; lo que en cuanto es más difícil de observar, es tanto más encomiable en él.

El orden de su casa es tan ordenado, que aun cuando se ve en ella mucha magnificencia y liberalidad, sin embargo no se aparta de la vida civil; de modo que en todos sus progresos extrínsecos e intrínsecos no se ve cosa que ofenda o que sea reprensible, de lo cual parece que todos están contentísimos. Y aunque sé que de muchos oiréis esto mismo, me ha parecido bien describíroslo, para que con mi testimonio tengáis de ello el placer que tenemos todos nosotros que continuamente lo observamos, y podáis, cuando tengáis ocasión, dar fe de ello por mi parte a la santidad de nuestra señoría.

---

[1] Roberto Ridolfi encontró el original autógrafo de este documento que, más que carta, parece ser un fragmento o quizá un agregado a una carta, y ubicó su composición en la estadía de Nicolás Maquiavelo en Florencia en febrero-marzo de 1514. Lorenzo se había hecho cargo del gobierno de Florencia desde agosto de 1513.

32. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Florencia, 16 de abril de 1514

Al magnífico embajador Francisco Vettori, etcétera

¿SERÁ, pero dentro de mil años, reprensible que os escriba yo otra cosa que fábulas? Creo que no, y por eso he pensado, pospuesto todo reparo irrazonable, suplicaros que me devanéis una madeja que tengo en la cabeza.

Yo veo al rey de España, el cual desde que entró en Italia ha sido siempre el primer motor de todas las confusiones cristianas, colocado al presente en medio de muchas dificultades. Paréceme primero que a él no le conviene que Italia esté con esta cara, y que no puede soportar en ella tanto poder de la Iglesia y de los suizos, pareciéndole tener más temores por el estado de Nápoles ahora que cuando estaban allí los franceses, porque entre Milán y Nápoles estaba entonces el papa que no debía dejar enseñorearse del reino a los franceses, por no quedar en medio, pero ahora entre el papa, los suizos y él no hay en medio nadie. Paréceme además que el estar las cosas al otro lado de los montes en guerra no le conviene, porque siempre puede quedar la guerra en tablas, como el año pasado. Y sería necesario a la larga que el rey de Francia venciera o perdiese, y ni en uno ni en el otro de esos casos está la seguridad de España; y si no naciese una tercera cosa, que se agotasen, podrían volverse todos en contra de la causa de sus males, porque hay que creer que serán conocidas sus trampas, y que habrán comenzado a generar contra él fastidio y odio en los ánimos de amigos y enemigos.

Concluyo pues que como las cosas en su ser presente no le convienen, tendrá que ingeniarse por variarlas. Si quiere variar las de Italia con mayor seguridad suya, le conviene sacar a los suizos de Milán y no poner allí a Francia. Para eso tiene dos dificultades, una cómo podrá sacar a los suizos sin Francia, la otra, a quién debe poner allí. Porque considerando el primer caso, yo no creo que Francia consienta jamás en venir con todas sus fuerzas a Lombardía si no es para quedar como amo; y si el pacto fuera que viniese para darla al segundo hijo del rey Felipe como yerno suyo,[1] o a otro, no sé cómo lo cumpliría, hallándose más potente en fuerzas, a menos que sea un tarugo, ni sé cómo podría España fiarse de esa promesa. De que pueda sacar a los suizos sin Francia, yo creo que todos dirán que no, porque considerando quiénes son, dónde están, cuántos son y el ánimo que han tomado, juzgará que sin las fuerzas de aquel rey es imposible sacarlos. La segunda dificultad está en el darlo: a la Iglesia no creo que se lo dé, a los venecianos mucho menos, tomarlo para sí mismo no puede. Podría dárselo, como se dice, al nieto, lo que es más razonable, pero no hay en ello seguridad ninguna para él, porque por ahora vendría a dárselo al emperador; y como el emperador se viese gobernador de Milán, en seguida le vendría el deseo de ser emperador de Italia, y empezaría por Nápoles, donde los alemanes tienen derecho anterior al de los españoles.

Después veo, si se tomase para el archiduque contra la voluntad de los suizos, dificultad para conservarlo, especialmente sin las armas de Francia, porque si los suizos no pueden contener la creciente cuando venga, la dejarán pasar, y después que haya pasado regresarán; porque saben que si un duque no tiene siempre allí 20 000 infantes y 6 000 caballos por lo menos, jamás estará seguro de ellos, y para contenerlos no bastan España y el emperador. De aquí nace que los suizos, a pesar de las pláticas que oyen que hay sobre dar ese ducado al archiduque, están firmes contra Francia y no muestran preocuparse por esas pláticas, porque estiman que otro que Francia no puede conservar ese ducado contra la voluntad de ellos, y por eso se oponen a Francia y de los demás se ríen.

Quisiera por lo tanto, señor embajador, que me respondierais vos primero si estas suposiciones mías os parecen verdaderas, y ya que os lo parezcan, que me las resolváis, y si queréis conocer la resolución mía, de buen grado os escribiré sobre ello largamente.

Son oficiales del Monte el magnífico Lorenzo, Lorenzo Strozzi, Lorenzo Pitti, Roberto de Ricci y Mateo Cini. No han nombrado oficiales de ventas, falta la composición de ellos, y yo tengo que caerles en las manos con nueve florines de diezmo, que se me van por año 40 florines y tengo de entrada 90 o menos. Yo me rebusco aquí lo mejor que puedo. Si a vos os pareciera bien escribir una carta a alguno de esos oficiales, dando fe de mi imposibilidad, a vos me remito. Al magnífico no hace falta escribirle porque no asiste a las reuniones, basta con uno o dos de los otros.[2] A los 16 días de abril de 1514.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Fernando de Habsburgo, hermano de Carlos; se pensaba en casarlo con Renata de Francia, hija del rey.

[2] Vettori escribió efectivamente a los oficiales del Monte, recomendando a Nicolás Maquiavelo, que “es pobre y bueno, y dígase lo que se quiera, ésa es la verdad, y yo puedo dar fe de ello…”

33. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI

Florencia, 20 de abril de 1514

Señor Juan de Francisco Vernacci

En Pera[1]

QUERIDÍSIMO Juan. He recibido dos cartas tuyas últimamente, por las cuales me encargas que vea de retirar esos dineros de la monja del Monte, a lo cual atenderé en cuanto se pueda, porque hasta que pase la octava de Pascua no puedo hacerlo porque no se puede ir a los monasterios. Atenderé a ello después, y de lo que suceda te daré noticia.

Veré con Lorenzo y con otros si puedo encaminarte algún negocio, y pudiéndose lo sabrás.

Hay un artífice riquísimo que tiene una hija algo coja, pero por lo demás bella, buena y para mucho; y según los demás artífices es de buena familia, que tiene taller. Yo he pensado que si él te diera al contado 2 000 florines de sello, y prometiese abrirte una tienda de arte de lana y hacerte de ella socio y gobernador, por ventura sería conveniente para ti tomarla por mujer, porque creo que te quedarían 1 500 florines, y con ellos y con la ayuda de tu suegro podrías hacerte honor y bien. Yo lo he pensado así al pasar, y me pareció bien escribirte para que lo pienses y me avises cuanto antes, y de parecerte bien me encargues de ello. Cristo te guarde. En Florencia, a los 20 días de abril de 1514.

NICOLÁS MAQUIAVELO

P. S. Se podría hacer que tardaras dos o tres años en desposarla, si tú quisieras quedarte algún tiempo por allá.

---

[1] Suburbio europeo de Constantinopla.

34. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 16 de mayo de 1514

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, etcétera

†A los 16 días de mayo de 1514

DE LAS suposiciones que hacéis apruebo alguna en todo, y alguna se aparta un poco de mi fantasía. Apruebo la primera: que el rey de España, desde que entró en Italia, ha sido causa de tenerla siempre en guerra, y que eso lo ha hecho porque, pareciéndole tener el reino de Nápoles con mucha dificultad, cuando ha visto a alguno más grande que él ha tenido miedo de que le quite ese estado y ha inspirado sospechas a otros, a fin de tener compañeros para disminuir al que ha visto grande. No me parece ya que en el presente deba tener igual o mayor desconfianza del papa y de los suizos que tenía de los franceses, porque los franceses eran valerosos con las armas y estaban allí siempre, tenían parte en el reino: él se lo había usurpado con fraudes y trampas y podía suponer que de continuo pensaban en recuperarlo, aunque estuviera en medio el papa, al cual no le convenía que el reino de Nápoles y el ducado de Milán estuvieran en manos del mismo. Se podía suponer que el papa estaba deseoso de adquirir imperio para la Iglesia, y de ello se vieron señales, de modo que fácilmente podía surgir un acuerdo entre los franceses y el papa, que lo ayudasen a tomar ese reino, y el odio que tenían los franceses por los españoles era tal que hacía pensar que prestarían oídos. Ahora el papa no puede expulsar a los españoles del reino por sí mismo, sino que tiene necesidad de los suizos, los cuales quieren mucho dinero; tiene que conducirlos desde el principio de Italia hasta el fin de ella, y es preciso que la preparación se vea; no tiene parte en el reino; es hombre deseoso de tranquilidad; no tiene las armas en la mano por sí mismo, sino que necesita fiarse de otros, aunque tenga al magnífico Juliano. Él no ha tenido experiencia hasta ahora; no tiene soldados propios, y tendrá que emplear soldados mercenarios: si son de los Colonna, jamás le conservarán ese estado, porque no querrán; si son de los Orsini, los colonneses que combatan por la facción le harán tal resistencia que será imposible que haga progresos. Y por esto concluyo que España tenía más miedo de Francia cuando era señor de Milán, que al presente del papa con los suizos.

Convengo con vuestra opinión de que a España no le conviene la guerra del otro lado de los montes entre Francia e Inglaterra, y desea detenerla por las razones que decís, las cuales mucho me satisfacen. Creo además que quisiera que las cosas de Italia mudasen, máxime las de Milán, y que quisiera sacar de ese estado al duque presente, que sería sacar a los suizos,[1] y no poner a Francia. Y creo que no querrá llegar a la guerra con los suizos, ni querrá entrar en posesión con ayuda de Francia, porque temería lo que decís, que si Francia viene gallardo a

tomar ese estado se lo guardará para él. Y no es de creerse que quiera que ese estado pase a manos de la Iglesia, ni a manos de los venecianos, ni que piense poder tomarlo y guardarlo para sí: no que no fuese su voluntad, sino que sabe que tendría en contra a los suizos, al emperador y a todos los pueblos. Pero él calcula que el rey dará su segunda hija a Fernando su nieto,[2] y por dote los derechos sobre Milán, y que se comprometerá a ayudarlo con tantas tropas a expulsar al presente duque, y piensa que eso tendrá que consentirlo el emperador, y creo que le saldrá. Planea después que cuando se descubra ese acuerdo, el duque presente se asustará, y que sus gobernadores, que son todos imperiales, lo convencerán de llegar a un acuerdo, y que así, sin esperar guerra y sin que tengan que venir gentes de Francia, entregará las fortalezas en manos del dicho Fernando, y los pueblos tendrán que aceptar a sus tropas, y así sin guerra llegará a ser señor de aquel estado; y mucho lo será, si lo toma el nieto, que tiene 10 años, y lo ha criado y acostumbrado él entre hombres españoles y piensa que lo gobernará, especialmente hasta que tenga 20 años. Y creo que así como el duque presente contenta a los suizos con dinero, también él hará lo mismo, y que ese joven tendrá en su favor a la parte güelfa, por tener los derechos de Francia y a su hija por su esposa, y a la parte gibelina por ser nieto del emperador; y si bien conoce el ánimo del emperador, inclinado a la guerra e inestable, y sabe que si gobernara Milán le vendrían las ganas de tomar Nápoles, no cree que eso pueda suceder, porque piensa que será él quien gobernará al muchacho, y habiéndose nutrido junto a él, parece apropiado que tenga ministros españoles, los cuales hasta que sepa gobernarse por sí mismo lo mantendrán en esa opinión; y no teme a los suizos, a los cuales contentará con dinero. Además de esto, ese estado tendrá en su favor a Francia, que está al lado, y la parte de Alemania que tiene el emperador. Ahora, compadre, si me preguntaseis si estas cosas de que está persuadido España son razonables, os diría que no; sin embargo, como me escribisteis el año pasado[3] y lo recuerdo, este Católico, con todos los grandes progresos que ha hecho, hay que tenerlo antes por afortunado que por sabio; y para que mejor se vea esto, examinaremos un poco sus acciones públicas, y dejaremos de lado las que ha hecho en España y contra los moros, porque de ésas no tengo noticia cierta; hablaremos de lo que vos y yo recordamos.

En el 94 él, para recuperar Perpiñán, hizo un acuerdo con el rey Carlos;[4] no se cuidó del parentesco, no cuidó el honor en que la Casa de Aragón perdiese un reino, no pensó que acrecentando al rey de Francia con un estado tan grande como el reino de Nápoles era fácil que se pusiera tan gallardo que pudiera quitarle de nuevo Perpiñán y otras cosas. Más tarde se dio cuenta del error que había cometido, y sin cuidarse de la fe empeñada, después que Francia tomó Nápoles hizo un acuerdo con el emperador y con el papa, con Milán y con los venecianos, y no pensó en lo que ocurrió, que estos otros harían un acuerdo y la guerra se le iría encima a él, como le sucedió; pero lo ayudó la fortuna, porque el rey Carlos murió. Después el actual rey quiso venir a tomar Milán, que era tomar una puerta al reino: él no lo impidió, ni lo prohibió con palabras. Tomó Milán, y fácilmente podía tomar Italia; él no se metió para nada, ni cuando el papa tiranizaba Roma, ni cuando el Valentino destruía y saqueaba Italia.[5] Vino al rey de Francia el deseo de tomar Nápoles, y él acordó quedarse con la mitad,[6] y podía pensar que siendo los franceses tan fuertes en Italia, habían de expulsarlo de

la parte que le tocaba. El mal gobierno de los franceses y la prudencia de Consalvo hicieron que saliera lo contrario, y con arte, engaños y promesas le hizo al rey de Francia lo que éste no supo hacerle a él. Lo dejó después tomar Génova,[7] y en ese momento, si hubiera querido seguir, tomaba el reino y todo el resto de Italia. Se hizo el acuerdo de Cambray[8] y España consintió, cuando fácilmente podía comprender que si Francia vencía, podía lo que quisiera; si vencían los venecianos, lo mismo, y uno y otro eran en su perjuicio. Pero apenas Francia triunfó le pareció estar en peligro, y contra la razón, porque había visto las señales de que él no quería pasar de sus términos. Sin embargo siguió en ese pensamiento, e infundió la sospecha al papa, y le ofreció defenderlo, y comenzó a ayudarlo con sólo 300 lanzas, que no contentaba al papa y actuaba contra el rey. El papa perdió, y si *messer* Juan Jacobo[9] seguía la victoria, el reino de Nápoles estaba perdido. De nuevo acordó con el papa,[10] y sucedió la derrota de Ravena, que entonces el reino ya no tenía remedio: fuéronle favorables la fortuna y las disputas que había entre Sanseverino y Trivulcio; sin embargo, no contento con eso, con un jefe más dispuesto a estar en su cámara que en el campo y él a mil millas de distancia, repuso al virrey, el cual puso dos veces ese ejército al tablero que si lo derrotaban hubiera seguido la ruina de sus estados, como cuando vino a Florencia donde corrió peligro, y no le convenía al rey reponer a un cardenal que tiene que depender del papa en casa; la otra este año, en Vicenza, cuando se metió en una situación en que sólo la poca paciencia de Bartolomé d'Alviano podía ayudarlo. Pero el año pasado, cuando hizo la tregua ¿no entregó otra vez Italia en manos del rey de Francia? No supo serle ni amigo ni enemigo. Así que quien considere bien sus acciones lo juzgará afortunado, y que todo le ha corrido bien; pero que lo haya comenzado como prudente, eso nadie de buena mente lo podrá juzgar.

Mi compadre, yo sé que este rey y estos príncipes son hombres como vos y como yo, y sé que nosotros hacemos muchas cosas al azar, y de las que nos importan muy mucho, y así debe pensarse que las hagan ellos. Este rey de España ama mucho a Fernando su nieto, y quisiera darle un estado en Italia, y la voluntad lo transporta de modo que no ve todos los peligros en que se mete. Además de eso, a quien está acostumbrado a ganar le parece que no puede perder nunca. Me he acordado de otro error suyo. Él hizo todo lo posible para que el papa León fuera elegido papa, y así había dado orden a sus agentes, cuando se enteró de que Julio estaba enfermo; y no advertía que hacía un papa de los más nobles que hay en la corte, de más estado y reputación, y que el reino de Nápoles siempre había sido molestado por los pontífices; que debió esforzarse porque fuera elegido un papa de la facción de él, pero débil. Y apenas ayudó a hacerlo papa, hizo la tregua con Francia sin hacerle saber una palabra, que no fue otra cosa que empezar a perder el beneficio que le había hecho. Y así, quien fuese examinando bien, encontraría otros que no tengo ahora en la fantasía.

Si he de deciros bien cómo lo entiendo, a mí no me parece que a España le convenga ese matrimonio:[11] primero, porque España no tiene en sus manos el estado, sino que lo tiene el presente duque: necesita pues acordar con Francia que lo ayude a retomarlo, porque por sí mismo no puede, habiéndose visto prueba de que los suizos lo han defendido contra mayor ejército que el de él; y no puede esperar tanta ayuda del emperador que pueda creer con ella entrar en posesión del estado, porque él no tiene gente ni dinero suficientes para oponerse a

los venecianos derrotados y arruinados, no digamos ayudar a otros. Si lo ayuda Francia, tiene parte en el estado, y se hará señor de él; y como decís vos, si no es tarugo, lo retendrá para sí y no le preocupará lo que dicen muchos, que por garantía querrá España a la hija en sus manos, porque sabe bien que a una hija de cinco años no se le harán más que honores y caricias, y se vengará de España con las mismas artes con que ha sido ofendido por él muchas veces. Tampoco le conviene a España hacer correr la voz de que quiere hacer ese matrimonio, que asusta a toda Italia, porque si hubiera en ella alguna virtud, no está tan débil de gentes de armas ni de dinero que con contratar 6 000 suizos, que se consiguen pronto, no pudiese arruinar a ese ejército español que en realidad no tiene más que 3 000 infantes y 600 lanzas; y si el ejército fuera derrotado sería fácil expulsarlo del reino, y él no podría repararlo pronto, y Francia, que tiene sus tropas en orden, se quedaría a ver el juego y se reiría. Vese también que España ha amado siempre mucho a ese virrey suyo, y por error que haya hecho no lo ha castigado, antes lo ha hecho más grande; y se puede pensar, como muchos dicen, que es hijo suyo y que tiene la fantasía de dejarlo rey de Nápoles. Si pone a ese otro nieto suyo en Milán, este otro designio está derrotado, porque se hará tan grande que no sólo Nápoles, donde tendrá muchos derechos, sino todo el resto de Italia podrá tomar fácilmente. No quiero hablar de si a Francia le conviene ese matrimonio o no, porque él me parece conducido por la fuerza, porque ha tenido ya varios años muchos gastos y tan mala suerte, que yo creo que no ve la hora de salirse de guerras.

FRANCISCO VETTORI

---

[1] Véase la carta 8, nota 1.

[2] Véase la carta 32, nota 1.

[3] Véase la carta 11.

[4] Con Carlos VIII de Francia, en contra de su pariente Federico III de Aragón, rey de Nápoles.

[5] El papa es Alejandro VI Borgia (originalmente Borja, de Borja, Aragón); el Valentino era su hijo César Borgia, duque de Valentinois.

[6] Con el tratado secreto firmado en Granada el 11 de noviembre de 1500.

[7] En 1507.

[8] El 10 de diciembre de 1508.

[9] Juan Jacobo Trivulcio, comandante del ejército francés.

[10] Con la Liga Santa del 1º de septiembre de 1511.

[11] Entre Renata de Francia y Fernando de Habsburgo.

35. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 10 de junio de 1514

Al magnífico embajador florentino ante el sumo pontífice Francisco Vettori

En Roma

MAGNÍFICO embajador. Yo recibí dos cartas vuestras estando en la quinta, donde con mi brigada me encuentro, que me mandó Donato de parte del Brancaccio. Diles la respuesta que me pareció conveniente, acerca de mis cosas privadas y acerca de vuestro amor y otras cosas. Pero al venir a Florencia hace dos días, las olvidé, de modo que, por parecerme fatigoso reescribirlas, os las mandaré otra vez. Y por ahora os escribiré ésta, para que sepáis que las vuestras llegaron bien, y brevemente os diré que no fui ahí detenido por las razones que vos ahora me aclaráis, las cuales antes entendía por mí mismo.

Me estaré pues aquí entre mis piojos, sin hallar hombre que de mi servidumbre se acuerde, o crea que pueda yo ser bueno para algo. Pero es imposible que pueda estar mucho así, porque me consumo y veo que si Dios no se muestra más favorable, un día me veré obligado a salir de mi casa y emplearme como repetidor o amanuense de algún condestable, si no puedo hacer otra cosa, o meterme en algún lugar desierto a enseñar a leer a los niños, y dejar aquí a mi brigada, que haga de cuenta que me he muerto; a la cual le irá mucho mejor sin mí, porque yo le resulto costoso por estar habituado a gastar y no poder hacer nada sin gastar. No os escribo esto porque quiera que os toméis por mí molestia o fastidio alguno, sino sólo por desahogarme y para no volver a escribiros sobre esta materia, como la más odiosa posible.

En cuanto a vuestro amor, os recuerdo que son maltratados por el Amor los que, cuando él vuela a su regazo, quieren cortarle las alas o amarrarlo. A ellos, por ser niño e inestable, les arranca los ojos, los hígados y el corazón. Pero los que cuando acude se gozan con él y lo miman, y cuando se va lo dejan irse, y cuando vuelve lo aceptan de buen grado, siempre son honrados y acariciados por él, y bajo su imperio triunfan. Por lo tanto, compadre, no queráis poner reglas a uno que vuela, ni cortar las alas a quien por cada pluma echa otras mil, y así gozaréis. A los 10 días de junio de 1514.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

36. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 27 de julio de 1514

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, etcétera

†A los 27 días de julio de 1514

MI COMPADRE. No os maraville que no haya yo respondido a una vuestra del 10 de junio, porque esperaba la que decís haber dejado en la quinta y quería responderos después. Además de esto, me parecíais en ella demasiado afligido, y yo no podía consolaros como hubiera deseado y como deseo, porque no habría carga ni fatiga ni molestia que por vos no tomase. Y aun cuando por la mía os decía el reparo que había tenido para no llamaros aquí, os digo por ésta que cuando os resulte conveniente no miréis en eso y vengáis libremente como si a vuestra casa vinieseis. Porque aun cuando a mí me caen en la cabeza más dudas que a todos los demás hombres, sin embargo me cuido de ofender a nadie, y sea después lo que quiera.

Por la vuestra del 22 de este mes entiendo lo que me escribís sobre Donato, y por eso quiero responderos todo lo que he operado en este caso, y por qué pedía la letra de 100 ducados. Hace un año Donato me escribió que deseaba ser embolsado, y así de parte de él lo solicité al magnífico Juliano, y él escribió sobre ello a Lorenzo, y no sé qué efecto tuvo la carta, salvo que Donato me volvió a pedir lo mismo, de modo que yo, juzgando que la carta de Juliano no daba fruto, pedí una al cardenal de Médicis. Prometió hacerla, pero mientras tanto Lorenzo vino aquí, en diciembre pasado, y entonces hice que el cardenal le hablara de ello, y yo también, y él prometió ampliamente hacerlo embolsar.

Sucedió después que Donato y también vos pensasteis que era mejor que nos diera una carta, diciendo que en eso gastaríais 100 ducados. Yo, que no confiaba en una carta simple del cardenal, lo comenté con el amigo que sabéis,[1] diciéndole: “Si nos sale, obtendremos cien ducados”. Él dijo: “Haz que el cardenal me lo encargue, y después déjame hacer a mí”. De modo que la hice dar, no una vez, sino dos, y entonces os pregunté por carta cuándo vencía el plazo. Como sabéis, el plazo era largo, de modo que por entonces no se pudo hacer nada.

Comencé después a recordarlo a los señores, y encontré al amigo con disposición distinta de la anterior. Temí que desconfiara por los 100, pensando que, pues debía recibirlos de mí, yo sería su garantía. Por eso le escribí a Donato que hiciera que el dinero estuviera aquí. Y no lo hice porque, aunque sea yo pobre, no pueda gastar 100 ducados por un amigo, sino sólo para poder decirle: Aquí está la carta de aviso al banco tal, que me pague el dinero cuando yo quiera. Y sucedió que justamente una mañana que el amigo almorzaba conmigo, llegó una carta de Donato con otra adjunta para Piero del Bene y compañía.[2] Preguntóme él qué carta era, y se lo dije. Y de inmediato envié a uno a llevar la carta a Piero del Bene, a preguntar si me la

pagarían cuando quisiese. Ellos respondieron que sí la pagarían, pero que no querían estar obligados dos meses, sino que les bastaba con estar obligados seis días. Esta respuesta no lo satisfizo; y si bien yo le dije: “Yo haré que me den el dinero, y en cuanto la cosa esté hecha lo tendréis”, no le agradó, como que no quería recibirlos de mí. Y yo en realidad no quería tocar los dineros hasta que hubiera seguido el efecto; porque no quiero que haya jamás hombre que piense que por un asunto semejante quiera hacerme valer ni engañar a nadie. Bastábame solamente que los del Bene dijeran que me pagarían los 100 ducados cuando yo quisiera en un plazo de seis meses, y yo le hubiera podido mostrar al amigo eso y quizá lo habría satisfecho. Pero ellos querían dármelos contantes, que no era lo que se necesitaba. Sin embargo, así está el caso. De nuevo reanudaré este hilo y, si él quiere escribir en nombre del cardenal, sea en buena hora; si no, de cualquier modo conseguiré una carta del cardenal a Lorenzo, escribiré otra yo, y veremos qué efecto se obtiene. No estorbaría en nada que Donato hiciese alguna obra con el magnífico Juliano, que creo que sería apropiado. Pensad que de lo que tengo que hacer no dejaré nada, y que soy todo vuestro y de él. Cristo os guarde.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

---

[1] Piero Ardinghelli. Véase la carta 22.

[2] *Cf*. la carta 27.

37. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Florencia, 3 de agosto de 1514

Al magnífico embajador Francisco Vettori, etcétera

VOS, compadre, me habéis tenido todo festivo con las noticias del amor vuestro de Roma, y me habéis sacado del ánimo infinitas molestias, con leer y pensar en los placeres y en las furias vuestras, porque no están bien los unos sin las otras. Y verdaderamente la fortuna me ha conducido al punto en que podría volveros justa recompensa, porque, estándome en la quinta, he conocido a una criatura tan gentil, tan delicada, tan noble, por naturaleza y por accidentes, que no podría yo tanto alabarla, ni tanto amarla, que no mereciese más. Habría que decir, como vos a mí, los principios de este Amor, con qué redes me atrapó, dónde las tendió, de qué calidad fueron; y veríais que fueron redes de oro, tendidas entre flores, tejidas por Venus y tan suaves y gentiles que aun cuando un corazón villano hubiera podido romperlas, yo no quise, y me gocé en ellas un rato, tanto que los hilos tiernos se han vuelto duros, y enclavijado con nudos irresolubles. Y no creáis que utilizó Amor para cazarme modos ordinarios, porque, conociendo que no le habrían bastado, usó vías extraordinarias, de las cuales yo no supe ni quise guardarme. Básteos saber que, cerca ya de los 50 años, ni éstos solos me ofenden, ni los caminos duros me agotan, ni la oscuridad de la noche me espanta. Todo me parece llano, y a cualquier apetito, aunque diverso y contrario de lo que debería ser el mío, me acomodo. Y bien que me parezca haber entrado en gran trabajo, sin embargo siento en él tanta dulzura, tanto por lo que ese aspecto raro y suave me trae como también por el haber hecho a un lado la memoria de todos mis afanes, que por nada del mundo, pudiendo liberarme, lo quisiera. He dejado pues el pensar en las cosas grandes y graves; no me agrada ya leer las cosas antiguas ni razonar de las modernas: todo se ha convertido en razonamientos dulces, por lo cual agradezco a Venus y a toda Chipre. De manera que si queréis escribir alguna cosa de la dama, escribidla, y de las demás cosas razonad con quienes las estiman más y las entienden mejor, porque yo jamás he hallado en ellas sino daño, y en éstas siempre bien y placer. Adiós. De Florencia, el día III de agosto de 1514.

Vuestro NICOLÁS MAQUIAVELO

38. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 3 de diciembre de 1514

Al respetable señor Nicolás de M. Bernardo Maquiavelo

En Florencia

†A los 3 días de diciembre de 1514

MI QUERIDO compadre, no os espantéis de que, aunque estéis *bastante respetado y ya duramente comprometido, quiera de nuevo incluirte en el antiguo juego*,[1] porque no lo hago sino por probar si podría ayudaros. Podríais decirme que de un tiempo acá habéis recibido muchas palabras, a las cuales no han correspondido efectos; a lo cual tengo excusa fácil, que no habiéndome podido valer a mí mismo, no podéis en justicia maravillaros de que no os haya valido a vos, y creo tendréis claro que la voluntad no ha faltado.

Quiero al presente que me respondáis a lo que os preguntaré; y os hago antes esta suposición: que el papa desea mantener a la Iglesia en la dignidad espiritual y temporal en que la halló, y en la jurisdicción, y más bien acrecentarla. Hago después esta otra: que el rey de Francia quiere de todos modos hacer fuerza por recuperar el estado de Milán, y que los venecianos están aliados con él del mismo modo que lo estaban el año pasado. Presupongo que el emperador, el Católico y los suizos están unidos para defenderlo: pregúntoos qué debe hacer el papa, según vuestra opinión. Si se une con Francia, qué puede esperar de él si vence, y qué puede temer si pierde; si se une a estos otros, qué puede temer de Francia si vence, y qué puede esperar o temer de los adversarios, si vencen; si se mantiene neutral, qué puede temer de Francia si vence, o de estos otros si venciesen ellos. Y todavía, en caso de adherir al emperador y el Católico, si os parece que a ellos les conviene engañarlo y pactar con Francia; y por último, en caso de que los venecianos dejaran a Francia e hiciesen acuerdo con estos otros, si juzgáis que al papa le convendría unirse a ellos para impedir que Francia venga a Italia.

Estoy seguro de que mi pregunta es difícil, y de que yo la he explicado antes confusa que de otro modo. Vos, con vuestra prudencia, ingenio y práctica, sabréis entender lo que he querido decir mejor de lo que yo he sabido escribirlo. Y quisiera me discurrieseis esta materia como si pensaseis que vuestro escrito habrá de verlo el papa; y no penséis que quiera honrarme con él yo, porque os prometo mostrarlo por vuestro cuando resulte apropiado, que jamás me he complacido en quitar honor ni cosa alguna a nadie, y menos a vos, a quien amo como a mí mismo. Debéis saber, sobre lo que digo más arriba, que la tregua entre Francia y España termina al principio de abril, y que aun cuando Inglaterra tiene parentesco y paz con Francia, sin embargo se puede pensar también, aunque de esto no hay certeza, que su grandeza

en Italia no le agradará. Examinadlo todo, y os conozco de tal ingenio que, aunque hayan pasado ya dos años desde que os quitasteis del taller, no creo que hayáis olvidado el oficio.

A Donato encomendadme, y decidle que el caballero Vespucci me ha recomendado con frecuencia el asunto de él, y que pienso probar de nuevo, y si no sale, que me tenga por excusado. Cristo os guarde. Responded cuanto antes mejor.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

---

[1] "*spectatus satis, et donatus iam rude, quaeram iterum te antiquo includere ludo*"; *cf*. Horacio, *Epístolas*, I, 1, 2.

39. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

San Andrés de Percussina, 4 de diciembre de 1514

A Francisco Vettori, embajador florentino ante el sumo pontífice[1]

MAGNÍFICO embajador. El portador de la presente será Nicolás Tafano, amigo nuestro. La causa de su viaje es su hermana, a quien hace tiempo dio en matrimonio a un hombre llamado Juan, quien aunque encadenado por el vínculo del anillo, no obstante, despreciando todo juramento y despreciando las leyes conyugales, se trasladó ahí donde desde hace tiempo permanece y vive, olvidado de su matrimonio y de su esposa. Desea por consiguiente nuestro amigo una de estas dos cosas: o que Juan se dedique aquí a su esposa, o que la repudie legalmente restituyendo parte de la dote que recibió, y considera que esto se puede arreglar fácilmente ahí donde reside el Vicario de Cristo. Sobre esto pues imploramos tu influencia y auxilio, pidiéndote que hagas comparecer a ese marido infiel, y que con la autoridad que tienes, lo obligues, que en la misma medida has de satisfacer a los dos Nicolases que con mucho interés te lo piden. Muévenos, en efecto, tanto la justicia que ampara esta causa nuestra como la diligencia de este hombre y de toda su familia, que es lo más amable que hay en esta región.

Pero basta de Tafano. De lo que a mí concierne, si deseas saber qué hago, por el propio Tafano entenderás toda la razón de mi vida, la cual es sórdida y vergonzosa como conocerás, no sin indignación, si me amas como sueles. Por lo que más atormentado y angustiado estoy es que, viéndome entre tantos y tantas felicidades de la magnífica Casa[2] y de la ciudad, a mí sólo me quedan los pérgamos.[3] De Percusino, el 4 de diciembre de 1514.

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Esta carta está escrita íntegramente en latín.

[2] De los Médicis.

[3] *Cf*. Ovidio, *Metamorfosis*, XIII, 507 (forma parte de las lamentaciones de Hécuba tras la muerte de Polixena).

40. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 10 de diciembre de 1514

VOS me preguntáis qué partido podría tomar la santidad de nuestro señor, queriendo mantener a la Iglesia en la reputación en que la halló, si Francia con la adhesión de Inglaterra y los venecianos quisiera de cualquier modo recuperar el estado de Milán, y por el otro los suizos, España y el emperador estuvieran unidos para defenderlo. Ésta es en efecto vuestra pregunta más importante; y como todas las demás dependen de ésta, es necesario aclararlas si se quiere aclarar bien ésta. Yo no creo que haya habido en 20 años artículo más importante que éste, ni conozco cosa de las pasadas más difícil de entender, más dudosa de juzgar y más peligrosa de resolver y seguir; sin embargo, forzado por vos, entraré en esta materia, disputándola al menos fielmente, si no suficientemente.

Cuando un príncipe quiere conocer qué fortuna han de tener dos que entre ellos combaten, conviene primero que mida las fuerzas y la virtud de uno y otro. Las fuerzas, en esta parte de Francia y de Inglaterra, son esos preparativos que se dice que hacen esos reyes para tal adquisición, como es el atacar a los suizos en Borgoña con 20 000 personas, atacar Milán con mayor número, atacar con mucho mayor número la Navarra para tumultuar y variar los estados de España, hacer en el mar una gran armada para atacar Génova o el reino u otro lugar que les venga bien. Estos preparativos que digo son posibles para esos dos reyes, y necesarios si quieren triunfar, y por eso los supongo verdaderos. Y bien que esté en la última pregunta vuestra, si se podría pensar que Inglaterra se separe de Francia por desagradarle su grandeza en Italia, quiero disputar esa parte ahora, porque si Inglaterra se separase de él estarían respondidas todas las preguntas. Yo creo que la causa de que Inglaterra se aliara con Francia fue por vengarse de España por los agravios que le hizo en la guerra de Francia;[1] enojo que fue razonable, y no veo muy cerca nada capaz de cancelarlo y extinguir el amor de la afinidad contraída entre esos dos reyes:[2] y no me conmueve la antigua enemistad de ingleses y franceses, que conmueve a muchos, porque los pueblos quieren lo que los reyes, y no los reyes lo que los pueblos. En cuanto a molestarle la potencia de Francia en Italia, convendría que esto naciese o de envidia o de temor: la envidia podría ser si Inglaterra no tuviese también dónde honrarse, y debiera permanecer ocioso; pero pudiendo también él hacerse glorioso en España, la causa de la envidia cesa. En cuanto al temor, debéis saber que muchas veces se adquiere estado y no fuerzas, y si consideráis bien veréis que para el rey de Francia el adquirir plazas en Italia, con respecto a Inglaterra, es adquirir estado y no fuerzas, porque con el mismo ejército podrá asaltar aquella isla sin estados en Italia que con ellos. En cuanto a las diversiones para obtener Milán, más debe temer Francia, que tendría un estado inseguro, y no quedarían extinguidos los suizos, a quienes se podría mover contra él con dinero, y que hallándose ofendidos por él, le serían enemigos de verdad, y no como la otra vez. Y como

todavía podría ser que, si Francia obtiene Milán, Inglaterra mudara el estado en Castilla, Inglaterra con su adquisición podría ofender a Francia más que Francia a él con la adquisición de Milán, por las razones dichas. Por lo tanto no veo por qué Inglaterra en este primer ímpetu de la guerra habría de separarse de Francia, y por eso afirmo ser necesarias y posibles esas uniones y preparaciones de fuerzas antes escritas. Nos quedan los venecianos, que tienen tanta importancia para las cosas de estos dos reyes como para el otro bando las fuerzas del estado de Milán, las cuales juzgo pocas y débiles y que pueden ser contenidas por la mitad de las tropas que hay actualmente en Lombardía. Considerando ahora los defensores de Milán, veo a los suizos capaces de reunir dos ejércitos bastantes para combatir a los franceses que fueran a Borgoña y a los que viniesen hacia Italia, porque si en este caso se unen todos los suizos, y están con los cantones los grisones y los valleses, pueden reunir más de 20 000 hombres por bando. En cuanto al emperador, como no sé lo que ha hecho nunca, no quiero discurrir lo que podría hacer ahora. Pero unidos España, el emperador, Milán y Génova, no creo que puedan pasar de 15 000 personas de guerra, pues España no puede suministrar nuevas fuerzas porque espera la guerra en casa. En cuanto al mar, si no les faltan dineros, creo que entre los genoveses y España podrán hacer una armada para ir ganando tiempo en alguna parte con la de los adversarios. Creo por lo tanto que éstas son las fuerzas del uno y del otro.

Si queremos ver ahora dónde podría caer la victoria, digo que aquellos reyes,[3] por tener mucho dinero, pueden tener mucho tiempo los ejércitos reunidos; los otros, por ser pobres, no pueden; de modo que, consideradas las armas, el orden y el dinero del uno y del otro, creo que se puede decir que, si se llega a batalla campal en seguida, la victoria estará de la parte de Italia; si se dilata la guerra, se irá para allá. Dícese, y parece razonable, que conocida por los suizos esta dificultad, y para venir a batalla pronto, quieren chocar con los ejércitos franceses sobre los montes de Saboya, a fin de que aquellos, o queriendo pasar se vean obligados a dar batalla, o, no dando batalla, tengan que volverse atrás por la estrechez del sitio y penuria de vituallas. Si esto puede salirles, sería necesario para juzgarlo ser perito de la región y de la guerra; sin embargo diré esto: que jamás en las cosas antiguas he visto que le resulte a nadie el defender los pasos, pero sí he visto que muchos han dejado los pasos y esperado al enemigo en los lugares amplios, juzgando poder defenderse mejor y con menos desorden experimentar las fatigas de la guerra. Y si bien habría alguna razón para mostrar de dónde viene esto, quiero dejarlas atrás por no ser necesario a este propósito discurrirlas. Considerando pues todo, veo para este bando de aquí la única esperanza en llegar pronto a batalla campal, la cual todavía podrían perder. Por la parte de Francia veo que igualmente puede ganar la batalla, y si se alarga la guerra no puede perderla; y para la parte de aquí veo, entre otros, dos peligros manifiestos en el manejo de la guerra: el uno, que los franceses con su armada, o por fuerza o por acuerdo no entren en la comarca de Génova o en Toscana, donde, apenas lleguen, toda la región de Lombardía estará por ellos, y muchos otros que viven unos temerosos y otros descontentos, correrían a ponerse bajo ellos, de manera que los franceses, viéndose bien recibidos, podrían agitar y cansar a los suizos a su placer. El otro peligro es que los cantones que están en los confines de Borgoña, a los cuales tocará todo el peso de la guerra que se haga en aquella parte, si la ven durar demasiado exhorten a los otros a llegar a un acuerdo con

Francia. Y esto mucho me hace temerlo el ejemplo de Carlos duque de Borgoña,[4] el cual, guerreando y saqueando por allá, los había agotado de tal modo que le mandaron carta blanca, y los habría despachado del todo si no se hubiera empeñado de una vez en una batalla campal. Y aunque hay quien espera o teme que los suizos por poca fe podrían darse vuelta y llegar a un acuerdo con esos reyes y dejarles a estos otros en presa, yo no lo temo, porque ellos ahora combaten por ambición, y si no es que los fuerza una de las necesidades antes dichas, creo que en la guerra serán honestos.[5]

Si pues la santidad del papa se ve forzada a tomar partido, y toma el de este bando de aquí, veo la victoria dudosa por las razones dichas más arriba, y porque la adhesión de él no los asegura en todo, porque, si bien quita comodidad y reputación a los franceses, no da a los otros fuerzas que basten para contener a los franceses; porque como el rey tiene en el mar gran armada, y los venecianos todavía pueden armarle algo, el papa tendría que guardar tanto sus costas, arriba y abajo, que sus tropas y las vuestras difícilmente serían suficientes para eso. Pero bien podría ser que su santidad evitara un peligro presente, si ellos quisieran asegurarse, y obtuviera además una presente utilidad, pudiendo presentemente honrar a los suyos. Si su santidad toma el partido de Francia, y si ello se hace con tanta cautela que pueda esperar sin peligro, juzgo la victoria segura, porque, pudiendo por la vía de la armada poner en Toscana un gran ejército que se uniría al suyo, haría inmediatamente gran tumulto en Lombardía con las tropas que tuvieran allí los venecianos; de ello seguiría que los suizos y los españoles no podrían sostener dos ejércitos distintos en dos lugares distintos, ni defenderlos de la rebelión de los pueblos que sería instantánea, de modo que por eso no veo cómo se podría quitarle la victoria al rey.

Deseáis, además de esto, saber de quién sería menos gravosa para el papa la amistad, si de Francia o de los suizos, en caso de que uno u otro venciera con la amistad de él. Respondo que creo que vencedores los suizos y sus aliados y amigos, observarían al papa la palabra dada, por ahora, y le darían los estados, pero por el otro lado tendría que soportar los fastidios del vencedor, y como yo no reconocería vencedor sino a los suizos, tendría que soportar las injurias de ellos, las cuales serían al punto de dos clases: una de quitarle dinero, y la otra amigos, porque ese dinero que los suizos dicen no querer ahora haciendo la guerra, creedme que lo querrán de cualquier modo en cuanto esté acabada, y empezarán por un tributo que será grave, pero por parecer justo y por miedo de irritarlos al principio del calor de su victoria no les será negado. Creo, o más bien estoy seguro, de que el duque de Ferrara, los luqueses y otros similares concordarán en encomendarse a ellos. Y en cuanto hayan tomado uno, *habrán tomado la libertad de Italia*,[6] porque cada día con mil pretextos impondrán tributos, y saquearán, y mudarán estados, y lo que juzguen no poder hacer ahora esperarán el momento de hacerlo. Y no confíe nadie en que no piensen eso, porque es necesario que lo piensen, y cuando no lo pensaran se lo hará pensar el orden de las cosas, que es que una adquisición, una victoria, da sed de la otra. Y no se maraville nadie de que no hayan tomado abiertamente Milán y no hayan avanzado todo lo que podían, porque el gobierno de ellos, así como es distinto del de los demás en casa, también es distinto afuera, como lo demuestran todas las historias antiguas; porque si hasta ahora se han hecho compañeros, en el futuro se

harán protegidos y tributarios,[7] y no se cuidarán de mandarlos ni de manejarlos particularmente, bastándoles con que estén por ellos en las guerras y les paguen una pensión anual, las cuales cosas ellos mantendrán con la reputación de sus propias armas de casa y con castigar a quien se desviase de ello. Por esa vía, si ganan esta guerra, pronto os darán leyes a vos, al papa y a cualquier otro príncipe italiano; y cuando veáis que toman una protección, *sabed que el verano está cerca*.[8] Y si dijeseis: para eso hay remedio, porque nosotros nos uniremos contra ellos, os digo que ése sería un segundo error y un segundo engaño, porque la unión de muchos contra uno es difícil de hacer, y después de hecha es difícil de mantener.

Os doy por ejemplo a Francia, contra el cual habíanse conjurado todos,[9] y sin embargo España en seguida hizo una tregua, los venecianos se le volvieron amigos, los suizos lo atacaron con tibieza, el emperador nunca se vio y hasta Inglaterra se unió con él; porque si el uno contra quien se han conjurado tiene virtud bastante para no hacerse humo en seguida, como hicieron los venecianos,[10] hallará siempre en la multitud de opiniones remedio, como lo halló Francia y como se veía que lo hubieran hallado los venecianos si podían sostener dos meses esa guerra. Pero la debilidad de ellos no pudo esperar la desunión de los aliados, lo que no les ocurriría a los suizos, que siempre encontrarán modo, o con Francia o con el emperador o con España o con los poderosos de Italia, de no dejarlos unirse todos o bien, si se unen, de desunirlos. Yo sé que de esta opinión muchos se burlarán, mas yo tanto lo temo, que si los suizos logran contener esta creciente y nosotros vivimos seis años más, espero recordároslo.

Queriendo pues vos saber de mí lo que puede temer el papa de los suizos si vencen, y él es amigo de ellos, concluyo que puede temer impuestos inmediatos, y en breve tiempo la servidumbre suya y de Italia *sin esperanza de redención*,[11] por ser república, y armada sin ejemplo de ningún otro príncipe o poderoso. Pero si su santidad fuese amigo de Francia y venciese, creo que le observaría igualmente lo convenido, cuando le resultase conveniente, y no de suerte que el excesivo deseo hubiese hecho al papa pedir demasiado, y al rey conceder demasiado; creo que no pondría tributo a la Iglesia sino a vosotros, y tendría que tratarla con respeto por consideración a la compañía de Inglaterra, y a los suizos, que no quedarían todos muertos, y a España que aunque fuera expulsado de Nápoles si quedara vivo sería para tener en alguna cuenta. Por eso parecería razonable que quisiera tener de su parte a la Iglesia reputada y amiga, e igual a los venecianos. En suma, en cualquier evento de estas victorias, veo que la Iglesia habrá de estar a discreción de otros, y por eso juzgo mejor estar a discreción de los que sean más razonables, y que en otros tiempos haya conocido, que de aquellos que, por no conocerlos bien, yo no sé todavía lo que quieren.

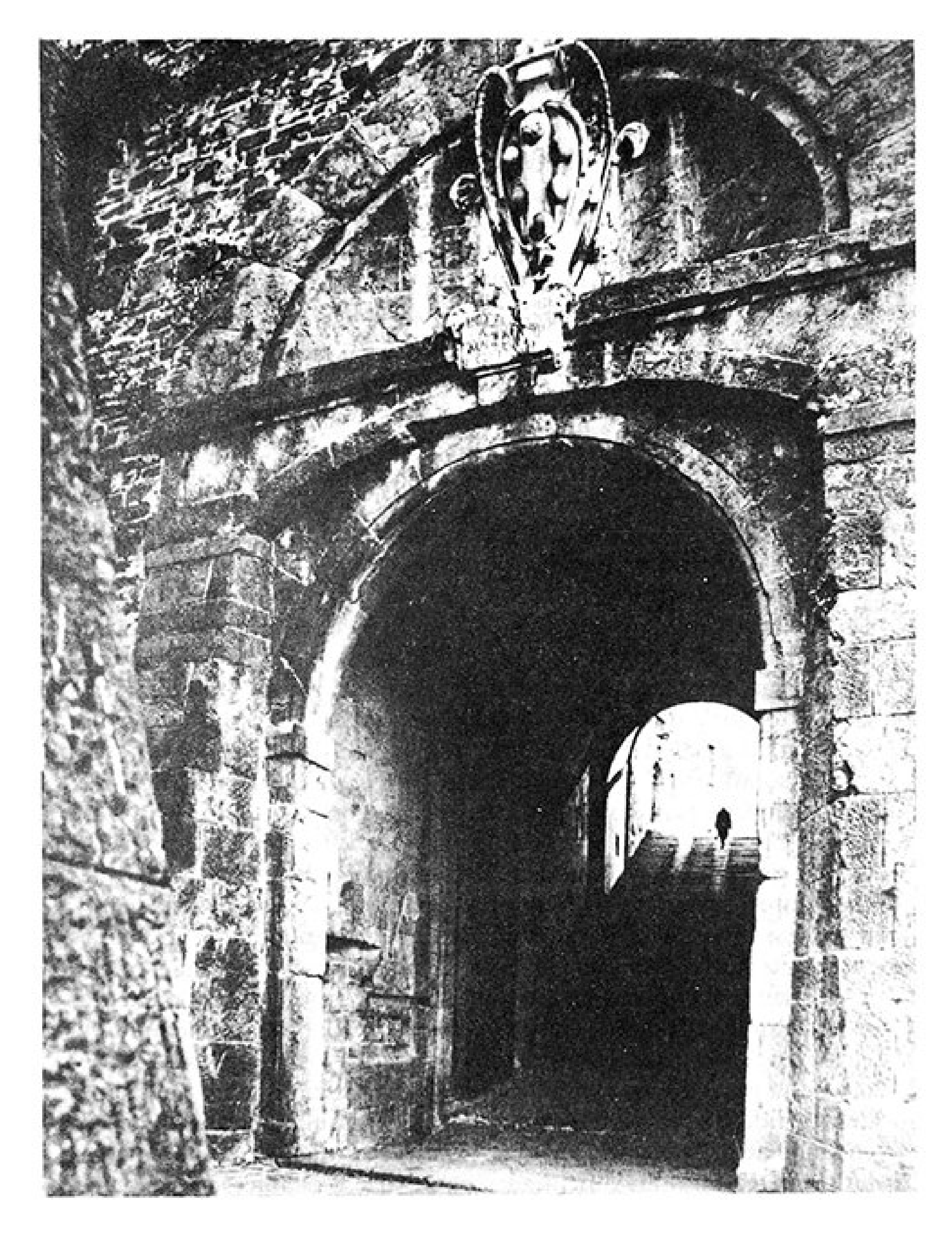
Si el bando al que la santidad de nuestro señor adhiriese perdiera, yo temería verme reducido a cualquier necesidad extrema, de fuga, de exilio o de cualquiera de las cosas que debe temer un papa, y por eso cuando uno se ve forzado a tomar uno de dos partidos debe, entre otras cosas, considerar adónde puede reducirlo la mala fortuna de cada uno de ellos, y siempre debe tomar la parte que, siendo las demás cosas iguales, tenga el fin suyo menos acerbo. Menos acerba sería sin duda la pérdida con Francia amiga, que con los otros amigos, porque si su santidad tiene amiga a Francia y pierde, le queda el estado de Francia, que puede mantener honorablemente a un pontífice, queda con una fortuna que por la potencia de aquel

reino puede resurgir de mil modos, queda en su casa, y donde muchos papas han tenido su sede. Si está con estos otros y pierde, tendría que irse a Suiza a morirse de hambre, o a Alemania a que se burlen de él, o a España a que lo exploten, de modo que no hay comparación entre el mal que trae consigo la mala fortuna de uno y de otro.

El mantenerse neutral no creo que le haya sido útil nunca a nadie que tenga estas condiciones: que sea menos poderoso que cualquiera de los que combaten, y que tenga sus estados mezclados con los de los que combaten; debéis saber ante todo que no hay cosa más necesaria para un príncipe que gobernarse con sus súbditos y con los amigos y vecinos de manera de no volverse odioso, ni despreciable; y si con todo tiene que dejar uno de estos dos, que descuide el odio, pero guárdese del desprecio. El papa Julio nunca se cuidó de ser odiado, con tal de ser temido y reverenciado, y con ese temor volvió el mundo al revés y llevó a la Iglesia adonde está. Y os digo que quien se mantiene neutral conviene que sea odiado por el que pierde y despreciado por el que gana, y en cuanto a uno empiezan a no tomarlo en cuenta, y a estimarlo inútil como amigo, y como enemigo no temible, puede temerse que le harán todo tipo de injurias, y que planearán para él toda clase de ruina; y nunca le faltan al triunfador las justas pretensiones, porque como tiene sus estados mezclados, se ve forzado a recibir ya a uno, ya a otro, a recibirlos en su casa, a proveerlos de alojamiento, de vituallas: y siempre todos pensarán que los engaña, y ocurrirán infinitas cosas que causarán infinitas querellas; y aun cuando en el manejo de la guerra no surgiera ninguna, que es imposible, nace después de la victoria, porque los poderosos menores que tienen miedo de ti corren a someterse al vencedor, y le dan ocasión de ofenderte. Y si alguien dijese: es verdad, podrían quitarnos esto y mantenernos aquello, respondo que es mejor perderlo todo con virtud, y que no es posible perder la parte sin que el todo tiemble. Quien considere por lo tanto los estados todos de la santidad de nuestro señor, y dónde están, y cuáles son los poderosos menores incluidos en ellos, y quiénes son los que combaten, juzgará ser su santidad de aquellos que de ningún modo pueden mantener esa neutralidad, y que de tomar partido semejante habrá de quedar enemigo del que gane y del que pierda, y todos desearán hacerle daño, uno por venganza y el otro por ganancia.

Me preguntáis todavía si, en caso de hacer el papa acuerdo con los suizos, el emperador y España, no convendría a España y al emperador engañarlo y adherir a Francia. Yo creo que el acuerdo entre España y Francia es imposible y que no puede hacerse sin el consentimiento de Inglaterra, y que Inglaterra no puede hacerlo sino contra Francia, y por eso Francia no puede pensar en ello, porque aquel rey es joven y está en la arrogancia de la guerra, y no tiene adónde volver sus armas más que a Francia y España; y así como la paz de Francia llevará la guerra a España, así la paz de España llevaría la guerra a Francia. Por eso el rey de Francia, para no perder a Inglaterra, por no echarse encima esa guerra y por tener mil causas de odiar a España, no está para prestar oídos a esa paz, que si Francia quisiera o pudiera hacerla, la habría hecho, tantos partidos en daño de otros debe tener ante sí ese rey; de modo que si dependiese de España, creo que el papa podría razonablemente dudar de todo, pero si depende de Francia puede estar seguro. Y en cuanto al emperador, por ser veleidoso e inestable, se puede temer cualquier mudanza, convéngale a él o no, como que siempre ha

vivido y se ha nutrido en mudanzas de ésas. Si los venecianos adhirieran a esta parte de aquí sería de gran importancia, no tanto por cuenta del añadido de sus fuerzas, sino por quedar este bando más marcado enemigo de los franceses, y si se le adhiriese también el papa, hallarían los franceses infinitas dificultades para bajar y establecerse en Italia. Pero yo no creo que los venecianos tomen ese partido, porque creo que habrán tenido mejor oferta de Francia que tendrán de estos otros, y ya que siguieron la fortuna francesa cuando estaba casi apagada, no parece razonable que vayan a abandonarla ahora que está por resurgir, y me temo que no darán sino palabras, como suelen.



Las “bolas”. El escudo de los Médicis sobre una entrada de la fortaleza del Belvedere.

Concluyo entonces, para llegar al fin de este mi discurso, que pues hay más señales de victoria de la parte francesa que de estos otros, y pues el papa con su adhesión puede dar la victoria segura a Francia pero no a estos otros, y pues es menos temible y más soportable Francia amigo y vencedor que estos otros, y sería menos dura la pérdida con Francia de amigo que con estos otros, y pues no puede mantenerse neutral con seguridad, que la santidad de nuestro señor debe o adherirse a Francia, o bien adherirse a estos otros, siempre que lo mismo hicieran los venecianos, y no de otro modo.

A los 10 días de diciembre de 1514

---

[1] En junio de 1513 Enrique VIII había desembarcado en Francia donde junto con el emperador condujo una campaña brillante cuyos objetivos sin embargo se vieron en parte frustrados por la renovación de la tregua franco-española en marzo de 1514.

[2] Luis XII acababa de enviudar y casarse con María Tudor, hermana de Enrique VIII de Inglaterra.

[3] De Francia e Inglaterra.

[4] Carlos el Temerario.

[5] *Fedeli:* es decir, que mantendrán lo que afirmen públicamente.

[6] *“actum erit de libertate Italiae”*.

[7] De los pueblos vencidos. Véase *Discursos,* II, 4.

[8] *“sciatis quod prope est aestas”; cf*. Mateo, XXIV, 32.

[9] En la Liga Santa de 1511.

[10] En la guerra contra la Liga de Cambray, después de la batalla de Agnadello, en 1509.

[11] “*sine spe redemptionis*”.

41. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 15 de diciembre de 1514

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

En Florencia

†A los 15 días de diciembre de 1514

QUERIDO compadre. Después de un largo silencio, en los dos días pasados he recibido tres vuestras: una en que me pedís una lana fina azul para un par de calzas, la cual os mandaré mañana; la otra, en latín, debía traérmela un tal Tafano, amigo vuestro. Por alguna razón no se presentó ante mí, sino que se la hizo dar a un tendero que la puso en manos de un servidor mío; lamento no haberlo visto, para ayudarlo por amor vuestro y por conocer vuestro modo de vivir, sobre el cual os remitís a él; lo haré buscar y si lo encuentro, aunque de poca autoridad, le mostraré que vuestra carta le será de provecho. La otra que me responde a las preguntas que os hice la recibía ayer. Todavía no se la he mostrado a monseñor de Médicis, quien me encomendó que os las hiciese; creo que quedará satisfecho, porque lo he quedado yo; cuando se la haya mostrado os escribiré lo que me diga.

Muchas veces con mi hermano Pablo, que te quiere muchísimo, he hablado de ti. Él, según espero, volverá en cosa de un mes, y podrás saber por él mismo cuán ligado contigo estoy y lo que pienso de ti. Pero, créeme, estamos a merced del destino. Leí en estos últimos días el libro de Pontano "De fortuna", impreso recientemente, que ha dedicado al gran Consalvo: en él demuestra abiertamente que de nada vale la inteligencia, ni la sabiduría ni la fortaleza ni las demás virtudes, cuando falla la fortuna. En Roma vemos todos los días la verificación de este hecho. Conocemos, en efecto, a algunas personas desvergonzadas, ignorantes y sin inteligencia que gozan de la mayor consideración. Sin embargo, es preciso mantenerse sereno, y especialmente debes hacerlo tú, que no eres ignorante de la desventura y que has sufrido cosas mucho peores. Dios pondrá fin a esto también. Yo vivo aquí y estoy bien, aunque no del todo. La protuberancia que tengo en el cuello, como sabes, crece día a día, y estoy en duda sobre si hacérmela cortar. A mi juicio soy bastante grato al sumo pontífice y a los demás Médicis nuestros; sin embargo, por ahora nada pido. Del salario que según la ley se me concede saco para los gastos, y al final del mes no me queda nada. Del amor me he liberado: he vuelto a estar en gracia con mis libros y con las cartas divertidas.[1]

Pregunté al magnífico Lorenzo por el asunto de Donato, que no penséis vos ni él que se me olvidó. Y él me ha prometido a su regreso hacerlo sacar, y que hasta ahora no han sacado a ninguno, y que todos los que han sido investidos o vistos tienen voto. Pero vos y Donato me

hicisteis entrar a prometer a aquel amigo,[2] quien de todos modos piensa sacar algo, si sale la cosa, aunque no haya hecho ningún esfuerzo; porque las cartas, si él las escribió, yo las solicité; y con el magnífico Lorenzo el trabajo lo hice yo, y con todo el calor que pude. Sin embargo él sabe que yo tengo esa carta de 100 ducados para Piero del Bene, porque se la mostré para hacerlo moverse, y sabe que no dura sino seis meses, que están por terminar. Y no quisiera que él, pensando que no habrá nada mejor, se aplicara a hacer daño, que ya sabéis cuán fácil es. Por lo cual, si a Donato le parece bien rehacerla, él que resuelva; siempre haciéndole entender que no se tocará un céntimo hasta que se haya producido el efecto. Y aun después veremos de ahorrar algo, si es posible. Pero si no queremos que obstruya es menester poder mostrarle la carta, que aún no hace dos días me lo recordó. Malo para vosotros que no se haya podido sacar todo a tiempo, pero algo podíais, y os dejasteis escapar los tordos de la mano. Y no tengo nada más que deciros, sino que os saludo, a vos y a los demás Maquiavelos. Cristo os guarde.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

---

[1] En latín en el original.

[2] Véase *supra*, carta 36.

42. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 20 de diciembre de 1514

Al magnífico embajador florentino ante el sumo pontífice Francisco Vettori

En Roma

MAGNÍFICO embajador. Puesto que vos me habéis hecho cosquillas, si os canso escribiendo diréis: téngame yo el daño, ya que le escribí. Yo temo no os haya parecido, en la respuesta que di a vuestras preguntas, que pasaba yo demasiado en seco por la cuestión de la neutralidad, y también por aquella en que debía examinar lo que se debía temer del vencedor, en caso de perder la parte a que adhiriese; porque en la una y en la otra había muchas cosas que parecían dignas de consideración. Por eso me he puesto a escribiros de nuevo sobre la misma materia. Y en cuanto a la neutralidad, partido que me parece oír que muchos aprueban, a mí no puede agradarme porque no tengo memoria, ni en las cosas que he vivido ni en las que he leído, de que haya sido nunca bueno, antes ha sido siempre perniciosísimo, porque se pierde con certeza; y bien que las razones las entendéis vos mejor que yo, con todo quiero recordároslas.

Vos sabéis que el oficio principal de todo príncipe es el de guardarse de ser odiado y despreciado, *evitar efectivamente el desprecio y el odio;*[1] toda vez que esto lo haga bien, conviene que todo proceda bien. Y esta parte es preciso observarla tanto con los amigos como con los súbditos; y toda vez que un príncipe *no evita al menos el desprecio*,[2] está liquidado. A mí me parece que el mantenerse neutral entre dos que combaten no es otra cosa que buscarse odio y desprecio, porque siempre habrá uno de ellos al que le parecerá que por los beneficios que has recibido de él, o por la antigua amistad que tenías con él, estás obligado a seguir la fortuna de él, y cuando tú no te le adhieres concibe odio contra ti. El otro te desprecia porque te descubre tímido e irresoluto, y en seguida cobras fama de ser amigo inútil y enemigo no temible, de modo que cualquiera que gane te ofende sin miramiento. Tito Livio da esta sentencia en dos palabras en boca de Tito Flaminio, cuando dijo a los aqueos, a quienes Antíoco persuadía de mantenerse neutrales: "*Nada hay más ajeno a vuestro interés: sin gracia, sin dignidad, seréis trofeo del vencedor*."[3] Además, necesariamente en el manejarse la guerra entre aquellos dos surgirán infinitas razones de odio contra ti: porque las más de las veces el tercero se halla en situación en que puede de muchos modos desfavorecer o favorecer a uno o a otro. Y siempre en poco tiempo, después que estalla la guerra, te ves llevado al punto en que la declaración que no quisiste hacer abiertamente y con gracia, tienes que hacerla en secreto y sin provecho alguno; y cuando no la hagas, cualquiera de ellos creerá que la has hecho. Y en caso de que la fortuna fuese tan próspera en favor del neutral que al manejarse la guerra jamás naciese causa justa de odio con alguno de ellos, conviene que nazcan después, terminada la guerra, porque todos los que han sido ofendidos por aquel que fue tercero, y

todos los que le tienen miedo, corriendo a someterse al vencedor le dan causa de odio y de escándalo contra él. Y a quien replicase que el papa, por la reverencia de su persona y por la autoridad de la Iglesia, está en otra situación, y siempre tendrá refugio para salvarse, respondería que tal réplica merece cierta consideración y se puede hacer sobre ella algún fundamento: sin embargo, no es de fiar, más bien creo que, si se quiere aconsejarse bien, no se debe pensar en ello, para que semejante esperanza no haga tomar mal partido; porque todas las cosas que han sido creo yo que pueden ser, y yo sé que se ha visto a pontífices huir, exiliarse, ser perseguidos *y padecer extremos*[4] igual que los señores temporales, y en los tiempos en que la Iglesia en lo espiritual era más reverenciada que hoy. Así pues, si la santidad de nuestro señor piensa dónde están ubicados sus estados, quiénes son los que juntos combaten, quiénes son los que podrían cobijarse con el vencedor, yo creo que su santidad no podrá descansar en absoluto en el mantenerse neutral, y que pensará que más le conviene adherirse de cualquier modo; así que en cuanto a la neutralidad, para declararla más largamente que la otra vez, no tengo otra cosa que deciros. Y en cuanto a lo que podría temer de quien venciese y superase a la parte a la que él se hubiese acercado, no diré más, porque arriba se ha dicho todo.

Yo creo que por la carta que os escribí parecerá que me inclinaba por la parte de Francia, y que quien la leyese podría dudar que en alguna parte no me moviese la afición, lo cual me disgustaría, porque yo siempre me he esforzado por mantener el juicio firme, especialmente en estas cosas, y no dejarlo corromper por una competencia vana, como hacen muchos otros; y como si me he inclinado un poco hacia Francia no me parece haberme engañado, quiero de nuevo discurriros en breves palabras lo que me mueve, que será casi un epílogo de lo que antes os escribí. Cuando dos poderosos luchan entre ellos, si se quiere juzgar quién debe vencer, conviene, además de medir las fuerzas del uno y del otro, ver de cuántos modos puede tocar la victoria al uno y de cuántos al otro. A mí no me parece que a la parte de aquí le convenga otra cosa que llegar a la batalla campal en seguida, y que casi todos los demás manejos convienen a la parte de Francia, como ampliamente os escribí. Ésta es la primera razón que me hace creer más en Francia que en éstos. Después, si yo tengo que declararme amigo de uno de dos, y veo que uniéndome a uno le doy la victoria segura, y uniéndome al otro se la doy dudosa, creo que siempre habré de escoger la segura, posponiendo toda obligación, todo interés, todo miedo y cualquier otra cosa que me disgustase. Y yo creo que uniéndose el papa a Francia no habría discusión; uniéndose a estos otros habría mucha, por las razones que entonces os escribí. Además de esto, todos los hombres sabios cuando pueden no jugarse todo lo suyo lo hacen de buena gana, y pensando en lo peor que pudiera resultar, consideran en cuál mal hay menos mal; y como las cosas de la fortuna son dudosas todas, de buena gana se unen a aquella fortuna que, haciendo lo peor que sabe, tenga el fin menos amargo. La santidad de nuestro señor tiene dos casas: una en Italia, la otra en Francia. Si se une con Francia se juega una, si con estos otros, se juega las dos. Si es enemiga de Francia y éste vence, está obligada a seguir la fortuna de estos otros, e irse a Suiza a morirse de hambre, o a Alemania a vivir desesperado, o a España a que lo despojen y revendan. Si se une con Francia y pierde, le queda Francia, queda en su casa, y con un reino a su devoción que es un papado y con un

príncipe que, por acuerdo o por guerra, puede de mil modos resurgir. Adiós. Y mil veces a vos me encomiendo. El día 20 de diciembre de 1514.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

1 “*fugere in effectu contemptum et odium*”.

2 “*non fugit saltem contemptum*”.

3 “*Nihil magis alienus rebus vestris est: sine gratia, sine dignitate praemium victoris eritis.*” *Cf*. Tito Livio, XXXV, 49; véase también *El príncipe*, XXI, y Apéndice 22.

4 “*et extrema pati*”.

43. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Florencia, 20 de diciembre de 1514

Al magnífico señor Francisco Vettori, etcétera

MAGNÍFICO embajador. Después de haberos escrito la adjunta recibí la vuestra del 15, de la cual responderé sólo la parte concerniente a Donato, a quien leí el capítulo y de inmediato se llenó de tanta esperanza que ya no cabe en la camisa. Y como ha decidido que para obtener esa gracia no se ahorre cosa alguna, hizo rehacer la carta a los Del Bene, por la cual en los próximos seis meses se pagarán a vuestra orden 100 ducados. Y me ha dicho que si además de esos hicieran falta otros, que no se ahorre cosa alguna ni se mire en nada. Las cartas irán incluidas en ésta; os valdréis de ellas a su debido tiempo y según lo acostumbrado. Sobre el ahorrarlos o no, Donato no quería que os escribiese nada, pero yo, como cosa mía, os lo recuerdo, especialmente porque me parece que ya no se necesita para nada la ayuda del amigo, pues no hace falta escribir más en esta materia, y me parecía que no podía ayudar ni estorbar. Pero Donato quiere que no se piense en ello ni se mire en nada, con tal que él salga de una vez de plebeyo.

Yo os agradezco de nuevo por todos los trabajos y las preocupaciones que habéis tomado por amor mío. No os prometo recompensa de ellos, porque no creo poder nunca más hacer bien ni a mí mismo ni a ningún otro. Y si la fortuna hubiera querido que los Médicis me hubiesen empleado alguna vez en algo, o en las cosas de Florencia o en cosas de fuera, estaría contento. Sin embargo, todavía no desespero. Si ello ocurriera y yo no supiese mantenerme, doleríame de mí mismo; pero lo que ha de ser será. Y todos los días conozco que es verdad lo que decís que escribe Pontano: y cuando la fortuna quiere cazarnos, nos pone delante o presente utilidad o presente temor, o uno y otro juntos, las cuales dos cosas creo que son los mayores enemigos que tiene la opinión que en mis cartas he defendido. Adiós. El día 20 de diciembre de 1514.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

44. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 30 de diciembre de 1514

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, en Florencia

†A los 30 días de diciembre de 1514

Ecce iterum mihi bella movet violenta cupido,
Compater, ecce iterum torqueor igne novo.[1]

VERDADERAMENTE dijo bien Ovidio que el amor procede del ocio.[2] Yo, que no tengo nada que hacer, quisiera hacer como Mino da Siena, y estoy tan ocupado en eso que no os respondo como sería mi deber. La una y la otra carta vuestra sobre las preguntas que os hice las han visto el papa y los cardenales Bibbiena y Médicis, y todos se maravillaron del ingenio y alabaron el juicio. Y aun cuando nada salga de ello más que palabras, y por la mala suerte, porque yo no soy hombre que sepa ayudar a los amigos, sin embargo, que tengan buena opinión de vos los hombres grandes podría ayudaros alguna vez. Yo quería contradecir alguna razón de las vuestras, por pasar el tiempo y daros materia para escribir, pero ocupado como arriba dije he dejado de lado el escrito que había comenzado; quizá lo termine alguna otra vez, y os lo mandaré.

No sé si recibisteis el paño para las calzas, que lo mandé por el mensajero y le ordené que lo dejara en casa de Simón el tratante de caballos, y después a Felipe del Benino que os avisara, y tampoco de él tengo respuesta, de modo que temo que no lo hayáis recibido. Así que tratad de recuperarlo, que por nada quisiera yo fallaros en la única cosa que me habéis pedido de 100 años acá.

Recibí la vuestra sobre el asunto de Donato, y la de él a los Del Bene, con la orden de Piero. Decidle que Lorenzo me ha prometido, en cuanto regrese, hacerlo sacar, y después hacerlo ver. Si lo hará, lo mostrará la experiencia. A mí me lo ha prometido, y antes que parta se lo recordaré; y como vos me conocéis podéis dar por seguro que si no me lo hubiera prometido no lo diría, porque no es mi costumbre llenar a los amigos de vanas esperanzas. Sobre los dineros con el amigo haremos lo mejor que se pueda: que aun cuando no haya que emplearlo, si se ve privado de esperanza podría tratar de obstruir; por eso, lo entretendré con algún pretexto, que creo será lo más conveniente. Cristo os guarde.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

[1] "He aquí que otra vez me mueve guerra un violento deseo, compadre, he aquí que otra vez me atormenta un nuevo fuego."

[2] *Cf. Remedia amoris*, 135 y ss.

45. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 16 de enero de 1515

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo en Florencia

†A los 16 días de enero de 1514

QUERIDO compadre. No recibo cartas de nadie que lea con más gusto que las vuestras, y quisiera poder escribir muchas cosas que conozco no poder encomendarse a las cartas. Hace varios meses que entendí muy bien de qué modo amabais, y estuve por deciros: "Ah Coridón, Coridón, ¿qué demencia te ha dado?"[1] Después, pensando entre mí que este mundo no es otra cosa que amor o, para decirlo más claro, deseo, me contuve, y he estado considerando cuán lejos están en este caso los hombres, con el corazón, de lo que dicen con la boca. Tiene el padre un hijo y dice querer criarlo honesto: sin embargo empieza por darle un maestro que esté con él todo el día y que tenga comodidad para hacer con él lo que le plazca, y lo deja leer cosas que conmoverían a un muerto. La madre lo lava y lo viste bien para que agrade más; cuando empieza a crecer le da una cámara baja, que tenga entrada libre y todas las demás comodidades para que pueda gozar a su modo y llevar y conducir a ella a quien le parezca. Y todos hacemos así, y yerran en ello más aquellos que creen ser los más ordenados; por eso no hay que maravillarse de que nuestros jóvenes sean tan lascivos como son, porque esto procede de la pésima educación. Y vos y yo, aunque seamos viejos, retenemos en parte las costumbres que tomamos de jóvenes, y no hay remedio. Duéleme no estar allá, para que pudiéramos hablar juntos de estas cosas y de muchas otras.

Pero vos me decís algo que me ha dejado admirado: haber hallado tal lealtad y tanta compasión en la Riccia que, os lo prometo, yo era por amor vuestro su partidario, pero ahora me he vuelto su esclavo, porque las más de las veces las mujeres suelen amar a la fortuna y no al hombre, y cuando ésta se muda, mudarse también ellas. De Donato no me maravillo porque es hombre de palabra, y además de esto experimenta continuamente lo mismo que vos.

Yo os escribí que el ocio me hacía enamorado y así lo reafirmo, porque no tengo casi ocupación alguna. No puedo leer mucho por la vista disminuida por la edad; no puedo ir de paseo más que acompañado, y esto no siempre puede hacerse; no tengo tanta autoridad ni tantas posibilidades que tengan que atenderme; si me ocupo en pensamientos, los más me traen melancolía, la cual mucho rehúyo; y por necesidad es preciso reducirse a pensar en cosas gratas, y no conozco cosa que más deleite, al pensarlo y al hacerlo, que coger. Y filosofen los hombres cuanto quieran, ésa es la pura verdad, la cual muchos entienden así pero pocos la dicen. Tengo el pensamiento de reunirme con vos esta primavera, si me es posible, y

hablaremos juntos de esto y de muchas otras cosas. Encomendadme a Felipe, Juan y Lorenzo Maquiavelo y a Donato. Cristo os guarde.

FRANCISCO VETTORI, embajador en Roma

---

[1] “*Ah, Coridon, Coridon, quae te dementia cepit?*” *Cf*. Virgilio, *Bucólicas*, II, 69. Coridón se había enamorado de uno de sus peones.

46. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Florencia, 31 de enero de 1515

Al magnífico señor Francisco Vettori, embajador florentino ante el sumo pontífice

En Roma

Había intentado ya el joven Arquero
Por muchas veces vulnerarme el pecho
Con sus saetas, porque es el despecho
Y el daño de otros su placer primero;
Y aunque venían sus dardos con potencia
Que hubieran traspasado hasta un diamante,
El objeto encontraron tan constante
Que tuvo en poco toda su violencia.
Por lo cual él, de rabia y furor lleno
Y para demostrar su alta excelencia,
Mudó el carcaj, mudó el dardo y el arco,
Y uno lanzóme con tanta violencia,
Que todavía me duelen las heridas
Y confieso y conozco su potencia.[1]

YO NO sabría responder a la última vuestra del deseo con otras palabras que me pareciesen más adecuadas que este soneto, por el cual veréis de cuánta industria ha usado ese ladronzuelo del Amor para encadenarme. Y son las que me ha puesto cadenas tan fuertes, que en todo desespero de la libertad y ni siquiera puedo pensar en cómo habré de desencadenarme: que aun cuando la suerte o cualquier artificio humano me abriesen un camino para salir de ellas, por ventura no querría entrar por él, tanto me parecen ya dulces, ya ligeras, ya graves esas cadenas, y todo se mezcla de modo que juzgo no poder vivir contento sin esta calidad de vida. Y como sé cuánto os agradan tales pensamientos y el conocer tales órdenes de vida, duélome de que no estéis presente para reír, ya de mis llantos, ya de mis risas; y todo el placer que tendríais vos se lo lleva nuestro Donato, el cual junto con la amiga de quien la otra vez os hablé son los únicos puertos y refugios de mi navío que la continua borrasca ha dejado ya sin timón y sin velas. Y no hace dos noches sucedióme que podía decir, como Febo a Dafne:

Ninfa, te ruego, Petreida, espera: no te sigo como enemigo.
Ninfa, espera; así la oveja del lobo, así la cierva del león,
así del águila huyen con pluma trémula las palomas,
todas de sus enemigos.[2]

Del mismo modo que estos versos de poco valieron a Febo Apolo, así para mí las mismas palabras ninguna importancia tuvieron, ningún valor.[3] Quien viese nuestras cartas, estimado compadre, y viese la diversidad de ellas, mucho se maravillaría; porque pareceríale

ya que somos hombres graves, todos dedicados a las cosas grandes, y que en nuestros pechos no podría caer pensamiento alguno que no tuviese en sí honestidad y grandeza. Pero después, volviendo la hoja, pareceríale ser esos mismos nosotros livianos, inconstantes, lascivos, dedicados a cosas vanas. Este modo de proceder, si a alguien parece vituperable, paréceme a mí laudable, porque nosotros imitamos a la naturaleza, que es variable, y quien la imita a ella no puede merecer reprensión. Y bien que esa diversidad solíamos hacerla en distintas cartas, yo quiero hacerla esta vez en una, como veréis si leéis la otra cara. Purgaos.

Vuestro Pablo ha estado aquí con el Magnífico,[4] y en alguna conversación que tuvo conmigo de sus esperanzas me dijo que su señoría le ha prometido hacerlo gobernador de una de las plazas cuya soberanía adquiere ahora. Y como yo he sabido, no por Pablo sino por rumor común, que se convierte en señor de Parma, Plasencia, Módena y Reggio,[5] paréceme que esa señoría sería bella y fuerte, y de poder mantenerse en cualquier eventualidad, si es bien gobernada desde el principio. Y para gobernarla bien es preciso entender bien la calidad del sujeto. Esos estados nuevos, ocupados por un señor nuevo, presentan a quien quiere mantenerlos infinitas dificultades.[6] Y si se encuentra dificultad para mantener los que están habituados a ser todos un solo cuerpo, como sería, por ejemplo, el ducado de Ferrara, mucho mayor dificultad se encuentra para mantener los que, nuevos, se componen de diversos miembros, como sería éste del señor Juliano; porque una parte de él es miembro de Milán, otra de Ferrara.[7] Por lo tanto, quien se convierte en príncipe de uno de ellos debe pensar en hacerlos un mismo cuerpo y acostumbrarlos a reconocerlo a él lo antes posible. Lo cual puede hacerse de dos modos: o yendo a establecerse en ellos personalmente, o poniendo en ellos un lugarteniente suyo que los gobierne todos, a fin de que esos súbditos, aunque de distintas tierras y divididos en varias opiniones, comiencen a mirar a uno solo y a reconocerlo por príncipe. Y si su señoría, queriendo quedarse por ahora en Roma, colocase allí a alguien que conociese bien la naturaleza y las condiciones de los lugares, haría gran fundamento a ese estado nuevo suyo. Pero si pone en cada plaza un jefe y su señoría no reside allí, estará siempre ese estado desunido, sin reputación de él y sin poder sentir por su príncipe reverencia, ni temor. El duque Valentino, cuyas obras imitaría yo siempre si fuese príncipe nuevo, conociendo esa necesidad hizo a *messer* Ramiro presidente de Romaña,[8] la cual decisión hizo a aquellos pueblos unidos y temerosos de su autoridad, aficionados a su potencia, confiados en ella; y todo el amor que le tenían, que era grande considerando su novedad, nació de esa decisión. Yo creo que esto podrá persuadir fácilmente, porque es verdad; y si tocase a vuestro Pablo, sería ésa posición para hacerse conocer no sólo por el Magnífico señor sino por toda Italia; y con utilidad y honor de su señoría podría ganar reputación para sí, para vos y para vuestra casa. Yo hablé de esto con él; agradóle, y pensará en servirse de ello. Me ha parecido bien escribiros para que sepáis de nuestros razonamientos y podáis, si fuese necesario, allanar el camino a esta cosa.

> Y al desplomarse el soberbio glotón
> no se olvidó, con todo, de Macón.[9]

Nuestro Donato os saluda. A los 31 días de enero de 1514.

---

[1] *“Havea tentato il giovinetto Arciere / Già molte volte vulnerarmi il petto / Con le saette sue, ché del dispetto / Et del danno d’altrui prende piacere; / Et benché fosson quelle acute et fiere, / Ch’uno adamante non hare’ lor retto, / Non di manco trovar sí forte obbietto, / Che stimò poco tutto il lor potere. / Onde che quel di sdegno et furor carco, / Per dimostrare la sua alta eccellenza, / Mutò pharetra, mutò strale, et arco; / Et trassene uno con tanta violenza, / Ch’ancora delle ferite mi rammarco, / Et confesso et conosco sua potenza.”*

[2] *“Nympha, precor, Petreia, mane: non insequor hostis, / Nympha, mane; sic agna lupum, sic cerva leonem, / Sic aquilam fugiunt penna trepidante columbae, / Hostes quaeque suos.”* Ovidio, *Metamorfosis*, I, 504 y ss. La cita contiene ligeras modificaciones, en particular, “Peneia” (hija de Peneo) por “Petreia” (aprox. “pétrea”).

[3] *“Et quemadmodum Phoebo haec carmina parum profuere, sic mihi eadem verba apud fugientem nihil momenti, nulliusque valoris fuerunt.”*

[4] Juliano de Médicis, quien el 10 de enero había asumido el cargo de Capitán General de la Iglesia y el 15 del mismo mes se había casado con Filiberta de Saboya, tía de Francisco I, tras convertirse en duque de Nemours.

[5] Este proyecto encontró la oposición de Francisco I, del duque de Milán y de los suizos y no llegó a realizarse.

[6] Toda esta reflexión no sólo evoca inmediatamente *El príncipe* (y en especial los capítulos VI y VII), sino que parece arrojar alguna luz sobre el discutido asunto de la intención con que fue escrito.

[7] Respectivamente: Parma y Plasencia, Módena y Reggio.

[8] Ramiro de Lorca, después ajusticiado por el propio Valentino en los días de Navidad de 1502. Maquiavelo asistió al último episodio y relató la caída de *messer* Ramiro a la Señoría en cartas del 23 y 26 de diciembre. Toda la historia la cuenta además en el capítulo VII de *El príncipe*, siempre en elogio de César Borgia.

[9] *Cf*. Pulci, *Morgante*, I, 38, 7-8.

47. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI

Florencia, 18 de agosto de 1515

Al señor Juan de Francisco Vernacci en Pera

QUERIDÍSIMO Juan. Si no te he escrito en los últimos tiempos, no quiero que de ello acuses ni a mí ni a nadie más, sino solamente a los tiempos, los cuales han sido y son de tal suerte que me han hecho olvidar de mí mismo. Sin embargo, no por eso me he olvidado de ti, porque siempre te tendré en lugar de un hijo, y tanto yo como mis cosas estaremos siempre a tu disposición. Cuida de estar bien, y de hacer bien, porque del bien tuyo no puede nacer sino bien a quienes bien te quieren. A los XVIII días de agosto de 1515.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

48. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI

Florencia, 19 de noviembre de 1515

Al señor Juan de Francisco Vernacci en Pera

QUERIDÍSIMO Juan. Te he escrito de cuatro meses acá dos veces, y duélome de que no las hayas recibido, porque pienso que tú crees que no te escribo por haberme olvidado de ti. Lo cual no es en absoluto cierto, porque la fortuna no me ha dejado otra cosa que los parientes y los amigos, y yo hago de ellos capital, especialmente de los que más me importan, como eres tú, de quien yo espero que si la fortuna te enviase algún asunto honorable, tú devolverías a mis hijos mi comportamiento hacia ti. De Florencia, a los 19 días de noviembre de 1515.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

49. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI
Florencia, 15 de febrero de 1516

Al señor Juan de Francisco Vernacci en Pera

QUERIDÍSIMO Juan. Tú nunca me escribes que no has recibido mis cartas, que no me des una cuchillada; porque de un año acá te he escrito seis veces, y le di las cartas a Marieta que se las mandase a Alberto. Ella dice haberlas mandado; tú dices no haberlas recibido, lo cual mucho me disgusta; por eso la última que te escribí te la mandé por Bartolomé Federichi, quien me dijo habérsela dado a uno que iba para allá.

Por varias tuyas he conocido tus trabajos: agradezco a Dios que se han calmado de modo que quedas con vida, y todavía no habrás de quedar en mala opinión. Y si la muerte de ellos te ha quitado algún respaldo, el haberte portado bien deberá devolvértelo, de manera que no pierdas el ánimo y mantente sereno. En cuanto a mí, me he vuelto inútil para mí mismo, para los parientes y para los amigos, porque así lo ha querido mi dolorosa suerte. Y no tengo, o por decirlo mejor no me ha quedado cosa buena fuera de la salud, a mí y a todos los míos. Voy contemporizando para estar a tiempo de aferrar la buena fortuna, si viniese, y si no viene para resignarme. Y lo que quiera que me suceda, siempre te tendré en el lugar que te he tenido hasta ahora. Soy tuyo. Cristo te guarde. A los 15 días de febrero de 1515.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

50. NICOLÁS MAQUIAVELO A PABLO VETTORI

Livorno, 10 de octubre de 1516[1]

Al magnífico señor Pablo Vettori, dignísimo capitán de los trirremes del pontífice

MAGNÍFICO señor. Hemos llegado aquí a Livorno hoy a las 16 horas, lo cual os hacemos saber por Antonio servidor de vuestra señoría a fin de que tengáis noticia de nosotros, y si antes de vuestra llegada aquí queréis que hagamos algo podáis significárnoslo. De las galeras del pachá no se sabe cosa ninguna. A vuestro Vicente lo hemos traído aquí con las tercianas; y aunque le salió una libra de sangre de la nariz, sin embargo las fiebres no cesan; si se alivian un poco creo que sería bueno meterlo en un par de cestas, antes que se alarguen las noches, y llevarlo ahí. De modo que si tenéis que postergar vuestra venida, avisad lo que parezca a la señoría vuestra, a la cual todos nos encomendamos calurosamente. A los X días de octubre de 1516.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Livorno

---

[1] Con respecto a esta carta no poseemos ninguna otra información.

51. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI

San Andrés de Percussina, 8 de junio de 1517

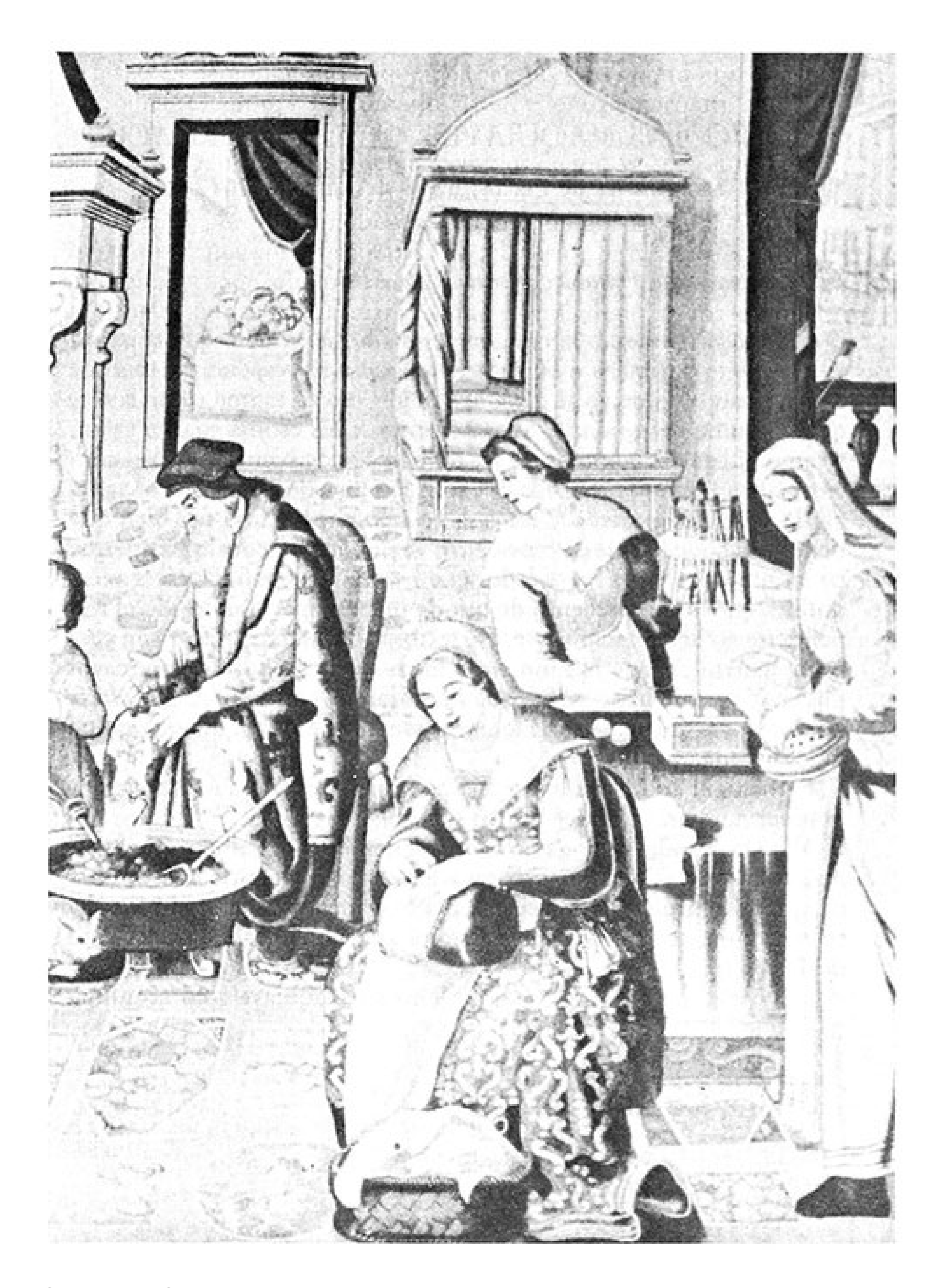
Al señor Juan de Francisco Vernacci en Pera

QUERIDÍSIMO Juan. Como la otra vez te escribí, no quiero que te maravilles si no te escribo, o si he andado holgazán en responderte, porque esto no nace de que yo te haya olvidado o no te estime como suelo, que te estimo más; porque a los hombres se los estima cuanto valen, y como tú has dado prueba de ser un hombre de bien y de valía, conviene que te ame yo más de lo que solía, y tenga de ello al menos vanagloria, pues te he criado y mi casa ha sido el principio del bien que tienes y del que habrás de tener. Pero viéndome yo reducido a estarme en la quinta por las adversidades que he sufrido y sufro, paso a veces un mes que no me recuerdo de mí; de manera que si descuido el responderte no debes asombrarte. He recibido todas tus cartas, y con gusto me entero de que has ido y vas bien, que no podría tener mayor placer. Y cuando hayas terminado tus asuntos y regreses, mi casa estará siempre a tus órdenes, como lo ha estado en el pasado, aunque pobre y desdichada.

Bernardo y Luis se van haciendo hombres, y espero a tu regreso encaminar a alguno de ellos por tu intermedio.

Marieta y toda la brigada están bien. Marieta quisiera que a tu regreso le trajeras una pieza de camelote pardal, y agujas para damasco, gruesas y sutiles, pero dice que deben relucir, que las que mandaste la otra vez no eran buenas. Cristo te guarde. A los 8 días de junio de 1517.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en la quinta



Vida familiar florentina del siglo XVI, *Galería de los Tapices, Florencia*.

52. JUAN VERNACCI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Pera (Constantinopla), 31 de octubre de 1517

Al respetable señor don Nicolás Maquiavelo

En Florencia

†Jesús. A los XXXI días de octubre de 1517

ESTIMADO en lugar de queridísimo padre, después de las debidas recomendaciones, saludos infinitos, etc. En el pasado recibí bastantes, y después no he recibido carta vuestra, que por la gracia de Dios y de mi buen comportamiento, hace más de un año que de vos no recibo una línea, lo que verdaderamente me desagrada, porque puedo juzgar que ya no os acordáis de mí como vuestro querido sobrino, de lo cual estoy apenado. Pero por el otro lado la mucha fe que en vos tengo, más que un buen hijo en su padre, me hace esperar que si habéis perdido la pluma y la hoja para escribirme, no habréis perdido el amor que tanto tiempo me habéis tenido, no como a vuestro sobrino sino como a querido y buen hijo. Quiera Dios que así sea, y me conceda después la gracia de que me visitéis con dos líneas para darme algún consuelo, las cuales espero con grandísimo deseo, por saber de vuestro bienestar y el de toda vuestra brigada, que Dios nos haga de ello dignos.

En estos días he mandado allí un poco de caviar a Alberto Canigiani, sólo por recordarme a los amigos y parientes, que me parece haberlos perdido. De ese caviar os toca una parte, pues se ha dado orden al dicho Alberto que os mande de él 20 libras, las cuales aceptaréis y gustaréis por amor mío, en esta cuaresma. Y no miréis la calidad del pobre presente, sino aceptadlo por muestra de la mayor voluntad y generosidad que quisiera yo mostrar hacia vos. Sírvaos ésta de aviso.

En el presente vivo como de costumbre, y estoy aquí con poca utilidad, y ardo en deseos de ir en breve tiempo allí, lo cual estimo que será pronto, si Dios me concede la gracia.

No sé qué otra cosa deciros, salvo que a vos infinitas veces me encomiendo, y después a vuestra señora Marieta, a la cual no escribo porque la haréis parte de ésta con darle de mi parte infinitos saludos, y lo mismo al Berna y Luis y Guido[1] y a los otros cuyo nombre no sé, a los cuales todos junto con vos Dios guarde siempre de todo mal.

Por vuestro JUAN VERNACCI, en la propia Pera

Guardada hasta el día 1º de noviembre. Y no ocurre nada más, salvo recordaros y rogaros de nuevo que me hagáis cuatro líneas, que me darán placer. Adiós.

---

[1] Los hijos de Nicolás Maquiavelo.

53. NICOLÁS MAQUIAVELO A LUIS ALAMANNI
Florencia, 17 de diciembre de 1517

Al respetable señor Luis Alamanni de su mayor estima[1]

En Roma

MI ESTIMADO Luis. Yo sé que no es preciso que me esfuerce yo mucho por mostraros cuánto amo a Donato del Corno, y cuánto deseo hacer cosa que le sea grata. Por eso sé que no os maravillaréis si os doy trabajo por amor de él, lo cual haré tanto más sin escrúpulo cuanto creo con vos poder hacerlo y cuanto además la causa es justa, y *bastante* piadosa.

Dicho Donato, cosa de un mes después del regreso de los señores Médicis a Florencia, movido en parte por la obligación que tenía con el señor Juliano, en parte por su natural bondad, sin que se lo pidieran llevó al señor Juliano 500 ducados de oro, diciéndole que se sirviera de ellos y se los restituyese cuando tuviera comodidad.[2] Desde entonces han pasado cinco años, y con tanta fortuna de dichos señores, no le han sido reembolsados; y hallándose él actualmente en alguna necesidad, y enterándose además de que en los pasados días a acreedores similares les han sido reembolsados sus créditos, ha tomado ánimo de pedirlos, y ha escrito sobre ello a Domingo Boninsegni, mandándole copia de la cédula que tiene de mano de Juliano. Pero como en un hombre como Domingo, por la multitud de las ocupaciones, suelen tales comisiones morir si no reciben de algún particular favor que las mantenga vivas, me ha parecido conveniente cobrar ánimo de escribiros, y rogaros no os parezca demasiada fatiga hablar de ello con Domingo, y juntos examinar el modo como pueden recuperarse esos dineros. Y no os disguste por amor mío poner este asunto entre los demás vuestros, porque además de ser piadoso y justo, no os será inútil, y os ruego me respondáis sobre ello una línea.

He leído en estos días el *Orlando furioso* del Ariosto, y en verdad, el poema es bello todo, y en algunos lugares admirable. Si se encuentra allí, encomendadme a él, y decidle que sólo me duelo de que, habiendo recordado a tantos poetas, a mí me haya dejado atrás como a una mierda, y que él me ha hecho a mí en su *Orlando* lo que no le haré yo a él en mi *Asno*.[3]

Sé que os encontráis ahí todo el día junto con el Reverendísimo de Salviati, Felipe Nerli, Cósimo Rucellai, Cristóbal Carnesecchi y algunas veces Antón Francisco degli Albizzi, y os ocupáis de poner buena cara y os acordáis poco de nosotros aquí, pobres desgraciados, muertos de hielo y de sueño. Con todo, por parecer vivos nos reunimos algunas veces Zanobi Buondelmonti, Amerigo Morelli, Bautista della Palla y yo, y conversamos de esa excursión a Flandes con tanta eficacia, que nos parece estar ya en camino, de manera que de los placeres que hemos de tener allá, ya hemos consumido la mitad; y para poder hacerla con mejor orden, hemos planeado hacer un modelo en pequeño yendo para este Carnaval a Venecia, pero estamos en duda sobre si anticiparnos y pasar por ahí, o si esperamos al regreso y nos vamos

directo. Quisiera por lo tanto que resolvieseis con Cósimo y nos escribieseis lo que será mejor hacer. Estoy a vuestra disposición. Cristo te guarde.

Encomendadme a *messer* Piero Ardinghelli, que se me había olvidado decíroslo. De nuevo, saludos a todos. El día 17 de diciembre de 1517.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Este Luis Alamanni es el poeta que frecuentaba los *Orti Oricellari* (huertos de los Rucellai), que en esos años ofrecían a Nicolás Maquiavelo el apoyo moral y económico del cenáculo humanista reunido en torno a Cósimo Rucellai y del que formaban parte también todos los nombrados en el último párrafo. En los huertos y en 1516 ubicará Nicolás Maquiavelo los diálogos del *Arte de la guerra*, en que uno de los interlocutores es Alamanni. Se presume además, por alusiones contenidas en diversos epistolarios, que allí y en estos años fue leyendo los *Discorsi*, quizás a medida que los escribía.

[2] Juliano había muerto el 17 de marzo de 1516.

[3] El *Asno de oro*, que por fin quedó inconcluso. La primera edición del *Orlando furioso* se imprimió en Ferrara en 1516. No hay prueba de que Ariosto y Maquiavelo se hayan conocido, pero es muy posible.

54. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI
Florencia, 5 de enero de 1518

Al señor Juan de Francisco Vernacci en Pera

QUERIDÍSIMO Juan. Yo me maravillo de que por la última tuya me digas que no has recibido cartas mías, porque hace cuatro meses te escribí e hice que te escribieran Luis y Bernardo que te pidieron no sé qué historias; y las cartas fueron entregadas a Alberto Canigiani.

Como te decía por aquella, no debes maravillarte si te escribo raramente, porque desde que te fuiste he tenido infinitos trabajos, y de tal calidad que me han conducido a un término en que poco bien puedo hacer a otros, y menos a mí mismo. Sin embargo, como por aquella te decía, la casa y lo que me queda está a tu disposición, porque fuera de mis hijos no hay hombre a quien estime como a ti. Yo creo que tus cosas han mejorado bastante con esta estadía que has hecho allí, y si se encuentran en el término que entiendo, te aconsejaría que tomaras mujer, y una con la cual aumentarías el parentesco conmigo: y es ella hermosa y tiene buena dote, y es de bien. Por eso quisiera que, si has de permanecer ahí, me escribieses o me mandases decir con Alberto Canigiani cuál es tu opinión; y si tienes ánimo de casarte me ilumines de alguna manera sobre tu ser.

Nosotros estamos sanos y nos encomendamos todos a ti. Cristo te guarde. A los 5 días de enero de 1517.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

55. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI

Florencia, 25 de enero de 1518

Al señor Juan de Francisco Vernacci en Pera

QUERIDÍSIMO Juan. Hace como 20 días te escribí dos cartas del mismo tenor, y las entregué a dos personas para que recibieras por lo menos una; después he recibido la tuya fechada el 4 de noviembre. Y duéleme hasta el alma que no hayas recibido mis cartas, porque hace seis meses te escribí y te hice escribir una carta por cada uno de estos muchachos; y a fin de que puedas recibir alguna haré también una copia de ésta.

Como por varias mías te he dicho, la suerte, después que tú partiste, me ha hecho lo peor que ha podido, de modo que estoy reducido a un término en que puedo hacer poco bien a mí mismo y menos a otros. Y si ando descuidado en responderte, así me he vuelto en otras cosas; sin embargo, como quiera que yo esté, yo y la casa estamos a tu disposición, como siempre hemos estado.

Muchas gracias por el caviar. Y dice Marieta que a tu regreso le traigas una pieza de paño de camelote pardo.

Por otra te escribí que en caso de que tus cosas hayan mejorado, del modo que me dicen y como creo, yo te exhortaría a tomar esposa; y si quisieras hacerlo, ahora hay a mano algo que no podrías hallar nada mejor, de manera que mucho apreciaría que sobre esta parte me respondieras algo.

Nosotros aquí estamos todos sanos, y yo soy tuyo. A los 25 días de enero de 1517.

Tu NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

56. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI
Florencia, 15 de abril de 1520

Al señor Juan de Francisco Vernacci en Pera

†En el nombre de Dios. A los 15 días de abril de 1520

QUERIDÍSIMO, etc. Desde que te escribí de la muerte de Antonio Canigiani no he recibido cartas tuyas, y tampoco yo te he escrito, porque creía que volverías en cualquier momento; mas viendo que no has vuelto, me he movido a escribirte estas pocas líneas para pagar mi deuda contigo, viendo cómo se arruinan tus cosas. Ya sabes que Pedro Venturi te demandó judicialmente, por lo cual fuiste obligado a mandarle aquí su resto, de tal manera que te resulta de ello una pérdida de 60 florines, según me dice Pedro Corsali. Además de esto quiere demandarte Juan Luis Arrigetti, Jorge Bártoli y muchos otros, los cuales todos obtendrán sentencias contrarias a ti, porque no hay quien pueda ni quien sepa responderles. Yo por mi parte no sirvo, porque te haría daño y no provecho, debido a la situación en que me encuentro. Tus tíos y tus primos por parte de padre no quisieron hablar, ni siquiera, a uno de los Seis; de los amigos, no tienes ninguno que pueda hacerse cargo de este pleito, de modo que si no vuelves, aquí perderás los bienes y el honor. Pedro Corsali se ha excusado conmigo, y me dice habértelo escrito. Por lo tanto, mi querido Juan, piensa muy bien qué es lo que te conviene, porque si te quedas ahí un año más, aquí perderás todo, y quedarás en las manos de todos los que te confiaron mercancías. Yo te lo escribo por cumplir con mi deber, y para que no puedas decir que no te lo escribieron. Cristo te guarde.

Tu NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

57. BAUTISTA DELLA PALLA A NICOLÁS MAQUIAVELO[1]

Roma, 26 de abril de 1520

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo de su mayor consideración

En Florencia

NO HE respondido antes a la vuestra del pasado 17 por no tener nada nuevo que deciros. Estoy aquí desde hace varios días en los cuales he estado tan impedido por el resfrío y el catarro que no he podido hacer cosa alguna, no digamos escribir. Debéis saber que en una ocasión en que platiqué con el papa le ofrecí por añadidura los 500 ducados a pagar a Donato del Corno, diciendo en torno de ello un mundo de palabras que hacían falta, movido por el respeto que tengo por el honor de su santidad y por el buen recuerdo de Juliano y de toda la casa, como buen servidor de ellos. Respondióme que decía yo la verdad, y para que supiese rectamente lo que hay, que ya había dado orden de que se le pagara, y que así se haría sin. falta. Y queriendo yo preguntarle de qué modo había dado esa orden, a fin de que la parte que habéis arreglado que os toque no os vaya a fallar, por dos veces me llevó con las palabras tan lejos, entre preguntarme y decirme, que nunca pude llegar; sin embargo creo que esos 500 ducados que le ofrecí pagar a Donato él no piensa ponerlos por añadidura a una suma que debo pagar por cuenta suya que le conviene mucho; por lo cual, cuando lleguemos sobre ello a las duras, lo que según espero será dentro de tres días, tendré que insistir firmemente, y me esforzaré por tocar fondo sobre de qué manera ha dado orden de que le paguen a Donato. Y si no puedo hacer otra cosa, me haré comisionar por su santidad ante aquellos a quienes averigüe que ha dado la orden de pagar, para que se expidan con rapidez y hagan que sea pagado entre los primeros, etc. Y vos por otro lado haced averiguar de nuevo si es Rafael de Médicis quien tiene esa comisión, como antes me escribisteis, y avisadme en seguida, a fin de que si todavía rehúsa que le pague yo, como al principio, teniendo mejor noticia de la cosa pueda yo obrar mejor en favor de nuestro deseo; pero como os digo, escribid en seguida, porque no espero más que a despedirme para irme en pocos días para allá.

De los casos de nuestra compañía[2] debemos tener grandes esperanzas, como sabréis en parte por Zanobi, a quien le he escrito, y os diré plenamente a mi regreso.

Yo le he hablado particularmente de vuestros asuntos al papa, y en verdad, a lo que parece, lo he encontrado óptimamente dispuesto hacia vos, tanto que estuve muy tentado, cuando le hablé del caso de Donato, de decirle la parte que debía tocaros, confiando en que por eso había de hacerlo con más ganas; con todo, callé. He recibido comisión de decir al cardenal de Médicis,[3] de parte de su santidad, en cuanto llegue yo ahí, que le será muy grato que ahora ya tenga efecto la buena voluntad que su señoría reverendísima tiene de complaceros: y creo decírselo con tal eficacia y ser creído de tal modo, que no será en vano; y esto es en torno al

haceros dar alguna provisión para escribir u otra cosa, como se conversó hace varios días, que de ello hablé largamente con el papa y sobre eso acepté la dicha comisión; y además hablé de vos con su santidad sobre los asuntos de nuestra compañía, diciéndole que nosotros confiábamos en valernos del ingenio y el juicio vuestros, etc. Además hablé de vuestra comedia, diciéndole que está en orden, ya aprendida en todo por sus recitantes, y que yo pienso que habrá de agradarle mucho, etc.[4] Esto tengo que deciros, bueno para vos y para algo que cualquier hombre bueno estimará mucho más que cualquier cosa que se hubiera logrado en Roma por mis manos, pues no habiendo tenido facultad de servir, tuve escrúpulo de correr el riesgo de estorbar, bien que hasta ahora, a veces desde las cuatro en adelante, por la benignidad del patrón se me ha dado ocasión de hablar etc.

A Santa María in Pórtico le hice la embajada de su Calandro y vuestro *messer* Nicia;[5] responde cortesanías, como acostumbra. Agradecí a Salviati por la carta: enójalo que uséis ceremonias con él. Al Carnesecco le hice la embajada de los palos: no sé si por ser sacerdote quisiera servirse él de alguno, pero de 10 años serían demasiado tiernos. Soy todo vuestro. Dios os guarde. En Roma, a los 26 días de abril de 1520.

B. D. P.

---

[1] Bautista della Palla es otro de los participantes en los diálogos del *Arte de la guerra*.

[2] Los visitantes de los *Orti Oricellari*.

[3] El cardenal Julio de Médicis gobernaba Florencia desde la muerte de Lorenzo duque de Urbino, el 14 de mayo de 1519.

[4] *La mandrágora:* “el pontífice León [X], una vez realizada en Florencia, la hizo venir a Roma, de modo que también a la Ciudad se comunicase tal regocijo, con todo el aparato escénico y los mismos actores”, Giovio, *Elogia virorum literis illustrium* (Basilea, 1577), “Nicolaus Machiauellus” (p. 104).

[5] Bernardo Dovizi de Bibbiena, cardenal de Santa María in Pórtico y autor de una comedia llamada *Calandria*, cuyo protagonista era Calandro. Messer Nicia es uno de los principales personajes de *La mandrágora*.

58. BERNARDO MAQUIAVELO[1] A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 30 de julio de 1520

Al señor Nicolás de messer *Bernardo Maquiavelo*

En Lucca[2]

†Jesús. A los 30 días de julio de 1520

QUERIDÍSIMO padre, salud, recomendación, etc. Ésta es para deciros que nosotros estamos sanos, y lo mismo esperamos de vos.

No os hemos escrito antes porque el tiempo no permitió levantar la cosecha. El vino que mandasteis decir que vendiéramos lo destinamos a devolver vino por vino.

Magdalena tuvo una niña y le puso el nombre Oretta. Os manda cien saludos. *Monna* Marieta os recuerda que regreséis pronto, y que le traigáis algo. Y lo mismo yo y Luis y todos los de la casa.

No hay nada más que deciros. Cristo de mal os guarde. Hecha de prisa, a la luz de un farol. Tenía una pluma que no me servía.

Vuestro BERNARDO MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Se trata de su hijo probablemente segundo, nacido en noviembre de 1503.

[2] A la espera de que se concretasen las esperanzas a que alude la carta de Bautista della Palla, Nicolás Maquiavelo recibió un encargo que estaba a medio camino entre la acción privada y la pública, relacionado con la quiebra de un rico mercader luqués vinculado con muchos importantes comerciantes florentinos, entre ellos los Salviati, emparentados con el papa. El 7 de julio los Priores de las Artes de Florencia escribían a los Ancianos de Lucca que “los mercaderes florentinos” (no la república) habían decidido “por su propio interés” enviar a Lucca “a un ciudadano nuestro, Nicolás Maquiavelo, para que practique y resuelva esta materia, en la cual nosotros tenemos interés por estar involucrados en ella ciudadanos nuestros, cuya conservación meritoriamente debe ser procurada por nosotros”. A este encargo se añadieron después otros dos del mismo tenor: los señores de la Zecca, o Casa de Moneda, de Florencia aprovecharon a Nicolás Maquiavelo para discutir con los Ancianos algunos asuntos relacionados con el metal y cuño de las monedas; finalmente, a fines de junio se le encargó que hiciera expulsar del territorio de Lucca a “tres escolares sicilianos expulsados de Pisa por sus excesos”.

El asunto tenía importancia suficiente para que Nicolás Maquiavelo llevara cartas de recomendación para los principales magistrados de Lucca del propio cardenal Julio, a quien poco antes (en marzo del mismo año) había sido presentado por Lorenzo Strozzi, siendo “acogido con benevolencia”. De este viaje nacieron el *Sumario de las cosas de la ciudad de Lucca* y la biografía de Castruccio Castracani.

59. FELIPE DE NERLI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 1º de agosto de 1520

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, como hermano queridísimo

En Lucca

QUERIDÍSIMO Nicolás. Recibí una vuestra, la cual, ante todo, dice mentiras; porque decís ser breve y después hay dos carillas llenas de escritura de banda a banda.

La causa de que no se os haya respondido antes, la causa fue que la carta me encontró fuera de esta plaza; fui con la mujer de Lorenzo hasta cerca de Lucca, a tres millas, con ánimo de ir a enfrentaros; después pensé, estando en Bagni, que si quería volver por Lucca para llegar de vuelta a Florencia, se alargaba el camino 16 buenas millas, que hacen más de 20 por el regreso, así que juzgué que no era para soportar tanta incomodidad vuestra presencia. Llegando aquí, encontré vuestra carta con la otra incluida para Sibilia, y pues como se ha dicho se quedó más por mi ausencia, le parecerá haberla recibido por estafeta. Con Zanobi[1] comenté la vuestra, e hicimos el juicio que se hace siempre de vuestras cosas, porque vos lleváis esas cosas en burlas. Estábamos él y yo en ánimo de responderos en común este día, pero él ha tenido un hijo varón y por eso no he querido molestarlo. Podéis, cuando escribáis acá, darle vuestras albricias, porque ha tenido singular placer; porque cuantos más varones nacen, mejor provistos estaremos contra el Turco. Vos no pensáis en esas cosas, pero son más importantes de lo que creéis: recordadlo, y advertid a esos señores de Lucca que atiendan a coger bastante para hacer infantería, que les servirá como si fuesen torreones.

Con Gerardo he repasado todo lo que decís. Yo estimo que esta estadía vuestra allá habrá de ser vuestro último salto. Ya sabéis de cuán poca gracia gozabais, y ahora que a competidores y rivales les ha quedado el campo libre, dejo a vos el juzgar. Y ved de poner remedio a tiempo, que los remedios serán más escasos que la plaga. Vamos, vamos.

Con los poetas y con las musas hablamos de la lengua mucho y largamente. Sobre esto se pensó, para componeros el gusto cuando regreséis, daros algún buen preceptor. Se había pensado en Sernigi,[2] pero como él no está, piensan que uséis a vuestro regreso con Gualtieri Panciatichi, y que para vuestra lección uséis todos los días leer dos veces su epístola sobre la entrada del pontífice en la patria. Y así piensan componeros las orejas.

Felipe, Juan, Guidetto y estos amigos del mediodía[3] se encomiendan todos a vos. En verdad Guillermo desearía que dieseis sus saludos a ese campesino que decís vos que os fue de tanto consuelo allí, aunque a él le fue de daño; y tan liberal fue que me encargó que os escribiese que daría 100 ducados a quien lo entregase en manos de uno de los rectores de esta Señoría. Si os parece éste partido agradable y que os convenga, en vos está la elección de emprenderlo.

Habréis oído que Francisco Vettori ha ido a San Leo y a Montefeltro, a tomar posesión de esas provincias por esta Señoría.

Vos dais a entender que acá nos ocupamos de chanzas. A vuestro regreso os pareceremos más lindos que nunca.

Os recuerdo que para vuestro regreso os he conseguido un alojamiento en Pistoia, porque no estará allí Roberto, que hoy ha terminado su dictadura en aquella plaza. Cuando lleguéis a la puerta, preguntad por la casa del Zinzi, o si queréis llamarlo por su nombre propio, de Sebastián de Possente. Seréis recibido por él, por amor de la Riccia y mío y por vuestras buenas cualidades, muy amorosamente. No faltéis.

Donato del Corno duélese mucho de vos, y me temo que cuando regreséis yo habré de ser árbitro entre vosotros. De cualquier modo, yo sé lo que sé, y oigo lo que oigo, y haga él cuanto quiera, la cosa va todo lo mal que puede.

Encuentro, en este tiempo que he estado fuera, que con mayor libertad puede quien ocupa una magistratura hacer alguna cosilla de su mano; encuentro que las mujeres pueden con más libertad ser putas, queriéndolo así; de los hombres, quien quisiera leer a Troiano o atender a otras cosas, puede hacerlo aún más; quien quisiera no creer, o tener un hábito más extraordinario que otros, y *así en cada cosa*, con más seguridad puede hacerlo todo, porque Dios llamó a sí a Piero degli Alberti, quien se fue a Santa Croce con tanta agua, que bien pareció que quería echar el resto, así después de muerto, dando tanta incomodidad a quienes lo acompañaron, que fue la víspera de San Jacobo. Y por ahora no tengo nada más, sino encomendarme a vos. Nada más. Adiós. De Florencia, el primer día de agosto de 1520.

Vuestro FELIPE DE NERLI

---

[1] Zanobi Buondelmonti.

[2] Cristóbal Sernigi; véase la carta 22.

[3] Los visitantes habituales de los huertos de los Rucellai.

60. ZANOBI BUONDELMONTI A NICOLáS MAQUIAVELO

Florencia, 6 de septiembre de 1520

A mi muy estimado compadre Nicolás Maquiavelo, secretario

En Lucca

MI ESTIMADO compadre. Recibimos la vuestra del pasado 29 junto con la *Vida de Castruccio Castracani*[1] compuesta por vos, la cual, por ser cosa buena y por conocer también que os acordáis en todo punto de vuestros amigos, hemos tenido en tanto como el mundo. La leímos y consideramos un poco juntos Luis, Guidetto, el Diaccetino, Antón Francisco y yo, y en general resolvimos que es cosa buena y bien dicha, bien que notáronse algunos pasajes que, si están bien, podrían ciertamente mejorarse, como es la parte final de los dichos[2] y de los rasgos ingeniosos y agudos del dicho Castruccio, la cual no quedaría sino mejor siendo más breve, porque además de ser demasiados esos dichos o chistes suyos, hay algunos que ya han sido atribuidos a otros sabios antiguos y modernos, y otros no tienen la vivacidad y la grandeza que se requeriría de tan grande hombre. Pero hay tantos buenos que de él pueden aducirse, que su vida queda todavía rica en ellos. Las demás anotaciones son más bien sobre las palabras que sobre otras partes, de las cuales cosas todas nos reservaremos para hablar personalmente con mucho placer. La han visto y leído Jacobo Nardi y Bautista della Palla, el cual está aquí y está bien y mucho desea vuestra presencia, y elogiáronla mucho. Pedro Francisco Portinari y Alejandro también, con quienes estaba yo en la quinta cuando me la llevaron, la han elogiado generalmente en lo que cada uno afirmaba o dudaba, sobre la lengua y sobre la historia, y la explicación de vuestros sentidos y conceptos, como he dicho. Se os dirá de viva voz.

A todos parece que debéis poneros con toda diligencia a escribir esa historia,[3] y yo sobre los demás lo deseo, porque si bien no entiendo tanto como cada uno de los dichos, ni sé entender la razón como convendría, siento que este modelo de historia vuestro me deleita, del mismo modo que lo hacen las cosas que por los hombres de buen juicio son tenidas por buenas. Y por sobre todas las cosas me parece que valéis en aquella oración.[4] Creo que será porque os eleváis más con el estilo que en el resto, como también la materia lo requiere. Nada más he de deciros sobre esto por carta, porque sería demasiado largo. Y no tengo más de qué escribiros, salvo rogaros que apresuréis vuestra partida de allí para regresar con vuestros amigos, los cuales os deseamos mucho de ordinario, y tanto más ahora que por la venida de Bautista tenemos necesidad de hablar con vos por aquella fantasía que sabéis; haced pues que de vuestra parte no se deje de complacernos, siempre que no os importe estar allí por la utilidad o por el honor, de las cuales dos cosas desearíamos colmaros con lo nuestro. A vos siempre nos encomendamos. Adiós. A los 6 días de septiembre de 1520.

Vuestro compadre ZANOBI BUONDELMONTI

P.S. He sabido que de aquí os mandan decir que regreséis cuando os plazca, de lo cual me alegro.

---

[1] Dedicada a Zanobi Buondelmonti y a Luis Alamanni, y nacida probablemente tanto del tiempo pasado en Lucca, que lo llevó naturalmente a interesarse por su historia y por su presente (de este mismo periodo es el *Sumario de las cosas de la ciudad de Lucca*), como del plan evidentemente ya presente para “la historia”, de la que ésta era “un modelo en pequeño”.

[2] Los “*ditterii*” al final eran parte obligada de las biografías de grandes hombres.

[3] Las *Historias florentinas*.

[4] El discurso de Castruccio en punto de muerte.

61. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO DEL NERO

Florencia, 10 de septiembre-7 de noviembre de 1520[1]

Estimado cuñado Francisco del Nero

ESTIMADO señor. La sustancia del contrato sea ésta.

Sea contratado por años, etc., con salario cada año, etc., con obligación que deba y esté obligado a escribir los anales o bien la historia de las cosas hechas por el estado y ciudad de Florencia, desde el tiempo que le parezca más conveniente, y en la lengua o latina o toscana que le parezca.

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] El 8 de noviembre los Oficiales del Estudio florentino, entre los cuales figuraba el destinatario, decidieron oficialmente contratarlo por dos años, uno seguro y el otro sujeto al beneplácito de ellos, con sueldo de 100 florines "de sello", con la obligación de permanecer al servicio del Estudio para hacer lo que se le ordenara y, entre otras cosas, para componer anales o crónicas florentinas. El principal responsable de esa decisión fue el cardenal Julio de Médicis, quien en 1520, como arzobispo de Florencia, era director del Estudio. El salario era verdaderamente muy modesto. El resultado de ese contrato fue la escritura de las *Historias florentinas*.

62. FELIPE DE NERLI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 17 de noviembre de 1520

Estimado señor Nicolás de messer *Bernardo Maquiavelo*

En Florencia

MI ESTIMADO Nicolás, etc. Desde que partí no os he escrito porque no hubo motivo. La *Vida de Castruccio* no hubo modo de conseguírmela, y del libro *De re militari*,[1] lo mismo. Sabed que por las tardes le leo a *madonna* Lucrecia[2] Justino y Quinto Curcio, *De rebus gestis Alexandri*. Hay un nuevo gaznápiro que le ha dado un tratado de la vida de Alejandro, y aun cuando no lo he leído, no me gusta; ella me ha pedido que os lo envíe, para que vos lo compongáis agregándole alguna parte de sus cosas según os parezca, pero yo no lo hice ni dije que lo haría, sino que me sonreí diciendo "veremos", con ánimo de escribiros primero para ver si teníais deseo de hacer ese trabajo, y si me respondéis que sí, os lo enviaré y le diré a ella que lo hice, aunque creo que sería mejor discurrir, como Plutarco, lo que sepáis de la vida de Alejandro, que revisar un escrito de este animal. Haré lo que me digáis y, como ya dije, hasta que vos no me respondáis que estáis de acuerdo jamás diré que os he escrito: prefiero pasar yo por negligente a que vos tengáis que negarlo, si no queréis pasar ese trabajo; por eso, respondedme cuanto antes.

A Zanobi Buondelmonti decidle que le mando recuerdos, y que no olvide su promesa de venir. Yo le escribí también el otro día, antes de ir a la corte, donde he estado desde hace 10 días entre Corneto y Montalto, y mientras tanto el tenor de lo que le escribí fue sobre el libro *De re militari*, que por haberme dicho él que lo mandaría me hará quedar como mentiroso ante monseñor reverendísimo si no lo manda; así que entre vos y él tratad de que no falle.

A Donato del Corno y toda la logia que tiene por las tardes en su tienda infinitas veces me encomiendo, y a todos de mi parte saludad, y por ahora no diré más. A vos infinita y parlanchinamente me ofrezco, etc. De Roma, a los 17 días de noviembre de 1520.

FELIPE DE NERLI

---

[1] El *Arte de la guerra*, titulado originalmente *De re militari*, que todavía no había sido impreso pero circulaba en copias manuscritas, según sabemos también por Biagio Buonaccorsi (véase la Cronología, 1520). También hacía y vendía copias de *El príncipe*.

[2] Lucrecia de Médicis, esposa de Jacobo Salviati.

63. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN VERNACCI

Florencia, 15 de febrero de 1521

QUERIDÍSIMO Juan. Soy un poco holgazán para responder a tus cartas, porque tú cada vez me escribes: partiré dentro de un mes. Ahora, viendo que no regresas, te escribiré lo que sucede. Recibí tus cartas con la procura. Y cuando quise permutar el Monte para que recibieras los pagos completos, no pude porque la procura que me mandaste no servía para esa acción del Monte. Por eso te mando un modelo de procura como debe ser: ve de hacerla. Y entonces yo haré la permuta del Monte según me escribes.

De las cosas de *monna* Vaggia, lo que yo sé que te toca es esto: 266 florines de siete por ciento grandes, 63 florines y 1/3, que están depositados en la abadía a tus órdenes. Yo los dejé estar ahí esperando tu regreso; si no regresas los sacaré y compraré siete por ciento: falta recibir cierto dinero de los Tempi, y en estos días se les cobraron 36 ducados, de los cuales se pagaron 32 a unos sirvientes que por legado de *monna* Vaggia debían recibirlos. Al cobrar estos otros se hará igual con tu parte. Hay también muchos enseres domésticos, y la parte tuya está en manos de los ejecutores del testamento. Yo me esfuerzo por tener contento a Pedro Venturi y que acepte la renta de la propiedad, aunque ruge que quiere que le paguen; y lo contratado para este año se lo he entregado yo todo menos los haces de leña.

Las 75 libras de caviar llegaron; pagué por eso nueve liras y siete céntimos; se distribuyeron como escribiste.

Nosotros estamos todos sanos y te esperamos; vuelve, por tu fe, lo antes que puedas. Cristo te guarde. A los 15 días de febrero de 1520.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

64. PIERO SODERINI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 13 de abril de 1521

A mi queridísimo Nicolás Maquiavelo

En Florencia

NICOLÁS queridísimo. Puesto que no os satisface el empleo de Ragusa,[1] al preguntarme el señor Próspero[2] por alguien capaz de manejar sus cosas, conociendo la lealtad y la capacidad vuestras, os propuse. Mucho le satisfacéis, porque tiene noticia de vos, y me ha encargado que os pregunte sobre ello. La comisión será de 200 ducados de oro y los gastos; pensadlo, y si os satisface, yo os aconsejaría que, sin consultarlo, estéis allá antes que se sepa vuestra partida; al presente no veo ningún partido mejor que éste, que me parece mucho mejor que estar ahí escribiendo historias por florines de sello. Que estéis bien. De Roma, el día 13 de abril de 1521.

Vuestro PEDRO SODERINI

---

[1] En una carta perdida, Soderini había ofrecido a Nicolás Maquiavelo el puesto de canciller de la república de Ragusa (Dobrovnik).

[2] Próspero Colonna (1452-1523), primo de Fabricio Colonna, prominente interlocutor del *Arte de la guerra*, e igual que él destacado *condottiero*, estuvo al servicio de España desde 1501 hasta su muerte. Nicolás Maquiavelo no aceptó este ofrecimiento.

65. JUAN VERNACCI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Constantinopla, 8 de mayo de 1521

Estimado señor don Nicolás Maquiavelo

En Florencia

†Jesús. A los VIII días de mayo de 1521

ESTIMADO en lugar de padre, recomendaciones y saludos infinitos, etc. A los 4 días de febrero de 1520 fue la última mía. Después recibí la vuestra del 15 de febrero que vi con placer. A continuación respondo.

He entendido que recibisteis la procura, pero decís que no sirvió para los dineros del Monte; y la forma como debe ser dicha procura se recibió en dicha vuestra, y se ha hecho dicha procura formalmente como ordenáis, por mano de nuestro canciller; y ésta se os envía para que podáis permutar dichos dineros del Monte a quien os plazca, a fin de que se obtengan los pagos completos; así que haced como si fuera cosa vuestra, que Dios os mande bien.

De la herencia de *monna* Vaggia decís que me tocan florines 266.13.4, dineros siete por ciento grandes, y florines 63 ½ que están depositados en la abadía a mi orden; decís también que falta recibir ciertos dineros de los Tempi, y no decís cuántos. Entiendo también que cierta parte mía está en manos de los ejecutores del testamento; sobre esto quisiera que al recibo de la presente tratéis de obtenerlo todo, y los dineros que están en la abadía igual que los otros, y los manejéis como si fuesen vuestros, que todo lo tendré por bien hecho. En cuanto a Pedro Venturi, entiendo que lo tenéis contento con darle la renta de la propiedad, y decís que ha recibido todo menos la leña, que habéis hecho bien, y continuad haciéndolo así hasta mi regreso. Y en ese momento tengo esperanza de hacerme de todo.

El caviar entiendo que lo recibisteis: cumplid cuanto se os ha ordenado, que está muy bien. Por ésta no hay más que deciros, salvo que dentro de 15 días habrá sentencia entre el Biliotto y yo, y cuanto antes me iré de veras, que Dios me conceda la gracia. Y basta. A vos de continuo me encomiendo. Tenedme por excusado si soy breve en ésta, que la causa es que ayer tomé una medicina que me ha trastornado. Dios os guarde a vosotros y a nosotros siempre de todo mal.

Por vuestro JUAN DE FRANCISCO VERNACCI, en Pera

66. LOS OCHO DE LA PRáCTICA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Instrucción deliberada el 11 de mayo de 1521[1]

NICOLÁS, tú te irás a Carpi, y tratarás de estar allí para el jueves próximo, sin falta; e inmediatamente después de tu llegada te presentarás ante la reverencia del padre general y definidores de la orden de los frailes menores, que hacen en aquella plaza su capítulo general, y les presentarás nuestra carta credencial. Después harás saber de parte nuestra a sus reverencias, que ya saben cómo esta ciudad ha sido, y es, y será siempre favorable a los lugares píos y eclesiásticos, como lo atestiguan tantos hospitales, monasterios y conventos edificados por nuestros antiguos, y cómo ninguna cosa los ha inducido en el pasado a tal obra tanto como los buenos ejemplos que con las costumbres y con la doctrina les han dado los religiosos, cuyo comportamiento siempre ha encendido sus ánimos a exaltarlos y socorrerlos. Y cómo entre todos los que por esta república han sido más queridos y beneficiados están los hermanos de su orden, porque así lo merecía la honestidad y ejemplar vida de ellos. Bien cierto es que de algún tiempo acá ha parecido y parece a nuestros ciudadanos, y entre ellos a los mejores y más sanos, que ha faltado en los frailes ese espíritu que solía hacer que fuesen adorados, y en los laicos aquel celo de la caridad que solía impulsarlos a beneficiar a aquéllos; y buscando la razón de ello hemos encontrado fácilmente que esto nace de gobiernos no buenos que han tenido de algún tiempo acá sus conventos; y buscando el remedio, entendemos que no es posible que vuelvan nunca a su antigua reputación, si en nuestro Dominio Florentino no se hace una provincia aparte, porque haciendo esto, los frailes más fácilmente serían reconocidos y corregidos, y tendrían mayor temor de errar; y habiéndonos certificado bien por nuestra parte de que no hay otro remedio que éste, queremos que de nuestra parte exhortes y supliques a esos reverendos padres que hagan a esta república esa gracia, de hacer del Dominio Florentino una provincia sola, y separarla del resto de la Toscana; la cual cosa, si la hacen, y creemos que la harán de todos modos, harán cosa grata para toda esta ciudad, la cual por sus antiguos y modernos méritos hacia su religión merece obtenerla, y serán causa de que se reduzcan los conventos que tienen en nuestro Dominio a su antiguo celo, y esta ciudad a la antigua caridad, y eliminarán las causas de los escándalos que bien pueden nacer si esta gracia no se obtiene; y con cuanta más eficacia puedas mostrarás a sus reverencias este deseo nuestro. Presentarás además de esto la carta del ilustrísimo y reverendísimo legado cardenal de Médicis, y les rogarás de parte de él que nos complazcan en esto, como de boca de su reverendísima señoría te ha sido comisionado, y no podemos creer que los ruegos nuestros, el amor a la religión, la autoridad de monseñor reverendísimo no los conmuevan; y en caso de que la cosa no tuviera efecto, significarás honestamente a sus reverencias que nosotros no hemos de abandonar esta empresa, y no creemos tampoco que

monseñor reverendísimo nos abandone, hasta que de algún modo y por alguna vía se cumpla nuestro deseo.

Dada en Florencia en el lugar de la residencia habitual el día 11 de mayo de 1521.

Los Ocho de la Práctica de la ciudad de Florencia.

NICOLÁS MICHELOZZO

---

[1] Después de nueve años y casi seguramente gracias a los afanes de sus amigos, llegó para Maquiavelo la ocasión de actuar nuevamente en representación del gobierno de Florencia, y por primera vez con el rango de embajador, aunque sólo fuese a la "república de los zuecos".

67. FRAY HILARIÓN SACCHETTI
A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, alrededor del 11 de mayo de 1521

EN PRIMER lugar os presentaréis ante mí en Carpi, y yo os presentaré a los hermanos con quienes debéis hablar, y esforzaos por estar en Carpi el día 16 por lo menos antes de las vísperas.

La carta a fray Francisco de Potenza quisiera que fuese presentada *cuanto antes* pudieseis, al cual de parte del reverendísimo e ilustrísimo legado debéis exponerle cómo su santidad reverendísima desea que sea provisto que esta provincia nuestra se divida por las razones que abajo se anotarán, y que su santidad ha entendido que él es a ello contrario, y persuadirlo de que acepte mudar de propósito y favorecerlo, porque su señoría está segura de que si él quiere favorecerla tendrá efecto, haciendo lo contrario, no sería en absoluto grato a su señoría reverendísima, la cual no puede faltar ni a los ciudadanos ni a los frailes; y le agregaréis, que bien ha oído que él es opuesto a los frailes de Florencia, y que si fuese así, le agradecerá que en las cosas razonables sea él amigo de sus amigos; y cuando monseñor sepa esto, *siempre* que todavía sea amigo de su señoría, etc., con las palabras acomodadas que sabréis hacer.

Al consejo y definidores, sobre las cartas de la Señoría y del cardenal tendréis que rogarles *en nombre* de ellos que de los lugares y frailes del Dominio Florentino tengan a bien hacer una provincia aparte de por sí, y eso porque de algún tiempo acá han visto y entendido que los frailes en mucho carecen de la debida edificación y ejemplaridad, y porque entienden que tal cosa procede del poco gobierno, juzgan de acuerdo con los demás hombres de bien, que éste debe ser oportuno remedio; y esto lo persuadiréis con estos medios.

I. Porque desean de los frailes sentir buen olor y no malo, como hasta ahora han hecho.

II. Porque esto es deseado por muchos ciudadanos, a los cuales sus señorías se proponen satisfacer.

III. Porque conocen que no haciéndolo surgirán inconvenientes, los cuales *por nada* quieren esperar, sino proveer.

IV. Porque saben que a los frailes de su Dominio, y especialmente a los hombres de bien, para su reformación paréceles este deseo, y a ellos no quieren ni pueden faltar.

V. Que sus señorías desean esto por la vía ordinaria de sus paternidades, por el afecto que tienen a la religión, y no quisieran tener que pensar en otra vía.

Con los medios antes dichos podréis persuadir la cosa de parte del cardenal reverendísimo, con excepción de la última, persuadiendo de parte de su señoría reverendísima que quieran satisfacer a la excelsa Señoría y a los ciudadanos. Añadiréis que el reverendísimo legado *de viva voz* en estos días ha persuadido dos veces al vicario de la religión, quien ha querido remitirse a este capítulo general, y ruega y exhorta a sus paternidades, y juzga ser

expediente para eliminar los inconvenientes, que ellos lo hagan, y que piensen bien que, si no lo hacen, su señoría reverendísima ha cumplido muy bien su deber, y si después los ciudadanos hubiesen de adoptar otro expediente, que su señoría reverendísima no puede faltar a sus ciudadanos y a sus frailes. Todas estas cosas las arreglaréis con las palabras acomodadas que a vos os parezca.

68. LOS CÓNSULES DEL ARTE DE LA LANA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 14 de mayo de 1521

Al notable y egregio señor Nicolás Maquiavelo, embajador florentino

En Carpi

ESTIMADO señor, amigo queridísimo. Enterándonos con grandísimo placer de que os encontráis ahí en el capítulo de los frailes menores por alguna necesidad de quien os ha enviado, nos ha parecido daros con confianza un poco de trabajo con una necesidad nuestra, no indigna en nuestra opinión del patrocinio vuestro. La causa es ésta: que estando nosotros encargados de la Iglesia nuestra metropolitana, Santa María del Fiore, por público indulto estamos entre otras cosas encargados de la elección del predicador de esa iglesia; y hace ya cerca de dos meses, para no encontrar obligados a todos los principales hombres que van predicando, elegimos para predicador de esa iglesia para la futura Cuaresma a fray Juan Gualberto florentino, llamado el Rovaio,[1] creyendo por esta vez haber provisto muy egregiamente a esa iglesia; y mandándole la elección, no hemos tenido ninguna respuesta, salvo que es subordinado y debe obediencia, que pensamos que quiere decir del general y los padres de ese capítulo. Por eso deseamos sumamente no os sea gravoso el hacer este oficio para nosotros, en servicio de esa iglesia, y rogar a esos padres que no nieguen a esta ciudad y a esa iglesia por este año a ese predicador, con lo que darán gran placer a nosotros y a toda la ciudad, y a nuestro parecer no caerá en mal lugar ese beneficio. Dispuestos siempre a devolver a esa seráfica orden la obra, toda vez que podamos mostrarle cuál es nuestro ánimo hacia ella. *Y que estéis bien*.

De Florencia, de nuestro palacio, el día XIV *de mayo de 1521*.

No queremos omitir que nos lo solicita especialmente el reverendísimo de Médicis, a quien pertenece esta nuestra iglesia, y con quien nos hemos comunicado sobre esto.

LOS CÓNSULES DEL ARTE DE LA LANA DE LA CIUDAD DE FLORENCIA

---

[1] "Viento norte".

69. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Módena, 17 de mayo de 1521

Al magnífico messer *Nicolás Maquiavelo, embajador florentino*

En Carpi[1]

MAQUIAVELO queridísimo. Buen juicio ha sido ciertamente el de nuestros honorables Cónsules del Arte de la Lana al haberos encargado el cuidado de elegir un predicador, no de otro modo que si a Pacchierotto mientras vivía le hubieran encargado, o a *ser* Sano,[2] hallar una mujer bella y galante para un amigo. Creo que los serviréis según las esperanzas que se tienen de vos y según lo exige el honor vuestro, el cual se empañaría si a esta edad os dieseis al alma, porque, habiendo vivido siempre con contraria profesión, lo atribuirían antes a reblandecimiento que a bondad. Os recuerdo que os expidáis lo antes posible, porque de estaros mucho allá corréis dos peligros: uno, que esos santos frailes no os ataquen a lo hipócrita; el otro, que ese aire de Carpi no os vuelva mentiroso, porque tal es el influjo suyo, no sólo en esta edad sino de muchos siglos acá. Y si por desgracia estuvieseis alojado en casa de algún carpisano, sería el vuestro caso sin remedio.

Si habéis visitado al obispo gobernador habréis visto un hermoso temple de hombre, que puede enseñar mil buenos golpes. A vos me encomiendo. De Módena, a los 17 días de mayo de 1521.

Vuestro FRANCISCO GUICCIARDINI

---

[1] Es muy escasa la información que poseemos sobre la relación entre Maquiavelo y Guicciardini antes de esta carta. En una carta escrita en 1509 a Luis Guicciardini, Nicolás manda saludar a su hermano Francisco; en 1511 Francisco fue enviado por la república como embajador a Fernando el Católico; en una carta de 1512 a su hermano Luis, Francisco comenta la descripción de la batalla de Ravena que le había enviado Nicolás. A su regreso de España en 1513 Guicciardini, aristócrata por tradición y por convicción, fue inmediatamente empleado en el gobierno de los estados de la Iglesia, y en 1521 era gobernador de Módena y Reggio y residía en la primera ciudad, muy cerca de Carpi. Presumiblemente el mensajero que llevaba la carta anterior se detuvo en Módena, y así fue como Guicciardini se enteró de la nueva comisión.

[2] Sobre *ser* Sano, véase las cartas 22 y 25; Pacchierotto era un famoso homosexual florentino de la época de Lorenzo el Magnífico.

70. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI
Carpi, 17 de mayo de 1521

Al magnífico señor Francisco Guicciardini, doctor en Derecho dignísimo gobernador de Módena y Reggio, de su máxima estimación.

MAGNÍFICO señor, mi superior y digno del mayor respeto. Yo estaba en el cagatorio cuando llegó vuestro mensajero, y pensaba justamente en las extravagancias de este mundo, y estaba totalmente dedicado a figurarme un predicador a mi manera para Florencia, y que fuese tal cual me pluguiese, porque en esto quiero ser terco como en las demás opiniones mías. Y como jamás he fallado a esa república cuando he podido servirla, que no lo haya hecho, si no con las obras, con palabras, y si no con palabras, con señas, no pienso fallarle tampoco en esto. Verdad es que yo sé que soy contrario, como en muchas cosas, a la opinión de aquellos ciudadanos; ellos quisieran un predicador que les enseñe el camino del Paraíso, y yo quisiera encontrar uno que les enseñara el camino para ir a casa del diablo; quisieran además que fuese hombre prudente, entero y verdadero, y yo quisiera encontrar uno más loco que el Ponzo, más astuto que fray Jerónimo, más hipócrita que fray Alberto,[1] porque me parecería linda cosa, y digna de la bondad de estos tiempos, que lo que nosotros hemos experimentado en muchos frailes se experimentase en uno; porque yo creo que ése sería el verdadero modo de ir al Paraíso: aprender el camino del Infierno para evitarlo. Viendo, además de esto, cuánto crédito tiene cualquier malvado que bajo el manto de la religión se esconda, es fácil conjeturar cuánto tendría un bueno que fuese, en verdad y no en simulación, pisando los lodos de San Francisco. Pareciéndome pues buena mi fantasía, he pensado elegir al Rovaio, y pienso que si se parece a sus hermanos y hermanas será el adecuado. Mucho apreciaré que, si me escribís otra vez, me deis vuestra opinión sobre ello.

Yo estoy aquí ocioso porque no puedo cumplir mi comisión hasta que no se nombren el general y los definidores, y ando cavilando de qué modo podría meter entre ellos tanto escándalo que llegasen, aquí o en otras partes, a los zuecazos, y si no pierdo el cerebro creo que habrá de salirme; y creo que el consejo y la ayuda de vuestra señoría ayudarían mucho. Por lo tanto, si vinieseis hasta aquí con el pretexto de dar un paseo, no estaría mal, o si al menos escribiendo me dieseis algún golpe de maestro, que si una vez por día me mandáis un hombre sólo para eso, como lo hicisteis hoy, haréis varios bienes: uno que me iluminaréis con algo conveniente, otro que me haréis estimar más por estos de la casa, viendo que menudean las cartas. Y sé deciros que a la venida de este ballestero con la carta y con una inclinación hasta el suelo, y con decir que había sido enviado sólo para eso y de prisa, se pararon todos con tantas reverencias y tantos rumores, que se trastornó todo, y fuéronme preguntadas por muchos las nuevas; y yo, para que la reputación creciese, dije que se esperaba al emperador

en Trento, y que los suizos habían convocado nuevas dietas, y que el rey de Francia quería ir a conversar con el otro rey pero que sus consejeros se lo desaconsejan; de modo que todos estaban con la boca abierta y la gorra en la mano; y mientras escribo tengo un círculo a mi alrededor, y viéndome escribir largo se maravillan, y me miran como a un poseído; y yo, para que se maravillen más, me estoy a veces quieto con la pluma, y contengo la respiración, y ahí se están como quien bosteza; que si supieran lo que os escribo, más se maravillarían. Vuestra señoría sabe que estos frailes dicen que cuando uno está confirmado en la gracia el diablo no tiene ya poder de tentarlo. Así que yo no tengo miedo de que estos frailes me tilden de hipócrita, porque creo estar muy bien confirmado.

En cuanto a las mentiras de los carpisanos yo quisiera medirme con todos ellos, porque hace rato que me doctoré de modo que no quisiera a Francisco Martelli ni para mozo; porque desde hace algún tiempo no digo jamás lo que creo, ni creo jamás lo que digo, y si con todo me sucede decir alguna vez la verdad, la escondo entre tantas mentiras que es difícil encontrarla.

Al gobernador[2] no le hablé porque, habiendo hallado alojamiento, me pareció superfluo el hablarle. Bien cierto es que esta mañana lo contemplé atentamente un rato, mientras él estaba mirando unas pinturas. Parecióme hombre bien templado, y de creerse que respondiese el todo a la parte, y que fuese lo que parecía, y que no mentía su joroba, de modo que si hubiera tenido conmigo vuestra carta, fácilmente hubiera obtenido su atención. Pero nada se ha perdido, y espero de vos mañana algún consejo sobre estos casos míos y que enviéis a uno de esos ballesteros, pero que corra y llegue aquí todo sudado, para que la brigada enloquezca; haciéndolo así me haréis honor y además esos ballesteros harán un poco de ejercicio, que para los caballos en esta media estación es muy sano. Os escribiría todavía algo más si quisiera fatigar la fantasía, pero quiero reservarla para mañana lo más fresca que pueda. Encomiéndome a vuestra señoría, que siempre viva según su deseo. En Carpi, a los 17 días de mayo de 1521.

Vuestro con todo respeto NICOLÁS MAQUIAVELO, embajador a los frailes menores

---

[1] Fray Jerónimo es Savonarola; el Ponzo fue un adversario de Savonarola, y el fray Alberto mencionado es probablemente Alberto de Orvieto, consejero de Alejandro VI que intervino en la misma historia.

[2] El obispo Teodoro Pío.

71. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Módena, 18 de mayo de 1521

Al magnífico M. Nicolás Maquiavelo, embajador florentino, etcétera

En Carpi

NO TENIENDO, Maquiavelo queridísimo, ni tiempo ni cerebro para aconsejaros, y no estando tampoco acostumbrado a hacer tal oficio sin salario, no quiero dejar de ayudaros a fin de que al menos con la reputación podáis conducir vuestras arduas empresas. Por eso os mando por correo el presente ballestero, al cual he ordenado que vaya con suma celeridad por ser cosa importantísima, de modo que va que la camisa no le toca las ancas; y no dudo que entre el correr y lo que dirá a los presentes cuando llegue todos creerán ser vos un gran personaje y vuestros manejos de otra cosa que frailes: y para que la calidad del pliego grueso inspire confianza al dueño de casa, os he incluido unos avisos llegados de Zúrich, de los cuales podréis valeros mostrándolos o teniéndolos en la mano, según lo juzguéis más conveniente.

Escribí ayer a M. Gismondo[1] que erais vos una persona rarísima; me ha respondido pidiéndome que le diga en qué consiste esa rareza vuestra: no he querido contestarle, para que esté más suspenso y tenga causa para observaros en todo. Valeos, mientras estáis a tiempo, de esa reputación: *no siempre estaréis rodeado de pobres*.[2] Avisadme cuando quedéis libre de esos frailes, entre los cuales si metieseis la discordia o al menos dejaseis una semilla capaz de pulular dentro de algún tiempo, sería la más egregia obra que jamás hicierais; y no por eso la tengo por muy difícil, conociendo la desconfianza y la malignidad de ellos. Avisadme y, cuando podáis, venid. En Módena, a los 18 días de mayo de 1521.

Vuestro FRANCISCO GUICCIARDINI, gobernador

---

[1] Nicolás Maquiavelo estaba alojado en casa de (Si) Gismondo Santi, canciller del señor de la ciudad, Alberto Pío.

[2] Véase Mateo, XXVI, 11.

72. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI
Carpi, 18 de mayo de 1521

Al magnífico señor Francisco Guicciardini, etcétera

En Módena

SÉ DECIROS que el humo ha llegado hasta el cielo, porque entre el jadeo del portador y el paquete grande de las cartas, no hay hombre en esta casa ni por este rumbo que no esté enloquecido; y por no parecer ingrato a *messer* Gismondo, le mostré los capítulos de los suizos y del rey. Parecióle cosa grande: díjele de la enfermedad de César, y de los estados que quería comprar en Francia, de modo que quedó boquiabierto. Pero creo, con todo esto, que teme estar siendo burlado, porque es desconfiado, y no ve motivo para que se escriban semejantes biblias a estos desiertos de Arabia, donde no hay más que frailes; y no creo parecerle ese hombre raro que le habéis escrito vos, porque yo me quedo aquí en la casa, duermo o leo y me estoy callado; de modo que creo que se da cuenta de que queréis burlaros de mí y de él. Con todo, él me va tanteando, y yo le respondo con pocas palabras y mal compuestas, y me fundo en el diluvio que debe venir, o en el Turco que debe llegar, y si estaría bien hacer la Cruzada en estos tiempos y otras charlas de plaza, tanto que creo que pensará tener que hablar con vos mil años para aclararse, o para reclamaros por haberle puesto en las manos este fastidio, porque le ocupo la casa y lo tengo empeñado aquí; sin embargo creo que mucho confía en que el juego habrá de durar poco, y por eso sigue poniendo buena cara y haciendo que las comidas sean abundantes, y yo engullo por tres perros y seis lobos, y cuando almuerzo digo: “Esta mañana me gano dos julios”; y cuando ceno: “Esta noche me gano cuatro”. Con todo, sin embargo, estoy obligado con vos y con él, y si alguna vez va a Florencia lo compensaré, y vos entre tanto hacedle buenas palabras.

Este traidor del Rovaio se hace desear, y va cavilando, y dice que teme que no podrá venir, porque no sabe después de qué modo podrá predicar, y tiene miedo de ir a la cárcel como el papa Angélico;[1] y dice que después en Florencia no le hacen honor a las cosas, que él hizo una ley, cuando predicó allí otra vez, que las putas debían andar por Florencia con un velo amarillo, y que tiene cartas de su hermana de que andan como les parece y menean el rabo más que nunca, y se dolió mucho de eso. Con todo, yo lo voy consolando, diciéndole que no debe espantarse de ello, porque es costumbre de las grandes ciudades no estar mucho firmes en un propósito, sino hacer una cosa hoy y deshacerla mañana, y le alegué Roma y Atenas, de modo que se consoló mucho y casi me ha prometido: por otra sabréis la continuación.

Esta mañana esos frailes designaron al ministro general, que es Soncino, aquel que era primero hombre y después fraile, humano y de bien. Esta tarde debo presentarme ante sus

paternidades, y por todo creo estar libre mañana, que me parece cada hora mil, y me estaré un día con vuestra señoría, *que viva y reine por los siglos de los siglos*. A los 18 días de mayo de 1521.

NICOLÁS MAQUIAVELO, embajador de la República Florentina a los frailes menores

---

[1] Celestino V.

73. FRANCISCO GUICCIARDINI
A NICOLÁS MAQUIAVELO
Módena, 18 de mayo de 1521

Al magnífico M. Nicolás Maquiavelo, embajador florentino

En Carpi

MAQUIAVELO queridísimo. Cuando leo vuestros títulos de embajador de república y de frailes y considero con cuántos reyes, duques y príncipes habéis negociado en otras ocasiones, me acuerdo de Lisandro, quien después de tantas victorias fue encargado de distribuir la carne a los mismos soldados que tan gloriosamente había comandado, y digo: mira que, cambiando sólo los rostros de los hombres y los colores extrínsecos, las mismas cosas todas vuelven, y no vemos accidente alguno que no se haya visto en otros tiempos. Pero el mudar nombre y figura las cosas hace que sólo los prudentes las reconozcan, y por eso es buena y útil la historia: porque te pone delante y te hace reconocer y rever lo que nunca habías conocido ni visto. De lo cual deriva un silogismo frailesco: que mucho se ha de alabar a quien os ha dado el encargo de escribir anales, y exhortaros a vos a que con diligencia realicéis el trabajo encomendado. Para el cual creo que no os será del todo inútil esta legación, porque en este ocio de tres días habréis absorbido toda la república de los zuecos, y para algún propósito os valdréis de ese modelo, comparándolo o confrontándolo con alguna de vuestras formas.[1]

No me pareció que fuera en vuestro beneficio el perder tiempo o abandonar la fortuna, mientras se muestra favorable, y por eso he seguido el estilo de despachar al mensajero, lo cual si no sirve para otra cosa deberá hacer que mañana de noche os toque una torta más. Os recuerdo sin embargo que M. Gismondo es hombre llano y acostumbrado a las charlas o, en lombardo, a las burlas: por eso hay que ir con cautela, si no queremos convertirnos de pastores en aradores. Yo le he escrito como que no le aviso de la venida porque confío en la perspicacia de su ingenio, y que ya os habrá conocido: así estará en duda, y si vos lo mantenéis en la ambigüedad con no hablar de vuestros mayores, concluirá que sois un pájaro, pero todo es tolerable con tal que las comidas sigan en orden.

Del Rovaio no me asombro porque creo, o más bien he comprendido, que no le gusta vuestro vino; tampoco alabo vuestra elección, por no parecerme conforme ni a vuestro juicio ni al de los otros, y tanto más que, como vos habéis sido siempre defensor de opiniones muy alejadas de las comunes e inventor de cosas nuevas e insólitas, pienso que los señores cónsules y todos los que tengan noticia de vuestra comisión esperarán que contratéis a algún fraile de esos, como dice aquél, que no se encuentran. Con todo es mejor resolver eso y el asunto de la separación, que dilatar más vuestro regreso aquí, donde con sumo deseo sois esperado. A vos me encomiendo. De Módena, 18 de mayo de 1521.

Vuestro FRANCISCO GUICCIARDINI, gobernador

---

[1] Esto parecería aludir a los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, que presumiblemente en esta época estaban siendo leídos en las reuniones en casa de los Rucellai.

74. NICOLÁS MAQUIAVELO
A FRANCISCO GUICCIARDINI
Carpi, 19 de mayo de 1521

Al magnífico señor Francisco Guicciardini, etcétera

¡CARAJUS![1] Es preciso andar muy rápido con él, porque es malicioso como 30 000 diablos. Me parece que ha comprendido que queréis burlaros de él, porque cuando llegó el mensajero me dijo: “¡Vaya, debe haber algo grande, menudean los correos!”, y después de leída vuestra carta me dijo: “Yo creo que el gobernador quiere burlarse de vos y de mí”. Yo pasé el albanés a *messere*[2] y dije que en Florencia había dejado en marcha un asunto que nos interesaba a vos y a mí, y que os había suplicado que me tuvieseis advertido de cualquier cosa que supieseis de allá, y que ésa era la máxima causa del escribir, pero todavía me hace lap lap el culo por miedo no le dé una furia y me mande a la hostería; así que os suplico que mañana hagáis fiesta, para que esta burla no se vuelva maldad, y no me quiten del cuerpo hasta el bien que he alcanzado ya: comidas gallardas, lechos gloriosos y cosas similares, donde llevo ya tres días rehaciéndome.

Esta mañana he dado principio a la causa de la división; hoy se habrá de discutir y mañana espero resolverla.

En cuanto al predicador, no creo adquirir honor con él, porque remolonea. El padre ministro dice que está prometido a otros, de modo que creo que sobre esto volveré con vergüenza; y me sabe muy mal porque no sé cómo presentarme ante Francisco Vettori y Felipe Strozzi, que me escribieron sobre ello en particular, pidiéndome que hiciera todo lo posible para que en esta Cuaresma pudieran nutrirse de algún alimento espiritual de provecho. Y bien dirán que yo siempre hago lo mismo, porque este invierno pasado, hallándome con ellos un sábado a la noche en casa de Juan Francisco Ridolfi, me encargaron que hallase un sacerdote para la misa del día siguiente. Bien sabéis que la cosa salió de tal modo que el santo varón llegó que ya habían almorzado, de manera que todo salió al revés, y la culpa me la echan a mí. Ahora si en esta otra comisión caigo en las mismas, pensad la cara de locos que me pondrán. Por eso espero que vos les escribáis dos líneas y me excuséis de este caso lo mejor que sepáis.

En cuanto a las *Historias* y la república de los zuecos, no creo haber perdido nada con esta venida, porque he conocido muchas constituciones y órdenes de ellos que tienen algo de bueno, de manera que pienso valerme de ellas de alguna manera, especialmente en las comparaciones, porque donde haya que razonar del silencio, podré decir: “Estaban más callados que los frailes cuando comen”, y así podré aducir entre medio muchas otras cosas que este poco de experiencia me ha enseñado.[3] A los 19 días de mayo de 1521.

Vuestro NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] “*Cazzus*”.

[2] Es un dicho florentino de la época, aparentemente relacionado con un cuento en que alguien presentado primero como un albanés resulta finalmente ser un *messere*, es decir, un simple ciudadano de Florencia.

[3] Véase *supra*, carta 72, nota 1. Esto podría indicar que estaba escribiendo al mismo tiempo los *Discursos* y las *Historias*.

75. NICOLÁS MAQUIAVELO AL CARDENAL JULIO DE MÉDICIS

Módena, 20 de mayo de 1521

Al reverendísimo e ilustrísimo cardenal Julio de Médicis

REVERENDÍSIMO padre. Como estos padres no dieron principio a su capítulo antes del sábado, no pude yo antes ejecutar mis comisiones. Nombraron el sábado por su ministro general al Soncino, el que antes era vicario general. El domingo después nombraron 12 asesores, que así esta vez se llaman, porque los frailes ultramontanos no quisieron que según la antigua costumbre de los italianos se nombrasen los definidores, con autoridad para afirmar y definir las necesidades de la religión, sino que en su lugar se diputen los asesores, los cuales con el ministro general tengan autoridad para oír y platicar las cosas, y después de así oídas y platicadas referirlas al capítulo, al cual está reservada la autoridad de terminarlas. Me presenté por lo tanto ayer por la mañana ante el ministro y los asesores italianos, les di las cartas, expuse mi comisión en los modos y con las palabras que pensé que serían mejores para persuadir el efecto que se deseaba, y no dejé de lado ninguno de los términos que vuestra señoría reverendísima me encomendó verbalmente antes de mi partida, y después aquí me recordó fray Hilarión. Lo cual una vez que hice, aquellos padres después de consultar largamente entre ellos me llamaron, y me recordaron primero las grandes obligaciones que ellos tenían con esa República, y después con la ilustrísima Casa, y por último con vuestra señoría reverendísima, y que quisieran soñando, no digamos obrando, hacer cosa grata para todos, y que sabían además que los movimientos de aquellos señores y los deseos de vuestra señoría reverendísima eran buenos, y por justas y razonables causas movidos, pero que la cosa era en sí de tanta importancia como ninguna que hubiesen tenido que tratar en los últimos 200 años. Por lo tanto era necesario que todo lo hiciesen con buen examen, y consejo y parecer de los demás padres del capítulo, por no tener ellos autoridad; y que se esforzarían por llegar a alguna conclusión antes que el capítulo se disolviera, que fuese para agradar a sus señorías y a vuestra señoría reverendísima. Pero por ser la cosa ardua y difícil, y no poder resolverse tan pronto, para certificar a aquellos señores y a vuestra señoría reverendísima de su buen ánimo, y que yo no estuviese aquí más días en vano, escribirían a aquellos señores y a vuestra reverendísima señoría lo mismo que a mí me habían respondido, con las cuales respuestas podía yo partir; y así en todo lo que hablaron mostraron por un lado el deseo que tenían de servir a quien les suplicaba, por el otro la importancia y dificultad de la cosa, alegando las razones que otras veces puede vuestra señoría reverendísima haber oído. Yo no dejé de replicarles con las palabras más calurosas que pude, y los exhorté a dejar de lado tales dificultades y pasar libremente al efecto, diciéndoles particularmente que a mí no me habían mandado aquellos señores para discutir esa materia, porque ya muy bien la habían discutido y

examinado ellos, sino para hacerles saber el deseo de ellos y suplicarles su satisfacción, la cual no podía seguir si efectivamente no se obtenían las cosas solicitadas, y que yo conocía dos cosas que en esa respuesta habían de desagradar a los señores, una el largo de la resolución, la otra el querer discutir la cuestión y someterla al capítulo; porque saben muy bien que cuando los pocos no quieren hacer una cosa, y quieren dificultarla, la remiten a la multitud; y que esto se había pensado y proveído de modo que sus reverencias, no sólo todos juntos, sino el ministro general sólo tuviese autoridad del pontífice para poder hacer esa separación, sin tener que remitirla al capítulo, y sobre esto les presenté el uno y el otro Breve, que así me había ordenado que hiciese fray Hilarión, pensando que habían de responderme como lo hicieron. Sus paternidades leyeron los Breves, y después me replicaron que era imposible que pudiesen sin su perpetuo cargo e infamia hacer esa división sin consultarla en el capítulo, y que también los Breves se lo imponían diciendo, *haciendo antes maduro examen, y cargando con ello vuestras conciencias;* pero que tuviera paciencia, que verían por todos los medios de satisfacer; y así después de muchas palabras por ambas partes pronunciadas, no se sacó otra conclusión. Yo, antes de hablar con todos, había hablado con el de Potenza, y le había presentado la carta de vuestra señoría reverendísima, y lo había apretado fuertemente de parte de ella para que fuese favorable a esto, insinuándole diestramente que la sabiduría de los hombres era saber dar lo que no se podía ni vender ni conservar. No pudo él demostrar mayor calor en tratar de favorecer la cosa, y que era esclavo de vuestra señoría reverendísima, y que una insinuación era una orden para él. Hablé después con todos los demás uno por uno, usando términos más vivos y más punzantes que los que había usado con todos juntos, como me fue por la señoría vuestra reverendísima recordado. Todos me mostraron la dificultad para hacerlo, y el desorden si lo hacían, pero todos juntos resolvieron que darían satisfacción a vuestra señoría. Y yo creo, por los términos usados por algunos de ellos, que encomendaron la cosa al ministro general, el cual con tres o cuatro de esos otros padres vaya a Toscana, a discutir y definir la cuestión allá; lo cual si sucede, no duda fray Hilarión de que será satisfactorio. Habiéndose pues ejecutado por mí cuanto a vuestra señoría reverendísima he informado, y recibidas las cartas de sus paternidades, consideró fray Hilarión que debía yo montar a caballo y tratar de usar diligencia para estar ahí el miércoles por la noche, a tiempo de que los señores Ocho de la Práctica pudieran escribir acá otra carta que llegase cuando no se hubiera disuelto todavía el capítulo, el cual se disolverá en total el sábado o domingo próximo. La cual carta debería contener que no quedaban en absoluto satisfechos de esa demora para resolver, y concluir en breves y buenas palabras que cualquier otra resolución, fuera de la que hiciese efectivamente esa división, no los satisfaría; con la cual comisión y orden habiendo llegado yo esta noche a Módena, he probado que el cabalgar así de prisa me es imposible por una indisposición mía. Y además recordé que por orden de vuestra señoría reverendísima debía quedarme aquí uno o dos días, y por lo tanto he pensado escribir, y dar a vuestra señoría reverendísima noticia de todo, lo que juzgué que haría el mismo efecto que ir, y tanto más cuando será con más celeridad, si se quiere volver a escribir acá antes de la disolución del capítulo. *Messer* Gismondo dei Santi, hombre del señor Alberto, ha hecho en favor de la cosa un gran trabajo, de lo que he querido dar fe a vuestra señoría reverendísima,

porque en las obras y en las palabras muestra ser un grandísimo servidor de ella, a la cual me encomiendo.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

76. EL CARDENAL JUAN SALVIATI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 6 de septiembre de 1521

Al estimado señor Nicolás Maquiavelo, amigo queridísimo

En Florencia

QUERIDO *messer* Nicolás. No he querido responder a vuestra carta que vino junto con vuestro libro del arte militar[1] sin antes leer el libro y considerarlo bien, para deciros mi opinión, y no hacer como muchos, que aunque sean más sabios que yo, en este caso no los apruebo, que para alabar algo siguen la opinión de los más y no la suya propia. De modo que, siendo los hombres ignorantes, muchas veces por juzgar como ellos juzgan mal. Yo pues, por seguir mi costumbre, he visto diligentemente vuestro libro, el cual, cuanto más lo considero, más me agrada, por parecerme que al perfectísimo modo de guerrear antiguo habéis añadido todo lo que hay de bueno en el guerrear moderno, y hecho una composición de ejército invencible. A esta opinión mía se ha agregado, por las guerras que hay presentemente, un poco de experiencia, habiendo visto que todos los desórdenes que han nacido y nacen hoy en los ejércitos franceses o en los de César o la Iglesia o el Turco, no provienen de otra cosa que de la ausencia de los órdenes que se describen en vuestro libro.

Os agradezco mucho pues que para común utilidad de los italianos hayáis dado a luz este libro, el cual para los tiempos que vendrán será al menos, si no hace otra cosa, buen testimonio de que en Italia en nuestros tiempos no ha faltado quien conociera cuál es el verdadero modo de militar. Y no es poca la obligación que tengo con vos por habérmelo mandado en seguida, por ser el primero en Roma en ver obra tan bella, verdaderamente condecente y digna del ingenio, la experiencia y la prudencia vuestros; y os exhorto a pensar y a componer continuamente algo, y ornar a vuestra patria con vuestro ingenio. Estad bien y recordad que entre las primeras cosas que deseo está el hacer cosa que os agrade. En Roma, a los 6 días de septiembre de 1521.

Cardenal JUAN SALVIATI

---

[1] Véase la Cronología, 1521.

77. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

San Andrés de Percussina, 26 de diciembre de 1521

Al magnífico señor Francisco Vettori, gonfalonero de Justicia dignísimo

SEÑOR gonfalonero. Parigino portador de la presente es mi gran amigo y dice que cuando vuestra señoría estaba en su casa se le hizo cierta proposición para que renunciara a un litigio. Quisiera si fuese posible liberarse de ello y ha recurrido a mí para que lo recomiende, cosa que hago de todo corazón. Por él conoceréis los méritos de la causa, y si os parece cosa razonable os suplico que lo ayudéis. A vos me encomiendo siempre, que tengo con vos tantas obligaciones que quiera Dios pueda algún día pagarlas con salud y felicidad vuestra. Adiós. A los 26 días de diciembre de 1521.

Agradecidísimo, NICOLÁS MAQUIAVELO, en la quinta

78. ROBERTO PUCCI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 8 de junio de 1522

A mi como hermano venerable Nicolás Maquiavelo

En su casa

ESTIMADO Nicolás. Estoy de pesar por vuestro *messer* Totto[1] fuera de mí, porque no hay otros dos hombres a quienes desee la vida y el bien antes que a él; sin embargo será preciso conformarse a la voluntad del Señor que todo lo hace con buen fin. Os exhorto con prudencia a lo mismo, rogando a Dios por su gracia que nos lo conserve de cualquier modo, y que sea lo mejor. Será necesario, si Dios así lo quisiera, que el amor que a él y a vos tenía, a vos solo lo tenga, y así viceversa. En cuanto a los beneficios,[2] si los ponéis en mi hijo, estarán como en la persona vuestra y de vuestro hijo[3] en todo y por todo, os lo prometo. A vos siempre me encomiendo, y de nuevo ruego a Dios nos conserve a *messer* Totto.

De palacio, el día VIII de junio de 1522

Avisad por el mozo de Juan. Si yo fuese dueño de mí, no me apartaría nunca de la presencia de vuestro *messer* Totto. Es preciso que vos y él me tengáis por excusado.

Vuestro hermano R. PUCCI, gonfalonero

---

[1] Totto Maquiavelo, hermano menor de Nicolás.

[2] Totto se había dedicado a la carrera eclesiástica.

[3] Presumiblemente Guido Maquiavelo, hijo de Nicolás que efectivamente también se dedicó a la Iglesia pero que en 1522 era un niño pequeño.

79. *SER* VICENTE A NICOLÁS MAQUIAVELO
San Antonio de la Sodera, 30 de julio de 1522

Dada a Nicolás de messer Bernardo Maquiavelo

En Florencia

En el nombre de Dios a los 30 días de julio de 1522

RESPETADO y superior mío, etc. Recibí una carta vuestra por *ser* Sansón la cual me dice que venda dos almudes de trigo y le dé 10 ducados; yo haré lo que me habéis mandado decir y veré de hacerlo lo mejor posible. Los trabajadores de San Quírico han trillado hasta ahora 54 espuertas de trigo nada más, el de San Vito ha trillado seis almudes y 20 espuertas, 27 espuertas de trigo de semilla y 10 de zarcillo. Yo no puedo salir de aquí porque quiero hacer vuestras tareas como se deben hacer y es preciso tener cuidado con Mochi; mientras tanto me ha ocurrido un caso extraño; ya sabéis que os dije que tengo que entregar ciertos dineros a los frailes de San Antonio, pues bien, el otro día me llegó una solicitud del obispado que querían que les diese los ducados como cuando entré al principio con ellos, que me tuvieron un mes y no más y después entraron los de Orsino y *messer* Totto hizo que me reembolsaran los de Orsino; ellos no me dan nada más que el ir a pedir; yo les prometí darles una carga de trigo, pero no he podido mandarla todavía y ellos me han mandado acá la excomunión, que me han hecho excomulgar; yo les mando una carga de grano por gentileza, que no es que puedan mostrar nada escrito que yo tenga que dársela, tenedlo por seguro, sino yo quiero que tú me des así, como me dijo *messer* Totto muchas veces, si quieres sacar dales algo, si no yo lo dejaba hacer a él. Yo quiero suplicaros no por mandamiento sino por el amor de Dios que os toméis un trabajo por mí, de ir con mi clérigo a hablar con el hermano del vicario que si bien dijo que quería hacer la cosecha con que le mandase una carga de trigo, que vaya él al obispado al notario para que me mande por mi clérigo la absolución y si es preciso que hable un poco por mí a quien sea; haced por mí como yo hago por vos, porque yo quiero decir misa y si no tengo cartas de lo que él quiere que le pague, tampoco puede él mostrar escrito ninguno de lo que tengo que darle sino como os he dicho más arriba. Perdonadme si os doy mucho trabajo; ponedme una carga a mí y yo la llevaré por amor vuestro, y por ahora nada más. Dios de mal os guarde y os conserve largo tiempo en buen estado.

Vuestro *ser* VICENTE EN SAN ANTONIO DE LA SODERA

80. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO DEL NERO

San Andrés de Percussina, 14 de octubre de 1522

Estimado señor Francisco del Nero, honorable cuñado

En Florencia

ESTIMADO señor, mi superior dignísimo. Sabréis por Gratia cuán feamente un servidor de Rafael Girólami ha herido a un hermano suyo; Rafael no estaba; sé que el caso le disgustará. Yo no deseo otra cosa, sino que quede en eso y que los míos puedan dedicarse a trabajar. El mejor modo me parecería que Rafael por humanidad suya llamase a uno de estos míos y le dijese cuatro buenas palabras mostrando cuánto le desagrada el asunto, y después que haga que ese servidor suyo pase ocho o 10 meses sin aparecerse por aquí. Os ruego que si encontráis a Rafael habléis con él, y a Gratia aconsejad lo que os parece que haga. Yo iré ahí mañana o pasado mañana, que quisiera llevar 30 tordos pero temo que no me vaya a salir. Estoy siempre a vuestras órdenes. El día XIV de octubre de 1522.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en la quinta

81. *SER* VICENTE A NICOLÁS MAQUIAVELO
San Quírico de la Sodera, 23 de octubre de 1522

Al respetable señor Nicolás de messer *Bernardo Maquiavelo*

En Florencia

En el nombre de Dios, a los 23 días de octubre de 1522

MI RESPETABLE superior, etc. Os aviso que he estado esperando a ver si vos veníais acá, ahora veo que no habéis venido, ahora yo mucho apreciaría que vieseis mi cuenta porque mucho apreciaría que me mandaseis algún dinero, porque sabéis que se ha pagado según la cuenta que hicimos hasta el fin de agosto, ahora tendría yo el servicio de dos meses, o sea septiembre y octubre, que si no tuviese yo necesidad no os lo mandaría a pedir, ya sabéis lo que me dijisteis en San Casiano que una vez saldada esa cuenta entre nosotros, si tuviese yo necesidad siempre me serviríais con adelantarme el salario de un mes o dos. Bien cierto es que dijisteis que no podíais tener dineros perdidos como hacía *messer* Totto, pero que por un ducado siempre me serviríais, yo oficio las iglesias de modo que ni vos ni los del pueblo tienen de qué quejarse de nada de lo que me pedisteis, que digo un domingo del mes en Ortimino; os he obedecido, de modo que por eso os suplico lo mejor que sé y puedo que me mandéis este mes que viene y el tiempo dicho más arriba, porque estamos cerca de Todos los Santos, y ya sabéis que todos los amos sirven a sus mozos y gentes, y yo mucho apreciaría que pudiendo me sirvieseis además de esto del salario de un mes o dos próximos por venir, a vos os da igual antes que después, ya que seréis servido cuando sea menester, porque tengo que hacerme de más de una cosa para Todos los Santos como corresponde a los que son como yo, más bien otra vez hacedme pagar un mes de regalo y estoy muy contento; también suele ser usanza la mañana de Todos los Santos o la de Muertos renovar sobre el altar dos luminarias como debe ser, ahora haced vos para que se puedan decir las vísperas de Muertos y cuanto corresponde a la iglesia, no me extenderé más, si hay algo que pueda aquí por vos mandádmelo a decir, que tanto haré, y que estéis bien.

Ser VICENTE CAPELLÁN en San Quírico de la Sodera

[Nota de mano de NICOLÁS MAQUIAVELO] “por Juan de Simón de Sanminiato su servidor, una corona de sol” (y al reverso) “Carta de *ser* Vicente que me manda a pedir dinero por el servicio, que le di una corona”.

82. NICOLÁS MAQUIAVELO A RAFAEL GIRÓLAMI

Antes del 26 de octubre de 1522[1]

ESTIMADO Rafael. Las embajadas son en una ciudad una de esas cosas que dan honor a un ciudadano, y no se puede considerar apto para el estado a quien no es apto para llevar este grado. Vos vais ahora como embajador a España, un país distinto de los modos y costumbres de Italia, y para vos desconocido; a lo cual se añade el ser ésta vuestra primera comisión, de modo que si en ésta dais buena prueba, como todos esperamos y creemos, os dará honor grandísimo, y tanto mayor cuanto mayores sean las dificultades. Y como yo tengo de esos manejos alguna experiencia, no por presunción, sino por afecto, os diré lo que entiendo.

Cumplir fielmente una comisión lo sabe hacer cualquiera que sea bueno, pero cumplirla suficientemente es difícil. Cúmplela suficientemente quien conoce bien la naturaleza del príncipe y de los que lo gobiernan, y sabe acomodarse a lo que le haga más fácil y más abierto el camino a la audiencia; tanto que cualquier empresa difícil se vuelve fácil cuando se tiene el oído del príncipe. Y sobre todo debe un embajador ingeniarse para adquirir reputación, la cual se adquiere dando de sí ejemplos de hombre de bien, y ser considerado liberal, entero, y no avaro y doble, y no ser tenido por uno que cree una cosa y dice otra. Esto es muy importante, porque sé de algunos que por ser hombres sagaces y dobles han perdido de tal modo la confianza del príncipe que después jamás pudieron negociar con él; y si bien alguna vez es necesario esconder con las palabras alguna cosa, es preciso hacerlo de modo que o no aparezca, o si aparece, sea pronta y rápida la defensa. A Alejandro Nasi le dio en Francia mucho honor el ser considerado un hombre entero; a algún otro el ser considerado lo contrario le ha causado gran vergüenza. La cual parte creo que fácilmente será observada por vos, pues me parece que así os lo ordena la naturaleza.

Mucho honor traen también a un embajador los avisos que escribe a quien lo manda, los cuales son de tres suertes: o de cosas que se tratan, o de cosas que se han concluido y hecho, o de las cosas que se han de hacer, y de éstas conjeturar bien el fin que habrán de tener. De estas tres, dos son difíciles, y una facilísima; porque el saber las cosas después que se han hecho, las más de las veces con facilidad se saben; a menos que ocurra que se haga una alianza entre dos príncipes en daño de un tercero, y sea preciso tenerla en secreto hasta que llegue el momento de descubrirla, como ocurrió en aquella liga que hicieron Francia, el papa, el emperador y España en Cambray contra los venecianos, de la cual resultó la destrucción de ellos.[2] Estas conclusiones de este tipo son muy difíciles de conocer, y es necesario valerse del juicio y de la conjetura. Pero saber bien las pláticas que andan alrededor, y conjeturar su fin, esto es difícil, porque es necesario sólo con las conjeturas y con el juicio ayudarse. Y como siempre hay en las cortes gente intrigante que anda alerta para enterarse de lo que está en el aire, es muy conveniente hacerse amigo de todos para poder de cada uno de ellos saber algo.

La amistad de esos tales se adquiere con invitarlos a banquetes y a juegos; y he visto a hombres gravísimos tener juego en su propia casa, para dar causa a esos tales de ir a visitarlo, para poder hablar con ellos; porque lo que no sabe uno, lo sabe el otro, y las más de las veces todos saben todo. Pero quien quiere que alguien le diga lo que sabe, es preciso que diga a otros lo que sabe él; porque el mejor medio para conseguir avisos es darlos. Y como una ciudad, si quiere que se haga honor a su embajador, lo mejor que puede hacer es tenerlo copioso de avisos, porque los hombres, sabiendo que podrán sacarle algo, rivalizarán por decirle lo que saben, os recuerdo que recordéis a los Ocho,[3] al arzobispo[4] y a esos cancilleres que os tengan avisado de las cosas que nacen en Italia, aunque sean mínimas; y si en Bolonia, Siena o Perugia hubiere algún accidente, que os avisen, y tanto más si es del papa, de Roma, de Lombardía o del Reino,[5] las cuales cosas, aunque pasen lejos de vuestros asuntos, es necesario y útil saberlas, por lo que más arriba dije. Necesitáis por lo tanto saber por esa vía las pláticas que se hagan alrededor; y como de lo que oiréis, alguna cosa será verdad, y alguna falsa pero verosímil, os conviene con vuestro juicio pesarlas, y de las que tienen más conformidad con la verdad hacer capital, y las otras dejarlas pasar.

Estas cosas pues, bien sabidas y mejor examinadas, harán que vos podáis examinar y considerar el fin de una cosa, y dar juicio sobre ella escribiéndola. Y como poner vuestro juicio en vuestra boca sería odioso, se utiliza en las cartas este término, que primero se discurre de las pláticas que se hacen, los hombres que las manejan y los humores que las mueven, y después se dicen estas palabras: “Considerando pues todo lo que se os ha escrito, los hombres prudentes que aquí se encuentran juzgan que deben seguir de ello tales y cuales efectos”. Esta parte bien hecha trajo en mis tiempos gran honor a muchos embajadores, y siendo mal hecha, gran deshonor; y he visto a alguno, para hacer sus cartas más abundantes de avisos, anotar diariamente todo lo que había oído y cada ocho o 10 días hacer una carta, y de toda aquella masa tomar la parte que parecía más razonable.



Vittore Carpaccio, Despedida de los embajadores *(Historias de la vida de santa Úrsula),* ca. *1495, Galería de la Academia, Venecia.*

He visto también a algún hombre sabio, y práctico en las embajadas, usar este término, de poner al menos cada dos meses ante los ojos de quien lo manda todo el estado y el ser de la ciudad y el reino en que es embajador. Lo cual, bien hecho, hace un gran honor a quien escribe, y es de gran utilidad para el destinatario; porque más fácilmente puede aconsejarse conociendo particularmente las cosas que no conociéndolas. Y para que entendáis con precisión esta parte os la declararé mejor. Vos, al llegar a España, exponed vuestra comisión y vuestro cargo y escribid inmediatamente, y dad en seguida noticia de vuestra llegada, y de lo que habéis expuesto al emperador y de la respuesta de él; dejando para otra vez el escribir detalladamente de las cosas del reino y de las cualidades del príncipe, cuando por haber estado allí algunos días tendréis detallada noticia de ellos. Después debéis observar con la mayor industria las cosas del emperador y del reino de España, y dar de ellas noticia completa. Y, para pasar a los detalles, digo que debéis observar la naturaleza del hombre, si se gobierna o se deja gobernar, si es avaro o liberal, si ama la guerra o la paz, si la guerra lo mueve u otra pasión suya, si los pueblos lo aman, si está más a gusto en España que en

Flandes, qué hombres tiene alrededor que lo aconsejan, y a qué tienden, es decir si están por hacerlo hacer nuevas empresas o por tratar de disfrutar esta presente fortuna, cuánta autoridad tienen con él y si los muda o los mantiene firmes, y si de los del rey de Francia tiene alguno amigo, y si son corruptibles. Después además es bueno considerar los señores y los barones que están más alejados de él: qué potencia es la de ellos, si están contentos con él, y si estuvieran descontentos, cómo pueden perjudicarlo, si Francia pudiese corromper a alguno. Averiguar también de su hermano,[6] cómo lo trata, si lo ama, si está contento y si de él podría nacer algún escándalo[7] en aquel reino y en los otros estados suyos. Averiguar además la naturaleza de aquellos pueblos, y si esa Liga que se alzó en armas se ha aquietado por completo,[8] o se duda que pueda resurgir, y si Francia podría prenderle fuego debajo. Consideraréis además qué fin es el del Emperador, cómo entiende las cosas de Italia, si aspira al estado de Lombardía o prefiere dejárselo gozar a los Sforza, si desea venir a Roma,[9] y cuándo; qué ánimo tiene acerca de la Iglesia, cuánto confía en el papa,[10] si está contento con él; y si viene a Italia, qué bien o qué mal pueden los florentinos esperar o temer.

Estas cosas, todas consideradas bien y bien escritas, os traerán grandísimo honor; y no sólo es necesario escribir una vez, sino que conviene cada dos o tres meses refrescarlas con tal destreza, agregando los accidentes nuevos, que parezca prudencia y necesidad y no sabihondería.

---

[1] Este texto suele incluirse entre los escritos políticos de Nicolás Maquiavelo. Rafael Girólami partió el 26 de octubre de 1522 hacia España como embajador, en compañía de Juan Corsi y Rafael de Médicis. Ridolfi ha conjeturado y en general se acepta que tiene una relación directa con la carta anterior y que fue la gestión de Francisco del Nero lo que dio a Girólami ocasión de recurrir a la experiencia diplomática de Maquiavelo.

[2] Con la derrota de Agnadello, en 1509.

[3] Los Ocho de la Práctica.

[4] El cardenal Julio de Médicis, arzobispo de Florencia.

[5] El reino de Nápoles.

[6] Fernando de Habsburgo.

[7] Perturbación política o dinástica.

[8] Alude a la rebelión de los Comuneros de Castilla.

[9] Para ser coronado emperador.

[10] Adriano VI de Utrecht, que había sido su preceptor.

83. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Borrador sin fecha, pero abril de 1523[1]

POR TU carta he comprendido que tienes gran temor de que los nuevos recaudadores de impuestos, que deben ser nombrados en estos días, sean más duros de lo acostumbrado en sus exigencias, sobre todo bajo el estímulo de la necesidad, y me pides que te recomiende a ellos para que no te obliguen a pagar más de 12 florines, suma a la que el año pasado tuviste que hacer frente con grandísima dificultad. Por mi parte, si he de ser sincero contigo, no sé si estos recaudadores se nombrarán muy pronto. En efecto, el cardenal partirá mañana hacia Roma, y es posible que ese nombramiento se postergue hasta su regreso, que será dentro de un mes. Con todo, puedes estar seguro de que, en caso de que se nombren, yo no te fallaré. He tenido noticia de que uno de ellos será Lorenzo Acciaiuoli, hermano de nuestro Roberto; de los demás no he sabido nada, pero de esto hablaremos en otra parte.

Temes que puedan perjudicarte las agudezas de Francisco del Nero y tienes razón de temer: ¿por qué no habrían de perjudicarte si en estos días lo perjudicaron a él? Hay en la calle de San Gallo, cerca de la puerta, un convento de monjas que se llaman de San Clemente; Francisco, como hombre religioso que es, tenía muy buenas relaciones con ellas, y como la peste había visitado las casas de alrededor, de vez en cuando les decía que tenía una quinta, no sé si la de su padre u otra en Villamagna, a la que las monjas podían trasladarse para evitar el contagio. Tanto creció la peste que las monjas, que eran alrededor de 15, recordando el ofrecimiento, abandonan el convento, se van a la quinta de Francisco, piden las llaves al factor, se instalan en las habitaciones, mandan el trigo al molino y usan la casa y todo lo demás como si fuera de ellas. El factor, después de entregar las llaves a las monjas, se viene a Florencia, busca a Francisco y le cuenta lo que han hecho las monjas. Francisco estaba paseando conmigo por la plaza delante del palacio, y apenas oyó al factor, hubieras visto a un hombre vociferante, que corría por la plaza con el manto echado a la espalda, llamando a grandes voces a su hermano Agustín al cual, cuando aparece, le dice que agarre seis caballos y vaya corriendo al campo, que saque a las monjas de la casa aunque no quieran, que las cargue en las bestias y las lleve de vuelta al convento. El hermano las sacó de la casa, y la fábula fue famosísima en todo el cielo,[2] ¿por qué pues habría de asombrarme de tu hijo Luis?

¿Qué hay de raro pues, desde el momento que Francisco tenía monjas en la quinta, si Luis, hijo de la hermana, quiere tener consigo en el campo al confesor? Porque a estas cosas nos empuja no diré el padre Eneas, pero sí el tío Héctor; mas cuando nos acercamos a la vejez nos volvemos demasiado sombríos y, por así decirlo, rezongones, y no nos acordamos de lo que hacíamos de jóvenes. Tu hijo Luis tiene consigo a un muchacho, juega con él, bromea, pasea, le dice cosas al oído, duermen juntos ¿y qué? Es posible que debajo de todo ello no haya nada de malo; pero nosotros de vez en cuando acusamos a la naturaleza como si fuera una

madrastra, mientras que más bien deberíamos acusar a nuestros padres o a nosotros mismos: tú, si te hubieras conocido bien, jamás te hubieras casado; mi padre, si hubiera conocido mi temperamento y mis costumbres, nunca me hubiera ligado a una mujer, como hombre a quien la naturaleza había engendrado para los juegos y las chanzas, sin tener que preocuparse por el dinero ni prestar la menor atención a los problemas familiares. Pero mi esposa, hijo mío, terminará por obligarme a cambiar mi modo de ser, cosa que a nadie puede ocurrirle sin daño.

---

[1] Este borrador, escrito íntegramente en latín, fue publicado por primera vez por S. Bertelli en 1969. Pudo fecharlo gracias a varias anotaciones hechas al dorso, y a la alusión al viaje del cardenal de Médicis.

[2] Ovidio, *Metamorfosis*, IV, 189, y la carta del 25 de febrero de 1514, nota 1.

84. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO DEL NERO

San Andrés de Percussina, 31 de agosto de 1523

ESTIMADO cuñado, los papafigos que habían de deleitarnos anoche si veníais, como no vinisteis, os los mando para que os deleiten hoy. Los lleva Luis,[1] a quien, por ser nuevo en estos negocios, os encomiendo. Cristo os guarde de verdad.

A los 31 días de agosto de 1523

NICOLÁS MAQUIAVELO, en la quinta

---

[1] El hijo de Nicolás nacido en octubre de 1504.

85. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO DEL NERO

San Andrés de Percussina, 26 de septiembre de 1523

ESTIMADO cuñado. Paciencia con las molestias que os ocasiono: las iglesias están excomulgadas como por la adjunta veréis, y por razón del estudio, os ruego me mandéis la liberación por el Bolonia, el cual os mando para eso, pues de otro modo haré tapiar ese camino. Y os encomendaré a los pollos.[1] Vuestro soy. A los 26 días de septiembre de 1523.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en la quinta

---

[1] Aparentemente se refiere al salario acordado por las *Historias*, que amenaza con interrumpir (Francisco del Nero era *provveditore* del Estudio).

86. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

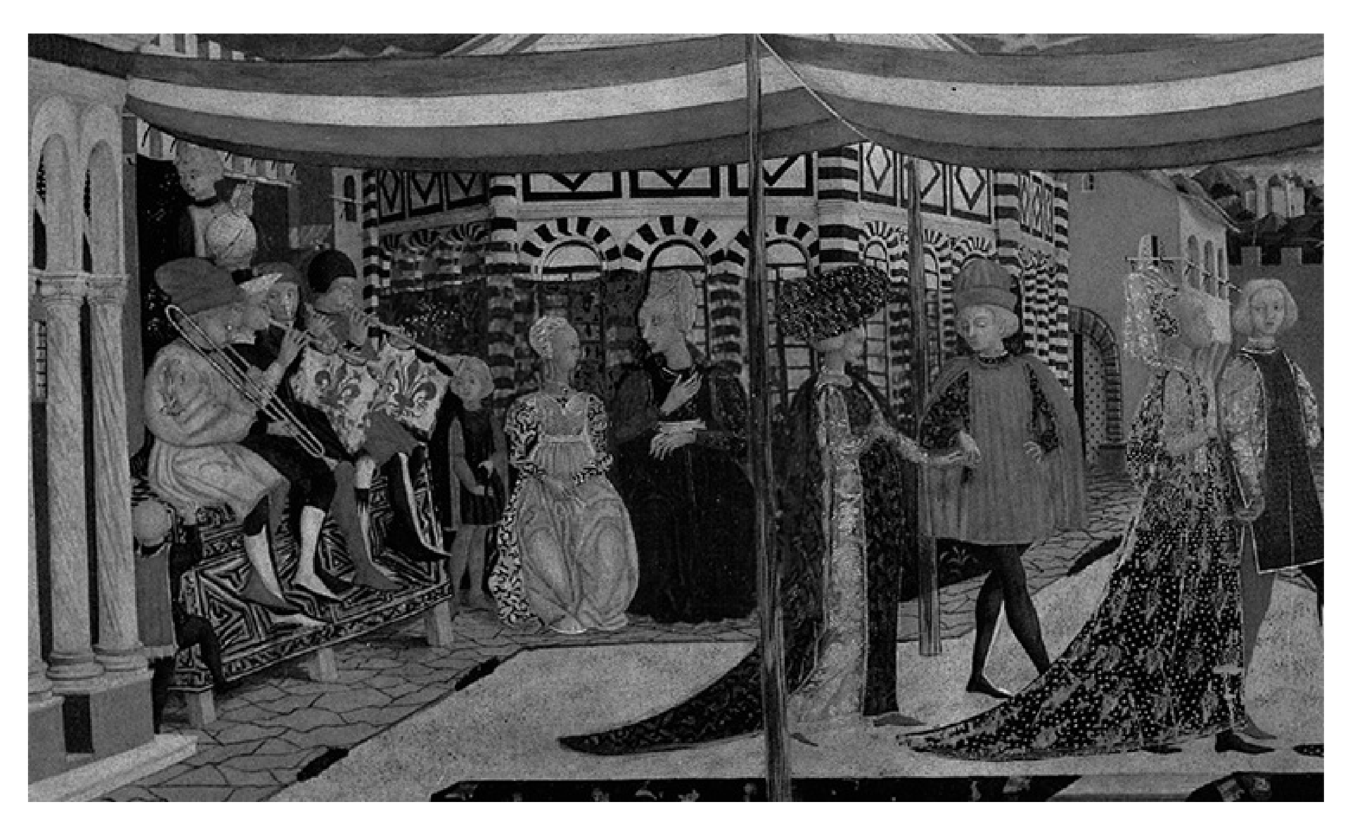
San Andrés de Percussina, 30 de agosto de 1524

A messer *Francisco Guicciardini, comisario en Romaña*

[Anotación de Juliano de Ricci: “después de tratar de un bosque que debía hacer plantar para él en Poppiano di Valdelsa por un mozo suyo, y de quejarse de que ese año no se atrapaban papafigos, al final de la carta dice”:]

HE ATENDIDO y atiendo en la quinta a escribir la historia, y pagaría 10 céntimos, no quiero decir más, por que vos estuvieseis en sitio en que pudiera mostraros dónde estoy, porque he de llegar a ciertos detalles y me haría falta oír de vos si ofendo demasiado, al exaltar o rebajar las cosas; con todo, yo me iré aconsejando y me ingeniaré para hacer de modo que, diciendo la verdad, nadie pueda quejarse.[1] A los 30 días de agosto de 1524.

NICOLÁS MAQUIAVELO



Giovanni di Ser Giovanni (Scheggia), Cassone Adimari *(detalle),* ca. *1450, Galería de la Academia, Florencia.* Las bodas de Boccaccio Adimari y Lisa Ricasoli.

---

[1] Evidentemente había llegado a los Médicis; en definitiva interrumpió las *Historias* a la muerte de Lorenzo el Magnífico en 1492, evitando así los riesgos del pasado inmediato. *Cf. Discursos*, I, 10, sobre los escritores y la fama de Julio César.

87. FELIPE DE NERLI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Módena, 22 de febrero de 1525

Respetable señor Nicolás Maquiavelo, etcétera

NICOLÁS queridísimo y como hermano estimado, etc. El hornero y vos, y vos y el hornero,[1] habéis hecho de modo que no sólo por toda la Toscana sino aun por la Lombardía ha corrido y corre la fama de vuestras magnificencias. Ahora pues, ve y no te desesperes. He sabido del huerto aplanado para hacer el escenario de vuestra comedia; he sabido de los convites no sólo a los primeros y más nobles patricios de la ciudad, sino aun a los medianos y después a la plebe, cosas que sólo por los príncipes suelen hacerse. La fama de vuestra comedia ha volado por todas partes, y no creáis que estas cosas las he sabido por cartas de amigos, sino por viajeros que por todo el camino van proclamando las gloriosas pompas y los altivos juegos[2] de la puerta de San Frediano. Estoy seguro de que así como no se ha contentado la grandeza de tan grandes magnificencias con quedar en los términos de Toscana, y ha querido volar hasta aquí, todavía pasará los montes, si no la detienen estos ejércitos que tienen la cabeza para otra cosa que no fiestas, que tienen cara de no pelar los nísperos.[3] En suma, Nicolás, por reunir las mil en una, y por decirse antes sopas que se dice pan y vino, y para abreviar la materia, quisiera que me mandaseis, cuanto antes podáis, esta comedia que últimamente habéis hecho recitar. Haced por no fallarme por nada, por cuanto estimáis la gracia del rey de Túnez, y encomendadme a toda la bohemia. De Módena, a los 22 días de febrero de 1525.[4]

Como hermano FELIPE DE NERLI, gobernador[5]



Paolo Uccello (1397-1475), La batalla de san Romano, ca. *1438-1440, Galería Nacional, Londres.*

---

[1] El hornero es Jacobo de Felipe Falconetti, plebeyo rico que después de desempeñar algún puesto público había sido condenado a estar confinado por cinco años en la quinta que poseía en un pueblo cerca de Florencia, por la puerta de San Frediano; además de un huerto famoso tenía allí un horno de pan. Entretuvo su confinamiento con suntuosas fiestas y por fin fue dispensado en enero de 1525, lo que probablemente fue el motivo de esta fiesta en que se estrenó *Clizia*, quizás escrita para la ocasión. En la representación participó el joven Hipólito de Médicis y también "la Barbera", Bárbara Raffacani Salutati, joven cantante cuya relación con Nicolás se menciona por primera vez en una carta de Francisco Vettori a Francisco del Nero de enero de 1524. Son innegables las coincidencias entre el argumento de la comedia (tomado de Plauto) y la situación que vivía entonces Maquiavelo, enamorado de alguien que tenía alrededor de 40 años menos que él; esa diferencia de edades es también el tema de uno de sus mejores poemas: "Alla Barbera". Esta fiesta fue mencionada por Donato Giannotti en su *Della repubblica fiorentina* (en relación con las costumbres disolutas de los jóvenes nobles florentinos) y por Vasari en la vida de Bastiano di Sangallo, quien pintó "la perspectiva". Ridolfi habla de una carta de Nerli a Francisco del Nero, del 1º de marzo de 1525, en que critica el comportamiento de Nicolás Maquiavelo, mencionando los incidentes atrevidos de la comedia y su relación con la Barbera, y exhorta a Del Nero a remediar la situación sin mencionarlo a él.

[2] Véase Policiano, *Stanze*, I, 1.

[3] Los ejércitos imperial y francés, que el 24 de febrero libraron la batalla de Pavía.

[4] Como gobernador pontificio, Nerli había adoptado el calendario romano.



[5] Francisco Guicciardini había pasado a ser presidente de la Romaña y residía en Faenza, y Nerli era ahora gobernador de Módena.

88. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 8 de marzo de 1525

A mi querido compadre Nicolás de messer *Bernardo Maquiavelo*

En Florencia

MI QUERIDO compadre. Yo no sabría aconsejaros si debéis venir con el libro o no, porque los tiempos son contrarios al leer y al dar.[1] Y por otra parte el papa, la primera tarde que llegué, después que le hablé de algo que hacía falta, por sí mismo me preguntó por vos y si habíais terminado la *Historia*, que así lo creía; y diciéndole yo haber visto parte de ella, y que habíais llegado a la muerte de Lorenzo y que era cosa satisfactoria y que vos queríais venir a traérsela, pero que en razón de los tiempos yo os había disuadido, me dijo: "Debería venir, y creo ciertamente que sus libros habrán de agradar y ser leídos con gusto". Éstas son las propias palabras que me dijo, pero no quisiera que vos confiado en ellas vinieseis y os encontraseis después con las manos vacías, cosa que por las muestras del ánimo en que se encuentra el papa podría sucederos; sin embargo, no he querido dejar de escribiros lo que me ha dicho.

Encomendadme a Francisco del Nero y decidle que le ruego que escriba aquí a su Berlinghieri que no sólo me pague dineros por orden de él sino que me complazca en cualquier otra cosa que yo le pida. Recordadme también a Donato del Corno. Dios os guarde. En Roma, a los 8 días de marzo de 1524.

FRANCISCO VETTORI

---

[1] "El libro" es desde luego las *Historias florentinas*. Después del aplastante triunfo hispano-alemán de Pavía, donde fue capturado Francisco I, con quien el papa acababa de pactar abiertamente, Italia quedó bajo la enorme amenaza imperial. Clemente VII, sin dinero y sin fuerzas, se apresuró a tratar una alianza con el vencedor, que fue firmada el 1º de abril; el papa y el emperador se comprometían a defender el gobierno de Francisco María Sforza en Milán "a la sombra de César", y el emperador a defender las tierras de la Iglesia, incluso Reggio que obligaría al duque de Ferrara a devolver. Los florentinos pagarían los gastos, entregando inmediatamente a César 100 000 ducados.

Sin embargo la ratificación de Carlos V se demoró y a fines de abril el papa decidió enviar a Madrid al cardenal Salviati. Durante el mes de mayo, Jacobo Salviati escribió varias veces a su hijo recomendándole que llevara consigo a Nicolás como secretario y consejero, pero finalmente el papa se opuso. Por otra parte, a fines de mayo Nicolás Maquiavelo viajó a Roma, y el 9 de junio Clemente VII ordena que se le entreguen 120 ducados de oro de su caja particular, pero aunque lo más probable es que le haya llevado las *Historias*, el motivo más importante de su visita fue proponer la idea central del *Arte de la guerra*, aplicada ahora a los territorios pontificios: organizar en una milicia a los habitantes de la Romaña, cuyo presidente era por entonces Francisco Guicciardini, quien residía en Faenza: allá fue despachado Maquiavelo, con un breve papal redactado por Jacobo Sadoleto; partió de Roma el 10 u 11 de junio. Véanse los apéndices 28, 29 y 29b.

89. AGUSTÍN DEL NERO A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 26 de junio de 1525

Estimado señor Nicolás Maquiavelo de su mayor consideración en Romaña

Jesús. En el nombre de Dios, a los 26 días de junio de 1525

Mi estimado como padre. Ésta es para dar respuesta a una vuestra del día 9 de junio a la cual daré respuesta en cuanto hace falta; me mandasteis con esa una de Piero del Bene dirigida a Domingo Guinigi y compañeros que me pagaran escudos 63 de oro los cuales fueron cobrados y diose finiquito.

Por aquella entiendo también cómo deseabais que los distribuyese que todo he hecho con cuanta diligencia supe y pude como aquí adelante se os dirá.

En la dote de la Baccina[1] se gastaron por el tiempo que me escribisteis florines 52 liras cinco y 12 céntimos de los chicos y en los impuestos por registros liras 37.3.4, que hice por pagarlos con cuanta ventaja fue posible; el resto lo entregué a *monna* Marieta vuestra; fueron liras 21 y 14 céntimos, que fue lo que me sobró.

Maravíllome mucho de que os excuséis conmigo de darme trabajo sabiendo cuánta obligación tengo con vos y con la casa vuestra, así que si por acá se os ofrece algo y conocéis que soy bastante para poderlo hacer no lo encomendéis a otro que yo, que bien podríais encomendar vuestros asuntos a alguien que los atendiera con más prudencia, pero no con tantas ganas.

De la banda de Levante esta mañana llegó la nueva por varios mercaderes de que los genízaros quisieron matar al Turco y han saqueado tres o cuatro casas de los principales pachás. También hubo saqueo en Adrianópolis de muchas casas y tiendas de judíos y la nación[2] ha recibido algún daño así es que éstas no me parecen nuevas para nuestro Luis,[3] que de veras tiene muy mala suerte porque nunca se ha oído cosa como ésta. Cuando lleguen cartas de él os las mandaré.

Y nada más. A vos siempre me encomiendo. Que Dios os conserve sano y os ponga en estado feliz para que reviente quien os quiera mal.

Vuestro casi hijo Agustín del Nero, en Florencia

---

[1] Bartolomea, la hija de Nicolás Maquiavelo que se casó con Juan de' Ricci y fue madre de Juliano.

[2] La colonia de comerciantes florentinos en Constantinopla. Según Chabod, ése fue el primer uso de la palabra.

[3] Siguiendo la tradición familiar, Luis había viajado a Levante con paños para vender. Evidentemente, este Agustín del Nero no es el hermano de Francisco sino su sobrino o quizá su hijo.

90. JACOBO SADOLETO A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 6 de julio de 1525

Al como hermano estimado Nicolás Maquiavelo

MI COMO hermano querido. Recibí la vuestra del 29 del pasado,[1] y después de leerla se la mostré a nuestro señor, cuya santidad vio de buen grado cuanto se discurre en ella y en la del señor presidente, pero ni entonces ni después, por sus muchas otras ocupaciones, respondióme, diciéndome que todavía quería pensarlo un poco. Ahora, preguntándole de nuevo si su bendición se había resuelto ya, me ha respondido que quiere todavía pensarlo mejor y que os demoréis mientras tanto. Esperaréis pues, y mientras tanto, si ocurre algo digno de aviso, me lo escribiréis, para que pueda yo mostrarlo a su santidad y ella con eso deliberar mejor. Y no tengo más que escribiros, sino que os amo de continuo y tengo en mucho el daros gusto, y así, a vos me ofrezco. De Roma, a los seis días de julio de 1525. Vuestro buen hermano.

[Cardenal] JACOBO SADOLETO, secretario de nuestra santidad

---

[1] La carta de Nicolás Maquiavelo se ha perdido. Maquiavelo permaneció en Faenza hasta el 26 de julio, cuando partió sin que se hubiera resuelto nada, por la irresolución de Clemente VII.

91. FRANCISCO DEL NERO A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 27 de julio de 1525

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo de su mayor estima

En Faenza

ESTIMADO señor y cuñado, salud. Recibí una vuestra de Roma, a la que respondí. Después he recibido otra de Faenza, sobre la gran sabiduría del fraile, cosa que Francisco Vettori no creía, y jamás lo habría creído, salvo que le fue mostrada una carta del magnífico presidente[1] que refería lo mismo. El conde ha recordado, etc. Felipe Strozzi me escribe que ha hablado a la santidad de nuestro señor sobre el aumento de la provisión vuestra,[2] y que la encontró muy bien dispuesta. Por lo cual os recuerda que cuando estéis en Florencia le escribáis una palabra recordándole vuestro negocio, y Felipe mostrará el capítulo a su beatitud, y obrará que venga aquí su comisión, así que todas las felicidades se multiplican. Además os tengo guardado un pichón del que se pueden sacar 100 ducados de oro al año. Pero si regresáis a Roma, quiero saber cuándo creéis partir de allí, y por qué camino, a fin de que el vano mundo gire bajo vuestros pies. Donato se encarga de llevaros pollos, pero como es uno de esos grillos del Ponte Vecchio, no puede contenerse de mostrar vuestras cartas, de modo que una cayó en manos del conde, y es aquella honorable carta que le escribisteis hace un mes, es decir, la segunda de Faenza, etc. Nada más. A vos me encomiendo. En Florencia, a los 27 días de julio de 1525.

Vuestro FRANCISCO DEL NERO

---

[1] En una carta del 26 de julio Guicciardini alude a cierto fraile.

[2] Por escribir las *Historias*. Efectivamente, poco después los oficiales del Estudio recibirán la orden de darle, en lugar de 100 florines “de sello”, 100 ducados de oro, lo que era casi el doble.

92. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Faenza, 29 de julio de 1525

Estimado señor Nicolás Maquiavelo

En Florencia

ESTIMADO señor. El tener que enviaros la adjunta,[1] que vino bajo un pliego para mí, me ha dado ocasión de escribiros, que de otro modo no lo hubiera hecho por no tener qué decir. Espero las vuestras con ansia, y de nuevo no tengo nada que merezca escribirse. No quiero ya callar que entiendo que después de vuestra partida la Maliscotta ha hablado de vos muy elogiosamente, y alabado mucho vuestras maneras y entretenimientos, de lo cual me alegro en el alma, porque deseo para vos todo contento, y os aseguro que si regresáis por aquí seréis bien visto y quizá mejor acariciado. Escribí a Roma según lo necesario, y todavía no he recibido nada al respecto de allá. Si me entero de algo os avisaré; y a vos me encomiendo. De Faenza, 29 de julio de 1525.

Como hermano FRANCISCO GUICCIARDINI

---

[1] La carta anterior, 91.

93. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, 3 de agosto de 1525

Al magnífico señor Francisco Guicciardini, etcétera

SEÑOR presidente. He diferido hasta hoy el escribiros por no haber podido ir antes a ver la propiedad de Colombaia, así que vuestra señoría me tendrá por excusado de esta demora.[1]

Empezaré a urdir todo por Finocchieto. Y he de deciros esto lo primero: que en tres millas alrededor no se ve cosa agradable: la Arabia Pétrea no es de otro modo. La casa no se puede llamar mala, pero jamás la llamaré yo buena, porque carece de todas las comodidades que se buscan: las estancias son pequeñas, las ventanas son altas: el fondo de una torre no es de otro modo. Tiene delante un pradillo desmedrado, todas las salidas dan a lugar cerrado, quitando una que tiene de llano quizás 100 brazos,[2] y con esto, está de tal modo enterrada entre los montes, que la vista más amplia no pasa de media milla. Los arrendamientos vuestra señoría sabe lo que rinden, pero están en peligro de rendir cada año menos, porque tienen muchas tierras que el agua las deslava de tal manera, que si no se usa gran diligencia en retener el terreno con fosos, en poco tiempo no quedarán sino los huesos; y para eso hace falta el señor, y vos estáis demasiado lejos. He oído que los Bartolini han comprado mucha tierra en esa región, y que les falta una casa principal: si pudieseis echársela encima, yo os exhortaría a hacerlo, porque sería bueno para ellos y a vos podría evitaros perjuicios. Y si ellos no se acordasen con vos, queriendo conservarlo o queriendo venderlo, yo os aconsejaría gastar allí 100 ducados, con los cuales adobaríais el pradillo, rodearíais de viña todo el alto en que está la casa y haríais ocho o 10 fosos en los campos que están entre vuestra casa y la de vuestro primer colono, cuyos campos se llaman el Encierro; en éstos, si fuera por mí, pondría frutos invernales e higos; haría una fuente en un hermoso manantial que hay en medio de esos campos al pie de una loma, que es cuanto hay de bello. Ese arreglo os serviría para dos cosas: la primera, si queréis venderlo, quien venga a verlo será algo agradable, y quizá eso lo impulsará a hablar de mercado; porque manteniéndolo así, si no lo compran los Bartolini no creo que lo vendáis nunca, salvo a alguien que no vaya a verlo, como hicisteis vos. Si queréis conservarlo, dichos arreglos os servirán para tener más vinos, que son buenos, y para no morir de dolor cuando vayáis a verlo. *Y con esto basta sobre Finocchieto*.

De Colombaia, os confirmo por cuanto puede verse por los ojos todo lo que Jacobo os ha escrito y Jerónimo[3] os ha dicho. El campo está bien situado, tiene caminos y fosos en torno a la valla y mira entre mediodía y levante: los terrenos parecen buenos, porque todos tienen frutales viejos y nuevos con mucho vigor y vida; tiene todas las comodidades de iglesia, carnicería, camino, correo, que puede tener una quinta próxima a Florencia; tiene muy buenos frutales, y sin embargo hay espacio para duplicarlos. La casa es de este modo: entráis en un

patio de unos 20 brazos por lado: tiene en la fachada, frente a la entrada, un pórtico con balcón encima, largo como todo el ancho del patio, y a mano izquierda una sala, con cámara y antecámara; todas estas estancias y el pórtico son habitables y nada deshonrosas: tiene sobre ese patio cocina, establo, tinajería y otro patio para los pollos y para desembarazar la casa. Tiene abajo dos bóvedas para vino muy capaces; tiene arriba muchas cámaras, de las cuales hay tres que con 10 ducados se arreglarían para alojamiento de hombres de bien; los techos no son ni malos ni buenos; en suma, concluyo esto: que con 150 ducados de gasto alojaríais cómodamente, con alegría y en forma harto honorable. Esos 150 ducados habría que gastarlos en rehacer puertas, empedrar patios, rehacer bardas, cambiar una trabe, componer una escalera, rehacer un alero del techo, arreglar y rehacer la ventana de la cocina y otras pequeñas reparaciones por el estilo, que darían vista y alegría a la casa; y así con ese gasto podríais instalaros tan bien, que os parecería entrar en un mar magno.

En cuanto a las entradas, no las he verificado todavía como quisiera, porque no está alguien con quiero hablar. Por otra daré a vuestra señoría aviso particular de ello.

Esta mañana recibí la vuestra en que me avisabais en cuánta gracia me hallo con la Maliscotta, de lo cual me enorgullezco más que de cuanto tengo en este mundo. Mucho apreciaré que le deis mis saludos.

De las cosas de los reyes, los emperadores y los papas, no tengo nada que escribiros; quizá para otra tendré, y os escribiré.

Ruego a vuestra señoría que digáis a vuestra señora que he llevado sus saludos a todos los suyos y las suyas, en particular a Averardo;[4] los cuales todos se encomiendan a vuestra señoría y a ella. Y yo a vuestra señoría infinitísimas veces me encomiendo y ofrezco. A los 3 días de agosto de 1525.

Vuestro NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Guicciardini había comprado sin verlas dos propiedades, y evidentemente había encargado a Nicolás Maquiavelo que las viera y le diera su opinión. En contra de esa opinión, *messer* Francisco vivió sus últimos años y escribió su *Historia de Italia* precisamente en Finocchieto, cerca de Arcetri.

[2] El brazo equivale a poco menos de un metro.

[3] Jacobo y Jerónimo Guicciardini, hermanos de Francisco.

[4] La esposa de Guicciardini era María Salviati, hija de Alamanno, el primer dedicatario del *Decennale primo* y nieta de Averardo.

94. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Faenza, 7 de agosto de 1525

Estimado señor Nicolás Maquiavelo

En Florencia

MAQUIAVELO queridísimo. Recibí la vuestra del 3, y primeramente he de deciros que si vos honráis mis sobrescritos con el título de ilustre, yo honraré los vuestros con el de magnífico, y así con esos títulos recíprocos nos daremos mutuamente gusto, el cual se convertirá en luto cuando al final nos encontremos todos, digo todos, con las manos llenas de moscas. De modo que resolved sobre los títulos, midiendo los míos con los que os agradaría que a vos os diesen.

De nuevo no me he enterado de nada que tenga sustancia, y creo que andamos todos *en tinieblas*, pero con las manos atadas a la espalda, para que no podamos esquivar los golpes. De Faenza, día 7 de agosto de 1525.

Como hermano FRANCISCO GUICCIARDINI

95. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Faenza, agosto de 1525

Al Maquiavelo, la señora de Finocchieto[1] *desea salud y purgado juicio*

SI YO creyera que lo que de mí escribiste al dueño y señor mío lo escribiste con malignidad, no me esforzaría por convencerte, porque habiendo yo nacido en estos montes solitarios, no tengo tanta elocuencia que me dé el corazón para apartarte de esa malignidad; y también porque creo ser mayor venganza dejar que se confirme y obstine el maligno en su malignidad, que haciéndole conocer la verdad hacerlo enrojecer. Pero persuadida de que ha procedido ello de error, el cual si no es honorable puede ser excusable, paréceme ser oficio de humanidad y de cortesía, la cual es en mí mayor de lo que comporta este lugar y de lo que muestra mi presencia, hacerte advertencia de la verdad; y con tanto más gusto lo hago cuanto, siendo yo mujer, no puedo sentir odio por el origen del error tuyo que igualmente procede de mujer, y bien que educada en costumbres deshonestas y que me desagradan, es también mujer, y la similitud del sexo no permite que no haya entre nosotras alguna chispa de benevolencia. Tú estás habituado a tu Bárbara,[2] la cual, como hacen las que son como ella, se esfuerza por agradar a todos y busca antes parecer que ser; por eso tus ojos acostumbrados a esa conversación meretricia no se complacen tanto en lo que es como en lo que parece, y con que haya algo deleitoso, no consideran los efectos más allá. Pero tú que has leído y compuesto tantas historias y visto tanto del mundo, deberías saber ya que otro ornamento, otra belleza, otro modo de componerse y de aparecer se busca en una que vive con todos y no ama a ninguno, que en aquellas que, llenas de castos pensamientos, no tienen otro estudio que el de agradar solamente a aquél a quien honesta y legítimamente han sido dadas. Y aun si por el prolongado trato con aquellas, que a lo que entiendo nunca has vivido de otro modo, has adquirido tan malas costumbres que los corrompidos usos de ellas te parecen buenos y dignos de las que son como yo, todavía deberías recordar que es temeridad formar juicio en un momento, y que las cosas deben juzgarse no por su superficie sino por su sustancia, y que bajo aquella rigidez y aspereza que a primera vista se mostraban en mí podían hallarse ocultas tantas partes de bien que mereciese yo ser ensalzada, y no tan injuriosamente vituperada. Y esto, al menos, debería haberte enseñado tu Bárbara, que bien que su nombre denote crueldad y fiereza, ha reunido en sí, pues sobre ello quiero estar a lo que dices, tanta gentileza y piedad que bastarían para una ciudad.

Pero quiero decirte mis cualidades, con ánimo de que si, conociendo la verdad, revocas lo que de mí escribiste, no sólo te perdonaré la injuria hecha sino que acordaré que de las frutas de que están llenos todos mis campos se dé cada año buena parte a tu Bárbara; mayor placer no sabría hacerte que tratar como lo merece a quien es tu delicia y tu corazón. Y digo

primeramente que una de mis buenas cualidades consiste en lo que te hizo prorrumpir tan desconsideradamente en vituperios contra mí, porque yo, habiendo dado mi amor a uno solo, pensé siempre en no agradar a otro que él, y por eso me he mantenido en esa rigidez y aspereza que ves, la cual, si hubiera yo planeado aparecer a los ojos de todos, muy bien habría sabido mitigar; porque no debes creer que por ser yo nacida entre estos cerros me faltan modos y artes para pulirme, los cuales, si no los hubiese conocido tan bien ni hubiera tenido comodidad de aprenderlos de otros, cierta estoy de que tú, como eres amador de todas las mujeres y has vivido largamente entre ellas, hubieras querido y sabido enseñármelos. Pero yo no he tenido nunca intención de vivir sino con uno, y por eso, con darle en otras cosas causa de amarme, he dejado de lado todas las vanidades y deleites que podían hacerme agradable a muchos, juzgando que sería bueno para ser amada por él que conociera en mí esta modestia y honestidad, aparte de que, como los hombres son naturalmente amigos de la variedad, juzgué que a él, pues en los lugares próximos a las ciudades suelen como éstas adornarse y embellecerse, podría agradarle más el hallar cuando viene aquí este ser salvaje y áspero al que no estaban sus ojos habituados, que si encontrase bellezas y adornos de la misma especie que los que lo rodean todo día y hora. Y en esto fue mi artificio doble porque aquello con que creía agradar más a él, hacíame esperar que agradaría menos a los demás, cosa por mí muy deseada porque, como no deseo tener cada día trato con hombres nuevos y amo tiernamente a aquél con quien vivo ahora, y como sé que tú has estado más bien con los que consideran las cosas por la corteza antes que por la médula, tengo en mucho el que, si tuviese alguna vez deseo de enajenarme, no encuentre fácilmente a quien le agrade y se vea forzado casi por necesidad a conservarme.

Ve pues, Maquiavelo, cuánta alabanza merezco y cuánto más se me debe apreciar por esa causa que tanto te desagradó, y aprende para otra vez a no confiar tanto en ti mismo y en tu resolución que no consideres más maduramente antes de juzgar, porque muchas cosas se admiten en otros, que no se aceptan en la prudencia y experiencia tuyas.

---

[1] Guicciardini hace hablar en primera persona a la finca de Finocchieto, de la que tan mal había hablado Nicolás Maquiavelo en la carta del 3 de agosto anterior.

[2] Bárbara Salutati.

96. LUIS MAQUIAVELO A NICOLÁS MAQUIAVELO
Adrianópolis, 14 de agosto de 1525

Estimado padre Nicolás Maquiavelo

En Florencia

† Jesús. A los XIV días de agosto de 1525

ESTIMADO padre, etc. En el pasado se os ha escrito bastante. Ésta es para deciros de una cuenta que tengo con Carlos Maquiavelo, que nunca ha querido él saldarla, por lo cual pienso irme a hacer mis cosas. Y por la otra mía os escribí cómo me habían quedado de toda la carga siete paños y medio, los cuales paños, por estar algo escasos, los terminaría mejor aquí que en Pera. Y por mostrárseme Carlos Maquiavelo poco amigo, junto con un tal Juan Bautista Masini y cierto Nicolás Lachi, iban a las tiendas de quienes sabían que los querían y les decían que yo no tenía sino paños de mala calidad. Y si Carlos se hubiera portado como debía portarse un hombre de bien, yo hoy ya los habría terminado, y en cambio me he visto obligado con mandárselos a Juan Vernacci a Pera. Y no bastándole con hacerme esa injuria, todavía me hizo otra. Porque yo quería partir hace 15 días, e ir en compañía de las cosas; y quería, antes de partir, saldar dicha cuenta con él, y que él me diese 123 ducados que me debe, para hacer mis cosas, pero jamás ha habido modo de que quisiera pagarlos. Y así me he quedado y me quedaré aquí hasta que salga gente para Pera, y todos los días que esté aquí le preguntaré si quiere pagarme. Si no, en cuanto esté yo en Pera os doy mi palabra de que el primer asunto que atenderé será quejarme con el bailío, y así me muera, que tendrá que ir allá, o dar orden de que se me pague. Y le haré el honor que merece. Queda avisado.

En Roma o en Florencia que estéis, os ruego que al recibo de ésta me escribáis lo que ha sucedido con vuestros asuntos, que me parece un gran milagro que desde el 19 de mayo hasta ahora no he tenido noticia de vuestras cosas, ni de ninguno de allá, a pesar de que han llegado muchísimas cartas de allá. Queda avisado.

También os ruego que si no habéis hecho nada con aquel malvado cura, al recibo de ésta veáis que en algo sea yo vengado de tantas injurias como me ha hecho. Y si recordáis bien, vos me escribisteis que yo atendiera a hacer bien las cosas en Levante, que vos atenderíais a estar bien en Roma, y que si os resultaba eso las injurias podrían vengarse. Y yo os digo que, con tanta cosa como yo traía, no ha sido posible hacer nada mejor. No sé ya cómo lo habréis hecho vos, que estimo que en comparación conmigo lo habréis hecho mejor. Así que pensad si tendré ánimo de vengarme. Pero me sabe mal que las venganzas que nosotros podríamos hacer con cuatro palabras, y mostrar que él es un malvado y por esa vía sacarlo de aquella iglesia, tengamos que reservarnos de hacerlas con daño nuestro, y arrancarnos dos ojos nosotros para

arrancarle uno al socio. En vos está todo. Y del mismo modo, sobre vuestras palabras, sabed que yo tuve que tragarme las de Cecco de Bardi. Pero no quiero hablar más de esto; básteos saber que si no tengo otras nuevas, estaré antes en San Andrés que en Florencia, y castigaré a ese malvado. No os hablaré más de ello, que tanto he escrito que debéis haberme entendido. Y acabaré antes de lo que creéis, porque estaré ahí antes que pase la mitad de enero, si Dios me presta salud. Nada más por ésta. Encomendadme a *monna* Marieta, y decidle que por no tener tiempo no le he escrito, y lo mismo a Bernardo.[1] Saludad de mi parte a los niños, y a vos de continuo me encomiendo. Dios de mal os guarde.

Vuestro LUIS MAQUIAVELO, en Adrianópolis

---

[1] Bernardo era su hermano mayor, nacido en 1503; Marieta su madre, la esposa de Nicolás Maquiavelo, Marieta Corsini.

97. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, 17 de agosto de 1525

Al magnífico M. Francisco Guicciardini, presidente de Romaña por el Pontífice

SEÑOR Presidente. Ayer recibí la vuestra del 12, y por respuesta os diré que Capponi[1] regresó, y vuestro Jacobo quiso encargarse de preguntarle; pero, como decía, creo que habrá quedado suficientemente claro. De todos modos se les puede hacer una oferta, para que se vea que vos lo queréis, mientras no se aparten de lo honesto; a Jerónimo y a mí nos parece que no se les puede ofrecer menos de 3 000 ducados; y de esto vos le daréis la comisión que os parezca.

Me complace que os agrade *messer* Nicia,[2] y si la hacéis representar en este Carnaval, nosotros iremos a ayudaros. Os agradezco las recomendaciones hechas y os solicito de nuevo.

Estos provisores de las cosas de Levante planean mandarme a Venecia para la recuperación de ciertos dineros perdidos. Si he de ir, partiré dentro de cuatro días y al regreso pasaré por ahí para estar con vos una velada y para volver a ver a los amigos.

Os mando 25 píldoras hechas hace menos de cuatro días a nombre vuestro, y la receta irá escrita aquí al pie. Os digo que a mí me han resucitado. Empezad por tomar una después de la cena: si una os mueve, no toméis más; si no os mueve, dos o tres, o al máximo cinco, pero yo nunca he tomado más de dos, y una vez a la semana, cuando me siento pesado el estómago o la cabeza.

Hace dos días hablé de aquel asunto con el amigo,[3] y le dije que si entraba yo muy adentro de las cosas suyas de importancia, que me tuviese por excusado, pues era él quien me había dado ánimo para tanto, *y en resumen* le pregunté qué ánimo era el suyo sobre el dar mujer a su hijo. Él me respondió, tras alguna ceremonia, que le parecía que las cosas habían llegado a tal punto que estos jóvenes tienen por vergüenza no recibir una dote extraordinaria, y no creía que estuviese en su poder el reducir a su hijo a lo ordinario. Después, estando un poco así sobre sí, dijo: “Yo creo adivinar por cuenta de quién me hablas, porque sé dónde has estado, y este razonamiento ya me lo han propuesto por otra vía”. A lo cual respondí que no sabía yo si él adivinaba bien o no, pero que la verdad era que entre vos y yo no había habido nunca este razonamiento, lo cual con muchas palabras eficaces le mostré, y que si yo proponía, proponía por mí, y por el bien que quería a él y a mí [*sic*]; y aquí me bajé la visera[4] hablando de vos y de él, y de las condiciones vuestras, y de las cualidades de los tiempos presentes y de los futuros, y dije tantas cosas que lo hice quedar en gran suspenso. Por lo cual finalmente concluyó que si el Magnífico quisiera tomar por mujer a una florentina, mal consejo sería el suyo si no la tomase de vuestra casa, tanto que no veía yo cómo sería posible que un hombre como él, que tiene cerebro, os trocase a vos por cualquier otro ciudadano por 2 000 o 3 000 ducados de diferencia, aun cuando la suerte podría hacer que, como vos no tenéis hijos

varones y vuestra mujer ha dejado de hacerlos, la dote vuestra le resultara mayor que la del que escogiese, si de él no pudiera sacar nada más que la dote. Y como durante este razonamiento llegamos al convento de los Siervos, yo me detuve en la puerta y le dije: “Quiero deciros esta última frase en lugar memorable, para que la recordéis: quiera Dios que no tengáis que arrepentiros, y que no tenga vuestro hijo que sentirse poco obligado con vos por ello”. De modo que dijo: “En el nombre de Dios, ésta es la primera vez que hablamos de eso, debemos hablar todos los días”. A lo cual dije que yo no pensaba decirle más nada, porque me bastaba con haber pagado mi deuda. Volví la lanza de ese modo, y no fue posible ocultar lo que yo estaba seguro de que había de descubrirse. Ahora pienso esperarlo y no dejar pasar ninguna ocasión, y con razonamientos generales y particulares remachar este punto. Pero volvamos a la receta de las píldoras.

Receta

Áloe pático	Dram.	1, ½
Carman deos[5]	”	1
Azafrán	”	½
Mirra escogida	”	½
Bretónica	”	½
Pimpinela	”	½
Bolo arménico	”	½

NICOLÁS MAQUIAVELO en Florencia

A los 17 días de agosto de 1525

---

[1] Nicolás Capponi, cuyo hijo Pedro casó más tarde con Simona, hija de Guicciardini.

[2] El protagonista de *La mandrágora*. Evidentemente Maquiavelo le había mandado un ejemplar, posiblemente de la edición romana de 1524. No se sabe con certeza si por fin la comedia fue efectivamente representada en Módena en el carnaval de 1526.

[3] Lorenzo Strozzi; el asunto es el matrimonio de alguna de las hijas de Guicciardini, quien tenía varias.

[4] Es decir, me descubrí.

[5] De este nombre abreviado se han propuesto dos lecturas diferentes: “Camedrios” (Tommasini) y “Cardam [omum] Dios [coridis]”.

98. LOS CÓNSULES DEL ARTE DE LA LANA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 19 de agosto de 1525

Instrucción breve a ti Nicolás Maquiavelo de lo que debes hacer en esta ida tuya por orden nuestra a Venecia, deliberada por nosotros este día 19 de agosto de 1525

NICOLÁS nuestro queridísimo, nosotros usaremos contigo pocas palabras, porque eres prudente, y experimentado muchas veces en cosas mucho más arduas que ésta, y muy bien has entendido la intención nuestra expresada por la ida tuya, y para no faltar al oficio de quien manda a otro con comisión te hacemos estas pocas líneas sobre lo que queremos que hagas en nuestro nombre en esta ida tuya a Venecia. Tú te trasladarás pues cuanto antes y más cómodamente puedas a Venecia, adonde Dios nuestro señor te lleve salvo, y una vez que llegues, ante todo buscarás al obispo de Feltre, Nuncio del Papa en esa ciudad, para el cual tendrás cartas de Roma, y presentadas éstas, quisiéramos ante todo que del modo más directo que puedas te ingenies para quitarle de las manos una incluida en la suya, que es una nuestra que nos escribió de Ancona Benedetto Inghirami, que narra extensamente el caso ocurrido, y nosotros la mandamos a Roma para mayor expresión del caso, y de Roma la incluyeron en la carta para el nuncio que llevas contigo. Esto te lo decimos porque dicha carta en alguna cosa difiere de lo dicho en los testimonios y más bien podría dar alguna sombra, y quizás dificultad, a la intención nuestra, que otra cosa.

Después de leída la carta y de quitarle aquella de la mano diciendo que es superflua porque están ahí los propios jóvenes que escribieron la carta y que se encontraron en el hecho, que por su boca mejor y más brevemente relatarán el caso, entrando a razonar con él, te aconsejarás con su señoría sobre el asunto; y con él, porque pensamos que querrá ir, o tú solo después te trasladarás a la presencia de aquellos ilustrísimos duques y señores venecianos, para los cuales tendrás un Breve de la santidad de nuestro señor, y cartas de nuestros excelsos señores, las cuales con las debidas ceremonias que conviene presentarás; y una vez que te hayan dado audiencia y facultad de hablar, expondrás de parte nuestra a sus señorías la extorsión y asesinamiento hechos contra toda expectativa y contra todo lo que requiere la verdadera amistad entre aquélla y esta república, en su puerto, y por un hombre veneciano a tres jóvenes nuestros, que venían de Ragusa con dineros traídos de Levante, como es costumbre; y pedirás la restitución de lo quitado, usando las palabras acomodadas y toda la eficacia que sabes y con tu habitual prudencia juzgues que sean convenientes para obtener el efecto de nuestro deseo, y recuperar lo que nos ha sido violentamente quitado y robado.

Tendrás contigo además ciertos exámenes de testigos hechos en Ancona y en otros sitios, los cuales utilizarás para ese efecto a su tiempo y lugar, según juzgues adecuado; y también tendrás contigo a dos de los jóvenes a quienes fueron quitados los dineros, y diariamente

podrás entender el hecho con exactitud, y valerte de ellos cuando haga falta, y podrán animosamente hacer frente a quien quisiese negar.

Y esto es cuanto tenemos que decirte por ahora, aunque también esto puede decirse que es superfluo, porque estamos segurísimos que tú, que conoces nuestra intención, sabrás obrar mejor de lo que hemos dicho más arriba. Confiamos mucho en ti, y esperamos, por lo que ya hemos entendido, que aquella ilustrísima señoría, como justísima, conocido el caso, ha encarcelado al delincuente, y así de tu trabajo habrás de regresar pronto y con satisfacción nuestra. Que Dios en todo te acompañe.

LOS CÓNSULES DEL ARTE DE LA LANA DE LA CIUDAD DE FLORENCIA

99. EL CARDENAL SILVIO PASSERINI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 2 de septiembre de 1525

Al noble señor Nicolás Maquiavelo, ciudadano florentino y representante de los mercaderes ante los ilustrísimos venecianos

NOBLE señor, amigo queridísimo. Adjunto a la presente irá un recuerdo de estos mercaderes florentinos a vos para impetrar de aquella ilustrísima señoría como veréis y también lo que nos hace escribir la santidad de nuestro señor al nuncio de su beatitud y la renovación del salvoconducto contenido en ese recuerdo. Y bien que conocemos claramente que no es necesario recomendaros tal expedición por reputarlo nosotros de *bastante* interés común, para satisfacer a los susodichos y también a nosotros, que tan fervientemente amamos todo honor y utilidad de esta ciudad, no hemos querido dejar de exhortaros eficazmente, asegurándoos que además de los susodichos nosotros recibiremos y tendremos con vos particular obligación, y mucho nos ofrecemos a vos. Que estéis bien. En Florencia el segundo día de septiembre de 1525.

Vuestro SILVIO PASSERINI cardenal de Cortona[1]

---

[1] Véanse los apéndices 30, 31 y 32.

100. FELIPE DE NERLI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 6 de septiembre de 1525

A su muy como hermano estimado messer *Nicolás Maquiavelo*

En Venecia

NICOLÁS queridísimo. Después que partisteis de aquí, Luis Alamanni me presentó una carta vuestra, escrita por vos en favor de un fraile que debía predicar en Módena por enero pasado. Y quien de la carta debía servirse, como persona experimentada, no quiso presentarla sin antes asegurarse en todos los aspectos de su autenticidad, como persona que conocía muy bien el ánimo vuestro para con los frailes. Basta con que, sobre esta parte, vos sois hombre hasta demasiado valiente, y yo no pelo nísperos; y baste con esto sobre el fraile.

En cuanto a la parte de las nuevas, como de entonces acá el mundo se ha trastornado de tal modo, de las que entonces escribisteis no hace falta discurrir más, y de otras nuevas no sabría qué escribiros, salvo que los Poggesi de Lucca desvalijaron estos días pasados los Baños, y por no tener otros apoyos ni otras fuerzas que las que sabéis, se retiraron con el botín, y más hicieron de asaltantes que de recuperadores de estado.

De que hayáis entrado en el escrutinio[1] y de que os hayan hecho señas y cerrado los ojos los acopladores, mucho me alegro, y en el tiempo que he estado aquí he tenido infinitas demostraciones. Cierto es que quise saber de dónde procedía tanto favor, y puesto que depende de Berbería[2] y de alguna otra gentileza vuestra, me aclaráis más un día que el otro. De vuestros hijos varones ignoro la cifra, y si son *tanto de la sierva como de la liberta* y quizás también de la concubina, os dejo a vos el cálculo. Si antes hubiera tenido noticia de ello, por vos o por otro, antes me habría alegrado; buen provecho os haga; Dios os conceda a su tiempo y lugar consolaciones y lacrimaciones de ternura cuantas queráis.

Esta ausencia vuestra acá entre la Bohemia ha aclarado al pueblo que sois vos de todo mal la causa; y se ve que en todo heredasteis las costumbres y los modos de Tomás del Bene; porque ahora que no estáis, no se sabe de juegos ni de tabernas ni de ninguna otra cosilla, y así, conócese de dónde procedía todo el mal. Donato ha tomado el hábito de la Cricca,[3] Baccino anda perdido, Juan haría y yo no estaría, pero las más de las veces falta el lugar, o la escritura, o el tercero, y siempre falta quien componga la brigada, porque faltáis vos.

Yo estoy todavía por aquí, y me iré pasada la feria dos o tres días. Os espero en Módena, y allí con más comodidad y sin tener que escribir os pondré al tanto de muchas cosas que quizá os agradarán. Vos mientras tanto atended a despachar ese asunto, porque acá hay gran alboroto entre estos mercaderes, que dicen que a expensas de ellos atendéis vos allá a entretener literatos, y que ellos quieren otra cosa que cantares; ya sabéis que no a todos gustan las habladurías, que ya habéis probado, o más bien os habéis llenado la boca, con ese ajo.

No podría contenerme de alegrarme también mucho con vos de todo bien vuestro, que sabéis que me parece participar en él, por nuestra antigua amistad. Que quisisteis de pronto probar la suerte, y ella ha hecho que el cangrejo os suelte y que echéis el piojo al fuego, según por las cartas de Venecia se sabe, que habéis ganado a la lotería 2 000 o 3 000 ducados, de lo cual vuestros amigos todos se alegraron, pareciéndoles que lo que no proveyeron los hombres por los méritos de vuestras virtudes, lo ha provisto la suerte; y bien que sea esto poca cosa con respecto a vuestros méritos, con 3 000 ducados que lleguen por esa vía, máxime sin tener que agradecérselos a nadie, se hacen grandes cosas. Buen provecho os haga. Es verdad que habéis agraviado a vuestros amigos y parientes y a todo el que os ama al no dar aviso de ello acá, que hemos tenido que saberlo por cartas de forasteros y por vías transversales, de modo que el conde de los Mochos está al respecto todo confuso, y no sabe si se ha de prestar fe a ese asunto o no; pero al final concuerda, viendo las cartas escritas de allá por mercaderes muy dignos de fe, y también porque tiene mucha fe en los encantos que aprendisteis en Romaña, que si no fuera por esa firme creencia que tiene él en esas ciencias vuestras, haría falta mucho esfuerzo para que lo creyese. Yo por mí estoy de ello segurísimo, porque pienso que los hombres que han escrito, que no son charlatanes, no escribirían tal falsedad. Por eso de nuevo me alegro, y buen provecho os haga; os ruego que, para contento de los amigos, cuando os toque otra vez suerte semejante los hagáis de algún modo partícipes, que no tengan que saberlo por la vecindad; y hacedlo con tal destreza que aquí no se pregone, como ha ocurrido con esos 3 000 que habéis ganado ahora, porque habiendo quien es de opinión de revisar los impuestos o imponer arbitrios, por esta fama podría tocaros algún impuesto extraordinario que os haría sudar las orejas igual que a *messer* Nicia.[4]

Donato está enojado con vos desde que yo le dije que habíais escrito que había cerrado su tienda, y protestó ante la compañía. Vos vais perdiendo vuestros amigos: peor para vos. Y nada más se me ocurre por ahora. Que la lotería os ayude, y que Francisco del Nero y sus socios salgan con bien y en buen punto. De Florencia, a los 6 días de septiembre de 1525.

Vuestro como hermano FELIPE DE NERLI

---

[1] Por fin, en el mes de agosto había sido nuevamente incluido en la nómina de los elegibles para cargos públicos. Los acopladores eran los funcionarios encargados de confeccionar las listas y los tradicionales instrumentos de los Médicis (*cf*. el *Discursus florentinarum rerum)*.

[2] La Barbera.

[3] La *cricca* es un juego de cartas.

[4] *Cf. La mandrágora*, acto II, esc. III.

101. DOMINGO MAZZUOLI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Ferrara, 28 de septiembre de 1525

† *Al respetable señor don, etcétera*

A LA primera ocasión que tengan los Dati de Bolonia debe seros enviada vuestra caja, porque el día después de vuestra partida la mandé por ese camino con otra cajita que va para la señora Constancia de Conti, esposa del señor Lorenzo Salviati; ved de obtenerla y tened a bien hacer que o Calandro o Spina nos den aviso. Tendréis que satisfacer el transporte o cualquier otro gasto que hubiese intervenido de Bolonia ahí, como os lo escribirán los dichos Dati. Recibí anoche del señor gobernador de Módena una carta en que me encomienda que os recuerde que le habíais hecho promesa de ir a verlo; no tuve tiempo, que si no, además de recordároslo os lo hubiera suplicado. Os recuerdo que si se os ofrece algo de aquí me lo encomendéis, con la seguridad de que más grato me será a mí haceros un servicio que a vos quizá el recibirlo, y nada más. Estoy a vuestras órdenes. Dios dé feliz cumplimiento a todos vuestros deseos. De Ferrara a los 28 días de septiembre de 1525.

Hermano DOMINGO MAZZUOLI

102. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI
Florencia, 16-20 de octubre de 1525

Al magnífico M. Francisco Guicciardini, etcétera

SEÑOR presidente. Por haberme ido a la quinta apenas llegué, y haber encontrado a mi Bernardo enfermo con dos tercianas, no os he escrito. Pero regresando esta mañana de la quinta para hablar con el médico, encontré una de vuestra señoría del 13, por la cual veo a cuánta angustia de ánimo os ha conducido la simplicidad de *messer* Nicia y la ignorancia de ésos. Y bien que crea yo que las dudas son muchas, con todo, puesto que vos resolvéis no querer explicación más que de dos, me esforzaré por satisfaceros. *Hacer piedras al horno*[1] no significa otra cosa que hacer cosas de locos, y por eso dice ese mío que si todos fuésemos como *messer* Nicia haríamos piedras al horno, es decir, haríamos todos cosas de locos, y esto baste sobre la primera duda.

En cuanto al sapo y la rastra,[2] esto realmente necesita mayor consideración. Y en verdad que he revisado, como fray Timoteo, muchos libros para encontrar el fundamento de esa rastra, y por fin he encontrado en el Burchiello[3] un texto que viene muy al caso, donde él en un soneto dice:

> Temiendo que el imperio no invadiese
> Se mandó como embajador un jarro de lino,
> Los resortes y el malacate le dieron caza
> y se encontró que faltaban cuatro madejas.
> Pero la rastra de Fiésole sacó…[4]

Este soneto me parece muy misterioso, y creo que, si se considera bien, anda hurgando en nuestros tiempos. Hay sólo esta diferencia: que si entonces se mandó un jarro de lino, ahora el lino se ha convertido en macarrones,[5] tanto que me parece que todos los tiempos vuelven, y que nosotros somos siempre los mismos. La rastra es un aparato cuadrado de madera que tiene unos dientes y que utilizan nuestros campesinos, cuando quieren preparar las tierras para la simiente, para aplanarlas. El Burchiello cita la rastra de Fiésole como la más antigua que existe en Toscana, porque los fiesolanos, como dice Tito Livio en la segunda década,[6] fueron los primeros que descubrieron ese instrumento. Y aplanando un campesino un día la tierra, un sapo que no estaba acostumbrado a ver aparato tan grande, mientras maravillado se agitaba para ver qué era, fue alcanzado por la rastra, la cual le rascó la espalda de tal modo, que se pasó la pata por la espalda más de dos veces, así que al pasarle la rastra por encima, sintiéndose el sapo rascar con fuerza, dijo: “Sea sin regreso”, la cual voz dio origen al proverbio que dice, cuando se desea que alguien no regrese: “Como le dijo el sapo a la rastra”. Esto es cuanto de bueno he hallado, y si vuestra señoría tuviera alguna duda, avise.

Mientras que vos apresuráis ahí, nosotros acá no dormimos, porque Luis Alamanni y yo cenamos una de estas noches con la Barbera y hablamos de la comedia, de manera que ella se ofreció a ir con sus cantores a hacer el coro entre los actos, y yo me ofrecí a hacer la cancioncilla entre los actos,[7] y Luis se ofreció a conseguirles alojamiento allí, en casa de los Buosi, a ella y a sus cantores; así que ved si nosotros nos movemos para que esa fiesta tenga todos sus requisitos. Encomiéndome.

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] "*Fare a' sassi pe' forni*" (*cf. La mandrágora*, acto II, esc. IV), que podría significar también "andar a pedradas con los hornos" y es en realidad poco clara.

[2] "*Come disse la botta all' erpice" (La mandrágora*, acto III, esc. IV).

[3] El Burchiello (Domenico di Giovanni, llamado) fue un famoso poeta popular florentino (barbero de profesión) del siglo XV.

[4] "*Temendo che lo imperio non passasse / si mandò imbasciator un paiol d'accia*, / *Le molle et la palletta hebbon la caccia*, / *che se ne trovò men quattro matasse*. / *Ma l'erpice di Fiesole vi trasse…*" El "*paiol d'accia*" era la medida tradicional de lino para hilar; sobre esto, igual que sobre los resortes y el malacate, recuérdese que el fundamento de la economía de Florencia era la industria textil.

[5] Alusión probablemente al cardenal Salviati, que poco antes había ido como embajador a Carlos V.

[6] Como es sabido, la segunda década de Tito Livio nunca fue hallada.

[7] Las canciones entre los actos, así como la que precede al prólogo de *La mandrágora*, no aparecen en las ediciones anteriores.

103. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, después del 21 de octubre de 1525

SEÑOR presidente. Yo nunca me acuerdo de vuestra señoría (que me acuerdo a todas horas) que no piense de que modo podría hacerse que obtuvieseis vuestro deseo de aquella cosa que yo sé que entre todas más os urge; y entre los muchos desvaríos que me han pasado por el ánimo hay uno que he resuelto escribiros, no para aconsejaros, sino para abriros una salida por la cual mejor que cualquier otro sabréis caminar. Felipe Strozzi se encuentra cargado de hijos e hijas, y como procura hacer honor a sus hijos, también le parece conveniente honrar a las hijas, y pensó también él, como todos los sabios piensan, que la primera debía mostrar el camino a las demás. Intentó, entre otros jóvenes, darle a un hijo de Juliano Capponi con 4 000 florines de dote, en lo cual no halló correspondencia favorable, porque a Juliano no le pareció; por lo cual Felipe, desesperando de poder hacer por sí mismo cosa buena si no llegaba con la dote a un punto donde después pudiera mantenerse, recurrió al papa para obtener favor y ayuda, y por consejo de él movió la plática con Lorenzo Ridolfi, y la concluyó con 8 000 florines de dote, porque 4 000 paga el papa y 4 000 él. Pablo Vettori, queriendo emparentarse con honor y no bastándole la vista para dar tanta dote que bastase, recurrió también al papa y él, para contentar a Pablo, puso junto con su autoridad 2 000 ducados de lo suyo.

Presidente mío, si fueseis vos el primero que tuviera que romper el hielo para caminar por ese rumbo, por ventura yo sería uno de los que irían despacio en aconsejaros que entraseis por allí; pero teniendo delante el camino hecho por dos hombres que por calidad, por méritos y por cualquier otra humana consideración no son superiores a vos, yo siempre os aconsejaré que animosamente y sin reparo alguno hagáis lo que ellos han hecho. Felipe ha ganado con los papas 150 000 ducados, y no ha vacilado en pedir al papa que lo socorra en esa necesidad: mucho menos habréis de dudar vos, que no habéis ganado 20 000. Pablo ha sido socorrido infinitas veces y por infinitas vías, no con cargos, sino con dineros propios, y después, sin reparo alguno, ha pedido al papa que lo auxiliara en esa necesidad suya: mucho menos reparo habréis de tener para hacerlo vos, que no con cargo sino con honor y utilidad del papa habéis recibido ayuda. No quiero recordaros ni a Palla Rucellai, ni a Bartolomé Valori ni a muchísimos otros que de la escarcela del papa han recibido ayuda en sus necesidades, cuyos ejemplos quiero que os hagan audaz para pedir, y confiado en obtener lo pedido. Por lo tanto, si yo estuviese en vuestra situación, escribiría una carta a vuestro agente en Roma, para que la leyese al papa, o la escribiría al papa, y la haría presentar por el agente, y a él secretamente le mandaría una copia, imponiéndole que viese de obtener respuesta a ella. Quisiera que esa carta contuviese cómo os habéis esforzado 10 años por adquirir honor y utilidad, y que os parece en una y otra cosa haber satisfecho muy bien ese deseo, aunque con grandísimos

fastidios y peligros vuestros, por lo cual agradecéis a Dios primero, y después a la bienaventurada memoria del papa León y a su santidad, a quienes reconocéis deber todo. Verdad es que vos sabéis muy bien que si los hombres hacen 10 cosas con honor y después fallan en una, máxime cuando esa una es de alguna importancia, ésa tiene la fuerza de anular todas las demás: y por eso, pareciéndoos en muchas cosas haber cumplido con los requisitos de un hombre de bien, quisierais no fallar en ninguna; y después de un preámbulo por este estilo, le mostraría cuál es vuestra situación, y cómo os halláis sin hijos varones, pero con cuatro hijas, y cómo os parece tiempo de casar a una de ellas, y que si no la casáis de modo que ese partido corresponda a las demás empresas vuestras, os parecerá no haber hecho nunca cosa alguna bien. Y mostrando después que a ese deseo vuestro no se opone otra cosa que los malos modos y perversos usos de los presentes tiempos, por estar la cosa reducida al extremo de que cuanto más noble y rico es un joven mayor dote quiere, posponiendo toda otra consideración; y más aún, que cuando no la reciben grande y fuera de toda medida lo reputan vergüenza, tanto que vos no sabéis de qué modo vencer esa dificultad, porque si dieseis 3 000 florines, sería hasta donde podríais llegar, y sería tanto que cuatro hijas se llevarían 12 000, que es toda la utilidad hecha en los peligros y afanes vuestros; y no pudiendo ir más arriba, conocéis que eso es la mitad de la dote que quieren ellos, por lo cual, como único remedio, habéis cobrado ánimo de hacer lo que sus mayores amigos, entre los cuales os contáis vos, han hecho, es decir acudir por ayuda y favor a su santidad, no pudiendo creer que lo que ha hecho a otros lo niegue a vos. Y aquí le descubriría qué joven tenéis en vista y cómo sabéis que la dote y no otra cosa os perjudica, y que por eso conviene que su santidad venza esa dificultad, y ahí apretarlo y abrumarlo con las más eficaces palabras que podáis encontrar, para mostrarle cuánto estimáis vos la cosa; y creo seguro que si se maneja en Roma de ese modo es posible que os resulte. Por lo tanto, no os faltéis a vos mismo, y si el tiempo y la estación lo permiten, yo os exhortaría a mandar a vuestro Jerónimo, porque todo consiste en pedir con audacia, y no obteniendo mostrar descontento; y los príncipes con facilidad se pliegan a hacer favores nuevos a quienes ya los han hecho viejos, e incluso tanto temen, desdiciéndose, perder los beneficios pasados, que siempre corren a hacerlos nuevos, cuando se les piden del modo que quisiera yo que vos pidierais éste. Sois prudente.

Morone fue apresado, y el ducado de Milán está liquidado; y lo mismo que esperó éste, esperarán todos los demás príncipes, y ya no hay remedio. *Así se ha ordenado en lo alto*.[1]

> Veo de Alagni volver la flor de lis,
> y en su vicario, etc.

Conoces los versos, el resto léelo por ti mismo.[2] Hagamos de una vez un alegre carnaval, y ordenad para la Barbera un alojamiento entre esos frailes, que si no enloquecen, yo no quiero dinero; encomendadme a la Maliscotta y avisad en qué puerto está la comedia, y cuándo pensáis hacerla.

Yo obtuve aquel aumento hasta 100 ducados por la *Historia*. Ahora empiezo a escribir de nuevo, y me desahogo acusando a los príncipes, que han hecho todo para traernos hasta aquí. Adiós.



Portada de un folleto de tiempos de Lorenzo el Magnífico: "Canciones para ir de máscara en carnaval hechas por varias personas".

[1] Jerónimo Morone era el secretario del duque de Milán, Francisco María Sforza, "protegido" por Carlos V, quien de acuerdo con el papa (que mientras tanto trataba de pactar con el emperador) intentaba organizar cualquier alianza en contra del emperador, y en ese plan ofreció el mando de sus ejércitos a su peor enemigo, el marqués de Pescara, Ferrante de Ávalos, quien informó de todo a Carlos V y apresó a Morone el 15 de octubre de 1525. Esa negociación proporcionó a los españoles el pretexto para ocupar el ducado de Milán. *Sic datum desuper*.

[2] *Nosti versus, caetera per te ipsum lege*. Los versos anteriores se refieren a los de Dante, *Purgatorio*, XX, 86-87: "*Veggio in Anagni entrar lo fiordaliso / E nel vicario suo Cristo esser catto*" (Veo a la flor de lis entrar en Anagni, y a Cristo en su vicario ser apresado): aluden al episodio culminante del prolongado conflicto entre Bonifacio VIII y Philippe le Beau. El 7 de septiembre de 1303 el *condottiero* Sciarra Colonna y Guillermo de Nogaret, ministro del rey de Francia, penetraron en la residencia papal de Anagni y apresaron al papa con intención de llevárselo a Francia.

104. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI
Florencia, 19 de diciembre de 1525

Al magnífico M. Francisco Guicciardini, etcétera

SEÑOR presidente. Yo he diferido el responder a la última vuestra hasta hoy tanto porque no me parecía que importase mucho como por no haber estado mucho en Florencia. Ahora, habiendo visto allí a vuestro maestro de caballos y pareciéndome poder mandarlas seguras, no he querido diferir más. Yo no puedo negar que los miramientos que tenéis, los que os tienen en duda sobre si es bueno intentar aquel asunto por ese lado o no, son buenos y sabiamente discurridos: sin embargo os diré una opinión mía, la cual es que tanto se yerra por ser demasiado sabio como por ser muy despreocupado, antes el ser así muchas veces es mejor. Si Felipe y Pablo[1] hubieran tenido esos miramientos, no hubieran hecho cosa que quisiesen, y si Pablo no tiene más hijas que den orden a las otras, las tiene Felipe, el cual no pensó en eso con tal de acomodar a la primera a su modo; y no sé si será cierto lo que decís vos, que pondríais a la primera en el Paraíso para poner a las otras en el Infierno, porque ese hecho no os pondría con las otras en peor situación que la que tenéis ahora con todas, antes en mejor, porque los demás yernos, además de teneros a vos, tendrían un cuñado honorable, y podríais encontrarlos menos avaros y más honorables, y cuando no los encontraseis, el obtener para las otras de la suerte que se hallaría ahora para esta primera no habrá de faltaros. En fin, yo tentaría al papa de todos modos, y si no llegase a media espada en el primer asalto, le hablaría de ello a distancia, le mostraría en general mi deseo, le rogaría que me ayudase, vería cómo lo encontraba, iría adelante o retrocedería según procediese. Os recuerdo el consejo que dio aquel Romeo al duque de Provenza, que tenía cuatro hijas mujeres, que lo exhortó a casar a la primera, diciéndole que por esa daría regla y orden a las demás, tanto que él la casó con el rey de Francia, y le dio por dote la mitad de Provenza. Eso hizo que con poca dote casara a las demás con otros tres reyes, por lo cual dice Dante:

> Cuatro hijas tuvo, y todas fueron reinas
> De la cual cosa en todo fue la causa
> Romeo, persona humilde y peregrina.[2]

Me interesa mucho saber de la cuestión de aquellos frailes, la cual no quiero decidir aquí, sino sobre los hechos, y nosotros iremos con quien mejor nos trate. Pero bien sé deciros que si con la fama se desordenan, con la presencia se desenfrenan.

De las cosas del mundo nada tengo que deciros, habiéndose enfriado todos por la muerte del duque de Pescara,[3] porque antes de su muerte se hablaba de nuevas alianzas y cosas similares, pero en cuanto murió, parece que el otro[4] se tranquilizó un poco, y pareciéndole

tener tiempo da tiempo al enemigo. Y concluyo en fin que por estas bandas de aquí no se hará jamás cosa honorable o gallarda como para vivir o morir justificado, tanto miedo veo en estos ciudadanos, y tan mala disposición para oponerse de algún modo a quien está por devorarnos, y no veo a ninguno discrepante, de manera que quien tiene que obrar aconsejándose con ellos no hará otra cosa que lo que se ha hecho hasta ahora. A los 19 días de diciembre de 1525.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Felipe Strozzi y Pablo Vettori. Véase la carta 103.

[2] Se refiere a Romeo de Villeneuve y Raimundo Berenguer IV, conde de Provenza y suegro de Luis IX, cuya historia está en *Paradiso*, VI, 127-142; los versos que cita (con modificaciones) son 133-135: "*Quattro figlie ebbe, e ciascuna regina / Ramondo Beringhieri, e ciò gli fece / Romeo, persona umile e peregrina*".

[3] Marqués. Véase la carta anterior, nota 1. Murió inesperadamente el 3 de diciembre.

[4] Clemente VII.

105. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Faenza, 26 de diciembre de 1525

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, apreciado como hermano

En Florencia

ESTIMADO Nicolás. Empezaré a responderos por la comedia, porque no me parece de las cosas menos importantes que tenemos entre manos, y al menos es asunto que está en nuestro poder, de modo que no se pierde el tiempo pensado en ello, y la recreación es más necesaria que nunca en tanta turbulencia. Entiendo que los que han de representar están en orden; con todo, los veré en pocos días, y como no se ponen de acuerdo sobre el prólogo, el cual no entienden, se han hecho otro que no he visto, pero pronto veré; y como no quiero que sea agua fría, no creo que podáis errar ordenando otro vos conforme al escaso ingenio del auditorio, y en el cual estén representados ellos antes que vos.[1] Proyecto que se haga pocos días antes del carnaval, y la razón quisiera que vuestra venida fuese antes del fin de enero, con ánimo de estar aquí hasta la cuaresma, y los alojamientos para la nobleza estarán en orden, pero, por la gracia, avisad de vuestra resolución y en serio, que no son éstas cosas de descuidar; que yo por cierto no me habría metido en esta novedad si no hubiera presupuesto la venida vuestra.

De las cosas públicas no sé qué decir, porque he perdido la brújula, y aunque oigo que todos gritan en contra de la opinión que no me agrada, pero me parece necesaria, *no me atrevo a hablar*. Si no me engaño, todos conoceremos mejor los males de la paz una vez que haya pasado la oportunidad de hacer la guerra. Nunca he visto a nadie que cuando ve venir el mal tiempo no busque alguna manera de tratar de cubrirse, con excepción de nosotros, que queremos esperarlo descubiertos en mitad del camino.[2] Pero, *si sucede algo adverso*, no podremos decir que nos han quitado la soberanía, sino que *vergonzosamente se nos escapó de las manos*.

Vos me habéis hecho andar buscando un Dante por toda la Romaña, para encontrar la fábula o bien cuento de Romeo, y finalmente encontré el texto, pero sin glosa. Pienso que ha de ser una de esas cosas de que vos tenéis siempre las mangas llenas; *pero volviendo a lo nuestro*, vuestros consejos son *para mí de tanta importancia* que no tienen necesidad de autoridad ajena. Paréceme el tiempo de ahora por un mes o dos muy contrario al emprendimiento de tales cosas, porque creo, o más bien estoy seguro, que no hemos suspendido menos los cerebros que las armas, y con eso tendré oportunidad de pensarlo maduramente, y vos *entretanto*, si se os presentase alguna buena ocasión, sé que no dejaríais de hacer el oficio de un verdadero amigo; y a vos me encomiendo esperando respuesta. De Faenza, el día 26 de diciembre de 1525.

---

[1] Entre diciembre de 1525 y enero de 1526 apareció la tercera edición de *La mandrágora*, impresa en Cesena por Jerónimo Soncino por encargo de Guicciardini. Igual que las dos anteriores, incluye el prólogo (que es en verdad autobiográfico) pero no las canciones.

[2] Todo indica que a esta altura Clemente VII seguía creyendo que podía aliarse tanto con un bando como con el otro, y cambiaba de opinión con mucha frecuencia. De esta época se ha publicado *Scritti inediti di Francesco Guicciardini sulla politica di Clemente VII dopo la battaglia di Pavia*, Florencia, Olschki, 1940.

106. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, 3 de enero de 1526

Al magnífico M. Francisco Guicciardini, etcétera

SEÑOR presidente. Yo creí comenzar esta carta mía, en respuesta a la última de vuestra señoría, con júbilo, y he de comenzarla con dolor, por haber tenido vos un sobrino tan deseado por todos y haber muerto poco después la madre, golpe verdaderamente no esperado por ella ni por Jerónimo merecido.[1] Sin embargo, puesto que Dios lo ha querido así, conviene que así sea, y puesto que no hay remedio, es preciso recordarlo lo menos posible.

En cuanto a la carta de vuestra señoría, comenzaré donde vos, para vivir alegre entre tanta turbulencia. He de deciros esto: yo iré de cualquier modo, y no podrá impedírmelo otra cosa que una enfermedad, de la cual Dios nos libre, e iré pasado este mes, y en el tiempo que vos me escribáis. En cuanto a la Barbera y a los cantores, si no os detiene otro reparo, yo creo poder llevarlos a 15 *soldi* por lira.[2] Digo esto porque tiene algunos enamorados que podrían estorbar; sin embargo, empleando diligencia, podrían aquietarse. Y de que ella y yo hemos pensado ir os damos esta fe: que hemos hecho cinco canciones nuevas a propósito de la comedia, y se les ha puesto música para cantarlas entre los actos, de las cuales os envío con ésta las palabras para que vuestra señoría pueda considerarlas; la música, o nosotros todos o yo solo la llevaremos. Será necesario, si llegase a ir ella, mandar aquí a un mozo de los vuestros con dos o tres bestias, y eso es todo en cuanto a la comedia.

Yo siempre he sido de opinión que si el emperador piensa llegar a ser *amo de la situación*, nunca deberá soltar al rey,[3] porque teniéndolo tiene detenidos a todos sus adversarios, que por esa razón le dan todo el tiempo que le haga falta para ordenarse, porque él mantiene ya a Francia, ya al papa, con esperanzas de acuerdo, y ni interrumpe las pláticas ni las concluye: y cuando ve que los italianos están por unirse con Francia, él estrecha las conversaciones con Francia, tanto que Francia no concluye, y él gana, como se ve que con estas bagatelas ya ha ganado Milán, y estuvo por ganar Ferrara, que si iba allá le salía; y si le salía eso, Italia estaba liquidada del todo. Y que me perdonen nuestros hermanos españoles, ellos erraron en ese punto, que cuando el duque pasó por Lombardía que iba para allá, debían retenerlo, y hacerlo ir a España por mar, y no confiar en que fuera de por sí, porque podían creer que podían nacer muchas cosas, como nacieron, por las cuales no iría.

Desde hace cuatro días se oía hablar de alianzas entre Italia y Francia, y se creía, porque habiendo muerto Pescara, estando mal Antonio de Leva, habiendo vuelto el duque a Ferrara, teniéndose todavía los castillos de Milán y de Cremona, no estando obligados los venecianos, siendo clara para todos la ambición del emperador, parecía que todos habían de querer asegurarse y que la ocasión era bastante buena; pero en eso llegaron nuevas de que el

emperador y Francia han hecho un acuerdo, y que Francia da la Borgoña, y toma por esposa a la hermana del emperador, y le deja 400 000 ducados que tiene de dote y la dota él con otros tantos, y que da por rehenes o a sus dos hijos menores o al Delfín, y le cede todos los derechos sobre Nápoles, sobre Milán, etc. Este acuerdo así hecho lo creen muchos, y muchos no, por las razones dichas, y yo creo que lo habrá estipulado rápidamente para impedir las alianzas antes dichas, y después lo cavilará y lo romperá. Ahora esperaremos a ver lo que sucede.[4]

Entiendo lo que vos me decís de vuestro asunto, y cómo os parece tener tiempo para pensarlo, por no ser los tiempos aptos; a lo cual replicaré dos palabras con la seguridad que me impone el amor y la reverencia que os tengo. Siempre, en lo que yo recuerdo, o se está en guerra o se habla de ella; ahora se habla, dentro de poco se hará, y cuando haya terminado se hablará de nuevo, tanto que nunca habrá tiempo de pensar en nada; y a mí me parece que estos tiempos son más propicios para vuestro asunto que los tranquilos, porque si el papa quiere hacer esfuerzos, o teme tener que hacerlos, tendrá que pensar que tiene necesidad, y grande, de vos, y en consecuencia tiene que desear contentaros. A los 3 días de enero de 1525.[5]

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Florencia

---

[1] Jerónimo Guicciardini, hermano de Francisco.

[2] Es decir, en un 75 por ciento (la lira tenía 20 *soldi*). Era una manera común de hablar. En una carta de Francisco Vettori a los señores Diez (22 de marzo de 1508) dice que le habían ordenado que hiciera algo “cuando crea a 15 *soldi* por lira… y yo respondo que lo creo a 22”.

[3] Francisco I seguía prisionero, ahora en España, y sobre su suerte corría toda clase de rumores.

[4] El acuerdo efectivamente estipulado en Madrid durante el mes de enero corresponde más o menos a esta descripción, y la reacción fue unánime. Cuenta Varchi que “Esa capitulación fue inmediatamente enviada por César a *messer* Mercurino [Gattinara] su gran canciller para que él, según la costumbre, la sellara con el sello imperial, lo cual no quiso él hacer, sino que por quien la había traído mandó el sello a Su Majestad diciendo que debía sellarla por sí mismo, porque él no quería sellar cosas que sabía que no serían observadas”. El 6 de enero recibió Guicciardini la orden de marchar a Roma (donde Clemente le encargó las negociaciones que condujeron a la Liga de Cognac) que lo apartó del proyecto de representar *La mandrágora*.

[5] En el calendario florentino.

107. JUAN MANETTI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Venecia, 28 de febrero de 1526

Al eruditísimo y excelente M. Nicolás Maquiavelo

En Florencia

† *En el nombre de Dios, a los 28 días de febrero de 1525,*[1] *en Venecia*

En estos próximos días pasados, magnífico M. Nicolás mi señor estimadísimo, recibí una carta vuestra junto con el deseado *Decemnal*,[2] lo cual me fue muy grato y os quedo, junto con otras muchas obligaciones, obligadísimo. Sobre esto baste por ahora.

Por cumplir el deseo de vuestra señoría de saber sobre la representación de su comedia de Calímaco,[3] hago saber a vuestra señoría que fue presentada con tanto orden y buen modo, que otra compañía de nobles que en competencia con la vuestra esa misma noche y con gran gasto hicieron representar los Menecmos de Plauto en vulgar,[4] la cual por comedia antigua es bella y fue representada por muy buenos actores, y sin embargo fue tenida por cosa muerta respecto a la vuestra; de modo que, viendo que era ensalzada ésta tanto más que aquélla, espoleados por la vergüenza, con instancias grandísimas pidieron a la compañía de estos que por gracia quisieran representar en la casa de ellos donde se había representado la suya. Y así como personas gentilísimas otra noche fue después representada con los mismos intermedios de la primera vez y con grandísima satisfacción de todos terminó, tras de lo cual fueron abundantemente dadas bendiciones primeramente al compositor y después al resto de los que habían intervenido, de las cuales participé yo también por causa de haber andado con la comedia en la mano por detrás de las casas del escenario, para que todo anduviese en orden y para socorrer, si fuese preciso, a alguno de los actores, lo cual no hizo falta. Y sirva esto de consuelo a vuestra señoría. Ha sido tan bien recibida, que estos mercaderes de nuestra nación se han dado palabra, si pueden conseguir algo vuestro y no de otro, de representarlo, si fuera posible tenerlo a tiempo, este próximo primero de mayo; así que por parte de todos se ruega a vuestra señoría se digne darnos, o bien alguna cosa ya hecha, o bien que en la mente tuvieseis fabricada, que podamos tenerla; y no penséis que composiciones de otros hayan sido igualmente solicitadas, porque en verdad tienen éstas dulzura y sabor de que pueden extraerse deleitosa enseñanza y honesta satisfacción.[5]

Después que recibí vuestra carta no me he encontrado con la serenidad del príncipe para poder decirle cuanto me imponéis, pero bien pienso la primera vez que le hable hacer cuanto por vuestra señoría me ha sido encomendado, y de lo que suceda os daré noticia.

Por el presente correo Mariano os mando, envueltas en papeles azules y cañamazo, tres pares de *bottarghe*[6] que son las mejores que se han visto este año: si mejores hubieran sido,

con más gusto os las habría enviado. Y esto a fin de que os plazca disfrutarlas por amor mío; por ellas ya se ha satisfecho aquí el correo por el transporte, por lo cual no debéis vos pagarle nada.

Si por casualidad tuviese vuestra señoría a mano algún soneto, *stanza* o capítulo en alabanza de mujer, y no os causa mucho trabajo, ruego a vuestra señoría se digne hacerme partícipe, así como de cualquier otra materia, con tal que sea composición de vuestra señoría, a la cual de nuevo me encomiendo

JUAN MANETTI

---

[1] Según el uso local.

[2] Sobre la edición del *Decennale*, véase la Cronología, 1506, y el Apéndice 12.

[3] *La mandrágora*.

[4] En italiano.

[5] *La mandrágora* ya había tenido un gran éxito en Venecia en el carnaval de 1522 (la primera representación tuvo que ser suspendida por exceso de público); sin embargo esta comparación con Plauto tenía en la época un valor muy especial.

[6] Especie de tortas de caviar, hechas con los huevos de un pez similar al robalo.

108. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI
Florencia, 15 de marzo de 1526

Al magnífico M. Francisco Guicciardini, etcétera

MAGNÍFICO y estimado *messer* Francisco. He penado tanto para escribiros que la señoría vuestra se me ha adelantado. La causa del penar mío fue que, pareciéndome que se había hecho la paz, creía yo que vos estaríais pronto de regreso en Romaña, y me reservaba para hablaros de boca, bien que tenía la cabeza llena de lucubraciones, de las cuales me desahogué hace cinco o seis días en parte con Felipe Strozzi; porque, escribiéndole por otra cosa, me vi metido en el baile y examiné tres hipótesis; la una, que a pesar del acuerdo el rey no sería liberado; la otra, que si el rey fuese liberado observaría el acuerdo; la tercera, que no lo observaría. No dije ya cuál de éstas creía yo, sino que concluí que con cualquiera de ellas Italia habría de tener guerra, y a esa guerra no di remedio alguno. Ahora, visto por vuestra carta el deseo vuestro, discurriré con vos lo que callé con él, y con tanto más gusto por cuanto vos me lo habéis pedido.

Si me preguntaseis de aquellas tres cosas cuál es la que yo creo, no puedo apartarme de aquella firme opinión que siempre he tenido de que el rey no ha de ser liberado, porque todos conocen que si el rey hiciera lo que podría hacer se le cortarían al emperador todas las vías para poder llegar a la situación que ha proyectado. Y no veo ni causa ni razón suficiente que lo mueva a soltarlo, y según mi parecer, si lo libera es, o porque su consejo ha sido corrompido, en lo cual los franceses son maestros, o porque ve seguro un acercamiento entre los italianos y el reino, y no le parece tener tiempo de impedirlo sin la liberación del rey, y porque cree que, liberándolo, él tendrá que observarle las capitulaciones; y en esta parte el rey debe haber sido generoso prometedor, y haber demostrado por todas partes las causas de odio que tiene con los italianos, y otras razones que podría alegar para asegurarlo de su observancia. Sin embargo todas las razones que puedan alegarse no salvan al emperador de haber sido torpe, si el rey quiere ser sabio, pero yo no creo que quiera ser sabio. La primera razón es que hasta ahora yo he visto que todos los malos partidos que toma el emperador no lo perjudican, y todos los buenos que ha tomado el rey no lo ayudan. Será, como he dicho, mal partido el del emperador de soltar al rey, será bueno el del rey de prometer cualquier cosa para ser liberado, sin embargo, como el rey lo observará, el partido del rey se volverá malo y el del emperador bueno. Las causas que lo harán observar yo las escribí a Felipe, que son: que tiene que dejar a sus hijos en prisión si no observa; que tiene que fatigar su reino, que ya está fatigado; que tiene que fatigar a sus barones mandándolos a Italia; que tiene que volver de inmediato a los trabajos, los cuales, por los ejemplos pasados, deben atemorizarlo. ¿Y por qué tiene que hacer esas cosas para ayudar a la Iglesia y a los venecianos, que lo ayudaron a arruinarse? Yo os

escribí, y de nuevo os escribo, que grande es la irritación que el rey debe tener con los españoles, pero que no ha de ser mucho menor la que puede tener con los italianos. Sé bien que puede decirse esto, y se diría verdad: que si por ese odio él deja que Italia se arruine, después podría perder su reino; pero el hecho está en que él lo entienda así, porque si lo liberan estará entre dos dificultades: la una, despojarse de la Borgoña, perder Italia y quedar a discreción del emperador, y la otra, por evitar esto mostrarse como parricida y traidor en las dificultades dichas por ayudar a hombres infieles o inestables que por cualquier ligera cosa, vencido que hubiese, lo harían perder de nuevo. Así que yo me inclino a esta opinión: o que el rey no será liberado, o que, si es liberado, cumplirá; porque el espantajo de perder el reino si pierde Italia domina, como vos decís, el cerebro francés, pero no ha de moverlo como movería a otro. La otra, que él no creerá que se haga humo, y tal vez creerá poder ayudarla después que haya purgado alguno de sus pecados, y después que él haya recuperado a sus hijos y un poco de vigor. Y si hubiera entre ellos pactos de división de presas, tanto más observaría el rey los pactos, pero tanto más sería loco el emperador de volver a poner en Italia a quien hubiera sacado de ella, para que después lo corra a él. Yo os digo lo que creo que es, pero ya no os digo que para el rey fuese ése el partido más sabio, porque tendría que ponerse de nuevo en peligro él, los hijos y el reino, para rebajar tan odiosa, temible y peligrosa potencia. Y los remedios que hay me parecen ser éstos: ver que el rey, apenas salga, tenga a su lado a alguien que con la autoridad y persuasión suyas y de quien lo manda le haga olvidar las cosas pasadas y pensar en las nuevas; le muestre el apoyo de Italia; le muestre la partida vencida, si ese rey quiere ser libre, que debería desear serlo. Creo que las persuasiones y los ruegos podrían ayudar, pero creo que mucho más ayudarían los hechos.

Yo estimo que de cualquier manera que sigan las cosas, habrá de haber guerra, y pronto, en Italia; por eso los italianos necesitan ver de tener con ellos a Francia, y si no pueden tenerla, pensar cómo quieren gobernarse. A mí me parece que en este caso hay uno de dos partidos: o estarse a discreción de quien venga, y salirle al encuentro con dineros, y rescatarse; o armarse de veras, y con las armas ayudarse lo mejor que se pueda. Yo por mí no creo que el rescatarse y los dineros basten, que si bastasen yo diría: detengámonos aquí y no pensemos en otra cosa; pero no bastarán, porque o yo soy del todo ciego u os quitará primero los dineros y después la vida, de modo que será una especie de venganza hacer que nos encuentre pobres y agotados, si no les resultase a otros el defenderse. Por lo tanto juzgo que no se debe diferir el armarse, y que no hay que esperar la resolución de Francia, porque el emperador ya tiene a sus gentes apostadas, las tiene prontas, y puede mover guerra a su placer cuando quiera; nosotros tenemos que prepararnos, enmascarada o abiertamente, de otro modo nos levantaremos una mañana totalmente perdidos. Yo alabaría el hacer preparativos enmascarados. Digo una cosa que os parecerá locura, presentaré un designio que os parecerá temerario o ridículo; sin embargo estos tiempos requieren deliberaciones audaces, inusitadas y extrañas. Vos sabéis, y lo saben todos los que saben razonar de este mundo, que los pueblos son variables y tontos; sin embargo, así tal como son, muchas veces dicen que se hace lo que se debería hacer. Pocos días ha decíase por Florencia que el señor Juan de Médicis[1] alzaba una bandera de ventura para hacer la guerra donde mejor le conviniese. Ese rumor despertó mi ánimo a pensar que el

pueblo estaba diciendo lo que debería hacerse. Creo que todos creen que no hay entre los italianos jefe al que los soldados sigan con mejor ánimo, ni a quien más teman los españoles, y más estimen: todos tienen además al señor Juan por audaz, impetuoso, de grandes concepciones, de grandes decisiones; puédese pues, engrosándolo secretamente, hacerle levantar esa bandera, poniendo bajo él cuantos caballos e infantes se pudiese. Creerán los españoles que se hace ello con arte, y por ventura dudarán tanto del rey como del papa, por estar Juan a sueldo del rey; y si esto se hiciese, muy pronto trastornaría el cerebro de los españoles, y les haría mudar sus designios, que quizá han pensado arruinar a Toscana y a la Iglesia sin obstáculos. Podría hacer mudar de opinión al rey, impulsándolo a dejar el acuerdo y elegir la guerra, viendo que estará con gente viva, y que además de las persuasiones le muestran hechos. Y si no es este remedio y es preciso hacer la guerra, no sé cuál habrá, y a mí no se me ocurre otro; y amarraos al dedo esto: que si no se le mueve con fuerzas, con autoridad y con cosas vivas, el rey observará el acuerdo, y os dejará en la desgracia, porque ha venido a Italia varias veces, y vosotros o habéis estado contra él u os habéis quedado mirando, y no querrá que esta vez le suceda lo mismo.

La Barbera se encuentra allí: si podéis agradarla, os la encomiendo, porque me da mucho más qué pensar ella que el emperador. A los 15 días de marzo de 1525.[2]

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Juan de las Bandas Negras.

[2] Según el uso florentino.

109. FELIPE STROZZI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 31 de marzo de 1526

A su queridísimo amigo Nicolás de M. Bernardo Maquiavelo

En Florencia

NICOLÁS mío, no quisiera yo por nada que pensaseis que por responder yo tarde o no responder a las vuestras os tengo en poco, porque además de ser obligación de cada uno estimar a todos aquellos por quienes reconoce ser estimado, es también cosa natural; y aun merecen ser tenidos en más los que además de profesarte no mediocre amor y afición, tienen en ellos tales partes y virtudes que todos deben tratar de hacérselos, de amigos, amiguísimos, en cuyo número tenéis vos para mí el lugar principal. Pero el parecerme tener con vos tanta familiaridad que en todo excluye tales miramientos es causa de que yo coja y deje caer la pluma para responderos según mi comodidad; la cual excusa si veo ser por vos aceptada del modo que es por mí dicha, seguiré en el futuro, cuando reciba similares cartas vuestras, la usanza mía; cuando otra cosa creyeseis, me acomodaría volviéndome más diligente, sin dejar de deciros o de replicaros que cuando hubiera de hacer alguna obra en vuestro beneficio me encontraréis tan solícito y diligente como cualquier otro. En el escribir por ceremonia soy licencioso, aunque sólo con las personas que estoy persuadido de que lo tomarán a bien, como de vos estoy persuadido.

Pero para que no sea más el proemio que todo el resto, paso a la narración, y os digo que leí la última vuestra de los 10 de este mes[1] a nuestro señor, el cual la oyó con mucha atención, elogió sus puntos, pareciéndole que habíais tocado todo lo que podía caer en consideración de quien sin avisos o noticias particulares discurriese de tales materias, y quedó muy complacido. No me parece ya que sea de opinión que la primera parte haya de tener lugar, es decir que el rey no haya de ser liberado aun cuando se haga el acuerdo, pues cree que será liberado; bien que hoy tal partido tendría más defensores que entonces, visto no tenerse todavía noticia de tal liberación, lo que permite juzgar que no ha seguido aún el efecto; pero muchas cosas pueden haber demorado el efecto, que no lo impedirán, y el beneficio que obtiene César de prorrogar todavía un mes para estar más preparado, y hallarnos a nosotros más desprovistos para impedir su paso, no parece compensar la pérdida que tiene frente al rey añadiendo a las demás injurias y maltratamientos que le ha hecho esta última extravagancia, así que acá se cree que ha de ser más bien por otra causa que la que vos pensáis. De ser liberado, que debería actuar de inmediato si quiere jugar la razón del juego, se comprende muy bien; pero por no considerarlo prudente se duda mucho de que llegue a verificarse la segunda parte que examináis vos, o sea que vaya a respetar el acuerdo, máxime por algún tiempo; eso no podría ser con más evidente daño de Italia y nuestro, y el peligro es para todos

visible y manifiesto. De los remedios todavía no encuentro quien tenga conocimiento, porque los venecianos con nuestro señor, Ferrara y nosotros,[2] no son juzgados bastantes para impedir a César el paso, de estarse el rey neutral.

He visto lo que proponéis vos en una carta al Guicciardino,[3] que la mía con él y después la suya conmigo han sido compartidas, y por último no satisface, porque de tomarlo por ese lado a descubrirse nuestro señor enteramente no se ve diferencia, porque sin dineros tal capitán de ventura no haría ningún efecto, y en Lombardía hay una prueba de la suerte que encontraría. Si nuestro señor le da dineros, la empresa pasa a ser suya, y más se aprueba ir con banderas desplegadas, por la reputación y para arrastrar al mismo baile a los venecianos. En fin, si el rey no es sabio, los partidos son escasísimos. Nos falta después que César no conozca tan bella y grande ocasión; y así, lo nuestro está en los dados, pero tenemos una mala racha.

Sin embargo el día en que os escribo no parece comportar semejantes razonamientos, por lo que pasaré a la última parte, donde me encomendáis de corazón a la Barbera, imponiéndome besos por amor vuestro, aunque con licencia de la dama, la cual no habiendo podido obtener nunca, todavía no he podido besarla; después he pensado mejor el asunto, que vos en verdad no queríais que llegase a tal paso, pues me habéis puesto tan dura condición; por lo cual no os agradezco mucho tal liberalidad, habiendo conocido en ella cierta sutil avaricia. Téngoos por excusado, porque hoy sé a mi pesar lo que es amar a las niñas de otro. Leíle vuestro capítulo, y le hice por amor vuestro los ofrecimientos más amplios que supe, con ánimo de llenarlos con los efectos, si pudiese. Y entendiendo por qué causa había venido, comencé a hablar con Juan Francisco dei Nóbili, muy amigo mío y cuñado de Camilo, del asunto, y no hallé en ello fundamento alguno, y además Camilo se ha ido para allá, de modo que por este asunto puede irse cuando le convenga, como le dije hace varios días a Lorenzo Ridolfi, que igualmente es partidario suyo. Verá si hay quien se deleite tanto en la música que le establezca una provisión fija, como alguno le ha hecho esperar, lo cual no creo que vaya a salir, y así, pienso que en breve estará allí de regreso. Otras nuevas no tengo. Soy todo vuestro, y me ofrezco y encomiendo. El último día de marzo de 1526, en Roma

Vuestro FELIPE STROZZI

---

[1] Debe ser la carta a que hace referencia al principio de la anterior. Aparentemente no ha sido hallada todavía.

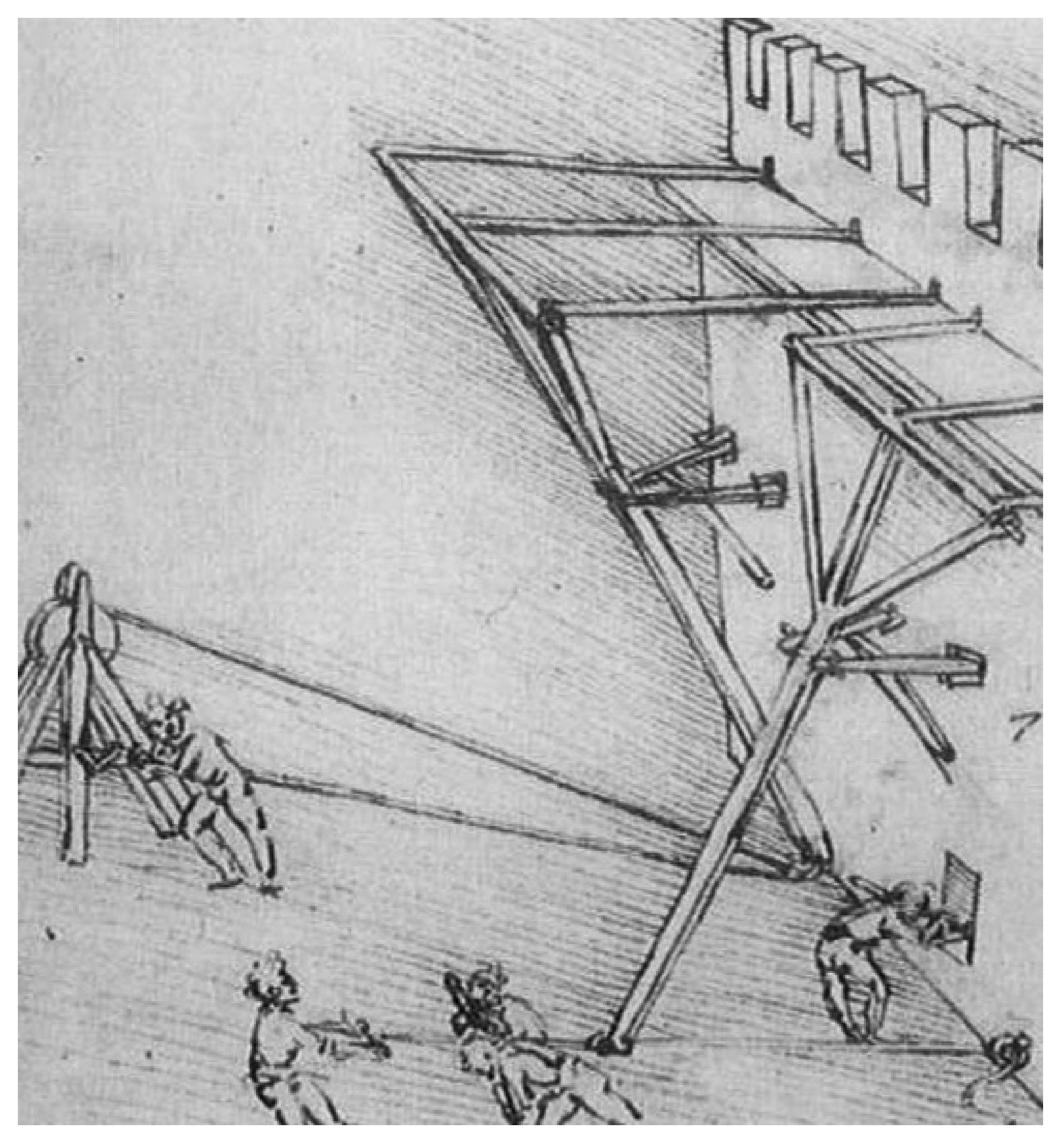
[2] Es decir, con el papa, el duque de Ferrara y Florencia.

[3] Sobre Juan de las Bandas Negras. Véase la carta 108.

110. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI
Florencia, 4 de abril de 1526

Al magnífico M. Francisco Guicciardini, etcétera

MAGNÍFICO y superior mío muy estimado. He recibido hoy, cerca de las 22 horas,[1] la vuestra del primero del presente, y por no estar aquí Roberto Acciaiuoli, que se ha ido a monte Gufoni, me trasladé yo inmediatamente a ver al cardenal,[2] y le dije cuál era la intención de nuestro señor sobre las cosas tratadas con Pedro Navarra,[3] y cómo su santidad quería que se tomase de él tal y tan gallardo designio, que diese ánimo a un pueblo como éste, y tanto que pudiera tener esperanza de defenderse de cualquier grave y furioso asalto. Su señoría reverendísima dijo que de nuevo lo recibiría esta noche, y le rogaría y apremiaría con los modos más eficaces que pudiese que hiciera tal efecto. Sin embargo, razonando nosotros sobre los diseños dados, nos parece que de querer mantenerse sobre el circuito viejo, no hay nada que mejorar, y tampoco se puede no mantenerse en dicho circuito, porque de no quererlo conviene, o aumentar Florencia del modo que sabe la santidad de nuestro señor, o eliminar el barrio de Santo Spirito y reducir la ciudad toda al llano. El primer modo lo hace débil la gran guardia que haría falta, para la cual la población del Cairo sería poca; el segundo modo es parte débil y parte impío. Débil sería si dejaseis las casas de ese barrio en pie, porque dejaríais al enemigo una ciudad más potente que vosotros, y que se valdría del condado más que vosotros, tanto que primero os agotaríais vosotros que se agotase él; el otro modo, de destruirlo, cuán difícil y extraño es, lo entiende cualquiera. Por lo tanto es preciso fortificarlo tal cual está, de qué modo no quiero todavía escribiros, tanto porque no está bien determinado como por no adelantarme a mis superiores. Básteos con esto: que de las murallas de dicho barrio al otro lado del Arno, parte se corta, parte se desplaza hacia afuera, parte se retrae hacia dentro, y me parece, y así parece al señor Vitello,[4] venido a ese efecto, que ese lugar queda fortísimo, y más fuerte que el llano; y así lo dice y afirma el conde Pedro, declarando con juramento que esta ciudad, dispuesta de ese modo, se convierte en la plaza más fuerte de Italia. Nosotros debemos reunirnos mañana por la mañana para revisar todo y especialmente el diseño mayor; después se reunirán los diputados, examinarán lo que se haya ordenado y lo pondrán todo por escrito y dibujado[5] y se mandará allá a la santidad de nuestro señor, y soy de opinión que lo satisfará, y máxime lo del alto, donde se han tomado las provisiones extraordinarias. Lo del llano no se aparta de lo ordinario, pero como tales lugares cualquiera sabe hacerlos fuertes, importa menos. El conde Pedro estará aquí mañana y el día siguiente, y nos esforzaremos por extraerle si hay otra cosa; yo me he dedicado a oír, para que no me ocurra lo de aquel griego con Aníbal. Os agradezco, etc. A los 4 días de abril de 1526.



Leonardo da Vinci, “Machine per la difesa della mura-Trave composita”, Códice atlántico, *f. 139v, Biblioteca Ambrosiana, Milán.*

---

[1] Es decir, dos horas antes de la puesta del sol.

[2] El cardenal de Cortona, Silvio Passerini, de hecho gobernaba Florencia en nombre del papa y los dos Médicis menores, Alejandro e Hipólito.

[3] Pedro Navarro o de Navarra era un famoso ingeniero militar español que había cambiado de bando. La carta de Guicciardini aludida (hoy perdida) evidentemente informaba a Nicolás Maquiavelo que el papa, en brusco cambio de opinión debido en buena parte a la presión del propio Guicciardini, había decidido hacer algún preparativo para la guerra; contrató al conde Pedro y lo mandó a revisar y mejorar las fortificaciones de Florencia, y colocó a su lado a Nicolás Maquiavelo, quien después del éxito de su *Arte* había alcanzado cierta fama de técnico en cuestiones militares.

[4] Vitello Vitelli era el capitán general (contratado) de los ejércitos florentinos.

[5] Es el documento muchas veces publicado con el título *Relazione di una visita fatta per fortificare Firenze*.

111. FLORENCIA, ABRIL DE 1526[1]

Jesús María

En el nombre de Dios y de la gloriosa Virgen María y de san Juan Bautista, abogado y protector de nuestra ciudad. En este libro se escribirán las copias de todas las cartas que los respetables procuradores de los muros de la ciudad de Florencia escriban en cualquier lugar y a cualquier persona. Los cuales respetables conservadores asumieron sus cargos el día [blanco][2] de abril de 1526, y deben permanecer en el cargo un año, a empezar de dicho día y terminar como sigue; los nombres de los cuales son éstos:

El magnífico Hipólito de Juliano de Médicis
Gherardo de Bertoldo Corsini
Rafael de Francisco Girólami
Luis de Pedro Guicciardini
Dino de [blanco] Miniati.

---

[1] Debido aparentemente al éxito de su relación sobre las fortificaciones, Nicolás Maquiavelo fue llamado de inmediato a Roma para discutir con el papa la defensa de Florencia y todo indica que lo ganó para su proyecto: el 27 de abril Francisco Guicciardini escribía a su hermano Luis: “El Maquiavelo partió con la orden de que se haga la provisión y los oficiales y se empiece a fortificar del modo que por él sabréis… Y el Maquiavelo ha sido quien la ha promovido, de modo que tenéis el deber de tratarlo bien en esta ida suya y demás cosas que le hagan falta, que muy bien se lo ha ganado…” Surgió así la magistratura de los Cinco Procuradores de los Muros, de la que nada sabemos sino que existió y que dio a Nicolás, como su canciller, la anhelada oportunidad de volver a escribir *ex Palatio* (“desde el Palacio”). No se conserva de estas cartas ningún original, sino el cuaderno en que las siguientes están copiadas de su propia mano.

[2] En el original hay un espacio en blanco.

112. LOS CINCO A JULIANO DE MÉDICIS
Florencia, 24 de abril de 1526

M.D. XXVI

A los 24 días de abril

Escribieron a Juliano su ingeniero en Roma en la infrascrita sentencia[1]

QUE se había visto su carta, y que a primera vista su diseño nos asusta por su grandeza: sin embargo lo pensaremos y, como debemos mandar al papa el dibujo de la ciudad y la comarca, que entonces con eso se escribirá más completa la opinión nuestra.

---

[1] Es decir, en el sentido escrito abajo.

113. LOS CINCO A GALEOTTO DE MÉDICIS
Florencia, 24 de abril de 1526

Escribieron dicho día a Galeotto de Médicis, embajador en Roma, en la infrascrita sentencia

QUE nos agrada la provisión hecha por el papa de mandar a Antonio de Sangallo a Lombardía; y en cuanto Baccio Bigio esté de regreso se le dará orden de que haga el dibujo, y se mandará de inmediato con nuestro parecer también. Y por lo tanto se dejará de lado por ahora el pensar en el barrio de Santo Spirito, y pensaremos sólo en el lado de acá del Arno, y resolvemos empezar por la Puerta de la Justicia y el Rincón del Prado, o bien por la Puertecilla de los Molinos. No nos parece conveniente tocar Sangallo, porque como allí hay que mover el lecho del Mugnone, y con eso ofender a alguien, no nos parece hacerlo por ahora, para no dar qué decir a alguno; pero una vez comenzada la obra no habrá miramientos, y al que le toque, tendrá paciencia. Y que esta misma razón nos obligaba a no pensar por ahora en dinero, sino que nos parecía por ahora gastar de los que tiene en sus manos el depositario, y de los que el papa quisiera desembolsar en este principio, como nos ha ofrecido, etc.

114. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, 17 de mayo de 1526

MAGNÍFICO señor presidente. No os he escrito desde que partí de allí porque tengo la cabeza tan llena de baluartes que no ha podido entrar en ella otra cosa. Se ha conducido la ley en la forma ordinaria, del modo y con el orden que allá por nuestro señor se decidió. Se espera para publicar la magistratura y para seguir adelante con la empresa que venga de allá el sustituto de Clemente Sciarpelloni,[1] el cual dicen que por estar indispuesto no podrá atender a tales cosas. Convendrá además buscar un sustituto a Antonio da Filicaia, a quien anteayer le dio un ataque y está mal. Maravíllase el cardenal de no haber recibido respuesta de Clemente, y se comienza a temer algún impedimento: con todo, no se cree, por ir la cosa tan adelantada.

He oído rumores de Lombardía,[2] y todos conocen cuán fácil sería sacar a esos ribaldos de aquella región. Esta ocasión por amor de Dios que no se pierda, y recordad que la fortuna y los malos consejos nuestros habrían llevado no al rey sino al papa a la cárcel: salváronlo de ella los malos consejos de los otros y la misma fortuna. Proveed ahora, por amor de Dios, de modo que su santidad no vuelva a los mismos peligros, de lo cual jamás estaréis seguros hasta que los españoles sean expulsados de Lombardía de modo que no puedan regresar. Me parece ver al emperador, viendo al rey fallarle bajo los pies, hacer al papa grandes ofrecimientos, los cuales deberían hallar tapados vuestros oídos, si recordáis los males soportados y las amenazas que en el pasado se os han hecho, y recordáis que el duque de Sessa[3] andaba diciendo *que el pontífice había empezado tarde a temer a César*. Ahora Dios ha llevado de nuevo las cosas a tal punto que el papa está a tiempo de detenerlo, si ese tiempo no se deja perder. Vos sabéis cuántas ocasiones se han perdido: no perdáis ésta ni confiéis en dejaros estar, remitiéndoos a la fortuna y al tiempo, porque con el tiempo no vienen siempre las mismas cosas, ni la fortuna es siempre la misma. Más diría yo, si hablase con hombre que no entendiese los secretos o no conociese el mundo. *Liberad a Italia de su perenne aflicción, extirpad esos monstruos horrendos, que de hombres, fuera del aspecto y la voz, nada tienen*.[4]

Aquí se ha pensado, prosiguiendo con la fortificación, que yo haga el oficio de provisor y canciller, y me haga ayudar por un hijo mío,[5] y que Daniel dei Ricci tenga el dinero y todas las escrituras. A los 17 días de mayo de 1526.[6]

NICOLÁS MAQUIAVELO

[1] Clemente Sciarpelloni era uno de los *condottieri* contratados por los florentinos. “La ley” es la de creación de “la magistratura”, es decir, los Cinco Procuradores de los Muros. “La empresa” es la fortificación y en general los preparativos para la guerra.

[2] En Milán había habido una insurreción popular contra los imperiales, que había sido sofocada rápidamente; el duque resistía o más bien subsistía, encerrado con unos pocos soldados en la ciudadela o “el castillo”.

[3] *Quod pontifex sero Caesarem coeperat timere*. El duque era Luis de Córdoba, embajador de Carlos V en Roma.

[4] *Liberate diuturna cura Italiam, extirpate has immanes belluas, quae hominis, praeter faciem et vocem, nihil habent*.

[5] Bernardo, nacido en 1503.

[6] En esos mismos días se estipulaba en Cognac la alianza entre Francisco I (oficialmente liberado por el papa de toda obligación derivada de los acuerdos de enero, puesto que le habían sido impuestos por la fuerza), el papa, Venecia y Florencia, más Enrique VIII de Inglaterra, quien sin embargo no quiso ser coaligado sino “protector”.

115. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 22 de mayo de 1526

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo

En Florencia

QUERIDÍSIMO Nicolás. Habréis visto por la publicación de la magistratura que a estas horas ya debe haberse hecho, que la duda que teníais vosotros ahí de que me escribís por la vuestra del 17 era vana, porque nuestro señor es del mismo parecer y no ha de enfriarse a mi juicio; y el sustituto que ha ordenado para Antonio da Filicaia puede ser óptimo testimonio de ello. Por lo tanto, impulsad el asunto para que de una vez se le dé principio.

Sobre los asuntos universales digo lo mismo que decís vos, y sobre vuestro discurso, además de que es muy cierto, que bien se conoce aquí cuánto hay de malo, y que las cosas en que deben concurrir varios poderosos necesariamente siempre se dilatan más de lo que sería conveniente. Con todo, espero que nadie venga a faltar a lo debido, si no tan pronto como convendría, al menos no tan tarde que haya de ser totalmente fuera de tiempo. Y a vos me encomiendo.

De Roma, el 22 de mayo de 1526

Vuestro FRANCISCO GUICCIARDINI

116. LOS PROCURADORES DE LOS MUROS A GALEOTTO DE MÉDICIS
Florencia, 1° de junio de 1526

El día primero de junio

A Galeotto de Médicis, embajador en Roma

ANTEAYER recibimos la vuestra del 28 del pasado, que respondía a la nuestra del 24. Ante todo, alabamos vuestra diligencia, y nos complace saber que satisfacen a nuestro señor todos los miramientos que tenemos al comenzar esta obra, sin causar molestias a nadie para no hacerla odiosa antes que sea por experiencia conocida y comprendida. Cierto es que nosotros no podemos darle otro principio que ordenar la cuestión hasta que hayamos resuelto sobre la forma que deben tener esos baluartes y el modo de colocarlos, lo cual no nos parece que pueda hacerse si antes no están todos los ingenieros y otros con quienes queremos aconsejarnos. Y si bien el señor Vitello[1] vino ayer a Florencia, y se espera a Baccio Bigio dentro de dos días, es necesario además que venga Antonio de Sangallo, de quien no tenemos ninguna noticia. Y en vista de que por encargo de nuestro señor ha ido a ver las plazas fortificadas de Lombardía, juzgamos ser necesario esperarlo, porque de otro modo no tendría su viaje ninguna utilidad para nosotros. Por lo tanto con reverencia recordaréis a nuestro señor que lo apresure. Aquí el reverendísimo legado ha escrito a Bolonia al gobernador que, si sabe dónde se encuentra, lo apremie para que expida cuanto antes. Los miramientos que han de tenerse en la construcción de muros por el lado del Prado y de la Justicia, en la parte al otro lado del Arno y frente a los montes, según prudentemente recuerda nuestro señor, se tendrán todos. Y así no hemos de fallar en cosa alguna por falta de diligencia, siempre que no nos falte modo de hacerlo; porque el depositario nos puso dificultades para pagar una pequeña suma que le hemos sacado hasta ahora, y creemos que en el futuro las pondrá mayores, alegando no tener dinero para esa cuenta. Por lo tanto nos parece necesario que nuestro señor ordene que podamos valernos de él. Y si quiere su santidad ayudarnos con algo, sería conveniente ahora, y haría muy buenos efectos, y somos cada día más de opinión que no estaría bien tocar en este principio las bolsas de los ciudadanos con nuevos impuestos, por lo tanto haréis entender bien esta parte a su santidad. En cuanto al modelo de los montes que su santidad desea, como por la otra se dijo, cuando llegue Baccio Bigio no se perderá tiempo, para que cuanto antes se le pueda enviar y no faltemos nosotros a diligencia alguna en todo lo que debemos. Y porque somos de parecer que, una vez levantada la cosecha, deben iniciarse los fosos por toda la parte de acá del Arno, es decir por la parte de los tres barrios, hemos escrito a todos los *podestà*[2] de nuestro condado que escriban, pueblo por pueblo, cuántos hombres hay entre los 18 y los 50 años, y que nos manden anotación detallada. Se ha anticipado a fin de que ellos

tengan tiempo de hacer esa descripción exacta, y para que podamos nosotros, después de la cosecha, entrar en la obra gallardamente.

---

[1] Vitello Vitelli, capitán general de los florentinos.

[2] El *podestà* era un funcionario con atribuciones judiciales y policiales.

117. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, 2 de junio de 1526

A M. Francisco Guicciardini

SEÑOR presidente. Hace varios días que no os escribo sobre la muralla: ahora os diré cuanto hace falta. Aquí se ve que el papa ha vuelto sobre la opinión de los montes, movido por la opinión de Juliano del Bene, quien en su carta dice que abrazar todas aquellas colinas significa más fortaleza y menos gasto. En cuanto a la fortaleza, ninguna ciudad muy grande es nunca fuerte, porque la grandeza asusta a los que la guardan y pueden nacer muchos desórdenes, que en las cómodas no es así. Lo del menor gasto es pura charla, porque él hace muchas suposiciones que no son ciertas. Primero, él dice que todos aquellos montes se pueden deshacer por el lado que va desde la casa de Bonciano hasta la de Mateo Bártoli para afuera, que según él son 1 000 brazos pero en realidad son 1 600, con lo que sólo hace falta tapiar las demás. Dice que pueden reducirse las grutas al uso de muros, y sobre ellas hacer un reparo de cuatro brazos de alto y ocho de grueso. Esto no es verdad, porque hay infinitos lugares que por estar en llano no se pueden deshacer; además todo lo que se deshiciese no se sostendría por sí mismo y se deslizaría, de modo que sería preciso sostenerlo con un muro; después, los reparos alrededor costarían un mundo y serían para esta ciudad deshonrosos, y en brevísimos años habría que rehacerlos, de modo que el gasto sería grande y continuo, y sin honor. Dice que el Común ganaría 80 000 ducados con las mejoras de su posesión,[1] lo cual es una fábula, y él no sabe lo que dice, ni de dónde se sacará para esas mejoras, tanto que a todos nos parece mejor no pensar en ello. Sin embargo, se hará hacer el modelo que el papa ha pedido y se le mandará. Hasta que no se dé asignación especial a esta empresa es necesario gastar de los dineros que hay, y por eso en la ley que se ha hecho se dispone que el depositario de los señores[2] pague de los dineros que se encuentran en manos del Común por cualquier concepto, todas las cuentas que le ordenen los señores junto con los oficiales. Sin embargo Francisco del Nero pondrá dificultad para pagarlos, si no se le hace escribir por nuestro señor que los pague. La oficina ha escrito sobre ello al embajador: os ruego que ayudéis en este asunto, para que el papa le escriba. A los 2 días de junio de 1526.

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Se trata del proyecto de rodear de fortificaciones la colina de San Miniato, que así quedaría incluida en el perímetro urbano, ampliándolo bastante.

[2] El tesorero de la Señoría, es decir del gobierno, que era entonces Francisco del Nero.

118. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, 2 de junio de 1526

NO TUVE comodidad de hablar antes del sábado pasado a L. S.,[1] pero estando con él, y razonando con él de varias cosas, me entró sobre su hijo, tanto que yo tuve ocasión de dolerme con él del poco caso que había hecho de la plática que yo le había iniciado, y decirle que estaba seguro de que así como ya se le escapó un parentesco rico, ahora se le escaparía uno honorabilísimo y no pobre, y que no sabía yo, si quería darle una florentina, adónde más podía querer llegar. Él libremente admitió que decía yo verdad, y que vos lo habíais hecho tentar, y que le agradaba tanto que aun cuando no se hiciese la cosa ahora, teniendo vos cuatro, creía poder llegar a tiempo a una. La razón del diferir era que la mujer estaba mejor de lo que suele, y que el muchacho había tomado mejor orientación, frecuentando literatos y estudiando asiduamente, las cuales dos cosas por faltarle la otra vez lo hacían pensar en buscarle compañera. La tercera era una hija suya que desea casar primero, pero sin embargo tanto le agrada la cosa que ya varias veces había hablado con el muchacho de vos, y aprovechando la ocasión de que había estado dos días con vuestro Jacobo en Romaña, al regresar de Loreto, le mostraba la grandeza de ese cargo,[2] y con cuánta dignidad lo habíais ocupado vos, y el nombre que teníais, y que había puesto por el cielo vuestras cualidades; y que esto había hecho por facilitar la cosa cuando se hubiera de hablar otra vez de ella, porque temía que tuviese la cabeza puesta en una gran dote; y habló sobre estas cosas de tal modo que yo no hubiera podido desear más. Yo no dejé de mostrarle que sus miramientos eran vanos, porque la niña era de edad que se podía pensar en tenerla así cuatro o cinco años, y que eso le ayudaría a casar a su hija, porque quien quiere dotes extrardinarias tiene que darlas, y lo combatí un rato, tanto que si no fuese él hombre algo tacaño, yo tendría sobre esto gran esperanza. A los 2 días de junio de 1526.

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Lorenzo Strozzi. *Cf*. la carta del 17 de agosto de 1525.

[2] El de gobernador de Romaña, que ahora ocupaba Jacobo Guicciardini.

119. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, 2 de junio de 1526

AUN cuando sé que por vuestro Luis[1] se os ha escrito la opinión suya sobre el incluir la colina de San Miniato, por parecerme cosa importantísima no quiero dejar de escribiros unas palabras. La más nociva empresa que puede hacer una república es hacerse en el cuerpo una cosa fuerte, o que rápidamente pueda hacerse fuerte.[2] Si os ponéis delante del modelo que se dejó allí, veréis que con abrazar San Miniato y hacer allá arriba aquel baluarte, se habrá hecho una fortaleza, porque de la puerta de San Miniato a la de San Nicolás hay tan poco espacio, que 100 hombres en un día, demoliendo, pueden convertirlo en una fortaleza de tal calidad que si alguna vez por algún desorden viniese a Florencia algún poderoso, como el rey de Francia en 1494, vosotros os convertiréis en sus siervos sin remedio alguno, porque, hallando el sitio abierto, no podréis impedir que entre, y pudiéndose cerrar fácilmente no podréis impedir que lo cierre. Consideradlo bien y con la destreza que podáis obviadlo, y aconsejad ese corte, que es fuerte y no peligroso, porque si se empieza lo de San Miniato, temo que desagrade demasiado.

Os he escrito estas tres cartas separadas para que podáis usarlas todas como os convenga. A los 2 días de junio de 1526.

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Luis Guicciardini, que era uno de los cinco procuradores.

[2] *Cf. Discursos*, II, 24, y *El príncipe*, XX.

120. LOS CINCO PROCURADORES DE LOS MUROS A TODOS LOS *PODESTÀ* DEL CONDADO

Florencia, 1-6 de junio de 1526

El día primero de junio

A todos los podestà *del condado de Florencia*

PORQUE nosotros queremos por buena razón tener noticia de los hombres que hay en tu jurisdicción, deseamos que lo antes que puedas, usando cuanta diligencia te sea posible, nos mandes una nota de todos los que hay entre los 18 y los 50 años, y lo harás en este orden. Mandarás o por los síndicos o por los rectores de los pueblos, y junto con tus mensajeros harás hacer a cada uno, pueblo por pueblo, su lista. Y al hacerla verás que se anoten los que trabajan la tierra distinguiéndolos de los que ejercen otras artes; y no dejarás de lado arrendatarios ni ningún otro habitante de los dichos pueblos; y anotados todos en un cuaderno con la dicha distinción, nos lo mandarás. De nuevo te recomendamos la diligencia, a fin de que podamos considerarnos satisfechos de tu obra.

Enviadas el día 6

121. LOS CINCO PROCURADORES DE LOS MUROS A LOS VICARIOS DE CERTALDO, SCARPERIA, SAN MINIATO, SAN GIOVANNI Y POPPI

Florencia, 6 de junio de 1526

A los vicarios de Certaldo, Scarperia, San Miniato, San Giovanni, Poppi

A los 6 días de junio

PORQUE nosotros deseamos saber cuántos hombres hay de entre 18 y 50 años en toda tu vicaría, hemos escrito a los *podestà* tus subordinados que nos manden una nota de ellos. Y como queremos tener también noticia de los que hay en tu jurisdicción de… queremos que al recibir la presente hagas por tener contigo a todos los rectores o bien síndicos de dicha jurisdicción, y les ordenes que hagan una nota de todos los hombres de ella que están entre los 18 y los 50 años, anotando de por sí a los que trabajan la tierra, aparte de los que ejercen otras artes; y a todos los anotarás en un cuaderno distinguiéndolos pueblo por pueblo, y con la mayor presteza posible lo enviarás a nuestra oficina. Usa diligencia en esta obra porque es de importancia y la estimamos mucho. Adiós.

122. PATENTE PARA JUAN FRANCISCO DE SANGALLO Y BACCIO BIGIO

Florencia, 1° de junio de 1526[1]

Patente. Dicho día. Para Juan Francisco de Sangallo y Baccio Bigio

NOSOTROS los procuradores de los muros de la ciudad de Florencia a quienquiera que vea estas nuestras patentes letras hacemos saber que el exhibidor de ellas será Francisco de Sangallo, ingeniero y arquitecto nuestro, al cual habiéndosele encargado que dibuje el sitio de la ciudad de Florencia con la comarca circundante, hasta una distancia de dos millas de esa ciudad, queremos y ordenamos a quienquiera que habite en dichos lugares que preste al dicho Juan Francisco, en cuanto pertenece a dicha obra, toda su ayuda y favor, dejándolo pasar por todos los lugares sin hacerle oposición ni darle impedimento alguno. Lo cual haréis por cuanto estimáis la gracia y teméis la indignación nuestras.

---

[1] Se publican en el orden en que están transcritas en el libro.

123. LOS CINCO A GALEOTTO DE MÉDICIS
Florencia, 8 de junio de 1526

Al embajador florentino en Roma, Galeotto de Médicis. Día 8 de junio

HABIENDO venido el señor Vitello a Florencia, como por la última nuestra os escribimos, y no pudiendo quedarse mucho, nos pareció tomar consejo de él cómo habíamos de regirnos en este principio, sobre esta muralla nuestra, no obstante que no estuviesen Baccio Bigio ni Antonio de Sangallo; y fuimos parte de nosotros con él viendo esa parte del Prado de Todos los Santos, porque estábamos en duda si empezábamos por la Puertecilla de los Molinos o por el Rincón del Prado. Por lo que habiendo dicho señor en varios días examinado todo, se ha resuelto que está bien empezar por el Rincón, alegando que ese baluarte, colocado en ese lugar, defenderá los molinos, la boca del Arno y la Puerta al Prado, lo que no podría hacer el que se comenzase en la Puertecilla. Disputóse después si se hacía ese baluarte redondo como lo había planeado el conde Pedro de Navarra o bien facetado. Parecióles hacerlo facetado, alegando que no pudiendo los baluartes defenderse a sí mismos, y teniendo en cambio necesidad de ser defendidos por los flancos, eso hace que cuando son redondos los flancos sólo guarden un punto de ellos, mientras que cuando son facetados es posible guardar todas las fachadas. Disputamos después si habrá de hacerse con las cañoneras de abajo y de arriba descubiertas, según el dibujo de las que se hicieron en Plasencia, o si habían de hacerse cubiertas las de abajo, con palco o bóveda que hiciera plano a las artillerías que hubiesen de disparar desde arriba. Pareció a dicho señor que se haga con las artillerías de abajo cubiertas, pareciéndole las de Lombardía demasiado grandes para aquel lugar tan desolado, e innecesarias, afirmando que cuando las artillerías cubiertas tienen los respiraderos que pueden tener, están mejor.

Diseñóse por lo tanto sobre dicho Rincón del Prado un baluarte facetado, que abarca una torre que está en dicho rincón; el cual tiene sus fachadas mayores de 70 brazos cada una y las menores de cerca de 20. Y planeamos que los muros de la parte que está hacia la puerta sean de ocho brazos de grueso, y que los que están hacia los molinos, por no poder ser batidos, sean de seis brazos. De los muros del baluarte a la torre que queda adentro habrá en todo los espacios que podéis ver por el dibujo que os enviamos con ésta. Tiene en lo bajo cuatro cañoneras, dos por flanco; y planeamos que estén por encima del plano del foso a cuatro brazos, y que desde dicho plano sean sus muros de altura de 18 brazos. Y que se echen arcos de la torre al muro nuevo, y sobre esos arcos se haga un tablado que tenga de parapeto dos brazos, de modo que las artillerías de abajo tengan de desahogo todo el espacio, de los 18 brazos que tienen de alto los muros, que no sea ocupado por el parapeto y el tablado. Al cual desahogo se suma el hueco del tablado, y las aberturas que se harán hacia la ciudad, para poder entrar en ese baluarte. Las esquinas de ese baluarte, como veis, son agudas, y nosotros

sabemos bien que tales ángulos son más débiles que los rectos y los obtusos; sin embargo se han hecho así porque de querer hacerlos obtusos había que entrar en mayor amplitud, y hechos así nos parecen suficientemente fuertes por tener, especialmente los dos que pueden ser batidos, 10 brazos de sólido. La torre que queda en medio planeamos reducirla al plano del tablado, a fin de que el espacio de las artillerías que deberán disparar desde arriba sea amplio. Esto es en efecto cómo, según el consejo del señor Vitello, nos parecería hacerlo, de lo cual se os envía el dibujo a fin de que podáis mostrarlo a nuestro señor, y conocer la opinión de su santidad.

Y pareciéndonos, ya que estábamos en aquel sitio, examinar el modo de fortificar desde los Molinos hasta la Puerta del Prado, mandamos el dibujo de toda dicha fortificación, por el cual veréis cómo se planea abrazar la Puerta del Prado con un baluarte cerrado, que no tenga salida, y la puerta sirva sólo para entrar a él, y para salir de la ciudad se haga de nuevo una puerta al lado de dicho baluarte hacia el Rincón del Prado. Esa torrecilla que está en el medio, entre la Puerta y el Rincón, se planea perforarla por la parte de adentro y abrirla un poco por cada lado, lo suficiente para que en ella puedan manejarse dos con arcabuces. Planéase rodear los Molinos con un muro, según veréis en el dibujo, haciendo un poco de espacio entre el muro viejo y el nuevo, que tire artillerías por los fosos. Parece además conveniente hacer una plataforma en medio, entre los Molinos y el Rincón, que gire hacia todos lados por el foso. Planéase hacer el foso de 30 brazos de ancho, siguiendo el consejo de Pedro de Navarra, que condena los fosos de mayor amplitud. Cierto es que al señor Vitello le parece que al lado de los fosos debe hacerse un camino de por lo menos 10 brazos de ancho, y que la tierra que se ha de sacar del foso, es decir la que no se eche dentro de los muros como relleno, se coloque al otro lado de ese camino, y se haga junto a dicho camino un terraplén de tres brazos de alto, el cual deberá esparcirse hacia los campos de tal modo que no haga de gruta ni parapeto a los enemigos. Ese camino dice que es necesario para poder recorrer las murallas por fuera, y para dar ayuda y más espacio al foso, y siempre, respecto al terraplén, podrán los de adentro utilizarlo. Y todas estas cosas, así planeadas para hacerse ahora y con tiempo, están distribuidas de modo que responderán bien a todas las cosas que al otro lado del Arno se edificasen. Esto es todo lo que se ha hablado con el señor Vitello. Haréis conocer todo a nuestro señor, a fin de que su santidad nos dé su opinión.

Recibimos ayer la vuestra del 4 del presente, y en cuanto al dinero, que importa más que todo el resto, hemos de deciros esto: que, considerando los tiempos que se preparan y los gastos que podrían sobrevenir, nosotros somos de los que si esta obra hubiera de comenzarse aconsejaríamos que se postergara, pensando que no está bien juntar murallas y guerra; pero una vez que hay ya tanta demostración y expectativa, nosotros no podemos aconsejar que se deje de lado. Y pareceríanos que esto se puede hacer sin quitar asignación de importancia a la guerra, iniciando empresas en que se gastase poco y se hiciese mucha demostración. Este baluarte que se ha planeado para el Rincón del Prado, no ascendería el gasto a 5 000 ducados, los cuales no tienen que gastarse de una vez, sino en tres o cuatro meses que tardará en hacerse; de modo que, con empezar a construir éste, y por la otra parte, con tener a 2 000 o 3 000 campesinos alrededor de los muros cavando los fosos como sin gasto podrá hacerse, será

la demostración grande y el gasto poco, o no tanto que pueda estorbar nuestras otras necesidades. Ahora, si este modo agrada a nuestro señor, conviene que su santidad ordene que de los dineros de que tenemos necesidad estemos provistos, porque de cualquier sitio que hayan de sacarse, sea de la Parte[1] u otro, tenemos necesidad de la autoridad de él; especialmente porque alrededor de 1 600 ducados que le sobraban a la Parte hace varias semanas, llegaron a las manos del depositario, a quien no se le podrán quitar sin la autoridad de ella. Finalmente, si nosotros estamos provistos emplearemos cuanta solicitud podamos y sepamos mayor. Pero cuando, debido a los tiempos, no sea posible, nos remitiremos al juicio y la prudencia de su santidad. Como no ha venido todavía Baccio Bigio, para ganar tiempo respecto al dibujo que nuestro señor desea hemos ordenado a Juan Francisco de Sangallo que empiece a hacerlo, y cuando venga Baccio los juntaremos para que sea más perfecto y pueda satisfacer mejor.

---

[1] La Parte Güelfa, organismo creado en 1268 para administrar los bienes confiscados a los gibelinos y que era la fortaleza de la oposición aristocrática de los optimates.

124. NICOLÁS MAQUIAVELO A BARTOLOMÉ CAVALCANTI

Marignano, 13 de julio de 1526[1]

… TODAVÍA ante la puerta del provisor sus carros cargados, entraron arriba con el duque y le dijeron, en breves palabras, que para no ser derrotados era necesario retirarse, y que viendo esa ruina segura, no hacía falta aconsejarlo más. No se pudo hacer otra cosa en aquel caso que dolerse del desorden y concordar en obedecer tal necesidad. Alzóse el campo[2] por la mañana antes del día, antes con señales de miedo que otra cosa, porque el duque ordenó a quien conducía las artillerías que fuera hacia Lodi y no se detuviese si no recibía de él otra orden; mandó el provisor sus carreteros a Lodi con las platas y sus vituallas finas; quedó un pabellón de su campo a los enemigos: uno de sus condestables, por no haber oído que el campo se trasladaba, quedó solo, de manera que estuvo muy cerca de ser apresado. De toda la vanguardia, tanto de infantes como de caballos, más de la mitad escapó y a más que trote se fue a Marignano, por lo cual, viendo el lugarteniente[3] ese desorden, preguntó a unos furrieles dónde se ordenaba el alojamiento, y éstos le respondieron: en Marignano. De lo cual él se maravilló, porque habían acordado alojarse a la noche en San Martín. Quedóse pues en el camino, y con el duque y con el provisor hizo todo lo posible para que se siguiera el orden dado, sin obtener ningún fruto. Y así nos vinimos aquí a Marignano, donde estamos todavía. Y en verdad, si los enemigos hubieran conocido el desorden de la noche y el de la mañana, sin duda alguna nos daban un disgusto y había peligro de que en un momento se adueñasen de Italia.

Estuvieron después en consulta estos señores, en que el duque afirma que con estas infanterías no cree hacer cosa buena, y que aun cuando viniese la primera banda de suizos, que debe ser de alrededor de 5 000, no haría ninguna empresa en que se pudiera llegar a batalla campal. Estamos pues aquí esperando que las gentes que deben venir de Francia y de Suiza lleguen, y habiendo considerado la variación de la opinión del duque, júzgase que él naturalmente, según sus primeros discursos, no confiaba en sus tropas y no quería correr ningún riesgo, pero la importunidad de quien lo empujaba a ir para adelante, que eran todos sus superiores, lo hicieron tomar ese partido, quizás teniendo además esperanzas respecto al castillo enemigo y a aquel descontento para que naciera entre los enemigos algún desorden en beneficio nuestro. Y ésa fue quizá la razón por la que de mañana corrió tan temprano, plantó las artillerías y trabó esas escaramuzas, juzgando que cuanto más ánimo mostrase, más debían asustarse los enemigos y retirarse o no atacarnos. Pero cuando llegó la noche sin haber obtenido ningún resultado, volvió a su naturaleza y a su primera desconfianza. De ahí nació la súbita e inconsulta marcha y la gran retirada de Marignano, por no querer que el ánimo excesivo de otros lo perjudicase a él.[4] Estamos pues aquí donde veis, y juzgo yo que es preciso hacer que no se produzcan más desórdenes hasta que los auxilios que han de venir

vengan y las gentes que han de moverse en el reino y fuera de Italia se muevan: que no es posible que esta guerra no se gane, porque si los auxilios nos llegan antes a nosotros de Francia que a los enemigos de Austria, esta guerra estará acabada en dos días; pero si vienen al mismo tiempo los nuestros y los de ellos, y nosotros con un asentamiento fuerte los tenemos restringidos, en poco tiempo, si no nos faltan los dineros a nosotros, conviene que les falten a ellos, y padeciendo escasez de todo, como padecerán teniendo al país enemigo, es necesario que en poco tiempo los alemanes se resuelvan y la victoria nos caiga en las manos. Pero es preciso no querer vencer demasiado rápido, para que no nos suceda como a esos comerciantes animosos que por querer enriquecer en un año, se empobrecen en seis meses.



Leonardo da Vinci, “Design for Chariots and War Weapons”, ca. *1485, The Royal Collection/Windsor Castle.*

Otra cosa no tengo que decir, si no quiero entristeceros relatando miserias de esta región, lo cual no quiero hacer por no turbar el alegre ánimo vuestro y de nuestros amigos, y por eso terminaré, rogándoos que a Juan Serristori y a los demás me encomendéis, leyéndoles esta carta sin dar copia de ella ni publicarla de otro modo. Y sea ésta la respuesta a una que recibí vuestra en latín, la cual fue leída por el lugarteniente y muy alabada, que se ha vuelto todo vuestro, por parecerle que así lo merecen vuestras cualidades. Adiós de nuevo y, como siempre, ámame.

El día 13 de julio de 1526

NICOLÁS MAQUIAVELO, en el campo.

[1] Las anotaciones de Nicolás Maquiavelo en el libro de los Procuradores se interrumpen el día 8 de junio, y es probable que haya abandonado Florencia poco después, aunque al respecto lo ignoramos todo. Mientras tanto la Liga había iniciado la guerra contra los imperiales, sin esperar los refuerzos franceses y suizos que Francisco I se había comprometido a mandar; contaba con las tropas venecianas mandadas por el duque de Urbino, Francisco della Róvere, las tropas florentinas al mando de Vitello Vitelli y fuerzas papales al mando de Guido Rangoni y Juan de Médicis, todos bajo la autoridad de Francisco Guicciardini, nombrado lugarteniente general del papa. Ese ejército se presentó a fines de junio ante Lodi, que se entregó pactando, y a continuación acampó frente a Milán, para socorrer al duque Francisco María Sforza, que se mantenía atrincherado en el castillo. Sin embargo menos de dos días después tuvo lugar la retirada que relata Nicolás Maquiavelo en esta carta (incompleta), que da la impresión de que él llevaba ya algún tiempo con el ejército.

[2] El ejército.

[3] Francisco Guicciardini.

[4] En contra de esta explicación, otros han hablado de una deliberada traición del duque de Urbino, atribuible al resentimiento que debía abrigar contra los Médicis por la “guerra de Urbino” de 1515-1516, en que le quitaron el ducado para dárselo a Lorenzo (Maquiavelo señala como ejemplar la osadía de este mismo duque en esa guerra en *Discursos*, II, 24); Della Róvere lo recuperó a la muerte de León X. Varchi cuenta que esta “infame retirada” se hizo “contra la voluntad del señor Juan [de Médicis, o de las Bandas Negras], el cual, llamando por su nombre a los capitanes y gritando con voz fuerte *Quién nos corre* quiso ser el último en retirarse”.

125. AGUSTÍN DEL NERO A NICOLÁS MAQUIAVELO

Bolonia, 21 de julio de 1526

Estimado señor don Nicolás Maquiavelo su muy apreciado

En Marignano

Jhesus. En el nombre de Dios a los 21 días de julio de 1526

ESTIMADO en lugar de padre. Después de vuestra partida de Bolonia no os he escrito por no haber sido necesario. Y también por no molestaros. Ésta será sólo para deciros que mi estimado Francisco me ha comisionado que os haga saber que dentro de dos días llegarán ahí ciertas sumas de dinero entre las cuales hay ducados 7 000 de oro florentinos por lo cual quisiera tuvieseis a bien estar con *messer* Alejandro del Caccia cuando se cuenten a fin de poder dar fe al señor lugarteniente, para que vea que de semejantes cosas no haría yo negocio y que los que mandé hace un mes me fueron remitidos así, que me avergonzaría como un villano de no mandar los mismos ducados que me mandan. Y de ser posible quisiera que llevaseis a la señoría del lugarteniente a fin de que viese con sus ojos qué clase de oro es el que he enviado a *ser* Alejandro.

De Florencia nada tengo que deciros sino que vuestro Bernardo no me ha escrito nunca; yo le hubiera escrito alguna vez a él pero me encuentro tan ocupado con los asuntos que no he podido hacerlo.

Pienso que a estas horas habréis vendido el caballo a buen precio. Nada más. A vos siempre me encomiendo. Recordadme al señor lugarteniente y ofrecedme a él como su buen servidor.

Vuestro AGUSTÍN DEL NERO, en Bolonia.

126. JACOBO DE FELIPE FALCONETTI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 5 de agosto de 1526

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, en el campo de la Liga[1]

QUERIDÍSIMO Nicolás, a vos de continuo me encomiendo, etc. Ésta es para dar respuesta a una vuestra por la cual he entendido que habéis vendido el caballo y dónde debía recibir el dinero, que me ha sido pagado y está todo bien. También por la dicha entiendo que la Barbera no os ha escrito nunca y que desearías saber cómo está. Por lo cual apenas recibí la vuestra fui a ver a dicha Barbera, y ya os había escrito, y creo la habréis recibido; y no pude contenerme de decirle una sarta de villanías, de modo que me respondió que se maravillaba de mí, y que no había hombre a quien estimase más y de quien estuviese más a las órdenes, pero que bien os hacía alguna travesura para ver si vos la amabais. Y que desearía que estuvieseis cuanto antes en Florencia, porque cuando vos estáis ahí le parece dormir con vuestros ojos. Ahora, vos la conoceréis mejor que yo: no sé si será el caso de creerle todo. Y se excusó diciendo que no había estado en Florencia, que sobre esto sé que dice la verdad, porque yo mandé varias veces a buscarla, y en cuanto regresó vino al huerto, porque tenía yo allí a una romana. Y me ha dicho que os escribirá todas las semanas, ya que ve que vos las veis con agrado. Y suplicóme mucho que os la recordase, y os rogase que no estéis irritado con ella. Saludé a Rafael Corbinegli de vuestra parte, y me dijo que si os escribía os diese recuerdos suyos, que es todo vuestro. Si yo puedo aquí algo, ordenadme, que no podríais darme mayor gusto. Dios os guarde. A los 5 días de agosto de 1526.

Vuestro JACOBO DE FELIPE, hornero, en Florencia[2]

---

[1] El campo de la Liga se hallaba por entonces en la abadía de Casaretto, frente a Milán, de donde el duque Francisco María Sforza había huido refugiándose en Como. En esos días tuvo lugar el célebre incidente registrado por Matteo Bandello en la dedicatoria (a Juan de Médicis) de un cuento: “Deberíais recordar aquel día que nuestro ingenioso *messer* Nicolás Maquiavelo, junto a Milán, quiso hacer aquel ordenamiento de infantes del que mucho antes en su libro del arte militar difusamente había tratado. Conocióse entonces cuánta diferencia hay de quien sabe y nunca ha puesto en acto lo que sabe, a quien además de saber ha metido muchas veces las manos, como suele decirse, en la masa, y deducido el pensamiento y concepto de su ánimo en obra exterior… *Messer* Nicolás aquel día nos tuvo al sol más de dos horas a la espera para ordenar tres mil infantes según el orden que había descrito, sin que jamás pudiera ordenarlos. Pero él hablaba de eso tan bien y tan claramente, y con sus palabras mostraba ser la cosa tan fácil, que yo que no sé nada del tema creía, oyendo sus razones y discursos, que rápidamente podría ordenar aquella infantería… Entonces viendo vos que *messer* Nicolás no iba a terminar tan pronto, me dijisteis: ‘Bandello, quiero que todos nosotros salgamos de este fastidio y nos vayamos a comer’. Y tras decir a Maquiavelo que se apartase y os dejase hacer, en un abrir y cerrar de ojos, con la ayuda de los tamborcillos, ordenasteis a aquella gente en varios modos y formas, con admiración grandísima de quienes allí estaban”.

[2] Véase *supra*, la nota 1 a la carta de Felipe de Nerli del 22 de febrero de 1525.

127. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 5 de agosto de 1526

MI QUERIDO compadre. En dos días he recibido dos vuestras. Larga la última de los 31 del mes pasado, y os quedo agradecido por haberme escrito tan detalladamente los términos en que os encontráis; y como en dicha carta hay muchas cosas que importan y no se pueden remediar ni proveer desde aquí, las he enviado a Roma a Felipe,[1] haciéndole entender que las use según su prudencia, siempre que pueda. Apenas recibí la vuestra me hice conducir por Donato a casa de la Barbera, y aun cuando ella me mostró el orden,[2] los años, las preocupaciones, las enfermedades me han debilitado de tal modo el cuerpo y la fantasía, que no lo reconocía. Por eso me vi obligado a utilizar como intermediario a Francisco del Nero, aunque con mil protestas de no hablar, que creo que lo observará, porque el pobrecillo tiene actualmente otras cosas en que pensar que en burlarse y poner el asunto en coplas. Os prometo que no tiene una hora de descanso, anda siempre fantástico, y rezongón que no se le puede hablar. Y pensad que en Florencia hay muchos que cuando vienen nuevas adversas se les parte el corazón, pero ninguno tanto como él; y no sé cómo el cerebro le resiste con tantas preocupaciones como tiene. Baste que cumplirá la promesa, y no quiero ya hablar de lo que ha sucedido o está por suceder allí, y os diré solamente que el emperador tiene una fortuna demasiado grande: que dejando de lado las cosas de los otros años, ella ha hecho que tanto se tardara en iniciar la empresa que el pueblo de Milán fue derrotado; ella, que vosotros llegaseis tarde y con poco orden a los muros de Milán, y os retiraseis sin ver a nadie que os corriese; ella, que muchos días se deliberase socorrer el castillo, y que después lo deliberado se ejecutase con tanta tardanza que fue preciso hacer acuerdo antes; ella, que los genoveses, que deberían ser los mayores enemigos que tiene César en Italia, estén bajo Antonietto Adorno y ayuden con dinero y de todos los modos posibles cualquier empresa de César; ella hace que Inglaterra, después que César escogió otra mujer que su hija, no piense en ello, ni le importe no ser estimado, y el cardenal, que suele ser el hombre más soberbio del mundo, sea el más humilde.

Había escrito anoche aquí en la tienda de Donato esta hoja, con mala pluma y peor tinta, y quería terminarla, pero el mierda de Donato quiso cerrar y tuve que resignarme. Y para volver a la fortuna de César, ella hace que el cristianísimo siga en sus desórdenes y despreocupación, por lo que el papa y los venecianos han empezado a sospechar que lo que procede de la naturaleza del rey y del no poder, proceda del no querer. La dicha fortuna es la causa de que todos los españoles anden adivinando cómo exaltarlo, mientras él por otro lado se gobierna en España en todo y por todo como quieren los flamencos, y les quita todo lo que puede a dichos españoles para dárselo a los flamencos. Ella es la causa de que Ferrara no esté de acuerdo con el papa, y ella ha hecho, por último, que las tropas, no quiero decir ejército, del papa y los

florentinos hayan sido derrotadas por 400 seneses forzados y no más, siendo 5 000 infantes pagados y por lo menos 300 caballos de guerra, entre buenos y malos.[3]

Vos sabéis que yo a disgusto me avengo a creer en cosa alguna sobrenatural, pero esto me parece que ha sido tan extraordinario, no quiero decir milagroso, como cualquier cosa que haya sucedido de la guerra del 94 acá. Y me parece similar a ciertas historias que he leído en la Biblia, cuando entraba en los hombres un miedo tal que huían y no sabían de quién. De Siena no salieron más que 400 infantes, que un cuarto de ellos eran de nuestro dominio, desterrados y confinados, y 50 caballos ligeros, e hicieron huir hasta Castellina a 5 000 infantes y 300 caballos, que si después de la primera huida se reunían 1 000 infantes y 100 caballos, retomaban la artillería en una hora, pero sin ser perseguidos más que una milla, corrieron 10. Yo os he oído decir muchas veces que el miedo es el mayor señor que pueda encontrarse, y en esto me parece haber visto experiencia certísima de ello; o bien esta fortuna dura un tiempo y después varía, y nosotros no sabemos cuándo habrá de empezar a variar. El papa hizo la empresa con razón, y si pierde, nadie podrá decir que lo ha movido la pasión. Yo no quiero juzgar lo que habrá de seguir, porque soy demasiado desconfiado. No quiero ya ocultaros mi error, que yo creería que una de las buenas nuevas que podrían recibirse sería la de que el Turco ha tomado Hungría y se vuelve hacia Viena, y la de que los luteranos mandan en Alemania, y la de que los moros que César quiere expulsar de Aragón y de Valencia se le enfrentan, y no sólo son capaces de defenderse sino de ofender. Y aquí han venido algunos de Milán y de Cremona, que han dado tal descripción de los imperiales, tanto españoles como alemanes, que no hay nadie que no prefiera ver al diablo que a ellos. He aquí vuestras cifras […][4], en cuanto a los dineros, si no bastan habréis de solicitarlos a Roma y no aquí, donde hay muchas dificultades, y así es preciso no parar de solicitar.

Compadre, yo no apruebo eso de ir con el ejército hacia el reino,[5] porque después que la Liga ha hecho tanta empresa para socorrer al castillo y no lo hizo, sino que lo dejó hacer acuerdo ante sus ojos; que el rey y el papa tienen una armada en el mar para impedir que el Borbón[6] venga, y vino, que una parte de la Liga hizo la empresa contra Siena y mandó tropas para vencer y fueron derrotadas, yo creo que después de tales renuncias y con tan poca reputación no es posible tomar ni siquiera un horno. Bien aprobaría, para apretar al rey, que se le ofreciera Milán y otras cosas […] no quiero exprimirme el cerebro sobre estas fantasías que me afligen, especialmente porque tengo el acostumbrado pleito con mi cuñada, que aunque es a nombre de ella es preciso, por ser su hermano, que la ayude; y por tener que tratar con una hermana de Matteo Strozzi, de tanta calidad, con tantos parientes y riquezas, tengo que proceder con cuidado, de manera que me temo que saldré perdiendo en la propiedad y en el honor. Nosotros aquí hemos tenido muy malas cosechas, y nos dicen que en otras partes son peores, de modo que estimamos que el año habrá de ser pésimo, por la guerra, por la peste y por el hambre, y como en las tribulaciones se recurre a Dios, y entendemos además que los santos por hacer oraciones y procesiones han vencido, hemos tratado de obtener de nuestro señor un jubileo para mediados de agosto, el cual se obtendrá sin dinero, y para conseguirlo bastarán ayunos, confesiones y oración, y nada más tengo que deciros por ésta, sino rogaros

que me encomendéis a *messer* Francisco y a vos mismo. En Florencia a los 5 días de agosto de 1526.

Vuestro FRANCISCO VETTORI

---

[1] Felipe Strozzi.

[2] Según Ridolfi, la clave para descifrar su carta. Sobre la relación de Nicolás Maquiavelo con la Barbera, el mismo Ridolfi recuerda que en 1544 ella escribía a Lorenzo Ridolfi pidiéndole ayuda “por el amor que tuvisteis a la buena memoria de Nicolás Maquiavelo que fue mío”.

[3] El 25 de julio. Véase la carta siguiente.

[4] Siguen algunas palabras en una cifra hasta hoy incomprensible.

[5] Se había pensado en ir a atacar a los españoles en Nápoles.

[6] El condestable Carlos de Borbón, que se había pasado al imperio desde 1522 y mandaba un ejército imperial en Italia.

128. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 7 de agosto de 1526

A mi querido compadre Nicolás Maquiavelo en el campo de la Liga

MI QUERIDO compadre. Ayer respondí a dos vuestras del 31 del pasado. Después me trajeron otra del 2, en que muy particularmente dais noticia de la calidad del ejército de la Liga y de los cesáreos. Mostréla al cardenal Hipólito, e Hipólito la elogió mucho; y en verdad que, si no falla el dinero, me persuado de que esta guerra tendrá buen fin. Pero ahí es donde está la cosa, y yo sé bien aquí hasta dónde se puede ir, pero en Roma no sé ya lo que puede hacerse. Me decís que deseáis saber cómo sucedió exactamente el caso de Siena, el cual, *aunque horroriza el ánimo el recuerdo*, trataré de escribiros.[1]

Los seneses habían mandado 500 infantes y 50 caballos ligeros con artillería para tomar Monte Rifre, fortaleza de Juan Martinozi. El papa, enterado de ello, pensó que si dejaba que tomasen esa fortaleza, los libertinos[2] habían de cobrar demasiado ánimo y después tratarían de infestar nuestros confines, y que nosotros necesitaríamos gastar para defenderlos; y como vosotros os habíais retirado de Milán, juzgando que la guerra había de ser larga, quiso tentar si podía asegurarse de Siena con poco gasto, reponiendo a los exiliados, los cuales afirmaban con certeza que en cuanto entraran en territorio de Siena, aun cuando […] todo el condado hubiese sido [tomado, si se] acercaban a Siena, ésta se daría vuelta [de inmediato]. Planeó mandar al conde de la Anguillara[3] con 100 caballos entre buenos y malos, y con 800 infantes que recibirían media paga, y al conde de Pitigliano[4] con otros tantos, y a Gentile Baglioni con la misma cantidad; y ordenó que hicieran sólo un poco de muestra de comandar infantes y sacar un poco de artillería, y que mandasen un comisario a Montepulciano. Como acá llegó esa orden resuelta, no fue posible replicar, pero en un poco de plática que se hizo, Luis Guicciardini, como más experto y tal vez más prudente, dijo que iban a una derrota, porque ya no era el tiempo en que las guerras podían hacerse con forzados, los cuales desordenarían las provisiones robando y después serían los primeros en huir. Siguióse la orden, y debían tratar de derrotar a los infantes seneses que estaban en Monte Rifre, adonde fueron los infantes de *messer* Gentile con buenos capitanes, según el uso de esas facciones. Pero en cuanto estuvieron cerca de los enemigos empezaron a pedir paga entera, y no habiendo quien pudiera dársela, se rebelaron de modo que dieron facilidad a los que estaban en Monte Rifre para que se retirasen con las artillerías a ponerse en salvo. Y los otros que venían después, oyendo el rumor, empezaron a robar por toda la región, de manera que se padeció mucho por los víveres, y por eso resolvieron probar si podían tomar Monte Alcino, y se acercaron sin artillerías y sin escaleras, y fueron rechazados con daño y con vergüenza.

Enterado de eso el papa, y además de que entre los exiliados había gran disensión, pensó hacer, por medio del señor Vespasiano Colonna, un acuerdo, pareciéndole que así tendría menos vergüenza; pero al enterarse de ello los exiliados se pusieron a clamar, cuando ya el papa había dado orden de que no se siguiera adelante. Mandaron aquí a *messer* Domingo Placidi, y a Roma a Aldello, a significar que no estaban contentos con ese acuerdo, y que con él no podían regresar seguros, y que si seguían conduciendo el ejército a las murallas la empresa estaba ganada. El papa comenzó a prestarles oídos, sobre todo por las persuasiones del datario,[5] muy inclinado a reponer a los exiliados, y ordenó que de aquí se enviasen provisiones e infantes; y para que los seneses, tanto los exiliados como los de adentro, temiesen menos y confiasen más, cuando se llegase a tratar de acuerdo, se mandó allá a Roberto Pucci, antes como hombre para tratar la paz que para ordenar la guerra, porque para ordenarla había un comisario parmense, que se creía ser hombre valiente. Plantáronse las artillerías y había 5 000 infantes aparte de muchos forzados. De nuestros condestables estaba Jacobo Corso y el señor Francisco dal Monte, que han tenido cierto renombre en la guerra. Plantáronse 13 piezas de artillería entre grandes y chicas por la banda que viene hacia acá, en lugar donde poco ofendían las murallas de Siena. El ejército estaba alojado por todo ese poblado, muy cómodo para los que ahí estaban; y aun cuando fueron muchos florentinos a ver y dijeron que ahí el ejército estaba en peligro, Roberto, cuando se le escribía de acá, respondía que lo mismo le decían muchos, pero que cuando llamaba a aquellos jefes para una consulta, todos ellos de acuerdo, especialmente Jacobo Corso, decían que el ejército estaba segurísimo y que no había nada que temer. Con todo, como este aviso venía aquí de muchos, se había decidido retirar las artillerías, y para eso se había mandado a Gerardo Bartolini, pero él todavía no había llegado a Poggibonsi cuando empezó a encontrar hombres que huían y le referían la derrota, la cual sucedió de este modo.

Los nuestros estaban alojados, como he dicho, en el poblado que viene hacia Florencia, el cual es largo, y el camino tiene de ancho unos 20 brazos. Los comisarios, como poco avisados, habían permitido a los que iban a vender al ejército lo necesario que hicieran enramadas por todos los costados de la población, de manera que del camino no llegaban a quedar libres ocho brazos. La guardia de las artillerías fue atacada el día 25 a las 19 horas;[6] salieron los seneses por la puerta de Fontebranda alrededor de 200, y 200 por el portillo de la misma puerta donde estaba el ejército. Las escoltas, o mejor dicho guardias, los vieron salir, pero apenas habían llegado a las manos cuando la compañía de Jacobo Corso, y de otros Corsos que habían ido con el conde de la Anguillara, empezó a huir. En cuanto empezó la fuga, los que vendían, aprestándose a salvarse, llenaron el camino de mulos y de asnos, de barriles y de canastas, de manera que nunca hubo nadie que pudiera oponer resistencia. Los caballos de los condes de Pitigliano y de la Anguillara, que no estaban acostumbrados a los hombres, ni éstos a ver semejantes búfalos, echaron a correr; y si algún infante quería detenerse, corriendo a toda rienda, lo desordenaban. Sólo Braccio Baglioni con quizás 50 caballos ligeros corrió hacia las artillerías y puso en fuga a los seneses que estaban ahí, y capturó a un sobrino del señor Julio Colonna, a quien llevó prisionero a la Castellina, pero como nadie lo siguió, tuvo que ceder a la fortuna. El señor Francisco del Monte fue causa de un gran desorden, porque

tenía consigo a un hijo suyo jovencito, y en el primer ataque, asustándose, lo encargó a dos de sus principales que lo hiciesen escapar; éstos comenzaron a huir con él, y de ello siguió que la mayor parte de su compañía se dio a la fuga, y viendo a los otros huir, los infantes del señor Francisco, que eran considerados los mejores de ese ejército, huyeron también ellos. Así dicho señor quedó haciendo resistencia con cinco o seis de los suyos, pero no tuvo ningún efecto.

En realidad aquellos caballos e infantes que huían, sin ser perseguidos por ninguno de los enemigos, no pararon nunca de correr hasta que llegaron a la Castellina, y allí todavía no les pareció estar seguros y cerraron las puertas. Perdiéronse las artillerías y algunas cosas que estaban por aquellas casas, pero no mucho, porque cada uno se esforzó por salvar lo más que pudo; y como por otra os he dicho, creo que muchas veces ha sucedido que un ejército huya ante los gritos, pero que huya 10 millas sin haber nadie que lo siga, eso no creo que se haya leído ni visto nunca; y procedió de la facilidad que tenían nuestros infantes para salvarse, porque si hubieran tenido que huir por territorio enemigo jamás se habrían dado a la fuga. Por eso concluyo que es muy verdadero el discurso vuestro, de que a los imperiales de Milán los vuelven audaces las victorias pasadas y la necesidad; con todo, tengo fe, especialmente por el buen orden de los jefes que ahí están, en que las cosas habrán de ir bien.

Estos franceses penan tanto para mandar sus auxilios, que aquí se empieza a dudar seriamente de la voluntad del rey; y a pesar de que Roberto[7] escribe cartas de fuego, al no ver los efectos, no se le cree; y bien os creerán a vos cuando escribáis que empiezan a aparecer por ahí suizos o lanzas por cuenta de aquella majestad.

Llegaron esta mañana cartas de España, pero muy viejas, que creo que son del 9 de junio. César estaba en Granada con poquísimo dinero, y se veía frialdad e indecisión respecto a todas las cosas.

Las otras vuestras las mandé a Roma; ésta no la mandé. Bien he recordado aquí la parte que está en cifra, pero ya que el amigo[8] hace lo que vos me decís, *…* y que sea *…* lo que quiera. En Siena por ahora no se hace más nada. Guárdanse bien nuestros confines, y con gasto. Ellos mandaron inmediatamente pregonar que ninguno de sus súbditos osara robar cosa alguna a los florentinos. *Messer* Andrea Doria ha tomado Puerto Hércules y Talamón y las fortalezas y algún otro castillejo en aquellos llanos. Os ruego que me encomendéis a *messer* Francisco, y soy todo vuestro. Dios os guarde. En Florencia, a los 7 días de agosto de 1526.

FRANCISCO VETTORI

---

[1] Desde 1524 dominaba en Siena el partido favorable al imperio. La idea de recuperarla y reponer a los exiliados fue sugerida a Clemente por el cardenal Salviati, de regreso de España. *Quanquam animus menimisse borret* (*Eneida*, II, 12) le dice Eneas a Dido antes de relatar la caída de Troya.

[2] Es decir, los partidarios del *vivere libero*, o del gobierno popular.

[3] Virginio Orsini.

[4] Lodovico Orsini.

[5] Gian Matteo Giberti.

[6] Es decir, cinco horas antes de la puesta del sol.

[7] Roberto Acciaiuoli, embajador florentino en Francia.

[8] Probablemente Felipe Strozzi.

129. BARTOLOMÉ CAVALCANTI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 11 de agosto de 1526

A mi como padre estimado Nicolás Maquiavelo

En el campo

MI ESTIMADO Nicolás. La causa de que no os haya escrito tan a menudo como quizá vos hubierais deseado y como ciertamente yo hubiera querido, fue que por no haber tenido antes noticia de que hubieran llegado mis cartas, escritas parte a vos y parte al Guidotto, no quería de nuevo escribiros en vano. Pero apenas me he enterado de que aquéllas, aunque tarde, llegaron, no me pude contener, aun cuando me falte tema, de hablar un poco por carta con vos, cuya presencia y razonamientos, como suavísimos y prudentísimos, deseo más cada día, y no puedo hacer que de verme privado de ellos no me duela. Vos me aguzasteis el apetito en un principio, y después no me habéis alimentado ni con dos palabras, y no merecía eso mi silencio, si silencio puede llamarse el no llenaros a todas horas la cabeza de chismes y razonamientos de escasa importancia; porque de mí ya sabéis que no debéis esperar cartas que contengan cosas grandes, pues aquí no se tratan tales cosas en parte alguna, ni que discurran de las cosas presentes, las cuales, primero, yo no entiendo, y de todos modos no sería tan presuntuoso e inepto que osara discurrir de ellas. Pero esto lo sabéis vos seguramente y no podéis dudarlo, que yo deseo sumamente vuestras cartas y que las tengo en lugar de oráculos, tal que por una y otra razón podíais ser un poco más liberal de ellas conmigo. Y si os pareciese que aquella vuestra todavía podía alimentarme, porque en verdad *ya desde entonces preveías*, sin embargo muchas cosas han sucedido después *que cambiaron vuestras decisiones y la táctica de guerra;* por lo cual yo no puedo más estar en ayunas, y espero con grandísimo deseo vuestras cartas, las cuales para impetrar más fácilmente no agregaré más súplicas, por parecerme cosa indigna de nuestra amistad, a la que vos siempre habéis concedido generosamente todo, y espero concederéis de buen grado ésta. Duéleme no tener asunto para razonar con vos largamente, por lo que me conservaré para la respuesta que a las vuestras según espero haré, porque de ellas sacaré materia grande, y en este tiempo quizás ocurrirá además algo de qué escribiros; si es así, no dejaré de mostrar diligencia ni esfuerzo alguno hacia vos.

Nuestros amigos están todos bien y desean grandemente vuestras cartas. Nosotros, si no fuera por los impuestos, aquí estamos en la paz de César Octaviano y con una tranquilidad grandísima. Siena ya no nos da trabajo. Vosotros estáis lejos y ¿qué nos falta? Réstame suplicaros que me recordéis calurosamente al señor lugarteniente, después saludad de parte mía a Juan Bandini, al Fieravante y demás amigos, ofreciéndome a ellos. Vos estad sano, y ordenadme si puedo hacer algo por vos. De Florencia, a los 11 días de agosto de 1526.

Vuestro Bartolomé Cavalcanti

130. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 24 de agosto de 1526

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, etcétera

MI QUERIDÍSIMO compadre. La última que os escribí informaba de cómo había sucedido el caso de Siena, como me habíais preguntado; después he recibido dos vuestras, la última del 17, y no puedo responderos en detalle porque apenas recibo las vuestras las envío a Roma a Felipe,[1] pensando que pueden ser útiles a la empresa si las lee allá nuestro señor. Y Felipe me escribe que no sólo las lee, sino que las relee y las considera.

Por la última vuestra discurrís tres modos de seguir la guerra que se han platicado o por mejor decir razonado ahí.[2] Dejar Milán e ir hacia Alessandria, yo no lo apruebo, porque la misma dificultad que tenéis en Milán y en Cremona y que esperáis tener en Pavía la tendréis en Alessandria y mayor, porque iréis allá con menos reputación. Bien aprobaría que esas flotas vinieran hacia Génova como parece que planean, y que el marqués de Saluzzo con sus infantes y gentes de armas fuesen por tierra hacia esa región, y pensaría que si la fortuna no quiera ayudar a César fuera de lo ordinario en esta empresa, como lo ha hecho en casi todas las demás hasta aquí, tendría que poder causar un levantamiento, y en la revolución de Génova consistiría gran parte de la victoria. El guardar las fronteras de los venecianos y de la Iglesia, y con el resto del ejército asaltar el reino de Nápoles dejando en Lombardía las fuerzas de César enteras, no creo que los aprobasen mucho los hombres expertos en la milicia: porque vosotros habéis dejado perder ante vuestros ojos el castillo de Milán, que fue causa de haceros anticipar la guerra; estuvisteis a las puertas de Milán y os retirasteis a Marignano más rápido que corriendo; tentasteis Cremona y la atacasteis y le disteis batalla, y no os resultó; el papa intentó la empresa de Siena y sus gentes salieron derrotadas. ¿Y con tantas desgracias creéis que os vaya a resultar algo en el reino? Admito que los pueblos del reino están sumamente descontentos, pero peor están los de Lombardía y no se mueven. Las plazas que podríais atacar en el reino, especialmente las buenas, están en llano: podrían fortificarse, y a los cesáreos no les faltaría modo de poner allí 2 000 o 3 000 infantes buenos, de modo que tendríais las mismas dificultades para expugnar plazas que tenéis ahí. Por lo tanto es preciso aceptar que el modo de la guerra es persistir en expugnar Cremona: que si se logra, con el ejército que está allí será posible oponerse a los lansquenetes que pudieran venir de Alemania; atacar Génova con esas flotas por mar, y por tierra con los infantes y gentes de armas que conduce Saluzzo; y si Génova se rebela, que las flotas anden rodeando el reino y lo tengan en sospecha, y Saluzzo vuelva hacia Milán y hagáis dos ejércitos que lo aprieten. Y si es cierto que en Milán la escasez de víveres es tanta que piensan en abandonarlo, tanto más lo pensarán cuanto más apretados se vean, y si por esa dificultad se retirasen a Pavía y dejasen

Milán, vuestro ejército tendría más comodidad para asediarlos en Pavía que tiene en Milán, y ellos no tendrían facultad de poder retirarse a otra parte; y si hubieran perdido Génova, no podrían recibir ni dinero, ni embajadas ni cartas; y aun cuando sean hombres audaces y valientes, no creo que estén hechos de otra pasta que los demás hombres, los cuales todos desean vivir, y ellos pensarán lo mismo. Cierto es que este modo de guerra será largo y por el gasto insoportable, pero debería conducir a la victoria, y de los otros modos no se ve que pueda seguir otra cosa que daño o vergüenza. Y si me dijeseis que es necesario pensar de dónde saldrá el dinero, yo diría que esta empresa tendría que resolverse en menos de tres meses, y que, sin las gentes de armas, con los suizos y todo lo demás, debe haber allí un gasto de ducados 160 000 al mes, de los cuales da el rey[3] 40, de manera que al papa y los venecianos les quedarían por proveer 120 000 al mes. Los venecianos pueden proveer la parte de ellos, que son 60 000 al mes; al papa le quedarían otros 60 que en tres meses son ducados 180 000, la cual no es suma que no se pueda proveer, y creo que yo incluso sabría decir de qué lugares y cómo podría sacarlos. Y si me replicaseis que esas empresas no resultarán y máxime en tan poco tiempo, os diría que si en todo noviembre la guerra no queda, si no vencida del todo, al menos en declinación, el papa estará obligado a aceptar las condiciones que César quiera imponerle, las cuales se puede estimar que habrán de ser durísimas. Reconozco, compadre, que puedo ser considerado presuntuoso por querer dar juicio sobre cosas tan importantes y de las cuales no tengo ni práctica ni experiencia, pero cuando os escribo a vos me parece hablar conmigo mismo, que si tuviera que escribir o hablar a otro lo haría con más miramientos. Os suplico me recordéis al gobernador y a vos mismo. En Florencia, a los 24 días de agosto de 1526.

Vuestro FRANCISCO VETTORI

---

[1] Felipe Strozzi.

[2] Esa carta se ha perdido. Hay una de Felipe Strozzi a Vettori fechada el 26 de septiembre en que refiere que Clemente había leído la carta de Maquiavelo y no le agradaba la propuesta recomendada por éste, que era atacar Nápoles.

[3] Francisco I.

131. DONATO DEL CORNO A NICOLÁS MAQUIAVELO

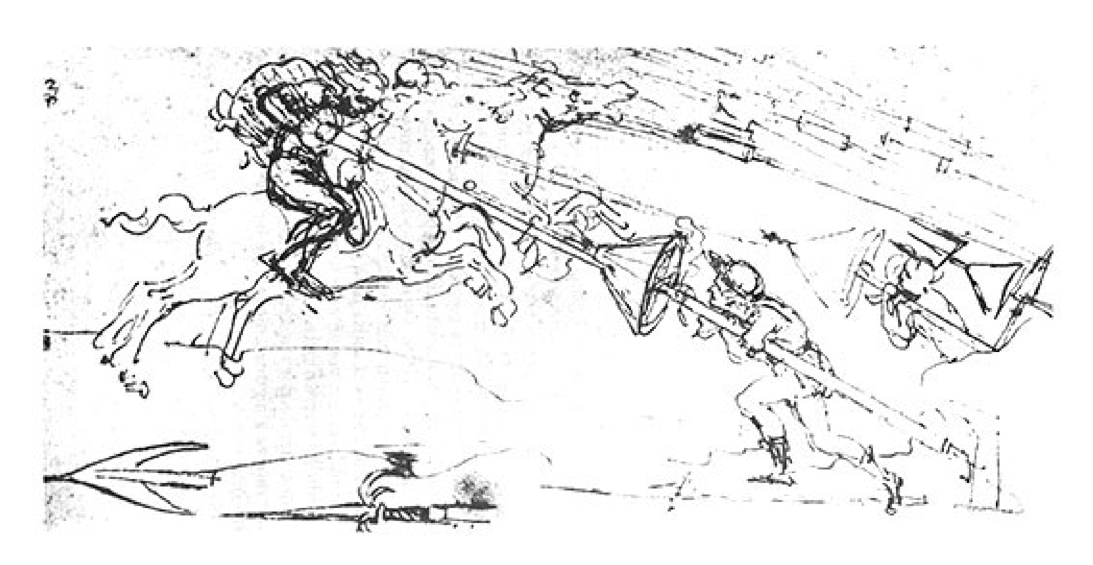
Florencia, 28 de agosto de 1526

Al señor Nicolás Maquiavelo en el campo en Milán

Jesús. A los 28 días de agosto de 1526

MAYOR mío estimadísimo, etc. Yo expedí la comisión de *ser* Mariotto y si no es exactamente como el diseño que me mandasteis, todo se hizo con gracia y yo fui en persona para satisfacer mejor, y no penséis en Titón que está enmudecido y máxime que él, que encanta los diablos, al no estar vos aquí me ha tomado a mí por blanco y me viene rondando y me dice una confusión de cuentos, de suerte que si no fuese yo hombre valeroso y de cerebro alguna vez ya me habría enloquecido, pero pienso tan bien y tan discretamente me gobierno que creo recuperar el crédito de no ser considerado un chismoso, y si él o cualquier otro os escribiese algo contra mí, no caigáis en la tentación, porque lo hacen por la maldita envidia, porque me ven vuestro remitente y corresponsal y yo sé mantener la cosa en reputación y me gobierno tan bien que ruego a Dios por vuestro regreso y que sea con felicidad, porque vos no me reconoceréis en los modos y en las costumbres, que he decidido que no me quiten más los zapatos a cada paso. Pero volviendo a *ser* Mariotto, que es la causa de que al presente os escriba la carta adjunta, que mil veces a vos se encomienda y también que al volver a ver algún librillo vuestro parecíame tan de acuerdo con el orden de mi fantasía que viendo por vuestra ausencia detenidas vuestras causas, temo no me mueva a alguna empresa de las artes suyas. Dios os guarde. Vuestro

DONATO DEL CORNO, en Florencia



Leonardo da Vinci, dibujo.

132. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Del campo de la Liga en Casaretto, aproximadamente el 9 de septiembre de 1526[1]

DOS SON las cosas para las cuales os mando a Cremona: una para tener la mayor certeza posible de las esperanzas que se pueden tener en esa empresa. La otra para que hagáis todo lo posible para que, si no se entrega en cuatro o seis días, se abandone. Por eso además de todas las diligencias que haréis para hablar con el primer jefe,[2] tendréis para el provisor una carta credencial mía; a él le comunicaréis la primera causa de vuestra ida, rogándole que os diga lo que sobre ello cree, y cuál es la opinión del duque, haciéndole saber que puede hablar con vos libremente, como conmigo.

A la segunda, obtenida la respuesta del provisor, le preguntaréis de parte mía qué piensan hacer en caso de que en cuatro o seis días no la tomen; y le diréis que a nuestro señor le parece, y creo que también a la ilustrísima señoría, y lo mismo a estos capitanes, que perder más tiempo en torno a Cremona es cosa perniciosa, porque se pierde la oportunidad de tomar Génova, que es lo más importante de esta empresa, y no es posible tomarla mientras el campo esté en Cremona, porque la flota sola no basta para tomarla, y los 4 000 infantes que tiene el marqués de Saluzzo son poca provisión, máxime ahora que los españoles que estaban en Alessandria seguramente han entrado en Génova, aparte de lo cual nosotros creemos que el marqués con tan pocas fuerzas no querrá ir allá. Le recordaréis que hemos acumulado muchos suizos, y que nos hemos comprometido a hacer venir 2 000 grisones; que tanta cantidad de gente tenerla perdida es grandísimo desorden, especialmente porque estos suizos, si están mucho, hacen todos los días mil amotinamientos, infinitos se marchan, el gasto sigue igual, o más bien todos los días aumenta, y la gente es cada día menos; se nos viene encima el invierno; se nos viene encima el auxilio de España, que según los avisos que tenemos se hará a la vela dentro de pocos días; si estas cosas nos encuentran sin haber tomado Génova, o expulsado a los enemigos de Milán, la empresa queda en grandísimo desorden. Por lo tanto exhortad cuanto podáis a su señoría para que la empresa se abandone, si en cuatro o seis días no se toma Cremona; y si a su señoría le pareciera conveniente que vos habléis con el señor duque, lo haréis, pero con mucho más cautela, sin mencionar la opinión mía ni de estos capitanes, sino sólo que nuestro señor me ha escrito que por las razones antes dichas le parecería mejor no perder más tiempo en eso, pero mostrando que la decisión se deja a su excelencia, sólo que me ha parecido conveniente que sepa lo que se le había ocurrido a su santidad. A él no habréis de decirle esto salvo por consejo del provisor, y de modo que no le dé causa de alterarse.

Escribid por las postas, dando las cartas al provisor.

[1] Una parte de los ejércitos de la Liga, al mando del duque de Urbino, había puesto sitio a Cremona, pero el sitio se prolongó mucho y por eso Guicciardini envió a Maquiavelo, quien partió el 10 y regresó el 14, trayendo la convicción de que la victoria era inminente (véase el apéndice 33). Cremona, efectivamente se rindió el 23.

[2] El duque de Urbino, quien tenía el mando militar supremo de los ejércitos de Venecia. El provisor, del que sólo conocemos el ilustre apellido (Pésaro; en esta misma guerra se distinguieron varios de la misma antigua familia) era un funcionario civil que representaba al gobierno de la Serenísima República de Venecia.

133. BARTOLOMÉ CAVALCANTI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 18 de septiembre de 1526

A mi como padre estimado Nicolás Maquiavelo

En el campo

MI ESTIMADO Nicolás. Yo os escribí el 6 y os envié la carta junto con otras mías escritas al Guidetto, del recibo de las cuales no he recibido aviso alguno hasta ahora. Y aun cuando al presente no tengo de qué escribiros, y no me parece bien ocuparos la cabeza con cartas vanas, sin embargo no he podido dejar de escribiros; y he querido antes por esta importunidad ser por vos observado, que por negligencia en el escribir reprendido. Si vos, como creo, habéis recibido la mía del 6, habréis visto cuánto deseo vuestras cartas, y de qué modo, y no dudo de que por la humanidad vuestra y nuestra amistad vos, como siempre lo habéis hecho, cuando tengáis comodidad satisfaréis este deseo mío, el cual tanto más crece cuanto más considero el progreso de esta empresa.

Habéis vuelto de Cremona, y yo desearía que os alegraseis tanto de haber estado en ese lugar como me alegré yo de que hubieseis regresado sano y salvo. Pero de todos modos me ha complacido mucho que hayáis ido, juzgando que o vos habréis confirmado a ese ejército ahí, y a nosotros aquí, una buena esperanza de esa empresa, o bien que habréis conocido los defectos de ella y mostrado de qué manera más fácilmente se podrán corregir, y al mal que de ello pudiera venir, proveer y remediar. Nosotros aquí por ventura vemos cuán útil podría ser la expugnación de aquella ciudad, pero el caso contrario no podemos juzgar lo que podría originar, tanto nos parece dañino en todas sus partes. Y ciertamente común daño traería eso, pero ya no sé yo si la expugnación traerá común utilidad; con todo, no se habrán gastado en vano los dineros, especialmente los de los venecianos. Los franceses ya deben haberse encontrado, si es que no se ha perdido el jefe, cosa que sin embargo no se cree, y hoy supimos que estaban aquellas gentes en Tortona. Dios las conduzca de una vez al campo, y de tantas esperanzas nos haga realidad una.

Juan Serristori os manda mil saludos, y también Averardo; y Lelio dei Massimi, quien mañana por la mañana parte para Roma, a vos mucho se encomienda, y es todo vuestro.

Yo espero con ansia vuestras cartas, y si son como las espero, os prometo ponerme de una vez la toga de lujo y llenaros una hoja. Y por ahora nada más os diré, sino que os ruego que me améis y me recordéis. Dios os conserve sano. De Florencia, el día 18 de septiembre de 1526.

Vuestro BARTOLOMÉ CAVALCANTI

134. NICOLÁS MAQUIAVELO A BARTOLOMÉ CAVALCANTI

Del campo, alrededor del 6 de octubre de 1526[1]

QUERIDÍSIMO Bartolomé. La causa por la que el papa empezó esta guerra antes que el rey de Francia hubiera mandado sus tropas a Italia y se hubiera movido contra España según lo estipulado, y antes de que hubieran llegado los suizos, fue la esperanza que tenía en el pueblo de Milán, y el creer que 6 000 suizos que habían movido los venecianos y él cuando los primeros tumultos de Milán fueran tan rápidos que se le unieran al mismo tiempo que se reunían los venecianos con su ejército. Y después, por creer que las tropas del rey, si no eran tan rápidas, al menos llegarían a tiempo para ayudar a ganar la empresa. A esas esperanzas se agregó la necesidad que mostraba el castillo de ser socorrido. Esas cosas todas pues hicieron acelerar al papa, y con tanta esperanza que creía que esta guerra debía terminar en 15 días, esperanza que fue acrecentada por la toma de Lodi. Reuniéronse pues los ejércitos de los venecianos y del papa, y de los supuestos anteriores fallaron dos importantísimos, porque los suizos no vinieron, y el pueblo de Milán no hizo nada de importancia. Tanto que cuando nosotros nos presentamos en Milán el pueblo no se movió, y no teniendo a los suizos no tuvimos ánimo para quedarnos allí y nos retiramos a Marignano, y no se regresó a Milán hasta que llegaron 5 000 suizos, cuya venida, como antes hubiera sido útil, fue perniciosa, porque nos dieron ánimos para socorrer el castillo, y no lo socorrimos y nos comprometimos a quedarnos aquí, porque como la primera retirada había sido vergonzosa, nadie aconsejaba la segunda. Lo cual fue causa de que la empresa de Cremona se hizo con parte de las infanterías y no con todas, como se hubiera hecho si nosotros cuando la pérdida del castillo hubiéramos estado en Marignano. Así pues, por estas razones, y también por esperarla fácil, hízose la empresa de Cremona débilmente, lo cual fue contrario a una regla mía que dice que no es partido sabio arriesgar toda la fortuna y no todas las fuerzas.[2] Creían ellos, sobre la fortaleza, que 4 000 personas eran suficientes para ganarla. Y ese asalto, por ser débil, hizo Cremona más difícil, porque ellos no combatieron, pero enseñaron los lugares débiles, con lo que los de adentro no perdieron tiempo y los fortificaron. Además de eso, afirmaron sus ánimos para la defensa, de tal modo que, aunque después fue el duque de Urbino y tenía 14 000 personas en el cerco, no bastaban; que si hubiera ido antes con todo el ejército, por haberse podido hacer más brechas al mismo tiempo, necesariamente se tomaba en seis días y quizás estaba ganada esta empresa, porque nos hubiéramos encontrado con la reputación de la victoria y con un ejército grandísimo. Porque vinieron 13 000 suizos, de manera que hubiéramos tomado Milán o Génova, y los enemigos no tenían remedio, y no hubieran venido los desórdenes de Roma, y tampoco los auxilios, que todavía no han llegado, hubieran estado a tiempo. Nosotros esperamos 50 días ansiando Milán, y la toma de Cremona se manejó con lentitud y todo se nos derrumbó encima. Nosotros, pues, hemos perdido esta guerra dos veces: una, cuando fuimos a

Milán y no nos quedamos ahí; la otra cuando mandamos, y no fuimos, a Cremona. De lo primero fue causa la timidez del duque; de lo segundo la vanidad de todos nosotros: porque pareciéndonos haber sido vergonzosa la primera retirada, ninguno se atrevía a aconsejar la segunda; y el duque supo actuar mal contra la voluntad de todos, pero contra la voluntad de todos actuar bien no supo. Ésos fueron los errores que nos quitaron la victoria; quitaron, digo, por no haber vencido antes, porque nosotros hubiéramos diferido y no perdido la empresa si no hubieran sobrevenido los desórdenes nuestros, los cuales fueron también dos: el primero, no haber hecho el papa dineros en los tiempos en que podía con reputación hacerlos, y de los modos que los han hecho los demás papas. El segundo, estar en Roma de modo que hayan podido sorprenderlo como a un niño, lo cual ha hecho enredar esta madeja de tal modo que no la arregla ni Cristo. Porque el papa retiró a sus gentes del campo, y *messer* Francisco todavía está en el campo, y hoy debe haber llegado allí el duque de Urbino. Han quedado muchos *condottieri*, de muchas opiniones, pero todos ambiciosos e insoportables, y si no hay quien sepa moderar sus humores y mantenerlos unidos, será una riña de perros, de lo cual nace un descuido de los negocios grandísimo, y ya el señor Juan[3] no quiere estar más allí, y creo que hoy se marchará. Los cuales desórdenes todos corregía la solicitud y la diligencia de *messer* Francisco. Además de eso, si con dificultad sólo de Roma llegaba dinero, ahora faltará por completo; de modo que yo veo poco orden en nuestros asuntos, y si Dios no nos ayuda del sur como lo ha hecho del norte no habrá mucho remedio; porque así como les impidió recibir ayuda de Alemania con la ruina de Hungría,[4] así debería impedir la de España arruinando la flota; por eso nosotros necesitaríamos que Juno fuera a rogarle a Eolo por nosotros, y le prometiera la condesa[5] y cuantas damas tiene en Florencia, para que ponga en libertad a los vientos en favor nuestro. Y sin duda, si no fuera por el Turco, yo creo que los españoles hubieran venido a festejar Todosantos con nosotros.

Yo, viendo el castillo perdido, y considerando que los españoles se habían fortificado tres o cuatro de estas ciudades y se habían asegurado los pueblos, juzgué que esta guerra había de ser larga, y por su largo peligrosa, porque sé con cuánta dificultad se toman las plazas fuertes cuando hay adentro alguien que quiera defenderlas; y que una provincia se toma en un día, pero una plaza defendida hacen falta meses y años para tomarla, como nos muestran las historias antiguas, y de las modernas Rodas y Hungría. Por eso yo escribí a Francisco Vettori que creía que esta empresa había de ser intolerable, salvo si se hacía que el rey de Francia la tomase como suya dándole ese estado[6] como diversión, o sea, para dejar las fronteras de estos estados guardadas de modo que los españoles no pudieran hacer más progresos, y asaltar con todas las fuerzas el reino, el cual yo consideraba más fácil de tomar que una sola de estas plazas de aquí. Porque allá no había ni defensores obstinados, ni pueblos golpeados por […] como el hombre quería. Además de eso, la guerra se alimentaba a sí misma, porque con la ayuda que se habría obtenido de las plazas habrían tenido sus sueldos, y la abundancia del país no cansado los hubiera hecho más generosos. Y el papa sin nuevo gasto vivía seguro en Roma, y hubiéramos visto qué estimaba más el emperador, si la Lombardía o el reino. Y si no se hacía eso, veía yo la guerra perdida; porque su prolongación era segura, y en esa prolongación los peligros seguramente podían darse, o por falta de dinero o por otros

accidentes como los que surgieron. Y parecíame extraño partido consumirse en campaña mientras el enemigo gozaba en la ciudad, para que después llegasen los auxiliares, nos encontraran cansados y nos arruinasen como el almirante y el rey.

---

[1] En el campo de la Liga se estaba festejando el triunfo de Cremona cuando llegó la noticia de que Vespasiano y Ascanio Colonna (que militaban al servicio del emperador y ocupaban muchas plazas alrededor de Roma), por instigación del cardenal Pompeyo Colonna, habían roto la tregua acordada con el papa desde agosto y saqueado la ciudad, sin perdonar el palacio pontificio y la basílica de San Pedro. Clemente había logrado a duras penas refugiarse en el castillo de San Ángel y a continuación tuvo que aceptar una tregua por cuatro meses por la que se obligaba a perdonar a los Colonna, entregar como rehén a Felipe Strozzi y retirar todas sus tropas de Lombardía, lo que significaba renunciar a Cremona. Guicciardini protestó pero finalmente tuvo que retirarse con el ejército a Plasencia, adonde llegó el 9 de octubre.

[2] *Discursos*, I, 26.

[3] Juan de Médicis.

[4] Se refiere a la batalla de Mohács, del 29 de agosto de 1526.

[5] Posiblemente la condesa hija de Antonio Castellani y esposa de Pedro Altoviti.

[6] El estado de Milán. Además, Guicciardini había insistido en que el papa devolviera al duque de Urbino algunas posesiones antes suyas que conservaba, para ganarse su lealtad, y Clemente también se negó.

135. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Plasencia, 30 de octubre de 1526

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo como hermano apreciado

En Florencia o donde esté

MESSER Nicolás queridísimo. Recibí las vuestras de Módena con la extensa noticia del caso ocurrido el día que partisteis de aquí; y porque como vos sabéis mi naturaleza es no querer resolver por mí mismo las cosas importantes, hice convocar el consejo, del cual fueron principales el obispo de Casale y el tesorero, y por su gracia quiso intervenir también el Vicelegado, que conoce al hombre; estuvo el embajador del duque de Milán, el lugarteniente del marqués de Mantua y en fin, tanta nobleza como no la hay en el consejo del campo de los venecianos. Leí vuestra carta, y fue todo considerado y discurrido tan bien como aquel día que aconsejamos nosotros no socorrer al castillo. No quiero entrar en detalles, porque no tengo la cabeza para fábulas, y además me veo obligado a atender a *messer* Filiciaffo, que por su gracia ha estado hoy todo el día conmigo; pero la disputa fue sobre dos puntos: primero, si lo de Giannozzo debía ser considerado venganza o traición; lo otro, en caso de considerarlo venganza, si había sido honorable o no, para alguien como él.

Pero dejando las charlas, el amigo vino aquí anoche, y se lamentó sensatamente de que mientras vos estuvisteis allá nunca os dignasteis llamarlo comisario, sino que siempre lo llamasteis *podestà*, cosa que él piensa que hacíais por burlaros y para disminuir su reputación, y en verdad está enojadísimo. Pero aún no acababan del todo sus querellas cuando recibí una carta del maestro de la posta, la cual me avisaba que este venerable varón afirma haber gastado por vuestra cuenta unos buenos cinco ducados, entre lo que comisteis y lo que tuvo que tirar la noche antes por causa vuestra, y solicita que la comunidad le pague ese gasto, alegando que él no tenía nada que ver con vos y sólo os dio alojamiento por encargo mío, que os mando en procesión en servicio de nuestro señor; de modo que viéndome mencionado en el cuento, y que esos negocios no adelantan sin cargo mío, empecé a quejarme de ello con él, y como él presuntuosamente negaba, me vi en la necesidad de darle una lavada que llevó poco menos jabón que el usado para lavarle la cabeza al hermano. Ved qué historia tan linda ha sido ésta: vos la iniciasteis como comedia, y yo la he concluido casi en tragedia, y así he tenido todo el placer que me tocaba de los asuntos de él. Y adiós. De Plasencia, 30 de octubre de 1526.

Vuestro FRANCISCO GUICCIARDINI

136. FELIPE DE NERLI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Módena, 1° de noviembre de 1526

Al respetable señor Nicolás de messer *Bernardo Maquiavelo, como hermano apreciado*
En Florencia

VERÉIS por la carta del señor lugarteniente a qué se ha reducido vuestra epopeya. No os bastó, a aquel pobre hombre que os había honrado mucho más de lo que merecían los méritos vuestros, con devolverle, a cambio del honor que os hizo, el grado que le disteis y no haberlo llamado nunca por su nombre, que también fuisteis vos la causa de que le tocase una reprimenda que debe haber sido de las finas. Bien os dije yo que en verdad vos sois persona de daño y de no quereros por casa, y también el lugarteniente me escribe de toda la cólera que tuvo con el *podestà* y comisario: piensa lo que dirán de mí que los detuve muchos días, cuando tanto han dicho de quien los detuvo solamente una noche. En suma, que sois hombre pernicioso y peor que el carbón.

No quisiera, con todo, que si quisierais tratar al conde Guido[1] y a mí igual que al comisario de San Donnino, por carta y hablando mal, que planeaseis hacerlo también faltándonos a lo prometido, así que acordaos de mandarnos los dos primeros libros de esa *Historia*, y os serán devueltos en el término de 15 días y podréis después mandar los otros, y sobre esto os suplico que no dejéis de responder. El modo de mandarlos es hacer un rollo con encerado y dárselos a Luca del Vantaggio, que les haga una cubierta y los mande por las estafetas o caballadas que pasan, y que no pueden venir si no es segurísimo.

Encomendadme a toda la bohemia y en especial a mi Donato, el cual si evita que este invierno vos, además de estorbarle la tienda alrededor de la estufa, le inficionéis además algún cuero, será un hombre de valor. Y sin más decir, soy todo vuestro y a vos me encomiendo, que Cristo os guarde del mal.

De Módena, el primer día de noviembre de 1526.

Vuestro FELIPE DE NERLI

---

[1] Guido Rangoni.

137. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Florencia, 5 de noviembre de 1526

Al magnífico M. Francisco Guicciardini, etcétera

SEÑOR lugarteniente. Desde Módena se os escribió una carta más adecuada para entretener al Filiciaffo que para cualquier otra cosa; por ésta se os escribirá la continuación. Y empezando por Módena, en cuanto llegué, Felipe[1] salió a mi encuentro y me dijo: “¿Pero es posible que yo nunca haya hecho algo que esté bien?” Yo le respondí así riendo: “Señor gobernador, no os maravilléis, que no es defecto vuestro, sino de este año, que no hay nadie que haya hecho nada bien, ni cosa derecha. El emperador no puede haberse portado peor, pues en tanto tiempo no ha mandado ayuda a estos suyos, y fácilmente podía hacerlo; los españoles varias veces podían hacernos mucho daño y no supieron hacerlo; nosotros hubiéramos podido vencer y no supimos; el papa creyó más en unos trazos hechos con tinta que en 1 000 infantes que bastaban para guardarlo; sólo los seneses han andado bien, y no es para asombrarse si en un tiempo loco los locos andan bien; de modo, señor gobernador mío, que peor señal sería el haber dado alguna prueba buena, que haberla dado mala”. “Pues ya que es así, dijo Felipe, quiero quitarme de la pena, y me quedo muy contento.” Y así terminó el primer acto de la comedia. Vino después el conde Guido,[2] y apenas me vio, me dijo: “¿Sigue enojado el lugarteniente?” Respondíle que no, porque ya no tenía cerca a quien era causa de que se enojase, y para no relataros todos los detalles, razonamos un poco sobre esa bendita furia vuestra, y él dijo que antes se iría exiliado a Egipto que a un ejército donde estuvieseis vos. Ahí yo le dije lo que convenía, y en particular disputóse sobre los bienes y los males que había hecho vuestra presencia, de manera que fácilmente concedieron todos que había hecho más bien que mal. Estuve en Módena dos días, y hablé con un profeta que dijo haber anunciado con testigos la fuga del papa y la vanidad de la empresa, y de nuevo dice que no han pasado todos los malos tiempos, en los cuales el papa y nosotros sufriremos mucho. Vinimos por fin a Florencia, donde uno de los mayores cargos que he oído contra vos es el de haber mostrado, con cartas escritas aquí al cardenal, la facilidad de la empresa y la certeza de la victoria; ahí dije yo que eso no es posible, porque yo creo haber visto todas las cartas importantes que vuestra señoría ha escrito, en que las opiniones eran todas contrarias a una victoria segura. A los 5 días de noviembre de 1526.

NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Felipe de Nerli. Véase la carta 136.

[2] Guido Rangoni.

138. JACOBO SALVIATI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Roma, 5 de noviembre de 1526

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, amigo queridísimo

ESTIMADO señor y amigo queridísimo, etc. Os escribí apenas recibí la vuestra de Plasencia, y por respuesta a ella os dije que vinieseis aquí a vuestro placer, porque nuestro señor estaba muy contento con vuestra venida;[1] pero habéis tardado tanto en aparecer por Florencia, que fue preciso nombrar a otro para el puesto que se pensaba daros a vos, y por ahora no se puede pensar en sacarlo porque sería para él gran ofensa. Sin embargo, si surge otra ocasión yo os recordaré a nuestro señor, y no dejaré de hacer todos los oficios y las obras que a un excelente amigo se deben, pese a que sé que no es necesario por la afición que tiene por vos su beatitud. Nada más. Que estéis bien. De Roma, 5 de noviembre de 1526.

JACOBO SALVIATI

---

[1] Los soldados florentinos al mando de Vitello Vitelli habían sido enviados a Roma para proteger al papa y luego para castigar a los Colonna, cuando Clemente decidió no respetar lo que por la fuerza le habían hecho prometer y despojó de la dignidad de cardenal a Pompeyo Colonna; aparentemente, Maquiavelo había solicitado acompañar a ese ejército con algún cargo oficial. La siguiente carta de Guicciardini alude al mismo asunto.

139. FRANCISCO GUICCIARDINI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Plasencia, 12 de noviembre de 1526

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo como hermano apreciado

En Florencia

MAQUIAVELO queridísimo. Recibí la vuestra del 5. La historia del Borgo San Donnino fue pura comedia, la de Módena tuvo algo de tragedia, la vuestra de Roma ha tenido algo de fábula: no sé deciros otra cosa sino que César[1] escribe que apenas le dijo al papa lo que yo le escribí de […] su santidad repuso: Escríbele que venga, que me da mucho gusto. Después me escribió que le habían escrito que lo anulase, porque en la furia de partir los infantes con el señor Vitello de Roma habían tenido que servirse para esa tarea de otro.[2] Yo le escribí de nuevo, porque no dejo de pensar que mudarán opinión; lo deseaba más por mí que por vos, porque para deciros la verdad creo que con poca satisfacción habríais estado en las cuevas de los Colonna donde habríais tenido que estar; si me entero de otra cosa os avisaré, y me esforzaré por enterarme más.

Os ruego me escribáis, y yo haré lo mismo; y no os digo nada nuevo, porque por ahora no lo hay; *messer* Filiciaffo es asiduo comensal. Revisando ahora las cuentas de los gastos hechos en el campo, no hallo ninguno por el cual el papa pueda quejarse de mí, salvo aquellos dineros que se dieron al Guidotto, y entiendo que a su partida de aquí se quejó con toda la casa de que yo le había dado poco, y lo mismo habrá hecho allá. No me faltaba más que eso para conocer totalmente su naturaleza y su calidad. Y soy vuestro. De Plasencia, a los 12 días de noviembre de 1526.

Vuestro FRANCISCO GUICCIARDINI

---

[1] César Colombo, agente de Guicciardini en Roma.

[2] Véase la nota a la carta 138.

140. LOS OCHO DE LA PRÁCTICA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 30 de noviembre de 1526

CADA vez que en el pasado nuestra ciudad y esta Magistratura han mandado a alguno de sus ciudadanos en una legación como ésta, elegida la persona por suficiente, e informada oralmente de lo necesario y de su modo de proceder, no ha pensado que sea necesario darle instrucciones, salvo lo que por buen uso de la ciudad suele hacerse, y para recordar los principales puntos de la comisión que lleva. Sin embargo a ti, Nicolás, elegido de semejante probidad, no se te dará la presente para orden de tu proceder, sino por observar la antigua costumbre, y para que siempre recuerdes que en sustancia las comisiones que llevas consisten en los puntos que aquí abajo se dirán.

Primero te trasladarás con la mayor celeridad posible junto a *messer* Francisco Guicciardini, al cual aun cuando no haga falta le mostrarás en cuánto desorden se encuentra nuestra ciudad de gente, dinero y capitanes, y que aun cuando los remedios para nuestra salvación por la venida de esos lansquenetes por muchísimos aspectos se ve ser muy escasos, sin embargo nosotros de buena gana nos defenderíamos volviendo la cara a la fortuna, si conociésemos que nuestras fuerzas son bastantes y que las ajenas habrán de guarecernos de modo que la esperanza en ellas no nos lleve a manifiesta ruina; y en esto de continuo cumplimos, que todavía hoy hemos mandado a Francisco Antonio Nori al conde Pedro Navarra para atraerlo a nosotros como capitán, y todavía se harán todas las provisiones posibles para la salvación nuestra toda vez que se vea que los aliados y quien puede ayudarnos no se echan para atrás. Pero porque una república como la nuestra debe representarse dignamente ante los ojos más finos, y de cada uno sopesar la intención, considerando la incertidumbre del uno y firmeza del otro, lo dudoso de aquél y lo seguro de éste, para poder dirigirse hacia lo menos perjudicial, hemos pensado mandarte a ti a su señoría como ciudadano nuestro, y amoroso de la Patria, a fin de que discurra estas nuestras consideraciones y las acompañe con su juicio y con el que en la jornada le demostrarán los sucesos de allá, los cuales si fuesen de modo de dar poca esperanza, y él fuese del mismo ánimo que nosotros, desesperados de la salvación, sepa que el ánimo nuestro es antes tratar algún acuerdo, que dejar que la cosa llegue a términos en que mal se pueda reparar;[1] y que nosotros queremos ese cuidado dejárselo totalmente a él, y mostrarle nuestro deseo, que en esto no podría ser mayor. Dejarás negociar a su señoría como mejor le parezca, regresando bien enterado de la opinión suya, de los planes hechos sobre la guerra, del proceder de los lansquenetes, de las demostraciones del duque de Ferrara, del motivo de los españoles de Milán y Pavía, o de lo que se piensa de ellos, de la esperanza que se puede tener en el marqués de Saluzzo y en las tropas venecianas, y finalmente todo el orden de esta madeja, así por la parte de los coaligados y nuestra como por la de los enemigos, dejando la comisión del

negociar a *messer* Francisco, de modo que sepa que esto es nuestra intención y deseo, siempre según lo asignen los tiempos.

---

[1] Evidentemente, los Ocho intentan establecer cierta independencia del gobierno civil de Florencia frente al papa y la familia Médicis.

141. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO DE LA PRÁCTICA
Módena, 2 de diciembre de 1526

A los magníficos y excelsos señores, mis superiores singularísimos

YO LLEGUÉ aquí hoy a hora avanzada, e inmediatamente estuve con la señoría del lugarteniente, y tras presentarle las cartas de las señorías vuestras, le relaté detalladamente la causa de mi venida. Su señoría me dijo: Yo para satisfacción de esos señores te diré primero dónde se encuentran nuestras tropas y las de los enemigos; después, lo que de los enemigos se puede temer, y de los amigos esperar, y en último lugar cuanto se me ocurre sobre el partido que habría que tomar. Los lansquenetes estaban ayer en Quistello, lugar en la región de Mantua, más acá de Lecchia; hoy han pasado el río y han ido hacia Rezuolo y Gonzaga, lo que indica que toman el camino de Milán para unirse a los españoles.[1] Son estos alemanes en número de 15 o 16 000, según por varias vías se ha sabido, aunque un conocido mío de Mantua me escribe que no pasan de 10 000. Los españoles de Milán están todavía en esa ciudad, pero dan señales de querer salir de ella, porque han concluido con los milaneses que les den 30 000 florines y se partirán, lo cual concuerda con el camino que llevan los lansquenetes. El duque de Urbino, con todas aquellas fuerzas que lleva consigo, se encuentra en la región de Mantua y no tiene plan de moverse, aunque yo lo he instado a ello muchas veces; cierto es que manda a un capitán suyo a Plasencia con 1 000 infantes, que estarán allí mañana. El marqués de Saluzzo se encuentra en Vaure, lugar de la región de Bérgamo distante de Milán 14 millas y de Bérgamo 16, y tiene consigo a toda su gente, y además 300 hombres de armas de los venecianos, y alrededor de 1 000 infantes. Las infanterías del señor Juan, en número de cerca de 3 000, estarán mañana en Parma. Hay además de esto alrededor de 4 000 infantes, de modo que, computados todos, la Liga tiene en esta provincia más de 26 000 infantes; y si no faltasen los dineros del papa, y si se reuniesen, podríamos por ventura vivir seguros; pero si llegan a faltar las provisiones de su santidad, los demás estarán fríos y puédese temer mucho. Y sin duda, teniendo estas gentes juntas y bien pagadas, los enemigos estando aquí o pasando adelante no podrían hacer grandes efectos, sin los cuales no podrían mantenerse por la cuestión del dinero. Pero estando así divididos, y sin confiar el uno en el otro, poco bien puede esperarse. Los enemigos, en mi opinión, puesto que dan muestras de querer agruparse, nos darán algunos días de tiempo para la paz, o para la guerra, y cuando estén todos juntos, no es razonable que pierdan el tiempo y atacarán las plazas de los venecianos o las de la Iglesia, o irán hacia Toscana; en los primeros dos casos habrá tiempo para pensar en los casos vuestros; en el otro, yo no puedo prometeros con seguridad otra ayuda que los 6 000 o 7 000 infantes que tiene aquí la Iglesia, porque de los venecianos, conociendo el carácter de ellos, no se puede en semejante caso prometer cosa alguna a otro. De los franceses no sé si seguirán

más bien el consejo de los venecianos que el que convenga a vuestra necesidad, y por eso no quiero dar juicio, sino remitirme después a lo que suceda. Así que, escribe a esos señores cuanto te he dicho, y que yo no dejo de hacer todo lo posible para que estos ejércitos se unan, y apremiar a Venecia y a Roma para que no se abandonen, y hagan cuanto más arriba se dice.

Sobre el arreglar acá una paz, me dijo el señor lugarteniente: A mí me parece cosa vana y de ningún beneficio, porque el pensar en corromper a los alemanes o hacer acuerdo con ellos no tendría éxito, siendo ellos y los españoles un mismo cuerpo. Conviene pues que esa paz se trate con quienes tienen para ello autoridad del emperador, que no creo que sea Borbón ni ninguno de estos capitanes de aquí, sino el virrey y don Hugo,[2] los cuales están por allá, porque se ha sabido que el virrey con parte de la armada ha desembarcado en San Stéfano, puerto de los seneses; así que por allá podrán mejor iniciarse esas pláticas, y cree que ya las ha iniciado el papa, y podrían tener algún buen efecto. En suma, se ve que estos movimientos de aquí nos dan tiempo para pensar en los remedios, con la paz o con otra cosa, y así puedes hacérselo saber a los señores.

Esto es en sustancia cuanto he podido sacar del señor lugarteniente, y me ha parecido bien daros aviso de ello por la presente, a fin de que sepan vuestras señorías todo; yo me quedaré por aquí todavía dos días para ver si nace algún accidente, y poder regresar mejor informado de las cosas de aquí. Me encomiendo a vuestras señorías. Que estén bien

En Módena, a 2 de diciembre de 1526

Ya se habrán enterado vuestras señorías de la muerte del señor Juan, quien ha muerto con disgusto de todos.[3]

---

[1] Lansquenetes *(lanzichenecchi)* era el nombre dado a compañías mercenarias de infantes alemanes que se constituyeron durante el siglo XV en antagonismo con las famosas infanterías mercenarias suizas. Sus soldados se llamaban en origen *Landsknecht:* “servidor del país”: “*miles provincialis”*. Su organizador definitivo fue Maximiliano I, quien a fines del siglo XV sintió claramente la necesidad de tener algo que oponer a los suizos, que constituían “el nervio” de los ejércitos franceses.

[2] El virrey de Nápoles, Charles de Lannoy, y don Hugo de Moncada.

[3] Juan de Médicis, el capitán de las Bandas Negras, había muerto el 24 de noviembre.

142. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO DE LA PRÁCTICA

Módena, 3 de diciembre de 1526

A los magníficos señores, etcétera

ANOCHE di noticia a vuestras señorías de lo que me había comunicado el lugarteniente sobre las cosas de aquí, y después no he tenido nada de momento que deciros, salvo repetir brevemente lo mismo, es decir, que si los enemigos van hacia ese rumbo podréis valeros de las gentes que tiene aquí la Iglesia, que son alrededor de 7 000 infantes, y todavía no bien de todas, porque una parte de ellas habrá de quedar aquí, y quizá os valdréis de las gentes francesas, de las cuales el lugarteniente mucho duda, pero de las de los venecianos le parece claro que querrán quedarse en su casa. Acerca de los capitanes que habrán de serviros, ya sea ahora o con las tropas, vuestras señorías deben entender que no hay aquí más que tres jefes de importancia a los que pueda confiarse cosa alguna, que son el conde Guido, Pablo Luzzasco, capitán de las gentes de Mantua, y Guido Vaina: de éstos uno podrá estar a disposición de vuestras señorías.

De los lansquenetes esta noche hay nuevas de varios rumbos, de que están alojados entre Guastalla y Berselli, camino para ir hacia Plasencia y Parma, y bien que de esto no haya mensaje seguro, sin embargo nos llega por tantas vías que se les presta fe.

De los españoles de Milán no se sabe otra cosa que lo que os escribí anoche.

El duque de Ferrara no mueve todavía nada; cierto es que hay dos signos por los que se puede juzgar que habrá de turbarse esa región, los cuales son que hace varios meses se hizo una tregua entre los hombres de esta plaza y los de Carpi, para que no fuesen saqueados los territorios de unos por otros, la cual expiró y los de Carpi no la quisieron renovar; la otra es que el duque tenía en este lugar las postas que corrían de Ferrara a Reggio, y las ha quitado, y puesto por camino tal que corren siempre por tierras de él.

El lugarteniente viendo que la guerra se aleja de aquí y va hacia Parma y Plasencia, este día a las 22 horas montó a caballo y con el conde Guido y Guido Vaina se ha ido a Parma. Por lo tanto yo partiré de aquí mañana por la mañana y me iré también hacia ahí por etapas, para no fatigarme sin necesidad, por no tener otra cosa que decir a vuestras señorías que lo que os he escrito, porque en cuanto a la paz, y a cualquier tipo de acuerdo que hubiera de tratarse aquí, parécele al lugarteniente empresa totalmente vana, y de daño, y sin beneficio alguno. Encomiéndome a vuestras señorías, que estén bien.

En Módena, el día 3 de diciembre de 1526

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

143. CIRCULAR DE LOS CINCO PROCURADORES DE LOS MUROS

Florencia, 2 de enero de 1527

A los 2 días de enero de 1526[1]

PORQUE ocurre que tenemos necesidad de […] hombres acostumbrados a trabajar la tierra, te imponemos que con cuanta diligencia puedas los proveas, y bajo un jefe que los conduzca nos los mandes, y con tal presteza que se presenten el viernes próximo, que será el día 4 del presente, en la Puerta de San Jorge, a un comisario nuestro; lo cual haz que no falle, por cuanto estimas nuestra gracia. Y hazles saber que aquí se les pagará por nosotros día por día, según las obras de estos tiempos. Y harás que traigan un tercio de ellos pala de punta, un tercio azada y un tercio pala cuadrada. Además de esto ordenarás a todos tus súbditos que nos conduzcan en tres días a partir de hoy, también a la Puerta de San Jorge, una carga de leña menuda por casa, la cual también será por nosotros pagada a justo precio. Adiós.

---

[1] Según el calendario florentino. Véase la Advertencia.

144. CIRCULAR DE LOS CINCO PROCURADORES DE LOS MUROS
Florencia, 21 de enero de 1527

A los 21 días de enero de 1526

PARA ordenar y resolver algo que concierne al bien de esta ciudad, queremos que inmediatamente después de recibida la presente, reúnas a los jefes de tu *potesteria* y los hagas elegir un síndico, hombre prudente, al cual, lo más pronto que puedas, mandarás aquí con carta tuya a nuestra magistratura. Haz cuanto te imponemos, usando grande y buena diligencia. Adiós.

145. LOS CINCO PROCURADORES DE LOS MUROS AL ABAD CORTUSI

Florencia, 26 de enero de 1527

Al abad Cortusi. Dicho día

PORQUE nosotros hemos sabido que tenéis próximo a vuestro monasterio, o bien en la selva de Treggiaia, un bosque de palos grandes como para ser cortados, queremos que inmediatamente hagáis poner allí, por vos y con la ayuda del portador de la presente, cuantos cortadores podáis, porque tenemos necesidad de esa madera, y os será satisfecho por nosotros justo precio.[1]

---

[1] No poseemos ninguna otra información sobre las actividades de Maquiavelo en este mes. Ésta es su última anotación en el libro.

146. LOS OCHO DE LA PRÁCTICA A NICOLÁS MAQUIAVELO

3 de febrero de 1527

NICOLÁS, tú te trasladarás por el camino más seguro y con diligencia junto a *messer* Francisco Guicciardini, y le harás saber en nombre nuestro que la carta escrita el 31 del pasado al reverendísimo legado[1] nos ha dado mucha perturbación, por entender por ella que los enemigos se han agrupado, tanto los españoles como los lansquenetes e italianos,[2] y ya se han puesto en camino hacia el rumbo de acá de Toscana primero, y después hacia Roma; y porque nosotros siempre todo el fundamento de nuestra defensa lo hemos puesto en las gentes de la Liga, quisiéramos que averiguases resueltamente de su magnificencia si esos presidios son de suerte que puedan ponernos en seguridad. Lo cual pensamos nosotros que serían si dichas gentes de la Liga estuvieran por las bandas de aquí algún día antes que los enemigos, y se trasladasen a Bolonia lo antes posible, porque de allí podrían acudir a cualquier lugar donde pudieran los enemigos causar daño. A ese efecto persuadirás a *messer* Francisco eficazmente, que así es el deseo y la seguridad nuestros, que en venir a la cola vemos infinitos peligros, y yendo adelante podemos dar fe de las gentes nuestras, y unirlas con las de la Liga, lo que dará mucho más seguridad tanto para ellos como para nosotros; y esto le harás entender que exhorte al ilustrísimo duque de Urbino, al marqués de Saluzzo y a todos los demás de la Liga, a que quieran con efecto y con presteza venir a ponerse frente a los enemigos; y en caso de que su magnificencia viese dificultad para resolverse a este efecto aquellos capitanes, que nos diga con claridad su juicio, a fin de que nosotros podamos pensar en qué debemos confiar, aunque estamos seguros, por la prontitud y afirmaciones del cristianísimo y de los señores venecianos, y la buena voluntad de sus capitanes, de que no nos faltarán en un momento en que la razón nos acompaña, siendo la cosa en común con el cristianísimo y los venecianos, y aun cuando por ventura fuésemos nosotros los primeros en sufrir, se ve seguro que también ellos sufrirán después de nosotros.

---

[1] El cardenal de Cortona, Silvio Passerini.

[2] Los españoles que habían salido de Milán y los lansquenetes que llegaban del norte. Véase la carta 141, nota 1.

147. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Parma, 7 de febrero de 1527

A los magníficos y excelsos señores, mis superiores singularísimos

APENAS esta mañana he podido llegar aquí, debido a los impedimentos que crean los enemigos. Estuve largamente con el señor lugarteniente, y encontré que su señoría[1] espontáneamente había hablado con estos señores, y especialmente con el duque de Urbino, sobre la celeridad de pasar con todo este ejército a Toscana, si los enemigos tomaran ese camino, y me dijo que el duque de Urbino se muestra al respecto muy caluroso, y que sólo habría diferencia en cuanto al modo y orden de hacerlo, porque su señoría[2] quiere que el marqués de Saluzzo sea el primero, con la vanguardia, en penetrar en Toscana, y el lugarteniente quería que fuese su señoría, juzgando que había en ese modo más seguridad. Quiso por lo tanto que hablara yo esta tarde con el duque, y así en su presencia lo hice, y con las mejores palabras que supe le mostré la necesidad de esa ayuda gallarda y presta, si van hacia allá los enemigos, y cuánta fe tenía esa ciudad en la virtud y afición suyas hacia ella; no dejé de decirle todas las cosas que yo sabía y que el lugarteniente me había recordado. Pero él se mantuvo firme en el propósito suyo; sin embargo se decidió reunirnos mañana, y con la pluma en la mano examinar todo, pensando en lo que habrá de hacerse ante cualquier movimiento; por eso no entraré en ésta en más detalles, sino que me reservaré para lo que se concluya mañana, y de todo tendrán vuestras señorías aviso detallado.

Este día no hay avisos de Plasencia, por lo que no puedo deciros sino que los enemigos están en los mismos lugares, y no se sabe que hagan otra cosa que aprovisionarse de víveres, los cuales no conducen a lugar que permita creer que parten hacia Toscana más que otro sitio. Usa el lugarteniente toda diligencia para averiguar cuáles son sus andanzas, y de cuanto se sepa serán avisadas vuestras señorías *que estén muy bien*.

El séptimo día de febrero de 1526.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Guicciardini.

[2] El duque de Urbino.

148. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Parma, 9 de febrero de 1527

A los magníficos señores, etcétera

ANOCHE escribí a las señorías vuestras cuanto convenía. Hoy hay nuevas de que una parte de los lansquenetes se ha retirado de Ponte Novo y ha ido a reunirse con los españoles, y no se entiende bien estos movimientos de ellos así, con qué fin los hacen; unos dicen que piensan ir a atacar Lodi, y otros que Cremona. Escribe además el conde Guido, que está en Plasencia, que ayer yendo caballos de los enemigos a saquear hacia esa plaza, él mandó a su encuentro a Pablo Luzzasco y el conde Claudio Rangoni, quienes tuvieron un choque de tal calidad que capturaron al capitán Zuccaro, Scalengo y Grugno, tres capitanes de gran importancia, y estuvieron a punto de apresar al príncipe de Orange y además tomaron 80 caballos y 100 infantes; y así los nuestros cada día cobran más ánimo ante los enemigos, y ellos me parece que día a día más se confunden; sin embargo es imposible que estén así mucho tiempo y que este humor de ellos no estalle por algún lado, y si es hacia acá, como ahora creen los más, estaremos libres de nuestros temores; si fueran hacia allá, se observará el orden que anoche se escribió a las señorías vuestras, más bien en algo mejorado.

Creemos que el conde Guido averiguará por esos prisioneros algún plan de ellos, y la razón de esta demora y variedad que hacen, y especialmente podrá saberlo por el llamado Scalengo, que dicen ser hombre muy estimado por el virrey, y que sabe de muchos secretos suyos. Si dicho conde quiere sacárselos, se podría tener alguna certeza de las cosas de ellos; y sabiéndolas, las sabrán vuestras señorías, a las cuales me encomiendo. Que estén muy bien.

En Parma, el día 9 de febrero de 1526

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

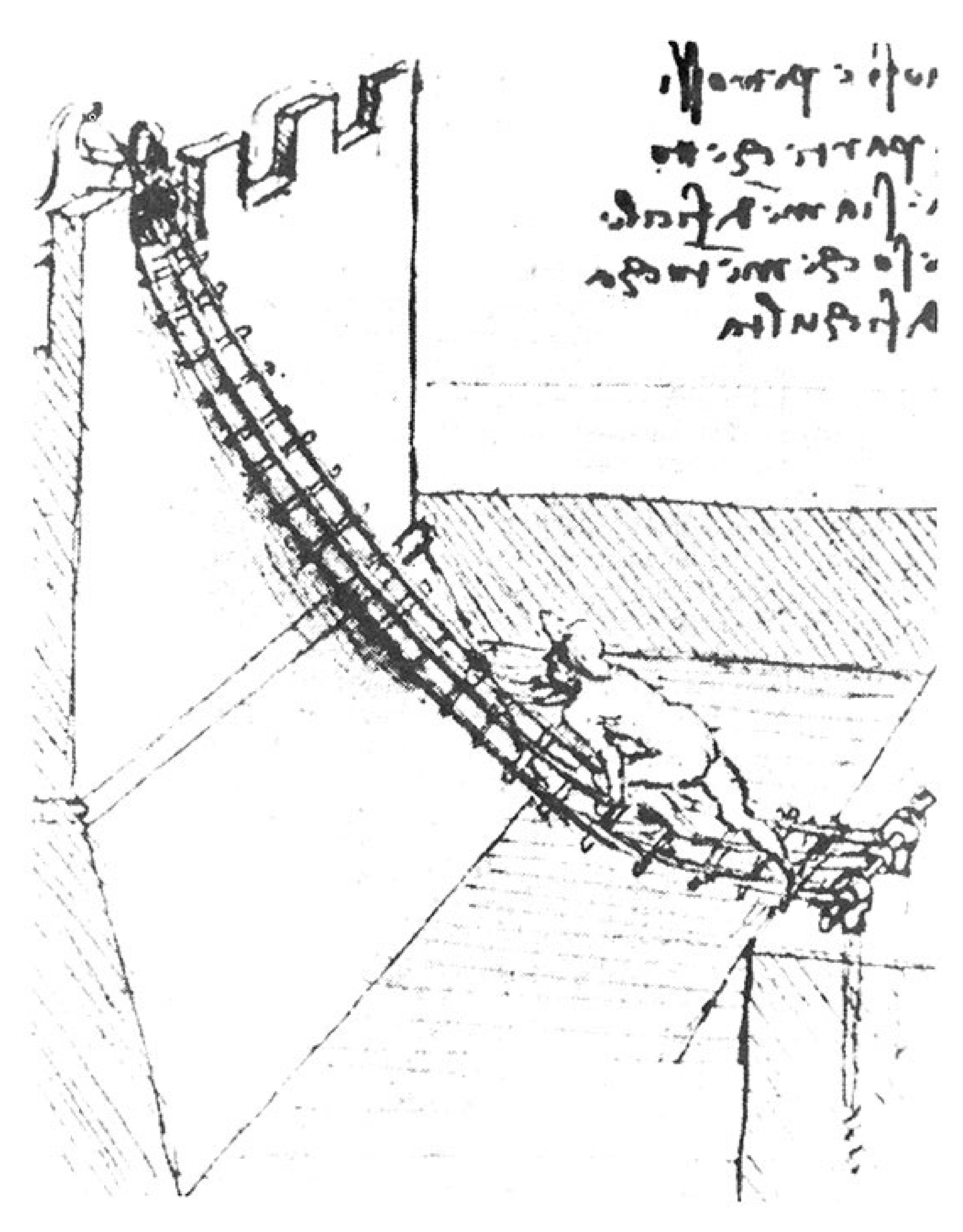
149. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO
Parma, 11 de febrero de 1527

A los magníficos señores, etcétera

AYER no escribí a vuestras señorías por no tener ninguna cosa de momento para decir, esperando este día poder decir algo seguro, persuadiéndome que de aquellos capitanes prisioneros el conde Guido sacaría algún detalle. Pero como no ha escrito nada, se piensa que no ha podido hacerlo. Sobre las cosas de ellos se oyen varias andanzas. Ya os escribí que los lansquenetes que estaban en Milán salieron para reunirse con los que están afuera; hoy nos avisan que todavía no han salido, pero saldrán. Hemos oído que han hecho secretamente provisión de escaleras y de cuñas, que unos interpretan que piensan hacer algún hurto, y otros que quieren prepararse para poder con las cuñas tomar las plazas que no pudieran ofender con las artillerías, como hizo el duque de Urbino en Cremona. Esta mañana se supo que 10 banderas de los españoles que estaban del lado de acá del Po habían vuelto a pasarlo hacia allá, no se sabía la razón. Esta tarde recibimos la noticia de que han aprovisionado de vituallas Pizzichettone, sirviéndose de aquellos españoles como escolta; y así a cada momento recibimos aviso de diversos movimientos de ellos, de los cuales algunos se interpretan para ir a Toscana, algunos otros para atacar hacia acá. Y los que tienen en estas cosas mejor juicio, menos saben resolverse. Sin embargo todos creen esto, que si creyesen poder expugnar alguna de estas plazas, empezarían por aquí, porque tienen necesidad grande; por lo cual si no empiezan por aquí, nace de que no creen que les salga, y parece cosa dura de creer que quien presupone que no podrá tomar, verbigracia, Plasencia, pueda persuadirse de tomar la Toscana, donde se entra, se está y se combate con tanta dificultad. Lo que deberán hacer, pues, lo sabe Dios, porque por ventura no lo saben todavía ni ellos, que si lo supiesen lo habrían puesto en práctica, tanto tiempo hace que podrían estar juntos; y créese que hay poco que temer, si los desórdenes nuestros no los ayudan: y todos los peritos de la guerra que están aquí juzgan que se habrá de vencer, si los malos consejos o la falta de dinero no nos hacen perder; porque fuerzas hay tantas que bastan para sostener la guerra, y aquellos dos defectos se pueden remediar; el primero, aconsejándose bien; el otro con que la santidad de nuestro señor no nos abandone. Yo todavía no he partido, porque deseaba ver qué camino tomaba esta agua, a fin de que, si tomaba para allá, yo pudiera regresar en todo resuelto sobre el orden y calidad de los remedios. Por lo tanto estaré así todavía tres o cuatro días, y después regresaré de todos modos con buena gracia de vuestras señorías, a las cuales me encomiendo. Adiós.

En Parma, a los 11 días de febrero de 1526

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO



Leonardo da Vinci, dibujo.

150. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO
Parma, 12 de febrero de 1527

A los magníficos señores, etcétera

DESDE que escribí ayer a vuestras señorías han ocurrido cosas de poquísimo momento, pero con todo me parece deber escribirlas, a fin de que vuestras señorías sepan cuanto se sabe por aquí. Estos señores franceses y también el duque de Urbino decidieron hacer esta noche pasada una cabalgata, para demostrar a los enemigos que estamos vivos, y en parte para ver la región; y así esta noche cabalgaron, y llegando los franceses hacia el amanecer a Carpineto, encontraron alojado allí a Camilo della Staffa, capitán de caballería ligera, y le quitaron alrededor de 60 caballos; corrieron después hacia los enemigos, y todo el día los han tenido en armas. Los enemigos habían tomado hace tres días Busse, un castillo a distancia de 20 millas de aquí; cierto es que la fortaleza se guardaba todavía por la Iglesia. Mandó el duque esta noche infantes allí, los cuales entraron por la fortaleza y han tomado a un tal Folco Mantovano, y su compañía de alrededor de 200 infantes quedó entre presa y muerta, y recuperado dicho castillo. Monseñor de Borbón[1] vino ayer al campo de los alemanes, créese que para consultar sobre lo que deben hacer. No hay aviso de que haya partido todavía, y no se sabe lo que han concluido; cierto es que el conde Guido escribe que el marqués del Guasto le ha mandado decir que esté seguro de que no irán a Plasencia; entretanto, nosotros estamos tan inseguros como el primer día sobre lo que habrán de hacer. Bien parece imposible que en tres o cuatro días no se resuelvan, y según la resolución de ellos se decidirá aquí; y si el duque de Urbino está dispuesto a hacer lo que debe, que se dispondrá si vuestras señorías quieren, créese que a los enemigos venir adelante les aprovechará poco. Me encomiendo a las señorías vuestras. *Que estén bien.*

En Parma, el día 12 de febrero de 1526

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] El condestable Carlos de Borbón.

151. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO
Parma, 14 de febrero de 1527

A los magníficos señores, etcétera

AYER no escribí a vuestras señorías por no tener qué decir. Este día todavía no hay nada nuevo, sin embargo por mantener la usanza mientras estoy aquí, paréceme conveniente escribir dos líneas, y decir que del ejército imperial no se sabe que haya hecho todavía movimiento alguno, no obstante que el conde Guido por una carta suya llegada esta mañana escribe que dicho ejército debe moverse esta mañana para ponerse en marcha; lo cual se cree que no resultó cierto porque a esta hora, que son las dos de la noche, ya deberíamos haber recibido aviso. Pero si no se ha movido, créese que no podrá tardar mucho en moverse, y por todas partes resuena que tiene que moverse pronto, y ponerse en marcha; y verdaderamente en Lombardía no se cree que pueda ganar ninguna de las plazas que se planea guardar; y se ve en estos pueblos una gran disposición a defenderse, pues han hecho con presteza las reparaciones y preparaciones necesarias; a lo que me parece que se agregará en ellos la obstinación, de que es causa el ejemplo de Milán, y de las demás ciudades que no obstante que se les entregaron, y que ellos las recibieron en fe, sin embargo primero les impusieron tributos y después las saquearon; lo cual ha puesto en los hombres tanto temor, que quieren antes morir que venir a semejantes flagelos; y en caso de que vayan a Toscana y encuentren en aquellos pueblos las mismas disposiciones, no sólo tendrán las mismas dificultades, sino mayores, respecto al no poder esa región alimentar las guerras como ésta; y cualquier pequeño impedimento que encuentren que los detenga podría ser causa de su resolución; de lo cual han dado fe ciertos españoles apresados en Lodi por *messer* Luis, los cuales le han dicho que su ejército es poderoso, y de tal calidad que sería mal consejo que el de la Liga fuera a combatirlo, pero que aquellos capitanes de ellos están en tanta confusión, por no saber adónde atacar que puedan con seguridad vencer, y en tanta pobreza, que si nuestras tropas ganan tiempo, es imposible que triunfen en esta empresa. Por lo tanto por aquí se estará alerta, y de los movimientos de ellos se dará aviso día por día a las señorías vuestras, y del orden que por nosotros se dará para ir ganando tiempo, y para seguirlo, y la mayor parte de este juego que se podrá hacer será gobernarse de modo que este duque tenga causa para esforzarse de buena gana, aconsejando bien y ejecutando mejor, que de otro modo podríase recibir deshonor y daño. Sé que la señoría del lugarteniente ha escrito a Roma y ahí, y yo no quería dejar de recordarlo, y como por otras he dicho, en cuanto los vea moverse, y se sepa por qué camino van, me iré para ahí con las resoluciones y órdenes para la defensa de ésa, las mejores que puedan haberse aquí. Encomiéndome a vuestras señorías. *Que estén bien*.

En Parma, el día 14 de febrero de 1526.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

152. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Parma, 16 de febrero de 1527

A los magníficos señores, etcétera

AYER escribí a las señorías vuestras cuanto hacía falta, por ésta se os hace saber que al Borgo San Donnino llegaron hoy las gentes del conde del Caiazzo con la persona suya; el otro ejército ha estado quieto, pero se cree que se moverá mañana o pasado mañana, y se dice por seguro que no se detendrán ni en Plasencia ni en Parma, sino que quieren o dar batalla a Módena, o ir hacia el rumbo de Bolonia para seguir hacia Toscana o Romaña. De aquí se tendrá en el movimiento el orden que hace pocos días escribí a las señorías vuestras, o sea que buena parte de estas fuerzas estén en Romaña o en Toscana antes que él y las otras las sigan; entre éstas estará el duque de Urbino, que hasta aquí no ha sido posible persuadirlo de que esté en la vanguardia; pero lo que más me disgusta es que este día ha partido de aquí, y se ha ido a Casalmaggiore enfermo de fiebre y de gota, la cual cosa nos ha dado gran disgusto, porque, como por otra os escribí, todos juzgan que esta empresa no se puede perder sino por falta de consejo, o de dinero. Otro consejo no hay mejor que el de este duque, y vuestras señorías pueden pensar cuánto desagrada su falta a quien desea que las cosas procedan felizmente para la Liga. Pero lo que es peor, es que dicho duque partió peor dispuesto del ánimo que del cuerpo, y en cuanto al cuerpo conviene rogar a Dios que lo sane; así juzga quien está aquí, y si quien está allá estuviera aquí, juzgaría lo mismo, y no creería que las victorias obtenidas en Roma basten para vencer en Lombardía. Paso a paso se os informará de lo que siga, y de lo que hagan los enemigos, y de lo que hacemos nosotros, y de lo que es necesario que hagan las señorías vuestras. *Que estén bien*.

En Parma, a los 16 días de febrero de 1526.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

P.S. El señor lugarteniente me ha dicho que escriba a vuestras señorías que la paga de estos infantes toca el día 23 del presente, y recuerda que se provea que se les pueda pagar, porque si tal pago falla, no habrá más disputa de nada, porque será nuestra ruina sin remedio, y por eso me ha dicho que lo escriba y recuerde a las señorías vuestras. *Que de nuevo estén bien*.

153. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Parma, 18 de febrero de 1527

A los magníficos señores, etcétera

SE HA escrito tantas veces y tan variadamente sobre este ejército imperial, que me avergüenzo de escribir más; sin embargo siéndome forzoso escribir, conviene escribir de lo que se oye, y después referirse a lo que sigue. Anteayer escribí que de hora en hora estaba por moverse. Estamos a los 18 días y todavía no se sabe que haya hecho otro movimiento; es verdad que hoy hay cartas del conde Guido del 16, que dice que ese día los imperiales habían atendido a pasar revista, que a los lansquenetes habían mandado 25 000 florines para dar dos florines a cada uno, y que el lunes o el martes, que sería mañana o pasado, deberían moverse, y no dice ya por qué camino, pero bien dice que él está en orden para ir con ellos adonde haga falta, para estar antes que ellos en Módena, si toman ese camino; y por el primer alojamiento de ellos se deberá ver qué camino siguen, es decir, hacia Bolonia o hacia Pontrémoli, y de todo se avisará a vuestras señorías, tanto del camino como de la defensa para las cosas de Toscana, si se dirigiesen hacia allá; y en cuanto a hacer un alojamiento todo el ejército de la Liga junto, e intentar la batalla con ellos, no se ve orden para ello, ni se puede esperar mucho.

Encontrábase, como se escribió a las señorías vuestras, el conde de Caiazzo en Borgo San Donnino con 1 000 infantes italianos y 100 caballos ligeros; ha tenido pláticas con él el señor lugarteniente para hacerlo pasar aquí al servicio del papa, y por fin lo concluyó ayer; y mañana estas gentes, tanto de a pie como de a caballo, pasarán para acá, cosa que nos ha dado y dará reputación, y la quitará a los enemigos, porque todos piensan que siendo dicho conde prudente, si viera las cosas de los imperiales en aquel orden y favores, estímase que no habría tomado tal partido. Encomiéndome a vuestras señorías. *Que estén bien*.

En Parma, el día 18 de febrero de 1526

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

154. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Bolonia, 4 de marzo de 1527

A los magníficos señores, etcétera

SI VUESTRAS señorías no hubieran sido informadas cada día de estos acontecimientos por el señor lugarteniente en cartas al reverendísimo legado,[1] podrían ellas maravillarse de no haber recibido en varios días cartas mías, y razonablemente de negligencia acusarme, pero yo consideré superfluo decir las mismas cosas que por el señor lugarteniente eran dichas y escritas, y no me he ido ahí, aunque los enemigos pasaron adelante, porque al lugarteniente le pareció que antes que yo me vaya debemos ver con certeza cuál es la empresa que planean. Y en verdad que antes que partiesen, y después que partieron, se estuvo con no poca sospecha de que fuesen hacia Toscana, porque se entendía que los apremiaba a ello el duque de Ferrara, y que también ellos tenían ganas, como que estimaban que esa región estaba más expuesta a ser tomada que ninguna otra, por no estar esos hombres habituados a ver semejantes enemigos a la cara. Creyóse esta opinión hasta ayer, porque se creía que si querían ir a Toscana debían seguir el camino de Pontrémoli o bien ir por la Garfagnana, porque esos dos caminos los conducían hacia la zona de Lucca, donde podían tener esperanza de encontrar con qué vivir unos días; y para conducirse hasta allí podían ser provistos o por la comarca que es devota de ellos o por el duque de Ferrara; y una vez que hubieran pasado tentar las cosas de Toscana; y si les salía seguir la victoria, y si no les salía pasar al territorio de Siena. Pero como de Módena han venido hacia aquí, ya nadie sospecha que vayan hacia Toscana, porque les quedan cuatro caminos, el Sasso, la Diritta, la Valdilamona, y pasar los Alpes de Crespino, o por Valdimontone, y pasar los Alpes de San Benedetto, de los cuales caminos ninguno pueden hacer seguramente, porque además de las dificultades que tendrían para pasar los Alpes, todos esos caminos los conducen al Mugello, donde se morirían de hambre en dos días, si no tomaran Pistoia o Prato; y como no pueden tener esperanza de tomarlos, no pueden seguir esos caminos. Queda otro camino para llegar a la Toscana, que es por arriba de Cesena, entrar a la Marecchia y pasar al Borgo San Sepolcro. Ese camino es fácil, pero llegar hasta Cesena es para estas gentes difícil, por haberse fortificado las plazas de Romaña y estar los pueblos vacíos de vituallas; con todo, si tomaran alguno de esos caminos, se ha ordenado modo de estar en Toscana antes que ellos, como por el señor lugarteniente al reverendísimo legado se ha escrito; y todavía estará a sus espaldas el duque de Urbino, del cual tenemos hoy nueva de que ha sanado, y con todas las tropas venecianas ha pasado el Po. Si es cierto pues que estas gentes tienen estas dificultades para seguir adelante, se sigue que la necesidad los forzará a atacar algo que les quede cerca, que puedan tomar rápidamente y que una vez tomado les abra el camino para conquistar todo lo demás. Y ayer existía la opinión de que atacarían Ravena, y

por esa razón se enviaron hoy allí 600 infantes. Hoy se empieza a sospechar no vayan a atacar Bolonia. La empresa de Ravena se las haría hacer el ser plaza mal reparada; la de Bolonia, el estar llena de pueblo, y creer que no está todo de acuerdo en sostener un asedio. Veráse pronto lo que haya de ser, y si vienen aquí, se jugará la apuesta más importante de este juego alrededor de estas murallas, en que creo que se podrá estar en seguridad, porque habrá 10 000 infantes, la plaza bien provista, el pueblo unido y bien dispuesto a defenderse. Encomiéndome a las señorías vuestras. Que estén bien.

En Bolonia, el día 4 de marzo de 1526.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

P. S. Ayer escribí lo anterior a las señorías vuestras, y la carta quedó por tierra por desorden de quien hizo el paquete, y los enemigos no se han movido, ni han venido a Castel San Giovanni, como se esperaba; sin embargo estamos en alguna diversidad de opinión de la de ayer, porque si ayer nos parecía estar seguros de que no irían a Toscana, sino que harían esta empresa, hoy estamos en suspenso, porque hemos tenido avisos de que el ánimo de ellos es ir a Toscana, pero dar antes todas las muestras de venir hacia aquí, a fin de que habiéndose mandado todas las fuerzas aquí, desarmándoos a vosotros, puedan llegar allí antes que nosotros y de un golpe sofocaros. Por eso el lugarteniente os escribe que no enviéis infantes a Romaña, y ha ordenado que los infantes del señor Juan, si están en lugar apto, vayan hacia ese rumbo, y quizás a Loglano con la persona de él se mandará buena cantidad de infantes para poder si vienen aquí, regresar, y si van allá llegar antes que ellos. He dicho que este partido se tomará quizás, porque las razones que en la carta de ayer se alegan, por las que ellos no deben ir a Toscana si antes no expugnan Bolonia, son tan poderosas que nosotros todavía somos, a pesar de los avisos mencionados, de la misma opinión; pero lo que nos da guerra en el ánimo es que un cierto Betto de los nuestros, que estuvo hoy en el campo de los enemigos, refiere que Borbón le ha dicho que haga saber aquí que si los boloñeses quieren darle paso y vituallas, y ser buenos imperiales, que no querrán otra cosa de ellos y los tratarán como amigos, pero si no hacen eso, que esperen al ejército en las murallas, tanto que nos parece grave que entren los enemigos por este camino, porque el pueblo es grande, y pudiendo escapar con buenas comidas de tantos peligros, sospechamos que se arrojarían a ellos; por eso es necesario tener aquí fuerzas para mantener quieto al pueblo, y poder mostrarle el engaño y la facilidad de la defensa; y queriendo hacer esto no es posible enviar gente a Loglano, si antes Bolonia no queda libre, y así lo que remedia allá desordena aquí, y lo que remedia aquí desordena allá. Sin embargo se piensa poder proveer a todo, porque no mandando vuestros infantes de Romaña, tenéis 5 000, y 3 000 serán los del señor Juan, los cuales de cualquier modo irán hacia ahí, y el resto del ejército, con excepción de los que están con el duque de Urbino, estará aquí, y estaremos atentos a lo que hacen los enemigos, los cuales conviene que vayan o por el camino del Sasso o por la Diritta, y nosotros iremos de inmediato por el que no tomen ellos, y de cualquier modo estaremos ahí antes que ellos, pues vamos sin artillerías, y ellos las llevan. Éstos son todos los razonamientos que ha habido hoy; de éstos se tomará el partido que se

juzgue mejor, sobre lo cual más distintamente el señor lugarteniente escribe al reverendísimo legado. *Adiós de nuevo, el quinto día, etcétera.*

---

[1] El cardenal de Cortona.

155. LOS OCHO DE LA PRÁCTICA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 10 de marzo de 1527

A Nicolás Maquiavelo
El día 10 de marzo de 1526

CUÁNTO nos agradaban los continuos y diarios avisos de las cosas de allá, aunque de mínima importancia, debías saberlo por el haberte mandado nosotros allá, no contentos con los que mandaba diariamente el Guicciardino al Reverendísimo de Cortona. Y aun cuando éstos han sido frecuentes y copiosos de suerte que mal se puede salir de ellos o dilatarse en dar informes más completos, sin embargo para mayor satisfacción nuestra nos pareció mandarte hacia allá, a fin de que no día por día sino hora por hora nos tuvieras informados de todo lo que continuamente nacía en cualquiera de esos dos ejércitos, aunque lo juzgases de poquísima o ninguna importancia, y te dedicaras solamente a ese cuidado, juzgando esto, aparte de la satisfacción de nuestros ánimos, de no poca utilidad. Lo cual, cómo lo ejecutaste y cumpliste lo demuestra la escasez de tus cartas, que fuera de una del 4 puede decirse que no hemos tenido otras, cosa de mal ejemplo y de poca satisfacción nuestra, cuando te mandamos ahí a ese efecto solamente, que de otro modo no hacía falta.

155B. LOS OCHO DE LA PRÁCTICA A NICOLÁS MAQUIAVELO[1]

Florencia, 10 de marzo de 1527

A Nicolás Maquiavelo
El día 10 de marzo de 1526

NOSOTROS creíamos, puesto que estabas allá, y además sin otros asuntos, recibir diariamente informes tuyos de los progresos y planes tanto de los cesáreos, como de las gentes de la Liga. Y al no ocurrir así, nos maravillamos grandemente, pues desde tu partida no recibimos sino dos o tres cartas tuyas, y no te admitimos fácilmente la excusa que das por la última tuya del 4, en que nos avisas que, sabiendo que el Guicciardino escribe diariamente a Monseñor Reverendísimo de Cortona y que el Reverendísimo nos da parte de todo, juzgabas que no era *muy* necesario que escribieras tú. Y no sabiendo a qué se debió tanta tardanza tuya y pérdida de tiempo, en especial viendo que tú consideras por las causas susodichas que es superfluo escribir diariamente, nos parece del todo inútil y fuera de propósito no sólo el que hayas estado allá hasta el presente ocioso, sino también el continuarlo en el futuro. La cual cosa, así como nos da poca satisfacción, nos disgusta mucho. Y desearíamos que cambiaras de actitud y purgases la contumacia que te ha dado hasta ahora. Adiós.

---

[1] Sergio Bertelli encontró estas dos cartas en el Archivo de Estado de Florencia; están copiadas en los dos lados de la misma hoja.

156. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO
Bolonia, 12 de marzo de 1527

A los magníficos señores, etcétera

SI NO recibía esta de vuestras señorías del 10 del presente, me convencía, o de que las cartas que he escrito a las señorías vuestras habían acabado mal, o de que habían sido juzgadas superfluas, como en verdad eran; y si yo no me he ido ahí, [es porque] ha parecido al señor lugarteniente que permanezca aquí hasta que estos imperiales hayan pasado a sitio donde se vea que no van hacia Toscana; y de volverse a ese camino, pueda ser ministro de alguna de las cosas que hubiesen de hacerse, según la comisión que recibí al partir de las señorías vuestras; y mientras he estado aquí he hecho algún quehacer según me lo ha encomendado su señoría. Éstas son por lo tanto las causas de por qué no he escrito continuamente, y por qué no he regresado. Pero ahora, más para obedecer a las señorías vuestras que porque sea necesario, digo que los imperiales se encuentran en San Giovanni, a distancia de 10 millas de aquí, donde han estado varios días, y nunca han hecho movimiento alguno, antes bien siendo tentados por los nuestros muchas veces, e invitados a escaramuzar, jamás se han movido. Han esperado sus capitanes a platicar con Ferrara,[1] y finalmente esta mañana se sabe por vía muy segura, que han llegado a esta conclusión: que el duque los proveerá de 6 000 sacos entre pan y harina, de 200 caballos de arrastrar artillería, de 20 000 libras de pólvora gruesa y 5 000 de fina, y reunidas todas esas cosas, deben ir hacia Toscana por la vía más corta. En cuanto al ejército de la Liga, se encuentran aquí 10 000 infantes, 600 están en Ravena, 4 000 están en Pianoro casi todos de la región de Parma, el duque de Urbino con los restantes está más allá del Po, si no lo ha pasado en los últimos dos días. Está este ejército de la Liga así dividido a fin de que al ejército enemigo no le nazca ningún designio de lo que podría hacer, y se piensa que estando así sería posible llegar antes que él a Romaña y a Toscana, y se podría defender esta plaza, o Módena, en caso de que se volviese hacia alguna de ellas. Y si bien en el pasado ha habido diversas opiniones sobre lo que quiere hacer, sin embargo este último aviso mencionado más arriba nos hace temer mucho por la Toscana, porque nos lo hace creer la multitud de víveres que preparan, de lo que tenemos pruebas por muchas vías; además de esto, no se ve hacer ningún movimiento a los pueblos sometidos a Ferrara por los que tendría que pasar si fuese a Romaña, porque la razón querría que los hiciera desocupar en parte antes. El marqués del Guasto ha mandado hoy a pedir salvoconducto para poder ir al reino con su familia, estando enfermo, por la Romaña; y no parece razonable que quisiera pasar por una comarca en que a sus espaldas se le fuese a levantar el rumor del ejército suyo asaltándolo. Por la otra parte el camino más próximo es el del Sasso, el cual los conocedores de la región juzgan dificilísimo, y así se ve que lo juzga el señor Federico de Bózzolo, por una carta que

escribe aquí al lugarteniente; además de que han de saber muy bien que de este lado y de aquél ha sido roto y fortificado, y hecho más difícil. Ir por los Alpes de Crespino, o de San Benedetto, nos parece totalmente fuera de razón, tal que mucho se teme aquí no vuelvan atrás y bajen por la Garfagnana a las tierras de Lucca, por el camino que es entre los difíciles el más fácil, y una vez que pasaran encontrarían quien los proveyera, no quien los combatiese. El camino por la Marecchia, y pasar al Borgo San Sepolcro, por el cual parece que hay algunas dudas, es más fácil que éste de la Garfagnana, pero es tan incómodo, que aquí no se cree; porque les conviene más volver atrás tres jornadas para pasar rápido a la región de Lucca, donde serán bien recibidos, que tener que marchar seis u ocho jornadas por tierras enemigas, y después llegar adonde habrán de combatirlos. Hay otro camino, que ha empezado a considerarse desde hace dos días, del cual se teme no poco, que empieza abajo de Bolonia cuatro millas hacia Ímola, asciende por el Ídice, llega al Cavrenno y a Pietramala, de ahí al Stale y a Barberino, que es el camino que hizo el Valentino cuando en el uno[2] fue a veros. Ese camino es considerado bastante más humano que el del Sasso. Se encuentra aquí uno que han mandado los de Firenzuola para entender de las provisiones, en caso de que los nuestros fuesen por aquel rumbo, con el cual el señor lugarteniente ha considerado este camino, y que opina lo mismo; cierto es que dice que cerca a cuatro millas del Stale hay un lugar llamado Covigliano, donde hay un paso malo, que se puede hacer todavía más malo, y alguna milla más allá hay otro llamado Castro, que es de naturaleza difícil y puédese hacer más difícil; por lo cual el señor lugarteniente lo manda a Firenzuola a hacer ese efecto; y vuestras señorías podrán hacer reconocer ese camino, y hacer lo mismo. Se cree que antes que los enemigos tengan todas sus provisiones juntas pasarán algunos días; con todo, aquí estamos alerta, y tanto el ilustrísimo legado como el señor lugarteniente no dejan de hacer ninguna vigilancia para ver los movimientos de ellos, y para poder en toda cosa prevenirlos. Esto es lo que tengo para escribir a las señorías vuestras, a las que humildemente me encomiendo.

En Bolonia, a los 12 días de marzo de 1526

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Alfonso d’Este, duque de Ferrara.

[2] En 1501.

157. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Bolonia, 18 de marzo de 1527

A los magníficos señores, etcétera

AYER escribí largamente a vuestras señorías, y les dije cómo el mal tiempo había impedido a los enemigos moverse; el cual tiempo comenzó el sábado de noche, y hasta ahora, que son las 24 horas, siempre ha estado o lloviendo o nevando, de tal modo que la nieve tiene un brazo de alto en todas las partes de esta ciudad, y todavía nieva. Y así aquel impedimento que nosotros no podíamos ni sabíamos dar a los enemigos, se lo ha dado y se lo da Dios. Y no se ha podido tener de ellos nueva alguna, porque los trompetas nuestros no han podido pasar por las aguas, ni los de ellos han podido venir aquí; pero pensamos que estarán mal, y si Dios nos quisiera un poco, hubiera diferido este tiempo para cuando ellos hubieran pasado el Sasso y estuvieran metidos entre aquellos montes, y por ventura este tiempo los habría alcanzado allí, si hubieran partido cuando querían; pero aquel amotinamiento que hicieron sus infanterías, que pareció entonces nocivo, los hizo demorarse y los ha salvado de este mal.[1] Sin embargo creemos que han de estar mal, porque están en lugar bajo, y que ya era pantanoso, pero por industria cultivado y habitado. Aquí se ha tratado de acrecentarles el mal, rompiendo el dique del Samoggia para que les cayeran encima aquellas aguas, y anoche se enviaron hombres a ese efecto; pero apenas anduvieron dos o tres millas no pudieron seguir adelante, y de regreso refirieron que todo era agua; con todo esto, no ha habido falta de diligencia para volver a intentarlo, y se ha escrito a los hombres de Castelfranco, y por otros caminos se han mandado hombres con promesas grandes: veré lo que sucede. De la enfermedad de Jorge Frundsberg después no se ha sabido más nada por las causas dichas; pero si la fortuna ha cambiado de opinión, él morirá de todos modos; y sería un gran principio de la salvación nuestra y la ruina de ellos.

Digo todavía a vuestras señorías, que si esta ruina les llegaba a los enemigos sin una gran provisión de víveres, era su ruina: [*sic*] pero la gran provisión que habían hecho para Toscana los salvará; que si hubieran tenido que proveerse día por día, no era posible que viviesen; y si al duque de Ferrara le volviese un poco de cerebro a la cabeza, y este tiempo durase todavía dos días, él podría acabar esta guerra estándose sentado y durmiendo: por eso habría que hacer todo lo posible para que así lo hiciera.

Yo os escribí anoche que si queremos que esta dificultad de los enemigos nos beneficie, es necesario emplear bien este tiempo que el azar nos da, porque si vuelve el buen tiempo y nosotros nos encontramos en los términos de ahora, esta dilación que habrán hecho los enemigos a la marcha hacia Toscana nos habrá hecho daño y no bien; y si queremos estar más ordenados, es preciso que los venecianos paguen a los infantes y hagan que todo su ejército se

una con éste; de otro modo las cosas no irán bien, porque todos juzgan que si estos imperiales pasan a Toscana, aunque no alterasen el territorio de ustedes y sólo pasaran al de Siena, ya no habría esperanza de ganar esta guerra si no es ganando una gran batalla campal, lo que significa que con facilidad podría perderse. El señor lugarteniente recibió esta mañana cartas de Venecia del nuncio y del embajador, las cuales no podrían estar más llenas de buenas provisiones ni de mayores esperanzas, porque decían, además de otras cosas, que el duque afirmaba que esta empresa estaba ganada, y que de cualquier modo arruinaría al ejército enemigo; y viendo el señor lugarteniente cuán apartadas están las cartas de los hechos, les ha escrito una carta de dos hojas, en la que les ha señalado todos sus errores pasados, y después cuánto sus acciones aquí difieren de las palabras que dicen en Venecia, y les ha mostrado detenidamente lo que deben hacer si quieren decir la verdad, sobre sus provisiones y las esperanzas que da el duque de la victoria. No se sabe qué fruto dará la carta; con todo se tendrá la satisfacción de haberlo recordado; y se muestra que hay quien no se convence por los gritos, y que las buenas palabras no bastan para saciarnos. Vuestras señorías también, como escribí ayer, importúnenlos y no los dejen descansar, tanto que o en efecto su ejército se contente y se una, o se vean forzados a decir que no quieren hacerlo. Adiós.

En Bolonia, el día 18 de marzo de 1526

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Las tropas se amotinaron ante la noticia de las tratativas en marcha entre el papa y el virrey español, porque una paz las hubiera privado del botín prometido. El 16 de marzo el “padre Frundsberg” reunió a todos sus hombres y les dirigió un ferviente discurso, pero las amenazas no cesaron y Frundsberg se desplomó allí mismo, con un ataque de apoplejía. El mando del ejército imperial quedó así enteramente en manos de Carlos de Borbón.

158. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Bolonia, 23 de marzo de 1527

A los magníficos señores, etcétera

DESDE que nos llegó la noticia de la tregua hecha, o bien prometida,[1] no he escrito a vuestras señorías, porque quería ver cómo era aceptada por aquí. Fieramosca escribió ayer desde el campo que por no estar allí el marqués del Guasto, que se ha ido a Ferrara, no se había podido resolver la cosa de otro modo, pero que había encontrado a monseñor de Borbón muy bien dispuesto, y recomendaba que estuvieran los dineros que, según la promesa, debían reunirse para ayer, que son 40 000 ducados. Hoy de nuevo ha escrito lo que vuestras señorías podrán ver por la copia que el señor lugarteniente manda al reverendísimo legado, que en suma muestra que la cosa procede ordenadamente, pero recomienda que esté toda la suma de los 60 000, a fin de que los que tienen poca voluntad de acuerdo no encuentren de dónde agarrarse. Por lo tanto, magníficos señores, si alguna vez tuvisteis idea de poder salvar vuestra patria, y evitarle esos peligros que ahora tan grandes y tan importantes la amenazan, haced este último intento de esta provisión, a fin de que o siga esta tregua y se eviten estos males presentes para dar tiempo, o mejor dicho postergar la ruina, o en caso de que la tregua no tuviese efecto, tenerlos para poder hacer la guerra, o mejor dicho sostenerla; porque de un modo o de otro, nunca ha habido dineros más necesarios ni más útiles; porque de un modo o de otro nos darán tiempo, y si alguna vez fue cierto aquel proverbio de que quien tiene tiempo tiene vida, en este caso es certísimo. Encomiéndome a vuestras señorías, que estén bien.

En Bolonia, el día 23 de marzo de 1526

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] En Roma, Clemente VII negociaba una tregua.

159. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

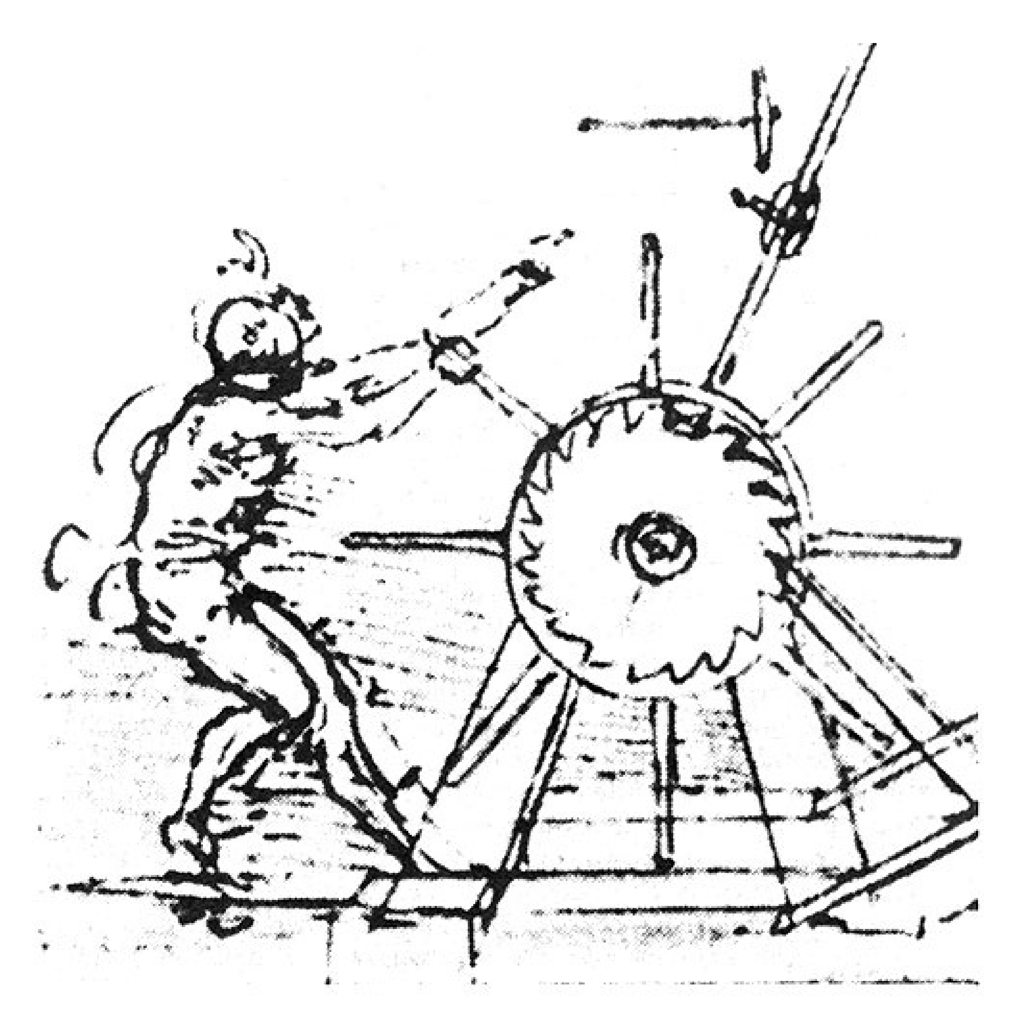
Bolonia, 24 de marzo de 1527

A los magníficos señores, etcétera

AYER escribí a vuestras señorías cuanto había sucedido después de la partida de aquí de Fieramosca. Después no ha llegado de él aviso alguno, pese a que desde ayer se le ha apremiado con dos correos. Se cree que es porque él encuentra allá alguna dificultad con aquellos capitanes alemanes, a los cuales tendrá necesidad de contentar, y debe estar esforzándose, más que si estuviera el capitán Jorge,[1] el cual se ha ido enfermo a Ferrara, de modo que por un tiempo, si no se muere, no hay qué temer ni esperar de él. El seguir estando así desagrada mucho al lugarteniente por muchas causas, especialmente porque le parece que a cada momento las tropas francesas y venecianas nos abandonarán, y para que no lo hagan ha empleado industria grande, y ha dicho al marqués que no dude de que siempre se irá salvo, y ha prometido acompañarlo personalmente tanto, que por ahora no da muestras de querer moverse, si primero no se ve la resolución de la tregua. Del mismo modo hay cartas de cierto *messer* Rinaldo Calimberto, que el Lugarteniente tiene junto al duque de Urbino, de que aquel duque dice también él que no moverá a sus tropas sin conocer antes dicha resolución; y se mantendrá esta disposición de ellos todo lo que se pueda, y no debería tener que diferirse mucho, porque no es posible que mañana o pasado mañana no se toque fondo. Mucho se ha discutido aquí si estos imperiales querrán aceptar esta tregua: algunos lo dudan viendo que dicha resolución se demora, y además, que hacen explanadas como si quisieran venir hacia esta plaza; de nuevo han ordenado carros y zapadores; pero lo que más inquietud causa es que como 3 000 españoles se presentaron ayer en Castelfranco, y por un trompeta pidieron la plaza, y como se les respondió con los arcabuces se retiraron, y dieron una batalla ordenada en San Cesario, y no pudiendo expugnarlo quemaron los burgos, y por los alrededores se apoderaron de todo el ganado que pudieron; las cuales cosas hacen pensar más en la guerra que en la paz; con todo, algunos dicen que es usanza hacer esto entre la guerra y la tregua; sin embargo esto tendrá que quedar claro, y de ello tendrán vuestras señorías aviso particular. Adiós.

En Bolonia, a los 24 días de marzo de 1526, 3 horas de la noche.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO



Leonardo da Vinci, "Grande catapulta o frombola", Códice atlántico*, f. 141r, Biblioteca Ambrosiana, Milán.*

---

[1] Frundsberg.

160. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO
Bolonia, 27 de marzo de 1527

A los magníficos señores, etcétera

HACE dos días que no he escrito a las señorías vuestras porque he estado en Pianoro pasando revista a aquellos infantes. Hoy he regresado aquí, y encontré que las cosas están en los mismos términos en que las dejé, porque del Fieramosca aún no hay resolución, a pesar de que el señor lugarteniente le ha escrito todos los días, y con la prudencia que en tales casos conviene lo ha instado a resolverse. Los tiempos han sido y son tan malos que si los españoles no han saqueado la región estos dos días, es porque se lo han impedido aquéllos. Entiéndense sin embargo deliberaciones de guerra, porque se sabe de los lugares de los que en el pasado se han obtenido las últimas informaciones, que han desistido de la intención de ir a Toscana por el Sasso, y por el otro camino cómodo hacia allí, porque están atemorizados por los lugares y los tiempos, y quieren irse por la Romaña y después entrar en Toscana por la Marecchia. Piensan en ese camino ocupar alguna plaza de las más importantes, y para poder hacerlo con más seguridad, piensan que conseguirán prevenirse contra las tropas de la Iglesia de este modo: piensan hacer su primer alojamiento en el Puente de Reno, con el cual todavía nos tendrían inmovilizados y en suspenso, pues desde allí pueden tomar varios caminos, para varias empresas; después piensan dividir el ejército, y que una parte se quede aquí, dando muestras de querer asaltar esta ciudad, y otra parte dé la vuelta por debajo de Bolonia y se ponga en medio entre Bolonia e Ímola. Esto creen poder hacerlo con seguridad, porque les parece ser en todo más fuertes que nosotros, y poder también con seguridad volver a reunirse, y así vendrían a estar adelante de estas tropas, y hallarían aquellas ciudades desprevenidas, y una de ellas que expugnasen, pensarían que las demás harían la voluntad de ellos. Paréceme que nosotros estamos en las mismas que hemos estado siempre, desde que estamos aquí, que hoy se conoce una resolución de ellos, y después se conoce otra contraria a aquélla, y por eso, ésta ha de creerse tanto como las otras que se han dicho y escrito en el pasado, y todavía no hay por qué dudar de que se haga la tregua. Con todo es necesario llegar pronto al término, o adentro o afuera, por muchas causas, y especialmente para poder aquí arreglar a los venecianos y afirmar el ánimo a estos soldados franceses, a fin de que no nos encontremos solos en la guerra; porque así como si se hiciera la tregua sería la salvación, así si se demora y no se hace sería la ruina. Y no creo que haya nadie que no piense lo mismo. Pero los cielos cuando quieren disfrazar sus designios conducen a los hombres a términos en que no pueden tomar ningún partido seguro. Nada más tengo que decir, sino encomendarme a las señorías vuestras. Que sean sumamente felices. Adiós.

En Bolonia, el día 27 de marzo de 1527

Servidor Nicolás Maquiavelo

161. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Bolonia, 29 de marzo de 1527

A los magníficos señores, etcétera

ANTES de ayer escribí a vuestras señorías. Después ha sucedido, respecto a la tregua, que volvió anoche del campo de los españoles *messer* Juan del Vantaggio, quien fue allá con Fieramosca, y refirió diferencias y confusiones entre los capitanes y los soldados, porque los soldados no querían la tregua, y los capitanes y especialmente los principales la querían; y que se había venido de allá, en parte porque estaba allí a disgusto, en parte para referir en qué términos estaban las cosas. Anoche después a las cinco horas llegó aviso de que esta mañana se moverían y vendrían aquí al puente de Reno, para hacer esa división de la que por mi última di aviso a vuestras señorías. Esta mañana después no se movieron, pero se dice que se moverán mañana, y que quieren volver atrás y por la Garfagnana entrar en Toscana, por las razones que ya escribí de estas cosas a vuestras señorías; tanto que hay gran incertidumbre sobre lo que habrán de hacer. Hoy después, a mediodía, vino un trompeta enviado por Borbón con cartas para el ilustrísimo legado, y por ellas le hace saber cuánto ha deseado él la paz, y el esfuerzo que ha hecho para que los soldados acepten esta tregua, y que en realidad no ha podido contentarlos, y muestra que hacen falta más dineros, pero no dice el número. Y por eso ruega a su señoría que no se maraville si mañana por la mañana el ejército se mueve, que es por no poder hacer otra cosa, y aconseja que sería bueno hacer saber todo a Roma, a fin de que el virrey y el papa con nuevas convenciones puedan contentar a aquellas tropas, diciendo que lo mismo hará él. Por lo cual, magníficos señores míos, a todos aquí nos parece que la tregua está liquidada, y que hay que pensar en la guerra, hasta que Dios nos ayude de modo que se vuelvan más humildes, porque parece que en estos nuevos acuerdos que se tratan nos conviene gastar esos dineros en soldados; y después si se quiere que ellos acepten una tregua, convendría tener por lo menos, además de esta paga de los soldados, por lo menos 100 000 florines en la escarcela. Y como eso no puede ser, es locura perder tiempo en una negociación donde después no se podrá concluir nada por falta de dineros. De modo que piensen vuestras señorías en la guerra, gánense de nuevo a los venecianos, asegúrenlos de manera que las tropas de ellos que han pasado el Po regresen a ayudarnos, y piensen que esta tregua, así como de tener efecto era nuestra salvación, no concluyéndose y teniéndonos en suspenso es la ruina. Adiós.

En Bolonia, el día 29 de marzo de 1527.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

162. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Bolonia, 30 de marzo de 1527

A los magníficos señores, etcétera

Los enemigos no se han movido, según por las de ayer escribí que debían hacerlo; créese que la causa de ello han sido nuevas aguas, y nuevas nieves, que han venido toda esta noche pasada. No se sabe por lo tanto si se moverán mañana; pero esto se sabe: que ellos están allí con una grandísima dificultad, y tanta que parece imposible que estén; y lo que más debería atemorizarlos es que no pueden cambiar de alojamiento que mejoren. Y sin duda si esta dificultad se aumentara de alguna manera por parte nuestra, sería su ruina; pero la mala suerte nuestra hace que nosotros nos encontremos en términos de no poder hacer cosa buena. Por lo que el lugarteniente vive en angustias grandes, y reordena y remedia todo lo que puede, y quiera Dios que pueda hacer lo suficiente. De Fieramosca y de la tregua no se ha sabido nada más, y por eso sobre esta parte no tengo nada que deciros. Créese sí por todos que es necesario volverse del todo a la guerra, puesto que por la perfidia de alguno no se logró esa paz que era tan útil, y tan salutífera. Pero no hay que demorar la resolución, sino hacerlo de inmediato y mostrar a todos que ya no hay que pensar más en la paz; y emplear para ello tales términos que los venecianos y el rey no puedan ya temer acuerdos en contra del deseo de ellos; y si esto se hace y se logra de inmediato volver a ganarse a los venecianos, y de manera que vengan gallardamente en nuestra ayuda, este impedimento que el temporal está dando a los enemigos nos será útil, porque podría darnos tiempo suficiente para que nosotros, unidos todos, seamos bastantes para contenerlos; porque ya ven vuestras señorías que hace hoy 15 días era el día destinado al pasar, y no pudieron hacerlo; así que fácilmente se podría esperar que otros 15 días las mismas causas los detengan, si no ahí mismo donde están, al menos a este lado de los Alpes; pero conviene, como he dicho, emplear este tiempo bien, de otro modo la ruina se posterga, y será tanto mayor, porque los cuerpos, por la larga enfermedad, serán menos aptos que hace algún tiempo para soportarla. Adiós.

En Bolonia, a los 30 días de marzo de 1527

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

163. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO
Ímola, 2 de abril de 1527

A los magníficos señores, etcétera

HACE tres días que no escribo a las señorías vuestras, porque apenas los enemigos se movieron de San Giovanni, el señor lugarteniente me mandó aquí para ordenar los alojamientos de las tropas que debían venir. Y las señorías vuestras habrán sabido por las cartas de él que dichos enemigos acamparon en el Puente de Reno antes de ayer, y ayer no se movieron, y el señor presidente con el marqués de Saluzzo y el conde de Caiazzo y todas las demás tropas se vinieron aquí, y en Bolonia han quedado las infanterías del señor Juan, y las que ordinariamente estaban allí. Hoy no se ha sabido hasta ahora que los enemigos se hayan movido, créese que o no se han movido, o han hecho poco camino, tanto que en dos alojamientos no llegarán. Aquí, en cuanto se teme la venida de ellos, se dejarán 1 500 infantes, y el conde de Caiazzo con sus infanterías ha sido enviado a Ravena, y así se irá secundando y proveyendo, de modo que no consigan ellos tomar ningún sitio importante; lo cual, si no lo consiguen, tendrá que ser su ruina o hacer que les parezca bueno el acuerdo hecho, el cual ya que nuestra mala fortuna ha querido que no marche, es necesario antes evitarlo sosteniendo la guerra que mostrar desearlo, porque se ha descubierto el mal ánimo de ellos hacia Italia, y en especial hacia esa ciudad, la cual se han prometido como trofeo, y mientras no se desengañen, jamás creerán en partidos razonables, si es que de alguna manera la autoridad, que no sé cuál puede ser, del virrey no los mueve; porque se cree que él, Fieramosca y el marqués del Guasto están bien dispuestos, puesto que él ha ido a Roma, y Fieramosca ha hecho, según escribe, lo imposible. Y del marqués hay este dato: que habiendo solicitado un salvoconducto para irse a Nápoles por la Romaña, como todavía no ha partido, ha mandado a pedirlo de nuevo, rogando que se le haga para Florencia y para Roma, porque quiere hablar con el papa y considerar con él estas cosas; y se queja enérgicamente de la malignidad de los que perturban dicha paz.[1] Todas estas cosas son buenas, y son para ayudar a hacer que se reúnan dichas tropas, siempre que la guerra no se abandone, de otro modo no se puede, siendo prudente, esperar obtener de ellos un acuerdo tolerable; porque ¿qué acuerdo queréis vosotros esperar de enemigos que cuando todavía están los Alpes entre vosotros y ellos, y tenéis vuestras tropas en pie, os piden 100 000 florines para dentro de tres días, y 150 000 para dentro de 10? Si llegan a estar ahí, lo primero que pedirán será vuestra riqueza mueble, porque no hay duda, y ojalá no fuera así, de que ellos avanzan movidos solamente por la esperanza de saquearos a vosotros[2] y para evitar esos males no hay otro remedio que desengañarlos, y si ello ha de hacerse, más vale hacerlo con estos Alpes que con aquellos muros, y todas las fuerzas que haya emplearlas aquí, para detenerlos aquí, donde si se ven detenidos por mucho tiempo es preciso que se resuelvan,

porque hay avisos de lugares seguros de que si no consiguen en todo este mes ocupar lugares grandes, que no lo conseguirán si ninguno se abandona, es forzoso que caigan; y nunca os faltará, si el defenderos de este lado de los Alpes no resulta, el modo de conducir allá las fuerzas que tengáis de este lado. Recuerdo que en la guerra de Pisa,[3] cansados los pisanos por la duración de ella, empezaron a hablar entre ellos de hacer acuerdo con vosotros, lo cual presintiendo Pandolfo Petrucci, mandó a *messer* Antonio da Venafro a exhortarlos a lo contrario. *Messer* Antonio les habló públicamente, y después de muchas cosas dijo que habían pasado un mar lleno de tempestad y ahora se querían ahogar en un charco. No digo esto porque piense que esa ciudad esté por abandonarse, sino para daros esperanza cierta de salvación, si queréis gastar 10 florines para liberaros con seguridad, antes que 40 que os amarren y destruyan. A vuestras señorías me encomiendo. Que vivan muy bien.

En Bolonia,[4] *el segundo día de abril de 1527*

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Véase *supra*, carta del 12 de marzo de 1527.

[2] Florencia era una de las ciudades más ricas del mundo, donde estaban los mayores bancos.

[3] La larga guerra de Florencia por recuperar Pisa, que la milicia organizada por el propio Maquiavelo concluyó victoriosamente en 1509.

[4] *Sic*, probablemente por error.

164. NICOLÁS MAQUIAVELO A GUIDO MAQUIAVELO
Ímola, 2 de abril de 1527

A mi querido hijo Guido de Nicolás Maquiavelo

En Florencia

GUIDO, hijo mío queridísimo. Recibí una carta tuya, la cual me fue gratísima, máxime porque me escribes que sanaste bien, que no podría haber recibido mejor noticia; que si Dios te presta vida, y a mí, creo hacerte un hombre de bien, si tú quieres hacer parte de tu deber; porque, además de las grandes amistades que yo tengo, he hecho nueva amistad con el cardenal Cibo y tan grande, que yo mismo me maravillo, la cual te será útil;[1] pero es preciso que aprendas, y como ya no tienes la excusa de la enfermedad, esfuérzate por aprender las letras y la música, pues ves cuánto honor me hace a mí un poco de virtud que tengo; así que, hijo mío, si quieres contentarme a mí, y hacerte bien y honor a ti mismo, estudia, haz el bien, aprende, que si tú te ayudas todos te ayudarán.[2]

Al mulito, ya que ha enloquecido, es preciso tratarlo al revés que a los demás locos: porque a los demás locos los amarran, y yo quiero que tú lo sueltes. Se lo darás a Evangelio y le dirás que lo lleve a Montepugliano y después le quite la brida y el cabestro y lo deje irse adonde quiera a ganarse la vida y sacarse la locura. La región es amplia, la bestia es pequeña, no puede hacer mal ninguno; y así sin pasar trabajos se verá lo que quiere hacer, y si sienta cabeza siempre estás a tiempo de recuperarlo. De los demás caballos haced lo que ha ordenado Luis, el cual agradezco a Dios que se haya curado, y que los haya vendido, que sé lo habrá hecho bien, pues me ha remitido dinero, pero me maravilla y duele que no me haya escrito.

Saluda a *monna* Marieta, y dile que yo he estado aquí por partir de día en día, y así sigo; y nunca tuve tantas ganas de estar en Florencia como ahora, pero no puedo hacer otra cosa. Sólo le dirás que por cosa que oiga, no se preocupe, que yo estaré ahí antes que llegue ninguna dificultad. Besa a la Baccina, Piero y Totto, si está ahí, el cual mucho quisiera saber si se ha curado de los ojos.[3] Vivid contentos y gastad lo menos posible. Y recuérdale a Bernardo que piense en obrar bien, que en los últimos 15 días le he escrito dos cartas y no he tenido respuesta.[4] Cristo os guarde a todos. Día 2 de abril de 1527.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Ímola

[1] El cardenal Inocencio Cibo, primo del papa y legado pontificio en Bolonia, generoso protector de literatos.

[2] Guido, cuya fecha de nacimiento se ignora, se dedicó después a la carrera eclesiástica y a las letras, sin pasar de un nivel muy modesto. Intervino en la publicación de las obras de su padre.

[3] Totto era evidentemente muy pequeño, porque todavía estaba con la nodriza. Tampoco conocemos la fecha de nacimiento de ninguno de estos otros hijos de Nicolás Maquiavelo.

[4] Bernardo había nacido en 1503 (lo sabemos porque Nicolás Maquiavelo estaba ausente y le escribieron dándole la noticia; véanse los apéndices 10 y 11) y estaba adjunto a la oficina de los Cinco Procuradores de los Muros (véase *supra*, carta a Guicciardini del 17 de mayo de 1526).

165. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Forlí, 5 de abril de 1527

A mi muy estimado y magnífico Francisco Vettori

En Florencia

ESTIMADO Francisco mío. Después que se hizo la tregua en Roma,[1] y que se vio que estos imperiales no querían observarla, *messer* Francisco escribió a Roma[2] que era necesario tomar uno de tres partidos: o volver a la guerra con términos tales que todo el mundo entendiese que nunca más se hablaría de paz, a fin de que Francia, los venecianos y todos, sin reparos ni temores, hicieran su deber, en lo cual mostró que había todavía muchos remedios, máxime si el papa quería ayudarse; o bien, si no agradaba éste, tomar el segundo, que sería del todo contrario a este primero, ir tras esta paz con toda diligencia, y poner la cabeza en manos de este virrey, y por ese camino dejarnos gobernar por la fortuna; o bien, cansado en uno de estos partidos, y envilecido en el otro, tomar un tercer partido, el cual no importa ni es preciso decir ahora.[3] Este día ha recibido *messer* Francisco respuesta de Roma, que el papa prefiere tomar aquel segundo partido de arrojarse todo en manos del virrey y la paz, el cual si se consigue por ahora será nuestra salvación; si no se consigue hará que nos abandonen todos. Si se ha de conseguir o no, vos podéis juzgarlo igual que nosotros; pero sólo os digo esto: que *messer* Francisco ha tomado en cualquier eventualidad esta decisión, de ayudar a las cosas de Romaña mientras que ve a 16 céntimos por lira que se pueden defender, pero en cuanto las vea indefendibles, sin ningún miramiento abandonarlas; y con las fuerzas italianas que encuentre y con los dineros que le queden, ir para allá a fin de salvar de cualquier modo a Florencia y su estado. Y estad con buen ánimo, que la defenderemos de cualquier modo.

Este ejército imperial es gallardo y grande; sin embargo, si no encuentra quien se deje, no tomaría ni un horno. Pero sí hay peligro de que por debilidad no empiece una plaza a volverse hacia él, y como empiece una, que se hagan humo todas las demás; lo cual es una de las cosas que hacen peligrosa la defensa de esta provincia. Sin embargo, en caso de que se perdiese, vosotros, si no os abandonáis, podéis salvaros; que defendiendo Pisa, Pistoia, Prato y Florencia, podréis hacer con ellos un acuerdo que si es grave, no será del todo mortal. Y como esa decisión del papa es por ahora secreta con respecto a estos coaligados, y en todos los demás respectos, os ruego no comuniquéis esta carta. Adiós. A los 5 días de abril de 1527.

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Forlí

[1] Clemente VII estipuló por fin una tregua por ocho meses el 16 de marzo, con el virrey de Nápoles Carlos de Lannoy, pero "el Borbón" mostró desde el primer momento que no la respetaría.

[2] La carta de Guicciardini, dirigida al datario Gian Matteo Giberti, es del 29 de marzo.

[3] El tercer partido que aconsejaba Guicciardini era la fuga. Sin embargo Clemente VII confió en la tregua al punto de licenciar sus tropas y dejar Roma completamente desarmada.

166. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Forlí, 8 de abril de 1527

A los magníficos señores, etcétera

POR otras mías habrán sabido vuestras señorías cuanto ha ocurrido; por la presente se os hace saber que los enemigos no partieron ayer del alojamiento al que habían venido entre Ímola y Faenza, al que habían llegado el día anterior, de modo que mucho se temió no quisieran volverse al camino de Toscana. Mandaron su trompeta a Faenza a pedir de parte de Borbón tres cosas, la una que les diesen paso seguro junto a la plaza; la otra vituallas por dinero de ellos; la tercera que recibiesen adentro a sus enfermos para atenderlos. Fuéronles negadas las tres, y bien que aquel pueblo mostró cierto disgusto en cuanto a obedecer y recibir guardia de soldados, sin embargo después la recibió, y mostró ánimo de querer defenderse. Esta mañana después dicho campo de los enemigos vino hasta cerca de Faenza a un tiro de falconete, después se volvió hacia la mano izquierda, y ha tomado el camino de abajo hacia Ravena, de modo que nosotros estamos seguros por ahora de que no pasarán a Toscana. Estamos además casi seguros de que no habrán de tomar ninguna de estas plazas de Romaña, porque así como se han provisto Faenza, Ímola y Forlí, así se proveerán Ravena, Cesena y Rímini; y lo que no hubiera tiempo de proveer por vía de tierra, se proveerá por vía de mar; talmente que podemos estar seguros, si no nace algún accidente extraordinario. El conde Guido a estas horas, con las tropas que tenía en Módena y con las infanterías del señor Juan, que se dejaron en Bolonia, debe haber llegado a Ímola. Nosotros estamos aquí en Forlí con los suizos y tropas francesas, y se combate con mucha dificultad. Estos capitanes, en cuanto se alejan del señor lugarteniente ejecutan tarde o mal las cosas ordenadas. Estos soldados son insoportables, estos pueblos les tienen tanto miedo que con dificultad los reciben. Los soldados de los Confederados van con lentitud por dudar de esta tregua, y el rumor de la venida del virrey los hubiera alienado del todo,[1] si el lugarteniente no se la hubiera puesto de modo que se persuadieron de que no ha de tener efecto alguno. Entendióse además que el duque de Urbino se aprestaba a venir hacia este rumbo, pero se teme que haya de enfriarse, al sentir que por la venida del virrey la tregua hierve; con todo, los enemigos, yendo hacia su casa, deberían hacerlo más solícito. Tanto es que las comodidades que nosotros tenemos de ser señores de las plazas, de tener la comarca abierta, de haber tenido el dinero, de tener muchos soldados y prácticas, todas nos son quitadas por el estar divididos en varias partes, y desconfiar el uno del otro. Por otra parte, la incomodidad que tienen los enemigos de tener la comarca cerrada, de morirse de hambre, de no tener dinero, todas son causa de estar ellos juntos y unidos, y por encima de toda opinión humana obstinadísimos, la cual obstinación si es vencida por la venida de este virrey, será una buena y felicísima noticia. Adiós.

En Forlí, el día 8 de abril de 1527

Habíamos dejado atrás escribir a vuestras señorías que los enemigos entraron ayer a Brisighella, que estaba vacía de hombres y de cosas, y la quemaron, y la fortaleza obtuvieron por pactos, y no los observaron. De nuevo adiós.

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] *Gli avrebbe al tutto alienati*. El condestable de Borbón continuaba avanzando con el ejército, y se decía que el virrey de Nápoles, que ya le había mandado varios emisarios, iba a llegar para detenerlo.

167. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Forlí, 10 de abril de 1527

A los magníficos señores, etcétera

ANTES de ayer escribí a las señorías vuestras. Ayer no se movieron los enemigos, y tomaron por pactos Bussi y Cutignola, donde habrán encontrado algunas vituallas para poder alimentarse un poco, y todavía están en sitio que en una etapa podrían atacar cualquiera de estas tres plazas, es decir Forlí, Faenza e Ímola. Son 12 horas, y todavía no se han movido, ni se sabe lo que harán hoy. Espérase con gran deseo este acuerdo, del que a quien está aquí le parece que hay grandísima necesidad. Encomiéndome a las señorías vuestras. Que vivan bien.

En Forlí, a los 10 días de abril de 1527

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

168. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO
Forlí, 11 de abril de 1527

A los magníficos señores, etcétera

ANTES de ayer escribí brevemente a las señorías vuestras cuanto hacía falta; después no tengo qué escribir, salvo que los enemigos han pasado en el día de hoy el río Lamone y se van para abajo hacia la Marca, y harán poco camino según acostumbran, y no se cree que ataquen plazas mientras estén en Romaña, porque nosotros estamos a tiempo de proveerlas de guardia, pero ya no se cree tener tiempo de proveer a las de la Marca, porque ese modo de proceder no es bueno, cuando no se puede ir siempre adelante con tanta gente, que sea posible dejar continuamente alguna en los lugares que se dejan atrás, sacándola de la que nos sobra; porque cuando alguno está escaso, o cuando para guardar las plazas de adelante hace falta sacar de las que dejamos atrás, o alguno no tiene tiempo de hacerlo, o nacen de ello desórdenes e inconvenientes aptos para causar nuestra ruina. Aquí se comenzó por las órdenes dadas por el duque de Urbino a desmembrar este ejército en Parma, y lo hemos ido reduciendo hasta aquí en Forlí, donde no nos quedaba gente para dejar, e ir adelante con el resto a Cesena y a Rímini, porque se había mandado al conde de Caiazzo a Ravena, y los suizos que nos habían quedado no se pueden dividir, porque no quieren separarse unos de otros, que si se hubieran podido dividir, una parte se dejaba aquí, y con el resto íbamos a Cesena; pero no pudiendo hacer eso, fue necesario empezar a servirnos de las tropas que habíamos dejado atrás, porque las plazas que se han dejado atrás no se pueden desguarnecer si el enemigo no se ha alejado de modo que no pueda regresar a ellas antes que el socorro no pueda regresar también. Conviene estar atento a las noticias y hacer las cosas muy a tiempo, si no se quiere que nazca desorden adelante o atrás; y como tales noticias no se pueden tener a tiempo, es imposible que tal desorden no nazca. De ahí han nacido estas variaciones de las comisiones, de querer ya que los infantes de Toscana vengan, ya que no vengan; de ahí nació el vaciar Ímola fuera de tiempo, y las sospechas que se tuvieron después sobre Bolonia. De ahí nacerá que será imposible por este camino, y con estos estorbos, defender la Marca, a lo que se añadirá que aquellas plazas son más débiles que éstas. Este modo de proceder ha mostrado y mostrará cada vez más cuánto mejor era el modo que recordó Pedro Navarra, y que se escribió aquí, pero no fue aceptado por el duque, que dijo que si se hacía una cabeza en Plasencia de todo el ejército, los enemigos no podían venir aquí ni ir a Toscana, porque bastaba en todas estas plazas con haber puesto gente bastante para defender las puertas, no pudiendo aquellos atacarlas con un ejército detrás que los constriñese al hambre. En fin, así están las cosas, y si hay que guerrear, y este ejército de la Liga no se une, todo se arruinará, si es que alguna de esas necesidades de que alguna vez hemos tenido esperanza no hace que los enemigos se

resuelvan; pero esta obstinación que se ve que tienen nos quita toda opinión de que así pueda ser. Están pues las cosas en término en que es preciso o fabricar o concluir la paz, la cual después que uno se ha acompañado tan mal, no debe rehuirse cuando resulte soportable; porque de seguir la guerra, si este ejército no se une, si no se satisface a los capitanes, si los venecianos y el rey no llegan a ser mejores compañeros, si el papa no hace por tener más dinero, corremos peligro evidentísimo de una completa ruina. Adiós.

En Forlí, el día 11 de abril de 1527

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

169. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS OCHO

Forlí, 13 de abril de 1527

A los magníficos señores, etcétera

LOS ENEMIGOS, según hasta esta hora, que son las 15, se ha sabido, se levantan y pasan el Montone, y siguen su camino hacia Ravena y Cesena. Ayer estuvieron quietos, y de su orden y designio de avanzar se ha hablado variadamente, y se han tenido varios indicios, los cuales todos escribimos a las señorías vuestras no como seguros, sino como conocidos del modo que pueden conocerse las andanzas de ellos, y de gente que no está todavía resuelta sobre lo que quiere hacer; porque un fin y un deseo se ve que ellos tienen, y es el de ir a buscar su fortuna en Toscana. Pero por dónde, y cómo, y cuándo quieren hacerlo, parece que hasta aquí no han sabido, o podido resolverse. Existía hasta hoy la opinión de que antes de ir ahí querrían tomar aquí un nido que les sirviera de escala para pasar; aumentaba esta opinión un rumor y fama universal que los esperaban 10 cañones de Ferrara[1] para atacar una de estas plazas; y aun cuando por la mayor parte se creía que ese rumor lo habían lanzado aquellos capitanes para dar razón de su demora, la cual hacían o por las pláticas de la tregua, o por esperar otras provisiones suyas para la guerra; sin embargo se pensaba también que podía ser cierto, por resonar la fama de dichos cañones de tantas partes, y en caso de que fuera temíase, o por esta plaza por haber en ella en su mayor parte suizos, que son gente que no gusta de encerrarse, o que procedieran rápidamente a hambrearla, porque otras razones no podían moverlos. Temíase por Faenza, estimando que pudieran haber tenido noticia de las locuras de aquel pueblo, que no quiso mucho presidio, y el poco que tiene lo trata de modo que a cada momento está por marcharse. Temíase por Ravena, por ser aquella ciudad grande, y no haber en ella más que 2 000 infantes por ahora, aunque si hubiera llegado el caso habrían podido mandarse más.

Todas estas dudas antes escritas fueron borradas esta mañana por un nuevo aviso recibido de hombres que acaban de venir del ejército, y de buena discreción, los cuales refieren que los cuatro cañones que ellos tenían consigo, los enviaron a Luco, y que oyeron decir al duque de Borbón, razonando con otros capitanes, que quería sin pensar en otra cosa pasar a Toscana, y que irán por la Marecchia o por otro camino poco distante de aquél, que llega igualmente al Borgo a San Sepolcro. Se hará esfuerzo por saber si es cierto que los dichos cuatro cañones están en Luco, que si así fuese, la cosa estaría clara. Que vayan ahí lo hace creer en parte la necesidad que tienen de hacer algo, y no puede parecerles que en Romaña harán algún progreso, y también el saber que a toda hora los apremian los seneses, los cuales les prometen, según se ha visto por una carta de ellos interceptada, que les darán de qué vivir por un año, si van por ese camino. Estas tropas nuestras están todas en sitios que, quedando abiertos tantos caminos, llegarán a Toscana antes que ellos, y si vuestras señorías han

ordenado que los lugares importantes de Valditévere y Valdichiana estén pertrechados, y los otros se vacíen, ellos no harán mayores progresos al entrar en vuestras tierras que los que han hecho aquí, especialmente no teniendo consigo artillerías grandes, tanto que se puede decir que hasta que no lleguen al territorio de Siena no podrán hacer efecto alguno, y tardarán tanto que aquellas fronteras estarán todas guarnecidas con la gente de acá. Y se dice que es preciso que los hombres hagan de la necesidad virtud, pero si se suma a la virtud la necesidad, conviene que la virtud crezca mucho y llegue a ser insuperable. Las señorías vuestras y esa ciudad con su sola virtud han defendido hasta aquí, y salvado, la Lombardía y la Romaña; es imposible que ahora, agregándose a la virtud la necesidad, ella no se salve a sí misma.

Estamos a las dos horas de la noche, y los enemigos están instalados sobre el río del Montone, todavía bajo Strada. Y los avisos de todas partes se multiplican que van hacia el rumbo de Toscana, y que han mandado sus artillerías grandes a Luco. Cuenta el Lugarteniente con ver que hagan otro alojamiento, y una vez que esté claro el camino de ellos, se empezará a enviar al conde Guido, que ahora se encuentra en Ímola con parte de estas tropas, hacia ese rumbo, y detrás iremos todos en tiempo que estaremos ahí antes que ellos. Y como es ése un mal previsto, vuestras señorías no pueden recibir de él nuevo temor, porque aquí nunca se ha pensado poderlos contener que no fuesen ahí cuando quisieran hacerlo, sino sólo que vayan con menos comodidad y con la menor reputación que sea posible; lo cual se ha hecho porque, no habiendo ocupado en esta provincia plaza alguna, no tienen aquí lugares que les sirvan de escala para conducirse allí, y así no tienen la reputación que tendrían si hubieran hecho alguna expugnación honrosa; tanto que por ahora siguen pareciéndose a aquellas compañías que hace ya 150 años andaban, sin tomar plazas, expoliando o arruinando los pueblos. Y no se teme que esa comarca sea menos apta para resistir que lo ha sido ésta; ni que los favores que obtendrán de Siena ofendan más a la Toscana, que se ofendieron estos pueblos por los favores que obtuvieron de Ferrara. El duque de Urbino, como vuestras señorías habrán sabido, ha mandado 2 000 infantes hacia su tierra, y ha nacido cierto recelo no permita a los suyos que provean a estos imperiales de víveres, lo que si sucediese les haría más fácil el paso. Es preciso comunicarse cada día, y vuestras señorías pensarán si habrán de hacer alguna provisión ahí por miedo del embajador veneciano. Encomiéndome a las señorías vuestras, que vivan bien.

En Forlí, a los 13 días de abril de 1527

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] El duque de Ferrara fabricaba cañones.

170. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Forlí, 14 de abril de 1527

A mi muy estimado y magnífico Francisco Vettori

En Florencia

MAGNÍFICO señor. De aquí se ha aconsejado siempre el acuerdo por las mismas razones que vos ahí lo habéis aconsejado siempre; porque, viendo el comportamiento del papa y los venecianos, viendo el poco orden que había en nuestras gentes, viendo que al papa le faltaba toda esperanza de poder sostener la guerra del reino, vista la potencia y obstinación de los enemigos, juzgábase la guerra perdida, como vos mismo, cuando yo partí de allá, la juzgabais. Esto ha hecho que siempre se haya aconsejado el acuerdo, pero se entendía un acuerdo que fuera firme, y no dudoso e intrigado como éste, que se hace en Roma y no se observa en Lombardía; y que hay pocos dineros, y esos pocos es preciso o guardarlos para semejante acuerdo todo dudoso y quedar desarmados, o, para quedar armados, pagarles y quedar sin dineros para el acuerdo. Y así como se pensaba que un acuerdo claro sería salutífero, uno intrigado es totalmente pernicioso, y la ruina nuestra.

De allá han escrito ahora que el acuerdo está casi firme; y como el primer pago es de 60 000 ducados, se cuenta para la mayor parte con los dineros que hay aquí. Aquí hay 13 000 ducados contantes, y 7 000 en crédito con los venecianos. Si los enemigos avanzan para ir a Toscana, habrá que gastarlos en mantener estar tropas, si queremos mantener esa pobre ciudad, de modo que, si vosotros os basáis en el acuerdo, conviene que os baséis en un acuerdo que asegure estas armas y estos gastos. De otro modo, si se mantiene un acuerdo intrigado, por el cual haya que proveer al acuerdo y a la guerra, no se proveerá ni una cosa ni otra, y el resultado será mal para nosotros y bien para nuestros enemigos, los cuales se ocupan, caminando hacia nosotros, de la guerra, y os dejan a vosotros enredaros entre la guerra y los acuerdos. Soy vuestro. A los 14 días de abril de 1527.

Vuestro NICOLÁS MAQUIAVELO, en Forlí

171. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI
Forlí, 16 de abril de 1527

Al muy magnífico Francisco Vettori su estimado

En Florencia

MAGNÍFICO, etc. Monseñor de la Mota ha estado hoy en el campo de los imperiales con la conclusión del acuerdo hecho allá, que si Borbón lo quiere, tiene que detener el ejército; si lo mueve será señal de que no lo quiere, de modo que el día de mañana ha de ser juez de nuestras cosas. Por lo tanto aquí se ha decidido, si mañana él se mueve, pensar totalmente en la guerra, sin tener ya ni un pelo que piense más en la paz; si no se mueve, pensar en la paz, y dejar todos los pensamientos de la guerra. Con este viento conviene que naveguéis vosotros también, y de resolverse la guerra, cortad todas las pláticas de paz, y de manera que los coaligados avancen sin ningún reparo, porque aquí es preciso no claudicar más, sino hacerlo a la desesperada, que a menudo la desesperación encuentra remedios que la elección no ha sabido encontrar. Ellos van allá sin artillerías, por un terreno difícil, de manera que si nosotros la poca vida que nos queda la unimos a las fuerzas de la Liga que están a punto, o ellos se irán de esta provincia con vergüenza, o se reducirán a términos razonables. Yo amo a *messer* Francisco Guicciardini, amo a mi patria más que a mi alma, y os digo esto por la experiencia que me han dado 60 años, que no creo que jamás se hayan fatigado artículos más difíciles que éstos, en que la paz es necesaria y la guerra no se puede abandonar, y tener entre manos a un príncipe que con trabajos puede atender a la paz sola o a la guerra sola. A vos me encomiendo. A los 16 días de abril de 1527.[1]

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Forlí

---

[1] El “príncipe que con trabajos, etc.” es Clemente VII; en realidad Nicolás Maquiavelo estaba por cumplir 58 años. Con la misma fecha escribía a los Ocho Francisco Guicciardini: “Ante estas dificultades, y juzgando que el punto más peligroso de todo esto es el hecho de que tenemos a los enemigos en Toscana y nos hallamos desarmados, he decidido según mi escaso entender, ya que en esto no recibo ninguna instrucción en otro sentido, encaminar hacia Florencia todas las fuerzas de que me sea posible disponer”. En las *Historias florentinas*, II, VII, se dice que “aquellos ciudadanos estimaban entonces más la patria que el alma”. El contraste entre el interés por este mundo y por el otro en hombres de unos y otros tiempos y lugares es un tema recurrente de los *Discursos*.

172. GUIDO MAQUIAVELO A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 17 de abril de 1527

A su estimado padre Nicolás Maquiavelo

En Forlí

Jhesus

ESTIMADO padre, salud, etc. Para dar respuesta a la vuestra del 2 de abril, por la que entendemos que estáis sano, que Dios sea alabado, y quiera él conservaros.

Sobre Totto no se os escribió por no haberlo traído todavía; pero por el marido de la nodriza sabemos que todavía no ha sanado de los ojos; pero dice que con todo va mejorando, así que no os preocupéis. El mulito todavía no se ha mandado a Montepugliano, porque la hierba todavía no ha vuelto, pero en cuanto se afirme el tiempo se mandará allí de cualquier modo.

Por carta vuestra a *monna* Marieta supimos que habéis comprado una linda cadena para la Baccina, que nunca hace otra cosa que pensar en esa hermosa cadenilla, y rogar a Dios por vos, que os haga regresar pronto.

En los lansquenetes no pensamos más, porque nos habéis prometido que estaréis con nosotros si algo sucediese, así que *monna* Marieta no se preocupa ya.

Os rogamos escribáis cuándo piensan los enemigos venir en daño nuestro, porque todavía tenemos muchas cosas en la quinta: vino y aceite, si bien hemos traído aquí del aceite 20 o 23 barriles; y están allá las camas. Las cuales cosas nos escribisteis que averiguásemos con el Sagrino si él las quiere en su casa, lo cual él aceptó. Esto os suplicamos porque para llevar tanta cosa a San Casiano es preciso tener dos o tres días de tiempo.[1]

Nosotros estamos todos sanos, y yo me siento muy bien, y empezaré esta Pascua, en cuanto Baccio sane, a tocar y cantar y hacer contrapunto de tres. Y si uno y otro siguen sanos, espero en un mes poder arreglármelas sin él, si Dios quiere. De la gramática[2] entro hoy a los participios, y *ser* Luca me ha enseñado casi todo el primero de Ovidio *Metamorphoseos*, el cual apenas regreséis quiero deciros todo de memoria.

Monna Marieta se os encomienda y os manda dos camisas, dos toallas, dos gorritos, tres pares de calcetas y cuatro pañuelos. Y os ruega que regreséis pronto, y así todos nosotros juntos. Cristo os guarde y en prosperidad os mantenga. De Florencia, a los 17 días de abril de 1527.

Vuestro GUIDO MAQUIAVELO, en Florencia

[1] La quinta quedaba sobre el camino real; San Casiano era el más próximo poblado amurallado. Evidentemente, Nicolás había mandado a su familia instrucciones de evacuar el lugar y ponerse a salvo.

[2] Del latín.

173. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO VETTORI

Brisighella, 18 de abril de 1527

Al muy magnífico Francisco Vettori su muy estimado

En Florencia

ESTIMADO Francisco. Por milagro han llegado hasta aquí estas gentes francesas; igualmente será un milagro si el duque de Urbino viene a Pianoro mañana, como parece que escribe ahí el legado de Bolonia, y aquí se esperará, según creo, a saber lo que ha hecho él. Y por el amor de Dios, ya que no se puede obtener este acuerdo, si no se puede obtener, cortad de inmediato las pláticas, y de tal modo, con cartas y con demostraciones, que estos coaligados nos ayuden; porque así como el acuerdo, si fuese observado, sería en todo la certeza de nuestra salvación, así tratarlo sin hacerlo sería la certeza de la ruina. Y que el acuerdo era necesario, se verá si no se hace; y si el conde Guido dice otra cosa, es una mierda. Y sólo quiero discutir con él esto: preguntadle si era posible contenerlos que no fuesen a Toscana; os dirá que no, si dice como siempre ha dicho en el pasado; y lo mismo el duque de Urbino. Si es cierto que no se podía contenerlos, preguntadle cómo podían salir de ello sin dar batalla, y cómo podía esa ciudad soportar dos ejércitos encima, de calidad que el ejército amigo es más insoportable que el enemigo. Si os resuelve esto, decidle que tiene razón. Pero quien goza en la guerra, como lo hacen estos soldados, estaría loco si alabara la paz. Pero Dios hará que tengan que hacer más guerra de la que nosotros querríamos. A los 18 días de abril de 1527.[1]

NICOLÁS MAQUIAVELO, en Brisighella

---

[1] Sobre las actividades de Maquiavelo después de esta fecha, véase la Cronología, 1527.



Leonardo da Vinci, Bust of a warrior in profile, ca. *1475-1480, Museo Británico, Londres*.

174. NICOLÁS MAQUIAVELO A FRANCISCO GUICCIARDINI

Civitavecchia, 22 de mayo de 1527

SEÑOR lugarteniente. Respondió el capitán *messer* Andrea[1] a lo que por parte de vuestra señoría le dijimos, que de sus galeras tenía una en Livorno junto con un bergantín, y las demás las tenía aquí, de las cuales no podía hacer contrato ninguno debido a las cosas que están pasando alrededor, porque de un momento a otro podía suceder que el papa tuviera necesidad de él, y sería perjudicial que estuviera comprometido en otra parte. Pero que la galera y el bergantín debían volver de Livorno, y que entonces podríamos servirnos del bergantín.[2] Dijo también que la marquesa de Mantua debía estar aquí mañana, y debía irse con tres galeras a Livorno, sobre las cuales podíamos ir también nosotros; y finalmente quedamos en ir en el bergantín, o en las galeras, según cuál llegase primero. Conversamos sobre la carta vuestra de esta mañana; dijo que todo le agradaba, con tal que hicierais el segundo alojamiento o en el Monte Mario, o en las viñas del papa, y sobre todo si tuvierais cuidado de combatir con ventaja, porque igualmente duda que vosotros no lo hagáis mal.

Le comunicamos las últimas noticias de Florencia y de Francia, y de todo mostró alegrarse; y en cuanto a Florencia dijo, que si el papa hubiera tomado un partido semejante hace un año, sus cosas estarían en otro estado.[3]

En Civitavecchia, a los 22 días de mayo de 1527

NICOLÁS MAQUIAVELO
FRANCISCO BANDINI

---

[1] Andrea Doria, con la flota genovesa.

[2] Por fin el papa huyó disfrazado, pero fue a Orvieto, donde estaba reunido el ejército de la Liga. Sobre los detalles referentes a esta carta —en particular, a quién se refiere el "nosotros"— hay variadas conjeturas igualmente inciertas.

[3] Escribe Busini que "estando el Papa encerrado en el Castillo, y no sabiendo qué hacer, escribió a su Estado, creyendo que estaba todavía en pie, que volvieran a poner a la ciudad en libertad del mejor modo que pudieran para ellos. Por lo que yo oí decir (pero al Maquiavelo) que daba lo que no era suyo, burlándose de su simpleza" (carta del 23 de noviembre de 1548). Sobre los usos de las palabras "estado" y "libertad", una vez más, véase Federico Chabod, *La idea de nación*.

175. LUIS MAQUIAVELO A NICOLÁS MAQUIAVELO

Ancona, 22 de mayo de 1527

A su muy estimado padre Nicolás Maquiavelo

En Florencia

†Christus. A los XXII días de mayo de 1527

ESTIMADO padre, etc. La última mía fue de Pera. Después no os he escrito porque no hizo falta. Al presente, es para deciros que hace dos días llegué aquí a Ancona, y ayer tuve una gran fiebre. Estamos aquí detenidos y confinados debido al morbo. Quisiera que cuanto antes, por este sirviente que debe regresar, me digáis si mis caballos se han vendido y si hay compradores a mano, porque me encuentro aquí con siete caballos. Y de haber compradores del caballo grande, os recuerdo que cuesta 110 ducados, y no lo deis por menos. Y de inmediato dad aviso por este servidor, que no tiene otra cosa que hacer allí, y nosotros no partiremos de aquí hasta que ese sirviente regrese. No me alargaré más, por no tener tiempo y además no sentirme muy bien; que hemos venido desde Ragusa en 30 horas, y allá caían los hombres muertos de peste por la calle. Y por esa razón tengo mucho miedo. Que Dios me ayude. A vos siempre me encomiendo. Dios siempre de mal os guarde. Encomendadme a *monna* Marieta, y decidle que ruegue a Dios por mí; y saludad a toda la brigada.

Vuestro LUIS MAQUIAVELO fuera de Ancona

APÉNDICES

1. NICOLÁS MAQUIAVELO A RICCIARDO BECCHI, EMBAJADOR FLORENTINO EN ROMA

Florencia, 9 de marzo de 1498

PARA daros noticia completa de las cosas de aquí relativas al fraile,[1] según vuestro deseo, sabed que después de los dos sermones de los que ya habéis recibido copia, predicó el domingo de carnaval, y después de decir muchas cosas, invitó a todos los suyos a comulgar el día de carnaval en San Marcos, y dijo que quería rogar a Dios que si las cosas que le había anunciado no venían de él, mostrase una señal evidentísima; y esto lo hizo, según dicen algunos, para unir a sus partidarios y hacerlos más fuertes para defenderlo, temiendo que la Señoría nueva, ya creada pero no publicada,[2] le fuese adversa. Publicada el lunes la Señoría, de la cual debéis haber recibido ya plena noticia, juzgándola él en más de dos tercios enemiga, y habiendo enviado el papa un breve en que pedía su persona, so pena de interdicción, y temiendo él no quisiese la Señoría obedecerlo de hecho, deliberó, por consejo suyo o aconsejado por otros, dejar de predicar en Santa Reparata e irse a San Marcos. Por lo tanto el jueves por la mañana, cuando asumió la Señoría, dijo en Santa Reparata que para evitar escándalos y guardar el honor de Dios quería echarse atrás, y que los hombres fueran a oírlo a San Marcos, y las mujeres fuesen a San Lorenzo a oír a fray Domingo. Encontrándose pues nuestro fraile en su casa, haber oído con qué audacia comenzó sus prédicas, y con cuánta las continúa, no sería de poca admiración; porque temiendo él fuertemente por sí mismo, y creyendo que la nueva Señoría estaba dispuesta a atacarlo sin consideración, y decidido a que debajo de la ruina de él quedaran muchos ciudadanos, empezó con grandes aspavientos, con razones para quien no las discurre eficacísimas, mostrando ser óptimos sus seguidores, y los adversarios perversísimos, tocando todos los términos convenientes para debilitar a la parte adversa y fortalecer la suya; de las cuales cosas, por haberme hallado presente, relataré brevemente alguna.

El tema de su primer sermón en San Marcos fueron las siguientes palabras del Éxodo: *Cuanto más los oprimían, más se multiplicaban y crecían:*[3] y antes de pasar a la explicación de esas palabras, explicó por qué causa se había echado atrás, diciendo: *“la prudencia es el recto conocimiento de lo posible”*.[4] Después dijo que todos los hombres han tenido y tienen un fin, pero diverso: de los cristianos, el fin de ellos es Cristo; de los demás hombres, presentes y pasados, ha sido y es otro, según sus sectas. Tendiendo pues nosotros, que somos cristianos, a ese fin que es Cristo, debemos con suma prudencia y observancia de los tiempos conservar su honor; y cuando el tiempo exige exponer la vida por él, exponerla; y cuando es tiempo de que el hombre se esconda, esconderse, como se lee de Cristo y san Pablo; y así, añadió, debemos hacer y hemos hecho, ya que cuando fue tiempo de hacer frente al furor, lo hicimos, como ocurrió el día de la Ascensión,[5] porque así lo requerían el honor de Dios y el

tiempo; ahora que el honor de Dios quiere que se ceda ante la ira, hemos cedido. Y después de este breve discurso, describió dos ejércitos, uno que militaba bajo Dios, que eran él y sus seguidores, y el otro que militaba bajo el diablo, que eran sus adversarios. Y tras hablar de ello largamente, entró en la exposición de las palabras del Éxodo antes dichas, y dijo que por las tribulaciones los hombres buenos crecían de dos modos, en espíritu y en número; en espíritu, porque el hombre se une más con Dios cuanto más lo alcanza la adversidad, y se hace más fuerte, como más próximo a su agente, así como el agua caliente acercada al fuego se vuelve calentísima, porque está más próxima a su agente. Crecen además en número, porque hay tres géneros de hombres: los buenos, que son los que me siguen; los perversos y obstinados, que son los adversarios, y otra especie de hombres de vida ancha, dedicados a los placeres, no obstinados en hacer mal ni orientados a hacer el bien, porque lo uno de lo otro no disciernen; pero cuando entre los buenos y los perversos nace alguna discrepancia de hecho, *como los opuestos resaltan más si se colocan juntos*, conocen la malicia de los malos y la simplicidad de los buenos, y a éstos se acercan y de aquellos huyen, porque todos naturalmente rehúyen el mal y siguen de buen grado el bien, y por eso en la adversidad los malos disminuyen y los buenos se multiplican, *y repitió que cuanto más, etcétera*.

Yo lo discurro brevemente porque la estrechez epistolar no tolera narración larga. Dijo después, entrando en varios discursos, como es su costumbre, para debilitar más a los adversarios y para hacerse un puente al sermón siguiente, que las discordias nuestras podían ser causa de que surgiera un tirano, que nos arruinaría la casa y devastaría la tierra; y eso no contradecía lo que había dicho antes de que Florencia debía prosperar y dominar Italia, porque poco tiempo duraría y luego sería expulsado; y con eso terminó su sermón.

A la mañana siguiente exponiendo también el Éxodo y llegando a la parte en que dice que Moisés mató a un egipcio,[6] dijo que el egipcio eran los hombres malos, y Moisés el predicador que los mataba descubriendo sus vicios, y dijo: Oh, egipcio, yo quiero darte una cuchillada; y ahí comenzó a arremeter contra vuestros libros, oh, sacerdotes, y a poneros de modo que no os habrían comido los perros; después agregó, y aquí era donde quería llegar, que quería hacer al egipcio otra herida, y grande, y dijo que Dios le había dicho que había en Florencia uno que trataba de hacerse tirano, y usaba prácticas y modos para conseguirlo; y que querer expulsar al fraile, perseguir al fraile, no significaba otra cosa sino querer hacer un tirano; y que se observasen las leyes. Y tanto habló de ello, que después ese día públicamente los hombres conjeturaron de uno que está tan cerca de la tiranía como vos del cielo. Pero después la Señoría escribió en su favor al papa, y viendo que ya no tenía por qué temer a sus adversarios en Florencia, así como antes trataba de unir a sus partidarios sólo en el odio contra sus enemigos y aterrorizándolos con el nombre de tirano, ahora, viendo que ya no le hace falta, ha cambiado de manto, y exhortado a aquéllos a la unión principiada, sin hacer más mención del tirano ni de la maldad de los otros, trata de alienarlos a todos del sumo pontífice, y volviendo contra él sus mordiscos, dice de él cuanto puede decirse de cualquier hombre malvado; y así, según mi juicio, viene siguiendo los tiempos y coloreando sus mentiras.

Ahora, lo que dice el vulgo, lo que los hombres esperan o temen, dejo a vos que sois prudente el juzgarlo, porque mejor que yo podéis hacerlo con que conozcáis nuestros humores

y la calidad de los tiempos, y por estar ahí, el ánimo del pontífice. Sólo esto os ruego: que si no os ha causado fatiga leer estas letras mías, no os la cause el referirme qué juicio os formáis de tal disposición de los tiempos y los ánimos sobre nuestros asuntos. Adiós.

En Florencia, el 9 de marzo de 1497[7]

Vuestro NICOLÁS DE M. BERNARDO MAQUIAVELO

---

[1] Fray Jerónimo Savonarola, ejecutado dos meses después.

[2] En la nueva Señoría que asumió el 1º de marzo, cuatro de los ocho priores eran hostiles a Savonarola, y otro estaba dudoso. El breve papal estaba fechado el 26 de febrero y ordenaba a la Señoría detener al dominico y mandarlo a Roma o encerrarlo en lugar seguro, so pena de interdicción contra la ciudad. Con la misma fecha Alejandro VI dirigió otro breve al capítulo florentino en que probablemente ordenaba a los canónigos impedir que el fraile predicara en la catedral. Santa Reparata era la iglesia que había estado antes en el lugar de Santa María del Fiore y era normal usar el nombre de una por la otra; San Marcos era el convento de los dominicos. Fray Domingo de Pescia era uno de sus más próximos seguidores.

[3] Éxodo, I, 12. Todas las citas en cursivas están en latín en el original.

[4] *Cf*. Santo Tomás, *Summa Theologica*, II, 2, q. 47, art. 2: “*prudentia est recta cognitio agibilium*”.

[5] El día de la Ascensión de 1497, durante su predicación en Santa María del Fiore, Savonarola fue asaltado por sus adversarios los *Compagnacci*, que trataron de matarlo.

[6] Éxodo, II, 11-12.

[7] Según el calendario florentino. Véase la Advertencia.

2. NICOLÁS MAQUIAVELO Y FRANCISCO DELLA CASA A LOS SEÑORES[1]

Melun, 27 de agosto de 1500

A LOS magníficos y excelsos señores. Vuestras señorías por las adjuntas[2] ven en qué término se hallan aquí sus cosas, y por nuestras cartas de los días pasados podéis haber comprendido que esta majestad está descontenta con vosotros, y por dos cosas principales, que se tienen muy en cuenta. La primera, el no haber querido seguir la empresa; la segunda, el no haber pagado a los suizos; a las cuales se añade una tercera, que todavía en algo se estima, y es el no haber recibido a sus tropas en guarnición.[3] De las cuales se hace aquí querella, como veis, cada vez que es preciso hablar con ellos, en el modo y con los términos que os significamos. Y aunque a todas se puede responder fácilmente, como vuestra señoría se han ingeniado por hacerlo allá con Corcú[4] y nosotros, por orden vuestra, nos hemos esforzado por hacerlo aquí cada vez que ha sido necesario hablar de ello, no se nos escucha. Y no nos parece, si no surge otra cosa, que la situación haya de mejorar; porque en cuanto a la primera, no creemos que esta majestad vaya a tomar la empresa sobre sí. Lo que nos mueve a creerlo es esto: la naturaleza de él con respecto al gastar; después, el modo como se ha gobernado hasta ahora en las cosas de Italia, queriendo sacar y no poner, y pensar siempre en la conveniencia presente antes que en lo que pudiera resultarle después, lo que hace que estime en poco lo que vuestra señoría le ofrecen cuando haya tomado Pisa; y dice su majestad, cuando se le habla de ello, que es una burla,[5] y tanto más se ha de creer que no lo hará cuanto más fácilmente se puede discurrir y estimar a 14 céntimos por lira[6] que o se hará el acuerdo sobre Nápoles, o la empresa se diferirá por buen tiempo;[7] lo que haría que esta majestad no pensara en 50 000, etc. Y de que este acuerdo puede fácilmente hacerse, hay varios indicios: primero, la voluntad de la reina, la cual está toda vuelta a ello, y se dice que no perdona nada por conseguirlo; y de este parecer se dice que es la mayor parte del consejo, haciendo la empresa difícil de vencer, y dificilísimo mantener lo que se venciese, por el ejemplo pasado y por las otras razones que vuestra señoría pueden discurrir. *Además*, bien se considera qué humores pueden despertarse con esa empresa, como el Turco, que se tiene por seguro que la impediría. Del emperador y del imperio, se teme que el miedo de perder Nápoles no les haga hacer lo que no les hizo hacer Milán;[8] porque el rey Federico tiene allá de continuo sus embajadores, y esta majestad le teme, y desea mucho el acuerdo. Y los embajadores[9] todavía no vienen a Troyes; y cuando vengan resultarán sus exigencias muy grandes e imposibles de aceptar. Del rey de España habréis sabido que ha armado gentes en favor del rey Federico, y ha hecho príncipe al archiduque,[10] que son todas cosas que sirven a ese propósito. Además el gastar a disgusto y como prudentísimo, e ir en las cosas dudosas despacio, le ha puesto siempre un freno grandísimo, máxime habiendo su majestad visto hace poco por el ejemplo de Pisa que donde hace falta la fuerza, la tiza[11] y la

reputación no bastan; y que si la cosa de por sí le resultara difícil, y con la ayuda del Turco y de otros dificilísima, correría peligro o de tener que retirarse poco honorablemente, con inseguridad de las cosas que tiene en Italia, por no poder soportar por mucho tiempo tal gasto; o de ser derrotado con su grandísimo daño. Y si todas estas cosas no fuesen ciertas, y por nosotros mal entendidas y peor discurridas (lo que fácilmente podría ser), esto es indudable: que el secretario de Nápoles[12] está aquí, y de continuo trata y platica de acuerdo; y cuando se empieza a escuchar a uno que promete y da, es difícil creer que no se acepte. De modo que, para volver *a lo nuestro*, si este acuerdo está por hacerse y la empresa por diferirse por mucho tiempo, (lo cual dejaremos ahora al juicio de la prudencia vuestra), los 50 000 florines no han de moverlo a hacer la empresa de Pisa por sí solo; y mientras vuestra opinión no cambie, no puede esta majestad quedar contenta, antes bien tememos, por lo que hablan Rouen y Robertet,[13] no piense, para recobrar el honor de su ejército, en algún medio disforme de la utilidad y necesidad vuestras. Sobre el pago a los suizos, que es cosa que le escuece mucho, y las tropas que no aceptasteis en guarnición, se respondió como por la adjunta veis, lo cual fue recibido como también veis. Y nosotros estimamos que a los suizos habrá que satisfacerlos, o pensar cómo queréis defenderos de la indignación que se concebirá hacia vosotros; la cual viene, según nosotros, aumentando, por sí misma y por ser fomentada y ayudada por vuestros enemigos; no piensen vuestra señoría que valgan buenas cartas o buenas persuasiones, porque no son escuchadas; y el recordar la lealtad de esa ciudad hacia esta Corona, y lo que se hizo en tiempos del otro rey, los dineros que se gastaron, los peligros que se corrieron, cuántas veces nos alimentamos de vanas esperanzas, lo que últimamente se ha hecho, cuánta ruina trajo a vuestra ciudad este último accidente, lo que su majestad podría esperar de vosotros si estuvieseis gallardos, qué seguridad traería vuestra grandeza al estado que su majestad tuviese en Italia, qué lealtad es la de los demás italianos, todo es superfluo; porque estas cosas son discurridas por ellos de otro modo, y vistas con otros ojos que los de quienes las consideran sin haber estado acá, porque están enceguecidos por su potencia y por la utilidad presente, y estiman solamente a quien está armado o a quien está dispuesto a dar: y esto ahora perjudica mucho a vuestra señoría, porque a ellos les parece que en vosotros fallaron esas dos cualidades; la primera de las armas por lo ordinario, y la segunda de la utilidad ya no tienen esperanza, por creer que vosotros os consideráis mal servidos y desesperáis de ellos por estas últimas cosas de Pisa, y os reputan *por nada*, bautizando la imposibilidad vuestra, desunión, y la deshonestidad del ejército de ellos, mal gobierno vuestro. La cual opinión crece, según nosotros, y no poco, por haber partido de aquí vuestros embajadores y no tenerse noticia de que vengan nuevos; lo cual juzgan proceder, según nos parece comprender, o de desunión, o del querer alienarse de ellos: lo cual con toda reverencia debida rogamos a vuestra señoría que adviertan, y aun que lo remedien oportunamente, porque el grado y la calidad nuestra,[14] sin ninguna comisión que a ellos les resulte grata, no son para poder sacar a flote algo que se sumerge; y si deseáis manteneros como vosotros queréis hacerlo, juzgamos ser necesario que los enviéis de cualquier modo.[15] Pero nosotros hacemos entender bien esto: que el provecho de ellos no será mucho, si no vienen con algún partido nuevo, con orden de pagar a los suizos y con modo de hacerse amigos; porque no hay nadie que no se haya hecho algún procurador en

quien apoyarse y a quien pueda manejar en sus necesidades, y sólo vosotros carecéis de él; y la amistad del rey y de Rouen es preciso sostenerla si se quiere que se mantenga, siendo por la mala suerte de esa ciudad y por tantos adversarios de tal modo perturbada. Sin embargo estimamos que los embajadores, como quiera que vengan, son necesarios y servirán de alguna manera. Y mientras tanto las excelentísimas señorías vuestras tendrán a bien instruirnos sobre lo que debemos hacer, y cómo gobernarnos en este artículo, que nos parece importante y peligroso, y que tiene necesidad de pronto remedio. Adiós.

De Melun, el 27 de agosto de 1500

Servidores FRANCISCO DELLA CASA y NICOLÁS MAQUIAVELO

---

[1] Esta carta y la siguiente forman parte de la abundante correspondencia intercambiada entre Nicolás Maquiavelo y Francisco della Casa, su compañero de misión, por un lado, y la Señoría o los Diez por el otro. La causa del envío de esta misión fue el fracaso de la tentativa florentina de junio-julio de 1500 de recuperar Pisa usando 7 000 u 8 000 suizos prestados por Luis XII a cambio de 50 000 ducados. Los mercenarios hicieron de todo menos reconquistar Pisa y finalmente en julio se amotinaron y apresaron al comisario de la república florentina en el campo, Luca degli Albizzi, justamente cuando se encontraba allí Maquiavelo. Obviamente los pisanos aprovecharon la coyuntura para atacar y tomar Librafratta, al mismo tiempo que los franceses se retiraban de Pietrasanta entregándola a Lucca en lugar de a Florencia, como habían prometido. Por esa razón Florencia se negó a pagar el sueldo a los suizos que se marchaban y Luis XII tuvo que desembolsar 38 000 francos. De ahí la divergencia entre Florencia y Francia sobre el sueldo de los suizos y la responsabilidad de la campaña ("la empresa"), que a su vez fue causa de que en Roma y Venecia corriera inmediatamente el rumor de que Florencia iba a cambiar de bando. Fue concretamente debido a eso que se envió esta misión extraordinaria, primera negociación de importancia y primera salida de Italia de Maquiavelo.

[2] Este despacho va acompañado de otro más largo en que se dan noticias detalladas sobre las acusaciones de los enemigos y los rumores que corrían.

[3] Florencia se había negado a recibir más tropas del rey en sus dominios.

[4] Jean du Plessis, señor de Courcon, embajador de Luis XII en Florencia.

[5] Textualmente *mocheria*, que no es palabra italiana sino corrupción de la francesa *moquerie*.

[6] La lira tenía 20 *soldi* o céntimos, y con frecuencia se decía: creer a tantos céntimos por lira, es decir, en mayor o menor proporción.

[7] Luis XII quería renovar el intento de conquistar el reino de Nápoles y maniobraba para aislar a Federico de Aragón buscando un acuerdo con el emperador Maximiliano por el cual obtener de él la investidura del ducado de Milán y su autorización para atacar Nápoles. Al mismo tiempo Luis XII estaba en tratativas con el propio Federico de Aragón, cuyo embajador también estaba en la corte. Nicolás Maquiavelo alude a todo esto, y aunque no podía saberlo, en la carta que sigue parece intuir que estaban en curso negociaciones secretas con Fernando el Católico para repartirse el reino de Nápoles, que desembocarían en el tratado secreto de Granada el 11 de noviembre de 1500.

[8] Milán era un feudo imperial, pero Luis XII lo tomó sin que el emperador interviniera.

[9] Los embajadores del imperio, el principal de los cuales era Felipe de Nassau.

[10] El archiduque Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano, en 1482 había heredado Flandes de su madre y por su matrimonio con Juana la Loca era rey de Castilla.

[11] Alude al juicio atribuido al papa Alejandro VI por Felipe de Commynes, historiador francés y ministro de Carlos VIII, sobre la facilidad con que había invadido Italia en 1494: los intendentes del ejército marcaban con tiza (gis) las casas donde

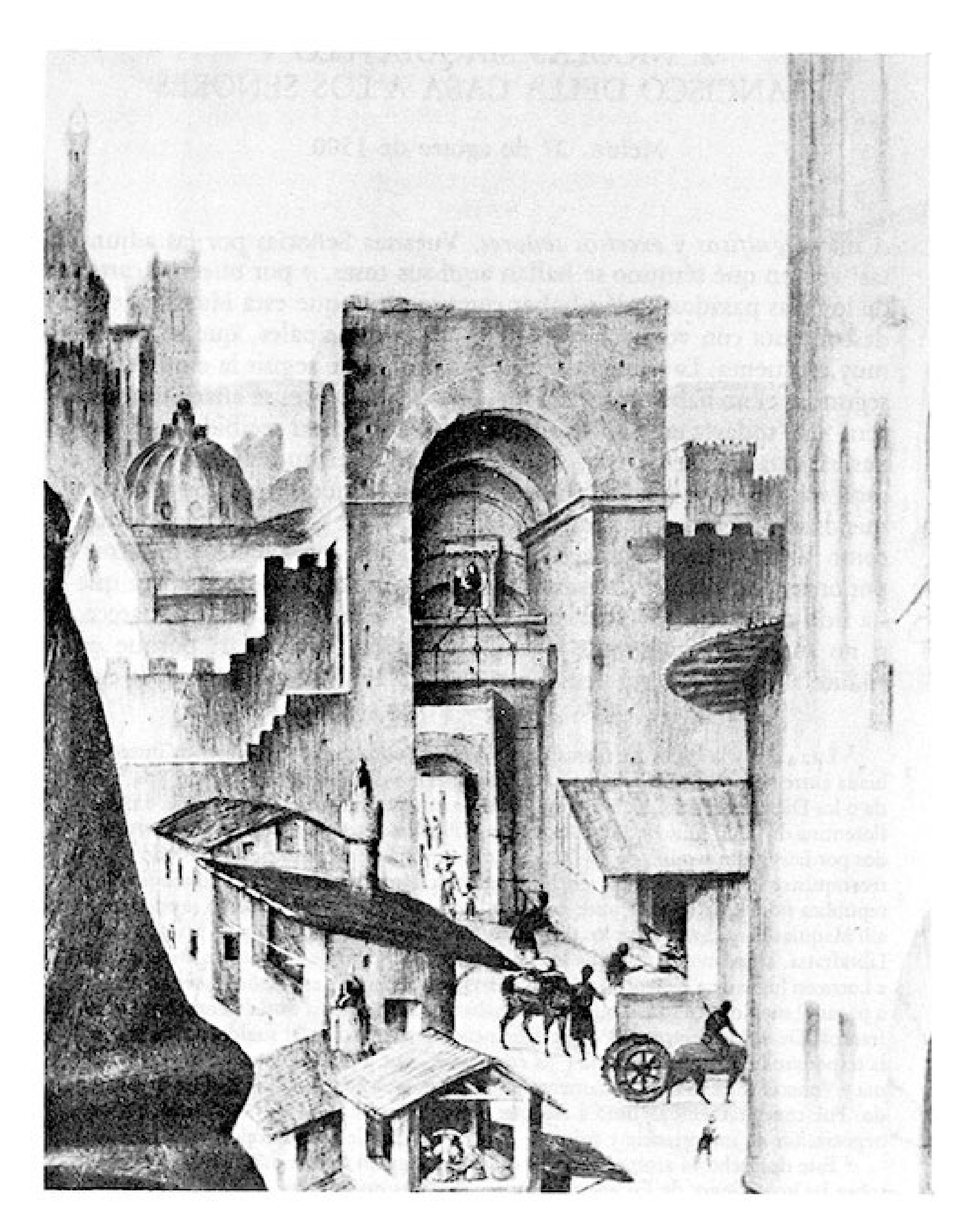
debían ser alojados oficiales franceses. Evidentemente, la frase se había vuelto proverbial.

[12] Del rey de Nápoles. Era corriente emplear el nombre del reino para indicar el rey.

[13] Georges d'Amboise, cardenal de Rouen, ministro, y Florimond de Robertet, secretario y tesorero del rey.

[14] Tanto Maquiavelo como Della Casa tenían el modesto rango de *mandatari*.

[15] Se habían ido Lorenzo Lenzi y Francisco Gualterotti. A continuación el cargo fue ofrecido sucesivamente a Francisco Pepi, Luca degli Albizzi, Bernardo Rucellai y Giovanni Ridolfi, todos los cuales lo rechazaron con diversos pretextos. Sólo a mediados de octubre lo aceptó Pier Francesco Tosinghi, quien después tardó un mes y medio en llegar. Todo ese tiempo Maquiavelo entretuvo a los franceses con palabras, prometiendo que los hechos llegarían con el nuevo embajador.



Filippino Lippi (1457-1504), Pala Nerli *(detalle),* ca. *1485-1488, Basílica del santo Spirito, Florencia. Una calle de Florencia.*

3. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS DIEZ

Torcy, 21 de noviembre de 1500[1]

A LOS magníficos señores, etc. Escribí el día 4 de éste a nuestros excelsos señores en respuesta a dos de sus señorías de los 11 y 21 del pasado. Como después al día siguiente partió para Nantes la majestad del rey para ir a Torcy, decidí no separarme de la corte, aunque fuese por vías atravesadas; dudando no llegase en ese tiempo la respuesta de vuestras señorías sobre lo que Eduardo Bouillon[2] fue a exponer de parte de esta majestad a nuestros excelsos señores; lo cual, según lo había yo estimado, ocurrió; porque al llegar esta majestad a Champigny, que es una aldea a distancia de 10 leguas de Torcy, llegaron las cartas de vuestras señorías con la respuesta dada por nuestros excelsos señores a Eduardo; y habiendo llegado el día 18 de éste, a las dos horas de la noche,[3] me extendí mucho tiempo por la mañana hablando *sobre* vuestras comisiones. Y trasladándome después en la mañana a la corte, y encontrando casualmente a monseñor reverendísimo de Rouen solo y ocioso, me pareció que debía robar esa ocasión, a pesar de que hubiera deseado hablar primero a la majestad del rey; y acercándome a su señoría, le dije que había recibido cartas de vuestras señorías con la copia de la respuesta dada a Eduardo, la cual no estaba yo para relatar de otro modo, por saber *además* que la majestad del rey había sido plenamente informada de ella por Eduardo. Agregué después que vuestras señorías estaban seguras de que tal respuesta y decisión de ellos no podían satisfacer a la majestad del rey, considerando las necesidades que aquélla mostraba tener, para sus necesidades presentes. Pero considerando por otra parte los afanes que habían soportado y que soportaban vuestras señorías y los gastos que habían tenido y tenían de continuo por no haber recuperado sus cosas, y haber querido y querer mantener en Italia el nombre de Francia, no podían creer que esa majestad cristianísima no tuviese por aceptable esa deliberación de ellos, y no estuviese conforme en soportar este poco de incomodidad por la dilación de parte de este pago, en reconocimiento de un mínimo particular de las obras de esa ciudad para con ella. A la cual cosa si se añadiese la restitución de Pietrasanta, como sería razonable y como lo ha merecido la fidelidad de vuestras señorías, y la observancia de lo capitulado, y la malignidad de los luqueses, sería resucitar en todo a vuestras señorías y animar a ese pueblo a eviscerarse entero en el servicio de esta cristianísima corona, y darle tal principio de reputación que ni el papa ni los venecianos pensarían en ofender el estado y la libertad suyas, como ahora piensan; y sobre esto me extendí largamente, según el tema y la calidad de la audiencia me concedían. Su señoría reverendísima repuso ser cierto que vuestras señorías por la respuesta dada a Eduardo reconocían la deuda, y ordenaban pagar presentemente 10 000 ducados en Milán, pero que eso no satisfacía a la majestad del rey, como que padecía dificultad por los dineros que había desembolsado por vuestra cuenta; y que a su majestad no se le podía razonar de cosa alguna en

favor vuestro si no se hacía ese pago enteramente, y que yo y el embajador, cuando viniese, recibiríamos del rey mala respuesta. A lo cual yo repliqué, teniendo comodidad de tiempo, largamente, mostrando que ese descontento del rey, si existía, era poco razonable, no con respecto a recobrar lo suyo, sino con respecto a lo que debe hacer un padre con sus hijos, que es aceptar sus obras, no según sus deseos, sino según las posibilidades de ellos; y extendiéndome en esto con las razones que la calidad de la cosa me suministraba, no pude de su señoría reverendísima extraer jamás otra conclusión sino que con esos dineros debían ser pagadas las gentes de armas de esta majestad que estaban en Lombardía; y que si con todo las señorías vuestras querían tener para una parte algún plazo, tratasen de ello con monseñor de Aubigny y monseñor de Chaumont,[4] gobernadores de Milán; y que si ellos estaban conformes de esperar algún mes, que también esta majestad se contentaría. Repuse que no era la respuesta que yo esperaba, y tampoco esa ciudad, y que por saber yo que había de desanimar y postrar a las señorías vuestras, no la escribiría porque estaba persuadido de que vuestra señoría, privadas de toda esperanza de alcanzar algún bien, desesperarían por completo; y como no juzgaba que eso conviniese ni al propósito de la majestad del rey, ni al vuestro, no lo escribiría, antes esperaría otra respuesta, y como lo merecía la lealtad vuestra, y también los méritos hacia esta cristianísima casa. Y no pudiendo en efecto de su señoría reverendísima sacar otra cosa, me fui, y esa misma mañana hablé con la majestad del rey en la misma sentencia, y con las palabras más vivas y eficaces que pude le mostré cuánta era la lealtad de vuestras señorías, cuánto era el deseo de satisfacerlo y cuánto su majestad podía fácilmente demostrar amarla, y la causa por que esos dineros no se pagaban de inmediato. Y para no hastiar a vuestras señorías relatando lo mismo, no dejé de lado nada de lo que me pareció conveniente narrarle en torno a esta materia. Y no pude de su majestad sacar otra cosa que las habituales lamentaciones sobre los dineros pagados y su ejército deshonrado por culpa nuestra; y si bien a todo repliqué convenientemente, no llegué a nada ni pude coger otro fruto. Llegamos después hoy a Torcy, y encontrándome con un amigo del que suelo sacar muchos secretos del papa sobre lo que presentemente se trata entre él y los venecianos me refirió que el embajador de este rey que se encuentra en Venecia, sobornado por el embajador del papa, expuso en el Senado veneciano haber entendido por varios indicios dignos de fe, que los florentinos, los boloñeses, el duque de Ferrara y el marqués de Mantua se habían unido y agrupado bajo apariencia de defender sus estados, pero en realidad para enfrentarse a esta majestad apenas el emperador hiciera un movimiento en Lombardía; y que aquella ilustrísima señoría debía atender bien a esta advertencia, y advertir de ello a la majestad del rey, como quienes estaban obligados a hacer por los beneficios recibidos, etc. A quien se le respondió que la cosa era verosímil, por estar ellos en armas y sentirse descontentos con Francia, y que escribirían sobre ello al embajador de ellos aquí, y que él también escribiese al rey. Díjome, además de esto, dicho amigo mío, que el embajador del papa que está aquí tiene comisión expresa de persuadir de eso a esta majestad, y además de que todo este inconveniente podría repararse con reponer a Piero en Florencia, plegando así el estado de esa ciudad a sus propósitos; que haciéndolo se lograría quitar la cabeza a Ferrara, Mantua y Bolonia, e impedirles la vía de poder maquinar; agregando a esto, que el oficio de su santidad así lo

requiere, porque siendo el cardenal de Médicis[5] hombre de iglesia, y habiendo él suplicado a su santidad que quiere regresar a su casa, él, movido por sus justos ruegos, está obligado a condescender a favorecerlo. Y no por eso pide otra ayuda de esta majestad, sino que se mantenga neutral y le dé reputación con consentir, mostrando haber dejado la amistad vuestra y la protección de estos otros, y que en breve tiempo se anima, con las fuerzas de él y con las que le concederán los venecianos, a quitar el estado a *messer* Giovanni Bentivoglio[6] y a las señorías vuestras, a poner a Piero en su casa y a hacer venir a Ferrara y Mantua con el dogal al cuello. Y para dar reputación a esa empresa y a su deseo, rogaba a esta majestad que, además de consentírsela, mandase algún centenar de lanzas a los confines del Boloñés, y los venecianos también se moverían donde fuese más conveniente. Y díjome este amigo mío que ellos dan estas cosas por hechas, e instan, ruegan y apremian a esta majestad a consentir en ello, y no por otra razón habían sacado a Piero de Médicis de Francia y lo habían conducido a Pisa, sino para tenerlo pronto para sus propósitos. Lo cual entendiendo yo, y pareciéndome digno de la santidad de nuestro señor, no he querido omitir el hablar de ello con la señoría reverendísima de Rouen; y hallada la ocasión, me lamenté con ella de la malignidad de los enemigos de vuestras señorías, hablando en general tanto del papa como de los venecianos, los cuales estaban persuadidos de poder dar a entender a esta majestad que las señorías vuestras querían alienarse de ella. Y para hacer frente a esas calumnias deshonestas y poco prudentes de ellos, no quería yo alegar vuestra lealtad pasada, ni las experiencias presentes, sino que era poco razonable que las señorías vuestras tuviesen esperanza de que el emperador pudiera ayudar a su estado, cuando no había ayudado ni defendido a Milán, que se reputaba suyo; y tampoco que quisiesen buscarse la enemistad de un rey al que creían haber obligado con tantos peligros y gastos que habían hecho y soportado por él. Y tampoco sabía yo cómo los boloñeses o los ferrareses pudieran poner esperanzas en otro que esta majestad, por estar siempre, a causa del lugar, obligados y forzados a seguir en todo evento la voluntad de quien posea Milán: el uno por el miedo que tiene a los pontífices, el otro por el temor que tiene a los venecianos; pero que esta majestad bien debía guardarse de quienes buscaban la destrucción de los amigos de ella, no por otra razón que para hacerse más poderosos ellos, y más fácil quitarle Italia de las manos; en lo cual esta majestad debía reparar, y seguir el orden de quienes en el pasado han querido poseer una provincia externa, que es disminuir a los poderosos, mimar a los súbditos, mantener a los amigos y guardarse de los compañeros, es decir de los que quieren en tal lugar tener igual autoridad; y si esta majestad considerase quién en Italia quiere ser su compañero, hallaría que no son ni las señorías vuestras, ni Ferrara ni Bolonia, sino los que siempre en el pasado han tratado de dominarla. Escuchóme su señoría pacientemente, y respondió que la majestad del rey era prudentísima, y tenía las orejas largas y el creer corto, y que escuchaba todo, pero prestaba fe a lo que tocaba con las manos ser verdadero; y que además de haber escrito a Roma y a Milán en los días pasados, cuando otra vez yo le hablé de esto, tres días antes habían escrito *proprio motu* y cálidamente en recomendación de vuestros asuntos. Y que si bien monseñor de Allegri había obtenido licencia para ir a Romaña con 100 lanzas en favor del Valentinés, sin embargo llevaba comisión expresa de ser favorable a vuestras cosas; y que las señorías vuestras verían a la llegada de su

embajador que esta majestad no era de faltar a su oficio, cuando no quedase por ellas, y que a ese pago, etc., deben ponerse mejores condiciones. Robertet después me habló en la misma sentencia,[7] afirmándome que esa majestad no os haría, ni consentiría que se os hiciese, villanía alguna, si las señorías vuestras no la hacían por sí mismas por estar desunidas, y tener en la ciudad quien ama poco la libertad de ella; a lo cual las señorías vuestras debían atender bien. A lo cual yo repliqué y fácilmente justifiqué la parte de la desunión, la cual es necesario desterrar completamente de la opinión de ellos, porque cuando se creyese haría aquí tan malos efectos, como allá si fuese verdadera. Y nada de nuevo ocurre, por no hablarse de lo que traen los embajadores de Alemania que se encuentran aquí, y haberse observado y notado quién los visita, y quién habla de ellos demasiado curiosamente.

Mientras escribo he recibido una carta de Pier Francesco Tosinghi, respondiendo a varias mías que le escribí a la ventura, por la cual me entero de que su magnificencia hasta el 12 de éste había llegado a Lyon, y que el 15 estaba por partir de allí y venir hacia acá. Espérolo con ansia, y que Dios le dé mejor fortuna que a quien hasta ahora ha estado en semejante comisión.

Me encomiendo a la buena gracia de las señorías vuestras, que estén muy bien.

En Torcy, el 21 de noviembre de 1500

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO, secretario

---

[1] Desde el 27 de agosto la situación ha cambiado. Ante todo, Nicolás Maquiavelo se ha quedado solo: antes que la corte, huyendo de la peste, se trasladara de Melun a Blois y después a Nantes y Torcy, de donde ahora escribe no a la Señoría sino a los Diez de Libertad y Paz, su compañero Francisco della Casa tuvo que marcharse a París “con un poco de fiebre”. Los franceses continúan empeñados en sus exigencias y Nicolás Maquiavelo defendiéndose con la promesa del embajador que debe estar por llegar, al punto de que el cardenal de Rouen llegó a decirle: “nos moriremos esperando que lleguen esos embajadores tuyos, pero antes haremos que se muera algún otro”; el ejército del Valentino en esos días había salido de Roma y ocupado, con beneplácito francés, Rímini y Pésaro, y era una amenaza seria para el gobierno republicano, contra el cual todos agitaban la posibilidad del retorno de los Médicis. El 16 de octubre parte finalmente de Florencia Pier Francesco Tosinghi, lo cual sirvió a Maquiavelo para conseguir una orden de Luis XII a César Borgia de que respetara a los florentinos. Aquí tuvo con el cardenal de Rouen el coloquio que después relatará en *El príncipe*, III.

[2] Edouard Bouillon, *valet de chambre* de Luis XII, enviado a Florencia para averiguar las intenciones de los florentinos sobre el dinero de los suizos.

[3] Es decir, dos horas después de la puesta del sol. Véase la Advertencia.

[4] Robert Stuart, señor de Aubigny y mariscal de Francia, y Charles d’Amboise, señor de Chaumont y gran maestre de Francia.

[5] Juan de Médicis, el futuro León X, quien era cardenal desde 1489.

[6] El señor de Bolonia.

[7] En el mismo sentido.

4. NOTILLA PARA UNO QUE VA COMO EMBAJADOR A FRANCIA[1]

Noviembre de 1503

EN LA puerta de Bolonia, *en nombre del señor*, hacer registrar la partida por notario matriculado, y dar fe de ello en la primera cancillería pública, *cosa que suele darse también al final de la instrucción*.

Mandad un poco adelante al caballerizo a ordenar el hospedaje. En cuanto desmontéis, si queréis partir al día siguiente, mandad en seguida a vuestro canciller, acompañado por dos servidores, al palacio de los Dieciséis,[2] a hacer saber a la magnificencia del gonfalonero[3] vuestra llegada, y que teniendo *mandado* visitar y hablar con aquel magnífico regimiento,[4] deseáis que os avise la hora más cómoda para las señorías de ellos, etcétera.

Y aun cuando no quisieseis partir al día siguiente, es bueno hacer este acto de inmediato, y recibir la hora acostumbrada que será a la mañana siguiente. Después podéis, aunque os hayáis despedido ya, permanecer hasta el otro día, si os parece; porque si no observaseis este orden acostumbrado de tener la audiencia a la mañana siguiente a vuestra llegada, podría causar admiración *en quien ignore el motivo*.

Señalada la hora por el dicho regimiento, debéis estar preparado por la mañana muy temprano, y esperar en vuestra cámara a los que el dicho regimiento habrá señalado para ir por vos; sobre todo, que el séquito esté con vos callado, sin que haya de oírse un mínimo ruido de llamar o esperar a alguien.

En la magistratura de los Dieciséis, debéis advertir a vuestro séquito que no debe entrar ninguno de los vuestros, con excepción de vuestro canciller, quiero decir en la sala de la audiencia. Esto lo digo porque se ha visto alguno que ha querido tener la presunción de entrar allí, con lo que hizo poco honor al embajador. Todo esto lo digo por los servidores, pero si tuvieseis con vos a uno o dos jóvenes de alguna condición, no sería inconveniente introducirlos.

El canciller se detendrá en dicha audiencia en una balaustrada que hay, donde también estarán de pie los cancilleres del regimiento.

Una vez que el embajador se siente, el canciller, con una reverencia apropiada, debe ir hacia él, besar la carta de la creencia[5] y dársela en su mano; después se volverá abajo.

El embajador entregará al presidente la carta, que será leída en voz alta por el canciller del regimiento, y después expondrá en el nombre de Dios su embajada.

Y para volver atrás, una vez que recibáis, la noche misma de vuestra llegada, la hora de la audiencia del gonfalonero, como se ha dicho, que el canciller vaya de inmediato, aunque sea de noche tarde, haciéndose acompañar por un guía, a la casa del señor magnífico Juan,[6] y le dé noticia de vuestra llegada, y de que deseáis y tenéis *mandado* encontraros con su señoría: por eso, que os diga si le convendrá hablar inmediatamente después de la audiencia general de los

Dieciséis, apartándoos con su excelencia, o cómo le parece mejor hacer; y que él[7] ha ido ya de parte vuestra a preguntar la hora cómoda para la audiencia, y lo que se le ha respondido.

El señor, sin duda, responderá que hablará con vos en el palacio, apartándose a un lado: sólo el canciller entrará allí con vos; que bese la carta *igual que antes* y os la entregue. Preguntará el señor cuándo habréis de partir, sólo para ver cuándo podrá visitaros, y creo seguro que después irá a visitaros. Id a recibirlo en lo alto de la escalera, y así acompañadlo después.

Cuando regreséis de la audiencia y os separéis de los que os han acompañado, agradeciéndoles *en pocas palabras*, etc., de inmediato vendrá la turba de los

trompeteros pífanos y maceros de los regidores	Todo al modo nuestro, dadles *por igual*, por mano de vuestro tesorero, tras invitarlos a beber *en cuanto* llegan, y sin que tengan que tocar ni venir a vuestra presencia, la suma de 30 *grossi*.
Trompeteros pífanos o tamborcillos	Del señor magnífico Juan, *por igual*, 20 *grossi*.
Trompeteros del señor Aníbal, [8]	4 *carlini*.[9]

Trompeteros del *podestà, 2 carlini. Si queréis* a los del *podestà* mandarlos sin nada, podéis dar a los del señor magnífico Alejandro.

De Bolonia escribiréis por mano del Zanchini, o de otro de vuestros florentinos, es decir Gismondo Naldi u otro, etcétera.

De Milán no sé dar razón ahora, pero creo que no se podrá errar con mandar un día antes el caballerizo a Manetto Portinari, que dé noticias de vuestra venida al gran maestro,[10] y que *sólo* os avise si habréis de observar en la entrada un término más que otro, que creo que no. Y así que os ordene la posada, o alojamiento ordenado por la corte, u hostería que fuese. Y para abundar, si Manetto estuviese ausente, yo lo dirigiría también a Salvestro de Dino Guardi comerciante florentino, que en Broletto cualquier orfebre indicará de inmediato al caballerizo dónde hallarlo.

De Francia y de la corte, habiendo allá tan afables, sabios y expertos pilotos, es superfluo el dar noticia; y además las costumbres varían mucho: con todo, diré lo poco que se me ocurre, salvo corrección de aquellos mis honorables hermanos, etcétera.

Sobre el pedir audiencia y las ceremonias, en el momento se os dirá lo bastante.

A los primeros porteros, un ducado.

A los segundos, dos ducados.

A los terceros que son íntimos, cuatro ducados.

A los chambelanes, cuatro ducados.

Al maestro contralor,[11] que es quien despacha las postas, le daréis, cuando hayáis estado algún tiempo, alguna cosilla, como os dirá el noble Ugolino.

Al portero de Rouen,[12] que *comúnmente* son dos, no estará mal dar un ducado a cada uno.

En Lyon, a los servidores y a la sirvienta de los Nasi,[13] si volvéis con ellos, mandad que les den en total tres ducados.

Cuando entréis en un *logis*[14] haced que hagan un trato claro con el propietario, para no tener que disputar con él después. Esto digo de los *logis* dados por chambelán detrás de la corte.

Comúnmente, para todo lo que tengáis que hacer allá, ved que hagan antes un trato claro.

En todos los alojamientos, haced que vuestros servidores cuiden de vuestras cosas, y protejan los paños y las botas de las ratas, o sea que cuelguen vuestras botas en alto: que aunque sea ésta cosa mínima y ridícula, *hablo por experiencia*. Avisad a vuestro séquito que no haga cuestiones ni use de arrogancia, y castigadlos si lo hacen.

Por el camino, cuando paséis por Asti, y más aun por toda Saboya y Moriana, donde encontréis buen pan, es decir que no se desmigaje, haced que compren para vuestra mesa un poco; porque se encuentra muy lindo, pero que por ese defecto no se puede comer, y es muy molesto para quien es débil y delicado.

Por la mañana, al partir del albergue, no os pese mandar que den una pequeña propina de bienandanza a la camarera y al mozo de cuadra, para no tener esa molestia en las orejas.

Desde Bolonia y por todo el Milanesado úsanse con ventaja los cuartos de Milán, los ambrosianos y similares monedas ducales de peso, y carlinos de peso, y marcelos, y lo mismo en Asti. De Asti al puente Buonvisino, moneda de Saboya. Es ventajoso llevar a Francia ducados de rey o de sol: del ducado se pierde mucho.[15] En Asti y en el Milanesado, guardaos de aceptar monedas de Saluzzo.

---

[1] El impecable razonamiento de Sergio Bertelli ("Nota introduttiva", en *Opere*, vol. II, *Arte della guerra e scritti politici minori*, Milán, Feltrinelli, 1961, pp. 143-146) convence de que este documento debe haber sido escrito para Niccolò Valori, enviado como embajador a Luis XII en noviembre de 1503. Por consiguiente, la experiencia que recoge es la de la primera legación.

[2] Los Dieciséis Reformadores, magistratura boloñesa que tenía su sede en el Palazzo dei Signori.

[3] El Gonfalonero de Justicia, que presidía el senado boloñés y desde 1470, por decreto de Juan II Bentivoglio, era elegido entre los Dieciséis Reformadores.

[4] Es decir, gobierno.

[5] Es decir, credencial.

[6] Juan II Bentivoglio.

[7] El canciller.

[8] Aníbal y Alejandro eran los hijos de Juan II Bentivoglio.

[9] El *carlino* florentino, llamado también *grossone*, valía en 1505 12 *soldi* (véase la Advertencia).

[10] Charles d'Amboise, señor de Chaumont y *grand maître* de Francia, fue gobernador de Milán por Luis XII desde mayo de 1500.

[11] *Contreroleur*.

[12] Del cardenal Georges d'Amboise, obispo de Rouen, secretario del rey.

[13] Comerciantes florentinos de la familia de Alessandro Nasi.

[14] Posada.

[15] El "cuarto de Milán", llamado también *testone*, valía un cuarto de un escudo de oro. El "ambrosiano" *(ambrogino)* era una moneda de oro, también de Milán, equiparable al florín de Florencia. El "marcelo" era una moneda de plata veneciana acuñada por el dogo Niccolò Marcello (1473-1474).

5. AGUSTÍN VESPUCCI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Roma, 25 de agosto de 1501

Al ilustre Nicolás Maquiavelo, secretario sumamente estimado[1]

En Florencia

Con los señores Diez

ILUSTRE, etc. Nicolás Maquiavelo mi queridísimo, estoy en chaleco, y estaría en jubón *a no ser por el temor al austro, que es nocivo para el cuerpo en otoño*. Pues deseáis conocer si la herencia del cardenal de Capua[2] quedó para el papa o *instituyó otros herederos*, en respuesta os digo, *hablando en serio (porque si no, no hablo más)*, que el papa no permite a los cardenales instituir heredero, antes bien quiere examinar el testamento con mucha sutileza. Da fe de ello el caso del cardenal de Lisboa,[3] quien días pasados, sintiéndose grave, no pudiendo dejar ciertos dineros que tenía, que eran 14 000, a quien hubiera querido, prefirió separarse de ellos en vida y no que, *muerto él*, los disfrutara el papa. Y llamando a toda su servidumbre, a ojo, a puñados sobre su lecho todos los repartió como regalo a los de su casa, y también renunció verdaderamente a todos sus beneficios, de modo que no posee nada en este mundo, salvo la gracia grande, no sólo de su servidumbre sino de toda Roma. Después ha sanado, aunque es viejo, y ayer habló con el embajador, estando yo presente, más de una hora siempre en latín, *que era evidente para todos*. Así es que el papa dio el arzobispado de Capua, que vale 6 000 ducados por año, al cardenal de Módena,[4] quien pese a que goza, o al menos así parece, de la gracia del papa, desembolsó 15 000 ducados para la santidad de nuestro señor; otro arzobispado suyo que está en España se lo dio a Monreale,[5] a condición de que dejase al cardenal D'Este[6] el obispado de Ferrara. De los demás beneficios nada digo, salvo que el papa *(dicho sea sin ofenderlo)* obtuvo de *precio marcado* hasta 25 000 o más, porque el susodicho era muy rico. Si deseáis saber *de qué género de muerte se fue*, aquí *comúnmente se cree* que fue veneno, por ser él poco amigo del Gran Vexillífero,[7] que de similares muertes entiende muy a menudo aquí en Roma: *y todo viene de la misma fuente y manantial primero. Ya tienes, creo, más de lo que habías pedido*; ahora falta que el señor Antonio, Blas, el señor Luca y el señor Octaviano[8] hagan cuanto me escribís.

En cuanto al Pulcio, lo encontraré y le leeré vuestra carta; creo que después tendremos materia para responder, y agradable: es fastidioso como un mosquito, con más actos que palabras, y no me parece que sea lo que dicen.

Hoy, pese a ser 25, se celebra aquí la fiesta de san Bartolomé, y dicen que es por honrar más la fiesta de san Luis rey de Francia, que es este mismo día. Hay en Roma una iglesita de ese santo, innoble y que jamás ha visto más de 50 personas juntas: pues este año, por haber

invitado el embajador de Francia a todos los cardenales, embajadores, prelados y nobles de Roma, esta mañana estuvieron allí todos, es decir, 16 cardenales, todos los embajadores que se encuentran en Roma, todos los barones y demás señores, y todos asistieron a la misa, que duró tres horas largas. Estuvo la capilla del papa, que es cosa admirable; sus pífanos, que a cada cardenal que llegaba le hacían su deber; todas las trompetas; otros delicadísimos instrumentos, o sea la armonía papal, que es cosa dulcísima y casi divina; no sé por ahora nombrar ninguno de los seis instrumentos por su nombre, y no creo que los mencione Boecio,[9] *porque son de España*. Además en mitad de la misa un hombre doctísimo pronunció un discurso en latín, que contenía resumida la vida de san Luis, y después *dilatadísima (y con alguna mención del rey de los galos de pasada)*, la grandeza, sublimidad y majestad del rey presente, *en la reseña de cuyas virtudes, o sea de cuyas dotes del cuerpo y del ánimo, que aunque tuvo a la fortuna adversa logró sofrenarla y ponerla felizmente bajo sus pies*, consumió alrededor de una hora larga. Y en verdad, querido Nicolás, ahí está el arte del orador, porque éste es un plebeyo jamás visto ni oído mencionar por ahí, y sin embargo por ser romano ha agradado más que Fedra o Marso o Sabellicolo o Lippo, *que son considerados óptimos*; y ha demostrado tener *sobre todo* una gran memoria, saber *distinguir bien y relatar adecuadamente*; mostró *cuánto vale la pronunciación, cuánto la riqueza del vocabulario y el gesto que responde plenamente a la voz y al sentimiento, con total coherencia; y también me atrevería a afirmar* que muy a menudo *no sólo su mano, sino su expresión* habría mostrado a sus oyentes su voluntad. Y no sé cómo ha podido hablar *con tanta felicidad, a no ser que haya imitado a Demóstenes, quien solía preparar sus discursos mirándose en un gran espejo*. Y dejando la doctrina, la elocuencia, los colores infinitos, las muchas flores y espinas *que salpicaban su discurso, llegó al punto, por Hércules, de conciliarse al público, persuadirlo, conmoverlo y finalmente divertirlo. Y al final de su discurso soltó tal tempestad de elocuencia, que todos quedaron admirados y estupefactos; y así, sucedía que muchos le tributaban aplausos como en el teatro, aun cuando estábamos en un templo*. Réstame una sola cosa: que días pasados, estando el papa con prisa por querer salir de paseo, y estando en la cámara del Papagayo un círculo de cinco o seis doctos (porque en verdad hay muchos, aunque también abundan los malvados e ignorantes) discurriendo sobre poesía y astrología, etc., uno de ellos dijo que había sólo uno en Roma a quien el papa tenía confianza en astrología, y que ése anda mal y vive en la miseria y pobreza por la gran liberalidad de este príncipe. Y diciéndome Fedra que ese hombre había predicho al papa que sería pontífice cuando era aún cardenal, le sugerí que hiciéramos un pronóstico *sin autor* y lo dejáramos caer, *y así se hizo*. Antes de irnos se hicieron estos versos, a saber:

> *Te predije que serías papa, toro, y lo eres,*
> *Te predigo ahora que morirás, te irás,*
> *Sucede la rueda, síguela el boyero.*[10]

La rueda es la insignia de Lisboa, el boyero es él. De ello hase visto un efecto: que nunca más ha hablado de partir, si bien existe la opinión de que, si se publica el matrimonio con Ferrara,[11] querrá ir allá, y darse una vuelta por Romaña. Veremos qué pasa, y si el Valentino

regresa aquí, que hay diversas opiniones, porque poco a poco va regresando su gente y también porque ha mandado a Vitellozzo a que haga lo que razonablemente debería querer hacer él en persona. Y si la beatitud del papa se va para allá, vos o cualquier otro que quiera una dispensa para tomar o dejar mujer la obtendrá benignamente, *con tal que el bronce pese en la mano*.[12] Mientras tanto Camerino teme, Urbino duda porque teme a los sobrevivientes de la casa Sforza, y de Piombino nada digo.[13] *Que estéis bien, y tenedme por excusado* si no os escribo más largo, porque no tengo tiempo.

De Roma, 25 de agosto de 1501

Vuestro devotísimo AGUSTÍN

---

[1] *Ser* Agostino Vespucci, notario, era coadjutor de la segunda cancillería —y por lo tanto subordinado de Nicolás Maquiavelo— y varias veces acompañó a embajadores florentinos, como lo hacía en esta ocasión.

[2] Juan López, muerto el 5 de agosto de 1501. Existe una carta escrita por Nicolás Maquiavelo en nombre de la *Maclavellorum familia*, al cardenal Juan López, el 2 de diciembre de 1497, sobre cierto pleito con la familia Pazzi por un beneficio eclesiástico, la parroquia de Fagna.

[3] Jorge da Costa. El episodio está relatado más ampliamente en el *Liber notarum* de Johannes Burdkardus Argentinensis, y ocurrió el 5 de julio de 1500.

[4] Giovan Battista Ferreri.

[5] Juan Borja o Borgia.

[6] Hipólito d'Este, segundo hijo del duque de Ferrara.

[7] César Borgia, a quien su padre había nombrado portaestandarte, o gonfalonero, de la Santa Iglesia.

[8] Antonio della Valle, Blas Buonaccorsi, Luca Ficino y Octaviano della Ripa, empleados de la cancillería.

[9] Severino Boecio, *De musica*.

[10] "*Praedixi tibi papa, bos, quod esses, / Praedico moriere, hinc abibis, / Succedet rota, consequens bubulcum.*" El toro era el emblema de Rodrigo Borgia.

[11] El matrimonio de Lucrecia Borgia con Alfonso I d'Este, heredero del duque de Ferrara.

[12] Es decir, con tal que pague (el bronce: el dinero). Alude a la anulación del matrimonio de Luis XII con Juana, hija de Luis XI, y la dispensa para casarse con la viuda de Carlos VIII, Ana de Bretaña, que Alejandro VI había concedido a cambio de favores concretos, como el ducado de Valentinois otorgado a César Borgia.

[13] Son todos señores amenazados por el ansia expansiva de los Borgia.

6. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS SEÑORES[1]

Urbino, 26 de junio de 1502

A LOS magníficos señores, etc. Esta mañana en Mercatello recibimos una de vuestras señorías del 23 por el mensajero, y de inmediato la mandamos con las cartas a la excelencia del duque, a fin de que cuanto antes viese nuestro buen ánimo y vuestra diligencia, y después nosotros nos trasladamos a esta plaza antes de la hora de vísperas; y el señor nos hizo alojar en el obispado con el obispo de la plaza,[2] y a la puerta había mandado a recibirnos a *messer* Agapito su secretario[3] y a cierto *messer* Francisco su camarero, estando nosotros en ropa informal, sin hacer otras demostraciones: porque desde que supo de nuestra venida parece que planeó que entráramos de noche; los dos dichos no nos encontraron, porque como cierran las puertas por muchos motivos, y especialmente para que no entren los soldados, tuvimos que dar la vuelta y entrar por la puerta próxima a la fortaleza, y así aquellos dos no nos encontraron sino en casa. Y tras darnos la bienvenida de parte del duque, dijeron que cuando fuese el momento vendrían por nosotros, como vinieron alrededor de las dos horas de la noche:[4] y fuimos al palacio donde está alojado el duque, con sólo unos pocos de los suyos, que lo más del tiempo tiene la puerta cerrada y bien guardada. Estuvimos con su excelencia por espacio de dos horas, y expusimos cuanto teníamos comisionado y lo felicitamos por la nueva adquisición, según las cartas de vuestras señorías.[5] Mostró vernos de buen grado y tener en mucho nuestra visita por el amor, dice, que siente por la ciudad y su deseo de estar unido a ella. Agradeció las felicitaciones, añadiendo que creería que su aumento os resultase aun más grato si supieseis haber hecho hacia él lo que habíais prometido y convenía. Después comenzó a dolerse de todas las cosas acaecidas desde la venida de él el año pasado hasta hoy,[6] lo cual no repetiré porque sabemos que muchas veces se han dicho y respondido estas cosas, como lo hicimos también nosotros. Pero no parecía concretarse nada; estuvo firme en que erais vosotros quienes habían faltado a la palabra y dado motivo a los desórdenes que hicieron los soldados, por no haberle dado el adelanto y las artillerías como habíais prometido. Ahora dice que habiendo ido aquella vez sólo por tener vuestra amistad y poder en ella apoyarse, y bien que vosotros hayáis fallado, por deseo de hacer esta última prueba mandó a pedir hombres para poder discutir su intención, la cual era unirse con vosotros, si queríais, y si no queríais, quedar excusado ante Dios y ante los hombres por tratar de asegurarse contra vuestro estado de cualquier modo que pudiera; porque no juzgaba estar seguro en sus estados teniendo tantos confines con vosotros como tiene, si no estuviese bien asegurado; y más, que cuando os dispusieseis a ello se os derivaría tanto beneficio como de amistad alguna pudierais tener; en este sentido se extendió mucho, demostrando que conoció bien el año pasado que estuvo en su poder no sólo volver a poner a los exiliados,[7] sino daros un garrote por gobierno y un perro, por lo menos. Respondióse a sus querellas convenientemente, que vosotros no habíais faltado

en mantener las promesas, sino que los siniestros modos que se observaron[8] hicieron pensar que se tenía en poco a la ciudad y que tampoco su benevolencia era muy estimada; y en cuanto al desear vuestra amistad, vosotros no deseáis menos la de él, por la estimación que tenéis por él y por sus estados y por la santidad de nuestro señor; y por eso nos habíais mandado con tanta celeridad, a fin de se satisficiese cuanto antes su deseo y nos hiciese saber en detalle cuanto quería decir, a fin de que, sabiéndolo esa señoría, pudiese conocer su excelencia cuánto lo estimabais. Su señoría, con mucho circuito de palabras, dijo: yo quiero saber primero con quién he de tratar nuestra composición; después quiero tener de vosotros buenas garantías; y si esto se hace, me tendréis siempre listo para vuestros propósitos; si no se hace, yo me veré obligado a proseguir la empresa y asegurarme contra vosotros de cualquier modo, para no quedar yo en peligro: que demasiado bien conozco que vuestra ciudad no tiene buen ánimo hacia mí, antes me pone como un asesino y ha tratado de hacerme grandes cargos ante el papa y ante el rey de Francia. Esta última parte se negó y refutó, la otra tratamos de que nos la explicara mejor. Dijo: bien sé que sois prudentes y me entendéis, pero os lo repetiré en pocas palabras. Este gobierno no me gusta y no puedo confiar en él: es preciso que lo mudéis y me deis seguridad de la observancia de lo que me prometieseis; de otro modo sabréis muy pronto que yo no quiero vivir de ese modo; y si no me queréis por amigo me probaréis como enemigo. Respondióse que la ciudad tenía el mejor gobierno que podía encontrarse, y que estando satisfecha ella, podían estarlo también sus amigos; y en cuanto al cumplimiento de las promesas, que no creía ella que hubiera en Italia quien pudiese mostrar mejores documentos, o más bien quien tanto hubiera sufrido por eso como ella; y que su excelencia resolviese de una vez ser ese buen amigo que decía, y que hallaría muy buena correspondencia. Volvió siempre sobre las mismas cosas, y que con él no podía haber otra forma de acuerdo ni otra palabra, y por nada que dijéramos se movió de ahí. Y doliéndonos nosotros de que no creíamos que nos hubiera llamado para eso, ni era conforme a lo que esa ciudad esperaba, nos preguntó riendo: ¿y qué creíais, por vuestra fe, que quería yo de vosotros, sino que se me haga justicia?, etc., Dijímosle que atendiendo a la grandeza de su ánimo y juzgando nosotros que la amistad y la observancia vuestras fuesen bastantes para él, esperábamos quisiera empezar a hacernos algún gran beneficio que sabíamos estar en su poder, máxime siendo el señor Vitellozzo hombre suyo.[9] Respondió esto: no esperéis que empiece a haceros beneficio, porque no sólo no lo habéis merecido, sino que lo habéis desmerecido; muy cierto es que Vitellozzo es hombre mío, pero yo os juro, etc., que del asunto de Arezzo yo nunca supe nada. No es que haya quedado descontento de que hayáis perdido algo: más bien me dio gusto, y así lo tendré si eso pasa adelante. Y diciendo nosotros: ¿qué causa os hemos dado para que vuestros *condottieri* y vuestras tropas nos ofendan?, dijo: Vitellozzo lo hace por vengarse,[10] y las demás tropas mías no se han mezclado; antes bien otras plazas vuestras se me han querido entregar y no las he aceptado; pero resolved pronto, porque no puedo tener mi ejército aquí por ser lugar de montaña, que demasiado se perjudicaría, y entre vosotros y yo no ha de haber término medio: es preciso que me seáis amigos o enemigos. Y ésa fue la última conclusión, y lo que nos pareció poder sacar de todos los razonamientos, que fueron muy largos; y en el discurso su excelencia mostró que por las malas provisiones nuestras, y las fuerzas débiles y la desunión

con mal gobierno, Vitellozzo solo bastaba para forzaros, tanto más añadiendo las fuerzas de él; y que no pensaba en quitaros nada de lo vuestro, como no quería lo de nadie, no siendo él para tiranizar sino para eliminar tiranos. Y replicando nosotros sobre la provisión y aparatos contrarios a lo que él decía, y las tropas francesas y cómo se resentía el rey,[11] él siempre dijo que entendía de las cosas francesas tanto como cualquiera de Italia, y que sabía que no se engañaba, y que vosotros erais los que sufrirían un desengaño. Por lo que viendo que no era posible hacerlo decir otra cosa ni moverlo de esa opinión, juzgando que tan súbitos y grandes triunfos pueden haberlo hecho mudar de aquello para lo que nos había llamado, etc., no pareciéndonos eso para nada correspondiente a sus cartas, y para dar tiempo a vuestras señorías de pensar bien en esta propuesta de él, y para ver si en esta noche quería llegar a mejor conclusión, dijimos no querer aceptar ésa por respuesta, sino que tuviese a bien pensarlo esta noche y mañana iríamos a verlo, para poder dar aviso cierto a vuestras señorías. Dijo que no era para mudarse, que ya lo había pensado bastante: que también nosotros pensáramos en el bien nuestro y en el contento de él. Y así nos despedimos con poca satisfacción nuestra, viendo el fin de aquella llamada, y pareciéndonos que estas cosas importan mucho y que el modo de proceder de ellos es meterse en casa ajena antes que nadie se dé cuenta, como le ocurrió a este señor pasado, que se supo antes la muerte que la enfermedad.[12] Sin poner más tiempo en medio, mañana os enviaremos ésta y después haremos resumen.

Enterados de que en las tierras de este ilustrísimo y excelentísimo señor están retenidas alrededor de 43 mulas florentinas, pedimos quisiera hacerlas poner en libertad; respondió: las cosas están a salvo, y si queréis entenderos conmigo quedaréis satisfechos y no perderéis nada; pero por ahora no es posible liberarlas.[13]

Estamos a día 25 a las 20 horas, y todavía este señor no nos ha mandado llamar, pero han venido a visitarnos los señores Julio y Pablo Orsini,[14] los cuales expresaron su afecto a la ciudad e insistieron en que llegáramos a algún acuerdo con este señor; respondimos que para eso estábamos aquí y que por nosotros no quedaría; y volvieron a las mismas cosas del mudar allá el gobierno y asegurar al duque. Respondióseles lo mismo que antes, y más gallardamente. Pero ellos mostraron tener mucha noticia de las cosas vuestras, y os consideran tan débiles que de cualquier modo tendréis que aceptar las leyes que os den ellos, o bien someteros al rey de Francia; y como nosotros hablábamos con mucha seguridad de la amistad del rey, dijeron: ¿creéis que estamos locos, y que hubiéramos hecho esta empresa si el rey no nos la hubiese consentido? Aunque si no nos la hubiera consentido, la hubiéramos liquidado antes que se enterase; y que aquella majestad estima más al duque y a la casa Orsini, sus fidelísimos, que a vosotros; y por eso a cosa hecha se contentaría con lo que ellos, máxime que le darían lo mismo que las señorías vuestras, y estarían las cosas del rey en otra firmeza. Y contradiciéndolos nosotros vivamente, dijeron que *ser* Pepo[15] y otros hombres de ellos estaban bien certificados de la mente del rey y del cardenal de Rouen, los cuales, aunque al principio no consentían, después que ellos les mostraron el peligro de los alemanes, en una consulta de tres días, les dijeron: id y haced rápido lo que queréis, porque yo no puedo negar a los florentinos las tropas prometidas, pero las mandaré despacio y os daré tiempo. Y como yo

me encontraba en Blois cuando estaba allá *ser* Pepo,[16] y lo dejé allí rechazado y maltratado, se les mostró que el rey no podía haber mudado su voluntad sin causa, y que pronto lo verían por sus tropas y por su presencia. Dijeron: uno de nosotros ha de quedar por engañado, y seréis vosotros, porque nosotros seguiremos adelante, y ya dominamos gran parte de vuestro condado y no os queda tierra ninguna, y tenemos tanto ejército y tanta artillería que aun cuando vengan las tropas francesas tendrán que abandonaros para acercarse a nosotros. Y mostrando nosotros que el duque, como amigo y como hombre justo, no dejaría que sus tropas nos saquearan, dijeron: ya veis sin embargo lo que hace Vitellozzo, que está a sueldo de él, y veréis lo que haremos nosotros, que estaremos en vuestras tierras antes que vosotros, y por eso no recibiréis ayuda; dando a entender que la decisión está tomada y está cerca; y sobre eso querían apostar un caballo corredor de 50 ducados. En suma, ellos mostraron abiertamente que estaba decidida la empresa contra vuestras señorías y que estaban listos para montar a caballo; y que ya la ven ganada, y con tanta facilidad que ni vosotros ni el rey habrán de sentirlo por adelantado, pues dicen que sabrán cabalgar millas por día para llegar a las puertas.

Esta mañana por estafeta vinieron aquí *messer* Cornelio Galanti, hombre de los Vitelli, y *ser* Pepo, de Pandolfo, y no se sabe qué traen, porque este señor es muy solitario y secreto; hay que suponer que han venido o para instar al duque a que se les una, o para conferenciar sobre las cartas y el heraldo.[17] No dejaremos de decir que queriendo estos señores dichos más arriba hacernos tocar con la mano que el rey no se preocupaba de nuestras cosas, dijeron: ¿por qué el rey no se hace entender por el duque, que con una carta puede sacaros de este pleito? Dijimos que lo había hecho y lo haría de nuevo, y que pronto verían que el rey no era hombre de jugarse la palabra ni los amigos.

Dicen estos dos que el ejército de los enemigos[18] pensaba entrar en Casentino y salir a Pontassieve, y que el vuestro estaba disuelto, y se reían de los *condottieri* y soldados vuestros; y que toda la zona desde Arezzo hasta acá había sido tomada, y que en pocos días se oiría de la otra; y *messer* Cornelio aseguró que Vitellozzo escribe cartas *del campo pontificio*.[19]

Este señor tiene un ejército aquí cerca a tres millas en un lugar llamado…,[20] en el cual dicen que hay alrededor de 400 hombres de armas, 300 caballos ligeros y 3 000 infantes; y tiene otros 2 000 que han venido de Romaña con *messer* Ramiro;[21] hay otro ejército que está alrededor de Camerino esperando llegar al saqueo, en el cual dicen que hay más de 3 000 de a pie, alrededor de 150 lanzas y otros tantos caballos ligeros; y dicen que todos los días llegan infanterías de todas partes, porque ordena muchas, y después escoge las mejores y las paga; y se estima que entre acá y en Toscana puede reunir 16 000 personas, aunque ellos dicen 20 y 25 000.

Del estado del prefecto,[22] no hay duda de que puede tenerlo cuando quiera, pues ha obtenido éste tan rápido y sin reserva de ninguna fortaleza.

Este señor es muy espléndido y magnífico, y en las armas es tan animoso, que no hay cosa tan grande que no le parezca pequeña, y por la gloria y por adquirir estado jamás descansa y no conoce fatiga ni peligro: llega a un sitio antes que se sepa que ha partido del que dejó; se

hace querer por sus soldados; ha escogido a los mejores hombres de Italia: las cuales cosas lo hacen victorioso y formidable, unidas a una perpetua fortuna.

Son ya las tres horas, y el duque nos ha hecho llamar y repetido casi las mismas cosas, concluyendo con que no puede ni quiere estar en esta ambigüedad sino desea ser nuestro amigo, para lo cual quiere las dos cosas dichas; y que si no ha de ser amigo quiere ser enemigo abierto; y para asegurarse y tener respuesta de vuestras señorías no ha querido consentir más que cuatro días, y aunque lo apremiamos no quiso por nada prolongarlos; por lo cual, aunque habíamos proyectado regresar ambos, viendo lo corto del plazo y no pareciéndome a mí poder hacerlo, se ha decidido que vaya allí Nicolás lo más rápido que pueda a fin de haceros conocer el progreso de estas tratativas, no porque él pueda referir otra cosa que lo que dicen estas cartas, sino para poder mediante su ida alargar esto un día si fuera posible; y con ésta se manda al mensajero a fin de que podáis de inmediato discutirla y a su llegada darle respuesta. Y si queda detenido en alguna práctica, vuestras señorías mándenme un compañero, porque yo no estoy para poder ni querer semejante comisión solo.

Según colijo, estos señores Orsini hoy han combatido mucho con el duque para hacerlo romper con vosotros; no lo ha consentido porque quiere primero conocer el ánimo vuestro, y en este poco tiempo. Y por eso, aprovechen el tiempo las señorías vuestras, a las cuales nos encomendamos humildemente.

En Urbino, el día 26 de junio antes del alba

Servidor FRANCISCO SODERINI, obispo de Volterra

---

[1] Este despacho está firmado por Francisco Soderini, obispo de Volterra y hermano del gonfalonero de Florencia, pero tanto el estilo como la letra del original, que se conserva, indican que su autor (o al menos, su principal autor) fue Maquiavelo.

En junio de 1502 César Borgia escribió a la Señoría solicitando que le enviaran inmediatamente representantes para negociar, y los señores se apresuraron a mandar "al ilustrísimo duque de Romaña", al obispo Soderini (que al año siguiente se convertiría en cardenal) y al secretario; el obispo, presumiblemente por su rango eclesiástico, origen noble y mayor edad, era el representante principal, y ésa es presumiblemente la razón de que sea su nombre el que aparece al pie de esta carta oficial.

El Valentino estaba asediando Camerino, y hacia allá iban los emisarios cuando el 22 de junio, en Pontassieve, se enteraron por un fraile de que César Borgia acababa de apoderarse de Urbino mediante una de sus típicas estratagemas: pidió prestados al duque de Urbino, Guidobaldo de Montefeltro, sus tropas y artillerías para la campaña de Camerino, y luego inesperadamente marchó a toda velocidad ("sin comer ni beber", dice el secretario en su carta del 22 en que relata el hecho) contra la ciudad indefensa y la ocupó sin lucha. Guidobaldo apenas tuvo tiempo de huir y al anochecer del 21 el hijo de Alejandro VI entró triunfante en Urbino. Por lo tanto, los emisarios florentinos fueron a encontrarlo allí.

Florencia enfrentaba en esos momentos el grave problema de la rebelión de Arezzo y las demás poblaciones del valle de Chiana, instigada, si no por el propio César Borgia (a quien su alianza con Luis XII impedía atacar a los florentinos, que también eran aliados del rey), al menos por uno de sus más próximos colaboradores, el condottiero Vitellozzo Vitelli, quien estaba con su ejército en Arezzo y llevaba consigo nada menos que a Piero de Médicis, el mismo que había sido expulsado de Florencia en 1494.

[2] Giovanni Pietro Arrivabene.

[3] Agapito Gerardini, secretario de César Borgia, que antes había sido protonotario apostólico, abreviador y secretario de Alejandro VI y desde 1500 contrafirma casi todas las cartas y edictos del Valentino.

[4] Dos horas después de la puesta del sol. Véase la Advertencia.

[5] Los Diez habían escrito a Soderini: "Y porque no sabemos con precisión cuál es la causa de haberos llamado, no podemos encomendaros definidamente cosa alguna. Parécenos conveniente que, si habla de la conducción de nuevas empresas, de nuevos acuerdos, vosotros con las palabras le demostréis buena disposición en nosotros para darle esperanza, a condición sin embargo de no mudar ánimo en las cosas de Florencia, ni de los rebeldes, ni pensar cosa alguna sobre alterar este gobierno".

[6] César Borgia salió de Roma con su ejército el 1° de octubre de 1500, se apoderó de Rímini y Pésaro y luego, en abril de 1501, de Faenza. Después pidió permiso a Florencia para pasar por su territorio para atacar Piombino, pues el rey de Francia le había prohibido penetrar en el territorio de Bolonia (véase el mapa 1). En mayo de 1501 hubo un acuerdo entre Florencia y el Valentino por el que la república le concedió el paso (renunciando a defender a Jacopo d'Appiano, el señor de Piombino) y se comprometió a pagarle 36 000 ducados (contratándolo como *condottiere*) a cambio de la promesa de intervenir en favor de Florencia, en caso necesario, con 300 hombres de armas. El duque pasó con su ejército y tomó Piombino el 3 de septiembre de 1501, pero la república no le pagó un centavo. Es de eso que ahora el duque "se duele".

[7] Los Médicis. En 1500 Florencia se había enfrentado a demandas concretas de César Borgia sobre cambios del gobierno, al punto de que en la ciudad no faltó quien sospechara que "los ciudadanos poderosos" habían procurado su venida para modificar el gobierno en su beneficio, especialmente porque por orden del Valentino, Piero de Médicis estaba esperando muy cerca de los confines del territorio florentino. Guicciardini dice que "no había en el Valentino ningún deseo de reponer a Piero de Médicis, porque no juzgaba que le conviniese la grandeza de los Orsini y de Vitellozzo, con los cuales sabía que Piero, de regreso en la patria, estaría muy unido".

[8] Las correrías de las tropas del Valentino en el territorio de Florencia.

[9] Vitellozzo había ocupado con su ejército Arezzo, que se había rebelado contra Florencia. El gran beneficio que le piden es que le ordene que salga del valle de Chiana.

[10] Los florentinos habían decapitado a su hermano Paolo Vitelli en 1499, por su aparente traición en la guerra de Pisa.

[11] El rey de Francia.

[12] El duque de Urbino.

[13] Véase el apéndice 7, nota 2.

[14] Giulio Orsini di Lorenzo era un condottiero que había estado antes al servicio de los florentinos y murió en 1513. Paolo Orsini, marqués de Lamentana, es uno de los que el Valentino matará a fin de año en Senigallia.

[15] Pepo da Corvaia, embajador de Pandolfo Petrucci, señor de Siena, en la corte de Luis XII.

[16] Francisco Soderini había sido enviado por la república a la corte de Francia en 1501.

[17] El mensajero de Luis XII. En realidad, el rey ya empezaba a desconfiar de los Borgia y como estaba comprometido en el reino de Nápoles contra los españoles, tenía el mayor interés en impedir que el estado de Florencia, amigo suyo, sufriera daño alguno. Dice Guicciardini (*Historia de Italia*, V, 9) que "mandó inmediatamente… su heraldo a ordenar no sólo a Vitellozzo, a Gianpaolo [Baglioni], a Pandolfo y a los Orsini sino también al duque Valentino, que desistiesen de ofender a los florentinos, y sobre lo mismo insistió él muchísimo con el embajador del pontífice, y amenazó con palabras muy injuriosas a Juliano de Médicis y a los agentes de Pandolfo y de Vitellozzo que estaban en su corte".

[18] De Vitellozzo.

[19] Fechándolas en esa forma, es decir, dando muestras de actuar oficialmente por el papa y el Valentino.

[20] En blanco en el original.

[21] Ramiro de Lorca, lugarteniente de César Borgia al igual que Hugo de Moncada.

[22] Senigallia, cuyo señor era Giovanni della Róvere, prefecto de Roma.

7. NICOLÁS MAQUIAVELO A LOS SEÑORES

Ímola, 8 de octubre de 1502[1]

A LOS magníficos y excelsos señores, mis superiores singularísimos. Por encontrarme al salir de allí no muy bien montado, y por parecerme que mi comisión requería celeridad, en Scarpería monté en las postas y me vine sin pérdida de tiempo aquí, adonde llegué a las 18 horas aproximadamente; y por haber dejado atrás a mis caballos y servidores, me presenté así de caballero a su excelencia, la cual me recibió amorosamente; y yo, tras presentarle mis credenciales, le expuse la razón de mi venida y empecé por agradecerle la restitución de los paños.[2] Después pasé a la disidencia de los Orsini, y a la dieta de ellos y sus adherentes, y cómo habían sondeado hábilmente a las señorías vuestras, y qué ánimo es el vuestro con respecto a la amistad que tenéis con el rey de Francia y la devoción que observáis hacia la Iglesia, amplificando con todas las palabras que se me ocurrieron lo que os obliga a seguir en la amistad de ellos y rehuir la de sus adversarios; y dile testimonio de que en cualquier movimiento las señorías vuestras tendrán todos aquellos miramientos por las cosas de su excelencia que convienen a la buena amistad que tenéis con el rey de Francia y a la devoción que siempre habéis sentido por su señoría, reputando a todos los amigos de Francia por vuestros amiguísimos y confederados. Su excelencia no respondió nada a la parte de las cosas restituidas, pero al pasar a los otros asuntos agradeció a las señorías vuestras por ese ofrecimiento y grata demostración; después dijo que siempre ha deseado la amistad de las señorías vuestras, y no la obtuvo más por malignidad de otros que por causa suya, y dijo que deseaba narrarme en detalle lo que jamás había dicho sobre su ida con el ejército a Florencia. Y dijo que después de expugnar Faenza y tentar las cosas de Bolonia,[3] los Orsini y los Vitelli se le echaron encima tratando de persuadirlo de que regresara a Roma por la vía de Florencia, lo cual él rehusó porque el papa le mandaba por un breve otra cosa, y Vitellozzo llorando se le echó a los pies a rogarle que fuera por ese camino, prometiéndole que no harían a la región ni a la ciudad violencia alguna. Y no queriendo él condescender a eso, tanto insistieron con ruegos similares que él accedió a ir, pero con protesta de que no se violentase el territorio y que de los Médicis no se hablara. Sin embargo, queriendo sacar algún provecho de esa ida suya hacia Florencia, pensó para sí hacer amistad con las señorías vuestras valiéndose de esa ocasión, de lo cual da fe el no haber hablado jamás, en todas las pláticas que tuvo, poco o nada de los Médicis, como saben los comisarios que trataron con él, ni haber querido nunca que Piero fuese a su campamento. Y que muchas veces, cuando estaba en Campi, los Orsini y los Vitelli le pidieron permiso para presentarse en Florencia o en Pistoia, mostrándole golpes posibles, y él nunca quiso consentir, antes con mil protestas les hizo comprender que los combatiría. Cuando se llegó después a la composición,[4] pareciendo a los Orsini y los Vitelli que él había conseguido su deseo y no el de ellos, y que esa venida había sido para beneficio

de él y perjuicio de ellos, trataron de arruinarla con deshonestidades, e hicieron todos aquellos daños para molestar a las señorías vuestras y hacer fracasar el acuerdo. Y él nunca pudo repararlo, tanto por no poder estar en todas partes como también por no haberle dado vuestras señorías el adelanto, como se había dispuesto y aun insinuado. Quedó la cosa así hasta junio pasado, en cuyo tiempo ocurrió la rebelión de Arezzo, de la cual dijo no haber sabido antes nada, como le dijo ya al obispo de Volterra,[5] pero que le fue grata por parecerle que podía aprovechar la ocasión para obligaros a que os definierais. Y tampoco entonces se hizo nada, ya fuese por la mala suerte común o por no estar la ciudad vuestra en disposición de poder tratar o concluir lo que hubiera sido saludable para todos; lo cual dijo que todavía no le había molestado mucho: y dispuesto a beneficiaros y viendo la voluntad del rey, escribió y mandó especialmente hombres a Vitellozzo, para que se retirase de Arezzo; y no contento con eso se fue con sus tropas hacia la Città di Castello,[6] y habría podido quitarle el estado, porque los primeros hombres de la tierra venían a ofrecérsele; y dice que de eso nació la primera indignación de Vitellozzo y su descontento. De los Orsini dice no saber de dónde surge la furia de ellos en la Corte, sin permiso de nuestro señor. Después han visto cómo aquella majestad lo atendió a él más que al cardenal de ellos,[7] y lo honró mucho, lo cual se sumó a ciertos rumores que se habían diseminado de que había de quitarles el estado, por lo cual se fueron y se reunieron en esa asamblea de fracasados.[8] Y que ha recibido varias embajadas del señor Julio Orsini, declarando que no quiere oponérsele, etc., y que la razón de que no quieran descubrirse es que han recibido dinero de él, pero que si se descubriesen los juzgaría más locos de lo que pensaba, pues no sabían escoger el momento para hacerle daño, estando el rey de Francia en Italia, y viviendo la santidad de nuestro señor, las cuales dos cosas le ponían tanto fuego debajo, que hacía falta otra agua que la de ellos para apagarlo. Y que no se cuidaba de que le alterasen el ducado de Urbino, por no haber olvidado el camino para recuperarlo si lo perdiese; y agregó después que ahora era tiempo, si las señorías vuestras querían ser sus amigos, de obligárselo, porque él podía, sin escrúpulo por los Orsini, hacer amistad con vosotros, cosa que nunca había podido antes. Pero que si las señorías vuestras diferían y él mientras tanto se concertaba de nuevo con los Orsini, que todavía lo buscan, volverían los mismos escrúpulos, y como los Orsini no pueden quedar satisfechos con ningún acuerdo más que el de reponer a los Médicis, las señorías vuestras vendrían a caer en las mismas dificultades y recelos: por lo cual juzga que las señorías vuestras de cualquier modo deben declararse pronto amigos de él o de ellos: porque difiriendo podría surgir un acuerdo en su perjuicio, y seguir la victoria de una de las partes, la cual victoriosa, quedaría o enemiga o no obligada con las señorías vuestras. Y si tenéis que definiros, lo que le parece que ha de ser de necesidad, no ve cómo pueden las señorías vuestras desviarse de la parte en que concurren la majestad del rey y la santidad de nuestro señor, añadiendo que le sería muy grato que si Vitellozzo u otro se mueven hacia alguno de sus estados, hicierais que se presentaran ahí las tropas que tenéis, hacia el Borgo o por aquellos confines, para dar reputación a las cosas de él.

Yo estuve escuchando atentamente a su excelencia las cosas dichas más arriba, que no sólo he escrito en sustancia lo que habló, sino las propias palabras que dijo en general, a fin de que

las señorías vuestras puedan juzgar mejor; y no os escribiré lo que respondí por no ser necesario: me ingenié para no salirme de la comisión, y a la parte de las tropas no repuse cosa alguna: dije sólo que escribiría a las señorías vuestras sobre su perfecto ánimo, de lo que tendríais vosotros placer singularísimo. Y bien que su excelencia, como veis, mostraba desear que el acuerdo entre vosotros y él se haga pronto, sin embargo, no obstante que yo me le metía debajo para sacarle algún detalle, se mantuvo siempre apartado y nunca pude sacarle más que lo que he escrito. Y como a mi llegada me enteré de que en el ducado de Urbino ha habido algún movimiento, y como su excelencia discurriendo dijo que no se cuidaba de que le alterasen aquel ducado, parecióme preguntarle al replicar cómo andaba eso. A lo que su excelencia respondió: el haber sido yo clemente y haber subestimado las cosas me ha perjudicado. Yo, como tú sabes, tomé en tres días ese ducado, y no le corté un pelo a nadie, fuera de *messer* Dolce[9] y otros dos, que habían actuado contra la santidad de nuestro señor; antes hice más, que coloqué a muchos de ellos en cargos en ese estado, con uno de ellos diputado sobre cierta muralla que mandé construir en la fortaleza de San Leo; y ése hace dos días hizo un trato con ciertos campesinos de la región, que con apariencia de alzar una trabe han forzado la fortaleza, y se ha perdido: ahora unos dicen que invoca a Marcos,[10] otros que a los Vitelli y otros que a los Orsini, pero por ahora no se ha descubierto. Así que yo doy ese estado por perdido, por ser un estado flaco y débil y por estar aquellos hombres descontentos, que los he fatigado mucho con soldados. Sin embargo, espero proveer a todo, y tú escribe a tus Señores que piensen bien en sus asuntos y se hagan oír pronto, porque si el duque de Urbino regresa y viene de Venecia, no les conviene a ellos,[11] y menos a nosotros: lo que hace que nosotros podamos prestarnos más fe el uno al otro.

Esto es en efecto cuanto puedo por el presente escribir a las señorías vuestras, y bien que mi deber exigiría que os escribiera cuántos soldados tiene este Señor, dónde está alojado y muchos otros detalles de las cosas de aquí, sin embargo como apenas he llegado hoy no puedo conocer la verdad de ello, y por eso me lo guardaré para otra vez, y a las señorías vuestras me encomiendo.

El día 7 de octubre de 1502

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO, en Ímola

Retenida hasta esta mañana a las 16 horas, por estar el correo a pie y no haber hallado cabalgadura hasta ahora. Réstame escribiros que ayer al hablar conmigo su excelencia me dijo que Pandolfo Petrucci[12] le había mandado el día anterior a un hombre disfrazado a darle fe de que no había de dar favor alguno a quien desfavoreciese a su excelencia, y que en ese sentido le habló muy ampliamente.

Ayer cuando venía me encontré con *messer* Agapito a unas dos millas fuera de aquí, con siete u ocho caballos, y reconociéndome me dijo que adónde iba yo y quién me mandaba. Hízome gran recibimiento, y poco más anduvo y volvió atrás. Esta mañana he sabido que dicho *messer* Agapito iba allá a las señorías vuestras mandado por este duque, y por la venida mía se volvió atrás. Adiós de nuevo.

El día 8 de octubre de 1502

Le he dado al presente correo dos ducados, para que esté allí mañana antes del día. Os ruego los reembolséis a *ser* Agustín Vespucci.[13]

---

[1] En este segundo encuentro de Maquiavelo con César Borgia la situación ha cambiado mucho respecto a la carta anterior. La política de dilaciones del gobierno florentino terminó por tener éxito: en agosto llegaron las tropas de Luis XII y repusieron el gobierno de Florencia en Arezzo y todo el valle de Chiana y después, en octubre, un grupo de *condottieri* y de señores locales (Vitellozzo Vitelli, los Orsini, Oliverotto da Fermo, Gianpaolo Baglioni, Pandolfo Petrucci) que hasta ahí habían servido al Valentino, desconfiando de la potencia cada vez mayor de éste y comprendiendo que sus propios estados corrían peligro frente a la codicia del duque, se apartaron de él para formar la llamada “conjura de la Magione”. Con eso el duque quedó en una posición crítica: las fuentes de la época concuerdan en que en esos días sus cosas estaban en serio peligro, pues en cualquier momento podía perder todos los estados adquiridos. Y los florentinos continuaban indecisos, entre dos adversarios que para ellos eran igualmente peligrosos. “La comunidad de odios y temores habría podido hacer que la república florentina se acercase a sus enemigos de ayer [los conjurados], que en efecto intentaron una aproximación por medio de Pandolfo Petrucci. Pero aquella, resuelta a no apartarse en nada de la voluntad francesa, resolvió mantenerse neutral hasta que ésta se manifestara, y mientras tanto vigilar los movimientos del Valentino. De modo que cuando éste pidió que le mandaran a Ímola un embajador para tratar una alianza, a los florentinos no les agradó más de lo que les agradaba el renegado y violento hijo de Alejandro VI, pero sí les gustó la idea de entretenerlo y vigilarlo de cerca. Para eso hacía falta alguien capaz de comprometer poco y entender mucho, y mandaron a NM” (Ridolfi). En realidad la mejor esperanza de los florentinos era que los adversarios se destrozaran mutuamente, lo que les permitiría consolidar su república contra la amenaza de los Borgia y de los Médicis. Todo esto lo relata Nicolás Maquiavelo en la *Descrizione del modo tenuto dal duca Valentino nell’ammazzare Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, il signor Pagolo e il duca di Gravina Orsini.*

[2] En las instrucciones de los Diez a Maquiavelo iba incluido el encargo de agradecer al duque ciertos beneficios hechos a comerciantes florentinos, y por la “liberación” de unos paños que sus soldados habían detenido en Urbino, así como el pedirle garantías y salvoconductos “para los bienes de mercaderes nuestros que van o vienen de Levante”. Añadían una advertencia a Nicolás Maquiavelo de que no subestimara el asunto “porque importa mucho y puede decirse que es el estómago de esta ciudad”. La primera frase quiere decir que dejó su caballo por ser éste lento y prosiguió en los caballos de las postas.

[3] En abril de 1500 César Borgia ocupó Faenza y luego marchó sobre Castel Bolognese, pero fue detenido por el veto de Luis XII, que fue el verdadero motivo de que renunciara a atacar Florencia.

[4] Alude al acuerdo de Barberino (*cf*. la carta anterior, apéndice 6) que los florentinos no respetaron: en realidad, el duque nunca vio un centavo de los 36 000 ducados que Florencia se había comprometido a pagar por su *condotta*.

[5] Francisco Soderini (*cf*. la carta anterior, apéndice 6).

[6] Vitellozzo era señor de la ciudad de Castello.

[7] En agosto de 1502 César Borgia fue a presentar su homenaje a Luis XII en Milán y recibió más honores que el cardenal Orsini.

[8] La dieta de la Magione, sobre el lago Trasimeno, que se reunió el 9 de octubre pero ya era conocida.

[9] Dolce Lotti, hombre de Guidobaldo de Montefeltro, ex duque de Urbino.

[10] A Venecia.

[11] El otro punto sensible de Florencia era su preocupación por la expansión de Venecia en Romaña.

[12] El señor de Siena había mandado a la Magione a su ministro Antonio da Venafro.

[13] Coadjutor de la cancillería y amigo de Maquiavelo.

8. NICOLÁS MAQUIAVELO A LA SEÑORÍA

Corinaldo, 1° de enero de 1503[1]

A LOS magníficos señores, etc. Ayer por duplicado escribí a las señorías vuestras cuanto había sucedido después de la llegada de su excelencia el duque a Senigallia y cómo había apresado a Pablo y al duque de Gravina Orsini, y a Vitellozzo y a Oliverotto, y por la primera di el simple aviso de la cosa, y por la otra narré cada cosa particularmente, y además lo que me había dicho su excelencia, y qué opinión se tenía del proceder de este señor, las cuales cartas repetiría particularmente si estimase que no habían llegado salvas.[2] Pero habiendo mandado la primera con propina de seis ducados, y la segunda con propina de tres por hombres a propósito, uno florentino, el otro de Urbino, no me preocupo; con todo sumariamente lo repetiré a vuestras señorías por abundar en cautela, en caso de que aquellas no hubieran llegado. Partió este señor de Fano ayer de mañana, y con todo su ejército se vino hacia el rumbo de Senigallia, la cual había sido ocupada, salvo la fortaleza, por los Orsini y *messer* Oliverotto da Fermo.[3] Vitellozzo el día anterior había venido de Castello a aquellas partes; fueron uno tras otro al encuentro del duque, acompañándolo después a entrar en la ciudad y a su casa, y llegados con él a la cámara, su señoría los hizo retener prisioneros: después mandó desvalijar a sus infanterías, que estaban en los burgos fuera de las murallas, y mandó la mitad de su campo[4] a desvalijar a sus gentes de armas que estaban apartadas de Senigallia a seis o siete millas por ciertos castillos. Llamóme después alrededor de las dos horas de la noche, y con la mejor cara del mundo se alegró conmigo de su éxito, diciendo haberme hablado de ello el día anterior, pero sin descubrir el todo, como era en verdad; añadió después palabras sabias, y extremadamente afectuosas hacia esa ciudad, aduciendo todas las razones que le hacen desear vuestra amistad, si no queda por vosotros, tanto que quedé yo maravillado; y no lo repito más por haberme extendido sobre ello en la de anoche. Concluyó por último, que yo de parte de él escribiese tres cosas a las señorías vuestras. La primera, que me alegrase con ellas del éxito, por haber eliminado a los enemigos capitalísimos del rey, de él y de vosotros, y suprimido toda semilla de escándalo, y la cizaña que estaba por arruinar a Italia, por lo cual vuestras señorías debían estar obligadas con él. Después, que indagase y suplicase a vuestras señorías de parte de él, que estuviesen contentas sobre este hecho de mostrar a todo el mundo que son amigas suyas, y mandar hacia el Borgo[5] los caballos y hacer reunión de infantes, para poder junto con él atacar hacia Castello o hacia Perusa, como conviniese, diciendo que quería ir hacia ese rumbo de inmediato, y que habría partido anoche, si no fuera por el miedo que tenía de que por su partida fuese saqueada Senigallia. Y de nuevo volvió a pedirme que os escribiese que fueseis contentas de dar todas las muestras de ser sus amigas, diciendo que ahora no debía deteneros miedo ni sospecha alguna, estando bien armado él y vuestros enemigos presos. Rogóme por último que escribiese a las señorías vuestras que él desearía

que si por esta prisión de Vitellozzo el duque Guido,[6] que está en Castello, se huyese a vuestros dominios, vuestras señorías lo detuviesen; y diciéndole yo que no sería conforme a la dignidad de la ciudad que ellas se lo entregasen prisionero, y que vosotros nunca lo haríais, respondió que decía yo bien, pero que le bastaba con que vuestras señorías lo tuviesen, y no lo dejasen, si él no estaba de acuerdo. Quedé de escribir todo, y él espera respuesta.

Escribí también por la mía de ayer que muchos hombres entendidos y amigos de la ciudad me habían recordado que era ésta una gran ocasión para las señorías vuestras de hacer algún bien por su ciudad en retribución, pensando todos, que con respecto a Francia vuestras señorías pueden confiar; y se juzga aquí que sería cosa conveniente mandar uno de vuestros primeros ciudadanos por embajador aquí, en relación con este último accidente, y no diferir el hacerlo porque si viene hombre de condición, y con decisión de adherir, se cree que hallaría respuesta favorable; y esto quienes quieren bien a esa ciudad me lo han recordado una y otra vez, y yo lo escribo a vuestras señorías con la fidelidad con que siempre las he servido. Y esto es en esencia lo que os escribí por la última mía de ayer, aunque mucho más particularmente.

Ha sucedido después que esta noche a las 10 horas este señor hizo morir a Vitellozzo y a *messer* Oliverotto da Fermo; y los otros dos quedan todavía vivos, créese que para ver si el papa habrá atrapado en sus manos al cardenal y los otros que estaban en Roma, que se cree que sí, y después resolverán el asunto en familia.[7]

La fortaleza de Senigallia se rindió esta mañana temprano al duque, y así la tienen por él; y su señoría partió de allí esta misma mañana y se ha venido aquí con el ejército, y así nos iremos por el rumbo de Perusa o de Castello seguramente, y de Siena se duda; y después se extenderá hacia Roma para ordenar todos aquellos castillos de los Orsini y el plan es expugnar Bracciano, y que los demás serán fuego de pajas, lo cual con todo es razonamiento popular; estaremos aquí todo el día mañana, y al día siguiente nos alojaremos en Sassoferrato con tiempos tan siniestros para hacer la guerra como se puedan imaginar, y no se creería a quien escribiese la penuria en que se encuentra toda esta gente y quien va tras ella, porque quien duerme bajo techo tiene gran ventura.

Messer Goro de Pistoia, enemigo y rebelde de esa ciudad,[8] estaba con Vitellozzo, y se halla acá preso en manos de ciertos españoles; yo creo que con 200 ducados, si vuestras señorías quieren gastarlos, se conseguiría que quien lo tiene lo entregase en manos de uno de vuestros rectores; vuestras señorías piensen en este caso, y si les parece, avísenme; me encomiendo a vuestras señorías, *que siempre vivan bien*.

De Corinaldo, el día 1º de enero de 1502[9]

Servidor, NICOLÁS MAQUIAVELO, secretario

---

[1] Maquiavelo ha continuado todo este tiempo junto al duque, informando detalladamente a la Señoría de todos sus movimientos. Lo siguió de Ímola hasta Senigallia, y ahora se encuentra en Corinaldo, a 20 km de esta última ciudad hacia el

interior. Lo que aquí se relata es la famosa “masacre de Senigallia”. Como prólogo de esta acción, el 23 de diciembre Nicolás Maquiavelo había escrito a los Diez, desde Cesena: “*Messer* Ramiro que era el primer hombre de este señor, al regresar ayer de Pésaro fue metido por este Señor en el fondo de una torre, y se teme no lo sacrifique a estos pueblos, que tienen de ello grandísimo deseo”: se trata desde luego de Ramiro de Lorca y éste es el comienzo del episodio recordado en el capítulo VII de *El príncipe*. El final lo relata en una carta del 26: “*Messer* Ramiro esta mañana fue encontrado en dos pedazos en la plaza, donde todavía está”. Entre las necesidades tácticas del duque que provocaron ese acto también debe haber figurado la de “adormecer” (como dirá después Maquiavelo) a los conjurados del castillo de la Magione.

[2] Esta segunda carta no se ha hallado. Biagio Buonaccorsi, coadjutor de Nicolás Maquiavelo en la cancillería y su amigo íntimo, relata en su *Diario* esa conversación así: “Cuando en Senigallia se corrió la voz de que esos señores habían sido aprisionados, y de que el Duque había mandado desvalijar a sus tropas, y que los infantes del señor Oliverotto que todavía estaban en Senigallia fueran despedazados, de inmediato toda la ciudad se lanzó en tumulto al saqueo, lo cual queriendo evitar el Duque, salió en seguida todo armado, y andando en ese esfuerzo encontró a un enviado de la Señoría, que lo iba siguiendo por orden de ella, al cual llamándolo dijo: ‘Esto es lo que yo quería decirle a monseñor de Volterra cuando fue a Urbino, pero nunca confié en el secreto, de manera que sintiendo llegada la ocasión he sabido muy bien usarla, y he hecho un grandísimo gusto y servicio a vuestros Señores’…”

[3] Desde luego, el duque los había atraído a la celada con engañosas promesas de nuevas empresas en común.

[4] Es decir, de su ejército.

[5] San Sepolcro.

[6] Guidobaldo da Montefeltro, duque de Urbino.

[7] En efecto, en los mismos días Alejandro VI hizo arrestar en el Vaticano al cardenal Battista Orsini, al protonotario Giovan Battista Orsini y al obispo de Florencia Rinaldo Orsini, quienes fueron encerrados en el castillo de San Ángel y perecieron poco después, presumiblemente envenenados.

[8] Goro Gheri da Pistoia era uno de los más conocidos y hábiles agentes de los Médicis.

[9] Según el calendario florentino. Véase la Advertencia.

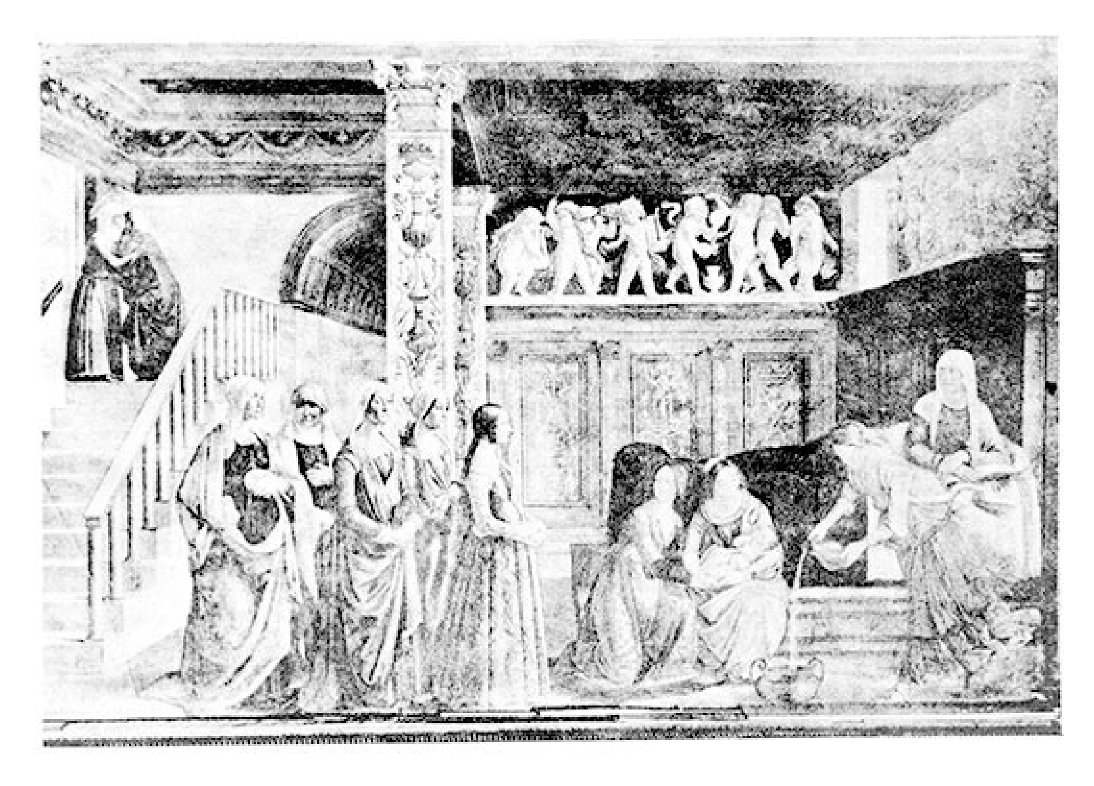
9. NICOLÁS MAQUIAVELO A LA SEÑORÍA

Roma, 1° de noviembre de 1503[1]

A LOS magníficos señores, etc. Del día 30 de octubre fue la última mía, y escribí por mano de estos Del Bene; y dije, *entre otras cosas*, qué opinión había del papa, y que al día siguiente debían entrar en cónclave. Y tanto creció la opinión de que sería San Piero ad vincula,[2] que antes que se cerrara el cónclave se daba sobre él el 90 por ciento,[3] porque se supo que dos enemigos que tenía que eran capaces de perjudicarlo se habían aplacado: y esos dos eran Rouen y los cardenales españoles amigos del duque, que se habían arrojado del todo en su favor. Y dícese que la causa de que Rouen se mudara así es que le fue demostrado que no puede haber papa que quiera quitarle todo el crédito, aunque sea el Víncula, con quien siempre han sido como enemigos. A los cardenales españoles y al duque es fácil conjeturar qué fue lo que los indujo, porque el uno tiene necesidad de que lo resuciten y los otros de enriquecerse. Ahora, si éste habrá sido el camino, se sabrá mejor en su día. Por una vez él habrá sabido persuadir mejor que los demás, si es elegido papa, como ahora puede decirse que ya es seguro; porque en este momento, que son las ocho horas de la noche, viniendo el primer día de noviembre, ha pasado aquí por mi alojamiento un servidor del Víncula que viene de palacio, y me dice haber recibido del conclavista del dicho San Piero ad víncula cinco pólizas, una tras otra, que le significan la unión de los cardenales para hacerlo papa, pese a que también desde el principio se sabía de siete cardenales en favor de Santa Práxedes,[4] entre los cuales el principal era Ascanio.[5] Y díjome que esta última póliza le encargaba que despachase la nueva a Savona y Senigallia, que se había puesto por nombre Julio II, y que había despachado los correos. Esta cosa, y muchas otras que suceden diariamente, merecerían ser despachadas por las postas, pero yo no tengo la orden de las señorías vuestras para eso, y no estoy para meterme en semejantes gastos sin orden de ellas, y la noche no permite que yo mande o vaya a averiguar si hay algún otro que despache para allá, porque no se anda seguro. Y éste que vino del palacio estaba acompañado por 20 hombres armados. Esperaré al día claro, y si encuentro quien lleve la carta, la mandaré, y con aviso más cierto. Y para excusarme para siempre de esto, digo a vuestras señorías que verán que yo escribiré una carta cada día, pero en cuanto a mandarlas, me gobernaré como quien hace las cosas al gusto de otros. Que estén bien.

De Roma, a la octava hora de la noche entre el último día de octubre y el primero de noviembre de 1503

Servidor NICOLÁS MAQUIAVELO, secretario



Domenico Ghirlandaio (1449-1494), El nacimiento de la Virgen, *1491, Iglesia de santa María Novella, Florencia.*

---

[1] En esta legación a Roma, que se extendió del 27 de octubre al 16 de diciembre de 1503, Maquiavelo asistirá no sólo a la elección de Julio II sino al fin de César Borgia. En el panorama político general, los elementos más importantes son los ejércitos de Francia y España que se enfrentan a ambos lados del río Garigliano (límite entre Roma y Nápoles) esperando que mejore el tiempo para pelearse. Desde luego, el resultado de esa batalla será esencial para todos y en particular para la república florentina.

[2] El cardenal de San Pietro in Vincoli, Juliano della Róvere (1443-1513), hostil a los Borgia, quien por esa razón había pasado varios años refugiado en la corte de Francia.

[3] El 30 de octubre había escrito "que se encuentra quien dé el sesenta por ciento sobre él", y agregaba: "el duque Valentino es muy buscado por quienes desean ser papa, en razón de los cardenales españoles favorecidos por él", los cuales eran alrededor de una docena, "y él vive con esa esperanza de ser favorecido por el nuevo pontífice".

[4] Antoniotto Pallavicini, cardenal de Santa Práxedes.

[5] El cardenal Ascanio Sforza, hermano de Ludovico el Moro.

10. BAUTISTA MAQUIAVELO A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 9 de noviembre de 1503

Al egregio señor Nicolás Maquiavelo, emisario de la república florentina

ESTIMADO emisario, etc. Mi estimado compadre. Habéis tenido un hermoso y despierto niño, el cual ha sido bautizado honorablemente como lo exigen vuestras cualidades.[1] Que Dios nos lo conserve de buena mente y de cuerpo robusto. Por ésta poco tengo que decir: sé que Totto[2] os ha dado últimamente información de dos abadías: una se llama San Zenón, está en Pisa y es del obispo de Pistoia y es de la orden de los camaldulenses, rinde 100 florines de oro al año; la otra Santo Justo, de la orden de los camaldulenses, diósesis volterrana, y es del mismo obispo de Pistoia. Cuando di este aviso a Totto no le dije que os avisara que advirtieseis que San Justo era del cardenal de Médicis, y que creía que cuando el cardenal se lo dio se reservó el regreso, y así lo creo. Esto se os avisa porque tiene 64 años de edad. Y en verdad también es suyo San Pablo de Florencia, que rinde 120 florines de oro al año; creo que el cardenal tiene regreso ahí. Por otra os avisé de San Pulinari aquí en Florencia, el cual es de *messer* Isaac hijo del Argirópulo griego:[3] era familiar de San Clemente; sé que trataba de sacarle partido; lo repito por si no hubieseis recibido la carta.

Hoy he tenido información de una cabecera que se llama San Pedro en Sillano, diócesis de Volterra, que rinde más de 100 florines; el sacerdote es un viejo de 60 años o más: los dueños son los frailes de la Abadía, porque él cede fácilmente ante los religiosos: el rector se llama don Andrés. Por ahora no tengo nada más que deciros sobre esto. Saludadme al Minerbetto. Quisiera que me avisaseis si es cierto que nuestro arzobispo ha dejado o está por dejar el arzobispado, y a quién. *El día 9 de noviembre de 1503*.

Vuestro pariente BAUTISTA, en Florencia

---

[1] Bernardo.

[2] Hermano de Nicolás, seis años menor y eclesiástico.

[3] Juan Argirópulo (Constantinopla, 1410-Roma, 1492), autor de las primeras traducciones directas de Aristóteles al latín.

11. MARIETA CORSINI MAQUIAVELO[1] A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 24 de noviembre de 1503

En el nombre de Dios, a los 24 días

QUERIDÍSIMO Nicolás mío. Vos queréis burlaros de mí, pero no tenéis razón, que mejor estaría si estuvieseis acá; bien sabéis la alegría que tengo cuando no estáis aquí, y más ahora que me han dicho que hay allá una peste tan grande, pensad lo contenta que estoy, que no hallo reposo de día ni de noche. Ésta es la felicidad que tengo del niño. Por eso os ruego que mandéis cartas un poco más seguido, que no he recibido más que tres. No os maraville que no os haya escrito, porque no he podido, pues he estado con fiebre hasta ahora: no estoy enojada. Por ahora el niño está bien, se parece a vos: es blanco como la nieve, pero tiene la cabeza que parece terciopelo negro, y es peludo como vos, y como se parece a vos, yo lo encuentro bonito; y es listo que parece que llevara un año en el mundo; abrió los ojos en cuanto nació, y puso en sobresalto a toda la casa. Pero la niña[2] se siente mal. Os recuerdo el regreso. Nada más. Dios os acompañe y os guarde.

Os envío el chaleco y dos camisas y dos pañuelos y una toalla, que os coso.

Vuestra MARIETA, en Florencia

---

[1] Es la esposa de Nicolás, y ésta es la única carta suya que se conserva.

[2] Hasta ahora no ha sido posible establecer con seguridad la cronología de los hijos de Maquiavelo: tuvo muchos, y varios murieron en la infancia.

12. BLAS BUONACCORSI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 4 de diciembre de 1503

A Nicolás Maquiavelo, mandatario y secretario florentino, estimado como un hermano

En Roma

ESTIMADO compadre. Esta mañana recibí dos vuestras del 29 y el 30 y me maravillo de que no hayáis recibido mis cartas del 21 acá, que sin embargo os he escrito dos o tres veces y últimamente por las manos de Bolognino el cual fue allí con dineros del rey; la cual mucho apreciaré saber que la habéis recibido, porque por amor vuestro deseo respuesta a ella a fin de que se calme el señor Ángel Tucci,[1] el cual, como por aquella habréis visto, estaba gravísimamente alterado en contra vuestra, por no haberle respondido nunca, que dice haberos hecho escribir por el gonfalonero y por cuantos cancilleres hay en este palacio. Os escribí algunas de las palabras que usó contra vos en presencia de todos los señores, que en verdad todos los demás señores lo escucharon, pues uno por una pasión y otros por otra, no lo tuvieron a mal; y a vuestro regreso os informaré de cosas que juzgo no ser para escribirlas; básteos con saber que hay cerebros malignos, y a uno le disgusta que escribáis bien del Volterra[2] y a otro otra cosa; y así uno sin que se lo agradezcan se esfuerza y pone de lo suyo. Si hubieseis estado presente a la respuesta, habríais juzgado que os amo más que a mí mismo; no me esforzaré ya por probároslo de otro modo porque un día tendréis tantas pruebas de ello que lo creeréis y quizá usaréis hacia mí de otros términos que hasta ahora; porque donde yo pueda haceros honor, en palabras o en actos, sin reparo echo por el medio; y de este ánimo nunca me moveré, aunque sea poco lo que puedo hacer.

Quien os escribe que busquéis otro ejercicio no os quiere bien, porque yo no veo otro peligro en nuestros casos que el acostumbrado. El Vespuccio una vez más la agarró en el aire, que buen provecho le haga, y también a nosotros si nos sale. Creo que habéis gastado mucho y gastaréis todavía: no sé ya cómo habréis de recibir satisfacción, si los embajadores irán dentro de cuatro o cinco días y vos tendréis licencia inmediatamente, y hasta ahora no sé nada sobre ir yo, y acá no se piensa en eso. Irán honorabilísimamente dispuestos y sobre todo el Girólamo[3] y Mateo Strozzi, que se hacen trajes y otras cosas suntuosísimas: y creo que nos harán honor, y si quisisteis ir allá, creo que os costará algo; no os digo ya si es cierto el indicio que me ha llegado a las orejas, porque oigo que el gonfalonero piensa mandaros con Rouen[4] hacia Alemania, para estar allá en ese parlamento de ellos. Si os viene bien, *pues bien*, si no, preparad defensores; pero que esto sea secreto, porque me perjudicaríais mucho.

Marieta no ha podido escribir hasta ahora por haber estado de parto; creo que lo hará en el futuro, y ayer mismo fue a verla Alexandra;[5] y por Dios que no es posible tranquilizarla que esté en paz. Duélome de vuestros afanes y a Luis Morelli le haré la embajada. En una póliza

irá en ésta lo que deseas para el hermano aquel de los Tucci, y dice que si gastáis algo os reembolsará. Os ruego me respondáis una sola palabra. *Que estéis bien. De Florencia, en el día 4 de diciembre de MDIII.*

FRATER BLASIUS

Nicolás vuestro[6] dice que no os escribe por no aburriros, pues ha informado a Totto vuestro, y sus casos no os recuerda.

---

[1] Ángel Tucci, de profesión “papelero”, era uno de los señores.

[2] Francisco Soderini, cardenal de Volterra.

[3] Rafael Girólami.

[4] Jorge d’Ambroise, cardenal de Rouen.

[5] La esposa de Blas Buonaccorsi, que era sobrina de Marsilio Ficino.

[6] Nicolás de Alejandro Maquiavelo; “Totto vuestro” es el hermano menor de Nicolás.

13. NICOLÁS MAQUIAVELO A ÁNGEL TUCCI
Roma, diciembre de 1503

AL MAGNÍFICO señor, etc. Recibí la vuestra del 21, y si bien no entiendo la firma, me parece reconoceros por la mano y por las palabras; con todo, si me engañase, el responderos a vos no estará mal ubicado ni fuera de propósito. Señaláis vos el peligro que corre el resto de Romaña, habiéndose perdido Faenza; indicáis que es preciso pensar en los casos vuestros, pues no provee otra cosa quien puede o debería; teméis no lo esté consintiendo el papa; estáis en el aire en cuanto al resultado de las cosas francesas; recordáis que se recuerde y que se insista, etc. Y bien que todas esas mismas cosas me han sido escritas por el público,[1] y se les ha respondido tan ampliamente que vos con lo escrito podríais aconsejaros, *con todo* para no faltar al oficio con vos también, habiéndome invitado, os repetiré lo mismo; y hablaré en vulgar, por si hubiera hablado con la Oficina en gramática,[2] que no me parece haberlo hecho.

Vos quisierais que el papa y Rouen remediaran de una vez los casos de Romaña con otra cosa que palabras, juzgando que éstas no bastan para los hechos que han hecho y hacen los venecianos, y nos habéis hecho apremiar a uno y otro del modo que sabéis, de lo cual nacieron aquellas resoluciones que se os han escrito, porque el papa espera que los venecianos habrán de complacerlo, y Rouen cree que con paz o con tregua o con victoria estará a tiempo de corregir; y están cada uno de ellos tan fijos en esas opiniones, que no quieren prestar oídos a nadie que les recuerde cosa alguna fuera de eso. Y por eso se puede haceros esta conclusión: que de aquí no esperéis ni tropas ni dinero, sino sólo algún breve o carta o embajada admonitoria, las cuales serán más o menos gallardas según sean más o menos poderosos los reparos que debe tener el papa o Francia. Los cuales, cuánto pueden o deben serlo, podéis juzgarlo muy bien mirando a Italia a la cara, y pensar después en los casos vuestros, visto y examinado lo que otros pueden hacer para seguridad vuestra, y enterado de lo que se puede esperar de acá; porque en cuanto a lo que se puede esperar al presente, no es posible repetirlo más de lo que lo he hecho. Añadiré sólo esto: que si otro le pidiera a Rouen o vuestras tropas, o poder servirse de Gian Paolo,[3] es preciso dar muestras de quererlas, o para defender vuestro estado (y de esto no se le puede hablar, porque se altera como un diablo, llamando como testigo a Dios y a los hombres de que se ceñirá las armas él mismo si alguien os tuerce un pelo), o con intención de ayudar a que Romaña no caiga; y en eso piensa estar a tiempo, como he dicho. Esto es en sustancia lo que se os puede escribir de las cosas de acá, y no creo que quien debe escribiros la verdad pueda escribiros otra cosa.

---

[1] Es decir, en la correspondencia pública, oficial.

[2] Entiéndase: hablaré en italiano por si hubiera hablado con la cancillería en latín.

[3] El *condottiero* Gian Paolo Baglioni; uno de los encargos con que Nicolás Maquiavelo había ido a Roma era la renovación de su contrato, o *condotta*.

14. NICOLÁS MAQUIAVELO A ANTONIO GIACOMINI TEBALDUCCI[1]

Florencia, 27 de agosto de 1505

Al magnífico señor Antonio Tebalducci, comisario general en el campo, su benefactor

En el campo

MAGNÍFICO señor. Mantened en secreto lo que os escribo: la Práctica ha decidido esta mañana dar el bastón a *messer* Hércules, pero quieren diferir un día o dos el significarlo para ver cómo habrán de contentar a Marco Antonio, temiendo no haga el diablo: sería bueno hacer dos cosas: una que el señor Jácopo y *messer* Aníbal mandasen aquí a hacer saber que la gloria de la derrota no fue toda de él, porque él envió hace varios días a pedir y a pregonar su valentía: la otra, que vos escribieseis a algún amigo de autoridad y le mostraseis que Marcantonio no está para dividir la jefatura ni es para que lo siga el señor Lucas ni el señor Jácopo como ellos creen; porque esa creencia ha hecho demorar la decisión en favor de *messer* Hércules; en suma, la honestidad del señor Jácopo y de *messer* Hércules ha hecho demasiado insolente a ese tercero y le ha dado demasiada reputación; vos podéis remediarlo; y destruid esta carta. *En el día 27 de agosto de 1505*.

Servidor, NICOLÁS MAQUIAVELO, secretario

---

[1] Antonio Giacomini Tebalducci, universalmente señalado como espejo de virtudes, era en este momento comisario general de los florentinos en la guerra de Pisa, cargo en que lo sucederá después *messer* Hércules Bentivoglio. Marco Antonio es el famoso *condottiero* Marco Antonio Colonna. No están claros los detalles del incidente a que hace referencia esta carta (publicada por primera vez por Bertelli, 1969), pero el texto —sobre todo en la primera frase y la última— dice lo suficiente.

15. AGUSTÍN VESPUCCI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 14 de marzo de 1506

Al dignísimo Nicolás Maquiavelo, secretario y comisario florentino

En Poppi[1]

NICOLÁS, mi querido maestro. En parte me deleitaron y en parte me animaron a la obra, a la que sin embargo atendía, vuestras divertidísimas cartas: *estaba yo en la puerta de la Guardia de los Ocho cuando me fueron entregadas hacia la primera hora de la noche, ocupado en tu interés, bien que no menos en el mío*. Esto fue anoche, por no haber podido expedirme, no anteayer; *ahora, pon atención*.

Descubriendo yo, y con esfuerzo, que un tal Andrés de Pistoia había hecho reimprimir vuestro compendio, *por aproximaciones y de a poco* llegué al sitio *donde se imprimía*, llevando conmigo al comendador Tomás Balducci y no me partí de ahí sin conseguir una, que no me dilataré en deciros la vil cosa que son: todo amontonado, sin espacio, los cuadernillos pequeñísimos, sin blancos delante ni atrás, la letra torcida, incorrecta en muchos lugares, según os pondré una notita en ésta, en que anotaré todos los errores. Entré a los Ocho a hacer gran querella, *en mi nombre y en el tuyo, por diversas causas*: por mí, por el daño de reimprimírmelo en menos de 20 días, aunque eso no lo estimaba mucho por no haber sido mi primer objetivo la ganancia; pero por vos hice gran insistencia y querella *con audacia quizás excesiva, aunque salvando el decoro*, mostrando presentemente esa cosilla reimpresa, señalando uno por uno sus errores, con lo que concluyeron ellos que a vos se os había hecho gran villanía e injuria, *como si a tu verdadero hijo de verdad hubieran descuartizado y lacerado*; y os encomendé a ellos mucho y *de corazón*, y que lo honorable era ayudar a quien compone, y darle ánimo, y destruir a los hombres malignos y perversos, como se ve claro en este asunto. Tuve grata respuesta del presidente, y se me comisionó para citar al dicho Andrés. No lo podía encontrar, pero ahí usé arte, e hice publicar un bando con dos denarios gruesos de recompensa que fueron causa de que justo a las dos horas apareció. Fuimos admitidos, expuse todo *en presencia del hombre*, quien no teniendo qué responder, recibió de los Ocho la orden de no sacar por nada del mundo lo que había impreso hasta la decisión de ellos y el regreso vuestro: y que si vos dabais licencia para que se vendiese, ellos harían lo mismo. Y como él alegó que un cierto *ser* Antonio Tubini, capellán de la Misericordia, era su socio a medias, ayer de mañana temprano fui a ver al vicario. Dicho y hecho, lo hizo comparecer allí, le dio el tal regaño y le ordenó que llevase a su cámara toda su parte, con pena de 50 ducados; y de ahí no saldrán sin consentimiento vuestro. Así está la cosa, y quedad tranquilo que no se venderá ninguna, que me ha dicho el vicario que tenga yo algún espía para saber decirle de cierto si se vende, porque él quisiera castigar a ese cura y hacerle reconocer otros vicios que tiene; es

amigo mío *messer* Donato, el vicario, y sé que no me engañaría; y yo estaré atento, pero no tengo duda alguna.

No quiero omitir deciros cómo vuestro Juan Domingo colaboró en algo a esa impresión, desdichado de él; y yo, con este ejemplar que tengo, le he hecho ver los errores que tiene, y le recordé cuánto apreciábamos nosotros que en mi edición sólo está mal una o dos A. Él ha estado ya con los Ocho y con el vicario.

Sería necesario que vos, ya sea a los Ocho o en particular a Lactantio Thedaldi, *que se ha portado muy bien en esta circunstancia*, le escribieseis cuatro líneas del modo que sabéis, o les deis las gracias como os parezca. Anoche les leí a ellos lo que vos me escribís tocante a eso, lo cual fue muy adecuado, y quisieron ver vuestra escritura, y la fecha; dijéronme que en todo caso yo debía quereros bien, insinuándome que alguno de ellos no había visto todavía estos versos vuestros; yo en este momento, que son las 12 horas, salgo de casa con 10 *Decenales* conmigo; los haré ordenar y encuadernar elegantemente y quiero regalarlos a todos ellos, y además a *ser* Alfonso y a *ser* Francisco. Y todo, o sea estos 10 y los dos denarios gruesos para hacer aparecer a aquel Andrés, lo pondré a vuestra cuenta en mi libro, y mañana encomendaré al papelero que dé las obritas a dos cuatrines blancos cada una. No hago como el amigo que está en Roma, de acusar, etc., que si no halláis prueba de cuanto os escribo, *llámame mentiroso*. Iré a vuestra casa antes de ir a la cancillería; y antes de cerrar ésta diré lo que haya de vuestra familia.

Por Blas haré lo necesario, con el primer correo le escribiré: os mandé hace dos días una de él con el reverendímo Soderini. Cobré el resto vuestro, y guardo todo hasta que regreséis a casa aquí.

Regreso en este momento de vuestra casa, y he cumplido puntualmente cuanto en la vuestra me encargáis, y están todos bien, muy bien; y quedó complacida Marieta de que os hubieseis acordado de ella y de los niños, los cuales todos, *como he dicho*, están bien; sólo Bernardo chilla un poco, pero no tiene fiebre ni mal alguno.



Giovanni Stradano (1523-1605), "Impressio Librorum", en Nova Reperta, *placa 4, ca. 1580-1605, Museo Británico, Londres. Una imprenta florentina del siglo* XVI.

Encontré en el puente viejo a aquel *ser* Antonio que imprime, y me dijo que os ha hecho escribir de tal modo y por tal persona, que vos le daréis licencia para que haga lo que le parezca con los impresos y con los otros que dice que quiere hacer nuevos; os advierto; y vos, sed prudente, hablad claro al respecto y haceos entender. No sé qué más deciros, salvo que entregué aquellos *Decenales*, como dije: les agradaron. *Te saludo y diviértete. De Florencia el 13 de marzo de 1505*.

Saludad de mi parte a *ser* Juan Rylli si está ahí, y si no a Nicolás su padre, si lo veis.

Vuestro AGUSTÍN

---

[1] Nicolás Maquiavelo había salido de Florencia el 28 de febrero a reclutar infantes.

16. NICOLÁS MAQUIAVELO A JUAN RIDOLFI

Florencia, 12 de junio de 1506

Al magnífico señor Juan Ridolfi, comisario general contra los pisanos, su superior y benefactor

SEÑOR comisario: si no os he escrito nuevas antes, ésta y las que después de ésta os escribiré os compensarán.

Hay cartas de Francia del 15 y hasta del 30 del mes pasado, que dicen que el emperador y el húngaro[1] están de acuerdo y que el emperador no atiende a otra cosa que a prepararse para venir a Italia; y todo su ejército lo desea, que son 9 000 infantes y 4 000 caballos; y que ha mandado a Trento buena parte de las artillerías que quiere traer consigo, y además ordena mandar a Consalvo[2] 4 000 infantes.

El archiduque[3] está de acuerdo con el rey de Aragón, porque se reunieron en Galicia y se ve entre ellos unión grandísima; esto es contrario a las esperanzas de los franceses, que se muestran de ello muy descontentos.

El rey de Inglaterra está de acuerdo con el archiduque, porque en este viaje de él a España lo ha servido con dinero y con 2 000 infantes.

Los barones del reino de Nápoles que están en España, es decir los barones exiliados, que esperaban recobrar sus estados según lo convenido entre Francia y España, no habiéndolos recuperado, han enviado a uno de ellos al rey de Francia a pedir nuevos favores. Y el duque Valentino, prisionero en España,[4] también ha mandado a pedir favores a Francia; y el rey ha mandado allá un emisario con comisión de favorecerlo a él y a los otros.

El papa trata de contratar suizos y pide gentes de armas a Francia, y dice que quiere hacer la empresa de Bolonia y de Perusa; los franceses, si contrata pocos suizos y si acepta dejar en paz a Bolonia, le prometen su apoyo para Perusa, porque también quisieran vengarse de Pandolfo Petrucci; pero si quiere contratar muchos suizos, los franceses están por impedirlo, porque temen que se trate de otra cosa que Bolonia y Perusa, y que los quiera para favorecer al emperador.

El rey de Francia ha mandado, o está por mandar, un embajador a los suizos, llamado el juez mayor de Provenza, con comisión de que de ahí vaya a Venecia y después a Hungría, para mantener firmes a los suizos que no acepten dinero más que del rey, y para tener firmes a los venecianos en su favor, y perturbar la paz del húngaro y el emperador.

Ha regresado a la corte el bailío de Dijon, que goza allí de mucho favor, y se dice que es porque conoce bien los asuntos alemanes.

Manda al señor de Argenton[5] con cuatro gentilhombres a los confines de Alemania para sustraerle al emperador ciertas alianzas alemanas, que no lo sirvan con dineros ni con

hombres.

No observa el rey de Francia al emperador las condiciones del acuerdo pasado que hizo con Rouen; porque a un embajador que, hace bastante tiempo, fue a la corte a pedirle dinero y gente según lo pactado, no le dio ni una cosa ni otra, sino que lo licenció diciendo que mandará sus emisarios al imperio para hacer saber, etcétera.

Ha dado el rey de Francia su hija por esposa al señor de Angoulême, y ha hecho que todos los señores del reino juren fidelidad a dicho Angoulême, después que él muera sin hijos varones. Le ha dado en dote el condado de Blois y 100 000 ducados, y la reina le ha dado 100 000 ducados y el ducado de Bretaña, si muere sin hijos varones.[6]

Entre los venecianos y el rey no ha habido nuevo acuerdo, pero se ponen buena cara y respetan el viejo.

El rey de Francia ha encomendado a monseñor de Sisteron,[7] que ha sido emisario del papa y regresa a Francia, que visite Ferrara, Mantua, Bolonia y Florencia, y les prometa de parte de él *mares y montes* y los tenga bien dispuestos hacia él para el caso de que el emperador venga a Italia.

Estos avisos no bastan si no os escribo lo que comentan sobre ellos estos ciudadanos, o los más sabios; y aunque vos, sabio, podríais comentarlos igual que ellos, sé que os será grato su discurso.

Si son ciertos estos avisos, paréceles que antes debe creerse que el rey de los romanos[8] vendrá a Italia que lo contrario, y lo discurro así: cuando hay que juzgar si alguien hará algo, hay que ver ante todo si tiene ganas; después, con qué apoyo cuenta para hacerlo, y con qué contrarios. Si el emperador tiene o no ganas de pasar a Italia, todas las razones quieren que sí. La primera es el deseo que razonablemente debe tener de coronarse por su honor, y para prorrogar esa dignidad en su hijo. La otra es para vengarse de las injurias recibidas de los italianos y reconquistar el honor que perdió con la venida a Toscana. Créese pues que ganas tiene. Ahora, en cuanto a quién puede detenerlo o favorecerlo, es preciso considerar a quién tiene en casa y alrededor. Los de casa no se conocen bien aquí, pero créese que está más fuerte que en el pasado, pues ha domado al conde palatino[9] y ya se han tasado las plazas y los señores, cuánto deben darle para su venida a Italia. Los que tiene alrededor son el archiduque, Francia, Inglaterra. Los que están en Italia, adonde quiere venir, son el papa, los venecianos, España, los florentinos y otros desperdigados.

Si son ciertos estos avisos, se ve que están de acuerdo el archiduque, España e Inglaterra, y si están de acuerdo ellos, conviene que también lo esté el emperador, siendo el archiduque hijo suyo y tratándose de algo común a los dos. El papa, aunque platica con Francia para obtener gente de él, se ve que está más vuelto hacia el imperio, y la razón lo quiere así, porque la fortuna de Francia está débil, especialmente en Italia por las cosas que han pasado, y esta nueva del emperador; y este pontífice debe planear hacer con él lo que hizo Alejandro con Francia. De los desperdigados de Italia, si los otros están de acuerdo, no hay para qué hablar. Nos quedan solamente, de las potencias mayores, descontentas con esa venida suya, los franceses y los venecianos, los cuales juntos podrían oponerse, pero cada uno de ellos andará con cuidado y no confiarán el uno en el otro. Se piensa que pueden oponerse al emperador con

fuerza o con arte, y se cree que no dejarán de usar todo arte e industria para perturbarlo, como se ve que hace Francia, según las noticias recibidas, pero no se cree que ese arte sea bastante, porque no se cree que el rey de Francia se ponga a hacerle la guerra al emperador contra la voluntad de Inglaterra, el archiduque y España, y tampoco se cree que la quieran los venecianos, cuando la guerra habrá de hacerse en lo de ellos, porque siempre temerán que los franceses los abandonen en lo mejor. Así que por esto se cree que como no les conviene detenerlo con industria, pensarán dejarlo venir y cuidar cada uno lo suyo, y si de todos modos tienen que enfrentarlo, lo harán después que haya pasado, como hicieron el duque de Milán y los venecianos con el rey Carlos.

El emperador, por su parte, se alegrará de que lo dejen entrar sin disputa, porque a él le convendrá más hacer la guerra después que antes. La causa es que él viene a Italia por dos cosas: el querer la corona y el vengar las injurias. Si hace la guerra antes de ser coronado y la pierde, después no puede esperar la corona nunca. Pero si hace la guerra ya coronado, aunque la pierda ya no podrán quitarle la corona y siempre volverá con menos vergüenza. Y para él tampoco hace mayor diferencia el hacer la guerra en la banda de allá o en la de acá, si tiene amigo al papa y a todos los demás que atraerá con su autoridad.

Sé que os he alborotado la cabeza; perdonadme, estoy a vuestras órdenes, y si queréis más de estas biblias, avisadme. *El 12 de junio de 1506*.

NICOLÁS MAQUIAVELO, secretario

---

[1] Ladislao II (1490-1516).

[2] Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado en Italia Consalvo Ferrante.

[3] Felipe el Hermoso, esposo de Juana la Loca que había heredado el reino de Castilla a la muerte de Isabel la Católica, en noviembre de 1505.

[4] César Borgia, encarcelado por Julio II en noviembre de 1503, huyó a Nápoles y se refugió con Gonzalo Fernández de Córdoba, quien lo entregó al rey de España en abril de 1504.

[5] Felipe de Commines.

[6] Se trata de los esponsales del futuro Francisco I con Claudia, hija de Luis XII y Ana de Bretaña, solemnemente celebrados el 2 de mayo de 1506, cuando los dos estaban aún en la infancia. La boda se realizó el 18 de mayo de 1514.

[7] Pierre le Filleul.

[8] El emperador.

[9] Ruperto, elector palatino, quien había sido objeto de un ataque general después de una guerra entre Baviera y el Palatinado por cuestiones sucesorias.

17. FELIPE CASAVECCHIA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Fivizzana, 30 de julio de 1507

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, dignísimo secretario de los Nueve de la Milicia de la República Florentina

ME DOLÍ entonces y me duelo ahora,[1] cuando pensaba que en los hombres de vuestra calidad estarían las muletas y el sostén de mi vida y la resolución de mis dudas, para que me salgáis ahora con semejantes cosas, que me parecen como preguntar qué fue primero, si la máquina del cielo o la astrología, o cuál es más densa, si el agua o el globo de la tierra, o cuáles son más perfectas, si las figuras trianguladas o los círculos redondos. ¿Pero acaso no sabéis vos que pocas amistades ha habido que en el proceso del tiempo no se conviertan en su contrario, y que así como el hombre en su juventud, o por mejor decir infancia, se deleita de tanto en tanto en mudar sus vestidos de distintos colores, del mismo modo se mudan las amistades, y al llegar después a la edad madura, unos por defecto de comprensión y otros oprimidos por sórdida y mezquina pobreza, y también por emulación de estados y cóleras varias, que todas esas cosas, con espacio de tiempo, hacen que los hombres se transformen de amigos en enemiguísimos? ¿O quiénes fueron mejores amigos que Colatino y el hijo de Sexto Tarquino?[2] De lo cual provino la ruina de los reyes y de toda aquella familia. Y descendiendo después a los tiempos de Mario y Sila, cuya confederación nunca fue pareja y finalmente provocó la perturbación del pacífico y popular gobierno de aquella ciudad. ¿O no sabéis de la hermandad y conjunción de Julio César y el Magno Pompeyo? ¿E igualmente del triunvirato, o sea, Antonio, Octavio y Lépido, que no solamente llevaron a la ruina a su patria, sino a casi todo el círculo de la tierra? Y si no fuera porque es tarde os llenaría una resma de hojas de ejemplos hebreos, griegos y latinos. Pero ¿a qué hurgar en cosas antiguas, cuando en nuestros tiempos modernos y nosotros con nuestros propios ojos hemos visto muchísimas veces por efectos similares a nuestra patria en grandísima ruina y angustia? ¿Dónde hubo mayor familiaridad y amistad que entre Dietisalvi y Piero de Cosme,[3] e igualmente después entre Juliano y Francisco dei Pazzi?,[4] y ved qué miserable fin siguió. Pero de continuo me parece oír a alguno de vosotros que leyendo esta carta guiña los ojos y dice: Pero estas cosas no ocurrieron mientras duraba la amistad, sino después que se hicieron enemigos. Y yo respondo que todos los efectos son generados por sus causas, y por eso se puede decir que casi *en su mayor parte* las ruinas de ciudades son causadas y generadas por las intrínsecas y cotidianas amistades, las cuales generan con el tiempo y especialmente en los hombres grandes, por las razones antes mencionadas, semejantes y tales efectos. Por eso, queridísimos amigos, yo os exhorto y también os ruego que os comportéis entre vosotros moderada y civilmente, primero porque

juzgo que así durarán más las amistades, y también para evitar todas las sospechas y los recelos que suelen nacer en semejante ciudad.

Pero para que esta carta mía no se transforme en letanía, pondré fin a mi sermón, sin recordaros más que una cosa, y ésa es la paciencia sobre el triunfo de Alemania,[5] y quien se jacta de habéroslo impedido, no tiene sin embargo y no triunfará en Asia, y de esas cosas no os ha de faltar sino lo que no queráis. Y nada más. De Fivizzana, el 30 de julio de 1507.

Os ruego no os pese saludar de mi parte al magnífico gonfalonero cuando lo encontréis, pero esta palabra tendría que estar sobre una espingarda para llegar ahí, que apenas así lo haríais; con todo, una cosa tengo clara: que un día os olvidaréis de vos mismo, y basta. Me avisáis que estáis todos con el arco tendido para que Gigi Manelli no venga: si tenéis que disparar, disparadle al trasero a Máximo del Tovaglia. Quedad con Dios, atended a estar alegres y saludadme a Pablo, a Juan Bautista, a Luis, a *messer* Francisco, a Tomás del Bene, y basta.

Vuestro FELIPE CASAVECCHIA, comisario.

---

[1] Es un verso de Dante, *Infierno*, XXVI, 19.

[2] Esto es un error: los amigos eran Colatino y Sexto Tarquino, hijo de Tarquino el Soberbio.

[3] Dietisalvi Neroni y Piero de Médicis, el hijo de Cosme.

[4] Francisco dei Pazzi fue uno de los principales motores de la conjura que mató a Juliano de Médicis en 1478.

[5] La elección para viajar a Alemania en legación ante el emperador Maximiliano.

18. GIANNETTINO DA SARZANA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Castillo de San Nicolás, 4 de septiembre de 1508

A mi estimado señor Nicolás Maquiavelo, en Florencia

Jesús

MAGNÍFICO y estimado señor, etc. Estuve en estos días en Florencia y vuestra magnificencia estaba en el campo;[1] lamenté no verla, aun cuando basta con la buena voluntad hacia ella, etc. Estuve con Felipe de Banco[2] y le dije que en vuestro nombre he criado un oso que al presente es de 32 pesos[3] y tan doméstico como puede pedirse. Sin embargo no pude traerlo a Florencia. Ahora os hago saber que si tenéis modo de hacerlo traer, os lo regalo, y ya sea que lo aceptéis o no, mucho apreciaría saberlo, a fin de que no se arruine, etc. Yo recibí orden de los señores Nueve de hacer revistar esas banderas[4] cada una de por sí y espero en Dios que me hagan honor para que estos hombres estén contentos de mis actos y yo de ellos; bien cierto es que tienen entre ellos muchas broncas. Sin embargo yo no escatimo ingenio y esfuerzos para tenerlos en paz, etc. Además, mucho estimaría tener una poca de pólvora o de salnitro para esos escopeteros, porque les enseñaría a hacer la pólvora fina y para ejercitarlos, pero la quisiera pronto porque el próximo viernes, día de la Virgen empezaré a revistar una bandera y a cada fiesta las demás, hasta haber ejecutado la voluntad de nuestros señores Nueve, etc. Otra cosa no se me ocurre por ahora, salvo recordaros que soy vuestro servidor y de continuo a vuestra magnificencia me encomiendo. De nuevo os suplico que me deis respuesta del oso a fin de que no se pierda, etc. En el castillo de San Nicolás, a los 4 días de septiembre de 1508.

GIANNETTINO DA SARZANA, servidor

Os ruego me recordéis a Felipe, y cuando os agrade el alojamiento está a vuestras órdenes.

---

[1] Es decir, en el frente de Pisa.

[2] Felipe Casavecchia.

[3] Pesa 32 unidades (posiblemente libras).

[4] Así se llamaban las unidades de la milicia, que se distinguían por sus banderas, todas de distinto color.

19. MIGUEL DE CORELLA A NICOLÁS MAQUIAVELO
Firenzuola, 15 de septiembre de 1508

MAGNÍFICO *messer* Nicolás. He recibido una carta escrita el día 10 de septiembre, por lo que soy el hombre más espantado del mundo, al enterarme de que se dice que me he vuelto parcial. Muy cierto es que soy parcial de quienes sirven a la excelsa señoría vuestra, y son obedientes.

A la parte que vuestra señoría me escribe que quiere saber sobre que yo quería arrestar a un Del Bello, que apreciaría saber cómo pasó la cosa, la causa es ésta, que estando yo sentado a la puerta del palacio del capitán de Castrocaro, viene una pobre mujer y me dice: —señor, quisiera deciros diez palabras por amor de Dios. —A lo que yo me aparté con ella a un rincón para escucharla. Apenas me hube apartado con ella, se arrodilló y empezó a llorar gritando—: Misericordia, justicia, justicia. Le pregunté: —¿Qué tienes buena mujer? Levántate, levántate. Dice: —Señor, hay un herrero forastero que me ha quitado una hija por la fuerza, virgen, y ha hecho lo que ha querido con ella, y ahora quiere llevarme otra. Yo le dije: —Buena mujer ¿está aquí él? Dice: —Sí señor; dadme dos o tres soldados que yo les mostraré quién es. Entonces le di tres soldados, y la mujer mandó a uno de sus parientes con los soldados a enseñárselo. Dos soldados tomaron por un camino, una vez bien informados de qué traje llevaba el hombre, y el otro fue con el mozo por otro camino. El que iba con el mozo se encontró con el herrero, y tenía orden mía de arrestarlo y llevarlo al palacio, ante el capitán y yo, que esperábamos en el palacio.

En eso de darle con la pica para llevarlo, él empieza a oponer resistencia, de modo que estando junto a una casa de uno de estos Del Bello, o de Pier Francesco, que yo no soy muy conocedor de esas casas, se metió dentro, y el soldado atrás, gritando ambos. Al oír el ruido me levanté de donde estaba sentado y corrí allá. Entré en la casa y encontré allí a Aquiles del Bello con un lanzón mediano en la mano, sobre aquel soldado mío, diciendo que no se lo llevaría; que se fuese con Dios porque si no haría y diría. En medio de eso, me dice el soldado: —Señor, en esa cámara está el herrero. Entonces dije: —Aquiles, dámelo, que si no, yo haré alguna locura hoy. Y me dijo que la hiciera, que él no me lo daría y no quería que lo sacasen de allí. Yo entonces le ordené, por lo que estimase la gracia de nuestros excelsos señores, que fuese al palacio. Él me dijo que no quería ir. Entonces lo tomé por el pecho para llevármelo. En eso llegó el hermano y más de 40 hombres de Acugiano armados. Yo entonces, viendo eso, me fui afuera, y cogí una rodela e hice armar a la compañía, y volví adentro, decidido a apresar a aquel o morir, de modo que el propio capitán de Castrocaro acudió allí; y por la tanta furia que había, yo nunca lo vi, y se volvió a salir. Después regresó por mí, y ellos me prometieron llevar a aquel herrero al palacio, e ir ellos también. Y así me salí de la casa, y me fui al palacio junto con el capitán; y poco después llevaron al malhechor, y ellos también se presentaron ante la señoría del capitán y ante mí.

Cuando estuvieron allí, yo le dije al capitán: —Aquí está el malhechor; —ya ahora que estamos ante la señoría vuestra, yo no quiero intervenir más. Basta con que he hecho lo que todo buen servidor de la excelsa señoría debe hacer. El capitán y un tal *ser* Baccio y *ser* Juan que son amigos míos, y ellos también son amigos míos, pero en aquel momento me tocaba más la camisa que el jubón, suplicáronme que hiciéramos las paces todos, y que no escribiese yo sobre este asunto a Florencia, ni hiciera escribir, y así les prometí que lo haría, que yo no estoy acostumbrado a escribir ni hacer escribir de semejantes bagatelas. Y así una mañana nos invitaron a almorzar a la señoría del capitán y a mí, y almorzamos todos juntos.

Si os parece que en esta parte he pecado de Espíritu Santo, ruego a vuestra señoría que diga a esos tales que os han contado este caso que junto con vuestra señoría me den la penitencia que a sus señorías parezca; si les parece que he pecado del Espíritu Santo, como ya dije: que debía hacer alguna cosa que no hice, que todos son grandísimos servidores del Marzocco[1] de palabra, y le hacen gran merced con el sombrero, los de Castrocaro y de Modigliana y de Marradi; que ya verían dónde está la fidelidad. Un día estaré con vuestra señoría, y os contaré cosas que os haré tocar con la mano que os darán espanto, pues no acostumbro a escribirlas; porque yo he servido en este mundo a algún rey y a dos pontífices, como sabe vuestra señoría, y nunca les escribí que no se dignasen hacerme dar respuesta, especialmente en cosas que fuesen en servicio de sus santidades y de sus señorías. Y de cuantas veces he escrito a la excelsa señoría y al gonfalonero, nunca he tenido respuesta, en un año y medio que estoy con sus señorías. Pero creo que es la usanza del país así, por lo que no me maravillo. Yo había prometido no escribir esta historia, pero me ha sido forzoso dar razón de ello a vuestra señoría, que sé me ama y me quiere bien. No lo habría escrito por cosa ninguna a nadie en el mundo. El capitán de Castrocaro pasado está mejor informado que yo, y él podrá decirle todo a vuestra señoría. Y creo que ellos no han escrito nada de este asunto a Florencia, porque yo abría el saco cuando pensaba que ellos podían haber escrito algo.

A la parte en que decís que me he vuelto partidario del archipreste, no quiero otro testigo sino el capitán de Castrocaro, que desde el primer día le dije, que lo mejor sería sacar al archipreste y a algún otro de Romaña; de los cuales mandé la lista por ser Apardo mi canciller secretario a la excelsa señoría, y todos los rectores estarán de acuerdo conmigo, que los sacasen de Romaña por algún año; y uno hay allí que no hace falta mandarlo, el cual es el archipreste. Ved si era yo parcial de él, vos que decís que yo ando con sus secuaces. Quien dijo eso a vuestra señoría miente falsamente por la garganta, que yo no hablaba con nadie más que con un viejo que se llama Giorgio de la Golfaia, que pagaría la mitad de lo que tiene por estar en paz. Y él me prestó una cama para que durmiese.

A la parte de Mateo Facenda, hago saber a vuestra señoría que os ha dicho la mayor falsedad del mundo, que desde que yo estoy en Castrocaro jamás ha estado en territorio de los florentinos. Y al capitán de Castrocaro y a mí nos han llenado la cabeza, que le tuviéramos confianza que viniera a hablar con nosotros para decir la razón suya. Nosotros nunca quisimos hacerlo ni oírlo mentar; y encontrábase entonces en Bagno a Cavallo. Y de esto es buen testigo el capitán de Castrocaro. Y para que conozcáis vos la maldad de los que quieren macular el honor de un gentilhombre, bien que de estas cosas no se me da nada, estaré al juicio ante Dios,

no tanto de los hombres del mundo; que bien dice el proverbio: mea claro y caga al médico. Que todavía tengo las instrucciones que vuestra señoría me dio hace ya un año y medio, y téngolas en el corazón y en la cabeza: o sea, que me dijo que no comiese yo nunca en casa de un jefe de parte, ni quisiese hacer amistad con bandidos pregonados por el capitán ni rebeldes a la señoría. Bien cierto es que en este tiempo he hablado con dos o tres, que sólo les di confianza de que viniesen a hablarme, porque me habían prometido entregar a otros en mis manos. De los tres sólo uno me salió bien.

Además, la noche que llegué a la fortaleza que vine de Firenzuola, inmediatamente lo supieron en Castrocaro; por lo cual fue este Francisco del Bello, y avisó o mandó avisar a Mateo Facenda, que estaba en la parroquia del archipreste, que yo estaba en el pueblo y que fuese con Dios, por lo cual inmediatamente aquél montó y se puso en camino. En lo cual lo ayudó el diablo, que en ese tiempo se encontró con unos cuantos caballos de Bartolomé Moratini, enemigo suyo que está en Forlí, quienes lo persiguieron hasta Bagno a Cavallo, y se escapó a uña de caballo. Y nadie le saca de la cabeza a Mateo Facenda que lo hizo a propósito, con lo cual busca el dicho Mateo Facenda contrariar a Francisco del Bello, creyendo que él fue el espía de Bartolomé Moratini. ¿Cómo has sabido todo esto, don Miguel? Os lo diré: un pobre hombre, pariente de Mateo Facenda, hablando conmigo, me dijo este asunto, y que Mateo Facenda tenía ese mal ánimo hacia él. A lo que yo me fui con el capitán de Castrocaro y le conté ese asunto. A lo que él me contó punto por punto que era cierto, y que lo había sabido también él; y así decidimos vigilar al dicho Francisco del Bello. Ésta es la parcialidad que yo tengo; y si os parece que soy parcial, juzgadlo vos.

A la parte en que vuestra señoría me habla de una viña que es de Antón Corsini, os respondo que es muy cierto que Feragan de Castrocaro vino a un ballestero de los míos, sólo él y el hijo, y le rogó ir con él a cosechar una viña, la cual viña era de Antón Giacomini, y que unos bandidos no lo dejaban vendimiar. A lo que este ballestero, que había sido sirviente de Antón Giacomini, fue con el dicho hijo de Feragano (¿Cómo sabes tú esto, don Miguel?). Se fueron al cerrarse las puertas, y a la mañana, en cuanto llegó el día, viene un compañero del dicho ballestero y me dice: —El tal se ha fugado, que se marchó anoche y ya no ha vuelto aquí. A lo que yo me levanté de la cama con furia, yendo conmigo mucha gente, y así me encontré con Feragan. Díceme: —¿Cómo vais así, señor, furioso? Digo: —Cada día algún malvado me hace una burla. Se me ha escapado un ballestero de los míos. Voto a Dios, que si me cae en las manos le clavo esta espada en mitad del corazón, para que sirva de experiencia a los demás. Díceme Feragan: —No tengáis melancolía, que ha ido a vendimiar una viña de Antón Giacomini con mi hijo, que unos bandidos no querían que la vendimiase. Dije yo entonces: —¿Cómo se va de la ciudad de noche, sin licencia mía? Sea en el nombre de Dios. En cuanto regresó, todo hombre sabe la penitencia que tuvo por eso y por las otras maldades que ha hecho. ¿Cómo decís que vea de satisfacer esto? Yo soy inocente. Feragan va a Florencia todos los días: hacedlo arrestar y satisfaced a *messer* Antonio Corsini; o que me venga una carta de los señores Ocho,[2] y verán si yo no le hago pagar lo que ha sacado del vino dos veces; que de esto soy inocente; que no creo que tenga la excelsa señoría *condottiero* que quiera más que yo a *messer* Antón Corsini. Que si yo lo hubiese sabido entonces le arrancaba

los ojos, pero Feragan dijo que era de Antón Giacomini. Hacedme llegar una mínima indicación de los señores Ocho y veréis si lo hago satisfacer. Yo no quiero mandar la carta a nadie en el mundo hasta que esté en Castrocaro, que estaré pronto. Mandaré por don Nicolás, y estará conmigo, y yo estaré con el capitán de Castrocaro, y veremos de averiguar esta cosa de modo que tenga buen fin. Pero se debería, cuando Feragan va a Florencia, que va con mucha frecuencia, hacerlo arrestar y castigarlo muy bien, para que sirviese de ejemplo a los demás, que no anden asesinando de esa manera. Y de cuanto escribo a vuestra señoría quiero tomar por testigo a Dios y a todos los hombres del mundo, que yo soy gentilhombre y nací gentilhombre, y no hago nada que no sea bien hecho y claro. Y cuando vuestra señoría sepa algo de estas cosas, ruego a vuestra señoría que me escriba y me responda a las cartas que yo mando a vuestra señoría, que yo le escribiría todo si creyese que vuestra señoría me responde.

Dada en Firenzuola a los 15 días de septiembre

De vuestra señoría más que siervo don MIGUEL DE CORELLA en manos propias

---

[1] El Marzocco es el león (a veces con un escudo) emblema de Florencia, que aparecía en todas las banderas de la Ordenanza.

[2] Los Ocho de la Guardia, supremo organismo judicial de Florencia.

20. LATTANZIO TEDALDI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 5 de junio de 1509

Al estimado señor Nicolás de messer Bernardo Maquiavelo

En el campo

† *Jesús, El día 5 de junio de 1509*

NICOLÁS, hermano queridísimo, salud, etc. Quisiera que tú les digas a los comisarios que, si han de tomar posesión de Pisa el jueves, de ningún modo entren antes de las 12 horas y media,[1] y si es posible que entren a las 13 horas pasadas un poquito, que será hora felicísima para nosotros. Y si no se tomase el jueves, sino el viernes, también después de las 13 un poco y no antes de las 12 y media; lo mismo el sábado de mañana, si no se tomase el viernes. Y si no es posible observar tiempo ni horas, hágase y tómese cuando se pueda *en el nombre de Dios*. Esto se lo dirás de mi parte a Antonio da Filicaia. Y a ti me encomiendo. Que Cristo del mal te guarde. *Adiós*.

LATTANZIO TEDALDI, en Florencia

---

[1] O sea, en la mañana temprano. Véase la Advertencia.

21. AGUSTÍN VESPUCCI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 8 de junio de 1509

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, secretario florentino, de su mayor estima

En Pisa

ESTIMADO Nicolás. O yo me engaño o la carta que vino por el Zerino era vuestra. Aquí no es posible expresar cuánta alegría, cuánto gozo y cuánto júbilo tuvo todo este pueblo con la nueva de la recuperación de Pisa: todos *de alguna manera*[1] enloquecen de exaltación; hay hogueras por toda la ciudad, y aun no son las 21 horas, pensad lo que se hará por la noche.[2] Os repito que no faltaría sino que el propio cielo mostrara alguna alegría, porque los hombres, grandes y pequeños, no pueden mostrar más. Bien os haya el haberos hallado presente en una gloria de esta naturaleza, y *siendo parte no pequeña del asunto*. Si os dignáis responderme dos líneas de vuestra mano escritas en Pisa, *nada hay que pudiera agradarme más ni darme mayor alegría. Que estés bien. En Florencia, el 8 de junio de 1509*.

Tuyo, si es suyo, AGUSTÍN

P. S. Si no temiera que te ensoberbezcas demasiado, osaría decir que con vuestros batallones *hiciste tan buena obra, que no con demora, sino con rapidez, has reafirmado la suerte de Florencia*. No sé lo que digo. Juro a Dios que es tanto el entusiasmo que tengo, que te haría una ciceroniana si tuviera tiempo. *Pero me falta por completo*.

---

[1] Todo lo escrito en cursivas está en latín en el original. A esto se debe la alternancia de tú y vos.

[2] Véase la Advertencia.

22. FELIPE CASAVECCHIA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Barga, 17 de junio de 1509

Al venerable señor Nicolás Maquiavelo dignísimo comisario en Pisa su estimado
En Pisa o en Florencia

MAGNÍFICO señor y estimado hermano mayor, salud, etc. Yo creo, mi comisario, que habré adquirido ante vos nombre de negligente o bien descuidado, o alguna otra cosa mala, respecto al haberme escrito vos, hace varios días, cuando las cosas estaban dudosas, de lo que en verdad tuve gran placer, y por dos os mandé respuesta: uno nunca os encontró, el otro dice que os vio en el Puente de Era con Alamanno y los embajadores pisanos y no tuvo ánimos para presentaros la mía. Por lo tanto estoy seguro de que estas justificaciones habrán de ser suficientes para vos, y basta.

Mil beneficios os traiga la grandísima adquisición de esa noble ciudad, que verdaderamente puede decirse que la causa ha sido la persona vuestra en grandísima parte, sin por esto criticar a ninguno de esos nobles comisarios ni por prudencia ni por solicitud. Y si bien ello me causó un alivio admirable, y lloré y me conmoví mucho e hice todas las cosas que hacen los hombres compuestos, etc., que se vuelven como ovejas viejas, sin embargo después, habiendo retomado vigor la razón, estoy con grandísima preocupación, y en modo alguno puedo pensar ni creer que las cosas pesadas no corran al centro y las sutiles a la superficie. Nicolás, éste es un tiempo, que si alguna vez se ha sido sabio es preciso serlo ahora. Vuestra filosofía no creo que llegue a ser nunca aceptable para los locos; los sabios no son tantos que basten: vos me entendéis aunque yo no lo exprese muy bien. Cada día os descubro el mayor profeta que tuvieron jamás los hebreos o cualquier otra generación. Nicolás, Nicolás, en verdad os digo que no puedo decir lo que quisiera. Pero aceptad, por la buena amistad que hemos tenido, y no os parezca fatigoso, el venir a pasar cuatro días conmigo. Además de nuestros razonamientos, os reservo un arroyo lleno de truchas y un vino jamás bebido. Eso será para mí un placer que me hará olvidar todo lo demás. Oh, Nicolás, complacedme en esto último, solamente por cuatro días, y os significo que no viniendo seréis causa de que viva yo descontento, y no es cosa tan grande que no merezca yo ser complacido, y lo merezca o no, os impongo ese tributo. Vendréis en un día, que no hay sino 26 millas llanas, y avisadme del cuándo y aprestaos a consolarme, porque si no vinieseis podría ir a veros yo y sería mi ruina, porque las leyes no me permiten partirme de aquí so pena de 500 florines, y basta: no os diré más. Encomendadme al angélico comisario Nicolás Capponi y decidle que no ha hecho lo que le escribí, pero él será el primero en arrepentirse, y basta. Que estéis bien. De Barga, el día 17 de junio de 1509.

FELIPE CASAVECCHIA, comisario

23. BIAGIO BUONACCORSI[1] A NICOLÁS MAQUIAVELO

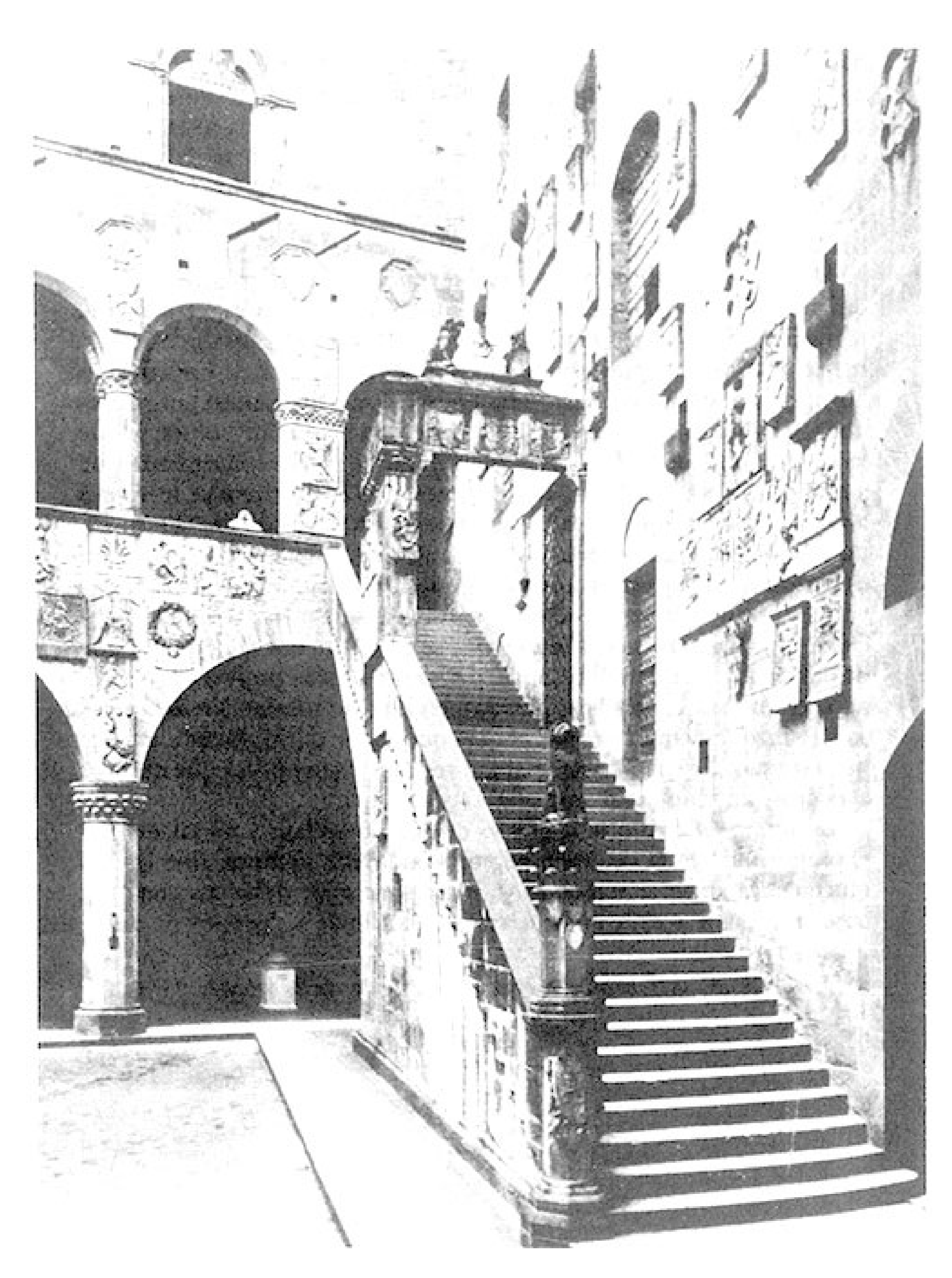
Florencia, 28 de diciembre de 1509

A Nicolás Maquiavelo, como hermano estimado

Donde esté

ESTIMADO Nicolás. Me he movido a escribiros la presente, porque el caso que relataré a continuación es de tanta importancia que no puede serlo más, y no hagáis burla de ello ni lo descuidéis, y no os apartéis por nada del mundo de lo que voy a deciros, porque es uno de los poquísimos remedios para evitar la ruina vuestra y de otros y con ese fin me adelanto a enviar ésta a vuestro encuentro.

Mañana hará ocho días que un enmascarado con dos testigos fue a la casa del notario de los conservadores,[2] y en presencia de ellos le entregó una notificación, con protesta de que si no la entregaba, etc., que contenía que por ser vos nacido de padre, etc.,[3] no podíais en modo alguno ejercer el cargo que tenéis, etc. Y si bien la cosa ya se hizo antes y la ley es lo más favorable que puede ser, sin embargo la calidad de los tiempos y un gran número que se ha levantado a vocear este asunto y a gritarlo por todas partes y a amenazar que si no se hace algo, etc., hacen que la cosa esté en términos no muy buenos y tenga necesidad de gran ayuda y delicada atención: sobre lo cual yo, hasta este instante desde que nuestros amigos lo hicieron saber, no he dejado de lado nada, de día y de noche, de manera que he ablandado bastante el ánimo de alguno. Y lo de que quienes quieren perjudicaros estiraban la ley para todos lados y le daban interpretaciones siniestras, se ha calmado un poco, pero los adversarios son muchos y no dejan hacer nada. El caso es público en todas partes, hasta en los burdeles, de modo que se puede obrar abiertamente, y está agravado por infinitas circunstancias. Y prestadme fe, Nicolás, que no os digo la mitad de las cosas que andan por ahí, y antes que yo alegara la ley se tenía por cosa juzgada. Yo ayudo por todos los medios, y lo mismo hace Piero del Nero, a quien hago saber todo hora por hora, porque lo mismo hace conmigo quien no quiere que nos arruinemos vos y yo.



Patio del palacio del Bargello *o del* Podestà, *Florencia.*

Me ha apremiado en este sentido quien os ama, y es persona de quien hacéis capital, que os escriba que os quedéis donde estáis y no regreséis por nada, porque la cosa se va mitigando y sin duda tendrá mejor fin si vos no estáis que si estáis, por varias razones; y además yo hago cosas que vos no haríais y sin embargo son necesarias, porque todos los hombres quieren que los reconozcan y que los honren y que les supliquen, aunque las cosas estén claras, y parece conveniente que a quien hace un servicio se le agradezca y se le ruegue y se le vuelva a rogar, y vuestra aptitud para eso mejor juzgadla vos mismo. En suma, uno de los remedios poderosos para este mal, que es tan grande que os asustaría, es que estéis ausente algunos días más, hasta que se le vea el fin; por eso os envío la presente, a instancias de otros, también particulares, pero de tantas cualidades que se errará menos obrando así que de otro modo. Los demás compañeros vuestros están prestos a la defensa, si es que basta, pero días pasados, en un caso similar, sirvió tan poco que hizo resucitar éste. Si os dijera que no he dormido nunca desde que esto sucedió, creédmelo, porque vos tenéis muy pocos que quieran ayudaros, aunque no sé por qué.

De nuevo os digo que hagáis lo que os aconsejan, y no salgáis con el prejuicio de yo lo veo todo negro, como decís siempre, sino que es mucho más grave: y teniendo yo interés en ello, deberíais creerme, porque más me toca a mí que a vos. Nada más.

El día 28 de diciembre, a la segunda hora de la noche, 1509

El que sabes

---

[1] Coadjutor de Maquiavelo en la cancillería y su más frecuente corresponsal en este periodo; durante los frecuentes viajes de Nicolás se afanaba por mantenerlo al corriente de los chismes de la oficina, aprovechando los correos oficiales.

[2] Los Conservadores de las Leyes, magistratura judicial.

[3] El contenido de la famosa denuncia, basada probablemente en una confusión, ha dado lugar a diversas conjeturas. La más plausible la relaciona con el hecho de que el abuelo de nuestro Nicolás de Bernardo, llamado Nicolás de Buoninsegna, era un conocido comerciante de Florencia, pero la madre de Bernardo de Nicolás —el padre de Nicolás de Bernardo— no era su esposa legítima. Sin embargo, Nicolás de Buoninsegna reconoció a Bernardo *in articulo mortis*, con lo que se creó la situación capaz de generar estas confusiones.

24. FRANCISCO VETTORI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 3 de agosto de 1510

Al respetable señor Nicolás Maquiavelo, secretario florentino, en la corte del cristianísimo rey de Francia

MI QUERIDO compadre: He rogado a Roberto[1] que os mande de vuelta pronto para que al menos, perdiéndolo a él, os recobremos a vos, por eso dignaos, cuando llegue él, regresar en seguida, pues Felipe[2] y yo os llamamos todos los días. Desde que os fuisteis, que fue el día de san Juan según he oído, puesto que yo no estaba, he estado continuamente enfermo y he creído seguro que pasaba al otro mundo; sin embargo desde hace 15 días me he recuperado de modo que ahora estoy bien, pero oigo tantas cosas de repente que me trastornan el cerebro, porque como he estado mal, no he podido ir enterándome día a día como los demás. Lo primero, que Marcantonio Colonna con 150 caballos y 500 infantes fue por orden del pontífice a sublevar Génova y llegó cerca, pero perdida la esperanza se vio obligado a subirse a una armada de los venecianos que andaba por ahí cerca para ese mismo efecto, subiendo a bordo unos cuantos caballos y parte de la compañía y dejando el resto a discreción. Yo tenía a Marcantonio, por relación de muchos, por hombre de buen discurso y excelente juicio y muy cauto en sus empresas, y no puedo explicarme cuál ha sido la causa tan poderosa que lo obligó, con tan poca gente, a poner en peligro su compañía, su propio honor que tanto estimaba, y también la vida, porque si caía en manos de los franceses no creo que la hubiera salvado. Os dejaré pensar un poco, y a vuestro regreso hablaremos de ello.

Pero vengamos al pontífice, del cual no se puede decir que desde que está en ese cargo se haya comportado como un loco, y en lo que ha tenido que hacer me parece que también ha ido con cautela: sin embargo, se mete en una guerra con el rey de Francia y por ahora no se ve que tenga con él más que a los venecianos medio arruinados y desesperados, y empieza a ofender al rey de tal modo que no puede haber paz pronto, porque primero apresa como un ladrón a monseñor de Ausch,[3] a quien el rey daba muestras de tener gran estima; después intenta con palabras y con actos hacer que se le subleve Génova, y antes de mandar una armada u otra cosa, publica por todas partes que Génova se va a sublevar, lo que no es otra cosa que decir al rey: guárdala; y como no le ha salido la primera vez quiere intentar la segunda. Asalta las cosas del duque de Ferrara en Romaña, y por estar mal guardadas toma parte de ellas: quedaba la fortaleza de Luco, que se bombardeaba: salieron de Ferrara unos 600 caballos franceses, y al puro grito toda la gente del papa se puso en fuga y dejaron las artillerías, y los franceses volvieron a ocupar todas las plazas que antes le había quitado el papa a Ferrara. En conclusión, yo no entiendo a este papa, cómo es posible que él solo y los venecianos quieran meterse en una guerra con Francia. Dice Juan Canacci que le parece que el papa hace como

quien juega a flux o a la primera y quiere correr al otro y apuesta el resto, y que el rey desconfía de aceptar, diciendo para sí: si no tuviera algo bueno no haría semejante apuesta. Pero si el rey acepta, lo que se conocerá cuando empiece a moverse gallardo contra Bolonia, entonces el papa tratará de llegar a un acuerdo. Yo, para deciros la verdad, quisiera que el rey tomara Bolonia, siguiera la victoria, echara al papa de Roma y saliéramos de tergiversaciones, y después que pase lo que sea. Ahora nos falta ver si el papa tiene con él al emperador y a España, como piensan muchos. Podría engañarme, pero yo creo que no: creo más bien que el emperador, si obtuviera del papa las condiciones que desea, se volvería en contra del rey, porque como sabéis tiene un cerebro que no puede estarse firme: pero sus condiciones serían tales que el papa se quedaría sin nada y temería perder la guerra con el rey, y si la ganase, tener que temer más al emperador que ahora al rey. España sin el emperador se sentiría débil: con él, temería que, si ganase, perdería no sólo el reino[4] sino Castilla y Aragón, por los derechos que tiene el nieto.

Compadre, he hecho de cuenta que hablaba con vos, y de los asuntos internos no os digo nada porque Roberto os informará. El amigo está en las manos del carnicero como estaba cuando partisteis. Nada más. A vos me encomiendo.

FRANCISCO

En Florencia, a los 3 días de agosto de 1510

---

[1] Roberto Acciaiuoli, quien iba a Francia como embajador. Maquiavelo en su viaje de ida se había encontrado con el anterior, Alejandro Nasi, que iba de regreso a Florencia.

[2] Felipe Casavecchia.

[3] Francisco Guillermo de Clermont, cardenal y obispo de Auch, fue arrestado y encerrado en el castillo de San Ángel el 20 de junio de 1510, cuando intentaba marcharse a Francia.

[4] El reino de Nápoles.

25. BLAS BUONACCORSI A NICOLÁS MAQUIAVELO
Florencia, 29 de agosto de 1510

Respetable señor Nicolás Maquiavelo, etcétera

QUERIDÍSIMO Nicolás. Estos de la cancillería no tienen miedo de una pluma, pero bien que lo tendrían de un remo. Y si no te han informado de los términos en que andan tus cosas es porque nadie quiere hacer lo que no le pertenece. Tu esposa está aquí, y está viva; los hijos andan por su pie; en la casa no se ha visto humo y en Percussina la cosecha será magra: ahí es donde te encuentras. Yo hoy he mandado dos veces por tu sobrino:[1] no ha venido todavía, estará quizás en la quinta. Mañana trataré de verlo y le diré lo que hace falta. La fiesta y este despacho súbito han hecho que los 50 ducados no se te hayan podido mandar: me encargaré yo. Y piensa que por la primera que se escriba a Lyon se te mandará lo necesario.

Tus cartas aquí han hecho bostezar a todos: piensa y repiensa, y después no se hace nada. Tú desde allá puedes vernos, lo que se hace y lo que se dice. En suma, somos hombres, y el calor nos destempla y el frío nos encoge. En definitiva, a nosotros ha de ocurrirnos como aquellos de quienes decía Quincio: *sine gratia*, *sine honore*, *premium victoris erimus*.[2] Este pedido de gente nos lleva hacia algo que quizás por ahora no se ve. Yo por mí veo que lleva hacia otro compromiso con gran pérdida nuestra, porque faltaremos a la obligación, y habrá que remendarlo quizá con más paño del que hubiera hecho falta para el traje completo. Así le ocurre a quien no prevé. Y sería bueno que quien fue causa de la partida de Marcantonio compusiera ahora este desorden, el cual, con muchos otros, nace de aquella partida. Pero hay un bien, o mejor dicho un menor mal, porque si estas cosas siguen nosotros haremos una sopa con todo, Yo por mí creo que de todos modos ocurrirá con el papa y la Iglesia como ocurrió con Venecia, que tanto hizo que entró. Y no sé qué más decirte. Que estés bien. De Florencia, el día 29 de agosto de 1510.

Vuestro compadre

P. S. No habléis con nadie de estos garabatos míos.

---

[1] Giovanni Vernacci.

[2] “Sin gracia, sin honor, seremos trofeo del vencedor.” Con ligeras modificaciones, es la frase de Tito Livio (XXXV) citada por Nicolás Maquiavelo en el capítulo XXI de *El príncipe*, y su uso tan familiar por Buonaccorsi es un indicio elocuente sobre el ambiente en la cancillería.

26. PRIMER TESTAMENTO DE NICOLÁS MAQUIAVELO[1]

Florencia, 22 de noviembre de 1511

EN EL nombre de Dios, amén. En el año de nuestro señor Jesucristo mil quinientos undécimo desde su salutífera encarnación. Indicción XV, en el día vigésimo segundo del mes de noviembre. Hecho en el Palacio de los magníficos y excelsos señores de Florencia y en la Cancillería de las Reformaciones, con la presencia de los testigos convocados y presentes para cada una de las cosas infrascritas, interrogados por propia boca del testador infrascrito, a saber: *ser* Antonio de *ser* Anastasio de los Vespucci, *ser* Bartolomé de Miliano de Deis, *ser* Piero de *ser* Domingo de Buonaccorsi, *ser* Felipe de Nicolás Lippi de Prato Vecchio, *ser* Luca de Fabiano de Ángel de los Ficino, *ser* Juan de Salvador de Blas de Puppio, ciudadanos y notario público florentinos, y Bartolomé de Rufino de Juan de los Rufini, del pueblo de San Ambrosio, extramuros de Florencia.

Desde el momento que nada es más seguro que la muerte, pero nada es más incierto que la hora de la muerte, por eso el egregio *ser* Nicolás de *ser* Bernardo de los Maquiavelos, ciudadano florentino, sano por gracia de nuestro señor Jesucristo de vista, mente, sentidos, intelecto y cuerpo, no deseando morir intestado, por medio de este su presente testamento que ha hecho de palabra sin escritos para nombrar a sus herederos, en el modo y la forma siguiente ha dispuesto de sus bienes y ha testado, o sea, etcétera.

En primer lugar pues humilde y devotamente ha encomendado su alma a Dios omnipotente y a su gloriosísima madre la siempre virgen María, y a la curia celeste del Paraíso, etcétera.

Item según el derecho testamentario lega a la obra de Santa María del Fiore de Florencia, y a la obra de la sacristía nueva de la misma iglesia, y a la obra de los muros de la ciudad de Florencia, en total tres liras florentinas pequeñas, o sea una lira florentina pequeña a cada una de las dichas obras, etcétera.

Item según el derecho testamentario deja a la señora Marieta, su esposa dilecta e hija de Luis de los Corsini de Florencia, su dote que este mismo testador ha deslindado en otro lugar, queriendo además, disponiendo y mandando dicho testador que por la dicha señora Marieta, tutora y curadora por el tiempo necesario y gobernadora y administradora de los infrascritos [se leen los nombres] o bien por Francisco del Piero del Nero o por Felipe de Banco Casavecchia, ciudadanos florentinos, también ellos tutores, curadores por el tiempo necesario y gobernadores y administradores de los infrascritos…, se vendan y deban venderse todos y cada uno de los collares y cadenas y todos los anillos tanto de la señora Marieta como del dicho Nicolás, y todos y cada uno de los trajes y paños de lana, de lino, de seda y de cualquier otra calidad y especie, de uso y de vestir, tanto de la dicha señora Marieta como del dicho Nicolás, y como quiera que se estimen y evalúen, el producto de su venta se invierta y deba

invertirse en la compra o adquisición de créditos del Monte o de bienes inmuebles de los susodichos herederos del dicho Nicolás.

Sin embargo, con la condición siguiente: que el producto de los créditos del Monte de esa condición, o los frutos, réditos y proventos de los bienes inmuebles de ese tipo, con pleno derecho pertenezcan, correspondan y deban pertenecer además de la susodicha dote a la dicha señora Marieta sólo durante su vida y en tanto que ella se mantenga viuda y observe la vida de una viuda honesta; y así desde ahora el dicho testador lega según el derecho los proventos de este tipo de crédito del dicho Monte, o los frutos, réditos y proventos de dichos bienes inmuebles, a la misma señora Marieta, como se ha dicho, durante su vida y en tanto se mantenga viuda y observe la vida de viuda honesta, y no de otro modo. En caso de que ella pasara a segundas nupcias, le deja sólo su susodicha dote, y nada más.

Por otra parte, de todos sus demás bienes presentes y futuros ha instituido y hecho y querido que fuesen sus herederos universales cualesquiera hijos, legítimos y naturales, tanto nacidos como por nacer, del dicho testador y de la dicha señora Marieta su esposa antes citada o de cualquier otra futura esposa legítima suya, en partes iguales, y a su vez los reconoce públicamente, adoptivamente y por fideicomiso. Además ha dejado y hecho y querido que fuese tutora y por el tiempo necesario curadora de dichos hijos suyos, tanto nacidos como por nacer y tanto varones como mujeres, la dicha señora Marieta, su esposa antes citada. Y como en ella y en su fidelidad íntegra tiene plena confianza, ha dejado, hecho y querido que fuese la dicha señora Marieta gobernadora general y administradora de dichos hijos suyos, tanto nacidos como por nacer y tanto varones como mujeres, y de cualquier herencia y cualesquiera otros bienes suyos, singulares y generales, y de cualquier negocio de dichos hijos e hijas suyos y de toda su susodicha herencia con plena, total y absoluta administración, mientras y hasta el momento que el menor por nacimiento de sus hijos varones, tanto nacidos como por nacer, no llegue a la edad de 18 años cumplidos, declarando y queriendo expresamente, por su conocimiento cierto, y disponiendo dicho testador que la dicha señora Marieta no esté obligada ni pueda en modo alguno ser obligada a elaborar ningún inventario, ni a hacer ninguna promesa ni ninguna cesión de la tutela y cura por el tiempo necesario y gobernación y administración suyas antes dichas, para todas y cada una de las cosas antes dichas, porque como se ha dicho, tiene absoluta confianza en su íntegra lealtad, y según su cierto conocimiento de aquí hasta aquel momento la ha relevado, liberado y absuelto y ha querido que quedase relevada, liberada y absuelta, y ha querido y ordenado así: que no obstante lo asentado y declarado respecto a las cosas dichas, y la autoridad y el poder que como se ha dicho le concede, la señora Marieta no pueda en modo alguno vender ni de ninguna otra manera alienar los bienes inmuebles de dicho testador o de su herencia y herederos, ni alquilarlos por largo tiempo, y tampoco pueda obligar a dicha herencia o herederos a dar o erogar o entregar ninguna cantidad de dinero o de cosas a ninguna persona o asociación, colegio o sociedad o universidad,[2] salvo que haya una obligación en ese sentido con expresa autorización y consentimiento de Totto, hermano carnal de dicho testador; no obstante las cosas ordenadas como se ha dicho y dispuesto y establecido en el presente capítulo, dicho testador ha querido que dicha señora Marieta tenga autoridad y la tenga y sea obedecida y

observada, a condición y en caso que dicha señora Marieta sea y se conserve viuda y observe la vida de una viuda honesta, y no de otra manera en modo alguno.

Y a fin de que pueda sucederla, en caso de que dicha señora Marieta muriese antes que el último por nacimiento de sus dichos hijos varones hubiera alcanzado la edad de 18 años cumplidos, dicho testador ha querido y dispuesto que en lugar de dicha señora Marieta, en todas y por todas las cosas y en la dicha tutela y cura por el tiempo necesario o gobernación y administración susodicha y en todas las cosas dichas, suceda y a partir de este momento sea y se sepa que será, el que la propia señora Marieta, viuda, en y por su testamento o codicilos haya nombrado y declarado que debe sucederla y ser su sustituto en las cosas susodichas. Y si llegara a ocurrir que dicha señora Marieta muriese sin haber hecho ningún nombramiento o declaración de dicho sucesor y sustituto en modo alguno, o si ella pasara a segundas nupcias, entonces y en dichos casos, cualquiera de los dos que sea, en lugar de dicha señora Marieta ha querido que fuese su sucesor y sustituto en la dicha tutela y cura por el tiempo necesario, gobernador y administrador y todas las demás cosas susodichas, con la autoridad y el poder mencionados, Francisco de Piero del Nero, ciudadano florentino, y muerto él, Felipe de Banco de Casavecchia, también él ciudadano florentino. Y así desde ahora hasta entonces en los casos susodichos, cualquiera de los dos, el dicho Francisco y muerto él el dicho Felipe, ha instituido, nombrado y querido que fueran tutor y curador por el tiempo necesario y gobernador y administrador como se ha dicho, con la misma autoridad y poder para todas las cosas y por todas las cosas y para todas y cada una y hasta que todas y cada una de las cosas, según y como para la señora Marieta se ha dicho y dispuesto y todo respecto a cada cosa siempre en forma congruente y apta refiriendo, anulando, etc., aseverando, etc., solicitando, etcétera.

Yo Francisco, llamado antes Ottaviano de los Ottaviani, ciudadano de Arezzo y notario público florentino, a pedido hice lo que antecede, y por lo tanto en fe de ello firmé, etcétera.

Éste es el primer testamento de Nicolás de los Maquiavelos, según consta en el original existente en el Archivo Público y General de Florencia, en los protocolos del egregio señor Francisco llamado antes Ottaviano de los Ottaviani de Arezzo, en el protocolo III de los testamentos, a c. 206, etcétera.

---

[1] Todo en latín en el original. Tomado de *Opere*, Italia, 1813, t. I.

[2] Tanto “colegio” como “universidad” significan también “sociedad”.

27. SEGUNDO TESTAMENTO DE NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, 27 de noviembre de 1522

EN EL nombre de Dios, amén. En el año del Señor 1522, Indicción XI, y día 27 de noviembre. Hecho en el Tribunal de Comercio de la Ciudad de Florencia, en presencia de los testigos infrascritos, debidamente convocados y habilitados para todo por propia boca del testador infrascrito, a saber: *ser* Antonio de Mino de Francisco de los Merlini, *ser* Pedro Pablo de *ser* Juan Andrés de Francisco de los Spigliati, *ser* Miguel Juan de Miguel Turi, *ser* Pedro Juan de *ser* Macario de los Macarios, *ser* Lorenzo de Francisco de Ángel de Bibbiena, miembros de dicho tribunal, etc.; y Agustín de Francisco de Juan Bautista, ujier de dicho tribunal, y Bernardo de Domingo Bártoli, nuncio de dicho tribunal, etcétera.

Como nada es más seguro que la muerte, pero nada es más incierto que la hora de la muerte, es por eso que Nicolás, hijo del señor Bernardo de los Maquiavelos, ciudadano florentino, sano por la gracia de Dios de mente, vista, cuerpo e intelecto, ha hecho el testamento infrascrito en el modo infrascrito.

En primer lugar encomienda su alma a Dios omnipotente y para sepultura de su cuerpo elige el sepulcro de sus mayores.

Item a la obra de Santa María del Fiore deja una libra, y una libra a la sacristía de dicha Iglesia, y una libra para la edificación de los muros, etcétera.

Item deja a la señora Marieta, su esposa dilecta, hija de Luis de los Corsini, para su beneficio y en compensación de su dote, un predio con casa para dueño y trabajador, con todas sus tierras y pertenencias, situado en el condado florentino y en la *potestería* de San Casiano, en el pueblo de San Andrés de Percussina, en el lugar llamado la *Strada*, que limita en primer término con la vía pública, en segundo con el camino vecinal, en tercero con la propiedad de Felipe de los Maquiavelos, en cuarto con la heredad de Alejandro de los Maquiavelos, en quinto con la vía pública, en sexto con la carretera, con todos los muebles y enseres domésticos que se encuentren en la casa del dueño de dicho predio en el momento de la muerte del testador.

Item una casa construida para uso del mayordomo, que está sobre dicha vía pública, y una casita situada donde hay dos canales para la vendimia en dicha vía, y todo ello para su beneficio y en compensación íntegra de su dote.

Item deja a la misma todos los paños de lino, de lana y de seda, y los anillos y todos los demás efectos de vestimenta y de uso adquiridos y por adquirir.

Item a la misma, mientras sea viuda y durante su vida, lega el uso de la casa habitación de dicho testador, en común con aquellos a quienes lega la propiedad, y además toda la ropa y la cama con todos los muebles y objetos de la cámara que está en dicha casa sobre la sala de dicha casa.

Item jure institutionis lega a Bartolomea su hija, además de la dote del Monte, para constituir su dote, todas las piezas de paño de lino, cortadas y no cortadas, que haya a la muerte de dicho testador, tanto terminadas como sin terminar, y un bosque ubicado en el pueblo de Santa María de la Impruneta junto al Greve, denominado el bosque Vallato y que limita en primer término con la sementera de los Bagnolini, en segundo y tercero con Santa María de la Impruneta, en cuarto con la heredad de Francisco de los Maquiavelos, cuyos beneficios, hasta que se case, deberán ser invertidos a cuenta de su dote; y si los herederos del testador u otros de ellos dan a la dicha Bartolomea 200 florines de oro en oro para su dote, dicho bosque será para aquellos, o aquel, que pague; y además, hasta que dicha Bartolomea contraiga matrimonio y pase a su marido, se le darán para su alimento y vestido, por cualquiera de los herederos que pagara lo anterior, tres florines de oro en oro cada año.

Por herederos instituye a sus hijos Bernardo, Luis, Guido y Piero, y otros hijos varones que nacieran en el futuro, tanto legítimos como naturales, y para evitar los escándalos que pudieran surgir por estar en común, los divide entre ellos del modo infrascrito.

En la parte de Bernardo el primogénito quiso que esté el predio llamado el *Poggio*, ubicado en dicho pueblo de San Andrés de Percussina con sus encinares, tierras, viñedos y todos sus bienes y pertenencias, que limita en primer término con el camino vecinal, en segundo con la propiedad de la señora Lucrecia esposa del difunto Pedro del Rosso, en tercero con la heredad de la señora Antonia de los Maquiavelos, en cuarto con el río Greve, en quinto con el foso, en sexto con el bosque de Cafaggio, en séptimo con dicha iglesia de San Andrés, de manera que en esta parte esté comprendido el bosque de los papahigos, que va desde Fontalla hasta el bosque de Cafaggio, y desde la viña de Fontalla hasta el foso, y desde dicho foso y dicha viña sea la parte de Luis en dicho predio, como se dirá adelante, con todos sus trabajos hechos y que se hagan en adelante.

Item un campito situado junto al Greve, que limita en primer término con el camino, en segundo y tercero con la Iglesia de Casa Vieja, en cuarto con el foso. *Item* dos quintas partes del bosque llamado Sorripa, situado en dicho pueblo y en condominio indiviso con la señora Lucrecia que fue esposa de Pedro del Rosso. *Item* una parte del olivar situado en dicho pueblo, en el lugar llamado Vallasi, que limita en primer término con el camino vecinal, y en segundo, tercero y cuarto con la propiedad de dicha Adola de los Maquiavelos.

En la parte de Luis quiso que estuviera el predio llamado Fontalla, o sea el predio nuevo, y un bosque de encinas llamado Cafaggio, y el bosque llamado *le Grotte* en dicho pueblo, que limita en primer término con la vía pública romana, en segundo con la dicha señora Lucrecia, en tercero con el foso y en cuarto con los dichos predios del *Poggio* y la viña, y en la presente parte estará todo lo perteneciente a dicha viña con los campos, las grutas, el arco, la era y el lugar donde lavan, y… y la fuente. *Item* la mitad de la casa situada sobre dicho camino romano, donde hay ocho canales, la cual poseerá indivisa con el susodicho Bernardo a quien legó la otra mitad.

En la parte de Guido, la casa de Florencia con la casita de atrás, en la parroquia de Santa Felícitas sobre la calle de la Plaza, que limita en primer término con dicha calle, en segundo con la heredad de Francisco de los Maquiavelos, en tercero con la del llamado Bondo, en

cuarto con el callejón y en quinto con la heredad de Lorenzo de los Maquiavelos. *Item* una casa utilizada como hostería y otra utilizada como carnicería situadas en el susodicho pueblo de San Andrés de Percussina, sobre el camino romano.

En la parte de Piero, un predio situado en dicho pueblo de San Andrés, en el lugar llamado Monte Pugliano, que limita en primer término con la vía pública llamada calle Grogolis, en segundo, tercero y cuarto con el foso entre los confines antes dichos, y en caso de que surgieran conflictos o evicciones, que cada uno tenga su parte asignada, y si nacieran otros herederos, que tengan su parte de los bienes susodichos y vuelvan a dividirlos entre ellos; y después de la muerte de alguno de ellos, en caso de que ocurriera, lo sucederán sus hijos varones legítimos y naturales, y los hijos de éstos, y sus descendientes en orden; y si alguno muriera sin hijos, o si se extinguiera una línea, los bienes pasarán a los demás sobrevivientes, y a sus hijos y descendientes varones en sucesión infinita por su orden, puesto que los instituye herederos en fideicomiso, y les prohíbe toda clase de alienación, tanto en vida como en última voluntad, y arrendamiento por plazo mayor de cinco años, y si otra cosa hicieren, quiere el testador que pasen a los otros que no lo hayan contrariado, que siguieran en el modo susodicho, y si éstos no recuperasen tales bienes en un año, pasarán a los sucesivos.

Si Bernardo y Luis quisieran habitar en la casa de Florencia legada a Guido, y si lo hicieran de acuerdo con Guido, deberán pagar a Guido una pensión digna; y si Bartolomea, en el momento de la muerte del testador, no hubiera recibido su dote del Monte, deberán dichos herederos cuidar de que la reciba; y todos los animales y efectos pertenecientes a los predios de labor susodichos tocarán a los respectivos herederos, y del mismo modo las deudas.

Como tutor y curador por el tiempo conveniente de los hijos menores instituye a la señora Marieta su esposa, y quiere que hasta que lleguen a la edad de 19 años ella administre los bienes de ellos, sin que tenga que darles cuenta, acepte o no la tutela, y que reciba ella cada año el producto de los bienes legados a ellos; y al cumplir 19 años quiere que les sean asignadas sus partes.

Como ejecutores nombra a Francisco de Piero del Nero, a *ser* Francisco de Benito de los Nerli, a Carlos de Francisco de los Maquiavelos y a cualquiera de ellos *in solidum*.

Y éste dice y afirma dicho testador que es y debe ser su testamento y última voluntad, que debe prevalecer sobre cualquier otro testamento, codicilos, donaciones *causa mortis* y cualquier otra expresión de última voluntad que hubiera hecho, y si no valiera como testamento, quiere dicho testador que valga como codicilo, y si no valiera como codicilo, quiere que valga como donación *causa mortis*, o como cualquier otra expresión de última voluntad, casando, derogando y anulando cualquier otro testamento, codicilo y voluntad expresada hasta aquí por dicho testador, y registrada por mano de cualquier notario, no obstante cualquier derogación, penalidad o condición incluida en dicho testamento anterior, pidiéndome a mí Buenaventura el notario susodicho e infrascrito, que de todo lo dicho haga un instrumento público.

Yo Zenobio del difunto *ser* Buenaventura de Leonardo de Buenaventura, notario florentino y comisario ordinario de registros desde la muerte del dicho *ser* Buenaventura, resumí el

precedente testamento, y lo copié de los libros y escrituras originales de dicho *ser* Buenaventura, y en fe de ello me suscribo y firmo con la firma acostumbrada.

28. CLEMENTE VII A FRANCISCO GUICCIARDINI

Roma, 6 de junio de 1525[1]

DILECTO hijo. Esta perturbación de los tiempos y de las cosas, que es tal como no creemos que haya existido otra jamás, nos impulsa, desprovistos como estamos del remedio cotidiano y ordinario, a refugiarnos en partidos más inusitados, que sin embargo no dudamos de que puedan ser esclarecidos y saludables si logramos iniciar bien la empresa y conducirla al fin deseado; y como nos basamos mucho en tu fidelidad y confiabilidad[2] para la ejecución de esta decisión nuestra, te mandamos a nuestro dilecto hijo Nicolás Maquiavelo, ciudadano florentino, con quien hemos tratado, comunicado y examinado todo, quien te referirá e instruirá y te informará completamente de lo que hemos dispuesto y el fin a que aspiramos. Lo escucharás pues con suma atención, y confiarás en él plenamente, y si tú, que estás en medio de la presente situación, conoces y juzgas que se presenta fácil y tendente al fin para el cual la hemos emprendido, nos informarás inmediatamente de cualquier parecer u opinión que tengas; si por el contrario te parece que traba y obstaculiza la realización completa y expedita, cuida de que sepamos siempre todo, a fin de que podamos deliberar sin tardanza lo que nos parezca conveniente y pertinente a la situación. El caso es grave, y está en juego no sólo la salvación del estado de la Iglesia,[3] sino la de toda Italia y casi de la cristiandad entera. Consideramos sin embargo que para realizarla hacen falta no sólo orden y diligencia singulares, sino también el interés y el amor de nuestros pueblos. Por lo cual tú, a quien tanto hemos confiado, y que por estar presente puedes verlo todo directamente, entendida bien la situación por el dicho Nicolás, de inmediato nos informarás secretamente de lo que te parece sobre todo el asunto. Y en esto te pedimos diligencia y celeridad.

Dado en Roma, en el día 6 de junio de 1525, en el segundo año.[4]

1 Esta carta está escrita íntegramente en latín.

---

1 Esta carta está escrita íntegramente en latín.

2 “*in fide et virtute tua*”.

3 “*status ecclesiasticus*’”.

4 Del pontificado.

29. FRANCISCO GUICCIARDINI A SU AGENTE EN ROMA, CÉSAR COLOMBO

(Primera redacción)

Faenza, 22 de junio de 1525

MESSER César queridísimo. Nicolás Maquiavelo ha venido aquí con un breve de nuestro señor, y me ha hecho saber por encargo de su santidad la ordenanza que aquélla tiene ánimo de hacer en esta provincia; la cual si pudiera conducirse al fin que se desea, no hay duda de que sería una de las más bellas y más alabadas obras que su beatitud pudiera hacer. Sobre lo cual yo escribiré a su santidad lo necesario, porque así me lo pide en su breve. Y omitiendo el bien que de ello seguiría si fuera posible conducirlo al fin deseado, a mí no me sería difícil ni me haría temer escándalo el poner armas en la mano a los pueblos, si la materia en que hubiésemos de fundarlo fuera de otra suerte que es ésta, porque no hay duda de que, poniendo buenos órdenes y custodiándolos severamente, se proveería con facilidad. Pero esta provincia me parece muy mal condicionada para una cosa semejante por las enemistades crueles que en ella existen, las cuales no son enemistades particulares de diversas familias unas con otras, sino que están reducidas a dos facciones enteras, las cuales bajo los mismos odios y bajo los mismos jefes y las mismas dependencias ocupan toda Romaña, de modo que cualquier desorden o accidente que siga en cualquier ángulo de ella hace resentir y desordena toda la provincia. Y estos humores ya han durado tanto tiempo y las ofensas son tan graves y sangrientas y multiplicadas de tal modo en tantas personas, que no se puede tener esperanza de poder hacer una distinción de hombres que no estén manchados por ellas, o tan poco que no haya de darnos molestia, porque la verdad es que todos son de hecho y de calidad que en Ímola, Forlí y Ravena, sobre todo, no me parece posible escoger ni un pequeñísimo número de la suerte que convendría a semejante proyecto. Y este obstáculo lo estimo tanto mayor porque éste es Estado de la Iglesia, que no puede nunca confiar —cualquiera que sea pontífice— en que los hombres esperen de él la estabilidad que tiene un Estado de un príncipe secular y de una República; y las razones y experiencias de esto son tan conocidas que no es necesario repetirlas. Añádase —y esto lo tengo en cuenta aún más— que hoy los partidos de Romaña no están encerrados en los términos de la provincia, sino que sus pensamientos y sus prácticas están orientados a príncipes extranjeros, los güelfos a Francia o a quien viniese con su favor, la otra al emperador, de modo que la verdad es que la Iglesia no tiene en ella partido ni amigos; y estos gibelinos sobre todo están todos vueltos hacia César, de suerte que su santidad puede tener por seguro que a instancia de César estarían prontos a cualquier novedad. Y si ocurriese que entre el Papa y ellos hubiera una ruptura, mandar al campo esa facción reunida de ese modo sería cosa peligrosísima, sobre todo porque la autoridad de todos los parciales de la provincia está en un jefe solo por partido, por lo que con más facilidad pueden manejarse y ejecutarse las malas opiniones.

No quiero dejar de decir que no es posible basarse en otra cosa que nuestro señor considera prudentemente en su breve, es decir en la inclinación y amor de los pueblos, que en efecto es una de las cosas que me parecen necesarias para semejante empresa. La Iglesia no tiene amigos en Romaña, porque a quien quiere vivir bien le disgusta un dominio cuyo efecto es tener a sus súbditos en peligro de la vida y los bienes, porque en los tiempos licenciosos éstos son presa de los malvados, y en los tiempos en que domina la razón no están contentos porque por las experiencias pasadas temen continuamente no regresen los malos tiempos; y los facciosos y malvados por su naturaleza desean trabajos y mudanzas para poder oprimir a los enemigos y satisfacer sus demás codicias, por eso no pueden amar al estado actual. Y en verdad, que no piense su santidad en valerse del amor de los pueblos. Estas dificultades me hacen estar suspenso: y no las escribo para apartar a su santidad de su proyecto, sino para que pueda considerar mejor todo y seguir o abandonar la empresa, según le parezca más conveniente. Y en caso de que de todos modos la resuelva, recordar que cuanto más existen estas dificultades, tanto más necesario es tratar de vencerlas con diligencia, con orden y con todas las ayudas que merece una empresa, que su santidad presupone que pueda traer consigo un día la gloria y la grandeza suyas. Yo, si hemos de ir adelante, me dedicaré a ella por entero, en el pensamiento y en la acción. Su santidad, si quiere que tenga éxito, es necesario que haga lo mismo y que no la empiece o que la inicie con ánimo obstinado de ayudarla en todas las cosas necesarias, de vencer todas las dificultades, y tener más en cuenta ésta que ninguna otra cosa. Nicolás me ha dicho que su santidad planea que los gastos necesarios o una parte se obtengan, si es posible, de estas comunidades, las cuales están tan exhaustas que yo no veo el modo. Y tampoco lo considero conveniente, porque en estos principios es necesario no espantar a los hombres de esta empresa, sino agradarles y darles causa de que estén contentos y no a disgusto. Podría, andando el tiempo, salir mejor en cuanto los hombres comenzaran a amarla como defensa y salvación suya, pero a mi juicio, en cualquier tiempo, volviéndose su santidad a este camino para fines tan importantes, debe hacer todo lo posible por ganarse a los pueblos que la estimen, y pensar antes en aligerarlos de algún impuesto que en enemistárselos.

29B. FRANCISCO GUICCIARDINI A CÉSAR COLOMBO

(Segunda redacción)

Faenza, 23 de junio de 1525

MESSER César queridísimo. Haréis saber a nuestro señor que Nicolás Maquiavelo vino aquí con el breve de su santidad, y una vez que me narró por su parte lo que aquella tiene en el ánimo respecto a hacer una ordenanza en esta provincia, hablamos sobre ello largamente, tanto de las dificultades que hay para realizarla, como del bien y del mal que podría provocar. Y en realidad yo no dejo de tener dudas de que vaya a dar aquí resultado alguno, ni tengo mucha esperanza de que vaya a dar los frutos que se proyectan. La naturaleza de los hombres de Romaña y sus enemistades son bien conocidas, y cuán ensangrentadas y gangrenadas están ya. Tienen éstas dos cualidades: una que las enemistades suyas no son cosas particulares, ni diferencias dispersas en varios lugares entre familias separadas una de otra, sino que puede llamarse una enemistad sola, porque está reducida a dos facciones, las cuales bajo los mismos jefes, odios, nombres y dependencias abrazan toda Romaña y tienen en todo las mismas correspondencias; la otra que, por haber durado estas cuestiones ya muchos años y haber llegado muchas veces a ofensas crudelísimas, se han extendido a tantas personas, que ya no se puede decir que quede nadie que no sea parcial. Por esto no se puede tener esperanza que, como planeaba Maquiavelo, esta ordenanza pueda fundarse sobre una clase de personas que no estén manchadas por la parte o tan poco que, tomando esta otra inclinación, hayan de apartarse de sus facciones y jefes, porque de esta suerte hay pocos; y yo afirmaría que en Ímola sobre todo, y Ravena y Forlí, no se encontraría casi ninguno semejante. Y el estar, como dije, por todos los lugares una misma facción, hace que cualquier desorden que naciera en cualquier parte de la provincia hará que se resienta toda. El estilo de quien en el pasado ha querido gobernarla bien, se ha fundado en quitarles las armas de la mano y prohibirles todo tipo de reunión; y con todo esto no han dejado ni dejan de operar. Por eso no sé cómo podría ser seguro ahora rearmarlos y darles ocasión de reunirse. Y en verdad en cualquier otro Estado que estuviésemos fuera del de la Iglesia, no dudaría de que pudieran vencerse esas dificultades, porque donde el gobierno es tal que los órdenes que en él se ponen tienen opinión de perpetuidad o al menos de firmeza por largo tiempo, si quien gobierna usa la diligencia y severidad debidas, fácilmente los hace custodiar. Pero el Estado de la Iglesia tiene esta condición, quienquiera que sea pontífice: que ninguno presupone las cosas firmes ni la severidad continua, viéndose todos los días por experiencia la facilidad que hay para las gracias y las impunidades, y que con frecuencia cuando se muda la persona de los gobernadores se muda también la naturaleza de los gobiernos, y que a más tardar la muerte de un pontífice hace en las tierras de la Iglesia un mundo totalmente nuevo. Y por eso los hombres van con menos consideración al desorden y a las novedades, y sobre todo en los tiempos en

que ven alguna dificultad la autoridad de su príncipe. Añádase (y esto en realidad me da más molestia que el resto) que hoy día las facciones de Romaña salen de los términos de la provincia, porque han vuelto sus pensamientos y sus prácticas a los favores de los príncipes forasteros. Estos gibelinos (y lo que digo de ellos lo digo también de los güelfos, si llegara el tiempo de ellos) dependen todos de los cesáreos, de los cuales esperan la restitución de la patria y favores en todos sus asuntos. Y no dudo de que a voluntad de ellos sería fácil que empezaran a desordenar y a cualquier novedad, sobre todo porque la facción entera reconoce finalmente un jefe, con lo que es mucho más fácil maquinar y ordenar las innovaciones. Por eso, además de las alteraciones que aun cuando no se haga la ordenanza pueden nacer aquí, por ahora no creo que pudiéramos confiar en esas armas, si hubiéramos de emplearlas contra aquellos a los que tienen inclinación, porque el reunirlos sería peligroso. Y como su santidad prudentemente considera en su breve que este asunto, si se quiere tener esperanza de que resulte bien, necesita inclinación y amor de los pueblos, yo no logro ver ese fundamento, porque, como he dicho, estas partes tienen inclinación a los señores forasteros y ninguna es amiga de la Iglesia, salvo por accidente, es decir para interrumpir los designios y las empresas de la facción enemiga. La Iglesia, en efecto, si no queremos engañarnos, especialmente en Ímola, Ravena y Forlí, no tiene por amigos ni a los que desearían vivir bien, porque quisieran un dominio en el que pudieran estar seguros de no ser asaltados con frecuencia, ni a los facciosos y malvados, porque quien desea cosas nuevas para poder vivir licenciosamente y tener ocasión de oprimir a sus enemigos no puede estar contento de los estados presentes. Este discurso lo he hecho no para exhortar a su santidad a desistir de su pensamiento, que en verdad, teniendo fines tan buenos y tan importantes, no es para dejarlo a la ligera, sino para mostrarle las dificultades que veo yo en ello, y darle causa para considerar bien *lo que ha de hacer*. Pero sí le recuerdo con reverencia que si decide llevarlo adelante, es ésta empresa que impone ponerse al trabajo con todo el ánimo, y que el mismo amor que deseamos que pongan los pueblos debe ponerlo el príncipe, o más bien tanto mayor en cuanto importa más, pues de él debe proceder el movimiento de todo. Por eso es preciso que no haya reparos ni sobre el gasto que se ha de hacer ni sobre ninguna dificultad, especialmente porque para atraer los ánimos de los hombres habrá que alcanzarla con reputación. Y si no está bien provista de todo lo que conviene y bien ordenada y bien ayudada, no será otra cosa que, sin poder esperar ninguno de los frutos que se desean, ir buscando caer en los peligros antes dichos. Y como Maquiavelo me ha preguntado si sería posible sacar de estas comunidades parte del gasto necesario, están tan exhaustas que yo no veo la forma; antes, como las entradas no bastan para poder proveer a los gastos necesarios, Ímola, Forlí y Rímini han impuesto contribuciones a los particulares. Las otras al término del año tienen dificultad para proveer, y no sería posible inducirlas más que por la fuerza. Y no sería conveniente, cuando haría falta atraerlas a esta empresa, tratar de espantarlas; más bien, si se desea el amor y la inclinación de los pueblos, sería necesario pensar antes en beneficiarlos, que en imponerles nuevas cargas.

Y vuestro soy.

De Faenza, el 23 de junio de 1525.

Haréis que nuestro señor lea la carta adjunta, y observad particularmente cuanto podáis sus movimientos y palabras, y avisadme de todo; pero primero mostrádsela al arzobispo, avisándome minuciosamente de lo que le parece. Y no creo que se pueda dejar de mostrársela al Salviato, ya que el arzobispo ha hablado con él de esta materia; pero no será necesario que la vea antes que el papa, ni que el papa sepa que se la habéis mostrado a otros. Y avisadme las respuestas y opiniones de todos, etcétera.

30. CREDENCIAL PARA EL DOGO

Florencia, 19 de agosto de 1525

Al serenísimo príncipe y excelentísimo señor, don Andrea Gritti, por la gracia de Dios dogo de Venecia, de su mayor respeto

SERENÍSIMO príncipe y excelentísimo señor. Mandamos a la presencia de la serenidad vuestra a Nicolás Maquiavelo, ciudadano nuestro, el cual en nombre nuestro le narrará la extorsión y violencia, fuera de toda expectativa y de lo que requiere la amistad verdadera que hay entre esa ilustrísima república y ésta, hecha por un hombre y en el puerto y tierras de ese ilustrísimo Dominio a tres jóvenes nuestros que venían de Ragusa con suma de dineros traídos de Levante, como es costumbre.

Dígnese la dicha serenidad vuestra prestar fe a nuestro embajador en todo lo que expondrá en nuestro nombre, y le suplicamos sumamente que tenga a bien satisfacerlo, y que lo que fue quitado violentamente a nuestros mercaderes nos sea restituido, como esperamos, por mediación de la integridad y suma justicia de la ilustrísima serenidad vuestra, a la cual humildemente nos encomendamos, que Dios óptimo felicísima la conserve.

Dada en Florencia en nuestra oficina el día 19 del mes de agosto de 1525

LOS CÓNSULES DEL ARTE DE LA LANA Y LOS CÓNSULES DE LA REPÚBLICA

Florentina, de la ciudad de Florencia

31. REPRESENTACIÓN

Florencia, 19 de agosto de 1525

SERENÍSIMO, etc. Ciertos ciudadanos y mercaderes nuestros, que recientemente regresaron de Constantinopla, refieren que les ocurrió algo que por su indignidad nos ha disgustado mucho, y esperamos que también a la serenidad vuestra, por su benevolencia hacia nosotros y por su innata equidad, no habrá de agradarle mucho.

Porque habiendo partido de Ragusa un bergantín, sobre el cual se encontraban los susodichos mercaderes con no pequeña suma de dinero, arribando a Lesina, puerto del ilustrísimo Dominio vuestro, encontraron allí al bergantín del que es patrón Juan Bautista Donati, ciudadano vuestro, que acompañaba al embajador del gran Turco; el cual Juan Bautista, llamados a sí los dichos mercaderes, y con ciertas inicuas invenciones amenazándolos con la pérdida de la vida, aunque sin ninguna culpa de ellos, tras de hacerlos soportar muchas cosas, indignas hasta de ser referidas, los forzó finalmente a rescatarse con 1 500 ducados de oro, que tantos les quitó después de muchos pretextos tan vanos como variados. Esta injuria nos ha parecido tanto más grave y mayor en cuanto la hemos recibido de uno a quien nunca hemos ofendido, que sepamos, y en la jurisdicción de aquellos a quienes siempre hemos tratado de agradar con todo tipo de oficios. Y cuánto debe ser estimada por nosotros, y en qué sentido debe ser tomada por quien la conozca, siendo la serenidad vuestra de suma sabiduría y prudencia, pensamos que no es necesario demostrarlo con muchas palabras. Hemos querido por la presente dar noticia de ello a la serenidad vuestra, la cual estamos seguros que no ha de olvidar ni lo que conviene a nuestra amistad, ni lo que corresponde a esa ilustrísima república; suplicándole que quiera guardar buen respeto a una ciudad tan amiga como es la nuestra, y a la seguridad de estos mercaderes nuestros, los cuales han sido tratados con poca amistad, por no usar palabras más graves, y han sufrido una villanía totalmente fuera de razón, como Nicolás Maquiavelo, ciudadano nuestro queridísimo, que por esa sola razón en nombre nuestro y de los mercaderes va ahí, os referirá mejor de viva voz, narrando todo el orden de lo ocurrido.

Deseamos sumamente que la serenidad vuestra se persuada de que no puede hacer al presente cosa más grata para nosotros, que hacer restituir a nuestros mercaderes esos dineros que les fueron quitados injustamente, como lo impone el deber; a fin de que todos entiendan que esa villanía contra nosotros se hizo, como nosotros creemos, contra la voluntad vuestra. Lo cual si vuestra serenidad nos concede, por su acostumbrada equidad y antigua benevolencia hacia nosotros, hará cosa verdaderamente digna de ella y sumamente grata para nosotros, *y* que recibiremos como beneficio y recordaremos por mucho tiempo, siempre que haya ocasión. *Que esté muy bien*.

32. MONSEÑOR LUIS CANOSSA A FRANCISCO VETTORI

Venecia, 15 de septiembre de 1525

Al magnífico messer *Francisco Vettori, respetado como hermano*

En Florencia

MAGNÍFICO *messer* Francisco. Al llegar vuestro Maquiavelo a esta ciudad, vino a verme y me trajo vuestra carta. Yo lo vi con tanto agrado como suelo ver a todos los amigos vuestros, y le ofrecí todo lo que pudiera hacer, y le supliqué que se valiera de mí. No lo volví a ver: pienso que no le resulté de la suerte que vos me habíais retratado, y que satisfecho de su juicio no quiso hacer otra prueba de mí. Hoy ha vuelto, y me ha dicho que quiere partir mañana de mañana hacia vuestra ciudad; y ciertamente lamento no haber podido gozarlo más y conocerlo mejor. Le dije de las cosas públicas cuanto sé, a fin de que os lo diga; aunque todo es nada, o quizá demasiado; veo que vamos a la servidumbre, o por mejor decir la compramos: y todos lo conocen y nadie lo remedia, pues a todos parece que no pueden ayudarse sino por medio de Francia; y ese medio no veo cómo podemos esperarlo mientras el rey esté preso. Digo esperar, conociendo la naturaleza de los franceses, y los modos que veo que usan en esta práctica; que si fuesen de otra suerte, los modos no faltarían. Bien creo que si nuestra santidad y vuestros señores quisieran unirse con este Estado en una defensa común, aquellos se mantendrían firmes; pero mucho temo no se unan al emperador, antes que estar solos. De las cosas mías particulares no sé qué deciros, salvo que mucho deseo volverme a mi casa, pues estoy convencido que no se puede hacer aquí más de lo que se ha hecho; la dificultad está en aquellos que los hicieron venir: los cuales a mí poco o nada me engañaron, digo, desde que vi al rey ir a España. Quiero deciros también que estos Señores harían todo lo posible para que el ducado de Milán no cayera en manos del emperador o del hermano; pero solos no se atreven a atacar el remedio. Vosotros que tenéis tanto interés en eso como ellos, deberíais pensarlo. Y si alguna vez los españoles entran en posesión de aquel Estado, ninguno se atreverá a descubrirse, porque verán la empresa difícil y el gasto grande. Y si el duque muere, mal se podrá impedir que entren; porque ellos están actuando, y nosotros todavía no hemos pensado lo que queremos hacer. O más bien me parece que estamos decididos a no hacer nada, sino estar a discreción. Pero no quiero escribir más. He entrado sin querer en un cuento que no acabaría hoy. Estad sano y servíos de mí.

En Venecia, a los 15 días de septiembre de 1525

Vuestro hermano LUIS CANOSSA

33. FRANCISCO GUICCIARDINI A SU HERMANO LUIS
Milán, 15 de septiembre de 1526

Al respetable señor Luis Guicciardini, hermano estimado

En Florencia

ESTIMADO hermano. Hace varios días que no os escribo, agotado en estos asuntos, los cuales, siendo de por sí fastidiosos, cuando se postergan, como éstos, se vuelven fastidiosísimos; y como por ahora todo depende de la empresa de Cremona y de la venida del marqués de Saluzzo, no tengo nada de importancia que escribiros, salvo lo que de una y del otro se espera. En cuanto a Cremona, sabréis por copias de cartas de Nicolás Maquiavelo que él me escribió de allá, en qué términos se encontraban las cosas; porque la causa de mandarlo fue para saber el estado de aquellas cosas. Y que si las veía largas y dudosas, que los exhortase a levantar el sitio para hacer alguna otra empresa más breve y más segura. Recibí de él dos cartas de las que envié copia ahí, y habréis visto lo que me escribe. Después regresó él, y no me dice nada nuevo; confirma lo que escribió, diciéndome que dentro de pocos días se hará el gallardo ataque que quieren hacer, por tres y quizás por cuatro lados, y que esperan tomar las trincheras de los enemigos con su caballería. Y si las toman, como aquellos *condottieri* se prometen, piensan que el resto de la plaza no tiene remedio. Porque aunque los enemigos se retiren más adentro de la plaza y hagan trincheras nuevas, no creen que, perdidas las primeras, puedan defender las otras, tanto por no haber podido fortificarlas con bastiones y caballeros, como están fortificadas las primeras, como también porque por ser aquéllas más largas, y ocupar más espacio, serán más difíciles de defender. Para hacer este primer asalto se espera a que los venecianos hayan contentado a su infantería y llevado allí a 2 000 maceros, las cuales cosas se solicitaban con urgencia cuando él partió. Y cree firmemente que en esta próxima semana se dará ese asalto; el cual, una vez dado, nos abrirá del todo los ojos para ver qué podemos esperar. Refiere Nicolás que las provisiones para dar este asalto son grandes y hermosas, como para creer que con esa fuerza se superará tanta virtud y tanta obstinación como se ve en los enemigos; los cuales han disminuido mucho, porque de 2 500 quedan menos de 1 500: los otros están todos heridos y muertos; deben estar tan agotados que si los atacan desde varias partes podrían ceder. Y si no lo hacen se podrá pensar mejor qué modo de guerra habrá de tenerse con ellos; porque si la expugnación no se realiza, y el asedio por ser cosa larga es inosportable por el gasto y por los accidentes peligrosa, conviene volverse o a la paz o a la distracción.

Del marqués de Saluzzo se sabe que está en Astigiano con las gentes francesas de a pie y de a caballo. Mandé un hombre a su encuentro; no sé si irá hacia Génova o si vendrá aquí. Si

viene aquí, nos valdremos de él en Cremona o aquí. Nada más tengo que deciros. En el campo junto a Milán a los XV días de septiembre de 1526.

Vuestro FRANCISCO GUICCIARDINI

34. MAESTRO R. A NICOLÁS MAQUIAVELO

Florencia, sin fecha[1]

Al muy estimado Nicolás Maquiavelo en la quinta

ESTIMADO Nicolás. Por lo que saco de vuestra carta el mal de Bernardo sanará y la orina está mucho mejor y vos podéis ver que está menos roja y por esto y por ser algo peligrosas las mudanzas juzgo mejor que no lo mováis porque ahí hay mejor aire que acá; purgadlo y avisad mañana y veréis que el caso acabará con felicidad; el sudor es preciso enjugarlo con paños calientes, y no lo dejéis después permanecer en el lugar donde ha sudado, y estad con buen ánimo. A vos me encomiendo.

Maestro R.

---

[1] Publicada por primera vez en 1969 por Sergio Bertelli, quien comenta: “Me gustaría referirla a la carta de Maquiavelo a Guicciardini de octubre de 1525, pero, naturalmente, no hay nada que lo autorice”.

35. FRANCISCO MINERBETTI A NICOLÁS MAQUIAVELO

Sin fecha ni lugar[1]

El arzobispo de Torre a Nicolás Maquiavelo

EGREGIO señor, como hermano estimado. Sabiendo que por la mutua y antigua benevolencia de buen grado me haréis partícipe de vuestros afanes, y presumiendo que al escribir las gestas de la patria del [año 1] 250 para acá, que fue principio de alguna forma de libertad, os habrá sido necesario hallar la sucesión de Carlos conde de Provenza,[2] primo y cuñado del buen rey Luis de Francia, el cual Carlos por Urbano IV y después por Clemente IV, pontífices romanos, como campeón de la Iglesia fue llamado a Italia, e investido del reino de Nápoles y de Sicilia, en detrimento del hijo del emperador Federico II, de cuya sangre y sucesión el último rey de Nápoles por línea directa fue Roberto, hijo de Carlos apodado el Cojo, que fue el primogénito del mencionado Carlos I; encuentro que este segundo Carlos tuvo muchos hijos legítimos, y el primero fue Carlos el que reinó por él en Nápoles muchos años y es llamado por algunos escritores Carlos III, porque Carlos II el Cojo, su padre, en la rebelión y guerra que hizo Carlos I a la isla de Sicilia cayó prisionero del rey Jaime de Aragón, quien lo tuvo guardado en España hasta su muerte; después una hija, que fue la heredera, se puso de acuerdo con él y lo liberó con el pacto de que ni él ni sus sucesores debían molestar ni tratar de recuperar el reino de Sicilia, de modo que al regresar a Nápoles y encontrar aquel reino todo en devoción de Carlos III su primogénito, lo unió en matrimonio con una reina de Hungría y heredera de aquel reino, e instituyó que después de él reinara Roberto su segundogénito y hermano del dicho Carlos III rey de Hungría, y a sus demás hijos les dio estados y principados grandes en el reino. Y hallaréis que dos de ellos murieron en la derrota que les infligió en Montecatini Uguccione della Faggiuola, o bien que eran hijos de los dichos terceros […] el segundo Cojo […] y se encontraron en aquel conflicto muchos capitanes […] su sucesión, o bien de los otros de aquel linaje real que quedaron en Italia y no sucedieron en el reino de Nápoles, no encuentro más que a Luis príncipe de Tarento, el cual tomó por mujer a la reina Juana I, hija del dicho rey Roberto, el cual la dio en matrimonio a un segundogénito del dicho Carlos III rey de Hungría o bien nieto suyo apodado Andreasso, porque el dicho Roberto, faltándole otros hijos varones y mujeres, quiso restituir el reino después de él a la sucesión de Carlos III rey de Hungría, su hermano mayor, y que su unigénita Juana también reinase. Encuentro que este Andrés apodado Andreasso vino al reino, a la cópula, y fue muerto con engaño por ella, que estaba enamorada de Luis su primo, príncipe de Tarento y de la misma sangre real; el cual con ella fueron siempre administrados por Nicolás Acciaiuoli, gran senescal de aquel reino, y ellos fueron quienes vendieron Prato al común de Florencia. Tanta indignación nació en el hermano mayor del dicho Andreasso, a quien algunos escritores llaman Luis, rey de Hungría,

que *con un ejército* vino a la conquista del reino de Nápoles, y por la fuerza de las armas lo ganó, y la reina Juana con el rey Luis su consorte encuentro que por mar huyeron a Aviñón, antiguo y natural estado y comarca del rey Carlos I su abuelo, y tras vendérselo a la sede apostólica, que todavía lo tiene, llamada por algunos habitantes del reino hizo una gran armada, y vino con Luis su marido a combatir con el rey húngaro, y por concordia quedaron pacíficamente en el reino. Y el rey Luis de Hungría, dicen los escritores, como ajeno al aire y a las costumbres de Italia, donde no podía retener a sus soldados húngaros, atemorizados además por una gran pestilencia […] al reino. Poco después se murió el rey Luis su marido […] otro de vil condición, y regíase con tales costumbres que, o por eso o por no observar las convenciones hechas con el dicho rey de Hungría, lo provocó tanto que cedió todos sus derechos al reino de Nápoles y Sicilia a un tal Carlos al que había criado, excelente en virtud y arte militar y nacido de sangre real, y sucesión suya o bien de Carlos I su bisabuelo, o de Carlos III su padre. Y por último, lo que deseo saber es quiénes fueron el padre y el abuelo de éste, porque ningún escritor moderno lo dice, sino que lo llaman Carlos IV de Durazzo, y yo he hallado cartas escritas por él a nuestros conciudadanos que firma Carlos IV rey de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalén. Notad que con las fuerzas y el favor de dicho rey de Hungría vino él a Italia, y fue coronado por el papa Urbano VI, y conquistó el reino por fuerza de armas, y por proceso hizo morir a dicha reina Juana y a su marido, llamado Otón, a monseñor de Brescia y a otros cómplices de ellos. Después por la muerte del rey Luis de Hungría fue llamado por los barones y coronado rey de aquel reino, que no tenía sucesión de varones legítimos, y en breve por obra de la reina vieja fue muerto a traición en la cámara de ella, o bien asaltado, y poco tiempo después se murió, y mientras tanto los habitantes del reino de Nápoles conservaron el reino a Ladislao su hijo único, y a Juana II, apodada Juanita, los cuales estuvieron bajo la regencia de su madre, según lo refiere algún escritor, por ingenio y prudencia de la cual se conservaron los barones leales al dicho Ladislao. Creo que como más diligente habréis descubierto quién fue la madre del dicho Ladislao, y qué sucedió con Juana, la apodada Juanita, después de la muerte de él.

Hermano F. † ARZOBISPO DE TORRE

---

[1] Esta carta se encuentra transcrita por Juliano dei Ricci sin ninguna indicación, pero Bertelli la ha ubicado en el intervalo entre el contrato para la escritura de las *Historias* (8 de noviembre de 1520) y el traslado de Minerbetti de la sede de Torre a la de Arezzo, que tuvo lugar el 6 de marzo de 1525.

[2] Sobre toda esta historia (1343-1390), véase la versión algo distinta que da Nicolás Maquiavelo en *Historias florentinas*, libro I, caps. 30, 32 y 33.

36. ANDREA DORIA A NICOLÁS MAQUIAVELO

Sin fecha ni lugar[1]

NICOLÁS, vos iréis a Roma a ver a monseñor reverendísimo de Médicis, al cual referiréis en qué términos se encuentran las cosas aquí, y cómo en esta semana estaremos en orden de lo necesario de las cosas que se pueden hacer aquí, y deberíamos, creo, todavía conseguirlo del modo que vos me pedís por cierto; y que de lo que tenemos en tierra nos queda todavía para una galera. Hemos mandado a varios lugares y, si el mundo no se acaba, como digo, por aquí el sábado estaremos del todo en orden.

Como vos podéis ver, aquí se encuentran siete galeras de los españoles, y dos se han ido a Sicilia, que regresarán dentro de cuatro días, según dicen ellos; y apenas hayan regresado, el señor virrey dice que quiere que nos hagamos a la vela; si bien yo estimo que como todavía tienen todas que proveerse de vituallas y tomar parte de la tripulación, pues aunque están armadas, todas por fuerza quieren dejar parte de los esclavos en tierra, y por eso juzgo que no podrán estar tan pronto, porque eso llevará todo este mes o algunos días del otro. Sin embargo yo, para que no puedan quejarse de que tienen que demorarse por causa nuestra, daré la paga a la tripulación por toda esta semana y me pondré en orden como si hubiéramos de partir cuando dicen. Y se puede dar por seguro que la paga de la tripulación si no está completa está 7/8. Comenzará el día XXV de éste, y así entraremos en los gastos. Y no se puede hacer otra cosa, si no queremos pasar vergüenza.

Al discurrir con su señoría le diréis, aunque yo le he escrito, que el virrey había prometido dos de nuestras galeras al señor Ferrante Caraffa, y pensaba que con que me dijera que de otro modo no conseguiría tripulación yo tendría que dárselas. Y el dicho señor Ferrante había contratado aquí la tripulación hasta que llegara en mayo a 25 *carlini* diarios de esta moneda por hombre; de suerte que nos ha creado gran dificultad, porque no encontramos hombres a menos de dos ducados. Con todo, puesto que hemos llegado hasta aquí, habrá que hacer lo que se pueda, y si gastamos un poco más, tendremos las galeras en nuestro poder.

De las infanterías vos visteis lo que se escribió. Podéis mantener lo mismo a monseñor de Médicis; porque si hay que pagarlas es preciso que me lleguen; y lo mismo si hay que darle los gastos a ellos.

Del bizcocho que el virrey quiere darnos, le diréis que su señoría me dijo haberlo hecho a instancias nuestras; y aun cuando le hice diestramente alguna resistencia, ha dicho que el precio lo fije ahora Sampuccio; el cual precio no será de suerte que no recibamos de ello bastante daño, respecto al que podríamos obtener de otro. Y lo mismo la madera que hemos recibido de la corte, según me dicen estos ministros que ya me han dado cuenta de una parte, nos costará carísima. No se puede, estando en casa de ellos y acomodándonos como lo hacen,

regatear sobre esto. Esto lo digo para que habléis de ello cuando os venga al caso, para mostrar que el gasto es más de lo que se había planeado.

Después tenéis que decir que de las dos galeras que estaban en Ostia, fuera de los cuerpos de las galeras hubo que rehacerlo todo, y no pudimos servirnos de esa madera para nada. De la galera de Sampolo sólo hubo que alzar los bacalares y las postizas, pero la mayor parte de la madera sirvió. Como vos habéis visto, hemos tenido continuamente 30 maestros de martillo a dos *carlini* por día de esta moneda; los gastos y los muchachos que ayudaban a esos maestros de martillo, que nunca hubo un día que las obras no costaran 12 o 15 ducados; y lo que en la nota dije que costaría 50 ducados, por haberse tenido que deshacer y rehacer lo que se había hecho costará 300.

Escribí sobre el tendal. Decid una palabra sobre ello a su señoría, mostrándole cómo están estas otras galeras; y si quiere mandarlo, que sea pronto, que en tres días le haré componer.

Es preciso pedir al menos 12 barriles de pólvora, que necesitamos 6 barriles por galera, y no tenemos más que dos.

Esto tenedlo presente más que ninguna otra cosa, que es necesario que la traiga el bergantín aquí.

Es preciso pedir el estandarte, porque sin él nada se puede hacer; y que lo traiga el bergantín. El señor virrey y el almirante me han dicho muchas veces que desearían que el bergantín viniese aquí, que pensarían servirse de él en esta armada. Y por eso cuando sepáis que el galeón ha venido a Civitavecchia, podéis decir a monseñor de Médicis, si le parece, que lo haga venir aquí inmediatamente, y aunque le falta proveer algo, todo lo hará mejor aquí que en Civitavecchia. Y si su santidad está de acuerdo en que venga, ved que se envíen todas las artillerías pequeñas que hizo el maestro Jacobo; que se envíe la pólvora, que otra cosa no se necesita. Haced con destreza todo lo posible por mostrar que ellos lo desean; que, llevando tantos hombres en esta armada, juzgarían muy conveniente llevar las vituallas. Como os digo, si sabéis que está en Civitavecchia, haced todo lo posible por que se expida pronto.

Jacobo Bottegari, apenas estuvo en el mar, cayó enfermo de gota o de dolores de suerte que no se puede mover, y no puede caminar sino que hay que llevarlo. Desearía que hablaseis sobre ellos con monseñor reverendísimo allí y le mostraseis cuán importante es que quien manda una galera pueda manejarse, y que su señoría, si le parece, diera algún orden, mandándole un breve o por carta suya, como le parezca; y en su lugar pondremos a alguno que para este viaje serviría.

Para el galeón se emplearon 1 000 ducados, que se razonó que sirvieran a los gastos que faltaba hacer para los armamentos; el resto para la paga de este mes a 150 hombres, que se calculan intereses sobre ello.

---

[1] Bertelli asigna esta nota a marzo-abril de 1527. El monseñor aludido sería el cardenal Hipólito.

37. "AL RESPETABLE SEÑOR FRANCISCO NELLI, ABOGADO FLORENTINO, EN PISA"[1]

QUERIDÍSIMO Francisco. No puedo menos que llorar por tener que deciros que el día 22 de este mes murió Nicolás, nuestro padre, de dolores de vientre, causados por un medicamento que tomó el día 20. Dejóse confesar sus pecados por fray Mateo, quien lo acompañó hasta la muerte. Nuestro padre nos ha dejado en suma pobreza, como sabéis.

Cuando regreséis aquí os diré personalmente muchas cosas. Tengo prisa, y no diré más, salvo que a vos me encomiendo.

MDXXXVII

Vuestro pariente PEDRO MAQUIAVELO

---

[1] Sobre la falsedad de esta carta dice Bertelli: "Es un hecho que Giuliano [dei Ricci, el nieto de Nicolás Maquiavelo y principal autor del *Apógrafo;* véase la Introducción, p. 9] no conoció la carta de Piero… ¡No conocía siquiera el día exacto de la muerte! Siempre en el apógrafo, en el folio 51, escribe que Nicolás 'vivió hasta el fin de julio de 1527': señal evidente de que no conocía la carta en cuestión." Por otra parte, "Oreste Tommasini hacía notar 'la inseguridad e irregularidad de la escritura, que parece senil antes que adolescente'; si se compara esta carta, que habría sido escrita por un muchacho de trece años, con las cartas que ese mismo Piero escribió en edad adulta, presentes también en el mismo fondo de la Biblioteca Nacional de Florencia, entre las *Carte Machiavelli*, la falsificación resulta evidente. En la presunta carta juvenil la caligrafía es pequeña, pequeñísima y temblorosa; en las cartas de la madurez aparece amplia, de caracteres grandes y altos. Tampoco, obsérvese, nos hallamos frente a una copia, porque el que fabricó la falsificación buscó por todos los medios darle atributos de autenticidad: dobló varias veces la hoja, como si hubiera sido realmente enviada, agregó en la parte posterior el sobrescrito a un tal Francisco Nelli, 'abogado florentino en Pisa' (?), realizó un recorte redondo en el lado derecho de la hoja, para indicar la caída del sello. Pero el recorte debido al sello no se repite del lado opuesto de la hoja, y tampoco hay vestigio de lacre ni presencia de la aureola que el lacre deja siempre; lo que es más, faltan los característicos agujeritos del lazo que el lacre estaba destinado a fijar. Añádase que el falsificador utilizó un papel con una filigrana (una cabeza de moro de 3.8 cm de altura) ignorada por todos los repertorios de filigranas del siglo XVI. …Pero lo que más que nada denuncia la falsificación es otra cosa: 'el día 22 de este mes murió Nicolás, nuestro padre', escribe el seudo Piero; pero en el *Libro dei morti* (Archivo de Estado de Florencia, *Grascia*, *Libro dei morti* 249, C. 128) se lee: 'enterrado el día 22 [de junio] en Santa Croce'. ¿Cómo podía haber muerto el mismo día de su entierro? Además, el seudo Piero olvida la habitual fórmula de clausura de las cartas privadas de la época, con la invocación 'Cristo de mal os guarde' o algo similar, y no indica el lugar, el día y el mes, sino que sólo agrega, en caracteres romanos, el año, que no es, como publicó Angelo María Bandini [el primer editor de esta carta], ya observado el error, 1527, sino 'MDXXXVII'." Véase el *Epistolario* (1969), pp. 490 y ss.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Portada de un folleto de tiempos de Lorenzo el Magnífico: “Canciones para ir de máscara en carnaval hechas por varias personas”.

Leonardo da Vinci, “Machine per la difesa della mura–Trave composita ”, *Códice atlántico,* f. 139v, Biblioteca Ambrosiana, Milán.

Leonardo da Vinci, “Design for Chariots and War Weapons”, *ca.* 1485, The Royal Collection / Windsor Castle.

Leonardo da Vinci, dibujo.

Leonardo da Vinci, dibujo.

Leonardo da Vinci, “Grande catapulta o frombola”, *Códice atlántico*, f. 141r, Biblioteca Ambrosiana, Milán.

Leonardo da Vinci, *Bust of a warrior in profile, ca.* 1475-1480, Museo Británico, Londres.

Filippino Lippi (1457-1504), *Pala Nerli* (detalle), *ca.* 1485-1488, Basílica del santo Spirito, Florencia. Una calle de Florencia.

Domenico Ghirlandaio (1449-1494), *El nacimiento de la Virgen*, 1491, Iglesia de santa María Novella, Florencia.

Giovanni Stradano (1523-1605), “Impressio Librorum”, en *Nova Reperta*, placa 4, ca. 1580-1605, Museo Británico, Londres. Una imprenta florentina del siglo XVI.

Patio del palacio del Bargello o del *Podestà*, Florencia

LA FAMILIA DE LOS MÉDICIS

Juan de Bicci = Piccarda Bueri
(1360-1428)

Cósimo (Pater Patriae) = Contessina de Bardi
(1389-1464)

Lorenzo =Ginevra Cavalcanti
(1395-1440)
Pier Francesco = Laudomia Acciaiuoli
(1415-1476)

Piero (el Gotoso) = Lucrezia Tornabuoni
(1416-1469)

Giovanni = Ginevra de los Albizzi
(1421-1463)

Lorenzo = Semiramide d'Appiano
(1463-1507)

Juan = Caterina Sforza
(1467-1498)

María = Leonetto Rossi

Bianca = Guglielmo de los Pazzi

Nannina = Bernardo Rucellai

Lorenzo (el Magnífico) = Clarice Orsini
(1445-1492)

Juliano
(1453-1478)

Pier Francesco = María
Soderini

Avearardo

Vicenzo

Ginevra

Laudomia

Juan de las Bandas Negras = María Salviati
(1498-1526)

Luigi Rossi

Piero
(el Infortunado) = Alfonsina
(1471-1503) Orsini

Juan
(León X)
(1476-1521)

Juliano (duque de
Nemours) = Filiberta
(1479-1516) de Saboya

Luisa

Lucrezia = Jacopo
Salviati

María

Contessiana = Piero
Ridolfi

Julio
(Clemente VII)
(1478-1534)

Lorenzino
(1515-1547)

Guiliano,
obispo de Berziers

Laudomia = Piero Strozzi

Magdalena = Roberto Strozzi

Cósimo I = Eleonora de Toledo.
(1519-1574)

Hipólito
(1509-1535)

Alessandro = Margarita
(1511-1537) hija de
Carlos V

Francisco I = (1) Archiduquesa
Juana de Austria
(2) Bianca Capello

María

Isabella

Giovanni

Lucrezia = Alfonso d' Este,
duque de Ferrara

Garzia

Ferdinando I = Chistine de
Lorraine

Piero = Eleonora, hija de
Don García de Toledo

Card. Juan
Salviati

María = Juan de
las Bandas Negras

Nicolás Ridolfi

Cósimo

Lorenzo,
duque de Urbino = Magdalence de la Tour
(1492-1519) d'Auvergne

Clarice = Felipe Strozzi

Eleonora = Vincenzo Gonzaga,
duque de Mantua

Romola

Isabella

Anna

María = Enrique IV
de Francia

Filippo

Cósimo II = María Magdalena,
(1590-1620) hermana del
emperador
Ferdinand II

Eleonora

Caterina = Ferdinando Gonzaga,
duque de Mantua

Francesco

Carlo

Lorenzo

Maddalena

Claudia = (1) Federigo della Rovere
(2) archiduque Leopoldo
de Austria

Luis XIII
de Francia

Henriette Marie = Charles I
de Inglaterra

Elisabetta = Felipe IV
de España

Gastón,
duque de
Orleáns

Vittoria della Rovere

Ferdinand Karl de Austria

Piero = Laudomia de Mèdici

Roberto = Maddalena de Médici

Catalina de Médici = Enrique II
(1519-1589) de Francia

Eleonora = emperador Ferdinand II

Vincenzo

Ferdinand

Ferdinand II = Vittoria della Rovere

María Cristina

Giovanni Carlo

Margherita = Edoardo Farnese,
duque de Parma

Mattia

Francesco

Anna = Ferdinand Karl
de Austria

Leopoldo

Francisco II = María Estuardo
(1543-1560) reina de Escocia

Elisabetta = Felipe II
(1545-1568) de España

Claudia = Enrique
duque de Lorraine

Carlos IX = Elizabeth
(1550-1574) de Austria

Enrique III = Louis
(1551-1574) de Vaudemont

Margarita = Enrique
(1553) de Navarra

François, duque
de Alencon
(1555-1584)

Cósimo III = Marguerite Louise de Orleáns
(1642-1723)

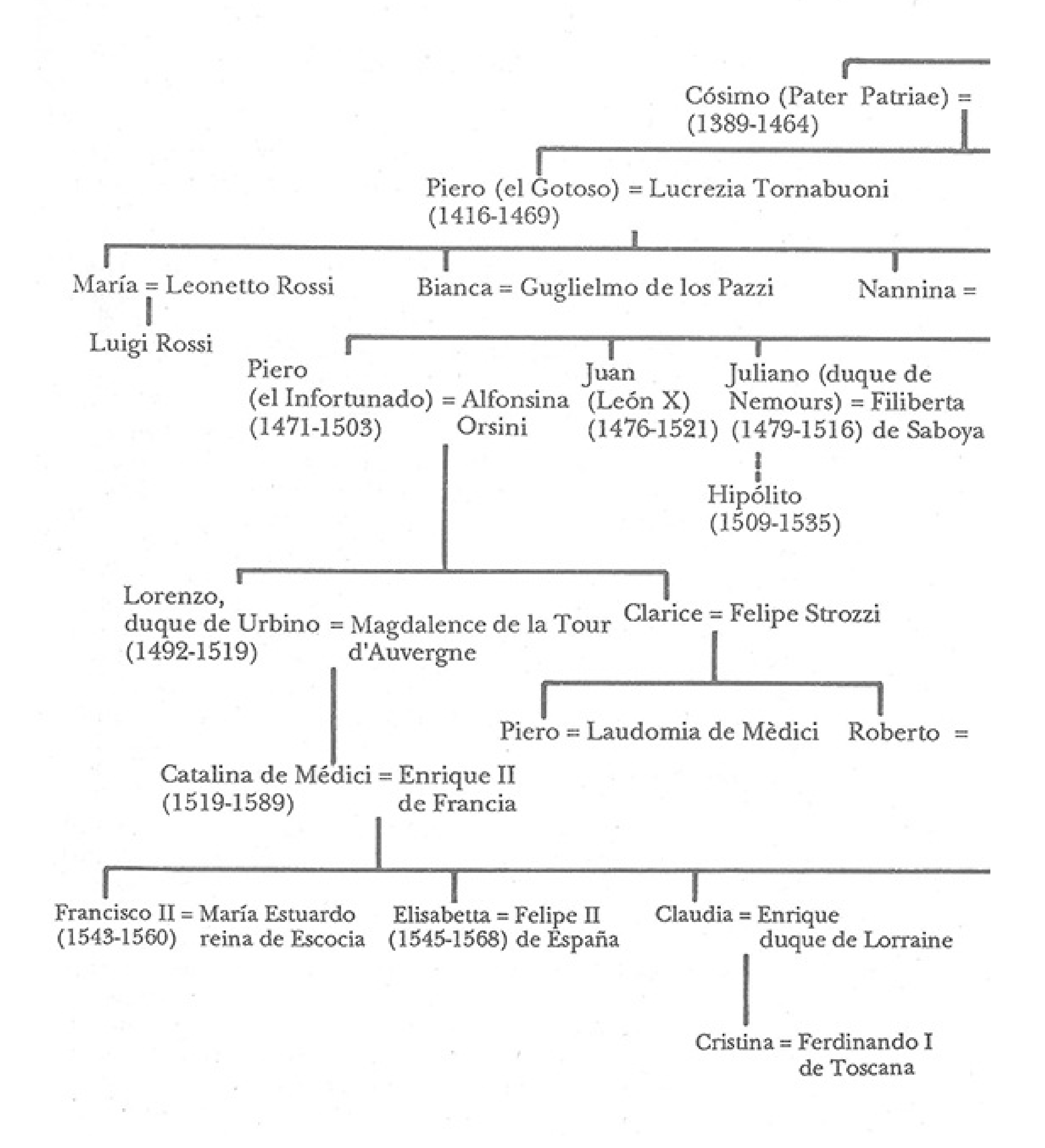
Francesco Maria = Eleonora Gonzaga,
(1660-1710) hija de Vincenzo,
duque de Guastalla

Cristina = Ferdinando I
de Toscana

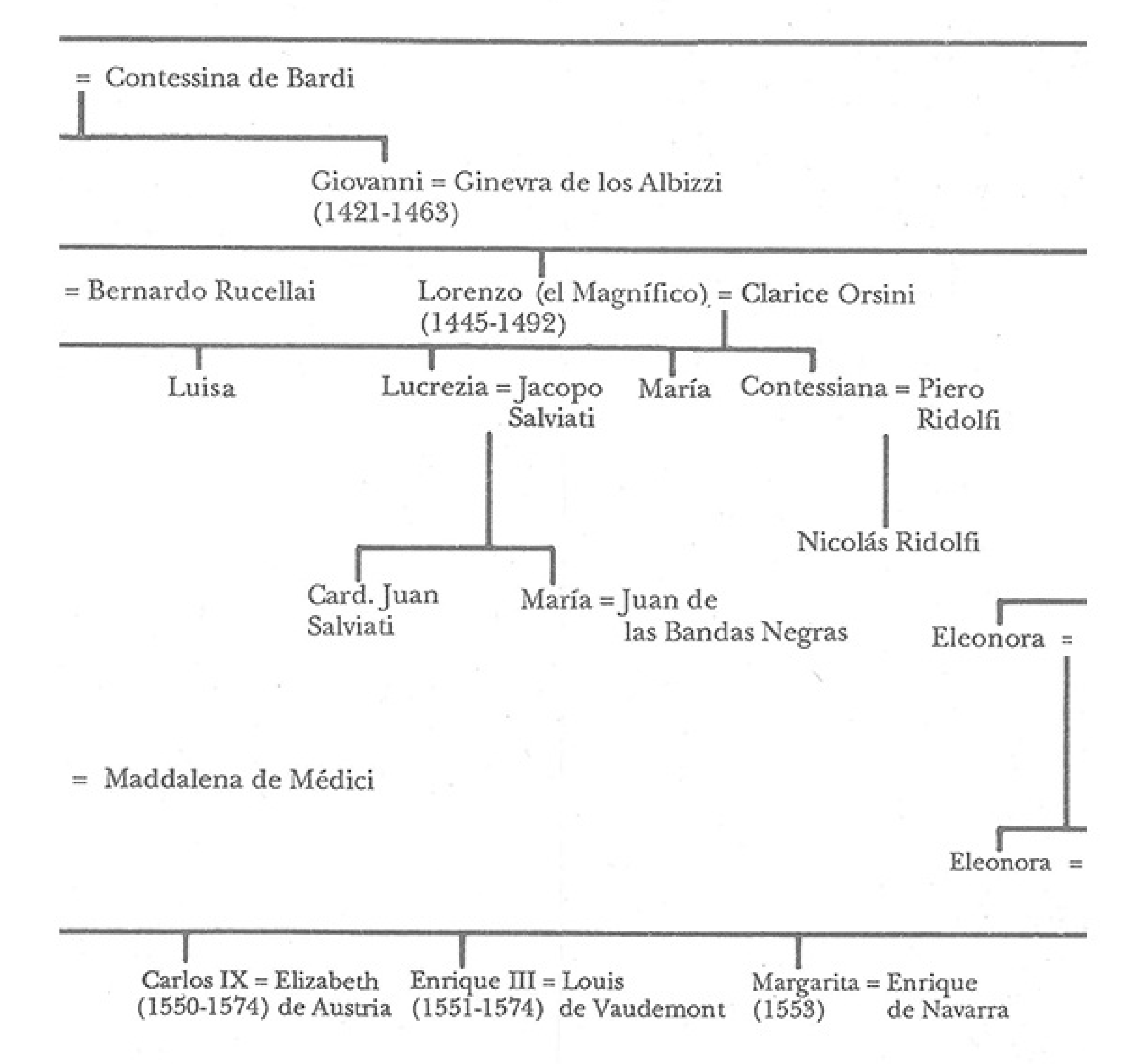
Ferdinando = Violante Beatriz de Baviera
(1663-1723)

Giovanni Gastone = Anne de Saxe-Lauenburg
(1671-1737)

Anna Maria Ludovica = Guillermo
(1667-1743) elector del Palatinado

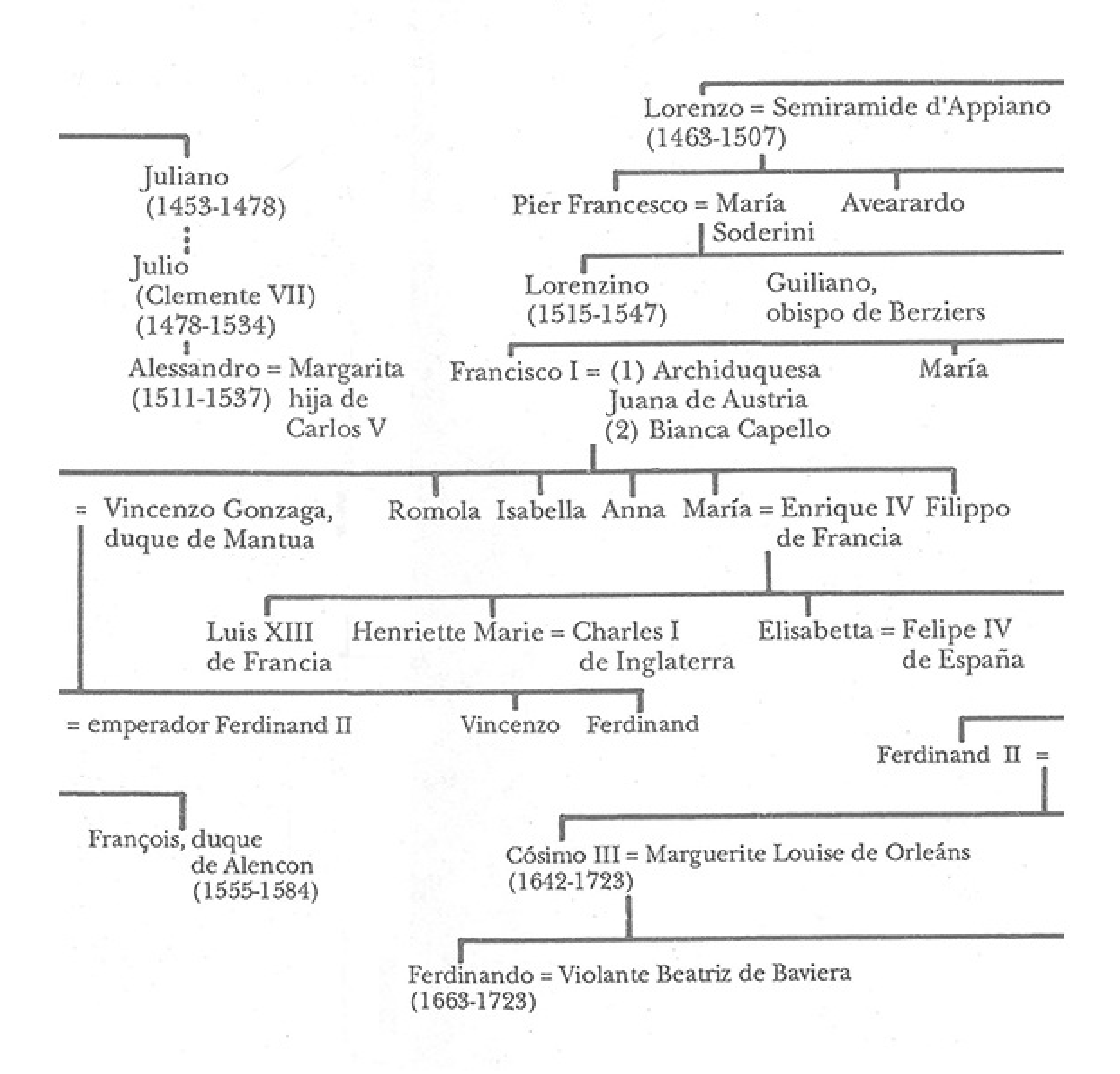


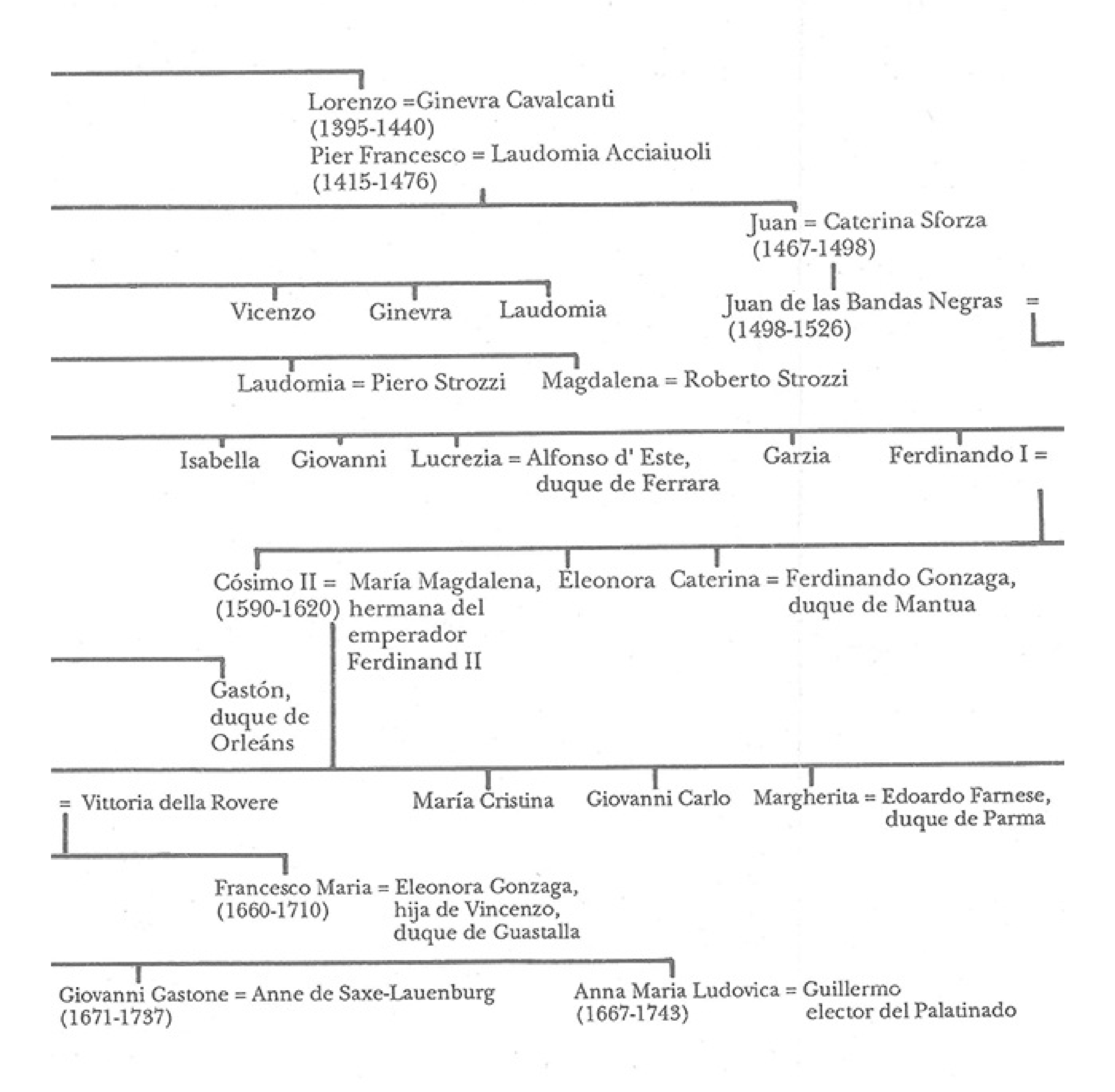
Cósimo (Pater Patriae) =
(1389-1464)
Piero (el Gotoso) = Lucrezia Tornabuoni
(1416-1469)
María = Leonetto Rossi
Luigi Rossi
Bianca = Guglielmo de los Pazzi
Nannina =
Piero
(el Infortunado) = Alfonsina
(1471-1503) Orsini
Juan
(León X)
(1476-1521)
Juliano (duque de
Nemours) = Filiberta
(1479-1516) de Saboya
Hipólito
(1509-1535)
Lorenzo,
duque de Urbino = Magdalence de la Tour
(1492-1519) d'Auvergne
Clarice = Felipe Strozzi
Piero = Laudomia de Mèdici
Roberto =
Catalina de Médici = Enrique II
(1519-1589) de Francia
Francisco II = María Estuardo
(1543-1560) reina de Escocia
Elisabetta = Felipe II
(1545-1568) de España
Claudia = Enrique
duque de Lorraine
Cristina = Ferdinando I
de Toscana

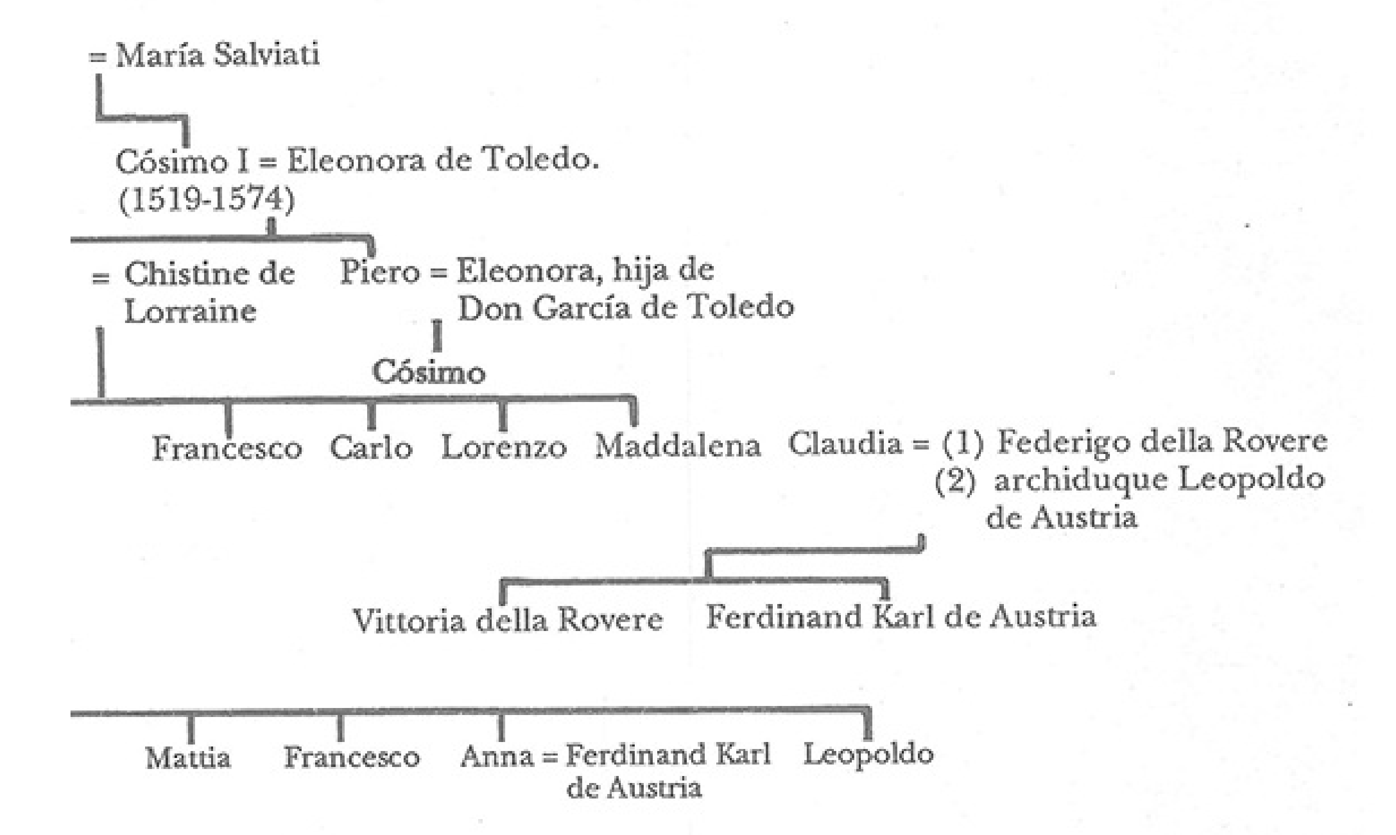


= Contessina de Bardi
Giovanni = Ginevra de los Albizzi
(1421-1463)
= Bernardo Rucellai
Lorenzo (el Magnífico) = Clarice Orsini
(1445-1492)
Luisa
Lucrezia = Jacopo
Salviati
María
Contessiana = Piero
Ridolfi
Nicolás Ridolfi
Card. Juan
Salviati
María = Juan de
las Bandas Negras
Eleonora =
= Maddalena de Médici
Eleonora =
Carlos IX = Elizabeth
(1550-1574) de Austria
Enrique III = Louis
(1551-1574) de Vaudemont
Margarita = Enrique
(1553) de Navarra

LA FAMILIA DE LOS MÉDICIS




Lorenzo =Ginevra Cavalcanti
(1395-1440)
Pier Francesco = Laudomia Acciaiuoli
(1415-1476)
Juan = Caterina Sforza
(1467-1498)
Vicenzo
Ginevra
Laudomia
Juan de las Bandas Negras =
(1498-1526)
Laudomia = Piero Strozzi
Magdalena = Roberto Strozzi
Isabella
Giovanni
Lucrezia = Alfonso d' Este, duque de Ferrara
Garzia
Ferdinando I =
Cósimo II =
(1590-1620)
María Magdalena, hermana del emperador Ferdinand II
Eleonora
Caterina = Ferdinando Gonzaga, duque de Mantua
Gastón, duque de Orleáns
= Vittoria della Rovere
María Cristina
Giovanni Carlo
Margherita = Edoardo Farnese, duque de Parma
Francesco Maria = Eleonora Gonzaga, hija de Vincenzo, duque de Guastalla
(1660-1710)
Giovanni Gastone = Anne de Saxe-Lauenburg
(1671-1737)
Anna Maria Ludovica = Guillermo elector del Palatinado
(1667-1743)


= María Salviati
Cósimo I = Eleonora de Toledo.
(1519-1574)
= Chistine de Lorraine
Piero = Eleonora, hija de Don García de Toledo
Cósimo
Francesco
Carlo
Lorenzo
Maddalena
Claudia = (1) Federigo della Rovere
(2) archiduque Leopoldo de Austria
Vittoria della Rovere
Ferdinand Karl de Austria
Mattia
Francesco
Anna = Ferdinand Karl de Austria
Leopoldo

ÍNDICE GENERAL

Apéndices

Para los escritores del Renacimiento, el estilo fue verdaderamente el hombre, y la retórica una trasposición verbal de la cortesanía. Para personas educadas en los modos romanos, cuyo fin era la acción, la política era entendida como un oficio de individuos agresivos y singulares. La epístola es la forma que más revela las peripecias de la vida de un autor. El discurso abstracto y doctrinario se presenta mezclado con referencias cotidianas, anotaciones urgentes y bromas marginales. Los grandes asuntos asoman con inevitable naturalidad, como soporte o consecuencia de los hechos más familiares. Lo trivial se aúna a lo histórico en la crónica privada de los fenómenos civiles. Nicolás Maquiavelo, el secretario florentino, observa en todo momento una de las obligaciones de su cargo: guardar los secretos. Las cartas que escribe a personalidades públicas como Francisco Guicciardini, el cardenal, Julio de Médicis, Piero Soderini o Francisco Vettori se distinguen por un lenguaje elegante y evasivo, con el claroscuro de la ironía, las paráfrasis cultas y las anécdotas estrafalarias. Así, su epistolario traslada para nosotros escenas sustanciosas de la realidad de ese tiempo, punteadas con observaciones morales y filosóficas. Esta selección de cartas nos entrega, pues, el retrato de un hombre con sus estrategias íntimas, su humor agudo y helado, sus afectos familiares y sus audacias públicas. Ahora, a 500 años de que Maquiavelo escribiera *El príncipe,* una de las más importantes obras del pensamiento político, la vida privada de un privado aguarda en espera de nuevos destinatarios.

www.fondodeculturaeconomica.com